

MARIAH EVANS

La llamada
de la
oscuridad

SERIE ESPAÑA I

MARIAH EVANS

La llamada
de la
oscuridad

SERIE ESPAÑA I

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: La llamada de la oscuridad. Serie España I.

©Mariah Evans, 2021.

Imágenes de portada: iStock.

Diseño de portada: Marien F. Sabariego (ADYMA Design).

Maquetación: Marien F. Sabariego (ADYMA Design).

Esta novela está dedicada con todo mi cariño a todos los lectores.

La serie de Nueva York fue del agrado de muchos y por ello, tras múltiples peticiones, escribí la serie de Canadá. Ahora, tras otras tantas solicitudes, me he lanzado y he escrito la serie de España con aquellos protagonistas que habían sido del agrado de muchos y que ya habían hecho su primera aparición en la serie de Canadá, concretamente en la tercera entrega “Líneas de sangre”.

Sin embargo, hay algo que quiero explicar y que debéis conocer antes de comenzar con la lectura. Algunos de los exorcismos que se relatan en la novela, no todos, están escritos a imagen y semejanza de los exorcismos realizados por el Vaticano.

En cuanto a los demonios, rituales para conjurar y sellos están extraídos del libro de “*La llave de Salomón*”, “*Clave de Salomón*”, etc., aunque advierto que he modificado algunos sellos y conjuros de demonios durante esta serie, no vaya a ser que acabéis conjurando a alguno...

¡Allá vamos! Espero que estas novelas os hagan pasar un buen rato y, ante todo, muchas gracias por apoyarme siempre.

Mariah.

Índice

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[Agradecimientos](#)

Caminó por el pasillo oscuro de puntillas, sin hacer ningún ruido. Llegó hasta la puerta de la habitación y la empujó levemente para observar en su interior.

Tal y como le habían pedido los padres de Iago, a las nueve lo había metido en la cama, le había leído un cuento y en poco más de quince minutos el pequeño de seis años estaba totalmente dormido.

Miró el reloj de su muñeca comprobando que faltaban pocos minutos para las doce. Jaime y Rut estarían a punto de llegar de su paseo. Por lo que sabía, celebraban su quince aniversario de casados. Durante el mediodía habían celebrado una barbacoa con todos los amigos y por la noche habían ido a cenar los dos solos y a dar un paseo.

No es que ganase mucho dinero, pues solo cobraba diez euros la hora y la mayoría de sus ahorros los invertía en las clases de la universidad. Al menos, con este trabajo se sacaba un extra para poder aprovecharlo en las fiestas de su pueblo.

Monforte de Lemos es una ciudad situada al sur de Lugo, en Galicia, capital de la comarca de la Tierra de Lemos, de la Ribeira Sacra. Se trata del segundo municipio más poblado de la provincia.

Concretamente del día once al dieciséis de agosto eran las fiestas del pueblo. Casetas con bebidas y comida rápida, atracciones, tiradas de cartas de las meigas, pulpo y, lo que más le gustaba a ella, los conciertos y el castillo de fuegos artificiales el último día. Siempre se juntaba con su pandilla de amigos y disfrutaba de unos días de diversión, pues el resto del año no los veía al desplazarse a la Universidad de Santiago de Compostela. Allí tenía un piso alquilado.

Tras asegurarse de que Iago seguía dormido fue hacia las escaleras para bajar a la primera planta. Se encontraba allí desde las siete de la tarde, cuando Jaime y Rut se habían marchado y desde que había acostado a Iago había visto ya una película y charlado un rato con sus amigos por el *WhatsApp*.

Iba a llegar al final de la escalera cuando escuchó que la puerta de entrada a la vivienda se abría.

Acabó de bajar los últimos escalones y se dirigió al recibidor justo cuando Jaime cerraba la puerta.

—Buenas noches —comentó ella con una apacible sonrisa.

Rut se giró mientras se quitaba la fina chaqueta de punto y la colgaba del colgador anclado a la pared.

—Hola, Paula, ¿cómo ha ido todo?

Los tres se dirigieron hacia el comedor.

—Muy bien, señora Rut —contestó Paula mientras se dirigía a la mesa donde había depositado el bolso. Lo abrió y se aseguró de haber metido el móvil en el interior—. Iago es muy bueno. Ha cenado a las ocho y luego hemos visto un poco los dibujos. A las nueve, tal y como me pedisteis, estaba en la cama. Le he leído un cuarto de hora y se ha quedado dormido —rió—. No se ha levantado desde entonces.

Jaime extrajo la cartera de su bolsillo trasero del pantalón.

—No sé qué haríamos sin ti...

—Seguramente estar siempre metidos en casa —bromeó Rut.

Jaime extrajo un billete de cincuenta.

—Han sido cinco horas, ¿verdad? —preguntó.

Paula asintió mientras se ponía la chaqueta y se colgaba el bolso al hombro.

—Sí.

Jaime extrajo también otro billete de diez.

—Toma —dijo entregándole sesenta euros.

Paula se quedó observándolo y luego le sonrió un poco tímida.

—Son solo cincuenta euros.

Jaime se encogió de hombros.

—Toma, siempre te has portado muy bien con Iago. Además, son las fiestas del pueblo y has estado aquí cuidando de nuestro hijo. —Ella se encogió de hombros como si no tuviese importancia—. Toma —insistió—. Ve y diviértete un rato con tus amigos.

Ella le agradeció con una sonrisa y guardó el dinero en su bolsillo.

—Muchas gracias —comentó dirigiéndose hacia la puerta.

Rut la acompañó.

—Ayer vi a tu tía —explicó—, no nos habías dicho que habías aprobado con muy buenas notas segundo de Biología...

Aquel comentario sonrojó a Paula.

—Ha sido un buen año —respondió restándole importancia.

Rut abrió la puerta. En ese momento, hasta ellas llegó el sonido de la música y el griterío de la gente que provenía de unas calles más abajo, en la plaza del pueblo.

—Te vas a convertir en una fantástica bióloga, ¿te especializarás?

Ella se encogió de hombros, tímida por la conversación. Siempre se había mostrado bastante reservada cuando recibía elogios.

—Me gusta mucho la biología molecular, pero aún no lo tengo decidido.

Rut le sonrió con cariño mientras colocaba un mechón de su cabello rubio tras la oreja.

—Sea lo que sea seguro que lo conseguirás —Luego sonrió con más fuerza—. Venga, ve a divertirte —la animó. Ella asintió—. Y muchas gracias por cuidar de Iago.

—No hay de qué —contestó ella bajando las escaleras del portal.

Se despidió con un movimiento de mano y caminó alejándose de la casa. La mayoría de las noches en que eran las fiestas del pueblo trabajaba como niñera, pues siempre había padres que querían disfrutar de una noche libre para divertirse. No le importaba y, de todas formas, sus amigos no salían hasta las once o las doce de la noche, así que aquello le permitía ganarse un dinero extra con el que disfrutar luego en las fiestas.

Bajó toda la calle mientras se abrochaba el botón de su chaqueta tejana, pues, aunque era pleno agosto, a esa hora refrescaba.

Al final de la calle, en la intersección, comenzaban a vislumbrarse las casetas. A medida que se acercaba la música incrementaba su volumen.

Cientos de personas salían de los bares con alguna copa en la mano, otras se sentaban en las terrazas habilitadas de las casetas. Muchas de ellas servían hamburguesas, perritos calientes y patatas fritas.

Se detuvo al lado de una caseta y abrió su bolso buscando el móvil. Lo extrajo y vio que tenía un mensaje de su amiga Georgina.

Georgina: Vamos hacia allí.

Georgina: ¿Ya has acabado de cuidar al mocoso?

Paula sonrió levemente y llevó sus manos hacia la pantalla táctil del móvil.

Paula: Sí, estoy cerca de la plaza.

Miró a su lado donde había una enorme caseta amarilla, aunque cerrada con tela simulando las cuatro paredes. Se fijó en el título que rezaba en la parte superior para indicar a sus amigos dónde se encontraba.

—El tarot de Rosa —susurró.

Paula: ¿Nos vemos en la plaza?

Dio un paso hacia atrás asustada cuando un grito provino del interior de aquella caseta.

—¿Me tomas el pelo? —Escuchó una voz masculina.

Seguramente la tarotista estaría realizando una tirada de cartas y había dicho algo que aquella persona no quería escuchar. Eso, o el cliente iba pasado de copas, lo que tampoco le extrañaría lo más mínimo.

Resopló y pese a no obtener respuesta por parte de su amiga se dirigió directa a la plaza. Prefería no quedarse allí cerca.

Caminó hasta la Plaza de Abastos, situada en pleno centro de Monforte, y desde allí iría junto a todo el grupo al Parque Dos Condes, donde se tumbaban en el césped y hablaban de sus cosas mientras tomaban algo.

La plaza, aunque pequeña, estaba totalmente repleta de gente. No tuvo que esperar más de cinco minutos antes de ver cómo Georgina y el resto del grupo aparecían por allí.

—Eh... —dijo acercándose a su amiga—. No sabía si te encontraría, esto está a reventar.

—Sí, está muy lleno —contestó Georgina, luego miró sus manos—. ¿No has tomado nada aún? —Paula negó—. ¿Pillamos algo y nos vamos al parque? —No esperó siquiera a que Paula contestase. Se giró hacia el resto del grupo formado por cinco personas—. ¿Compramos algo para beber y picar y nos vamos a Dos Condes?

—Perfecto —dijo Héctor mientras miraba a su alrededor y se centraba en el supermercado que aún estaba abierto—. Ya me encargo yo —Y directamente se dirigió hacia allí.

Paula recibió un empujón de un chico provocando que chocase con Georgina. Se giró enfadada y miró al joven que, sin duda, iba borrachísimo, pues caminaba sin rumbo fijo.

—¡Eh, a ver si miras por dónde vas! —gritó hacia él.

El muchacho se giró, pero en vez de pedir disculpas contempló a Paula de la cabeza a los pies y caminó hacia ella con gesto enfurecido.

—¿Qué me dices, niñata? —preguntó arrogante.

Georgina cogió la mano de Paula atrayéndola hacia ella.

—Da igual —intercedió Georgina atemorizada, pues el chico les sacaba más de una cabeza y el alcohol hacía que mostrase un carácter agresivo. En aquel estado podía hacer cualquier cosa.

Paula se soltó de su mano y dio un paso en dirección al chico, con la cabeza bien alta.

—Te digo que vayas con cuidado —pronunció de nuevo encolerizada—. ¿Entiendes? —continuó en un tono grave.

El muchacho llegó hasta ella y la miró fijamente a los ojos, como si se tratase de un reto, aunque, para sorpresa de Georgina y del resto de los amigos, el muchacho tragó saliva y asintió. Estaba claro que no esperaba una reacción así por parte de ella. ¿Pensaba que iba a callarse? Nunca había sido así. Odiaba a los abusones y a aquellos que pensaban que por ser una chica menudita iban a poder con ella.

Cuando el muchacho se dio media vuelta Georgina se colocó a la espalda de su amiga, todavía

impresionada. Paula observaba cómo el muchacho se alejaba entre toda la gente caminando de un lado a otro.

—Pequeñita pero matona —bromeó su amiga a su espalda.

Paula apretó los labios y sonrió antes de girarse hacia ella. Georgina la observaba con una sonrisa burlesca. Miró a su alrededor.

—La gente no sabe beber —se quejó Paula.

Georgina se encogió de hombros y miró divertida a su amiga.

—No es el primero ni será el último de esta noche que nos moleste.

Paula resopló y le dio la razón.

—Cuando venía hacia aquí he pasado cerca de una de las casetas de las meigas y había uno gritando dentro —explicó.

A Georgina le entró la risa.

—Pues claro que gritaba, menuda estafa esto de las meigas.

Paula miró divertida a su amiga y se encogió de hombros.

Héctor apareció con un par de bolsas. Juan, otro de los amigos, y Sofía le ayudaron.

—¿Qué has comprado? —preguntó Paula impresionada.

—La noche es muy larga —apuntó Héctor con una sonrisa—. ¿Vamos? —preguntó iniciando la marcha hacia el Parque Dos Condes.

Georgina se cogió al brazo de Paula mientras caminaban, rodeando algunos grupos de jóvenes que permanecían sentados en la calle.

—¿Qué día vuelven tus padres? —preguntó Georgina.

Paula se encogió de hombros. Aquellos dos últimos años, sus padres aprovechaban las fiestas de Monforte para irse al piso que tenía alquilado Paula en Santiago de Compostela. Eran sus minivacaciones. Nunca habían sido muy amantes de aquellas fiestas y preferían la calma, así que durante diez días disfrutaban de su estancia en Santiago y ella de una libertad absoluta en Monforte.

—Hasta dentro de nueve días no vuelven.

Georgina chasqueó la lengua.

—¿Quieres venirte a mi casa? —le ofreció Georgina.

—No, no, no te preocupes —respondió rápidamente—. Me gusta estar sola, ya lo sabes. —Luego la miró con una sonrisa—. Si quieres podemos organizar uno de estos días una fiesta en casa.

—Sería perfecto —contestó Georgina—. Sabes que luego te ayudamos a limpiar.

Paula rio.

—Sí, ya lo sé, tranquila. Pizza, palomitas... y una buena película de terror.

—Lo compro —respondió Georgina animada.

Si de algo disfrutaba Paula era de la soledad, sin duda, el estar sola en casa y gozar de aquella libertad en las fiestas de su pueblo eran unas buenas vacaciones.

Miguel miró con atención las cartas y centró su mirada en Rosa, la meiga a la que había acudido.

—¿Y bien? —preguntó con expectación.

Rosa se quedó observando las cartas con interés. La caseta, formada por tela de color amarillo, era un pequeño cuadrado donde a duras penas cabía una mesa redonda y tres sillas. Sobre la mesa, Rosa había encendido unas cuantas velas blancas que dotaban a la estancia de un ambiente más misterioso.

Aquella, sin duda, era la mejor semana del año para su negocio. Tenía un local alquilado cerca

del ayuntamiento donde asiduamente acudían personas de todas las edades a que les realizase una tirada de cartas o, como ella había pensado más de una vez, a desahogarse con ella. No le importaba, de aquella forma conseguía llegar a fin de mes. Sin embargo, era en las fiestas de Monforte donde conseguía más dinero.

Rosa lo miró y sonrió. Señaló directamente la carta de la emperatriz.

—Esta carta indica que estás viviendo un tiempo propicio para el reencuentro con amigos que hace mucho que no ves o que no integran tu círculo más íntimo. ¿Tienes planeado un viaje? —preguntó.

—Mmmm... no —Y le mostró los dientes con una sonrisa forzada.

La meiga se encogió de hombros.

—Pues muy pronto te encontrarás con una persona a la que echabas de menos...

Miguel enarcó una ceja y se apoyó en la mesa con interés. Miró a los lados y luego clavó una mirada tímida en ella.

—Y ¿en el amor? ¿Qué ves? —titubeó un poco.

Rosa sonrió al escuchar aquella pregunta. La mayoría de los jóvenes que se acercaban a su caseta y pagaban los veinte euros por la tirada de cartas solo tenían interés en eso. Aquel muchacho no debía de superar los treinta años y era muy atractivo, con unos enormes ojos verdes y el cabello rubio oscuro. Aun así, la pregunta la dejó aturdida, ¿significaba que aquel joven no tenía pareja? Le parecía difícil que un chico de sus características estuviese soltero.

Rosa señaló la carta de la sacerdotisa.

—Es un tiempo de particular predisposición para las relaciones amorosas...

—Ohhhh... —dijo Miguel con una gran sonrisa—, ¿en serio?

—Si no tienes pareja esta es tu oportunidad, estudia muy bien tus relaciones y te aseguro que vas a encontrar lo que ansías.

Miguel amplió su sonrisa y asintió efusivamente agradecido por aquellas palabras. Se mantuvo unos segundos así hasta que borró la sonrisa de su rostro y se incorporó sobre la silla apoyándose en el respaldo y colocando los brazos estirados sobre la mesa.

—¿Y qué puedes decirme del trabajo?

Rosa no borraba la sonrisa de sus labios y miró las cartas señalando la del colgado invertido.

—En tu vida profesional la carta del colgado invertido indica que vas a gozar de un tiempo neutro, debes saber entender las circunstancias y mantener la prudencia para superar los malos momentos que puedan presentarse en tu ámbito laboral. —Lo miró fijamente—. Pierdes la motivación, debes saber sobreponerte a esos momentos que pueden no ser muy felices.

Miguel enarcó una ceja.

—¿Malos momentos? ¿No voy a tener trabajo? —preguntó asombrado.

—¿Estás en paro? —preguntó Rosa ladeando su cuello.

Aquella pregunta hizo que Miguel se quedase pensativo.

—Hummm... no, ahora tengo trabajo.

—¿De qué? —preguntó con interés.

Miguel le sonrió con cierta malicia y esta vez la observó con determinación. Rosa observó cómo una chispa de excitación surgía en sus ojos.

—Dímelo tú... ¿no puedes verlo? —preguntó con un tono provocador.

Aquel tono de voz puso a Rosa sobre aviso. De repente, aquel muchacho ya no parecía el típico joven que deseaba conocer su situación sentimental y laboral, más bien le producía respeto, pues tenía una mirada cargada de energía.

—Vamos... —le insistió Miguel—, esfuérzate un poco más —la retó—. ¿Seguro que no ves

nada? —Y esta vez ironizó.

Aquellas palabras desconcertaron a la meiga que miró nerviosa las cartas. Normalmente, cuando se encontraba con un cliente no muy contento con lo que decía o que la retaba sabía salirse rápidamente de la situación, pero, esta vez, era diferente. Aquel muchacho escondía algo que no sabía ver.

—¿Nada? —insistió Miguel con una ligera sonrisa en su rostro.

Rosa tragó saliva y miró las cartas de nuevo, intentando hallar algo en ellas que poder decirle.

—Trabajo no te va a faltar... pero eso no implica que estés a gusto con él.

Miguel alzó los brazos.

—¡Pero sí me encanta! —exclamó, y luego la miró enarcando una ceja. Se acercó a ella por encima de la mesa provocando que Rosa se alejase, apoyándose en el respaldo de la silla. Miguel miró a ambos lados—. Rosa... —susurró—, voy a contarte un secreto... —Rosa tragó saliva, aquel muchacho le estaba poniendo la piel de gallina—. Yo... —Se señaló a sí mismo—, soy un cazador —Y le mostró los dientes.

Pudo detectar el mismo momento en que la meiga era consciente de lo que aquellas palabras implicaban e intentó ponerse en pie, pero Miguel, en un gesto excesivamente rápido, colocó la mano en su hombro obligándola a permanecer sentada. Pudo sentir cómo todo el cuerpo de la mujer temblaba.

—Bastardo... —susurró la meiga.

—Ups... vaya... —dijo mientras se colocaba en pie—, así que sabes de lo que hablo. —Dio un paso atrás y la señaló—. Quietecita, ¿eh? —espetó obligándola a que se mantuviese sentada sin moverse. Luego se apartó la chaqueta levemente mostrándole a la meiga una daga—. Veo que ya sabes lo que hacemos los cazadores...

—Porco... desgraciado... —comenzó a decirle en gallego.

Miguel suspiró y apartó con un rápido movimiento la tela amarilla que hacía las veces de puerta.

—Pasad —ordenó.

Rosa se incorporó de inmediato poniéndose en pie.

—Eh, eh... quietecita, ya te lo he advertido —la amenazó señalándola con el dedo.

Aun así, Rosa se situó tras la silla.

—Maldición —Escuchó que seguía bramando.

Sus compañeros de división entraron en la caseta, aunque tan pequeña era que Aitor, el jefe, obligó a que tres de sus compañeros saliesen.

Rosa observó a los hombres que tenía por delante. ¿Cómo no se había dado cuenta de ello? Miguel destilaba peligrosidad por cada poro de su piel. No entendía cómo no había sido consciente de ello. Los otros dos hombres eran de igual altura y corpulencia, aunque uno de ellos, sin duda, era mucho más aterrador que el resto. Su gesto serio hacía temerle desde un inicio.

Aitor se cruzó de brazos y observó a Rosa. La mujer tenía el cabello rizado recogido en un moño con algunas canas. Sus ojos color marrón se encontraban bajo unas frondosas cejas castañas. No debía de llegar al metro sesenta y su complexión era más bien regordeta, aunque aquella túnica color azul oscuro tampoco ayudaba a realzar su figura.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó con ironía, y luego miró a su compañero Miguel—. Infórmame.

Miguel se encogió de hombros y señaló a Rosa.

—Pfffff... nivel uno si llega.

Aquella clasificación alteró los nervios de Rosa.

—¿Cómo qué nivel uno? —susurró enfadada—. ¿Me tomas el pelo? —gritó.

—Eh, eh... tranquilita, ya te lo he advertido —la amenazó de nuevo Miguel.

Aitor cogió una de las sillas colocándola a su lado y tomó asiento lentamente, con movimientos amenazantes y la mirada clavada en ella.

—No te lo tomes a mal. Que seas nivel uno en realidad te beneficia. —Ladeó su cuello sin perder el contacto visual con ella—. Implica que no tenemos que matarte. —Y se encogió de hombros como si aquel dato no tuviese importancia. Rosa se removió nerviosa—. Siéntate —le ordenó Aitor. Rosa negó con su cabeza—. Vamos, siéntate —pronunció con paciencia.

—¡Que no! ¡Largo de mi caseta!

Los tres suspiraron armándose de paciencia.

—Está bien... —Y miró al otro compañero que se encontraba allí, aunque sin pronunciar palabra—. Marcos, enciérrala.

Marcos apretó los dientes, molesto por las palabras de su jefe y extrajo una bolsita con sal.

La meiga se removió inquieta comprendiendo lo que iba a hacer. Si la rodeaban con sal la dejarían atrapada allí, a merced de ellos.

—No, no, ya me siento... —se apresuró a decir Rosa.

Aitor chasqueó la lengua.

—Demasiado tarde —comentó.

Marcos se movió rápidamente hacia ella y tiró un fino hilo de sal por delante.

—Veto vos factum ascendit mea, daemon Rosa i quid absit, I cogere ut tea abesse —recitó a la vez que cerraba la línea de una punta a la otra de la caseta.

De aquella forma, con la sal vertida y aquel conjuro le sería imposible huir. No podría atravesar la línea de sal, lo que implicaba que no tenía escapatoria. Por delante se encontraba la línea de sal y tres cazadores, por los lados y tras ella la tela amarilla de su caseta anclada al suelo.

Marcos se puso en pie ante la mirada aterrada de Rosa y se giró hacia su jefe con gesto enfadado.

—Ya te he dicho cientos de veces que me llames Marc.

Aitor sonrió divertido, disfrutando de haber picado a su compañero.

—Sí, sí, claro... Marcos, lo tendré en cuenta. —Y volvió su mirada hacia Rosa que los observaba asustada mientras escuchaba a su compañero resoplar—. Bueno, siéntate si quieres... y si no, quédate ahí de pie, de una forma u otra, tú y yo vamos a mantener una agradable conversación.

Rosa optó por sentarse muy despacio, no porque le apeteciese, sino porque las piernas le flaqueaban por el miedo.

Aitor se apoyó contra el respaldo, tomándose su tiempo para examinarla, hecho que estaba propiciando que Rosa cada vez temblase más. La pobre parecía un flan.

—Bueno... —dijo echándose hacia delante, cruzando sus manos sobre la mesa. Aquel gesto hizo que Rosa echase su espalda asustada hacia atrás, golpeándose con el respaldo de su silla—, Rosa, Rosa... —pronunció arrastrando las palabras—, dime... ¿magia blanca o magia negra?

Rosa apretó los labios y miró las velas encendidas.

—Las velas son blancas, ¿tú que crees? —preguntó alterada.

—¡Eh! Si sabes lo que te conviene vas a estar muy calmadita... —La señaló, lo que hizo que ella tragase saliva—. Bien... —suspiró—, ¿qué tipo de rituales usas?

—¿Rituales? —preguntó perpleja.

—Sí, ya sabes... —intervino Miguel—, conjuros, hechizos...

Ella los miró sin comprender.

—¡No! Yo solo tiro las cartas y leo los posos del café —pronunció acelerada.

Aitor enarcó una ceja.

—¿Seguro? —Rosa tragó saliva—. El local que hay al lado del ayuntamiento es tuyo, ¿verdad? —Rosa no pudo evitar que sus dientes castañeteasen—. Me ha parecido ver que en el escaparate tienes unos frascos con contenido.

—Son hierbas... —respondió rápidamente—, tilas, manzanillas, té verde... —Los tres se miraron de reojo—. Cuando la gente me viene pidiendo un remedio casero para el dolor de estómago le vendo manzanilla, cuando están nerviosos por alguna entrevista de trabajo les doy tila...

—Ya —la cortó Aitor—, ¿y si alguien te pide un hechizo o conjuro para el amor? —preguntó socarrón.

Rosa ya estaba negando antes de que acabase la frase.

—No hago... —Y, en ese momento, rompió a llorar por los nervios—, de verdad que no. — Los tres cerraron los ojos mientras un largo suspiro salía por sus bocas—. Yo solo intento ganarme la vida como puedo... —gimoteó—. ¿Sabéis lo difícil que está el mundo laboral para una mujer de sesenta años? —preguntó a lágrima viva provocando que Aitor chasquease la lengua—. Mi madre era aficionada a tirar las cartas y me enseñó.

Miguel carraspeó.

—Quizá deberías practicar un poco más... —Aquellas palabras se llevaron una mirada encolerizada por parte de Rosa y asombrada por parte de su jefe—. ¿Qué? —preguntó ante la mirada fija de Aitor y señaló a Rosa—. Ni siquiera ha sabido ver que soy un cazador. —Miró a Rosa—. No te lo tomes a mal, ¿ehhh? —pronunció un poco arrepentido por sus palabras.

Aitor miró con gesto gracioso a Rosa. Estaba claro que ejercía la brujería, pues sabía de la existencia de los cazadores y, lo más importante, no podía atravesar la línea de sal, lo que implicaba que era una bruja, aunque su poder no fuese nada peligroso.

—Tengo un pequeño huerto —continuó Rosa—, pero casi no me da para alimentarme... Mi marido se jubiló hace dos años y la pensión es muy baja...

—Vale, vale... —comentó Aitor poniéndose en pie—. Está bien, cálmate —dijo empleando un tono de voz más tranquilo. Aquella mujer parecía realmente afectada.

—Y luego está la subida del IPC... —continuó llorando—, ¿sabes cuánto cuesta una botella de aceite hoy en día? —siguió quejándose.

—Ya, ya lo he entendido —continuó Aitor colocando la silla en su sitio. Miró a Marc y le indicó con un movimiento de cabeza hacia la línea de sal—. Por esta vez te has librado... —pronunció, lo que hizo que Rosa elevase la mirada hacia él—, pero no se te ocurra hacerte más poderosa o te las verás con nosotros.

Rosa negó rápidamente.

—No, yo solo tiro las cartas...

—Y que así siga... —dijo dando un paso atrás mientras Marc pasaba su pie sobre la sal para romper la línea y liberarla—. Por cierto... —dijo acercándose a ella—, ¿tienes un pañuelo?

Rosa se puso en pie aún temblorosa, echó mano a su bolsillo y sacó un pañuelo de tela. Lo llevó directamente a sus ojos secándose las lágrimas, aunque se sorprendió cuando Aitor se lo quitó de las manos. ¿El pañuelo no era para ella?

—Me lo quedo, ¿de acuerdo? —informó Aitor guardándolo en el bolsillo de sus tejanos. Dio unos pasos alejándose de ella, dirigiéndose a la puerta de salida por donde sus dos compañeros abandonaban también la caseta. Se giró hacia ella. Rosa permanecía en pie, totalmente paralizada

—. Vamos, ánimo... —comentó con voz más alegre—, sé buena y nos llevaremos bien.

Lo último que vio antes de salir de la caseta fue a Rosa asintiendo acelerada.

Hacia menos de un año que los habían enviado a Monforte de Lemos, una región que, en los últimos años, había aumentado de forma exponencial su número de brujas, o meigas, como eran comúnmente conocidas allí.

El CNI, ordenado por el Pentágono, había decidido que una división se trasladase de forma permanente a la zona para intentar contrarrestar la amenaza.

Lecturas del tarot, de los posos del café, de las manos... todo aquello estaba bien, no tenían ningún problema en que aquella práctica se realizase. El problema era cuando aquellas brujas acaparaban cada vez más poder y eran capaces de alterar el curso de la vida de las personas o incluso acabar con ellas. Para eso estaban ellos allí, para exterminar toda amenaza contra los civiles.

No habían tardado en hacerse buenos amigos.

Cuando lo habían nombrado jefe de la división del norte de España, le habían informado que, como siempre, tendría a cinco personas a su cargo.

Se habían trasladado a un pueblo situado cerca de Monforte, concretamente a unos quince minutos, llamado Barxa. Contaba con tres habitantes en el momento en que habían iniciado el traslado. La casa estaba al final del pueblo, una casa de piedra con un estilo rústico. Por dentro, era realmente impresionante. Constaba de tres enormes plantas.

La planta baja era un enorme garaje donde guardaban los dos todoterrenos, dos deportivos y seis motos, y donde aún quedaba espacio para una gran despensa.

En la primera planta había un gran comedor, dotado de una impresionante chimenea de piedra. Prácticamente toda una pared de este comedor era de cristal, por lo que entraba una gran claridad en esa estancia, aunque ellos preferían tener las cortinas echadas o persianas bajadas para no llamar la atención. Tenían todo lo necesario para pasar el rato cuando no estaban trabajando. Una buena televisión de sesenta y cinco pulgadas con un *home cinema* envolvente que les hacía vivir más aún las películas de acción que veían en los enormes sofás y asientos distribuidos por el salón. Al inicio de este había una larga mesa rodeada de sillas, situada cerca de la cocina, separada del salón por una barra de piedra donde muchas veces, sentados sobre los taburetes, tomaban algo.

Al comedor se accedía a través de un largo pasillo donde se encontraban las seis habitaciones, cada una de ellas con su aseo y su ventana.

En la planta alta disponían de la sala de trabajo, totalmente equipada, donde se informaban de todo lo que necesitaban y redactaban los informes que enviaban al CNI. La siguiente sala era una enfermería, acondicionada con una camilla y con todo el material e instrumental necesarios para atender posibles heridas o lesiones, aunque a ellos tampoco les hacía mucha falta.

La tercera habitación era una sala de interrogatorios. Era una sala pequeña y totalmente austera en la que únicamente colgaban un par de cadenas de la pared.

La cuarta y última habitación era un enorme gimnasio equipado con todo lo necesario para que se mantuviesen en forma. Tras una de sus paredes correderas escondían un gran arsenal de armas contra seres sobrenaturales que aún no habían podido emplear.

Las primeras semanas habían estado emocionados por esta nueva aventura, pues desde el CNI les habían advertido que el número de brujas había crecido exponencialmente en esa región de España.

Su equipo estaba formado por Daniel, un gallego de La Coruña, Miguel, un granadino que no paraba de hacerles reír, Marc de Barcelona, Lucas de Madrid y Víctor, que, al igual que Aitor, era

de País Vasco, aunque Víctor era de San Sebastián y Aitor de Bilbao.

Todos habían imaginado, puesto que ponían una división permanente en Lugo por el aumento de brujas, que pasarían muchas noches sin dormir luchando contra ellas, que habría encarnizados combates... Sin embargo, era todo lo contrario. Sí, existía un aumento de la brujería, pero de nivel uno o dos como máximo.

Así era como ellos clasificaban los niveles cuando se encontraban con una bruja: se referían a la bruja de nivel uno cuando se trataba de una mera aprendiz. Lectura del tarot, posos del café y podían hacer algún hechizo muy suave a nivel espiritual, prácticamente oraban a sus espíritus con una súplica, como cualquier católico que iba a la iglesia, lo cual no implicaba que pudiesen hablar con ellos. Esas brujas no entrañaban peligrosidad alguna, así que las dejaban seguir con sus prácticas, aunque las controlaban para asegurarse de que su nivel no aumentase; una bruja de nivel dos realizaba rituales, es decir, podía interferir con la naturaleza provocando la lluvia, viento, que cayese un rayo... A estas tampoco les hacían mucho caso, pues normalmente se trataba de mujeres que ofrecían sacrificios para sus cosechas; la cosa comenzaba a animarse con una bruja de nivel tres, pues estas poseían algún poder mental, ya fuese de dominio de algún elemento como el fuego o el agua, o la telequinesia. Podían invocar espíritus y amarrarlos para que las obedeciesen; y, por último, estaba el nivel cuatro, básicamente hacían todo lo que querían: dominaban la naturaleza, las energías, invocaban espíritus sin problema... aunque, por suerte, jamás se habían encontrado con una de estas.

Aquello era realmente aburrido, pues lo único que hacían era vigilar a las brujas que tenían algún local alquilado donde realizaban sus rituales. Ellos estaban preparados para la acción, no para realizar visitas cotidianas vigilando únicamente que aquellas brujas no subiesen de nivel, controlándolas.

Aitor suspiró y miró de reojo a Miguel, situado a su lado.

—¿Y ahora qué? —preguntó observando hacia los lados. Aquella zona estaba a rebosar de gente.

Aitor se encogió de hombros y se giró hacia la caseta de donde acababan de salir y que recibía el nombre de *El tarot de Rosa*. Miró a sus compañeros, todos esperaban a que diese sus órdenes.

—¿Qué tal un vino y un poco de pulpo? —propuso Daniel.

—A mí me parece buena idea —Se apuntó Marc directamente.

Aitor les hizo una señal con las manos para que se relajaran y se giró hacia Miguel.

—¿Hay alguna caseta más de brujería?

—Yo no he visto ninguna más —respondió.

—He leído en el programa de las fiestas que mañana habrá un par más —indicó Lucas.

Miguel asintió y se encogió de hombros.

—Está bien —Miró a Daniel—. ¿Nos recomiendas alguna caseta para el pulpo?

—Pfffff.. cualquiera estará bien —contestó Daniel risueño. Luego les indicó con un movimiento de cabeza que lo siguieran.

Se internaron entre toda la gente dirigiéndose a una de las terrazas donde servían el típico pulpo *à feira*, aunque redujo su paso al pasar frente a una de las tiendas.

Se había cruzado con aquella chica varias veces. La primera de ellas había notado cómo el corazón se le disparaba y, por más veces que la viera, su cuerpo reaccionaba siempre del mismo modo.

No sabía su nombre, solo que era la mujer más hermosa que había visto nunca.

La muchacha presidía uno de los puestos de flores. Eso sí lo sabía, era la encargada de una de las floristerías más grandes de la zona. Su enorme almacén se encontraba al principio de Monforte

de Lemos. Ahí podías encontrar todo tipo de plantas, tanto de interior como de exterior, semillas para cultivar, abonos, tierra, utensilios para plantar y adornar el jardín... todo lo que buscaras para acondicionar el jardín de la casa lo encontrabas ahí. Se fijó en su cabello rubio largo, en sus preciosos ojos marrón claro almendrados. Quizá debería acudir a su tienda alguna vez.

—Eh, jefe... —dijo Miguel dándole un codazo en las costillas para que reaccionase, cosa que consiguió puesto que Aitor se giró hacia él y apretó los labios enfadado. Otra persona hubiese sentido temor al ver aquel gesto, pero Miguel ya tenía suficiente confianza con su jefe como para poder bromear con él, de hecho, nunca se había sentido intimidado—. ¿Qué te pasa, embobao?

Aitor observó a sus compañeros caminar por delante de él y se giró de nuevo hacia el pequeño puestecito.

—Ahora os alcanzo —dijo a Miguel sin dar ninguna explicación más.

—Pero eh... ¿adónde vas? —Escuchó que le preguntaba Miguel, aunque ni siquiera se giró para responderle.

La había visto por primera vez en el supermercado, mientras introducía en su carro la compra de la semana. Después se la había encontrado repetidas veces por la calle y, finalmente, había averiguado que se trataba de la dueña de *Flores para ti*, ya que había escuchado una conversación donde una mujer le preguntaba qué tipo de flores podía plantar para la estación de primavera.

Se quedó a unos metros esperando a que una mujer que le compraba un ramo de rosas pagase y finalmente se acercó. Nunca había sido muy dado a flirtear, en realidad, era la primera vez que se acercaba así a una mujer, pero sentía la necesidad de estar cerca de ella por alguna extraña razón.

Estaba preparado para enfrentarse a vampiros, a hombres lobo, a brujas..., pero por primera vez desde hacía mucho tiempo sintió cómo la boca se le secaba cuando coincidió la mirada con ella al colocarse frente al mostrador desde el que despachaba.

—Hola —saludó ella con una sonrisa.

Aitor carraspeó.

—Hola —respondió sonriente y miró todo el estand.

Quizá debería haber pensado mejor lo que debía decir antes de acercarse.

Ella lo observó, el chico parecía perdido observando todas las plantas y fotografías de jardines con las que había forrado el interior de la caseta y que obviamente ella había diseñado.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó provocando que Aitor elevase su mirada hacia ella.

—Estoy pensando en remodelar mi jardín... —pronunció sin pensar.

Aquello hizo que ella ensanchase su sonrisa y asintió.

—¿En qué habías pensado? —preguntó con interés, colocando sus manos sobre el mostrador.

Él chasqueó la lengua. Lo cierto es que el jardín del que disponían era minúsculo. De hecho, formaba parte del porche por el que se accedía a la casa.

—No lo tengo muy claro...

—¿Dispones de mucho terreno? —preguntó intentando hacerse una idea.

Aitor apretó los labios. Maldita impulsividad la suya.

—No... —respondió con sinceridad—, deben de ser unos diez o quince metros cuadrados. —Aquello hizo que ella lo mirase un poco dudosa—. Es la entrada a mi casa —explicó—. Está poco acondicionada y llevo un tiempo pensando en arreglarla.

—Claro —contestó ella más animada—. Tenemos todo tipo de flores de temporada y adornos.

Bien, bueno..., al menos era cierto que tenía un poco de jardín, algo podría apañar.

—Y eso... ¿hace falta que vengas a verlo? ¿O lo elijo yo?

Aquella pregunta hizo que la muchacha volviese a mirarlo con cierta duda en los ojos.

—Bueno, eso es como tú decidas. Hay personas que tienen muy claro lo que quieren...

—Yo no —respondió rápidamente.

—Entonces, quizá sea mejor que me haga una idea —apuntó risueña—. También diseño jardines.

—Claro —contestó Aitor con una gran sonrisa.

—Mira... —dijo entregándole una tarjeta—, ahí puedes contactar conmigo. Esta semana con las fiestas del pueblo me es imposible, pero de cara a la semana que viene podemos encontrar un hueco si estás interesado.

Aitor la cogió y leyó. Ahí disponía de todos sus datos. La tarjeta tenía un logotipo con el nombre del almacén "*Flores para ti*" en el centro, diseñado con cierta gracia, ya que las letras parecían formadas por plantas y el punto de la i era una flor. En la parte superior disponía de la dirección física de la tienda y en la parte inferior de todos sus datos: su nombre y apellidos, teléfono, dirección de correo electrónico de contacto...

—Nerea —pronunció él mirándola.

—Esa soy yo —contestó.

Aitor la observó. Durante unos segundos se quedó mirándola sin decir nada hasta que al final reaccionó.

—Soy Aitor.

Ella asintió también.

—Encantada.

—Pues... —dijo Aitor dando unos pasos hacia atrás—, la semana que viene te llamo —comentó al final.

—De acuerdo, Aitor —contestó, aunque desvió su mirada hacia una pareja que se acercaba—. Buenas fiestas —dijo antes de prestar toda su atención a los nuevos clientes.

En cuanto Aitor se giró y avanzó no pudo evitar que una sonrisa inundase su rostro. No había sido tan difícil, ¿verdad?

Elevó su mirada hacia sus compañeros. Víctor le indicaba con la mano dónde se encontraban, sentados en una mesa situada en medio de la terraza.

Fue hasta allí y se sentó en una silla que quedaba libre.

—Hemos pedido pulpo y vino —le informó Daniel—. Ahora lo traen.

—Me parece muy bien —contestó guardándose la tarjeta en el bolsillo—. Por cierto, quería comentaros una cosa... —dijo colocando sus manos sobre la mesa y entrelazando los dedos. Todos lo miraron con interés, pues su rostro se había tornado serio. Aitor aguantó la respiración y finalmente miró a todos sus compañeros con interés—. ¿Qué os parecería arreglar el jardín? —preguntó al final con voz animada.

Varios de sus compañeros estuvieron a punto de caerse del taburete sobre el que estaban sentados.

—Joder, jefe... —se quejó Miguel.

—¿Qué? —preguntó Aitor sin comprender.

—Te pones tan serio que pensaba que sería algo importante —contestó.

Lucas arrugó su nariz.

—¿Qué jardín? ¿Te refieres a ese rectángulo donde crecen malas hierbas entre la valla de acceso y la casa? —bromeó. Aitor asintió—. Pfffff... a mí me da lo mismo.

—Y a mí... —dijo Marc—, pero si te hace ilusión... —Y se encogió de hombros—. Tampoco tenemos otra cosa que hacer.

Jaime Rodríguez cogió el vaso de agua y vertió el antiinflamatorio en él.

Se había levantado a las siete de la mañana con un dolor de cabeza muy fuerte. Jamás había sufrido migraña, pero entendía que debía de ser algo parecido a aquello. De hecho, notaba como si estuviese incubando algo. En pleno verano y se ponía enfermo.

El problema era que su trabajo le requería muchas horas de coche. Trabajaba para uno de los grandes laboratorios farmacéuticos como visitador médico y, justamente, los jueves acudía a uno de los hospitales de la capital de Lugo, situado a unos cincuenta minutos en coche. Los médicos solían atender las visitas sobre la una o las dos de la tarde, así que aquel día aprovechaba para levantarse un poco más tarde. Aquel no era uno de esos días, pues el dolor de cabeza lo había despertado antes de que sonase el despertador.

Acabó de beberse el contenido y resopló. El dolor era agudo, como si su cerebro se estuviese deshaciendo por dentro y, además, aquel dolor iba acompañado de una fuerte debilidad.

—¿Cariño? —preguntó Rut apareciendo en la cocina. Se giró hacia ella con una leve sonrisa—. ¿Qué haces levanta...? Ups... —reaccionó al observar su rostro—. ¿Te encuentras mal?

Jaime estaba totalmente pálido, ojeroso y recubierto por una fina capa de sudor frío.

—No me encuentro muy bien —admitió su marido—. Tengo mucho dolor de cabeza.

Rut fue hasta él y colocó una mano en su frente.

—¿Tienes fiebre? —dijo palpándolo—. Creo que puedes tener.

—No lo sé —respondió él.

Rut se giró y fue directa al comedor donde en un cajón guardaban un termómetro digital. Jaime suspiró agotado mientras ella pulsaba el botón del termómetro y un pitido anunciaba que había tomado la temperatura.

—Treinta y siete con ocho —dijo la mujer—. Tienes febrícula.

Él se pasó la mano por los ojos, cerrándolos.

—La cabeza me va a explotar —susurró.

—¿Te sientes algo más? —preguntó preocupada.

—Tengo debilidad... mucha.

Rut chasqueó la lengua.

—Debes de haber cogido un catarrazo. —Lo miró y suspiró—. Mira que siempre te digo que no pongas tan fuerte el aire acondicionado... —le recordó, aunque con dulzura.

—Ya, me lo merezco... por desobedecerte —acabó con una leve sonrisa con los ojos cerrados.

Rut sonrió y acarició la mejilla de su marido.

—Voy a darme una ducha —informó Jaime dando un paso adelante.

—No iras a trabajar, ¿verdad? —preguntó girándose hacia él.

—Tengo que ir.

—¿Y vas a coger el coche en estas condiciones? No, ni hablar. No va a pasar nada si no visitas un día a los médicos del hospital de Lugo...

—Tengo que ir o...

—No —sentenció—, pero si no te aguantas ni en pie —le recriminó la mujer siguiéndolo.

Jaime suspiró y se giró para observar a su mujer con cariño, pues se le notaba un tono de voz preocupado.

—Haremos una cosa —propuso él—. Me doy una ducha, me tomo algo caliente y descanso hasta las once. Si para las once sigo así llamaré al laboratorio y pediré hacer las visitas telefónicas. Si me lo deniegan siempre puedo pedir un taxi.

Rut asintió rápidamente.

—Está bien —respondió su mujer conforme.

En ese momento, su hijo Iago descendió los últimos peldaños de la escalera y dio un salto en el salón.

—Holaaaa —dijo el niño dirigiéndose hacia su padre.

Jaime retrocedió rápidamente.

—No, no...

—Ven Iago —lo llamó su madre—, tu padre parece que está resfriado y no queremos que nos lo pegue a ninguno de los dos, ¿verdad? —preguntó su madre.

Iago miró a su padre.

—Estás muy pálido, papá... —pronunció el niño mientras cogía la mano de su madre.

—Eso es porque no me encuentro bien, pero ahora mismo voy a darme una ducha y ya verás como luego me encuentro mejor.

Rut le sonrió y se llevó a Iago a la cocina para servirle el desayuno.

Jaime subió a la planta de arriba y se quitó la ropa. Le dolían todos los músculos de su cuerpo. Sabía que la gripe no podía ser, pues no era la época, pero tenía los mismos síntomas.

Se metió en la ducha y dejó que corriese el agua fría hasta que salió templada. Se metió bajo el chorro y cerró los ojos. Seguramente tras la ducha se encontraría mejor.

Se enjabonó el cuerpo y el pelo y dejó que el agua recorriese su piel, templándola y relajando sus músculos. Cerró los ojos y se quedó así durante varios minutos.

Su mujer tenía razón. En aquellas condiciones le iba a ser difícil ir a trabajar, no solo por tener que conducir durante cincuenta minutos, sino porque, además, ahora mismo, con aquel terrible dolor, le era prácticamente imposible pensar. ¿Cómo iba a vender un medicamento si ni siquiera tenía fuerzas para hacer memoria y recordar la posología, indicaciones de uso, contraindicaciones...?

Con suerte, una vez el medicamento hiciese su efecto, la ducha y dormir un poco más se encontraría mejor. No podía permitirse no acudir a aquellas citas. Los últimos meses habían descendido las ventas y necesitaba remontarlas como fuese para continuar con su mismo tren de vida.

—Déjame entrar —Escuchó que decían.

Abrió los ojos y se giró hacia la puerta de la ducha. Pasó la mano por el cristal, apartando las gotas de agua que resbalaban por la mampara, fijándose en el exterior.

—¿Rut? —preguntó al no ver a nadie.

Se quedó unos segundos consternado, esperando una respuesta por parte de su mujer, pero esta no llegaba. Se giró de nuevo hacia la ducha para acabar de aclararse el cabello.

Comenzaba a encontrarse un poco mejor, aunque el dolor de cabeza aún era fuerte y la debilidad importante, pero confiaba en estar más o menos bien para las once.

Iba a cerrar el grifo de la ducha cuando volvió a escuchar aquella voz, esta vez más fuerte y clara.

—Déjame entrar.

Notó cómo el vello de su nuca se erizaba y apagó de inmediato la ducha. Se giró para observar, quedándose totalmente quieto y escuchando.

—¿Rut? —volvió a preguntar—. ¿Iago?

Esperó un poco para recibir respuesta, pero nada, solo silencio. Salió de la ducha y se puso el albornoz de inmediato. Aquella voz lo había alterado. ¿Quién había ahí? Miró de un lado a otro con la respiración y el corazón acelerados. En el lavabo no había nadie y la puerta estaba entornada tal y como la había dejado.

—¿Rut? —repitió confundido. Puede que la primera vez hubiese sido producto de su imaginación, pero no la segunda. La había escuchado con total claridad.

Se dirigió a la puerta y la abrió. Miró a ambos lados del pasillo.

—¿Rut? —volvió a preguntar mosqueado.

Escucho unos pasos y su mujer se asomó por una de las puertas que estaba abierta, concretamente la que pertenecía a la habitación de su hijo.

—Dime —dijo observándolo desde debajo del marco de la puerta—. ¿Te encuentras mejor?

Jaime la escudriñó con la mirada y asintió levemente.

—¿Me has llamado? —preguntó dubitativo.

Ella negó con su cabeza.

—No, no...

—Me ha parecido escuchar que me decías algo.

—Pues no... —pronunció su mujer con una sonrisa, aunque se tornó seria cuando observó el gesto preocupado de su marido.

—¿Dónde está Iago? —preguntó Jaime.

—Abajo, desayunando... —contestó. Caminó hacia él y lo miró preocupada—. Oye, ¿te encuentras bien? —preguntó alzando su mano hacia su frente. Su marido parecía nervioso.

La palpó y le pareció intuir que no estaba tan caliente como antes. La ducha había bajado la temperatura de su cuerpo.

Jaime cogió su mano con ternura y le sonrió intentando calmarla.

—La ducha me ha ido bien. La cabeza me sigue matando... creo que es migraña —contestó.

—Iré a la farmacia a comprarte algo para la migraña. —Miró el reloj de su muñeca y chasqueó la lengua—. Tendré que buscar la farmacia que está de guardia hoy, con las fiestas del pueblo... —dejó la frase sin acabar.

Jaime resopló.

—Da igual, no te preocupes —dijo girándose hacia el aseo.

—Claro que me preocupo. —Aquella frase hizo que él se girase para observarla—. Por si no lo recuerdas la semana que viene nos vamos de viaje a Disneyland París. Solo nos falta que hayas cogido un resfriado... —Jaime suspiró y entró al aseo para acabar de secarse—. Te tomarás todo lo que traiga —ordenó Rut, aunque con una voz divertida.

—Sí, señora —respondió él contemplándose en el espejo.

El dolor de cabeza remitía levemente, al menos, lo suficiente para dejarle pensar con algo más de claridad. Aquello había sido extraño, le había parecido escuchar que una voz le pedía permiso para dejarle entrar.

Se pasó la mano por la frente y se observó. Estaba bastante pálido, incluso sus labios habían adquirido un tono blanquecino. Desde luego, con ese aspecto, no podía ir a vender un medicamento... más bien se lo recetarían a él.

Rut entró en el aseo y, sin previo aviso, colocó de nuevo el termómetro en su frente. Jaime dio un paso atrás por la impresión, pues no la esperaba allí.

—Menos mal que es un termómetro, si no pensaría que estoy sufriendo un atraco por sorpresa... —bromeó Jaime provocando que su mujer riese.

Cuando el pitido sonó Rut observó el termómetro.

—Treinta y siete con seis.

—Algo mejor... —corroboró él.

Rut salió del aseó.

—Baja y tumbate en el sofá —dijo bajando las escaleras—, ¿quieres que te prepare algo?

—No, no... me tumbaré en el sofá y ya está. De momento prefiero no tomar nada —contestó.

Rut bajó a la planta baja y se dirigió a la cocina donde su hijo se acababa el vaso de leche y un bocadillo de queso que le había preparado.

—Iago, tengo que salir un momento...

—¿Adónde vas? —preguntó el niño desviando la mirada de la televisión donde veía los dibujos.

—Voy a la farmacia a comprar un medicamento a papá para que se le pase el dolor de cabeza... —Fue hasta él y besó su frente—. No tardo mucho —dijo cogiendo el bolso—. Si papá baja y se tumba en el sofá no lo molestes, tiene que descansar.

—De acuerdo —contestó el niño mirando de nuevo la televisión.

Salió de la cocina y fue a la mesa del comedor donde sobre un cuento reposaban las llaves del coche. Por suerte, la farmacia de guardia estaba a escasos cinco minutos en coche, no tardaría mucho en estar de vuelta en casa.

—Ahora vengo —pronunció alzando el tono para que Jaime lo escuchase.

—De acuerdo —escuchó que contestaba su marido desde la planta alta.

Cerró la puerta de casa y se dirigió al vehículo aparcado justo enfrente.

Aitor introdujo el pañuelo que le había quitado la noche anterior a Rosa dentro de una cajita de cristal y cogió un rotulador permanente.

“Rosa”, escribió en la caja. La colocó en una de las estanterías que se encontraban en la oficina donde todos estaban reunidos.

Nunca lo habían hecho, pero sabía que una bruja podía invocarse. Era bastante sencillo, lo único que se necesitaba era un objeto de ella y un conjuro. Todos se sabían aquel conjuro de memoria, pero nunca lo habían empleado. ¿Para qué iban a hacerlo? Con aquel conjuro la bruja no podría resistirse y aparecería donde estuviese su objeto colocado. De momento no les había hecho falta.

Fue al principio de la sala donde en una pizarra habían apuntado por provincias las brujas que requerían de su supervisión y control. Aún debían visitar a unas cuantas, pues cada semana, desde el CNI, les enviaban una lista con posibles brujas.

Muchas de ellas tenían algún local donde practicaban su magia y otras simplemente la ejercían en su casa sin exponerse. Las que tenían un local eran fáciles de controlar y, además, la mayoría eran de nivel uno. Las peligrosas eran las que no se promocionaban o intentaban vivir de ello. Aquellas solían tener mucho más poder y ejercían la brujería para conseguir sus propios objetivos sin que nadie lo supiese. Aquellas eran mucho más difíciles de encontrar. La mayoría de esas brujas tenían un nivel más elevado, normalmente un tres, lo que implicaba que manejaban las energías. Aquello, alguna de las veces, se detectaba con un radar de frecuencias. En cuanto el CNI, en concreto el departamento para el que trabajaban (la DAE o división de agentes externos), lo detectaba lo ponía en su conocimiento.

Ellos también podían acceder a ese radar a través de un programa del ordenador. Lo habían hecho los primeros meses, luego lo habían apagado. De todas formas, ¿para qué iban a tenerlo encendido todo el día? La DAE ya les informaba si se detectaba un pico de energía, pues mantenían monitorizado todo el país.

Observó la pizarra y cogió uno de los rotuladores. Directamente colocó al lado del nombre de

Rosa el número uno. Se giró hacia sus compañeros que permanecían sentados cada uno en una de las mesas.

—Bien, ¿quiénes son las brujas que tienen negocio esta tarde en la feria? —preguntó.

Daniel le mostró el programa.

—Laura, en la caseta treinta y dos. Su caseta se llama *Hijos de la luna*.

—Qué bonito —bromeó Víctor.

Aitor apuntó el nombre en la pizarra.

—¿Qué habéis encontrado sobre ella? —preguntó.

Miguel se apresuró a hablar.

—No tiene local pero sí una página web que se llama justamente como la caseta.

—¿Qué pone en la web?

Miguel se encogió de hombros.

—Tiradas de tarot, lectura de manos y conjuros de amor. Aunque creo que es un farol —bromeó.

Aitor enarcó una ceja.

—¿Y eso?

—No lo sé, la página es muy cutre. No creo que tenga muchas visitas. —Miró el documento donde había apuntado algunos detalles a comentar—. También tiene un número de teléfono donde se puede llamar para hacer consultas o concertar visita.

—¿Y dónde hace esas visitas? —preguntó Marc.

Miguel se encogió de hombros mientras se giraba hacia él.

—Ni idea. No he llamado —Miró a su jefe—. Supongo que o se desplaza o las hace en su propia casa.

Aitor asintió conforme con la respuesta de su compañero.

—¿Algo más?

—Que interese de Laura, no —respondió, aunque comenzó a reír—. Bueno, tiene algunas opiniones muy graciosas...

—¿Opiniones? —preguntó Aitor cruzándose de brazos.

—Sí, ya sabes... la gente opina por internet. Muchos la acusan de fraude, por eso digo... me parece que esta de bruja no tiene mucho.

—A veces hay sorpresas —recordó Aitor—. Caseta treinta y dos, ¿no? —preguntó de nuevo mirando a Daniel, el cual asintió—. Le haremos una visita para asegurarnos. Y no iría mal hacerse con algún objeto de ella por si en algún momento se pasa de la raya y hay que conjurarla. Bien —dijo mirando de nuevo a Daniel—, ¿y la otra?

Daniel leyó el folleto de las fiestas.

—Caseta treinta y siete. Se llama: *O círculo dos espíritus*. Es decir, el círculo de los espíritus. Ella se hace llamar “La meiga Borealis”.

—¿Una espiritista? —preguntó Lucas asombrado—. Es la primera que vemos, ¿no?

Aitor asintió y señaló a Daniel.

—¿Has encontrado algo sobre ella?

Daniel sonrió divertido.

—Esta promete más —dijo mostrando unos documentos—. Tiene una web donde anuncia la próxima apertura de su local en Quiroga. —Se encogió de hombros—. La web está bien construida. Tiene varios apartados, aunque básicamente hace sesiones de güija y contacto con familiares fallecidos. De hecho... —rio mientras negaba aún asombrado—, en su web dice: “¿No estás conforme con la herencia que te ha dejado tu ser querido fallecido? Aclara las cosas con

él”.

—Ja, qué buena —rio Lucas.

—Espera, espera... —le interrumpió Daniel—, también hace hechizos y conjuros para encontrar el amor, para atraer el dinero, para mejorar la salud y para el trabajo.

—Pues sí, esta promete —le dio la razón Aitor y miró a todos sus compañeros con una sonrisa—. ¿Apostamos con la meiga Borealis?

Todos asintieron y buscaron en sus bolsillos extrayendo un billete de veinte euros, depositándolo sobre la mesa.

Aitor apuntó el nombre de meiga Borealis en la pizarra y señaló a Daniel primero.

—Opino que será un uno. Va de algo que no es —Y se encogió de hombros.

Aitor puso el nombre de su compañero en la pizarra y al lado el número uno.

—¿Miguel? —preguntó señalando a su otro compañero.

Se quedó un poco pensativo.

—Voy a ir a por todas. Un tres —indicó.

—¿Un tres? —preguntó Lucas asombrado—. Te estás pasando.

—Dice que puede invocar espíritus... —le recordó Miguel.

—Pfff... —renegó Lucas—, a mí ponme un uno.

Marc alzó su mano.

—A mí ponme un dos.

—¿Víctor? —preguntó Aitor.

—Opino igual que Daniel. Un uno.

Aitor escribió los nombres y el número que decían y luego se quedó pensativo. Se giró hacia la pizarra y sonrió mientras escribía el número tres.

—Venga yaaaaa —ironizó Daniel—. ¿En serio?

Aitor se encogió de hombros mientras ponía el tapón al rotulador y lo dejaba sobre la mesa.

—Algún día tendremos que encontrarnos con una de esas... Haberlas, haylas —bromeó esta vez.

—Perfecto. Soy el único que apuesta por el nivel dos, así que... si gano me embolsaré ciento veinte eurazos —pronunció Marc y dio unas palmadas animado.

—Tú siempre pensando en el dinero. —Y miró al resto de sus compañeros extendiendo los brazos hacia los lados—. Sabéis que no va a ser verdad... —continuó Daniel—, como mucho nivel uno, ya veréis. Estas que van tan sobradas luego... ¡baahh!

Aitor fue por las mesas recogiendo los veinte euros de cada uno y los depositó en la estantería.

—Está bien —dijo volviendo hacia su mesa, pasándose la mano por su cabello negro—. ¿Alguna notificación del CNI?

—Nada —respondió Lucas—, esto no se anima de ninguna forma. A mí me timaron cuando me dijeron de venir aquí.

—Bueno... —intervino Miguel—, Rosa me dijo ayer que venían momentos difíciles en el trabajo.

—¡Ja! Yaaa, claaaro... —rio Marc—, ya lo escuchamos. También escuchamos tu pregunta sobre el amor y eso de que estás en un momento propicio para las artes amatorias... —Miguel enarcó una ceja en su dirección—, y fíjate... aquí sigues —Y le mostró los dientes—, rodeado de tus compañeros de división y sin ninguna mujer cerca.

Aitor miró su reloj de muñeca. Marcaba la una de la tarde.

—Bien pues... a preparar la comida, ¿a quién le toca hoy?

Todos se pusieron en pie y enarcaron una ceja en su dirección.

—¿En serio? —bromeó Lucas—. Te toca a ti.

—¿Ya estás intentando escaquearte, jefe? —rio Miguel.

—¿A mí? —preguntó asombrado.

—Sí, a ti —siguió Lucas.

Aitor resopló y luego los miró a todos fijamente.

—En diez minutos os espero en el todoterreno. Hoy invito yo a pulpo —comentó.

—Me encanta cuando te toca cocinar a ti —comentó Víctor pasando por su lado y guiñándole un ojo—. Te lo curras tanto... —ironizó.

Aitor golpeó levemente el hombro de su compañero.

—Anda, tira —rio.

Bajaron por las escaleras a la primera planta y cada uno fue a su habitación.

Fue hasta el armario y se cambió la camiseta. Cuando pasó al lado de la mesa su mirada coincidió con la tarjeta que le había entregado la noche anterior Nerea Álvarez. Recordó su sonrisa y sintió cómo el vello se le ponía de punta.

Ansiaba el momento de coincidir con ella otra vez. Sabía que estaría de nuevo en las casetas ese día, así que, en cuanto pudiese, se pasaría por la zona para verla.

Salió de la habitación y se dirigió al subterráneo para ir al todoterreno. Daniel ya lo esperaba allí apoyado en él con las llaves en la mano. Los demás ya estaban dentro del coche, esperando.

—Conduzco yo, ¿no?

—Como siempre —indicó Aitor mientras se dirigía al asiento del copiloto.

El Hospital Universitario Lucus Augusti pertenecía al área sanitaria de Lugo, A Mariña y Monforte de Lemos. Comúnmente conocido por sus siglas como HULA, era reconocido como un centro integrado en red con Atención Primaria, centros hospitalarios públicos de la provincia y otros centros de referencia de la comunidad. Era un hospital relativamente nuevo, pues se había inaugurado en el primer trimestre del 2011. Actualmente, era uno de los hospitales de referencia a nivel provincial.

Jaime tomó el pasillo a la derecha y entró en los aseos. Por suerte no había nadie.

Tras quedarse dormido más de una hora en el sofá, se había despertado a las nueve encontrándose mucho mejor. Su mujer le había comprado en la farmacia de guardia una pastilla para la migraña. Le había funcionado durante un rato. No era que le hubiese quitado todo el dolor, pero, al menos, sí el suficiente como para poder pensar. Se había marchado a las once de su casa en taxi. Rut había insistido en que no quería que condujese estando como estaba. Le había hecho caso, ¡y menos mal! Solo había podido realizar una visita. El malestar había vuelto con fuerza y ya no era solo aquel horrible dolor de cabeza, sino su estómago. Pensaba que el mismo dolor debía estar revolviéndoselo.

Había acabado la visita como había podido y se había dirigido directamente al aseo.

Nada más entrar fue al lavamanos y se apoyó en él intentando no desfallecer. Casi no le aguantaban las piernas.

—¿Qué me está pasando? —susurró con los ojos apretados.

Elevó la mirada al espejo y observó su reflejo. Estaba totalmente pálido y las gotas de sudor descendían por su mejilla, aunque algo llamó su atención. Se acercó al espejo lentamente, mirándose de forma fija y observó sus ojos. Tenía las pupilas muy dilatadas y a su alrededor parecía que se formaba un velo rojo, como si fuese sangre.

Se le paralizó el corazón y aguantó la respiración cuando escuchó aquella voz de nuevo.

—Déjame entrar.

Esta vez la voz sonaba más cercana, grave, incluso con un sonido gutural.

Se giró de un brinco observando las puertas de los cinco retretes individuales, temblando por la impresión.

—¿Quién... quién está ahí? —preguntó con voz temblorosa.

En ese momento los fluorescentes del aseo parpadearon. Miró hacia el techo observando cómo dos de ellos se apagaban y encendían varias veces. Se apoyó contra el lavamanos, sujetándose con la poca fuerza que le quedaba y tragó saliva.

¿Qué era todo aquello? Miró de un lado a otro, nervioso, y se acercó a uno de los aseos que tenía la puerta entreabierta. Aquella puerta necesitaba ser engrasada porque chirrió cuando la abrió lentamente. Ahí dentro no había nadie. Miró el resto de los aseos individuales. Estaba totalmente solo allí.

—Déjame entrar —repitieron.

Giró sobre sí mismo, desesperado, mirando de un lado a otro del aseo.

Ahora estaba seguro, aquella voz era real, la escuchaba con tanta claridad que parecía que le estuviesen hablando al lado.

—¿Qué es todo esto? —gritó asustado.

Volvió a llenar sus pulmones al darse cuenta de que estaba aguantando la respiración y se giró de nuevo hacia el espejo mientras notaba cómo todos sus músculos temblaban.

Estaba seguro de que tenía fiebre. ¿Podía ser que estuviese alucinando por la subida de temperatura? No, aquello no era posible, aquella misma mañana solo tenía unas décimas cuando había escuchado aquella voz.

Se apoyó contra el lavamanos y bajó su cabeza cerrando los ojos, apretando la mandíbula. La cabeza iba a estallarle. Tal era el dolor que comenzó a notar un pitido en los oídos.

Resopló sin abrir los ojos.

¿Puede que se tratase de un tumor en el cerebro? No lo creía, pues no había perdido peso. Lo único que podía afectarle de aquella forma era el estrés de los últimos meses. ¿Puede que se tratase de una enfermedad psiquiátrica? ¿Un delirio?

Inspiró intentando relajar todos los músculos de su cuerpo y elevó de nuevo la mirada hacia el espejo. No pudo evitar un grito y se giró de repente, asustado, temblando de miedo.

Lo había visto con claridad. En el reflejo del espejo, a su espalda, había una figura oscura, formada solo por una silueta que parecía compuesta por humo. La silueta estaba bien definida y poseía unos enormes ojos rojos que brillaban.

Miró de un lado a otro. ¿Estaba delirando de verdad?

—Déjame entrar —Escuchó una vez más.

Jaime dio unos pasos distanciándose del grifo, mirando de un lado a otro, esta vez con la respiración muy acelerada. ¿Qué le estaba ocurriendo?

Tragó saliva cuando, de nuevo, los fluorescentes parpadearon. No lo pensó más y se dirigió a la puerta del aseo. Necesitaba salir de allí. No sabía de qué se trataba, pero no había sentido tanto miedo en toda su vida.

Salió a toda prisa del aseo y derrapó en el pasillo mientras se giraba. Se apoyó en la pared que tenía enfrente para no perder el equilibrio y gimió. Tenía los músculos agarrotados, la debilidad era tan grande que le costaba moverse.

Se puso firme y comenzó a alejarse del aseo mientras miraba aquella puerta que se cerraba y de donde salían destellos de los fluorescentes que parpadeaban.

Necesitaba salir de allí, tomar aire. Aquello que le estaba ocurriendo no era normal. Siempre se había considerado un hombre lógico, centrado, pero su mente le estaba jugando una mala pasada. ¿Quizá era psicosis? Aquello era extraño, pensaba con claridad, incluso se cuestionaba si lo que estaba escuchando y viendo era real. Eso, un enfermo de psicosis no lo haría, puesto que generalmente no tenían conciencia de su enfermedad.

Miró al frente donde un par de médicos caminaban por el pasillo rumbo a su consulta, ambos fijaron la mirada en Jaime que caminaba apoyado contra la pared, muy rápido, con la respiración acelerada y mirando de vez en cuando hacia la puerta del aseo, ya bastante lejana.

—Disculpe... —dijo uno de los médicos deteniéndose—, ¿necesita ayuda? ¿Se encuentra bien?

Jaime lo miró, pero no contestó. Tragó saliva y siguió caminando acelerado, obviando la pregunta del doctor que lo miraba preocupado.

Muchos de aquellos galenos lo conocían, él era el encargado de representar a un reputado laboratorio. No podía permitirse que lo viesan en aquel estado.

Decidió no coger el ascensor. Tomó las escaleras y las bajó todo lo rápido que le daban las piernas. Puso la mano en su frente y sintió cómo esta ardía: sin duda, tenía fiebre.

No quería ser alarmista, todo tenía una explicación. Atravesó el descansillo y se dirigió afuera del hospital cruzándose con muchos de los pacientes que iban a visitarse. Bajó los escalones del portal y se dirigió a la esquina donde muchos taxis dejaban a algún paciente que no podía

desplazarse por sus propios medios. Seguramente, la fiebre que estaba sufriendo sería la que le estaba causando aquellos delirios. Aquella era la explicación más lógica y, por lo tanto, la respuesta más acertada.

Elevó la mano hacia uno de los taxis que esperaban, indicando así su deseo de cogerlo. Fue directo hacia la puerta trasera y solo respiró tranquilo cuando se sentó en la parte trasera.

Puede que pareciese una tontería, pero, en aquel momento, aquel vehículo le pareció un lugar seguro.

Tras darle la dirección al taxista y que este iniciase la marcha extrajo el móvil de su bolsillo y envió un mensaje a su mujer.

Jaime: Voy para casa, no me encuentro bien.

Guardó de nuevo el teléfono en su bolsillo y se pasó la mano por la frente.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el taxista que lo observaba a través del reflejo del retrovisor.

No, no se encontraba nada bien. Tenía un dolor de cabeza horrible, ganas de vomitar, una debilidad extrema y sufría alucinaciones. Seguramente, si respondiese a su pregunta en esos términos, lo echaría del taxi.

—Creo que me ha sentado mal el desayuno —susurró Jaime.

El taxista asintió.

—Si se encuentra muy mal o tiene ganas de vomitar dígame y me paro.

Jaime tragó saliva.

—Gracias. —Se pasó la mano por la frente y secó las gotas de sudor, luego se fijó en su camisa blanca, la cual se había quedado pegada a su abdomen y su pecho por la humedad del sudor y notaba lo mismo por la espalda—. ¿Le importaría poner un poco más fuerte el aire acondicionado?

—Claro, no hay problema —dijo el taxista solícito.

Sintió que su móvil vibraba. No tuvo ni fuerzas para extraer el móvil de su bolsillo. Lo único que hizo fue echar la cabeza hacia atrás apoyándola en el respaldo y cerró los ojos intentando relajarse.

Aquella noche era más fresca que la anterior. No había ni una sola nube en todo el cielo, así que en cuanto te alejabas de la calle central donde se organizaba toda la fiesta de Monforte podías vislumbrar alguna estrella.

La primera visita a la meiga Laura en la caseta treinta y dos había resultado ser otro fraude. Sabía que las brujas existían, él mismo había luchado contra alguna en Benín hacía ya seis años, cuando desde el Pentágono habían solicitado la creación de una división específica para ese país. Esa era la primera vez que se había conformado una división de diez personas, dado que el riesgo en ese país era muy alto al ser el vudú la religión predominante de aquella zona.

Se había enfrentado contra multitud de brujas de nivel dos y tres durante cinco años. La relación con sus compañeros de diferentes naciones había sido muy buena y los resultados excelentes, ya que habían logrado erradicar casi por completo la práctica de la brujería negra en determinadas zonas. Posteriormente, el CNI se había puesto en contacto con él para traerlo de vuelta a España y dirigir la división de vigilancia del norte del país.

Ahora, lo que estaba viviendo en Galicia era un paseo entre las flores en comparación con lo que había vivido en Benín.

En resumen, Laura, en su caseta llamada *Hijos de la luna*, era una bruja de nivel uno, si

llegaba. Borealis era el siguiente objetivo.

—Aquí es —comentó Víctor señalando la caseta—. Caseta treinta y siete, *O círculo dos espíritus*. Bien... —dijo girándose hacia sus compañeros—. ¿Quién va a tener el honor de conocer a la meiga Borealis?

—Me ofrezco voluntario —reaccionó Miguel de inmediato.

—Ni hablar —dijo Lucas acelerado—. Ayer ya estuvisteis Marc, el jefe y tú con Rosa.

—¿Y? —preguntó Miguel—. Tú estuviste con Daniel y Lucas en los tres locales de Lugo. Todos resoplaron al no ponerse de acuerdo.

—¿Piedra, papel o tijera? —propuso Daniel.

—Ni hablar —interrumpió Aitor—. Yo voy...

—¿Por qué tú sí? —preguntó Miguel mosqueado.

Aitor se encogió de hombros.

—Porque como dice Lucas yo soy el jefe y yo mando —comentó mostrándole una sonrisa de oreja a oreja, lo que provocó que todos suspirasen—. Está bien, ve tú —Señaló a Marc—, Miguel y Víctor quedaos fuera vigilando. Daniel y Lucas vienen conmigo.

—Que sea de nivel tres, que sea de nivel tres... —susurró Miguel con los dedos cruzados mientras sus compañeros entraban en la caseta.

Aitor estuvo a punto de poner los ojos en blanco, pero se contuvo.

Aquella caseta era color azul marino, bastante más amplia que la del día anterior. Tenía forma rectangular y de su punto más alto colgaba un círculo azul claro. Debía de tener alguna vela dentro porque emitía pequeños destellos.

Al final había una mesa redonda cubierta de una tela azul claro y sobre la que rezaban varias velas de color blanco y amarillo.

La mujer que permanecía sentada frente a la mesa era más joven que Rosa. Debía de rondar los cuarenta y cinco años, con media melena rubia que le llegaba por el hombro y unos enormes ojos azules. Llevaba un pañuelo color crema a conjunto con su túnica anudado en su cabello.

—Buenas noches —dijo la mujer poniéndose en pie.

Aitor miró a los lados. A diferencia de la caseta de Rosa, que era totalmente austera, la meiga Borealis tenía a los lados unas pequeñas estanterías con recipientes.

—Buenas noches —contestó Aitor. Luego se giró levemente hacia atrás—. ¿Lleváis sal?

Daniel asintió sin decir nada.

—¿En qué puedo ayudaros? —preguntó la mujer sonriente dando unos pasos hacia ellos.

—Es la meiga Borealis, ¿verdad?

Ella se quedó mirando a los tres y asintió todavía con la sonrisa en su rostro.

Aitor dio unos pasos al frente.

—¿Hace lecturas de manos? ¿Tiradas de cartas?

Ella cambió su semblante y donde antes había una sonrisa ahora había un rostro serio, gélido. Los miró fijamente.

—Lo que necesitéis...

—Perfecto —comentó Daniel.

—Pero lo hago individualmente, deberéis ir por turnos —indicó ella—. ¿estáis interesados los tres?

Daniel y Lucas iban a hablar, pero Aitor se adelantó.

—Sí, pero yo seré el primero —dijo girándose hacia atrás para mirar a sus compañeros.

Los dos suspiraron resignados. Estaba claro que todos tenían ganas de acción, algo que parecía que no iba a llegar nunca.

—Esperaremos fuera nuestro turno —pronunció Daniel a regañadientes.

Aitor se giró hacia la meiga que le ofrecía la silla frente a ella.

—¿Una tirada de cartas? —preguntó dirigiéndose a la estantería.

Aitor asintió mientras tomaba asiento.

—Sí.

—¿Quieres saber algo en concreto o prefieres en general? —preguntó mientras cogía la baraja de cartas y se dirigía a la siguiente estantería, más cercana a la puerta y sobre la que había algunos tapetes de diferentes colores.

—Algo en general y, si me surge alguna duda, me gustaría hacer alguna pregunta concreta.

—Claro —comentó ella mientras cogía uno de los tapetes color azul claro.

Se giró hacia él y sonrió de una forma que le pareció muy tierna.

—Necesito que te concentres —le pidió dando un paso en su dirección.

—¿Yo? —Enarcó Aitor una ceja.

—Para que los espíritus puedan hablarnos hay que fomentar un ambiente tranquilo y de relajación —le indicó con la mano—. Cierra los ojos y respira profundamente tres veces.

Aitor mantenía una ceja enarcada, pero obedeció. De todas formas, necesitaba saber si realizaba correctamente la tirada de cartas y hasta qué punto podía invocar a los espíritus.

—He leído en su web que hace conjuros —comentó con los ojos cerrados.

—Luego hablamos. Ahora concéntrate en tu respiración. Que sea lenta... —Escuchó que susurraba la meiga incitándolo a la relajación.

Aitor hizo lo que le pedía. Todo lo que fuese por averiguar si esa mujer era una bruja de verdad. Por lo que decía en su web contactaba con los espíritus, realizaba sesiones de güija y podía hacer conjuros y hechizos. Si aquello era cierto podían encontrarse ante una bruja de nivel dos, incluso tres.

Se concentró en su respiración tal y como le había pedido la meiga, intentando favorecer un ambiente donde ella, si podía, contactase con aquellos espíritus a los que hacía referencia.

—¿Jefe? —escuchó la voz de Lucas. Aitor abrió los ojos de inmediato y se giró—. ¿Qué haces? —Aquella pregunta lo cogió desprevenido. Miró de un lado a otro de la caseta. ¿Estaba solo? Miró a Lucas sin comprender qué ocurría allí.

—Se va... que se va... —Escuchó la voz acelerada de Daniel.

—¿Se va? —preguntó Aitor mientras se ponía en pie—. ¿Y la meiga? —preguntó avanzando hacia Lucas que mantenía la tela a un lado. Salió y vio cómo varios de sus compañeros avanzaban rápidamente entre la gente—. La muy... —pronunció con los dientes apretados mientras iniciaba la marcha.

¿Lo había distraído para huir de ellos?

Lucas aceleró el paso al lado de su jefe. Cualquiera de sus compañeros o él mismo podría alcanzarla en una fracción de segundo. Si por algo se caracterizaban los cazadores era por su velocidad y la capacidad de regenerarse cuando sufrían una herida o se lastimaban. Aquello era bueno para su trabajo y para poder enfrentarse a los seres paranormales: una velocidad que les permitía moverse entre todos los civiles sin ser vistos y la capacidad de regeneración por la que podrían seguir luchando sin interrupciones, pues su curación, en el peor de los casos, duraba unos pocos minutos.

Aitor se colocó al lado del resto de sus compañeros que apartaban a la gente con delicadeza para seguir a la meiga.

—¿Dónde está? —preguntó a Marc.

Marc señaló con un movimiento de cabeza sin dejar de caminar. Entre todas personas que

paseaban, pudo ver unos metros por delante a la meiga Borealis. Justo en el momento en que ella se giraba para asegurarse de si la seguían o no, los veía, emitía un pequeño grito y aceleraba más el paso.

Sí, estaba claro que huía de ellos. Eso solo podía significar una cosa: aquella mujer tenía suficiente poder como para identificar la energía de un cazador.

—Lucas, Víctor... por la derecha. Marc y Daniel por la izquierda —Señaló hacia el otro lado —. Miguel, tú conmigo —indicó.

Sus compañeros obedecieron saliendo del centro de la calle y caminando por las aceras donde había menos aglomeración de gente, ya que las casetas se encontraban sobre el asfalto de la calle cortada.

Miró de reojo a Miguel que caminaba a su lado. Todos sabían lo que debían hacer, pero igualmente volvió a dirigirse hacia él.

—Vamos a por ella.

—Va a ser un nivel tres —comentó Miguel emocionado.

Aitor resopló mientras aceleraba el paso, esquivando a las personas que venían en dirección contraria a ellos.

—Bueno, eso ya lo veremos... —contestó rodeando a una persona.

Estaba claro que la meiga era consciente de lo que pretendían hacer porque miraba hacia los lados y luego hacia atrás constantemente, controlándolos.

La imagen de Nerea dando un ramo de flores a una mujer lo distrajo durante unos segundos.

—Joder —susurró pasando frente a la caseta de *Flores para ti*.

Ahora no era momento para distraerse. Había pensado que en cuanto acabase las visitas a las dos casetas les daría vía libre a sus compañeros y se acercaría a Nerea para intentar conocerla mejor. Por lo visto, la noche se le iba a complicar. No le importaba, al contrario, lo necesitaba. Demasiados días, semanas y meses sin nada de acción, pero ¿tenía que ser justamente aquella noche? Por lo menos sabía que Nerea estaría en la caseta, contaba con cinco días, luego volvería a su tienda física y no podría verla tan a menudo, lo que haría que sus oportunidades de entablar una conversación con ella se redujesen.

—¿Qué pasa? —preguntó Miguel al escuchar a su jefe.

—Nada —respondió Aitor volviendo su mirada al frente, chocando directamente con los ojos de la meiga que en esos momentos miraba hacia atrás.

Controló a sus compañeros a ambos lados observando que la adelantaban para cortarles el paso más adelante.

Sonrió al ver que sus compañeros se movían hacia el centro de nuevo.

—Prepárate —susurró Aitor a Miguel.

Miguel lo miró de reojo.

—¿Crees que intentará algo?

—Por si acaso —pronunció clavando su mirada en Víctor y Lucas que la habían adelantado e iban en su dirección.

La meiga se detuvo de inmediato y miró al frente, donde vio que dos de aquellos cazadores se acercaban.

Giró hacia su izquierda, pero no pudo hacer más. Aitor la cogió del brazo, sujetándola.

La meiga se giró hacia él asustada, aunque enseguida puso cara de enfadada.

—Suéltame —le ordenó con un tono de voz grave.

Aitorladeó su cuello y miró de reojo a Miguel que se situaba a su lado.

—No —sentenció él—. ¿Por qué huyes de nosotros?

La meiga miró a Miguel y luego observó a aquellos dos otros muchachos que se acercaban a ella. Miró a Aitor que aún la mantenía sujeta.

—Cazador —le susurró con desprecio.

Aquella afirmación sorprendió a Aitor. Giró su cabeza y vio que Marc y Daniel esperaban en la acera de la izquierda, vigilando por si en algún momento tenían que intervenir.

—Vaya, vaya... —Volvió la mirada hacia ella—, así que sabes que somos cazadores.

La meiga lo escudriñó de la cabeza a los pies.

—Suéltame ahora mismo o gritaré —lo amenazó.

—Atrévete —pronunció Aitor en el mismo tono.

La reacción de la meiga no tardó en llegar y sorprendió a todos.

—¡Ahhhhhhhh! ¡Auxiliooooooooo!

Aitor enarcó una ceja mientras ponía la espalda recta.

—Cállate —le ordenó acercándola.

—¡Quieren robarme! ¡Ayudaaaaaaaa! —gritó ella.

Aitor apretó los labios y miró a su alrededor. La gente se había detenido observando, aunque una cosa llamó su atención. Nerea salía de su caseta para observar y coincidió la mirada con él.

—¡Ayudaaaaaaaa! —gritó de nuevo la meiga.

—Ehhhh —pronunció un hombre acercándose con intención de ayudarla—. ¡Suéltala!

Aitor resopló y miró a sus compañeros que observaban a la meiga con gesto enfadado.

—Podríamos haber mantenido una plácida conversación..., pero tú lo has querido —dijo metiendo la mano en el bolsillo. Extrajo una placa y la colocó hacia delante, a escaso un metro de donde el hombre se encontraba—. Será mejor que no se acerque, amigo. —El hombre miró la placa de policía, tragó saliva y dio un paso hacia atrás—. Bien, policía... ¡alejaos! —ordenó a toda la gente que los rodeaba, cogió las dos manos de la meiga y las puso a su espalda como si la esposase—. Quedas detenida...

—¿Por qué? —gritó ella de los nervios.

—Tú ya lo sabes —improvisó empujándola hacia delante en compañía de Víctor, Lucas y Miguel—, ¿o es que quieres que toda esta gente se entere?

—¡Esto es una detención ilegal! —gritó ella—. Solicito un habeas corpus...

—Venga ya —comentó Aitor conduciéndola hacia donde se encontraban el resto de sus compañeros. Al menos la gente se apartaba para dejarles paso.

Marc y Daniel los esperaban en la acera y se unieron a ellos en cuanto llegaron.

—Menudo espectáculo, ¿no? —preguntó Daniel mirando a la meiga, la cual rugió. Daniel le indicó a Aitor una de las calles contiguas y continuaron caminando por ella, por donde había ya menos gente.

—Suéltame —rugió la meiga.

—¿Para qué? ¿Para que te vayas corriendo? Ni hablar —respondió.

Daniel indicó a todos una calle sin salida a la derecha, oscura y bastante apartada de todo el bullicio.

—Ya te lo he dicho, vamos a mantener una conversación tanto si te gusta como si no. —Se internaron en la calle y la soltó empujándola levemente unos pasos por delante—. Daniel, por favor, ¿haces los honores? —ironizó.

Daniel extrajo una bolsa de sal y trazó una línea ante ella de punta a punta de la calle mientras recitaba el conjuro. La meiga lo miró mientras apretaba todos los músculos.

—¿Qué haces? —preguntó ella mosqueada.

Todos la miraron confundidos. ¿Acaso no sabía lo que hacían realmente?

—Mmmm... ¿puedes intentar cruzar la línea? —preguntó.

—¿Para qué?

Aitor pestañeó varias veces.

—Eres una bruja, ¿verdad?

Ella lo miró sin comprender.

—¿Bruja? Soy espiritista. Es muy diferente.

Aitor chasqueó la lengua y miró a sus compañeros que se encogían de hombros. Suspiró y la miró de nuevo.

—Por lo que a mí respecta es lo mismo. Hablas con espíritus y estos te obedecen, de hecho, en tu web indicas que puedes hacer conjuros y hechizos, ¿es cierto? —La meiga titubeó un poco, lo que hizo suspirar a Aitor. Se giró hacia sus compañeros y chasqueó la lengua—. Nadie había apostado por el cero, ¿verdad?

—Ya os lo dije... —intervino Daniel ante la mirada asombrada de la meiga que parecía no comprender nada—, estas que se anuncian van de mucho y luego nada.

Aitor la miró confundido.

—¿Cómo sabes que somos cazadores?

La meiga los miró atemorizada.

—Rosa me lo dijo, es mi prima. —Todos resoplaron—. Me explicó que ayer por la noche le hicisteis una visita...

—Pero sabes de nuestra existencia... —intervino Miguel.

—¡Pues claro que lo sé! En este mundillo todas lo sabemos —contestó airada.

—Mira qué bien, somos famosos —pronunció Marc.

Aitor dio un paso adelante cruzándose de brazos.

—¿Qué poder tienes? —Ella apretó los labios y suspiró—. ¿Contactas con espíritus o no?

La meiga se removió nerviosa.

—Tengo visiones desde pequeña —admitió—. Veo a los muertos y estos, a veces, me muestran cosas.

—Una vidente —comentó Miguel.

—¿Y de los conjuros y hechizos qué me dices? —insistió Aitor.

—Hago rituales, pero dudo mucho que funcionen —acabó pronunciando—. La mayoría son rituales celtas. Compré un libro hace unos años sobre plantas medicinales y ritos.

Aitor se pasó la mano por la cara, desquiciado.

—Vale, por favor... ¿puedes intentar cruzar a este lado? —volvió a preguntar.

—¿Por qué? —insistió ella cautelosa.

—Porque una bruja no podría. Si lo que dices es cierto y eres vidente podrás cruzar sin problema.

Aquello hizo parpadear a la meiga.

—Ah, de acuerdo —contestó ella encogiéndose de brazos.

Dio unos pasos sin ningún problema y se colocó al lado de ellos.

—Pues vaya... —Escuchó que decía Miguel por detrás.

Aitor la observó. Si lo que decía era cierto y tenía visiones se trataba de una vidente. Al igual que ellos, que pertenecían a la DAE, existían otros muchos departamentos que contaban con videntes, telequinéticos, telépatas...

La miró más tranquilo. El hecho de que hubiese cruzado la línea indicaba que no era una bruja, no tenía los poderes sobrenaturales inherentes de un ser maligno, sino más bien todo lo contrario, un don.

Se cruzó de brazos observándola fijamente.

—No deberías decir todo eso en tu web...

Ella se encogió de hombros.

—Me sabe mal, pero de algo tengo que vivir...

—¿Qué tipo de visiones tienes? —preguntó Aitor interesado.

La meiga suspiró mientras se alisaba la túnica.

—Veo personas que no están en este mundo...

—¿En este mundo? —preguntó Lucas intrigado.

—Muertos —indicó ella—. O a veces simplemente tengo una visión de algo que va a ocurrir en el futuro... —En ese momento se acercó a Aitor observándolo fijamente. Aitor la miró también sin comprender muy bien lo que hacía—. Se acercan momentos muy difíciles... —susurró—, momentos de oscuridad. Debes tener cuidado...

Aquello hizo que él pusiese su espalda recta.

—¿A qué te refieres?

—El mayor de los males está cerca... —Miró a los otros cazadores—. Debéis manteneros unidos y no caer en la locura, no desesperar. Todo... —dijo volviendo la mirada hacia él—, todo tiene una explicación.

—¿Momentos de oscuridad? —preguntó Miguel dando un paso en su dirección, con un tono de voz cargado de intriga. Luego miró a sus compañeros y sonrió—. ¡Genial!

Aitor resopló por el comentario de su compañero y volvió la mirada hacia la meiga.

—¿Cuál es tu nombre?

—Susana —respondió directamente.

—Y bien, Susana, ¿cómo sabes eso? ¿Has tenido alguna visión?

Ella se encogió de hombros y medio sonrió.

—Es lo que me dicen los espíritus.

Aitor asintió e iba a hablar, pero Daniel se le adelantó.

—¿Y los ves? ¿O solo los escuchas?

—Ahora solo me han hablado. Pero me han advertido que tengáis mucho cuidado. —Miró a Aitor enfadada—. Si por mi fuera, después del numerito que me has montado no te diría nada, pero de esa forma solo conseguiría que estuviesen molestándome toda la noche sin dejarme dormir —refunfuñó.

—Ya, perdona por lo de antes. Aunque diré en nuestro favor que el que huyeses de nosotros despertó nuestras sospechas. Hubiese sido mejor para todos haber mantenido esta conversación en tu caseta. —Suspiró e indicó hacia la calle más iluminada—. Vamos, márchate.

Susana resopló y echó a andar. No había dado muchos pasos cuando se giró y miró a Aitor con una sonrisilla pícara.

—Por cierto, me insisten en que hables con la chica de las flores... —zanjó alzando el tono antes de girar la esquina.

Aitor puso su espalda totalmente recta. ¿En serio? ¿Era posible que aquella mujer hablase realmente con los espíritus? ¿Que fuese una vidente? Estaba claro que algo había, ¿cómo si no iba a saber que se sentía atraído por esa chica?

—¿La chica de las flores? —preguntó Lucas a su espalda—. ¿Quién es esa?

Parecía que poseía ese don, lo cual, en parte, le alegraba. Era mucho mejor que se tratase de una vidente y no de una bruja, pero aquello conllevaba que lo que le había dicho antes era real. Vendrían momentos de oscuridad... ¿A qué se refería?

Aitor se giró. Todos sus compañeros lo observaban intrigados.

—Ya os dije que estoy interesado en reformar el jardín —pronunció encogiéndose de hombros.

—¿Los espíritus están interesados en que quitemos las malas hierbas? —bromeó Lucas.

—Eso parece —respondió Aitor girándose de nuevo.

Suspiró y se quedó observando la calle por donde paseaban algunas personas dirigiéndose a la calle central donde se encontraban las casetas.

—Estupendo, ¿tomamos algo y echamos una ojeada por la zona? —preguntó Lucas.

Todos asintieron.

Nerea metió en la caja un par de macetas más y la situó en la carretilla. Aquello era lo que peor llevaba de montar la caseta. Económicamente le era muy favorable, no solo porque la gente compraba más flores para hacer las ofrendas, sino porque también era la encargada de adornar la iglesia para el día de la Virgen de Montserrat.

Al día siguiente sería Antón, uno de los tres trabajadores que tenía contratados en la tienda, quien estuviese al cargo de la caseta, pues ella debía encargarse de poner a punto la iglesia junto a otra de sus trabajadoras.

Ya era una tradición. Decoraban la iglesia con rosas blancas, rosas y amarillas. Era algo que les llevaba todo el día, si bien tanto esfuerzo merecía la pena, pues siempre dejaban la iglesia preciosa y preparada para el día siguiente.

Ya se había encargado de hacer unos cuantos ramos y centros para colocar por la iglesia, así que el ser previsora le facilitaría la tarea del día siguiente.

Metió otras macetas más en la quinta y última caja y la llevó hasta la carreta.

Odiaba tener que montar y desmontar cada día la caseta. Por suerte, no tenía la furgoneta demasiado lejos, ya que a los que abrían una caseta se les permitía aparcar cerca de esta.

Observó las cinco cajas llenas, amontonadas unas sobre otras, aunque con una separación. No solía cargarla tanto, pero no quería dar más viajes.

Entró en la caseta y se aseguró de que estuviese bien cerrada. No dejaba nada de valor, solo los tapetes y las plantas más grandes que iban en el suelo. Cogió la regadera y le echó un poco de agua a cada una. Abrió el bolso y miró en su interior. El dinero que había ganado lo llevaba en un sobre. Salió y echó el candado juntando las dos telas. No era una medida de seguridad muy buena, pero la policía se paseaba cada poco por la zona vigilando que nadie entrase en el interior de ellas y, de todas formas, ¿qué iban a llevarse? ¿Una maceta?

Y hablando de la policía... Aquel era el chico que se había acercado el día anterior para preguntar por un diseño de su jardín, ¿verdad? El mismo que había detenido hacía unas horas a una mujer a pocos metros de su caseta. Así que era policía...

Recordaba que le había dicho que se llamaba Aitor.

—Hola —pronunció Aitor acercándose.

Ella le sonrió mientras se dirigía a la carretilla.

—Hola... Aitor, ¿verdad? —preguntó tímida, esperando que la memoria no le fallase.

—Sí —respondió colocándose frente a ella.

Nerea alzó la mirada. No recordaba que fuese tan alto y, desde aquella distancia, notó cómo su corazón se aceleraba levemente. Sus ojos de un color marrón claro, casi dorados, contrastaban con su cabello negro. Vestía una camiseta azul oscuro y unos tejanos y, sin duda, era mucho más corpulento de lo que había intuido la primera vez. No se había dado cuenta de lo atractivo que era en un primer momento.

—¿Qué tal? ¿Ha ido bien el día?

Ella asintió rápidamente y guardó la llave en su bolso.

—Ha sido un buen día, no puedo quejarme —respondió cogiendo la carretilla, pero Aitor se adelantó.

—Espera, déjame a mí —dijo quitándosela de las manos.

—No, no importa...

—Insisto —interrumpió él con una sonrisa—. ¿Adónde las llevas?

Ella apretó los labios y finalmente asintió.

—Tengo aparcada la furgoneta en la calle de atrás —explicó—. Es por aquí.

—De acuerdo. —Aitor comenzó a empujar la carretilla sin problema entre la gente que aún paseaba por las calles a las doce de la noche. Había mucho ambiente y este duraba hasta las dos o las tres de la madrugada.

Ambos caminaron hacia la esquina y giraron. Nerea lo observó de reojo.

—Muchas gracias —susurró. Tragó saliva y miró al frente—. ¿Hace mucho que vives aquí? —preguntó.

—Menos de un año —respondió él mientras seguía empujando con decisión la carretilla.

—Pensaba que debía de ser poco tiempo, no te tenía visto... —sonrió ella.

—Deduzco por tu respuesta que tú sí debes llevar muchos años aquí.

—Toda mi vida —respondió—. Monforte tiene más de quince mil habitantes, pero si asumimos que llevo toda mi vida aquí y que además tengo un almacén de plantas... pues conozco a mucha gente, la verdad. —Se giró y lo miró—. ¿Y cuál es la razón por la que te has venido a vivir aquí?

Obviamente no podía revelar su identidad ni su verdadero trabajo, pues era secreto, tan secreto era que ni siquiera existían en la Seguridad Social ni tenían historial médico.

—Me tocó la plaza de policía aquí —respondió, pues ya sabía que lo había visto extraer la placa antes.

—¿Aquí? ¿En Monforte?

—No, no...

—¿Por algún pueblo? ¿Quiroga? —preguntó animada.

Él le medio sonrió y negó.

—No estoy en ningún pueblo en concreto. Trabajo en investigación.

—Ahhhh —respondió ella asombrada—, junto a los compañeros que te acompañaban, ¿verdad? —preguntó.

Él volvió a sonreír.

—Veo que eres muy observadora.

Ella se encogió de hombros.

—No suelen ocurrir cosas muy emocionantes por aquí, así que en cuanto hay un poco de barullo todos nos acercamos para ver qué es —bromeó—. ¿De dónde eres? Está claro por tu acento que gallego no. ¿De País Vasco?

—Bilbao —corroboró él.

—Acerté —respondió risueña—. Tu acento te delata.

Nerea era más habladora de lo que había imaginado. Seguramente, el hecho de estar de cara al público le daba aquella locuacidad.

—Y, perdona por la incumbencia... —continuó ella—, pero ¿qué ha ocurrido antes si se puede saber?

—No era nada, solo queríamos tomar declaración a una persona y se negaba a colaborar con nosotros —contestó sin darle importancia. Seguramente, si supiese que se trataba de la meiga Borealis y que ellos cazaban brujas se marcharía corriendo. Por suerte, Susana, la meiga, no tenía local en Monforte y no era muy conocida.

—¿Siempre se niegan de esa forma? —bromeó.

—No, no siempre —respondió él con una sonrisa—. Luego ha colaborado, es solo que se ha asustado.

—Vaya... —Miró hacia delante y señaló a una de las furgonetas—. Esa es.

Era de color blanco, con el mismo logotipo en las puertas delanteras que el que tenía en la tarjeta de presentación. *Flores para ti*, estaba formado por una enredadera y flores.

Nerea buscó las llaves de la furgoneta y abrió las puertas traseras.

—¿Cada día te llevas todas las plantas?

La furgoneta tenía unas estanterías ancladas en el lateral donde podía sujetar las cajas.

Ella cogió la primera y subió a la parte trasera. Aitor se fijó en que algunas de esas estanterías ya cargaban las cajas, atadas por un cinturón para que no se moviesen mientras conducía.

—Casi todas, las dejo en el almacén y por la mañana las riego antes de llevármelas. Me aseguro de que todas están perfectas.

Aitor cogió la segunda caja y se la pasó.

—Pues menudo trabajo.

Nerea cogió la caja que Aitor le entregaba y la colocó en el estante inferior.

—Es agotador, pero merece la pena.

Aitor cogió la siguiente caja y se la entregó. En ese momento, se fijó en que no tenía ningún anillo. Aquello era buena señal.

No pudo evitar mirarla de la cabeza a los pies. Además de ser preciosa era encantadora. Su cabello rubio largo llegaba hasta su pecho, formando al final de este unas ondas. Sus ojos color marrón claro destacaban tras unas largas pestañas. Se fijó en su pequeña cintura y en cómo aquellos pantalones negros entallados realzaban su tipo. No era una chica baja, al contrario, diría que tenía una altura superior a la media, incluso superando el metro setenta y cinco.

—¿Me pasas la siguiente, por favor? —preguntó acercándose a él.

Aitor reaccionó y se la entregó.

—¿Estás desde la mañana en la caseta? —preguntó Aitor.

Ella cogió la siguiente caja y le dio la espalda mientras la colocaba.

—Estos días me ha tocado a mí, pero mañana le toca a uno de mis compañeros —explicó—. Mañana me toca adornar la iglesia. —Y se giró con una gran sonrisa para coger la siguiente caja que le ofrecía Aitor—. Llevamos quince años como encargados.

—¿Tanto tiempo lleva abierta la tienda? —preguntó asombrado mientras cogía la última de las cajas.

—Lleva más —respondió ella girándose hacia él y cogiéndola—. Mi padre abrió la tienda hace cuarenta años, aunque no estaba donde ahora. Comenzó como una modesta tienda en el centro del pueblo. —Abrochó las correas y se giró hacia él—. La clientela fue creciendo y cada vez tenía más encargos, así que, hace diez años, decidió trasladarla a la nave industrial al inicio del pueblo. —Saltó de la furgoneta—. Yo heredé el negocio familiar hace cinco años. Mi padre decidió jubilarse y ahora no deja de viajar con mi madre.

—Eso está muy bien.

—Sí, ya le tocaba disfrutar —comentó. Cogió la carretilla, la plegó y la subió a la furgoneta—. Ahora creo que están por Chile —rio—. Aunque muchas veces cuando está por aquí viene a ayudarme.

Aitor asintió y cerró las puertas de la furgoneta. Nerea se giró y le sonrió. Ambos desviaron la mirada cuando un grupo de jóvenes pasaron canturreando con unas copas en la mano.

Aitor chasqueó la lengua cuando uno de ellos arrojó parte del contenido de su copa al suelo.

Nerea lo miró de reojo.

—Espero que no te den mucho trabajo esta noche.

Aitor se encogió de hombros.

—Eso no es cosa mía —respondió.

Nerea se giró hacia él, aún sonriente, aunque notó que se le aceleraba el corazón al observar sus ojos. Se obligó a apartar la mirada de él.

—Muchas gracias por ayudarme —Reaccionó tímida, pues la cercanía de él la ponía nerviosa—. Si te pasas mañana por la caseta le diré a mi compañero que te regale una planta.

—No es necesario —pronunció divertido.

Ambos se quedaron mirando al otro hasta que Nerea carraspeó y desvió la mirada.

—Insisto. Nunca recibo ayuda —contestó caminando hacia atrás con gestos tímidos.

Aitor asintió finalmente.

Nerea fue hasta la puerta del conductor, la abrió y se sentó. Bajó la ventanilla y esperó a que Aitor llegase hasta ella mientras arrancaba la furgoneta.

Cuando se situó enfrente tuvo que apartar la mirada de él. Nunca le había pasado, pero aquel hombre tenía una mirada cargada de fuerza y su sola presencia le imponía.

—Hasta la próxima —comentó ella poniendo primera y avanzando.

Aitor no contestó, solo elevó su mano para despedirse de ella con una sonrisa en su rostro.

Se quedó allí parado, observando cómo la furgoneta avanzaba muy lenta entre la gente hasta que tomaba la siguiente calle a la derecha.

Aquello había ido bien. Nerea era mucho más de lo que esperaba. La había visto varias veces aquellos últimos meses y, desde un principio, había llamado su atención. Diez meses había esperado para acercarse a ella, pero había merecido la pena. Ahora estaba seguro, Nerea era la mujer más hermosa que había conocido nunca.

No era un hombre enamorado, a sus treinta y dos años solo había mantenido una relación seria con una compañera justamente del CNI que se encargaba de organizar misiones. Su relación había durado cinco años, antes de esa relación y después, solo había mantenido relaciones esporádicas.

Nerea era diferente, sentía la necesidad de conocerla más y, sin duda, aquel había sido un muy buen inicio.

—Ya decía yo que tardabas mucho en pedir las copas. No será esa la chica de las flores, ¿verdad? —preguntó Miguel a su espalda.

Aitor se giró lentamente con los músculos en tensión. Malditos compañeros suyos.

Los cinco se encontraban allí, a menos de un metro de distancia, observándolo con un gesto cómico.

Aitor puso los ojos en blanco y decidió obviar el tema, pues ya sabía por dónde querían ir.

—Sí, ya os dije que estoy interesado en reformar el jardín.

Miguel insistió.

—¿Solo en el jardín?

Aitor avanzó hacia ellos con una ceja enarcada.

—De momento sí —respondió sin querer dar más explicaciones. Obviamente el jardín era lo que menos le interesaba, pero no quería tener a sus compañeros bromeando sobre eso—. ¿Qué hacéis aquí? ¿Por qué no estáis en la terraza?

—Joder, es que hace casi veinte minutos que te has levantado de la silla para ir a buscar las copas —le recriminó Lucas—. Nos moríamos de sed, así que Marc ha ido a pedir las, pero tú ya no estabas dentro. No sabíamos dónde estabas.

—¿Y habéis salido a buscarme? Qué conmovedor —ironizó pasando a su lado. Se detuvo, los miró y se encogió de hombros—. ¿Queréis otra copa o nos vamos a casa?

—A casa —respondieron todos al unísono.

Nerea giró la esquina y siguió avanzando por la carretera cuando el sonido de su móvil inundó la furgoneta. Se detuvo en un stop y aprovechó para mirar.

—Joana —susurró al ver quién la llamaba.

Descolgó y conectó el manos libres.

—¡Hola, hermanita! —dijo mientras arrancaba de nuevo.

—¿Vas conduciendo? —Escuchó la voz de Joana al otro lado.

—Tranquila, he puesto el manos libres, ¿qué tal?

—Pues eso quería saber yo... —dijo su hermana con una sonrisa—, ¿cómo te ha ido el día? ¿Has vendido mucho?

—No puedo quejarme —respondió Nerea mientras tomaba la calle que la llevaría hasta su nave—. Ahora voy en dirección a la nave a dejar las plantas.

—¿A qué hora hay que estar mañana en la iglesia?

Por suerte, su hermana siempre buscaba un hueco para ayudarla.

—He quedado a las doce del mediodía, cuando acabe la misa de la mañana. ¿Vendrás?

—Claro que vendré, te lo prometí. Oye, Nere... tengo... tengo un problemilla.

—¿Qué ocurre? —preguntó preocupada.

—Hace poco más de media hora me ha escrito Aleixo, ¿adivina?

Su hermana se había divorciado hacía dos años. El juicio había sido duro, no solo porque Aleixo era el que había propiciado el divorcio dejando a su hermana por otra, sino porque, además, había solicitado la guardia y custodia de su hijo, Xabier. Por suerte, el juicio había sido favorable para ella y había conseguido la guardia y custodia del menor que en esa época tenía tres años y un régimen de visitas para que Aleixo pudiese estar con su hijo.

Aquel régimen de visitas otorgado al padre solo había sido cumplido los primeros meses. Aleixo y su nueva pareja aprovechaban los fines de semana para irse de escapada y ya eran pocos los fines de semana que se llevaba a Xabier. A Joana no le importaba, al contrario, prefería tenerlo con ella puesto que Aleixo siempre había sido un desastre, lo malo era que jamás podía hacer planes... ni siquiera para el trabajo.

—No puede quedarse con el niño otra vez, ¿verdad?

—Verdad —contestó Joana enfadada—. No me importa tener a mi hijo las veinticuatro horas del día todos los días del año, de verdad que no —dijo desahogándose con su hermana—, pero yo también tengo una vida. Dentro de dos fines de semana tengo guardia en el hospital, la había cogido porque le tocaba el régimen de visitas a él y ahora pilla y me dice que...

—Ya me quedo yo con Xabier, ya ves qué problema —contestó Nerea con alegría.

Joana suspiró y se mantuvo unos segundos en silencio.

—¿No tienes trabajo?

—Sí, pero no te preocupes, puedo llevármelo si hace falta.

—Puedo llamar a Paula también —dijo su hermana—, no quiero causarte problemas.

—¿Qué problemas vas a causarme? Me encanta estar con Xabier, ya lo sabes. Además, tus guardias son de veinticuatro horas, ¿qué vas a hacer? ¿Tener a Paula las veinticuatro horas en casa? Si se viene conmigo podré estar un rato con él. —Se encogió de hombros—. Puedo llevármelo por la mañana a la tienda, después me lo llevo a comer a casa y que venga Paula por la tarde. Ya está, organizado —sentenció risueña.

Joana suspiró al otro lado de la línea.

—No sé qué haría sin ti... —susurró agradecida.

—Pagar más horas de canguro —bromeó Nerea.

—Las horas las va a pagar Aleixo que para eso es su fin de semana. Acepté esa guardia en el

hospital porque no es mi fin de semana y porque con la pensión que me paga no me llega para nada. —Resopló—. Y a él solo le interesa irse de fin de semana con su nueva novia, salir de fiesta... todo menos su hijo.

Nerea chasqueó la lengua. Su hermana tenía razón, no iba a negárselo.

Joana trabajaba en el Hospital Comarcal de Monforte de Lemos como enfermera de urgencias. Cada poco tenía guardias de veinticuatro horas, pero siempre podía compaginarlas perfectamente para que coincidiesen cuando el niño tenía régimen de fin de semana con el padre y las veces que no podía, su hermana Nerea o sus padres cuando no estaban de viaje la ayudaban. Después había casos excepcionales en los que su exmarido encontraba algún viaje o un hotel de oferta y se marchaba con su pareja actual sin importarle si ese fin de semana debía encargarse de su hijo.

Ya había aprendido a reírse, pero infinidad de veces le mandaba un mensaje o un correo electrónico diciendo que la pensión de doscientos míseros euros se la ingresaría más tarde dado que tenía problemas económicos, sin embargo, sí podía irse de escapada romántica.

La alteraba, la ponía de los nervios..., pero había aprendido a vivir con ello y, al fin y al cabo, Xabier, aunque en la actualidad tuviese cinco años a punto de cumplir seis, era consciente de todo y sabía en quién podía confiar.

—¿La guardia es el viernes o el sábado? —preguntó Nerea.

—Entro el sábado a las ocho de la mañana y salgo el domingo a las ocho de la mañana...

—No te preocupes, tráemelo el viernes por la tarde y te lo llevo yo el lunes por la mañana, así el domingo cuando llegues a tu casa puedes descansar. Además, es muy amiguito del niño de mi vecina. Toni estará encantado de jugar con él.

Joana volvió a suspirar. Si no fuese por su hermana no sabía lo que haría.

—Muchísimas gracias, pero no te preocupes, iré el mismo domingo a buscarlo por la tarde.

—Puedes descansar más si quieres.

—Nerea, tú también tienes que descansar, yo con dormir durante el día tengo suficiente —contestó su hermana con una sonrisa—. Te debo la vida... —acabó suspirando—. Entonces, ¿nos vemos mañana en la iglesia?

—Sí, a las doce —respondió Nerea—. Buenas noches.

—Buenas noches —se despidió Joana antes de colgar.

Giró la esquina y llegó a su nave industrial. Cogió el bolso y rebuscó en él el mando a distancia para abrir la verja.

Cuando la verja se abrió condujo al interior de la parcela y esperó a que esta se cerrase.

Bajó de la furgoneta y fue a la parte trasera.

Aquel día había sido bueno, aunque debía confesar que lo mejor de la noche había sido la última hora, cuando Aitor se había acercado para ayudarla. Suponía que el que fuese tan atractivo y la hubiese ayudado había despertado en ella algo que no sentía desde hacía mucho tiempo.

Abrió la puerta trasera y fue sacando poco a poco las cajas para introducirlas en el almacén y regarlas antes de irse.

Revisó que todo estuviese en orden y dejó preparado lo que debía recoger al día siguiente para llevarlo a la iglesia. Aquella noche podría dormir un poco más, pues con que se levantase a las diez tendría suficiente.

Conectó la alarma de la nave y se dispuso a ir a su casa para descansar.

Rut se quedó observando a su marido tendido en la cama. Desde el día anterior estaba muy raro. No solía ponerse enfermo, pero cuando lo hacía no se comportaba de una forma tan reservada. Le había preguntado infinidad de veces cómo se encontraba sin recibir respuesta o solo un: “estoy mejor”, pero no lo estaba, se lo veía en cara.

Tras llegar el día anterior del trabajo se había ido directo a la habitación encerrándose en ella, de hecho, ni siquiera la había dejado dormir en la misma habitación. Le había pedido que durmiese con el niño para no contagiarles. Rut se había negado en un principio, pero Jaime había insistido incluso de una forma violenta.

“¿Es que quieres que te lo pegue? ¿Tan poco te quieres? ¿Y si te pones tú también enferma? ¿Quién cuidará de Iago?”

Había usado un tono agresivo que la había dejado sin palabras. Jaime nunca se comportaba así.

Había hecho lo que le había pedido y pasado la noche con Iago en su habitación, escuchando cómo su marido caminaba de un lado a otro de la casa.

—Tengo que ir a trabajar —pronunció bajo el marco de la puerta.

Jaime permanecía en la cama, apoyando su espalda contra el cabecero, con la sábana echada hasta la cintura y la mirada perdida en la pared frente a él. Lo único que hizo fue asentir. Seguía extremadamente pálido y de vez en cuando temblaba. Suponía que debía de tener bastante fiebre, pero se negaba a comer y el medicamento que le había traído su mujer no lo tomaba.

—Déjame que te lleve al médico —suplicó la mujer.

En ese caso Jaime sí giró su cuello para mirarla. Su rostro no transmitía nada, absolutamente nada.

—Llévate al niño —Fue lo único que dijo.

Rut tragó saliva y asintió.

—Está bien, pero si cuando vuelva sigues mal te llevaré al méd...

—¡Nooooooooo! —la interrumpió con un grito tan potente que provocó que los vidrios de la ventana vibrasen. Rut dio un brinco observando a su marido con ojos llorosos.

—¿Qué te ocurre? —susurró atemorizada. Su marido jamás le había alzado la voz de aquella manera, jamás había tenido un tono tan despectivo.

—¡Largo! —rugió con una rabia en la mirada que la asustó.

Rut suspiró y fue con paso apresurado hasta la planta inferior donde Iago observaba al pie de las escaleras. Estaba claro que Iago había escuchado los gritos de su padre porque tenía los ojos cargados de lágrimas.

—¿Qué le pasa a papá? —preguntó haciendo un puchero.

Rut cogió las llaves y la mano del niño.

—No le pasa nada, solo se encuentra mal y necesita descansar —intentó calmarlo, aunque su voz sonó un poco temblorosa.

—¿Y por qué grita? —insistió el niño.

Rut tiró del brazo de Iago y salieron. Cerró la puerta con llave y fue directa al coche. No entendía el porqué de la conducta de su marido, pero no le gustaba nada.

—Sube al coche y ponte el cinturón —le indicó su madre.

En cuanto Iago estuvo listo Rut arrancó. En ese momento notó cómo sus manos temblaban y una

lágrima amenazaba con resbalar por su mejilla. Inspiró con fuerza y se pasó la mano por el ojo, disimulando, pues lo que menos quería era preocupar a su hijo, aunque para el niño no pasó desapercibido aquel movimiento.

—¿Estás bien, mami? —preguntó con una voz preocupada.

Ella se giró un segundo y asintió.

—Sí, sí... tranquilo, cariño —dijo volviendo a mirar a la carretera.

—¿Es por papá? —preguntó cabizbajo—. ¿Está muy enfermo? ¿Se va a morir?

Ella tragó saliva y se observó con un movimiento rápido en el espejo retrovisor. Tenía los ojos llorosos.

—Se pondrá bien pronto, ya verás —intentó calmarlo.

—¿Y por qué no quiere ir al médico? —volvió a preguntar—. Ahí lo pueden ayudar.

—Claro, cariño... —dijo intentando darle a su voz un tono más animado—, si no se encuentra bien mañana lo llevaremos al médico, no te preocupes.

Diez minutos después aparcaba cerca del parador de Monforte de Lemos.

El monasterio de San Vicente del Pino se encontraba en la parte alta de una colina, flanqueado por los restos del castillo de San Vicente, del cual aún se conservaba gran parte de la muralla defensiva y de la torre del homenaje. Desde allí se tenían unas vistas espectaculares del valle de Lemos. El monasterio se remontaba al siglo diez, aunque había sido reformada tanto su fachada como el claustro. Frente a este había una enorme plaza por donde se accedía al interior.

El interior era muy luminoso gracias a unos grandes ventanales situados en la parte alta de las paredes. Y, al final, se encontraba el altar mayor en el que destacaba una pintura que representaba la tortura de San Vicente. Junto a la pila bautismal, a la derecha de la puerta de acceso, se encontraba el sepulcro del abad Diego García con una inscripción en latín emnegrecida por el uso de las llamas con ánimo de contemplar los restos, ya que estos tenían que ver con una popular leyenda denominada La corona de fuego. La leyenda explicaba la existencia de un pasadizo subterráneo que unía el palacio conde de Monforte de Lemos con la iglesia de San Vicente del Pino. En las ausencias del conde, el abad del monasterio se había servido del corredor para mantener un romance con la hija del conde. Una vez el conde estuvo enterado de esto invitó al abad a una copiosa comida y, al ordenar que trajesen los postres, un sirviente del conde trajo una corona de hierro al rojo vivo con la que coronó al abad provocándole la muerte.

Nerea la saludó con un movimiento de cabeza desde las escaleras, pues en las manos llevaba una caja con decenas de ramilletes.

Bajó del vehículo y abrió la puerta de atrás para que Iago bajase. Lo cogió de la mano y fue hacia ella.

—Hola, Iago... —dijo Nerea con una sonrisa—, qué grande estás.

—Perdona que lo haya traído, pero Jaime no se encuentra muy bien...

Aquello sorprendió a Nerea.

—¿Qué le pasa? —preguntó preocupada.

Rut se encogió de hombros intentando quitarle importancia.

—No es nada, creo que es un catarro. —Ni ella misma sabía lo que le ocurría realmente.

Nerea asintió y miró a Iago.

—¿Sabes? Xabier está dentro, ¿por qué no vas a buscarlo y salís a jugar?

Iago asintió y corrió al interior de la iglesia en busca de su compañero de juegos.

—¿Está tu hermana aquí? —preguntó Rut.

—Sí, ha venido a ayudarnos, así iremos más rápidas —contestó Nerea subiendo los escalones—. Oye, si Jaime se encuentra mal y tú quieres irte no pasa nada...

—No, no... —respondió acelerada—, no te preocupes, tiene que descansar. —Hizo detenerse a Nerea y le quitó una de las dos cajas que cargaba—. Déjame que te ayude.

Al acceder Rut se quedó unos segundos en silencio, quieta... aquel lugar siempre le había transmitido una profunda paz.

Nerea y Joana ya habían adornado parte de la iglesia colocando en la mayoría de los asientos unos ramilletes blancos y amarillos sujetos por unas cuerdas. Era increíble cómo unos pocos adornos vestían mucho más la iglesia.

—Vamos a jugar fuera —informó Iago con Xabier cogido de su mano.

Rut asintió.

—Pero no os alejéis de la puerta —ordenó.

—No, mamá —respondió el pequeño con una gran sonrisa.

Se quedó observándolo hasta que salió de la iglesia. Avanzó hacia Joana que anudaba otro ramillete en un banco.

—Hola, Joana, cuánto tiempo sin vernos —dijo cogiendo de la caja uno de los ramilletes que había hecho la semana anterior con Nerea.

—Hola, Rut... ¿qué tal?

Nerea se acercó.

—Faltan los diez bancos del principio —explicó—. Luego hay que adornar el altar, los laterales y poner las ofrendas florales a la Virgen.

Rut asintió mientras se situaba en el banco anterior al que se encontraba Joana para comenzar a anudar los ramilletes. Tenía suerte de tener una jefa como Nerea, siempre había sido muy buena y comprensiva con ella, facilitándole un horario que le permitía atender a su pequeño.

—¿Qué le pasa a Jaime exactamente? —preguntó Nerea.

—No lo sé bien... —Chasqueó la lengua y suspiró—. Está un poco raro desde ayer... —dijo sin darle mucha importancia—. Tiene un poco de fiebre y... —Se quedó pensativa—, está irritable.

—¿Irritable? —preguntó Joana.

—Sí, enfadado —respondió Rut rápidamente.

Joana esbozó una sonrisa de soslayo.

—Hombres..., no saben estar enfermos... —bromeó—. En el hospital siempre son los que más se quejan —continuó con ironía—. Un poco de fiebre, tos... y se están muriendo.

Rut le sonrió mientras ataba el ramillete y fue de nuevo hacia la caja para coger el siguiente.

Se quedó pensativa.

—No creo que sea eso —susurró para sí misma, recordando la forma tan agresiva en la que le había gritado que no quería ir al médico. Le ponía la piel de gallina recordar el timbre de su voz grave, profunda, su mirada cargada de ira... aquel no parecía su marido.

La voz del sacerdote la despertó de sus pensamientos.

—Un año más está quedando preciosa —indicó el padre pasando al lado de ellas. Observó la caja y cogió un ramillete—. El blanco y el amarillo... los colores de la Virgen —indicó con una sonrisa.

—Gracias, padre Rafael. Me alegro mucho de que le guste —contestó Nerea con una sonrisa.

El padre le sonrió y se dirigió a la puerta que lo llevaba a la sacristía.

El padre Rafael había llegado a aquella iglesia hacía tres años. Por suerte, había seguido con la tradición del anterior sacerdote encargándole a ella la decoración de la iglesia para el día de la patrona.

—¿Os encargáis de los ramilletes de los bancos? —preguntó Nerea. Ambas asintieron—. Voy a

buscar los centros para el altar y las ofrendas.

—¿Necesitas que te ayude? —Se ofreció Rut.

—No te preocupes, tengo la furgoneta aquí mismo —dijo Nerea alejándose hacia la puerta.

Iago y Xabier estaban jugando fuera, corriendo de un lado a otro de la plaza. Caminó hasta la furgoneta y abrió la parte trasera. Debería dar un par de viajes para llevar todas las flores. Se quedó observando durante unos segundos los centros que había preparado. Eran realmente hermosos.

Aquella mañana, al pasarse por la nave industrial para ayudar a Antón con las plantas que debía llevar a la caseta de las fiestas, había depositado una maceta a nombre de Aitor. No sabía si finalmente él pasaría a buscarla o no, pero le había dejado el encargo a su compañero por si acaso.

Había escogido una maceta de gazania, una planta típica de Sudáfrica con unas flores preciosas y típica del verano, ya que necesitaba muchas horas de sol y, a la vez, aguantaba muchas horas sin agua, por lo que no era necesario regarla a diario. De un color amarillo con unas manchas marrones en la base de cada pétalo, era una de sus flores favoritas. Esa era la razón por la que la usaba en los centros de la iglesia y en las ofrendas, realmente era una flor digna de admirar.

Solo esperaba que si Aitor se decidía a pasar por la caseta para buscarla le gustase. Sabía que no era muy típico dejar una maceta de flores a un chico, pero era lo menos que podía hacer por la ayuda que le había prestado la noche anterior.

Apretó los labios intentando apartarlo de su mente, pues durante gran parte de la noche y de la mañana no dejaba de pensar en él, y cargó en la carretilla los dos centros para el altar.

Lucas salió de la caseta y negó hacia Aitor, el cual chasqueó la lengua. Sabía lo que significaba aquel gesto. Otra meiga más que no representaba ningún peligro. Lúa creciente, es decir, Luna creciente, era una meiga especializada en la lectura de manos. Ni siquiera tenía página web para publicitarse.

Lucas se situó frente a él en compañía de Víctor y Marc que lo habían acompañado al interior.

—No es mala leyendo las líneas de las manos, pero nada más... —Se encogió de hombros—. Es una ama de casa con esa afición —acabó quitándole hierro al asunto.

Aitor resopló y miró al resto de sus compañeros que observaban de un lado a otro.

Aquel día habían decidido ir antes al pueblo. De todas formas, ese día solo había una caseta dedicada a las meigas, así que el trabajo era rápido, de aquella forma, por la tarde, podrían aprovechar para revisar las armas y hacer deporte o bien tomarse la tarde libre.

—La única que merece un poco la pena es la meiga Borealis, Susana —recordó Miguel.

Aitor le dio la razón asintiendo.

—¿Has pensado en pedirle que nos haga alguna sesión? —preguntó Lucas—. Me quedé intrigado por lo que dijo ayer.

Aitor se quedó pensativo.

—Sí, yo también llevo dándole vueltas desde ayer.

—Bueno, bueno... —intervino Víctor—, primero deberíamos averiguar si realmente tiene un don.

Aitor lo miró de reojo. Al igual que su compañero Lucas, las palabras de Susana, la meiga Borealis, le habían hecho reflexionar, aunque a diferencia de él, Aitor sí sabía que algo de cierto tenía, pues le había hecho referencia a la chica de las flores, Nerea, algo que no había comentado con ninguno de sus compañeros.

—Dejemos que los días pasen... quizá más adelante —acabó contestando Aitor. Víctor asintió junto con el resto de sus compañeros—. Por hoy hemos terminado, vayamos a casa y revisaremos

si hay algún posible caso que investigar. El resto de la tarde os la podéis tomar libre.

Todos asintieron y se dirigieron al todoterreno aparcado a diez minutos de allí, pues aquella calle y las colindantes permanecían cerradas al tráfico durante los días de las fiestas y solo se permitía circular a los vehículos que tuviesen algún negocio en la zona.

Su mirada voló a la caseta *Flores para ti*, varios metros por delante de ellos. Miró a sus compañeros que caminaban por delante de él.

—¿Te apetece salir a correr luego? —propuso Miguel a su lado.

Aitor lo miró despertando de sus pensamientos y asintió.

—Claro, estaría bien.

—Perfecto.

Cuando pasaron al lado de la caseta *Flores para ti*, Aitor se detuvo provocando que Miguel también lo hiciese.

—¿Qué pasa? —Miguel siguió la mirada de su jefe—. ¿Otra vez pasmado con la caseta de las flores? —ironizó, y luego observó al hombre que atendía a una mujer mayor—. ¿En serio?

Aitor dio unos pasos en dirección a la caseta.

—Ahora vengo.

Miguel extendió los brazos hacia él.

—Pero ¿qué te pasa últimamente con las flores? —preguntó absorto.

Aitor ignoró su pregunta y fue hasta la caseta. El hombre que atendía entregó una maceta a la mujer y le sonrió.

—Muchas gracias —dijo la mujer alejándose con una gran sonrisa, con la maceta entre sus manos.

Recordaba que Nerea le había dicho que aquel día debía arreglar la iglesia y que uno de sus trabajadores se encargaría de la caseta de su negocio.

—¿Antón? —preguntó Aitor colocándose frente a él.

El hombre le sonrió y asintió.

—Sí, ¿en qué puedo ayudarle?

Aitor titubeó un poco, puede que se estuviese extralimitando, pero Nerea le había dicho que le dejaría una planta para él y quedaría un poco feo que no la recogiese, al fin y al cabo, ella quería tener un detalle con él tras ayudarle a recoger la noche anterior.

—Me llamo Aitor. Nerea me comentó que era posible que me dejase...

—Sí —interrumpió el hombre rápidamente. Miró hacia el suelo y se agachó. Luego se levantó con una bonita maceta con unas increíbles flores amarillas de pétalos muy grandes—. Nerea dejó esto para usted. —Aitor chasqueó la lengua mientras observaba la planta. Era realmente preciosa, con unos colores muy vivos, aunque lo primero que le vino a la cabeza fue en qué pensarían sus compañeros cuando lo viesen aparecer con la maceta—. Es una gazania. —Aitor enarcó una ceja hacia él dándole a entender que aquel dato no tenía ningún significado para él—. No requiere muchos cuidados, le basta con tener la tierra húmeda. Nunca debe encharcarla. —Aitor asintió mientras observaba la planta—. Puede ponerla al sol sin problema, le encanta el sol.

Aitor asintió y tragó saliva, nervioso. Seguramente estaría loco, pero en aquel momento sintió una gran responsabilidad por el cuidado de aquella planta, como quien acababa de recibir una mascota que debía cuidar y proteger.

—Muchas gracias —comentó Aitor cogiéndola.

—Cualquier duda sobre la planta puede preguntarnos... Ahhh... —recordó—, y si ve que en los próximos días se marchita puede ponerle abono cada quince días. Eso las alimenta y las pone más fuertes.

—Lo tendré en cuenta —dijo sujetando la maceta con su brazo y dando pasos hacia atrás.

No sabía bien cómo reaccionar. Mostró una leve sonrisa nerviosa hacia Antón y se giró, aunque no esperaba encontrar tan cerca a su compañero Miguel—. Joder —dijo distanciándose un paso de él.

Miguel lo observaba con una ceja enarcada y su mirada voló hacia la planta que sujetaba entre sus manos.

—¿Joder? ¿En serio? ¿Te has comprado una planta?

Aitor ladeó su cuello sin saber bien qué responder.

—Sí —acabó diciendo mientras se encogía de hombros, sin revelarle la verdad.

Miguel resopló y se giró para seguir a sus compañeros.

—Cielo santo, lo que hace el aburrimiento, necesitamos que ocurra algo ya o vamos a acabar todos medio locos... El otro día vi a Marc hablando consigo mismo en catalán frente al espejo... No te digo más...

6

Habían pasado parte de la tarde revisando publicaciones en internet que les diesen a entender que podía estar desarrollándose algo paranormal. Tras dos horas se habían dispersado por la casa y cada uno invertía su tiempo en lo que quería.

Había dejado la planta en su dormitorio, hecho deporte durante dos horas y tras una ducha se había vuelto a sentar a solas delante del ordenador.

Gracias a su trabajo podían conectarse a la red del CNI e investigar a cualquier persona.

Volvió a hacer rodar la tarjeta que Nerea le había entregado entre sus dedos y observó su fotografía en la pantalla del ordenador. La fotografía que tenía en su DNI no le hacía justicia. Ahora tenía el cabello bastante más largo y ahí no se apreciaban sus largas pestañas.

Miró de nuevo su móvil, debatiéndose en si enviarle un mensaje o no. Había guardado su número de teléfono en su agenda y visto que disponía de *WhatsApp*. Había respirado tranquilo cuando la fotografía que aparecía en su perfil era la suya, pues pensaba que podía tratarse de un móvil de empresa.

No lo pensó más. Le había regalado una planta, qué menos que agradecersele.

Paseó sus dedos sobre la pantalla táctil y finalmente escribió un mensaje.

“Soy Aitor. He recogido la planta en la caseta. Muchas gracias por el detalle”.

Lo envió sin darse la oportunidad de pensarlo más y cuando vio que ella aparecía en línea aguantó la respiración. ¿Cómo podía ser que se pusiese nervioso por escribir un mensaje?

—Eh, jefe... —dijo Miguel entrando por la puerta del despacho, ubicado en la segunda planta de la casa—, ¿qué haces aquí?

Aitor movió el ratón del ordenador rápidamente y cerró la ventana donde aparecía la fotografía de Nerea.

—Revisaba si teníamos algún correo electrónico de Francisco —mintió, haciendo referencia al miembro del CNI que les enviaba información y les indicaba las misiones que debían cumplir.

—¿De Paquito? —preguntó Miguel apoyándose en su mesa. Aitor asintió—. ¿Y bien?

—Nada —respondió poniéndose en pie y guardando el móvil en su bolsillo.

Miguel suspiró y se cruzó de brazos.

—¿Saldremos esta noche de caza? —preguntó con cierta ansiedad. Era cierto que todos esperaban algo de acción.

Miguel se encogió de hombros. Al menos, saliendo un par de horas por la noche con el todoterreno a inspeccionar la zona se distraían de su hastío.

—Sí, no veo por qué no. Apetece, ¿verdad? —preguntó Aitor con una sonrisa de soslayo.

—No te haces una idea... —respondió Miguel.

Aitor miró su reloj de muñeca que marcaba las ocho de la tarde.

—Cenamos algo y salimos sobre las doce un par de horas. Después de cenar podemos concretar la zona de vigilancia.

Miguel asintió y ambos salieron de la oficina rumbo a las escaleras para bajar a la primera planta. En ese momento notó cómo el móvil vibraba en su bolsillo.

—¿Qué tal la planta? —preguntó Miguel. Aitor extrajo el móvil de su bolsillo y observó que había recibido un mensaje de Nerea. Miguel se detuvo y lo miró ladeando su cuello—. Eh, jefe...

—Llamó su atención.

Aitor parpadeó un par de veces y lo miró.

—¿Qué?

—La planta... —repitió—, ¿qué tal?

Aitor lo escudriñó con la mirada.

—¿Pues cómo quieres que esté? Es una planta —respondió fastidiado por la pregunta y siguió descendiendo los escalones hasta llegar al comedor—. De momento sigue viva.

—Ya —continuó Miguel a su lado, aunque se giró y se detuvo, lo que hizo que Aitor lo mirase con suspicacia. Ya conocía demasiado bien a cada uno de sus compañeros como para captar las indirectas, aunque Miguel no se andaba con tonterías—. Hay una cosa que no me quito de la cabeza...

—¿El qué? —pronunció arrastrando las palabras, como si estuviese agotado.

—Lo que dijo Susana, la meiga Borealis...

Aitor chasqueó la lengua.

—Ya, bueno, lo de que se acercan momentos de oscuridad... quizá se refiera a que viene un temporal... —ironizó.

—No me refería a eso. —Aitor lo miró de reojo y Miguel enarcó una ceja—. Me refería a lo que dijo de que tenías que hablar con la chica de las flores. —Y se quedó pensativo—. Y hoy apareces con una maceta...

Aitor chasqueó la lengua y siguió avanzando.

—Ya.

Miguel corrió tras él.

—Sin embargo, a quien le has comprado la planta parecía un tío... —bromeó.

Aitor carraspeó y llegó hasta la zona del comedor donde Lucas, Marc y Víctor miraban un documental sobre el Tíbet. En ese momento, los monjes budistas iniciaban sus cánticos graves para buscar la concentración.

—¿Dónde está Daniel? —preguntó.

—Leyendo en su habitación —respondió Marc.

Miguel asintió.

—De acuerdo. Cenamos pronto y a las diez todos en la oficina... —Aquello hizo que todos lo mirasen intrigados—. Saldremos de caza.

—Genial —dijo Víctor.

—Hay que concretar la zona de vigilancia... —explicó dirigiéndose a la cocina y abrió la nevera. Aún les quedaban sobras de los días anteriores: un poco de ensalada de pasta y muslos de pollo en salsa.

Fue entonces cuando Daniel hizo acto de presencia en el comedor. Estaba claro que había escuchado aquellas últimas palabras porque dio una palmada de felicidad y se dirigió a la barra con los taburetes.

—Deberíamos revisar la zona del Cañón del Sil. Llevamos cerca de un mes sin vigilar esa zona.

Aitor asintió y cerró la nevera. Se llevó la mano al bolsillo y extrajo su móvil. Abrió la aplicación y leyó el mensaje.

Nerea: No hay de qué. Me alegro de que te haya gustado.

Nerea: Es una planta que necesita pocos cuidados.

Nerea: Humedece la tierra una vez al día, preferiblemente por la noche.

Aitor sonrió ante aquel mensaje. Quedó muy patente que no daba la sensación de ser una persona interesada en las plantas. Nerea había sabido escoger una planta que no fuese a darle mucho trabajo en cuanto a los cuidados que necesitase.

Borró la sonrisa de su rostro cuando se dio cuenta de que Miguel lo observaba fijamente, estudiándolo. ¡Maldito Miguel! No le quitaba los ojos de encima, estaba claro que algo intuía. ¿Cómo no iba a intuirlo? Tal y como Miguel había dicho, Susana había sido muy precisa diciendo que hablase con la chica de las flores y, justamente ese día, aparecía tan feliz con una planta.

La mirada intrigada de su compañero lo estaba poniendo nervioso.

—Cenamos en media hora —comentó dirigiéndose directamente a su cuarto.

Aun así, sintió cómo Miguel lo seguía con la mirada.

Resopló cuando cerró la puerta de su dormitorio. Miguel lo había estado fusilando con la mirada en la nuca hasta que la puerta se lo había impedido.

Miró directamente la planta que le había regalado Nerea, fue hacia ella y palpó la tierra. Estaba seca.

Aitor: Lo haré.

Fue hasta el cuarto de baño, llenó medio vaso de agua del grifo y la arrojó lentamente sobre la tierra de la planta. Dejó el vaso sobre el escritorio y se apoyó sobre él. Apretó los labios y finalmente le envió el siguiente mensaje.

Aitor: No sé qué te parecerá la idea, pero me gustaría invitarte algún día a comer o a cenar, o tal vez a tomar un simple café.

Envió el mensaje y contuvo la respiración. Desde luego, no estaba nada acostumbrado a comportarse de aquella forma, pero intuía que aquella chica merecía la pena, hasta Susana se lo había dicho.

Nerea cerró la puerta de su piso y miró con una sonrisa el móvil. ¿En serio le estaba pidiendo una cita? Si su hermana leyese el mensaje la obligaría a acudir. Tuvo que contener la emoción mientras depositaba el teléfono sobre la mesa de su comedor con el manos libres conectado para poder ir haciendo cosas.

—No, la misa comienza a las once —repitió Nerea—. A las diez lanzan las bombas de palenque y luego desde el ayuntamiento sale la Banda de Gaitas y el Grupo de Baile Tradicional en dirección a la Plaza de San Antonio, en la iglesia de San Vicente del Pino. A las once es cuando comienza la misa —repitió.

—Ah, vale, vale...

—Pero si cada año es así —rio Nerea.

—Tengo muchas cosas en la cabeza...

—Entonces, ¿vendrás? —preguntó Nerea.

—Sí, claro. ¿Nos vemos en la iglesia a las once?

—Un poco antes, si no va a ser imposible que nos veamos, ya sabes cómo se llena de gente.

—Está bien, ¿a las diez? —propuso Joana.

—Estupendo. Por cierto... —recordó Nerea mientras se quitaba la chaqueta y la depositaba sobre la silla—, ¿quieres que comamos juntas?

—No puedo... he quedado con unas madres del colegio para que los niños se vean. ¿Pasado mañana?

—De acuerdo.

—¿Que no trabajas mañana por la tarde? —preguntó Joana.

—Claro que trabajo, pero estaré en la caseta. Quedamos para comer pasado mañana y ya está —dijo Nerea divertida.

—De acuerdo, pues hasta mañana a las diez en la iglesia.

—*Boas noites* —se despidió antes de colgar.

Lo primero que hizo fue quitarse los zapatos y cerrar los ojos mientras notaba el suelo frío bajo sus pies. Le encantaba aquella sensación.

Su piso era pequeño, pero no necesitaba mucho más.

Se accedía directamente a una cocina comedor, separados ambos espacios por una barra americana. Nunca le había gustado que cocina y comedor estuviesen juntos, pues así se expandía el olor de la comida por todo el piso. Disponía también de un aseo y dos habitaciones. Eso sí, todo perfectamente amueblado. Con todo, sentía que ese piso era demasiado pequeño, ella podía permitirse algo mejor, pues el negocio le iba francamente bien, así que, en cuanto acabasen las fiestas pensaba ir a una inmobiliaria y comenzaría a visitar pisos y pondría el suyo a la venta. No quería una casa, pero sí echaba de menos tener una terraza.

Se sentó en la silla y miró el móvil. Sonrió tontamente mientras volvía a leer el mensaje.

Aitor: No sé qué te parecerá la idea, pero me gustaría invitarte algún día a comer o a cenar, o tal vez a tomar un simple café.

Notó cómo su corazón se aceleraba. ¿Le estaba pidiendo una cita? No podía creérselo.

Apenas lo conocía, pero lo poco que sabía de él le gustaba, pues había sido muy atento ayudándola. Luego estaba su imponente físico.

Hacía diez minutos de aquel mensaje. Paseó los dedos sobre la pantalla táctil pensando en cómo responder. Tenía clara cuál iba a ser su respuesta: afirmativa, pero creía que lo mejor era conocerse poco a poco, durante un rato y, en todo caso, si le gustaba su compañía como creía que pasaría, quedar para comer o para cenar.

Finalmente comenzó a teclear.

Nerea: Claro, me encantaría, pero estos días voy muy liada.

Aitor carraspeó al leer el mensaje. ¿Le estaba dando educadamente calabazas?

Nerea: ¿Qué te parece mañana para desayunar?

Nerea: No sé si mañana trabajas.

Aquella pregunta hizo que una sonrisa apareciese en el rostro de Aitor.

Aitor: Tengo libre, así que...

Nerea apretó los labios por la emoción. ¡Estaba quedando con él! ¡Iba a tener una cita!

Nerea: ¿Te parece bien quedar sobre las nueve o es muy pronto?

Aquella noche iban a salir a recorrer las montañas durante un par de horas, así que con suerte sobre las dos o las tres como muy tarde estarían de vuelta. Con dormir cuatro horas le bastaba, ya se echaría una siesta por la tarde.

Aitor: Me parece buena hora.

Nerea: Podemos quedar en una cafetería que hay cerca de San Vicente, si te parece bien.

Nerea: Mañana es la misa y la ofrenda floral a la patrona.

Nerea: Siempre vamos.

Aitor asintió.

Aitor: Es la iglesia que has adornado, ¿verdad?

Nerea: Sí

Aitor: Está bien.

Nerea: La cafetería se llama Lamela, ¿sabes dónde está? Está a unos diez minutos andando del monasterio.

Aitor: Sé dónde es. He ido alguna vez.

Nerea: Perfecto. Nos vemos allí a las nueve, ¿de acuerdo?

Aitor sonrió.

Aitor: De acuerdo. Hasta mañana.

Nerea: Boas noites.

Aitor: Gabon.

Nerea arqueó la ceja sin comprender.

Nerea: ¿Qué?

Aitor: Es buenas noches en euskera.

Nerea rio.

Nerea: Ah, pues egun on.

Nerea depositó el móvil sobre la mesa sin dar crédito aún a lo sucedido. Aquello había sido totalmente inesperado, emocionante... era lo que realmente necesitaba.

Fue hacia su habitación y abrió el armario empotrado. Extrajo un vestido de color verde y lo observó. No solía ponerse muchos vestidos, pero quería arreglarse. Aitor era realmente atractivo y hacía siglos que no tenía una cita. Estaba más emocionada de lo que hubiese podido imaginar.

Aitor depositó el móvil sobre la mesa y se quedó observando la planta que le había regalado la chica de las flores, Nerea. Se sentía eufórico y, en ese preciso instante, capaz de enfrentar cualquier cosa.

Se puso en pie y se dirigió al comedor para cenar. En poco rato saldrían a inspeccionar la zona. Solo le faltaba un poco de diversión por la noche para sentirse totalmente realizado.

Rut subió despacio los escalones a la segunda planta de su casa.

Había llegado a casa cerca de las ocho de la tarde. No se había atrevido a subir a la planta de arriba donde Jaime descansaba para no despertarlo, pero ahora, cerca de las diez de la noche y con la cena ya preparada, quería saber cómo se encontraba.

Se situó frente a la puerta de su dormitorio bastante temerosa. Aquellos últimos días su marido había cambiado totalmente su personalidad, volviéndose más agresivo.

Llamó con unos suaves golpes a la puerta de la habitación y abrió lentamente.

La habitación estaba totalmente a oscuras, iluminada únicamente por la luz de la farola que llegaba desde la calle, pues no estaba echada la persiana.

Lo primero que hizo fue fijarse en la cama. Se sorprendió y dio un paso hacia delante preocupada cuando se dio cuenta de que no había ningún bulto que pudiese de manifiesto que su marido se encontraba allí tumbado.

Miró hacia delante y vio su figura frente a la ventana. Retrocedió instintivamente unos pasos sorprendida de verlo allí, de espaldas a ella, contemplando por la ventana.

Tragó saliva y volvió a avanzar hacia delante.

—¿Jaime? —preguntó con voz temblorosa—. ¿Cómo te encuentras?

En ese momento se quedó estática, allí hacía calor, mucho calor. Notó cómo de su frente y por su espalda comenzaba a descender una gota de sudor.

¿Cómo podía hacer aquel calor allí? Colocó la mano sobre el radiador, estaba apagado. Llevó la mano a su cuello para secarse otra gota de sudor.

—Jaime... —repitió con un susurro—, ¿cómo te encuentras?

Su marido se giró hacia ella lentamente. No podía ver las facciones de su rostro, ni si se encontraba pálido aún, pues la oscuridad no se lo permitía.

—Márchate —ordenó Jaime.

Ella dio un paso atrás.

—Pero... ¿estás mejor? —Jaime resopló como si su insistencia lo agotase y se giró de nuevo hacia la ventana—. Hace mucho calor aquí, si tienes fiebre no te irá bien estar...

—¡Laaargooooo! —gritó sin que Rut lo esperase, provocando que diese un brinco hacia atrás. Esta vez su voz sonó más grave de lo que esperaba.

Ella se colocó bajo el marco de la puerta, asustada.

—¿Qué te ocurre? —sollozó desesperada—. Por favor, déjame que te ayude —Lloró.

Jaime se giró y, en ese momento, Rut se quedó totalmente helada de terror. No sabía lo que le estaba ocurriendo a su marido, pero aquello no era un simple resfriado ni una gripe... era algo mucho más serio y aterrador. Pudo ver cómo sus pupilas se iluminaban levemente, observándola en la oscuridad, como si algo dentro de él brillase. Puede que fuese simplemente el reflejo de las farolas, pero este desapareció poco a poco hasta apagarse.

La mirada de Jaime fue fija hacia su mujer hasta que volvió a girarse sin pronunciar nada, mirando por la ventana. Rut se quedó paralizada bajo el marco de la puerta sin saber qué hacer ni cómo actuar.

Se giró hacia la habitación de Iago, donde lo había acostado hacía cinco minutos y apretó los labios.

—Buenas noches —pronunció con voz temblorosa, sin querer decir nada más.

Su marido le daba escalofríos, era como si el que estuviese en aquella habitación fuese un desconocido, un desconocido aterrador.

Entró directamente en la habitación de Iago y cerró la puerta tras ella. Cogió la silla y la colocó tras la puerta para atrancarla. Sabía que parecía una exagerada, pero aquella voz tan grave, aquella luz en sus ojos... había algo que escapaba a su comprensión.

—¿Mami? —preguntó Iago.

Se aseguró de que la puerta estuviese bien atrancada y se giró hacia su niño.

—Hola, cariño... —Fue hasta la cama y se sentó a su lado. Se sacó el teléfono móvil del bolsillo y lo depositó en la mesita de noche—, como papá está malito mamá dormirá contigo hoy, ¿de acuerdo? —le preguntó con voz dulce—. ¿Me dejas un ladito?

El niño le sonrió ajeno a la verdadera causa por la que ella se encontraba allí y se echó a un lado. Rut se estiró en la cama y lo abrazó.

Si mañana no mejoraba lo consultaría con un médico, aunque algo dentro de ella le decía que

aquello no tenía curación médica, que algo mucho más aterrador le estaba ocurriendo a su esposo. Debía ser fuerte y mantener la mente fría, ser lógica como siempre había sido. Abrazó a su hijo e intentó dormirse.

Aitor se había levantado a eso de las siete de la mañana y se había dado una ducha.

La noche anterior habían salido de caza, aunque, como todas las noches, no habían encontrado nada que llamase su atención. Solo hubo un momento en que se habían emocionado, cuando habían salido a dar un paseo y habían escuchado unas pisadas que los seguía. Había resultado ser un lobo en busca de comida.

Se puso una camisa azul claro y unos tejanos oscuros y salió de la habitación. No había dormido mucho, pero se encontraba con mucha energía. Suponía que la adrenalina por volver a ver a Nerea le causaba no tener sueño. De todas formas, disponía de varias horas por la tarde para poder descansar si lo necesitaba.

Cuando llegó al comedor se quedó parado bajo el marco de la puerta.

—Eh, jefe —comentó Miguel dando un sorbo a su taza de café con leche.

Aitor miró a Miguel y a Daniel que estaban en la barra de la cocina desayunando.

—¿Qué hacéis despiertos a esta hora? —preguntó sorprendido mientras se acercaba.

—Vamos a ir a correr —informó Miguel.

—Y luego iremos al monasterio —continuó Daniel.

Aitor llegó hasta la nevera, la abrió y puso su espalda tiesa como un palo. ¿Al monasterio?

Los miró de reojo sin decir nada mientras sacaba un bote de zumo de naranja.

—Hoy es el día de la patrona de Monforte, la Virgen de Montserrat.

—Ya... —respondió Aitor echándose un vaso.

—Salen los gaiteros y bailarines —continuó Daniel—. Vamos a ir a verlo —indicó.

Mierda, pensó Aitor mientras metía el zumo de nuevo en la nevera. Había pensado desayunar con Nerea y luego acompañarla a la iglesia del monasterio, pero el hecho de que sus compañeros también fuesen a ir le arruinaba en cierto modo el plan. No es que le importase que lo viesen con ella, pero sí las posteriores bromas que acarrearía aquello, sobre todo por parte de Miguel.

—¿Y tú? ¿Adónde vas?

Aitor lo miró fijamente y después parpadeó.

—A dar una vuelta.

Miguel y Daniel enarcaron una ceja.

—¿Tan elegante? —preguntó Daniel.

Aitor se encogió de hombros y suspiró, de todas formas, no tenía por qué esconderse, seguramente se encontraría con ellos en la iglesia del monasterio. Fue hasta el cajón de la estantería del comedor y sacó las llaves de uno de los todoterrenos.

—He quedado... —explicó dirigiéndose a las escaleras para descender al garaje.

Aquella afirmación hizo que sus dos compañeros lo mirasen sorprendidos.

—¿Has quedado? —preguntó Miguel alzando un poco la voz, pues Aitor había atravesado el comedor y comenzaba a descender las escaleras rápidamente. Estaba claro que no quería preguntas sobre su cita—. ¿Con quién? Ehhhh, jefeeeee... ¿con quién? —Escuchó que preguntaba el pesado de Miguel antes de cerrar la puerta.

Al menos no lo habían seguido hasta el todoterreno, de todas formas, no se fiaba mucho. Entró, arrancó y salió a toda prisa del garaje.

Aquello iba a suscitar preguntas de todo tipo, pero prefería que fuese así a encontrárselos de

sopetón en la iglesia. Ahora estaba seguro de que los vería, pues Miguel y Daniel lo buscarían para saber con quién tenía una cita, aunque confiaba en que sabrían comportarse si se encontraban con él e iba acompañado de Nerea.

¡Necesitaban alguna distracción ya! Aquella calma, tranquilidad, sosiego y hastío estaba causando mella en ellos. Necesitaban acción, aventura, una buena lucha... no estaban hechos para ser simples vigilantes.

Al menos, las noches que salían de caza aprovechaban para correr a gran velocidad por el bosque, incluso habían organizado luchas entre ellos para no perder la práctica, pero necesitaban urgentemente algo de acción o acabarían siendo solo unos “cotillas” con la única diversión de enterarse de con quién tenía una cita su jefe.

Resopló y giró a la derecha para tomar la carretera que lo llevaría a Monforte de Lemos, situado a diez minutos en coche de su hogar.

Aquella zona le gustaba, eso no iba a negarlo. Era un sitio con mucha naturaleza. Lo prefería a una ciudad sin ningún tipo de dudas.

Por suerte, había decidido salir temprano de casa porque a esas horas ya costaba aparcar por aquella zona.

Encontró un hueco tras varios minutos y bajó del vehículo. Miró su móvil y cerró el todoterreno. No tenía ningún mensaje. Caminó hacia la cafetería situada un par de manzanas por delante. Había llegado pronto, aún quedaban veinte minutos para las nueve, pero se sorprendió cuando vio la cafetería a rebosar de gente.

La cafetería Lamela era bastante amplia, con unos grandes ventanales por donde entraba mucha claridad. A lo largo de toda la cafetería había mesas cuadradas de color negro. La barra de ladrillo y mármol color gris atravesaba el local con todos los taburetes ocupados.

Llamó su atención el dibujo que había en una pared, justo delante del billar y de las máquinas recreativas. Un lobo aullaba con el cuello extendido hacia la luna llena. Era gracioso porque a lo largo de la pared había dibujadas varias lunas, la luna creciente, la menguante..., todas sobre un cielo negro estrellado.

Se había enfrentado una única vez a un hombre lobo, en su entrenamiento en Francia, concretamente en París, y aquel lobo no tenía nada que ver con lo que eran en realidad los licántropos. Aquella pintura mostraba un lobo bastante gracioso, arrodillado sobre una colina negra.

En ese momento, una pareja se levantó de la mesa y fue directo hacia ella. Había tenido suerte, prefería desayunar con ella sentado a estar en los taburetes o de pie.

Tomó asiento y extrajo el móvil del bolsillo. Estuvo tentado de enviarle un mensaje para informarla de que ya se encontraba allí cuando la vio aparecer por la puerta de la cafetería.

Tragó saliva. Nerea vestía un bonito vestido de color verde esmeralda que le llegaba por las rodillas, de tirante ancho y bastante ajustado, lo que realzaba su tipo. Se había alisado el cabello que le llegaba por el pecho y se había maquillado muy suave, lo justo para realzar sus enormes ojos marrón claro.

Sus miradas coincidieron y Aitor se levantó rápidamente para saludarla.

Nerea fue hacia allí. Por suerte, no llevaba mucho tacón porque en el momento que lo vio sintió cómo sus piernas temblaban sutilmente. No había sido una buena noche, había dormido a duras penas cuatro horas. Entre los nervios de la celebración en la iglesia que había decorado y la cita no había pagado ojo durante toda la noche.

Aitor la recibió con una cálida sonrisa y se acercó para darle dos besos.

Cuando se separó tuvo que apartar la mirada al sentir cómo se sonrojaba. Llevaba demasiado

tiempo sin tener una cita, porque eso era una cita, ¿verdad? Eso justamente era lo que la había mantenido en vela durante casi toda la noche.

—Buenos días —pronunció Aitor tomando asiento.

—Buenos días —respondió ella depositando el bolso y la chaqueta fina de color negro en el respaldo de la silla—. Has encontrado mesa libre —comentó intentando parecer tranquila y que su voz no sonase excesivamente aguda por los nervios—. En esta época es casi imposible.

—He tenido suerte —contestó él.

Se sentó frente a Aitor intentando aparentar serenidad. Estaba más nerviosa de lo que aparentaba. Había pensado tomar un café con leche, pero se estaba planteando tomarse una tila para relajarse.

—¿Qué tal la planta? —preguntó sin pensar, aunque apartó la mirada de él al ser consciente de la tontería que acababa de preguntar.

Aitor se dio cuenta del nerviosismo de ella, lo cual le pareció adorable.

—Sigue viva —bromeó él.

—Menos mal... —rio ella. Suspiro e intentó calmarse. Lo miró y ladeó su cuello—. Me sorprendió bastante tu mensaje para quedar.

Aitor se encogió de hombros. Parecía una tontería, pero el hecho de saber que ella estaba igual de nerviosa que él lo calmaba.

—Siempre estoy con mis compañeros de trabajo, me va bien un poco de compañía femenina... —acabó sonriente—, y fue todo un detalle regalarme la planta, qué menos que invitarte a desayunar... —acabó alargando las palabras. Nerea sonrió.

El camarero se acercó.

—¿Qué vais a tomar?

Aitor la señaló para que pidiese primero.

—Un café con leche largo de café.

—Yo igual, pero corto de café —indicó Aitor—. ¿Quieres algo de comer? —preguntó a Nerea—. ¿Tenéis pan? —El camarero asintió—. A mí ponme un bocadillo de jamón serrano.

—A mí uno pequeño de queso —pronunció Nerea.

El camarero tomó nota y se alejó de ellos.

—Está a reventar —dijo mirando hacia los lados—. ¿Vives aquí en Monforte?

—No, en Barxa —respondió con sinceridad.

Nerea lo miró sorprendida.

—Pensaba que ya no vivía casi nadie ahí.

Aitor le sonrió divertido.

—Vivo con algunos compañeros. Hicimos la oposición y pedimos destino en Lugo, así que compartimos casa y gastos —mintió.

Ella asintió.

—Eso está bien... —admitió—. Supongo que debe de ser difícil comenzar en un sitio nuevo. Así al menos estás acompañado.

—No te creas, son muy pesados —comentó divertido.

—Ya —continuó ella con la broma sin hacerle mucho caso.

Él la miró seriamente.

—En serio que lo son... mucho —enfaticó. Luego le sonrió—. ¿Y tú? ¿Vives sola?

Ella asintió.

—Sí, de hecho, vivo aquí en Monforte. —Se encogió de hombros—. Estoy pensando en cambiarme de piso de cara al año que viene.

—¿Y eso?

—No tengo siquiera una terraza. Me gustaría tener un jardín o al menos una terraza lo suficientemente grande como para poner unas cuantas plantas —Se encogió de hombros—. Sinceramente, me gustaría una casita por aquí cerca... Hay algunas muy bien de precio para reformar.

—Sería una buena opción.

—No quiero irme lejos. Tengo a mi hermana y a mi sobrino aquí...

El camarero la interrumpió cuando trajo los dos cafés.

—Enseguida traigo los bocadillos.

Aitor cogió el sobre de azúcar y lo echó en el café con leche. Introdujo la cucharilla y comenzó a remover.

—¿Tienes una hermana aquí?

—Sí, y un sobrino —Y le ofreció una gran sonrisa—. Es un trasto... —comentó más divertida—. Tiene cinco años. Mi hermana se divorció y... bueno, él no está muy por la labor de ejercer como padre. Los fines de semana prefiere irse con su nueva novia... —Aitor chasqueó la lengua a disgusto por lo que explicaba—. Le ayudo muchas veces y, la verdad, me encanta estar con Xabier, mi sobrino. Me lo paso en grande.

—A esas edades son muy graciosos.

—Y muy parlanchines... te aseguro que muchas veces pienso que tengo una cotorra por sobrino —apuntó divertida. Lo miró y dio un sorbo a su café—. ¿Tú tienes toda la familia en Bilbao? —Aitor asintió—. ¿Y cómo es que pediste la plaza aquí?

Aitor aprovechó que le daba un sorbo al café para pensar. Aquello era lo que más aborrecía de su trabajo, el no poder explicar a qué se dedicaba ni los dones que tenía.

—Para investigación no salen muchas plazas —improvisó—. Había en Andalucía también, pero está más lejos... y aquí se está más fresco.

—Eso es verdad, aunque en invierno hace mucho frío.

—Prefiero el frío al calor —admitió Aitor.

—Yo también.

El camarero se acercó para traer los bocadillos.

—Gracias —dijo ella cogiendo el plato en el que se encontraba el minibocadillo de queso.

El camarero depositó el bocadillo de jamón ante Aitor.

—Así que hoy es el gran día... —indicó cogiendo el bocadillo. Ella lo miró sin comprender—. Cuando se expone la iglesia adornada por ti —aclaró.

Ella asintió y cogió el vaso para dar un sorbo.

—Sí —rio—. Sinceramente, me trae mucha clientela —reconoció con sinceridad—. Además, hoy muchas personas compran ofrendas de flores para la Virgen.

—¿Estarás hoy en la caseta?

—Sí, pero por la tarde —explicó—. Hoy por la mañana se encarga Antón, uno de mis trabajadores. Y al lado de la iglesia ponemos otra pequeña caseta por si alguien prefiere comprarlas allí. También disponemos de algunas velas... —Se encogió de hombros—. Normalmente, hoy es uno de los mejores días del año junto al día de los Santos Inocentes. —Lo miró con una sonrisa—. ¿Vas a ir luego a la iglesia?

Aitor asintió.

—Sí, me gustaría ir. Por lo visto van gaiteros y bailarines, ¿no?

—Sí —dijo Nerea antes de dar un bocado a su minibocadillo—. Es muy bonito, ya verás.

Aitor recordó que sus compañeros Daniel y Miguel le habían informado de que irían. Malditos

compañeros suyos, ya podrían quedarse en casa. Prefirió preparar el terreno por si se los encontraba..., estaba seguro de que los vería, conociendo a Miguel seguramente estaría deseando buscarlo entre toda la gente para ver quién era su cita.

—Seguramente me encontraré con unos compañeros en la iglesia. Me han dicho que también iban.

—Yo he quedado con mi hermana —Se encogió de hombros—, y con el pequeñajo de mi sobrino —acabó riendo.

—¿También trabaja contigo en la floristería?

—No, no... ella es enfermera de urgencias —indicó—, pero me ayuda muchas veces. Ayer estuvo ayudándome junto a otra de mis trabajadoras en la iglesia.

—Seguro que ha quedado preciosa. —Ella le sonrió con ternura. Aitor se quedó paralizado por aquella sonrisa, notó un vuelco en el corazón. Eran tan hermosa y a la vez le inspiraba tanta ternura... Intentó recomponerse y dio un sorbo a su café—. Y... además de las plantas, ¿qué otras cosas te gustan?

Aquella pregunta sorprendió a Nerea, pues ya era personal. No le importó. A ella también le apetecía conocerlo mejor, así que tendría la excusa perfecta para preguntarle después.

—Me encanta leer —respondió—. Siempre que dispongo de un rato libre aprovecho para leer novelas.

—¿De qué género?

Lo miró con una sonrisa tímida.

—Me gusta mucho el paranormal... —Aitor enarcó una ceja—. Sí, ya sabes... —continuó ella —, de vampiros, brujas, cazadores... —Y se encogió de hombros.

Aitor se quedó mirándola fijamente.

—¿Hay libros sobre cazadores?

Ella comenzó a reír.

—Claro, hay libros en que los propios vampiros y hombres lobo cazan a otros de su especie que son malos y otros que son de gente normal o con poderes que cazan a estos seres sobrenaturales.

Aitor parpadeó varias veces, visiblemente asombrado. Ya sabía que había libros sobre vampiros y hombres lobo, pero... ¿de cazadores?

—También me gustan mucho las policíacas...

—Ya, ya... —la cortó—, y... esos libros, los de los cazadores... —Ella lo miró sin comprender—, matan a vampiros, hombres lobo...

—Y brujas... —dijo ella divertida—, incluso en una serie que me leí tienen que luchar contra los jinetes del Apocalipsis.

—Ahhhh... vaya, vaya —comentó Aitor aún asombrado—. ¿Y tienes muchos?

—Bastantes... —Lo miró intrigada—, oye... ¿quieres que te recomiende o preste alguno? —acabó bromeando.

Lo cierto es que le había picado el gusanillo.

—Sí, podrías recomendarme alguno y...

—Ya te lo dejaré —reaccionó rápidamente. Nerea le sonrió, si se lo recomendaba podía hacerlo por *WhatsApp*, sin embargo, si le prestaba alguno estarían obligados a verse de nuevo—. Son muy divertidos... y bueno, también son románticos —aclaró.

—¿Románticos? —preguntó él confundido.

—Claro, vampiros, lobos, brujas y cazadores... tienen sus historias de amor —dijo como si nada—. Seguro que te gustan —acabó con una sonrisa picarona.

Aitor se quedó pensativo.

En principio, sus identidades eran secretas y su trabajo... nadie sabía de la existencia de aquellos seres, sin embargo, se escribían novelas románticas sobre ellos, sobre cazadores. Le hacía bastante gracia pensar en ello.

—Te gusta leer, ¿verdad? —insistió Nerea.

—Sí, leo bastante, aunque normalmente género thriller... —dio un bocado a su bocadillo—, y... ¿algo más que hagas en tu tiempo libre?

—Ver cine —respondió ella rápidamente—. Me encanta. Tengo una gran colección de películas en mi casa y he visto prácticamente todas las series de los canales de pago. —Se encogió de hombros y sonrió divertida—. Vivir sola es lo que tiene. —Ladeó su cuello—. ¿Y tú?

—Básicamente lo mismo. Leer, cine... deporte —Chasqueó la lengua—. Esta época es muy buena para el senderismo.

—Por aquí hay muchos caminos preciosos.

—Lo sé —respondió—. Suelo salir los fines de semana.

Comieron y tomaron el café mientras conversaban hasta que Nerea miró su reloj de muñeca.

—Tengo que irme ya —comentó con disgusto. Levantó la mano e indicó al camarero que trajese la cuenta.

Aitor extrajo su cartera del bolsillo, adelantándose así a Nerea.

—Ya invitó yo —comentó él.

Nerea apretó los labios y asintió.

—Muchas gracias. ¿Vas a ir ahora a la iglesia? —preguntó con voz animada.

—Sí, no he aparcado lejos, ¿quieres que...?

—¿En coche? —lo interrumpió—. No, es imposible. —Negó—. Se nota que es la primera vez que vas —dijo divertida—. Hay que subir la colina a pie. Normalmente se puede subir en coche y aparcar al lado, pero hoy es imposible, cortan las calles y la plaza de delante de la iglesia se llena. ¿No has ido nunca?

—No, aún no la he visitado.

Ella sonrió mientras el camarero se acercaba. Aitor le entregó un billete y se puso en pie.

—Quédate con el cambio —le indicó al camarero.

—Gracias, señor —respondió sonriente.

Nerea se puso en pie y colgó su bolso del hombro.

—Son diez minutos o un cuarto de hora a pie —informó ella—. Hay bastante cuesta.

—Estoy en forma —bromeó él.

Salieron a la calle donde, en ese momento, había mucha más gente. A lo lejos comenzaba a escucharse la música de las gaitas.

—Ya han iniciado el camino a la colina —dijo ella acercándose.

Él se giró y la observó con una sonrisa. La calle se había llenado en la última media hora de personas que tomaban aquel camino para dirigirse a la iglesia.

Se quedaron observando hasta que Nerea fue impulsada hacia el lado por un niño de unos siete años que corría junto a un amigo. Aitor la cogió rápidamente del brazo para que no se golpeará contra la pared ni perdiese el equilibrio.

—¿Estás bien?

Ella se puso firme y asintió un poco intimidada.

—Estos niños... —pronunció lentamente y se pasó la mano por el codo donde el niño la había golpeado. Aitor la miraba esperando una respuesta—. Sí, no ha sido nada —dijo quitándole importancia—, pero la calle cada vez está más llena. —El sonido de las gaitas se hizo cada vez

más patente y tuvo que aproximarse a él para que le escuchase—. Mejor vamos subiendo ya, si esperamos a la Virgen de Montserrat será imposible llegar. Mejor adelantarnos cuanto antes.

Él asintió.

—Claro, te sigo.

Ella asintió y comenzó a caminar entre toda la gente que abarrotaba las calles. Le gustaban las fiestas, disfrutaba mucho de aquel día, pero odiaba estar en una calle tan concurrida.

Se giró para observar que Aitor iba justo detrás de ella. Aitor era encantador. Había estado nerviosa durante toda la noche por su cita y, ahora que estaba allí con él, estaba más tranquila de lo que esperaba. Aitor tenía algo que le daba calma y tranquilidad. Quizá sí tendría que haber aceptado su propuesta de ir a comer o a cenar y no tener un desayuno así de rápido. Se había sentido muy cómoda durante todo el rato y deseaba que su compañía durase más.

—Por aquí —le indicó ella iniciando una calle de piedra que comenzaba a subir la colina. En aquella zona, aunque había mucha gente, ya no se notaba la aglomeración que había en las calles más atrás, cuando todos los fieles esperaban el paso de la patrona del pueblo para seguirla camino a la iglesia.

Aitor pudo colocarse a su lado mientras subían. Era una calle bastante empinada, pero se sorprendió al ver que Nerea la subía sin problema. Debía de estar acostumbrada a hacer deporte.

—¿Nunca has venido por aquí? —preguntó ella.

Él negó.

—No, por esta zona no —respondió.

Llegaron al final de la calle y empalmaron con la carretera que subía hasta lo alto de la colina donde se encontraba el monasterio de San Vicente. Tal y como Nerea le había explicado, las calles estaban cortadas al tráfico, así que la única forma de llegar hasta allí era caminando.

Instintivamente, Aitor miró de un lado a otro. Sabía que Daniel y Miguel podían estar por ahí, al acecho.

Pasaron frente a un restaurante abierto, llamado *O Grelo*, donde habían habilitado una terraza con varias mesas. El restaurante de estilo rústico era realmente impresionante, sus paredes de piedra y sus suelos de madera conseguían hacer de ese local un lugar cálido y acogedor.

—Podríamos haber desayunado aquí, está más cerca del monasterio —propuso él.

Ella negó.

—Es un restaurante. Comienzan a servir a las once de la mañana —Miró el reloj de muñeca—. Deben haber acabado de abrir. Supongo que aprovechan el día de hoy. —Luego chasqueó la lengua—. No nos hubiese dado tiempo a desayunar bien.

Aitor asintió y la miró con una media sonrisa.

—Entonces, ¿estará abierto este mediodía, aunque sean fiestas?

Ella asintió.

—Sí, claro.

—¿Te apetece comer ahí? —preguntó Aitor directamente.

Nerea redujo el paso y apretó los labios intentando contener una sonrisa de alegría. Sí, le apetecía mucho quedarse con él.

—Claro —respondió—, pero debería estar a las cuatro en la caseta. Tengo que sustituir a mi compañero Antón.

—Sin problema. Podemos comer sobre las dos, si te parece bien —indicó él.

—Claro, lo que no sé si habrá sitio —dijo ella—. Ahora cuando llegemos arriba llamaré al dueño, lo conozco, seguro que puede hacernos un hueco —dijo ella con una sonrisa.

Nada más llegar a la parte más alta ambos se detuvieron. Nerea tenía la respiración un poco

acelerada por los últimos metros de subida.

Lo miró a él, tenía la respiración tranquila, como si no le hubiese supuesto ningún esfuerzo subir.

—Menuda forma atlética tienes... —comentó ella al verlo tan fresco.

Aitor sonrió e iba a responder cuando irguió la espalda y apretó los labios. Estuvo a punto de resoplar, pero se contuvo.

El monasterio estaba rodeado por una enorme plaza, denominada Plaza de San Antonio, que en aquel momento comenzaba a llenarse de feligreses.

Al final de esta plaza, apoyados contra la barandilla y disfrutando de unas hermosas vistas de Monforte, se encontraban Daniel y Miguel.

—Eh, jefe —Escuchó que decía Miguel desde lo lejos.

—La madre que lo... —susurró.

—¿Son tus compañeros? —preguntó ella con una sonrisa.

Aitor asintió y se giró hacia ella mientras se pasaba la mano por la nuca.

—Sí —respondió y la miró a los ojos fijamente. Durante unos segundos se perdió en sus largas pestañas, en aquellos ojos color marrón ámbar hasta que se obligó a hablar—. ¿Quedamos en el restaurante *O Grelo*?

Ella asintió ilusionada.

—Sí, claro. —Abrió su bolso y buscó su móvil—. Llamaré al dueño en unos minutos y te envío un mensaje, ¿de acuerdo?

—Si no puede ser podemos comer en otro sitio —propuso él rápidamente.

Ella lo miró con una sonrisa tímida y asintió.

—Claro —respondió lentamente. Miró hacia la caseta en la que se encontraba Rut, una caseta mucho más pequeña que la que tenían montada en la calle central de Monforte, pero que ofrecía flores y velas para quien no había traído y quería hacer una ofrenda a la patrona—. Iré a ver a Rut —Señaló hacia ella—, y luego supongo que entraré a la iglesia a mirar que todo esté correcto. —Miró de un lado a otro—. Además, mi hermana tiene que estar al llegar.

Aitor señaló hacia la caseta de color blanco.

—¿También es tuya?

Ella asintió y dio unos pasos hacia atrás.

—Sí, nos vemos luego —comentó ella sonriente.

Aitor le devolvió la sonrisa y metió las manos en los bolsillos.

—Hasta luego.

Permaneció con las manos en los bolsillos y la sonrisa en su rostro hasta que se giró en dirección a sus compañeros, dándole ya la espalda a ella.

¿Podían ser más oportunos? Resopló y fue hacia ellos con semblante serio. Sabía que lo iban a martirizar a preguntas, pero no le importaba. Lo único que realmente deseaba era que lo dejaran tranquilo a la hora de comer.

Llegó hasta ellos. Tanto Daniel como Miguel permanecían apoyados contra la barandilla, cruzados de brazos y con una gran sonrisa en sus rostros. Obviamente, Aitor ya sabía a qué venían esas sonrisas.

—¿Qué pasa, jefe? —preguntó Miguel con tono socarrón.

Daniel señaló con un movimiento de cabeza hacia la caseta de las flores.

—¿Ella era la razón por la que salías derrapando de casa? —bromeó.

—Yo no derrapaba —comentó colocándose ya ante ellos.

—Sacabas humo de los zapatos —continuó Miguel con la broma. Luego enarcó una ceja—. Así

que... ¿una cita? —Y le mostró los dientes con una amplia sonrisa.

Aitor suspiró y se pasó la mano por los ojos, agotado. De todas formas, dudaba mucho que lo dejaran en paz con aquel tema, así que mejor zanjarlo desde un principio.

—Sí —respondió.

—Vaya, vaya... —dijo Daniel y dio un golpe en la espalda de Aitor—, mira que escondidito lo tenía...

—No lo tenía escondido —le rectificó Aitor y volvió a resoplar—. Es la primera vez que quedo con ella, la conocí hace poco...

—Ah, ¿sí? —preguntó Miguel—. ¿Cuándo?

Aitor se giró para observarla. A lo lejos, Nerea conversaba con su compañera de trabajo.

—Es la dueña del almacén de jardinería de Monforte. Tiene una caseta de flores en la feria...

—Eh, eh... —interrumpió Daniel—, no querrás arreglar el jardín por ella, ¿verdad?

—¡Qué fuerte! —intervino Miguel mirando a su jefe con ojos como platos—. ¿No te dijo la meiga Borealis que hablastes con la chica de las flores? —recordó.

Daniel se giró hacia él.

—Es verdad... te lo dijo antes de irse —Lo señaló con la mano.

Aitor se encogió de hombros mientras Daniel y Miguel también observaban a Nerea conversar con la dependienta de la caseta.

—Voy a tener que hablar con Susana —susurró Miguel pensativo, y luego miró a su jefe y enarcó una ceja—. Oye, sabes que ella es la chica de las flores a la que se refería, ¿verdad?

Aitor lo miró con ironía y estuvo a punto de alzar los brazos hacia el cielo por la pregunta.

—Claro que lo sé.

—Vale... ¿y ella sabe quién eres tú? —preguntó en un tono más bajo.

Aitor escudriñó con la mirada a Miguel y a Daniel que esperaban atentos una respuesta.

—Pues claro que no lo sabe. ¿Estás loco? —Y parpadeó varias veces.

Daniel chaqueó la lengua.

—Pues parece mona... —comentó y luego colocó una mano en su hombro y dio unas palmaditas—, pero si quieres algo serio con ella mejor no le digas a qué nos dedicamos.

—Cree que somos policías... de investigación —respondió y luego se apartó de su mano—. De todos modos, es solo una amiga.

—Ya, ya... —respondieron Daniel y Miguel a la vez. Aitor oscureció su mirada mientras los observaba.

Los dos lo observaban con una sonrisa bravucona.

—Por Dios bendito... —susurró Aitor—, la que me espera. ¿No teníais otra cosa que hacer hoy? —Ambos negaron con su rostro. Aitor se pasó la mano por los ojos masajeándolos, intentando calmarse—. Pues mira qué bien —pronunció con ironía.

Daniel volvió a golpear la espalda de su jefe.

—No te preocupes jefe... sabes que nosotros somos muy discretos —le sonrió mostrándole los dientes.

Aitor puso los ojos en blanco y dejó escapar un largo suspiro.

Nerea se acercó a la caseta donde Rut despachaba a una clienta.

—Buenos días, señora García —saludó Nerea a la clienta, una asidua de su tienda que compraba cada semana un ramo de flores frescas.

—Buenos días, Nerea —contestó la señora con una gran sonrisa.

—¿Qué tal?

—Comprando la ofrenda a la Virgen.

Nerea le sonrió y miró a Rut.

—¿Qué tal todo? —le preguntó.

—Muy bien —respondió Rut y miró a la clienta—. ¿Qué ramo prefiere, señora García? Tenemos de diez, veinte o treinta euros.

La clienta miró los ramos y señaló uno en concreto.

—¿Ese cuánto cuesta?

—Ese ramo son veinte euros —respondió Rut.

—Dame ese, es muy bonito —dijo abriendo su bolso.

Nerea miró el interior de la caseta. Rut había hecho un buen trabajo ordenando los ramos según su precio. Miró divertida a Iago que permanecía sentado en una esquina de la caseta mirando un libro de dibujos.

—Hola, Iago —dijo Nerea saludando al pequeño mientras Rut cobraba a la clienta.

El pequeño levantó la mirada y sonrió a Nerea.

—Hola.

—¿De qué es ese libro? —preguntó intentando darle conversación.

—De un grupo de jóvenes detectives —explicó.

—Qué interesante. —Miró a la señora García que cogía su ramo—. Que tenga unas buenas fiestas.

—Igualmente —contestó la clienta alejándose con una sonrisa.

Rut se situó frente a Nerea y miró a Iago un segundo.

—Disculpa que lo haya traído.

Nerea se encogió de hombros.

—No es ningún problema. Iago se porta muy bien y puede vigilar los ramos —dijo guiñándole un ojo al pequeño que le correspondió con una sonrisa. Miró a Rut y la escudriñó. Rut parecía nerviosa. Recordaba que le había dicho el día anterior que Jaime no se encontraba bien y también se había llevado a su hijo—. ¿Jaime sigue enfermo?

Ella asintió lentamente y, en ese momento, hizo un gesto que llamó la atención de Nerea, pues se echó hacia delante como si quisiese evitar que su hijo escuchase lo que iba a decirle. Nerea la imitó acercándose.

Rut se quedó pensativa y la miró preocupada.

—Quería hablar con tu hermana. —Suspiró—. Jaime...

—¿Está bien? —preguntó Nerea alarmada.

Ella negó.

—No, no lo está... no sé qué le pasa... está raro.

Nerea la miró sin comprender.

—¿Raro?

Rut tragó saliva y volvió a mirar a Iago asegurándose de que no escuchaba nada.

—Sí... —susurró. Parecía nerviosa al explicarle aquello—. Ha tenido fiebre varios días, pero... desde ayer no me deja tomarle la temperatura...

—¿Y eso? —preguntó confundida.

—No lo sé, pero... —Se quedó callada, como si le costase decir lo siguiente—, su actitud... ha cambiado.

Nerea observó que el niño miraba su libro ajeno a la conversación, inmerso en aquella historia de aventuras.

—¿A qué te refieres?

—Está diferente, como... como si no fuese él —titubeó—. Está más... más agresivo...

Aquello llamó la atención de Nerea que rápidamente observó sus brazos y el cuello de su amiga en busca de algún moratón.

—¿Te ha pegado? —preguntó sin tapujos.

—No, no —reaccionó rápida—, es... las cosas que dice, su forma de hablar... —continuó pensativa—. Grita, me dice que no me acerque... lleva tres días sin ver al niño.

—Puede que no quiera contagiárselo —dijo Nerea en un intento por apaciguarla, pues parecía realmente nerviosa al explicarle aquello.

Ella negó.

—No. Jaime tiene carácter, pero... jamás lo había visto así. Hay... hay algo que no me está explicando, se lo noto.

—¿Qué te ha dicho el médico?

—Se niega a ir al médico —reaccionó—. Cuando me he ofrecido a llevarlo se ha puesto realmente nervioso, gritándome de muy malas formas... Llegó incluso a... —Nerea observó cómo su labio inferior temblaba, casi a punto de echarse a llorar—, a asustarme —confirmó. Nerea cogió su mano en señal de cariño y miró de reojo a Iago para asegurarse de que no las escuchaba—. No sé... no sé qué hacer —continuó con voz temblorosa—. Por eso quiero hablar con tu hermana, ella es enfermera de urgencias, quizá haya alguna enfermedad que provoque esos cambios de humor tan extraños.

—Está bien —dijo intentando calmarla—, en cuanto venga hablas con ella. —Apretó un poco más su mano—. ¿Quieres irte a casa? No me importa quedarme...

—No, no, por favor —sollozó—. Necesito quedarme aquí —gimió.

—Está bien, tranquila. Seguro que no es nada —le susurró intentando calmarla.

Rut tragó saliva y asintió. Suspiró e intentó recomponerse.

—Seguro que sí —dijo esta vez con una medio sonrisa, aunque Nerea supo que se estaba esforzando por no echarse a llorar—. Oye, te he visto llegar con un chico...

Se dio cuenta de que estaba intentando cambiar de tema, pues seguramente si seguían hablando de su marido acabaría desmoronándose. Decidió aceptar aquel cambio de tema y no preguntarle más, pues parecía bastante agobiada con la situación.

—Sí —respondió soltando su mano y se giró hacia donde se encontraba Aitor. Aitor y sus dos compañeros se encontraban al otro lado de la plaza, apoyados contra la barandilla y conversando animadamente—. Es un amigo.

—¿Un amigo? —preguntó Rut con voz más animada, parecía que aquella conversación le proporcionaba suficiente distracción como para no recordar la situación que estaba viviendo en casa.

Nerea se encogió de hombros mientras se giraba de nuevo hacia ella.

—Lo conocí hace unos días. Una de las noches que estaba en la caseta de las fiestas. Se acercó para pedirme un presupuesto para el jardín de su casa. —Se encogió de hombros—. Lo he visto un par de veces más y hoy hemos ido a desayunar juntos.

—Oh, vaya... —comentó abriendo los ojos como platos—. ¿Has tenido una cita con él?

—Pues ese es el problema... que no sé bien si ha sido una cita o no —rio—. Quiero pensar que sí. —Se encogió de hombros—. Luego he quedado con él para comer.

—Vaya, dos citas en el mismo día. Sí que os ha dado fuerte, ¿no? —bromeó Rut esta vez.

Nerea rio y negó.

—Es agradable...

—Y guapetón... —continuó Rut—. Vamos, por lo que he podido ver yo desde aquí. —Y mostró a Nerea una sonrisa traviesa—. ¿A qué se dedica?

—Es policía.

Rut parpadeó sorprendida.

—Ah, ¿sí? —Y miró en dirección a donde se encontraba Aitor—. Ahora que lo dices... tiene pinta. —Aquellas palabras hicieron que Nerea la mirase sin comprender. Rut lo señaló como si fuese lo más obvio—. A ver, es alto... y está fuerte. Salta a la vista —E hizo un gesto gracioso con la lengua—. ¿Cómo se llama?

—Aitor. —Se apoyó contra el mostrador—. Es vasco. Me explicó que lo habían destinado aquí, en investigación —le susurró.

—Vaya... —pronunció emocionada—, qué interesante —rio.

En ese momento ambas se callaron cuando vieron aparecer al sacerdote. Se dirigía hacia ellas, pero una mujer con un ramo lo interceptó por el camino.

—Padre Rafael —dijo la mujer con una sonrisa—, ¿podemos dejar ya los ramos en el interior? —preguntó.

El sacerdote miró a la mujer con una sonrisa y observó el ramo de flores.

—Claro, pueden colocarlos a los pies del altar. La patrona no creo que tarde más de un cuarto de hora en llegar. Será un bonito recibimiento.

La mujer asintió feliz y se encaminó hacia la puerta de la iglesia. El padre Rafael caminó hasta Nerea y Rut, las cuales lo recibieron con una sonrisa.

—Buenos días, padre —comentó Nerea.

—Buenos días —respondió.

—Ahora iba a entrar para asegurarme de que todo está correcto y las flores están bien.

—Está todo estupendo, no te preocupes —comentó el padre calmándola—. Además, hoy hace un día hermoso —dijo mirando el cielo—. ¿Sabéis si la procesión está cerca?

—Yo vengo del pueblo ahora. Habían salido ya así que supongo que en unos diez minutos más o menos estarán aquí. —Miró a Rut sonriente—. ¿Te ha dicho algo Antón sobre la caseta de la feria? —Escudriñó con la mirada a su amiga cuando vio que esta no respondía. Se había quedado totalmente petrificada, mirando al frente—. ¿Rut? —preguntó preocupada.

Se giró y observó en la misma dirección que su amiga.

—¿Jaime? —escuchó que pronunciaba Rut desde la caseta.

Nerea miró fijamente a Jaime. No tenía mucho trato con él, lo había visto pocas veces. Aun así, lo reconoció. Estaba claro que Rut tenía motivos para preocuparse.

Jaime permanecía en medio de la plaza, mirando fijamente la puerta de la iglesia. Tenía los brazos hacia delante y parecía que le costaba caminar. Murmuraba algo que no atinaba a escuchar desde allí.

—¿Jaime?! —repitió Rut preocupada saliendo de la caseta. Se giró y miró hacia Iago que se

había levantado al escuchar el nombre de su padre—. Quédate ahí, cariño —comentó colocándose al lado de Nerea. Miró de nuevo a su marido que intentaba dar pasos hacia delante, pero no podía—. Cariño... ¿qué te...?

Nerea la sujetó del brazo para que no se acercase. La conducta de Jaime en aquel momento asustaba. De hecho, llamó excesivamente su atención sus ojos rojos, como si estuviesen encharcados en sangre.

—Rut, no... —dijo conteniéndola.

—Pero ¿qué te ocurre? —murmuró Rut al borde del llanto con la mirada fija en su marido.

Nerea se fijó en sus labios cortados, en su rostro ojeroso y pálido, además, parecía haber perdido peso.

—Dios mío, ayúdame... —Atinó a escuchar que pronunciaba Jaime—. Haz que me deje... Dios mío, ayúdame... Haz que me deje... —suplicaba hacia la iglesia.

¿Qué estaba pronunciando?

Nerea observó a su alrededor, la gente miraba a Jaime preocupada, incluso asustada. Pudo ver cómo Aitor y sus dos compañeros daban unos pasos hacia delante para observar. Obviamente había captado la atención de varias de las personas que lo rodeaban.

Nerea y Rut, e incluso el sacerdote, dieron un brinco hacia atrás cuando Jaime se llevó las manos a la cabeza, inclinó su espalda hacia delante y emitió un sonido gutural tan grave que les heló todo el cuerpo. Estaba segura de que si hubiera cristales cerca hubiesen vibrado. Una mezcla entre gemido y grito salió de lo más profundo de Jaime, un grito largo y mucho más grave de lo que esperaban.

Dejó de gritar. Aún con la cabeza agachada Nerea pudo detectar su respiración acelerada. Jaime alzó la mirada hacia el cielo extendiendo los brazos y volvió a gritar haciendo que retrocediesen más aún, asustadas.

—¡Jaime! —gritó Rut sujeta por la mano de Nerea que no le permitía acercarse—, ¿qué te ocurre? —sollozó mezclando su voz con el grito agónico de su marido que aún duraba—. Deja que te ayude —suplicó.

—¿Papá? —preguntó el niño al lado de su madre.

Nerea soltó a Rut de inmediato y cogió al niño del hombro impidiendo que se acercase a su padre.

El sacerdote dio unos pasos hacia delante.

—Hijo, ¿estás bien? —le preguntó mientras alzaba la mano hacia él, como si le tendiese su ayuda.

Jaime focalizó su atención en el sacerdote y retrocedió unos pasos, tambaleándose, llevándose las manos a la cabeza y gritando de nuevo.

Aquella voz era realmente extraña, le recordaba a la voz de un monje tibetano, grave, profunda... nada que ver con su voz normal.

El padre Rafael se acercó más a él.

—Tranquilo, ¿te encuentras mal? ¿Puedo ayudarte en algo? —insistió.

Jaime focalizó toda su atención en el sacerdote y apretó su mandíbula mientras rugía, como un perro rabioso. Aquello hizo que el padre diese un paso hacia atrás, asustado.

Una voz cercana hizo que todos girasen su cabeza hacia el lado, incluso Jaime.

—Eh... —comentó Aitor apartando a una de las personas que esperaban la llegada de la patrona a la iglesia—, ¿ocurre algo? —Se situó a unos metros de él.

A los lados se colocaron Miguel y Daniel que observaban a Jaime intrigados.

—Fíjate en sus ojos —susurró Miguel a Aitor sin que nadie más se percatase.

Aitor asintió.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Un licántropo? —preguntó Daniel.

—No lo parece —respondió Aitor de nuevo ante la mirada fija de Jaime.

—Entonces... —continuó Miguel mirando al hombre—, ¿qué cojones...?

No pudo continuar, Jaime gritó en su dirección echando los brazos hacia atrás, lo que hizo que los tres enarcasen la ceja.

Aitor miró rápidamente hacia la caseta de Nerea. Tanto ella como su compañera, un niño y el sacerdote miraba impresionados la escena. Además, los gritos de aquel hombre habían llamado la atención de todos los que le rodeaban.

Jaime rugió hacia ellos de nuevo y, sin previo aviso, se giró y comenzó a correr a gran velocidad hacia el otro extremo de la plaza.

Estaba claro que aquello no era muy normal. No se trataba de un vampiro ni de un licántropo, pues estos seres solo salían por la noche, bien porque a un vampiro la luz del sol lo mataba convirtiéndolo en cenizas o bien porque un hombre lobo no conseguiría su transformación a plena luz del día, pues necesitaba sobre todo luz de luna. Ahora bien, ¿de qué se trataba?

—Mierda —susurró Aitor al ver que aquel hombre de ojos rojos iniciaba la marcha. Automáticamente comenzó a correr tras él junto a sus compañeros.

Jaime llegó hasta la valla que prohibía el paso a la parte trasera del monasterio, una valla muy alta que solo permitía el acceso a través de una puerta de barrotes que en ese momento tenía puesto un candado. Llegó hasta ella y de un golpe la abrió.

Aitor se giró para asegurarse de que nadie los seguía. Por suerte, los civiles que había allí permanecían pasmados ante la escena, sin saber cómo actuar. Su mirada voló directamente hacia Nerea que permanecía petrificada cogiendo de la mano a su trabajadora y sujetando del brazo a un niño, aunque llamó su atención que el sacerdote corría también en su dirección.

Pasaron la puerta de barrotes que Jaime acababa de abrir. Tras ella había un sendero que se internaba en el bosque y que rodeaba el monasterio. Aitor fijó su mirada unos metros por delante de ellos, donde Jaime corría desesperado emitiendo gruñidos.

Miguel cogió la cadena que Jaime acababa de romper y se la mostró asombrado a Aitor. Estaba partida por la mitad y el candado que la sujetaba permanecía en el suelo.

—Tiene fuerza sobrehumana —indicó Miguel.

—Esperad, esperad... —dijo el sacerdote atemorizado corriendo en su dirección.

Los tres se giraron, pero ninguno de ellos le hizo caso. Los tres comenzaron a correr rodeando el monasterio por el camino de tierra, con altos árboles al lado derecho.

Sabía que era algo de índole paranormal, pues aquella fuerza no la poseía un civil. Debía detenerlo lo antes posible, pues su conducta era realmente agresiva, además, si un civil se cruzaba en su camino, con la fuerza que poseía, podía acabar con él.

Los tres siguieron corriendo a ritmo normal hasta que la curva del monasterio hizo que nadie de los de la plaza pudiese verlos. Saltó por encima de una piedra y se fijó en el hombre que corría por delante de ellos a gran velocidad.

—Miguel, Daniel, adelantadlo y cortadle el paso —ordenó Aitor.

Sus dos compañeros obedecieron y desaparecieron al momento. Su velocidad era tan rápida que podían transportarse de un lado a otro sin que el ojo humano de un civil normal y corriente fuera consciente de ello. Aquella era una de sus ventajas, junto con la fuerza sobrehumana y la regeneración.

Jaime derrapó y miró hacia delante, pasmado. Miguel y Daniel lo habían interceptado

colocándose delante de él para cortarle el paso. Miró de un lado a otro, nervioso, ante la atenta mirada de los tres. Aitor frenó también quedándose a pocos metros de donde se encontraba Jaime.

No tenía escapatoria posible, pues por lo que parecía Jaime tenía mucha fuerza, pero no una velocidad tan extrema como ellos y, en aquel momento, se encontraba rodeado. Aitor situado detrás, Miguel enfrente y Daniel se había desplazado a la derecha evitando que pudiese internarse en el bosque. Al otro lado, la pared del monasterio impedía que pudiese huir en esa dirección.

Jaime comenzó a respirar excesivamente rápido, con gruñidos, mirando de un lado a otro como si se tratase de un animal que se encuentra rodeado y busca escapatoria.

—¿Quién eres? —preguntó Aitor dando un paso hacia él.

La reacción de Jaime no se hizo esperar y se giró totalmente hacia él. Inclino su cuerpo hacia delante mientras echaba los brazos hacia atrás, como si se diese impulso y, con los ojos muy abiertos, gritó en su dirección totalmente encolerizado. Un grito que hizo que los pájaros que se encontraban cerca saliesen volando e incluso que los tres cazadores tuviesen que apretar la mandíbula.

—¿Quieres dejarnos sordos o qué?! —gritó Miguel hacia él, provocando que Jaime se girase rápidamente en su dirección. Lo miró con furia mientras un sonido gutural salía de lo más profundo de su ser.

Daniel miró de reojo a Miguel.

—¿Qué se supone que es? —preguntó observándolo de la cabeza a los pies.

Miguel negó y, en ese momento, el sacerdote llegó hasta ellos. Se agachó para recuperar el aliento llevando la mano a su pecho, con la respiración acelerada, y miró a Jaime.

Jaime observó directamente hacia el sacerdote y, sin previo aviso, dio unos pasos rápidos hacia él con la cara descompuesta, gritando.

El padre Rafael tragó saliva mientras cogía el crucifijo que colgaba de su cuello con fuerza.

—Ay, no... otra vez no... —gimió.

Aitor lo miró fijamente.

—¿Otra vez? —preguntó Aitor sin comprender.

¿A qué se refería el sacerdote con aquella frase?

El padre Rafael no pudo contestar, pues Jaime se abalanzó sobre él.

—¡Cuidado! —gritó Daniel.

Miguel se interpuso rápidamente en su camino desviando a Jaime con un golpe en las costillas, el cual salió despedido contra la pared del monasterio con la que se golpeó y cayó al suelo.

El padre Rafael dio un grito al observar el movimiento tan rápido de Miguel. ¿Quiénes eran aquellos hombres? No parecían asustados y, además, se movían a una velocidad endiablada rápida, demasiado rápida para un humano normal y corriente.

—Te has pasado... —le riñó Aitor a Miguel al ver la fuerza con la que lo había impulsado contra la pared, aunque los tres arquearon la ceja cuando vieron que Jaime se ponía en pie lentamente, sin ningún rasguño, con la mirada clavada en ellos y la respiración acelerada—, o quizá no —apuntó Aitor.

¿Cómo podía permanecer Jaime en pie? Debería haberse roto alguna costilla o haber perdido el conocimiento, sin embargo, permanecía igual que antes solo que más furioso.

El padre Rafael dio unos pasos hacia delante, colocándose delante de Aitor que lo miraba confundido.

El padre mostró el crucifijo a Jaime, el cual gruñó.

—En el nombre del padre, del hijo y del Espíritu Santo, invoco a todos los ángeles y los santos y me dirijo a ti bendita Virgen María, madre santísima, reina de toda la creación, —comentó

acelerado, con la voz entrecortada por los nervios—. Te pido tu bendición, tu protección y tu intersección... —Jaime comenzó a gruñir con la mirada fija en el sacerdote—. Invoco la protección y la ayuda de San Miguel, el arcángel, líder de todos los ejércitos celestiales, de todos los arcángeles y ángeles...

Sin previo aviso, en un movimiento muy acelerado, mucho más de lo que esperaban todos, salió disparado hacia el sacerdote.

—¡Cuidado! —gritó Daniel. Aitor se interpuso en el camino de Jaime golpeándolo y haciendo que perdiese el equilibrio, cayendo sobre la tierra y rodando sobre ella—. ¿Qué cojones está pasando? —gritó girándose hacia el sacerdote que seguía recitando aquella oración con el crucifijo en la mano, aunque muerto de miedo.

—Me uno a la alabanza de adoración y gloria dada a nuestro señor padre, hijo y Espíritu Santo —continuó el padre Rafael dando unos pasos hacia atrás, atemorizado, pues ni siquiera podía sujetar el crucifijo en su mano sin que este temblase, amenazando con caer—. Invoco en el nombre de Jesús la bendición, protección y la ayuda de todos...

Jaime se puso de rodillas y miró con ira al sacerdote.

—¿Crees que vas a poder salvarlo? —gruñó con voz grave, tanto que no parecía humana.

—Estás un poco ronco, ¿no, amigo? —ironizó Miguel situándose frente a él para proteger al sacerdote.

—Y pelín nerviosito... —continuó Aitor con ironía.

Aquellas palabras llamaron la atención de Jaime que miró a los tres desconocidos que lo rodeaban.

El padre proseguía con su retahíla.

—... la ayuda de todos los patriarcas, profetas, los confesores, vírgenes y mártires..., los discípulos de Jesús, los Apóstoles y de todos los Santos que han existido y que existen...

—¡¿Por qué no te callas?! —gritó Jaime colocándose de un salto en pie. Su respiración era acelerada, profunda e iba acompañada de un rugido interno—. Shadigii numi pacju —comenzó con voz pausada y muy grave—, shadigii numi pacju... shadigii numi pacju...

—¿Qué significa eso? —preguntó Daniel.

—Shadigii numi pacju... shadigii numi pacju...

—¡Está como una cabra! —gritó Miguel señalándolo.

—¡En el nombre de Jesús! —gritó más alto el sacerdote, aunque detrás de los tres integrantes de la división—. Entro en comunión con la Santa Iglesia de Cristo y ratifico mi fe en el santo nombre de Jesús...

Jaime dio unos pasos hacia delante y miró al sacerdote, el cual, en ese momento, se calló.

—No lograrás salvarlo. Él, ahora... es mío —acabó gritando.

Dicho esto, se giró y salió corriendo, esquivando a Daniel e internándose en el bosque.

Aitor miró al sacerdote que sujetaba el crucifijo en su mano, tembloroso, sin saber qué hacer, y miró hacia delante. Estaba claro que Jaime no era humano.

—Cogedlo —gritó Aitor comenzando a correr tras él.

Ya tendría tiempo de hablar con el sacerdote, ahora, lo más importante era parar a aquel hombre, pues había visto que tenía fuerza sobrehumana y, además, había algo extraño en él. ¿Una posesión? ¿Era aquello posible?

Nunca había creído mucho en las posesiones. Vampiros, brujas, licántropos... aquello era material, podía verlo, pero ¿espíritus? No, jamás se había enfrentado a algo así, de hecho, ni siquiera sabía cómo debía afrontar una posesión.

Puede que se tratase de otra cosa. Quizá fuese un caso de trastorno bipolar, de enfermedad

mental, pero había roto el candado de hierro de la puerta y ahora corría a una velocidad imposible para un civil normal. De todas formas, podría averiguarlo, pues el sacerdote, cuando lo había visto, había pronunciado las palabras “otra vez”. Estaba seguro de que aquel sacerdote podría arrojar algo de claridad sobre el asunto, mientras tanto, debían asegurarse de que aquel hombre no hiciese daño a nadie.

Corrió por encima de los arbustos y piedras, bajando la colina donde se encontraba el monasterio de San Vicente.

Miguel y Daniel se situaron a su lado corriendo.

—Vamos a rodearlo como antes —propuso Aitor con la mirada clavada en la espalda de Jaime que corría pocos metros por delante—. Hay que impedir que llegue a...

Los tres se detuvieron en seco cuando el bosque finalizó y dieron con el camino que subía al monasterio, repleto de fieles en ese momento. La procesión había iniciado el ascenso y el camino estaba totalmente atestado, encabezado por seis personas que llevaban a hombros a la Virgen de Montserrat.

—¡Mierda! —gritó Aitor mirando de un lado a otro—. Encontradlo —ordenó antes de internarse entre toda la gente.

Pudo ver cómo Daniel y Miguel obedecían su orden internándose entre todos los feligreses. Debía dar con él antes de que lastimase a cualquier inocente.

Estaba claro que aquel hombre tenía conciencia de lo que hacía, pues sabía que entre los centenares de personas que había les sería difícil encontrarlo.

Miró de un lado a otro, debiendo detenerse alguna vez para no chocar con la persona que caminaba en dirección contraria, siguiendo a la patrona.

Aquello iba a ser imposible y, de todos modos, ¿qué iban a hacer si se topaban con él? Sin duda, aquel hombre se resistiría y no podían arriesgarse a montar un espectáculo ahí.

Se detuvo y miró a todas las personas que lo rodeaban. Allí había niños que caminaban cogidos de la mano de alguno de sus progenitores o bien subidos a caballito. No podían arriesgarse a entablar un enfrentamiento contra él, pues era consciente de su fuerza.

Cogió el móvil y vio que tenía un mensaje de Nerea. ¿Habría visto lo que ocurría?

No supo si respirar tranquilo, el mensaje era de hacía un cuarto de hora, antes de que ocurriese todo.

Nerea: Nos dan mesa a las 13:30.

Nerea: ¿Te parece bien?

Suspiró y se pasó la mano por la nuca. En esos momentos no iba a poder ir a comer con ella. Marcó el número de teléfono de su compañero Lucas. Este no tardó en responder.

—¿Qué tal la cita, jefe? —bromeó.

Aitor resopló. Ya sabía que eso ocurriría. Miguel se iba a encargar de explicar al resto de sus compañeros que tenía una cita. Miró hacia los lados mientras seguía caminando, atento a todas las personas que lo rodeaban, y se encontró con el rostro de Daniel unos metros por delante. Este negó dándole a entender que no encontraban a la persona.

—Tenemos trabajo —pronunció.

Aquello sorprendió a Lucas.

—¿En serio? —preguntó emocionado—. ¿De qué se trata?

—Aún no lo sé —pronunció Aitor girando sobre sí mismo y esquivando a las personas.

—¿Cómo que no lo sabes? —preguntó confundido.

—Nos vemos en una hora en el monasterio de San Vicente.

Dicho esto, colgó.

De hecho, ni siquiera sabía a lo que se enfrentaban, pero estaba seguro de que el padre Rafael podría ayudarles a comprenderlo.

Volvió a observar el móvil leyendo el mensaje de Nerea. Suspiró y llevó sus dedos hacia la pantalla táctil.

Aitor: Lo siento mucho, pero me ha surgido trabajo.

Aitor: ¿Te importa si lo posponemos para otro día de la semana?

Guardó el móvil en el bolsillo y buscó a sus compañeros con la mirada entre toda la gente.

Aitor suspiró y miró su móvil. El mensaje era de hacía media hora, ni siquiera se había dado cuenta de que le vibraba en el bolsillo del pantalón.

Nerea: De acuerdo. Espero que no sea nada.

Miró mosqueado a su compañero Marc, armándose de paciencia.

—¿Puedes bajar el tono de una vez?

Marc resopló y miró al resto de sus compañeros.

—Va, venga... debe de ser otra cosa —insistió.

Marc, Lucas y Víctor se habían dirigido al monasterio de San Vicente tal y como Aitor les había pedido. Habían aparcado bastante lejos y habían subido la colina para encontrarse con el resto de sus compañeros que los esperaban en el monasterio.

Había mucha afluencia de gente durante la misa, pero tras la ofrenda floral la gente había ido abandonando el monasterio para dirigirse a las calles del centro del pueblo donde los gigantes y cabezudos hacían acto de presencia desde las doce y media del mediodía.

Se habían quedado en un lateral de la iglesia, observando cómo el padre Rafael realizaba la misa con ayuda de dos monaguillos. Se había ocultado tras sus compañeros disimulando cuando había visto salir a Nerea de la iglesia acompañada de su hermana.

A esa hora, a la una y media, él debería estar comiendo con ella felizmente en el restaurante situado a pocos metros de allí, sin embargo, esperaba a que se marchasen los últimos fieles de la iglesia para poder ir a hablar con el sacerdote.

Se habían situado cerca del altar, en uno de los laterales.

—Te digo que parecía una posesión —insistió Miguel.

Marc volvió a resoplar.

—Entonces, ¿qué hacemos nosotros aquí? Si es una posesión no es competencia nuestra, sino de... ¿la iglesia? —acabo preguntando.

—¿Tienes algo mejor que hacer? —ironizó Aitor.

—Yo creo que al ser un tema paranormal sí que nos darían competencias —intervino Miguel.

Aitor chasqueó la lengua, no muy seguro.

—Tendremos que hablar con Paco —dijo mirando hacia el altar donde el sacerdote atendía a las últimas feligresas que esperaban para hablar con él—. Nunca había escuchado sobre un caso de posesión...

—¿Cómo que no? —preguntó Miguel—. ¿No has visto la película *El exorcista*? ¿La de *El exorcismo de Emily Rose*? ¿O *Libranos del mar*?

—Me refería a que desde el CNI se encomendase a una división vigilar temas relacionados con posesiones...

—Vamos, venga... ¿en serio creéis que puede ser una posesión? —continuó Marc incrédulo.

Daniel, Miguel y Aitor hicieron un gesto no muy seguro.

—Desde luego el tipo era bien raro —dijo Daniel.

—Ya, bueno... —intervino Lucas—, pero los síntomas que habéis dicho también pueden corresponderse con los de un licántropo. Ojos rojos, fuerza sobrehumana... —Se encogió de hombros—. Algunos licántropos pueden lograr transformarse a plena luz del día.

—Hablabla con una voz... extraña —recordó Daniel.

—¿Extraña? El tío necesitaba una pastilla *Ricola* —bromeó Miguel, aunque borró la sonrisa de su rostro cuando dos mujeres pasaron a su lado y lo miraron mosqueadas por la subida de voz—. Perdón, señoras. Que pasen un buen día —susurró.

—Y decía cosas raras... —recordó Daniel.

—Ya, la lengua esa extraña que nos habéis dicho —dijo Lucas, luego se encogió de hombros y miró a Aitor—. ¿Has valorado que pueda tratarse de una enfermedad psiquiátrica?

Aitor enarcó una ceja.

—Claro que lo he valorado, no soy ningún novato.

—No tenía pinta de ser un loco —Lo señaló Miguel—. Joder... —susurró, aunque se calló de nuevo cuando otra mujer paso por su lado y lo miró con mala cara. Miguel suspiró y miró a su compañero—. Oye, ya sé que parece extraño, pero te aseguro que después de lo que he visto a lo que más se parecía era a una posesión... y eso que no he visto ninguna en mi vida —zanjó.

Aitor observó cómo las últimas mujeres que conversaban con el sacerdote se distanciaban.

—El sacerdote ha comenzado a recitar una oración en el bosque...

—Eso no explica que sea una posesión —indicó Víctor.

—Ya, pero dijo “*otra vez*”, así que supongo que algo podrá explicarnos —Luego los miró a todos—. Sé que no es nuestro campo, pero... ¿os apuntáis?

—Yo me apunto —dijo Miguel rápidamente.

—Esto está muy aburrido, así que... —continuó Daniel sin acabar su frase.

—No creo que sea una posesión, pero vale —Se encogió de hombros Marc.

Tanto Víctor como Lucas asintieron rápidamente.

—Al menos nos distraeremos —comentó Lucas.

Víctor miro a Aitor y señaló hacia delante.

—¿Qué le pasa al cura? —preguntó.

Todos miraron al frente donde el padre Rafael los miraba fijamente, aunque se sorprendieron cuando este tragó saliva, dio un paso atrás mientras cogía el crucifijo otra vez y comenzaba a susurrar una oración. Se giró rápidamente y salió corriendo.

—¿Y a este qué le pasa? —preguntó Víctor dando un paso hacia delante.

—Ya... mmm... —intervino Aitor avanzando también en dirección al sacerdote que cruzaba el altar y se dirigía a toda prisa a la habitación contigua—, nos ha visto movernos muy rápido.

Marc se situó a su lado.

—¿Sabe que somos cazadores? —preguntó divertido, pues el sacerdote huía aterrado de ellos.

—No —contesto con una sonrisa.

Miguel dio una palmada mientras igualaba su paso.

—Esto va a ser divertido.

—Migueeeel —lo cortó Aitor—, no te pases.

Siguieron al sacerdote que se había introducido en la sacristía.

Aitor fue el primero que pasó bajo el marco de la puerta.

—Disculpe, padre... —comenzó en tono amistoso. Se quedó quieto cuando vio que en la sacristía no había nadie. El resto de los compañeros entraron y Miguel y Daniel se situaron a su lado—. ¿Dónde está? —preguntó Aitor avanzando más—. ¿No había entrado aquí?

Cerró los ojos cuando el sacerdote saltó frente a ellos, los roció con agua y dio unos pasos hacia atrás cogiendo de nuevo el crucifijo entre sus dedos temblorosos.

Aitor se miró a sí mismo. El sacerdote los había bañado con un hisopo de la cabeza a los pies. Miró de reojo al resto de sus compañeros que se pasaban la mano por la cara para quitarse las

gotas de agua.

—¿Nos ha tirado agua? —preguntó Daniel limpiándose la cara.

—Debe de ser agua bendita —dijo Aitor mirando al sacerdote—. Disculpe...

—Ahhhhhh... me quemaaaaaaa —bromeó Miguel, el cual se llevó una colleja por parte de Aitor.

—Estate quieto, idiota —lo cortó. Aitor dio unos pasos hacia delante y tendió una mano hacia él—. Perdona, padre. Queríamos hablar con usted sobre lo que ha ocurrido antes en...

El sacerdote seguía dando pasos hacia atrás, sujetando el crucifijo en su mano.

—En el nombre del padre, del hijo y del Espíritu Santo, invoco a todos los ángeles y los santos y me dirijo a ti bendita Virgen María, madre santísima...

—Ya estamos otra vez con la dichosa oración —se quejó Miguel y dio unos pasos hacia delante situándose ante Aitor, el cual resopló—. Eh, cálmese... —dijo extendiendo los brazos hacia él—, venimos en son de paz—Y le hizo el gesto de saludo de *Star Trek*— Nadie va a hacerle daño.

Aitor situó una mano en su pecho y lo echó hacia atrás para hablar él.

—Esto es serio... —le recriminó, aunque no pudo evitar que una sonrisa traviesa apareciese en sus labios. Miró al sacerdote—. Como ha dicho mi compañero: no vamos a hacerle daño...

—Reina de toda la creación, te pido tu bendición, tu protección y tu intersección. Invoco la protección y la ayuda de... —Seguía murmurando el cura. Cogió de nuevo el cuenco y hundió el hisopo en el interior. Directamente volvió a lanzar agua hacia ellos, bañándolos a todos.

—Me está poniendo perdido —susurró Lucas limpiándose la frente de nuevo.

—Ya... —comentó Aitor limpiándose la cara. Fue hasta él y cogió el cuenco de agua bendita ante la mirada asustada del sacerdote—. El agua bendita no nos hace nada, ¿ve? —dijo hundiendo la mano—. Ni humo, ni llagas... —El sacerdote los miraba cada vez más nervioso—. A ninguno de nosotros... —Cogió el cuenco para que el sacerdote no pudiese arrojarles más agua y arrojó el agua que quedaba hacia sus compañeros, aunque la mayor parte cayó sobre el rostro de Miguel que se pasó la mano por la cara para quitarse el agua bastante mosqueado por lo que acababa de hacer su jefe, pues sabía que lo había hecho a propósito.

—Ehhh... Tioooo... —se quejó.

—Hay que tranquilizar al pobre hombre —se excusó Aitor hacia Miguel mientras señalaba al sacerdote. Se giró y lo miró—. ¿Más tranquilo? —preguntó Aitor mientras depositaba el cuenco sobre una mesa, aunque el sacerdote no parecía calmarse, pues retrocedió con el crucifijo en la mano—. Venimos para ayudar. Nos gustaría que nos explicase lo que ha ocurrido antes.

En ese momento, el sacerdote los miró confundido y los escudriñó de arriba abajo. Bueno, estaba claro que no eran demonios, pues el agua bendita no les hacía nada.

—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó a la defensiva.

Aitor se giró hacia sus compañeros que se encogieron de hombros como si no les importase la respuesta que iba a darle.

—Somos cazadores.

—¿Cazadores?

Daniel dio un paso adelante para intervenir en la conversación.

—Luchamos contra fuerzas del mal —acabó diciendo mientras se encogía de hombros. —El cura tragó saliva—. ¿Cómo se llama usted?

Le costó encontrar la voz, pero finalmente logró articular su nombre.

—Ra... Rafael.

—Bien, padre Rafael —continuó Aitor—, como mi compañero le explicaba somos cazadores.

Supongo que estará asustado porque nos ha visto movernos un poco rápido...

—¿Un poco rápido? —preguntó el cura asombrado—. ¡No me he dado ni cuenta!

—Y de ese modo hemos evitado que le hiciesen daño —dijo rápidamente Miguel señalándolo, lo que provocó que el sacerdote lo mirase y asintiese más tranquilo.

—Solo queremos ayudar —continuó Aitor. Se acercó un poco más a él y enarcó una ceja—. Ese hombre... —arrastró las palabras. El sacerdote lo miró como si no comprendiese—, estaba... —Y le indicó con la mano para que él acabase la frase.

—Poseído —reaccionó el padre Rafael—. ¡Estaba poseído! ¿Es que no lo habéis visto? —preguntó nervioso.

—¿Veis? —Se giró Miguel hacia sus compañeros.

—Ya, poseído... —intervino Marc incrédulo—, como si un demonio lo hubiese...

—¡Lleva el demonio dentro! —gritó el sacerdote acelerado.

Aitor chasqueó la lengua mientras miraba a sus compañeros.

—¿Está seguro? Puede que fuese una enfermedad...

—Pero a ver, muchacho... —lo cortó el sacerdote sin dar crédito a sus palabras—. Tú has visto lo mismo que yo, ¿verdad? —Aitor asintió y miró de reojo a sus compañeros—. Entonces, ¿por qué preguntas eso? Si viste lo mismo que yo, sabrás que ese hombre estaba poseído... ¡Poseído! —gritó alzando sus manos.

—Ya, ya... padre, cálmese —intentó apaciguarlo Aitor. Suspiró y se cruzó de brazos mientras observaba la respiración acelerada del cura.

El padre Rafael inspiró profundamente, por lo visto no estaba habituado a tratar ese tipo de casos.

—Para estos temas es mejor que habléis con el padre Santiago —indicó.

—¿El padre Santiago? —preguntó Aitor.

—Sí, él se dedica a esto. Es el exorcista de la diócesis —apuntó rápidamente—. Yo no tengo permiso del Vaticano para exorcizar a nadie...

—Sin embargo... —continuó Daniel—, usted recitaba una oración...

—Sí, la misma que ha recitado ahora en nuestra presencia —le recordó Miguel.

—Es un exorcismo privado —contestó Rafael rápidamente—. Yo... yo no tengo autoridad para hacer un exorcismo solemne... —Resopló—, y tampoco lo haría. No estoy preparado para enfrentarme a...

—¿Dónde lo podemos encontrar? —preguntó Aitor cortándolo.

Rafael centró su atención en él.

—¿Al padre Santiago?

Aitor asintió.

—¿Tiene un móvil donde podamos hablar con él?

Aquello hizo que el padre lo mirase confundido.

—¿Móvil? ¡No! —reaccionó—. Nada de móviles. Vive en Froxán, a unos cincuenta minutos de aquí, pero... ¿para qué queréis hablar con él? —preguntó sin comprender.

—Ya se lo he dicho, queremos ayudar —recordó Aitor.

El padre Rafael resopló ante su respuesta.

—Sois muy jóvenes... con el diablo es mejor no jugar —les recomendó.

Miguel dio un paso hacia él y se encogió de hombros.

—Usted no conocía a mi abuelo, ¿verdad? —Y le sonrió mostrándole los dientes—. Con ese sí que era mejor no jugar, menudo cabrón... el muy diablillo, je, je —Y miró a sus compañeros.

Aitor estuvo a punto de poner los ojos en blanco y miró a su compañero fijamente.

—Miguel, por favor... —pronunció arrastrando las palabras. Luego miró al sacerdote que lo observaba enfadado por el adjetivo que había empleado Miguel hacia su abuelo. —Ya ha visto cómo nos movemos, además contamos con otras muchas habilidades... —indicó Aitor—, creo que podríamos ser de ayuda.

—¿Qué habilidades? —preguntó el párroco con curiosidad.

—Eso no viene al caso ahora —respondió Aitor rápidamente, sin darle importancia—. Creo que podemos ser de mucha utilidad y estamos deseando ayudar —acabó diciendo, aunque lo cierto era que además de ayudar todos estaban deseando un poco de acción para distraerse.

El padre Rafael no parecía muy conforme con la respuesta. Estaba claro que los veía como unos chicos jóvenes que buscaban una distracción, aunque también los había visto moverse de aquella forma tan extraña. Ciertamente, lo habían protegido y habían evitado que el poseído llegase hasta él, así que suponía que sí podrían ayudar.

—De acuerdo. El padre Santiago vive en Froxán y realiza el oficio por las mañanas en diferentes poblaciones. Si estáis interesados puedo miraros dónde realiza mañana la misa por la mañana.

—No se preocupe por eso. —Se apoyó contra la pared y contempló la sacristía. Era pequeña y austera, con un simple armario donde se suponía que guardaban en vino y las hostias para consagrar, así como la vestimenta. —¿Qué me puede decir del poseído? —El padre parpadeó varias veces. Lo miró sin comprender—. ¿Lo conoce?

—Pues claro que lo conozco, aquí nos conocemos casi todos. Creo que... que es el marido de Rut.

Aitor suspiró.

—¿Y quién es Rut? —preguntó intrigado.

—Trabaja en la tienda de flores. Me estuvo ayudando a adornar la iglesia para hoy.

Aquello llamó la atención de Aitor.

—¿En *Flores para ti*? —El sacerdote asintió—. Joder... —susurró, aunque miró al padre que lo observaba con un gesto obstinado—. Perdón —se disculpó rápidamente—. ¿Es la primera vez que lo ve así? —El padre asintió—. Pero antes, cuando nos ha seguido por el bosque ha dicho... “otra vez”.

El sacerdote se desesperó con el interrogatorio.

—Es la tercera posesión que llevo en menos de un mes. Todos me vienen a mí —se quejó haciendo que todos lo mirasen confundidos—. Llevo años en el oficio y nunca me había encontrado con esto y ahora, de repente, parece que salen de debajo de las piedras.

Marc sonrió gracioso.

—Bueno, bueno... ya veremos si son posesiones... —continuó incrédulo.

El sacerdote miró a Marc, el cual le aguantó la mirada. Caminó hacia él ante la mirada de todos. Marc miró de reojo a sus compañeros, nervioso por la actitud que había adoptado el sacerdote que se dirigía hacia él señalándolo con el dedo, con gesto serio.

—Y he aquí estaba en la sinagoga de ellos un hombre con un espíritu inmundo... —comenzó a recitar el sacerdote. Marc enarcó una ceja al escuchar aquello—, el cual comenzó a gritar, diciendo: ¿Qué tenemos que ver contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Yo sé quién eres: el Santo de Dios. Jesús lo reprendió, diciendo: ¡Cállate, y sal de él!

—¿Qué significa eso? —preguntó molesto por lo que le había recitado.

—Marcos uno versículo veintitrés veintiséis —indico el sacerdote.

—Mira... se llama como tú —indicó Miguel—, ¡qué casualidad!

—¡Era un apóstol de Jesús de Nazaret! —explicó Rafael de los nervios, a lo que Miguel hizo

un gesto un poco avergonzado. Centró su mirada de nuevo en Marc—. Si no ves, no crees, ese es tu mayor problema. Así solo lograrán engañarte y seguirás viviendo en la ignorancia.

—Eh, sin faltar —comentó Marc colocando las manos en su cintura.

—Bueno, bueno... —intervino Aitor—, haya paz. Como le he dicho, padre, solo queremos ayudar.

Rafael enarcó una ceja, no muy seguro, y finalmente se giró hacia el armario y se quitó la estola.

—Hablad con el padre Santiago —les recomendó—. Él os podrá informar mucho mejor que yo sobre esto. Él decidirá si necesita vuestra ayuda o no. —Cogió una percha y la colgó sobre ella—. De todas formas, mañana mismo me reuniré con él para informarle de una nueva posesión, así que si queréis acompañarme...

—Es muy amable, pero no hará falta. —Dio un paso hacia atrás y miró a sus compañeros para señalarles la puerta. Ya tenía la información que necesitaba—. Le agradezco mucho su tiempo.

El sacerdote lo miró y asintió, pero, al ver que se iban, corrió tras ellos.

—Esperad, esperad... —pronunció acelerado antes de que Aitor saliese de la sacristía siguiendo a sus compañeros. Aitor se detuvo y se giró hacia él. El sacerdote parecía dudoso, pero, tras unos segundos, se decidió a hablar—. No tendrá por casualidad un número de teléfono al que llamar... —comentó con timidez—, por si hay otra posesión...

Aitor parpadeó varias veces y asintió perplejo.

—Claro. —Introdujo la mano en el bolsillo y extrajo una tarjeta.

El sacerdote la miró.

—¿Policía? —preguntó.

Aitor se encogió de hombros y sonrió de forma enigmática al sacerdote.

—Mejor eso a decir que somos cazadores. —El sacerdote hizo un gesto no muy seguro—. Le agradecería que no revelase a nadie que...

—No, no... tranquilo por eso. Sé guardar un secreto —contestó esta vez con más simpatía.

Aitor agradeció aquellas palabras.

—Cualquier cosa que necesite avísenos, estaremos encantados de ayudarle.

El padre Rafael asintió.

—Id con Dios —dijo antes de que Aitor saliese de la sacristía para reunirse con sus compañeros.

En la iglesia había pocos fieles y los que aún se encontraban allí estaban arrodillados en los banquillos o bien sentados rezando una oración.

Avanzó en dirección a sus compañeros que salían en aquel momento por la puerta. La luz del sol hizo que elevase su mano hasta sus ojos y la usase de visera durante unos segundos.

Se quedó petrificado cuando vio que, unos metros más adelante, Nerea lo observaba intrigada. No pudo evitar que su corazón latiese con más rapidez.

—Mierda —susurró mirando a sus compañeros que se habían detenido unos metros por delante para comentar la jugada.

—Aitor, ¿qué hacemos? —preguntó Lucas.

Aitor observó de reojo cómo Nerea soltaba de la mano al niño que antes había visto en la caseta con ella y se lo entregaba a otra mujer, aunque esta no era la misma de antes. Su mirada coincidió directamente con él y, sin pensarlo más, se dirigió hacia él.

Aitor resopló y miró directamente a sus compañeros. Lucas extendía los brazos hacia él esperando una respuesta.

—¿Vamos a buscar al cura? —preguntó Víctor.

—¿Qué tal si comemos antes? —propuso Miguel.

—Creo que es más urgente lo que propone Víctor —intervino Lucas.

—¿Por qué? —Se encogió de hombros Miguel—. El que está poseído va a seguir así durante un tiempo, mientras que el hambre puedo quitármela en diez minutos.

Aitor se distanció de ellos para interceptar a Nerea que iba muy decidida hacia él. Solo le faltaba estar cerca de ellos con Miguel diciendo aquellas cosas. Nerea tenía una mirada fija y caminaba decidida hacia él.

—Eh, jefe... —insistió Lucas.

—Un momento —contestó Aitor antes de detenerse y colocarse ante Nerea. La observó durante unos segundos. No pensaría que le estaba dando plantón, ¿no? De hecho, le había dicho que le había surgido trabajo y, sin embargo, allí estaba con sus amigos. —Siento lo de este mediodía, pero...

—No te preocupes —lo cortó ella. Luego miró hacia los lados un poco preocupada—. Oye, lo de antes... —susurró. Aitor apretó los labios sabiendo a lo que se refería—, ¿lo habéis detenido? —Tragó saliva sin saber qué decir al respecto—. Está bien... —continuó ella al ver que él no respondía, lo único que hacía era mirarla seriamente, con cara de póker—, entiendo que no puedas decirme nada, pero Rut está preocupada, se ha ido a su casa por si la policía iba a buscarla... —Aitor asintió. El padre Rafael tenía razón. Aquel hombre era el marido de Rut, la compañera de trabajo de Nerea—. Jaime..., ¿está bien?

Aitor suspiró y miró de reojo a sus compañeros. Hablaban entre ellos, pero sabía que todos permanecían más atentos a sus movimientos que a la conversación en sí, aquello era solo una forma de disimular.

Aitor se colocó a su lado y pasó un brazo sobre los hombros de ella. Comenzó a andar para distanciarla de sus compañeros y contar con algo más de privacidad. Nerea lo miró a los ojos preocupada mientras caminaba junto a él.

Cuando Aitor consideró que se había alejado la distancia adecuada se situó frente a Nerea ofreciéndole la espalda a sus compañeros.

—Jaime es el marido de Rut, ¿verdad?

—Es amiga mía, una de mis trabajadoras —aclaró.

—Rut... ¿qué más?

—Rodríguez —contestó ella sin darle mucha importancia.

Aitor asintió y se giró para observar a sus compañeros. Cómo no, Daniel y Miguel miraban de reojo hacia donde él se encontraba.

—¿Sabes dónde vive?

Aquella pregunta cogió de improviso a Nerea y le costó un poco reaccionar. ¿La estaba interrogando?

—No he ido a su casa, pero supongo que en el contrato lo pondrá... ¿por?

—Necesito que me lo digas —le pidió él.

Ella lo escudriñó con la mirada.

—¿Y eso no lo sabe la policía? —preguntó sin comprender nada.

Aitor chasqueó la lengua.

—Se nos ha escapado...

—Pero ¿ha hecho algo malo? —preguntó temerosa—. Rut se ha ido muy preocupada. De hecho, su hijo Iago se ha quedado con mi hermana y mi sobrino.

—No, no... —intentó calmarla—, tranquila, pero Jaime parece que está enfermo. Lo mejor sería que lo visitase un médico —improvisó.

Nerea suspiró y le dio la razón.

—Ya se lo he dicho a Rut, pero ella me explica que su marido se niega a ir al médico. —Tragó saliva y lo miró preocupada—. Dice que su actitud ha cambiado. Tuvo un poco de fiebre y no se encontraba muy bien y, desde entonces, parece que... que está un poco agresivo —acabó susurrando temerosa, como si revelarles aquello a un policía le diese respeto.

Aitor asintió.

—Por eso mismo necesito su dirección. Ya lo hemos notado —explicó dándole la razón—. Le haremos una visita de rutina para asegurarnos de que se encuentra bien y si no es así llamaremos a una ambulancia. Ha montado un buen espectáculo.

Ella asintió y se mordió el labio.

—De acuerdo. Luego iré a la nave y lo miro. Te envío un mensaje.

—Te lo agradezco mucho, nos facilitas mucho la labor —comentó con una sonrisa.

—Y, si no te importa, llamaré a Rut para comentárselo, no quiero dar su dirección sin su permiso.

—Me parece bien —indicó él. De todas formas, ahora que sabía su apellido no le costaría encontrarla en la base de datos de la que disponían.

—Así de paso le pregunto cómo está Jaime o si necesita que vaya para ayudarla con...

—No —la cortó Aitor rápidamente—. No te acerques —susurró.

Ella lo miró extrañada.

—¿Que no me acerque?

Él negó y se acercó un poco más a ella.

—No te acerques a Jaime, sobre todo.

Ella lo miró extrañada, sin comprender mucho la situación, pero asintió. Suponía que sus razones tendría para decir aquello. Tal vez tuviese realmente alguna enfermedad rara y contagiosa.

Aitor la miró y, sin poder evitarlo, desvió sus ojos hacia sus labios. No pudo ocultar su intención, aunque sí se frenó. Volvió a mirarla a los ojos, Nerea lo observaba del mismo modo.

—Y lo de la comida... —dijo esta vez con una sonrisa—, te llamo mañana mismo para quedar, ¿de acuerdo?

Ella sonrió finalmente intentando relajarse.

—De acuerdo —aceptó.

Se separó de ella y dio unos pasos hacia atrás.

—Agur —se despidió él.

—Adeus —respondió ella con una leve sonrisa.

Cuando Aitor se giró hacia el resto del equipo todos lo observaban con una leve sonrisa en su rostro y alguna ceja enarcada. Llegó hasta ellos y los miró uno a uno.

—Muy mona la chica —apuntó Marc queriendo comentar la situación.

—Vale... —zanjó el tema Aitor, pues sabía que si les daba un poco de rienda suelta no cesarían—. Vamos a casa, comemos algo y buscamos en la base de datos al padre Santiago, ¿de acuerdo? —Todos asintieron—. Le haremos una visita hoy mismo.

Froxán era un municipio situado en la cordillera de O Courel, a escasos doscientos metros del curso del río Lor. Contaba con apenas treinta y tres habitantes.

Era un pueblo pequeño y algunas de sus casas ya no estaban habitadas hacía años, por lo que tenían un aspecto viejo y descuidado.

Habían tardado casi cincuenta minutos en llegar hasta allí por la carretera LU-P-4701.

Habían pasado por casa antes de dirigirse a Froxán y, gracias a su base de datos, habían averiguado dónde vivía el padre Santiago. La fotografía del padre Santiago era simpática. Tenía el cabello canoso y unos ojos marrones escondidos tras unas gafas de pasta, pero lo más llamativo de la fotografía era que vestía con sotana y sonreía hacia la cámara.

Tal y como el padre Rafael les había informado, era el exorcista de la diócesis, ordenado por el Vaticano en el año 2005. Jamás habían conocido a un exorcista. Era una profesión igual de extraña que la de todos ellos.

El número de teléfono que aparecía era el de un hijo y, tras llamar varias veces, no contestaba nadie.

—Miguel, aparca aquí —ordenó Aitor—, las calles se estrechan mucho. Mejor dejar el todoterreno fuera.

Miguel aparcó y apagó el todoterreno.

Se notaba el cambio de temperatura, pues allí, al estar en una zona más elevada, corría más viento.

—Creo que es por aquí —indicó Daniel iniciando la marcha mientras observaba el móvil donde había activado *Google Maps* introduciendo la dirección del padre Santiago—. Esta zona no está muy bien mapeada. —Se detuvo y miró un cruce sin decidirse sobre qué camino tomar—. Menudo pueblo —dijo mientras se internaban en una estrecha calle.

Muchas de aquellas viviendas antiguas habían sido reformadas por dentro y disponían de todo lo necesario.

No debían de estar muy acostumbrados a recibir visitas, pues tres mujeres mayores que se encontraban sentadas en la puerta de una casa charlando, se callaron y los miraron extrañadas.

—Por aquí. —Se decidió Daniel—. Es un pueblo pequeño, así que daremos con él tarde o temprano.

—No entiendo cómo pueden vivir aquí —pronunció Lucas.

—Nuestro pueblo no es mucho mejor —le recordó Aitor.

—Al menos está más cerca de la civilización —indicó Lucas de nuevo.

Cuando pasaron al lado de las mujeres una de ellas alzó la mano para llamar su atención.

—¿Qué sois los nietos de Tonino?

Los seis se detuvieron y negaron.

—No, venimos a visitar al padre Santiago. Nos han dicho que vive aquí —informó Aitor.

—Síííí —contestó una mujer.

—Es en la calle de arriba —continuó la otra.

Daniel miró en dirección a donde indicaba la mujer.

—Pues era la otra calle —pronunció moviendo el móvil para intentar hallar buena cobertura y que este le situase en la zona correcta.

Otra de las mujeres se puso en pie y fue hacia ellos con el bastón en la mano.

—Mira, majete... —A aquellas mujeres les habían dado cuerda—, si giras por aquí a la derecha y subes la cuesta...

—A mí las piernas ya no me dan mucho —dijo la otra sentada—. Si no os acompañaría —rio graciosa—. La subo —dijo la mujer—, pero me lleva mi rato. Ay, ¡con lo que yo era de moza!

—Con lo que éramos nosotras, Pilarica —pronunció la mujer dando unos golpes con el bastón en el suelo—. Muchaaaacho —continuó la mujer—, nosotras antes subíamos las montañas como si nada y mira ahora...

Aitor sonrió un poco tenso.

—Señoras, el padre Santiago... —intentó reconducir la conversación—. Me ha indicado que era esta calle hacia arriba y luego...

—¿Tú sabes dónde está A Cobadula? —preguntó la mujer que se apoyaba en el bastón.

Aitor enarcó una ceja. ¿Se había perdido algo?

—¿Perdone?

Escuchó cómo alguno de sus compañeros suspiraba a su espalda.

—Cuidado... —susurró Daniel a su espalda, como si le previniese.

—Es el pico más alto de O Courel, casi mil trescientos metros. —La mujer se tocó las piernas—. Iba yo con las ovejas cuesta arriba y ni un suspiro, la subía cual gacela —rio.

—Y ahora mira, Pilarica... —repitió la mujer sentada—, con ese bastón no llegas ni a la esquina. Siempre nos tenemos que reunir en tu puerta —se quejó.

—Eh —le reprendió la mujer—, este bastón me sirve para más cosas que para caminar. Mira que te doy con él como vuelvas a insinuar algo así.

La mujer que permanecía sentada sin pronunciar nada se levantó y la señaló.

—Pilar, ¿acaso Eduarda dice una mentira? —preguntó.

Aitor se giró hacia sus compañeros que observaban la escena asombrados. Se encogió de hombros sin saber qué decir y volvió a girarse para mirarlas.

—Yo no digo que mienta —respondió Pilar—, pero la fuerza la tengo en los brazos, así que cuidado con lo que decís. —Y volvió a dar unos golpes con el bastón.

Aitor carraspeó.

—Disculpen —interrumpió la conversación de nuevo—, ¿podrían indicarme dónde vive el padre Santiago, por favor? —acabó suplicando, Daniel había hecho bien en advertirle.

Las tres mujeres lo miraron y fue Pilar, la que se encontraba más cerca, la que dio unos pasos hacia él y colocó una mano en su brazo. Aitor le sonrió cuando sintió que la mujer se apoyaba un poco en él para descansar.

—Joven, sube esa cuesta y gira a la derecha... —Indicó señalando con el bastón—. Es la tercera casa.

—Ayyyy, Pilar, Pilar... —interrumpió Eduarda—, la casa del padre Santiago es la primera, la que hace esquina.

—¡Eduarda! ¡No! —pronunció Pilar enfadada por su rectificación—. ¡Es la tercera! —Miró a Aitor y dio unos golpecitos en su brazo—. No le haga caso, joven. —Luego lo miró con una sonrisa—. ¿Y para qué lo buscan? —preguntó con curiosidad.

Las tres mujeres lo miraron atentas esperando una respuesta.

Aitor las miró de la cabeza a los pies. Aquellas señoras debían de estar francamente aburridas.

—Es un amigo de la familia, venimos a hacerle una visita —mintió.

—Eso está muy bien —le felicitó Pilar—. Fíjate, al pobre Tonino no lo vienen a ver hace dos meses.

Aitor enarcó una ceja. No tenía ni idea de quién era ese tal Tonino, pero parecía que era el centro de atención del pueblo.

—De acuerdo, pues muchas gracias por las indicaciones —comentó Aitor, luego miró a la mujer que seguía apoyada en su brazo—. ¿La ayudo a sentarse?

La mujer se soltó de golpe.

—No, no... —Y comenzó a caminar hacia su silla de nuevo—. Igualmente, no encontraréis al padre Santiago ahora en su casa... se encuentra en la parroquia católica de San Saturnino.

Aitor y todos sus compañeros estuvieron a punto de caerse de culo. ¿No podían haber comenzado por ahí?

—¿Y dónde...? —Se quedó callado y miró a las mujeres que lo observaban con una sonrisa, dispuestas a darle de nuevo las indicaciones. Suspiró y miró de reojo a sus compañeros. Con una pregunta sobre indicaciones ya habían tenido bastante, si no se alejaban de aquellas mujeres iban a mantenerlos retenidos durante horas—. Estooo, muchas gracias —dijo dando unos pasos atrás.

Pilar escudriñó a Aitor con gesto interrogante.

—Joven... —dijo al ver que los seis se alejaban—, ¿sabes dónde está la parroquia?

—Sí, muchas gracias —respondió Aitor tomando la calle recta.

—Ya la encontraremos —susurró Daniel acelerando el paso.

Pilar dio unos golpes con el bastón.

—¡Por ahí se llega al río! ¡La parroquia está en lo alto! —Indicó hacia arriba.

Todos se detuvieron y miraron a su derecha, a la calle que ascendía.

—Gracias —respondió Aitor con tono agradecido.

Comenzaron a ascender la cuesta y aún escucharon cómo Pilar volvía a gritarles.

—Todo recto hasta arriba. ¡Allí lo encontraréis!

—Gracias, señora —le devolvió Aitor el grito acelerando el paso.

Miguel se puso a su lado.

—Menuda conversación de besugos, jefe —comentó gracioso.

Subieron por el poblado internándose en las estrechas calles de este hasta que, al final de todo, tal y como les había indicado la mujer, se encontraba una pequeña iglesia. Entendía que esa debía ser la parroquia católica de San Saturnino.

La capilla era bastante pequeña. De un color blanco y techo triangular, tenía al lado de la única puerta de madera una imagen de Jesús crucificado en lo alto de un tubo que presidía la puerta y que se sustentaba sobre la imagen de San Esteban tallada en piedra.

Se dirigieron hacia allí observando que la puerta estaba entreabierta.

Los seis se detuvieron ante ella, en silencio, pues les había parecido escuchar unas voces en el interior.

Aitor abrió lentamente y observó. La capilla contaba con unos bancos de madera en el interior y, al inicio de esta, un pequeño altar.

De inmediato identificó de dónde venían las voces. El que suponía que debía de ser el padre Santiago, pues vestía de sacerdote, hablaba con una mujer intentando calmarla.

—Debes tener fe, todo se arreglará —intentaba reconfortar a la mujer.

Se sorprendió cuando vio que al otro lado de la mujer había una monja sentada, cogiendo su mano e intentando consolar a la mujer.

—No es justo —sollozó la mujer que retiró la mano de la monja para secarse las lágrimas, aunque de inmediato volvió a dársela buscando su consuelo.

—Todo ocurre por algo —continuó el sacerdote—. Ahora, más que nunca, es cuando no debe flaquear nuestra fe.

—Nunca ha flaqueado, padre —contestó la mujer.

—Debes ser fuerte. La vida es solo una prueba para saber si somos dignos de Dios o no.

La mujer asintió mientras volvía a secarse las lágrimas.

—¿Cuándo tendrás los resultados? —preguntó la monja.

—La semana que viene —contestó la mujer.

—Pues no adelantes acontecimientos, no te dejes llevar por la desesperación. Confía en que todo saldrá bien —susurró la monja de forma cariñosa.

En ese momento, Aitor se dio cuenta de que el sacerdote se había girado levemente y los observaba. Miró de arriba abajo a Aitor y volvió a prestar toda su atención a la mujer.

—Haz lo que te dice la hermana Anael, sé fuerte y no pierdas la esperanza.

La mujer asintió, se puso en pie y se abrazó a la monja con desesperado ademán. Sin decir nada, la mujer cogió su bolso, lo colgó de su hombro y caminó por el lateral de la parroquia rodeando los bancos de madera.

Aitor se apartó de la puerta para dejarla pasar y observó que sus compañeros miraban también hacia el interior. Se giró y entró en la parroquia con paso lento. Dentro, el ambiente era mucho más frío, incluso húmedo. No había adornos. El interior era totalmente austero, con la única figura de Jesús crucificado clavada en la pared.

Algunas partes de las paredes estaban un poco desconchadas por el frío y la humedad, y las únicas entradas de luz eran unas pequeñas cristaleras compuestas de muchos colores donde podían verse dos diferentes pases de la vida de San Esteban.

Aitor centró la mirada en el sacerdote.

—¿Es usted el padre Santiago? —preguntó rodeando los bancos, acercándose a ellos.

Todos entraron en el interior de la iglesia ante la mirada asombrada del sacerdote que no esperaba tanta afluencia aquel día.

—Sí, ¿en qué puedo ayudarlos? —preguntó observando a los seis muchachos.

Aitor llegó hasta él.

—Buenas tardes, soy Aitor Rodríguez. El padre Rafael de Monforte nos ha dicho que podríamos encontrarlo aquí. —Miró un momento hacia atrás asegurándose de que sus compañeros lo habían seguido al interior.

—Claro —dijo asintiendo con una sonrisa. Luego los señaló—. Vosotros diréis.

Aitor desvió su mirada directamente hacia la monja que había al lado del padre. Le llamó poderosamente la atención, no por los enormes ojos azules que tenía ni por sus llamativas cejas rubias, sino por la juventud que desprendía. Aquella muchacha no debía de superar los veinticinco años y ya vestía el hábito.

No creía haber visto nunca a una monja tan joven. Miró al sacerdote y luego de reojo a sus compañeros.

—¿Podríamos hablar un momento con usted en privado? —preguntó con suavidad.

No creía que fuese bueno hablar de lo que habían visto delante de aquella joven.

El sacerdote miró unos segundos a la monja.

—Tranquilo, cualquier cosa puede comentarla también con la hermana Anael.

Aitor la miró de nuevo y luego sonrió hacia el sacerdote.

—No lo dudo —pronunció con una leve sonrisa—, pero lo prefiero así. —Y miró a la joven monja—. No se lo tome a mal...

Ella le sonrió con ternura y negó. Colocó una mano en el hombro del padre Santiago con confianza y asintió.

—Esperaré fuera.

Todos observaron cómo la monja se dirigía a la puerta de la parroquia y salía. Aitor se fijó en el padre Santiago, este los miraba con interés. Supuso que normalmente no debía recibir a un grupo tan numeroso de golpe.

—Ustedes dirán... —les indicó con la mano.

Aitor le medio sonrió.

—Por favor, padre, tutéeme —le indicó—. Como le he dicho mi nombre es Aitor —Se giró hacia atrás y señaló a sus compañeros—. Ellos son Lucas, Miguel, Daniel, Víctor y Marc. — Todos iban levantando la mano a medida que los nombraba para saludarlo. Suspiró y se puso más serio—. El padre Rafael de Monforte de Lemos nos ha dicho que usted era el indicado para hablar sobre unos temas. —El sacerdote enarcó una ceja y le indicó con la mano que siguiera—. Verá, no sé si habrá hablado con el padre Rafael sobre una cosa que ha sucedido hoy en el monasterio de San Vicente.

—Me reúno con él mañana. Hoy no he hablado con él.

Miguel se acercó.

—Lo sabemos, nos ha informado de ello —explicó al sacerdote—, pero nos urge bastante.

Aitor miró de reojo a su compañero y asintió hacia el sacerdote.

—Nos ha dicho que es exorcista —pronunció en un tono más bajo.

El padre Santiago parpadeó varias veces, pues estaba claro que no esperaba aquellas palabras por parte de esos jóvenes.

—Así es —indicó.

Aitor apretó los labios y dudó durante unos segundos.

—Verá, particularmente no soy muy creyente, y mucho menos de una posesión —comentó con sinceridad—, pero lo que hemos presenciado hoy en el monasterio me ha hecho dudar.

Aquello llamó la atención del sacerdote que tomó asiento en el primer banco de la iglesia y le indicó con un movimiento de mano que lo acompañasen. Sin duda, aquel tema le interesaba porque los miraba intrigado.

—¿Ha ocurrido algo?

—Pffff —interrumpió Miguel—, sí, sí que ha ocurrido.

—Creemos que puede ser una posesión —continuó Aitor.

—¿Y por qué creéis eso?

Daniel sonrió de soslayo.

—Bueno, el hombre tenía fuerza sobrehumana, gritaba con una voz muy grave y hablaba una lengua extraña...

El sacerdote los miró contrariado y luego asintió no muy seguro.

—Bueno, sí, esos son algunos de los síntomas de una posesión...

—le gritaba mucho al padre Rafael —recordó Miguel.

—Normalmente los poseídos rehúyen de toda imagen santa o todo lo que tenga que ver con la iglesia —explicó el sacerdote—. ¿Sabéis de quién se trata? —preguntó con interés.

—El padre Rafael nos ha dicho que es el marido de una mujer que conoce. Se llama Jaime.

—¿Habéis probado a tirarle agua bendita?

—Hummm... —medio sonrió Aitor—, nos ha cogido un poco desprevenidos y no llevábamos encima.

—¿Le habéis mostrado la cruz? —preguntó de nuevo.

Aitor chasqueó la lengua.

—Ninguno de nosotros lleva una cruz...

—Pero el padre Rafael sí se la ha mostrado —recordó Daniel—, y no ha reaccionado muy bien

que digamos.

El sacerdote asintió y se quedó pensativo.

—Está bien, le pediré al padre Rafael que me explique lo sucedido e iré a ver a ese hombre. Os agradezco que me lo hayáis explicado —respondió volviendo a levantarse, como si la conversación hubiese acabado.

—Espere, espere, padre —indicó Aitor rápidamente—. El padre Rafael nos ha dicho que ha habido un aumento de las posesiones.

El sacerdote lo miró sorprendido porque él manejase ese dato, normalmente intentaba mantener esa información en secreto.

—Sí —contestó—. No voy a negar algo que otro sacerdote ha dicho —respondió no muy seguro—. Pero no tenéis que preocuparos —continuó con una sonrisa tranquilizadora—, el demonio solo ataca a los débiles de espíritu. ¿Acudís a la iglesia habitualmente?

Aitor negó.

—No venimos por eso... —Dudó un poco, pero prosiguió—, queremos ayudar.

Aquello cogió de improviso al sacerdote. Podía esperarse cualquier cosa, pero no eso.

—¿Ayudar?

—En los exorcismos —aclaró Daniel.

El padre los miró a todos. No tenían pinta de sacerdotes.

—¿Sois exorcistas? —preguntó con interés.

—No... —respondió Aitor poniéndose en pie y miró a sus compañeros. Suponía que si querían participar en aquello deberían ser sinceros con el sacerdote—. Somos cazadores —continuó bajando el tono de voz.

El sacerdote los miró sin comprender.

—¿Os dedicáis a la caza? —preguntó absorto.

Daniel chasqueó la lengua y dio un paso hacia delante.

—Sí, pero no de animales —respondió—. Cazamos otras cosas... —El sacerdote los miraba pasmado, sin entender nada de lo que querían decir—. Ya sabe... brujas, vampiros, licántropos...

El sacerdote parpadeó varias veces.

—¿Me tomas el pelo, muchacho? —preguntó un poco mosqueado.

—No, padre —intervino Aitor rápidamente—. Nos dedicamos a eso, además, bajo las órdenes del CNI. —Suspiró y medio sonrió—. Somos cazadores porque contamos con ciertas habilidades... —El sacerdote permanecía mudo, incrédulo ante lo que decía aquel grupo de jóvenes—. Nos movemos bastante rápido...

—Más que un poseído —indicó Miguel.

—Disponemos de una fuerza muy superior a la de cualquier persona y nos regeneramos muy rápido si nos hieren.

—¿Que os qué...? —preguntó alterado.

Aitor se giró hacia Marc y le tendió la mano.

—Déjamela —le pidió.

Marc se llevó la mano al bolsillo y extrajo una pequeña navaja suiza.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó el sacerdote asustado.

—Tranquilo, tranquilo... —lo calmó rápidamente—. Vamos a mostrarle de lo que somos capaces... —explicó. Colocó la navaja en la palma de su mano y se hizo un pequeño corte. Le devolvió la navaja a Marc que la guardó en su bolsillo y colocó la mano ante el sacerdote.

El padre Santiago abrió los ojos como platos cuando vio cómo la herida que se había infligido Aitor en la mano comenzaba a cerrarse. Dio un brinco hacia atrás, atónito, se santiguó y comenzó a

rezar.

—¿Cómo es posible? —preguntó con un grito.

—Ni siquiera nosotros lo sabemos. La evolución, supongo —intervino Miguel.

Estaba claro que aquella pregunta era retórica porque no había atendido a nada de lo que le había dicho.

—Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre... —dijo cogiendo la cruz que llevaba su pecho.

Miguel resopló y se pasó la mano por la cara.

—Ya comenzamos otra vez —ironizó hacia sus compañeros.

—Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad aquí en la tierra como en los cielos...

Aitor dio unos pasos hacia el padre que no dejaba de retroceder, impresionado por lo que acababa de presenciar.

—Por eso queremos ayudarle —continuó Aitor como si nada—. Creemos que podemos serle de utilidad.

—El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy, y perdona nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores...

—Padre, que somos amigos —indicó Miguel con una sonrisilla.

El sacerdote subió el tono de voz.

—¡No nos dejes caer en la tentación!

—Y líbranos del mal, amén —acabó Daniel y extendió los brazos en su dirección—. Si no fuésemos buenas personas no podríamos entrar en la iglesia, ¿verdad? —El padre lo miró asustado mientras tragaba saliva—. Ni podríamos tocar el agua bendita... y su compañero, el padre Rafael, nos ha rociado de arriba abajo.

—Creo en Dios padre, todo poderoso, creador del cielo, de la tierra... —Todos suspiraron cargándose de paciencia al ver que el sacerdote iniciaba otra oración—. Creo en Jesucristo, su único hijo, nuestro señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo...

—Cálmese, cálmese... —lo instó de nuevo Aitor—. Escuche —dijo en un tono más serio.

—Nació de Santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado...

Aitor hizo caso omiso a la oración y continuó hablando.

—Venimos a ofrecerle nuestra ayuda. Una persona poseída tiene mucha fuerza, nosotros podemos contrarrestarla y protegerlo.

Aquello hizo que el sacerdote se callase.

—¿Protegerme? —Esta vez miró a aquel extraño grupo sorprendido.

—Claro —reaccionó Aitor encogiéndose de hombros—. El padre Rafael ha sido atacado por el presunto poseído esta mañana...

—Si no llega a ser por nosotros vete tú a saber lo que hubiese ocurrido —intervino Daniel.

—Nosotros podemos protegerle.

El padre volvió a parpadear sorprendido por lo que decían.

—Pero... ¿vosotros habéis estado en algún exorcismo? —preguntó aún absorto.

—No —respondió Daniel—. Quitando el de esta mañana. El padre Rafael recitó un exorcismo...

—Sí, la oración para exorcizar, eso es un exorcismo privado, no es prácticamente nada —reaccionó el padre Santiago—. No tiene nada que ver con un exorcismo solemne. ¡Nada!

Aitor se encogió de hombros.

—Oh, por eso no se preocupe, padre, hemos visto cosas peores, seguro... —dijo con una

sonrisa pícaro.

El sacerdote lo fusiló con la mirada.

—¿Peores? —Dio un paso hacia delante colocándose frente a él y elevó su cabeza para mirarle a los ojos, pues el muchacho le sacaba prácticamente una cabeza—. Permíteme que lo dude —reaccionó—. ¿Os habéis enfrentado al demonio alguna vez? Es el mal personificado.

—Hemos tratado con vampiros, hombres lobo, brujas... dudo que sea peor —susurró Aitor.

—Lo dudo. —Los miró a todos—. ¿Habéis hecho alguna clase de exorcismo? —Todos negaron—. Pues dudo que me sirváis —comentó pensativo—. Lo siento, pero una cosa es que os enfrentéis a... a esas cosas que decís, y otra que creáis que estáis preparados para enfrentaros al mal más absoluto y poderoso. Casi nadie lo está. —Apretó los labios y suspiró—. Os agradezco que queráis ayudar, pero esto es cosa de Dios y de la iglesia.

Aitor chasqueó la lengua e introdujo la mano en el bolsillo, sacó una tarjeta y se la entregó al sacerdote.

—Está bien —comentó sin querer insistir—. En la tarjeta pone mi número de teléfono. —El sacerdote la cogió y la observó—. Podemos ayudarle, de verdad. Piénselo. —El padre Santiago lo miró, suspiró y acabó asintiendo débilmente—. Solo nos encargaremos de protegerlo. —Miró a sus compañeros y les señaló hacia la puerta—. Nos gustaría tener una oportunidad.

—Lo pensaré —acabó diciendo el sacerdote.

Aitor asintió y acabó sonriéndole.

—Está bien. Que pase un buen día.

Dicho esto, se giró y salieron todos de la parroquia. La monja permanecía sentada en un banco situado cerca de la pequeña capilla, bajo un frondoso árbol.

—Buenas tardes —se despidió Aitor de ella mientras tomaba la calle que los llevaría al centro del pueblo. Desde allí tomarían la calle central como habían hecho antes para dirigirse al todoterreno.

El padre Santiago salió de la parroquia aún conmocionado, temblando.

Soltó finalmente su crucifijo dejándolo caer sobre su pecho y suspiró. Aquellos muchachos parecían buenas personas, pero jamás había visto algo así.

Se giró y observó a la hermana Anael sentada sobre el banco. Anael se puso en pie y se dirigió hacia el sacerdote. Santiago ni siquiera podía moverse, aún estaba demasiado impresionado por lo que había visto.

Enfrentarse al diablo era duro, tanto física como psicológicamente. Estaba seguro de que aquellos muchachos estarían preparados físicamente, pues tal y como le habían explicado contaban con ciertas habilidades, pero ¿psicológicamente? No todo el mundo soportaba enfrentarse a un mal tan imponente.

Descendió su cabeza para observar a Anael que se situaba a su lado, con su atuendo blanco que realzaba más aún sus ojos azules y sus mejillas sonrosadas.

—¿Estás bien? —preguntó con confianza.

A Santiago le costó encontrar la voz. Se vio forzado a carraspear varias veces. Finalmente, tragó saliva y logró hablar.

—Sí, conmocionado —Fue sincero con ella. Suspiró y miró hacia esos jóvenes que bajaban la cuesta—. ¿Estos son los jóvenes de los que me hablaste? —preguntó sin mirarla, observando cómo aquel grupo giraba la esquina y los perdía ya de vista. Anael se giró en dirección a donde miraba el padre Santiago y asintió. Santiago la observó de reojo. Tragó saliva y asintió—. Está bien —susurró intentando que su voz no temblase.

Ya sabía lo que debía hacer.

Nerea aparcó el vehículo frente al piso de su hermana. Habían quitado gran parte de los adornos de la iglesia, pues no quería que las flores se marchitasen en el interior y, tras estar gran parte de la tarde en la caseta, había llevado a su hermana y a su sobrino a su piso.

Joana se giró para observar de nuevo a Xabier mirando el móvil que le había prestado su madre, donde veía los dibujos animados.

—Quizá debería ir a verlo... —comentó Joana indecisa. Nerea chasqueó la lengua y se quedó pensativa recordando lo que había vivido aquella mañana—. Es... —Tragó saliva sin saber cómo continuar—, diferente a todo lo que he visto. Estaba pálido, tembloroso, los ojos irritados... podría ser un cuadro de gripe con una fiebre muy elevada o bien un virus o una infección bacteriana... algunas afectan a nivel neuronal.

Nerea suspiró y asintió. Le había dado la tarde libre a Rut para que estuviese con su marido y ella la había sustituido. Lo que había visto la había dejado impactada, algo le decía que lo que Jaime estaba sufriendo no era una enfermedad al uso, era algo más. La fuerza que desprendía, la forma en que miraba la iglesia, los gritos tan graves y diferentes a su voz... Se le ponía la piel de gallina solo con recordarlo.

Suspiró y miró a su hermana, no muy segura

—Supongo. —Intentó no darle más vueltas al tema. Se giró hacia ella y sonrió—. Entonces, el próximo fin de semana el renacuajo es mío, ¿verdad?

—Yo no soy un renacuajo —rio su sobrino desde atrás.

Nerea se giró y sonrió hacia Xabier que la observaba.

—Un poco sí —contestó ella divertida y miró a su hermana.

—Todo tuyo —indicó Joana—, hasta el domingo por la tarde.

—De acuerdo —Se acercó y se dio dos besos con ella, luego miró a su sobrino que se quitaba el cinturón y se echaba hacia delante para darle un beso a su tía—. Buenas noches... renacuajo.

El niño sonrió hacia ella y bajó del coche al igual que su madre.

—Buenas noches, tita.

Su hermana cerró la puerta, pero se quedó al lado de la ventana que Nerea había bajado. Joana se agachó para mirar a su hermana.

—No sé cómo agradecértelo —susurró.

Nerea se encogió de hombros.

—No digas más eso —Y miró a su sobrino—. Me encanta estar con él.

Joana suspiró y cogió la mano de su hijo.

—Está bien, buenas noches. Despidete de la tita —indicó a Xabier.

—Adiós, tita —dijo el pequeño moviendo su mano compulsivamente, como si le hubiesen dado cuerda.

Aquel gesto hizo que se le escapase una carcajada mientras arrancaba.

—Que descanséis —pronunció con la voz más alta mientras se alejaba.

Tomó la calle central rumbo a su almacén, donde suponía que a esa hora Antón ya estaría haciendo el recuento de caja y a punto de cerrar.

Los recuerdos volvieron a su mente mientras conducía. La imagen de Jaime la dejaba sin aliento. Aquel grito tan grave, una mezcla entre sufrimiento y agresividad, la dejaba helada. Jamás

en su vida había visto algo así. Su hermana, enfermera de urgencias, le decía que aquello podía ser síntoma de una fiebre muy elevada, pero ¿realmente la fiebre podía causar algo así? Más bien parecía un problema neurológico o psiquiátrico.

No había podido quitarse aquella idea de la cabeza durante todo el día. No sabía por lo que debía estar pasando Rut...

Minutos después aparcó la furgoneta frente al almacén y cogió su bolso. Solo el recuerdo de Aitor podía sacarle una sonrisa.

Cerró el vehículo y fue al almacén que, en ese momento, ya se encontraba cerrado al público.

—Buenas noches —comentó ella al entrar, pues Antón se encontraba en la caja haciendo el recuento.

—Buenas noches —contestó él mientras apuntaba la cifra en un papel y comenzaba a contar monedas.

Fue hacia el mostrador y depositó el bolso.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó ella con una sonrisa, intentando aparentar normalidad.

—Ha sido una buena tarde. —Señaló al final del local—. Las petunias se han acabado. He hecho otro pedido de diez.

—Estupendo —continuó con una sonrisa.

El almacén era enorme, dividido en varias secciones: plantas de interior, plantas de exterior, de temporada, semillas, utensilios de jardinería, adornos y decoración. Aquella última era su sección favorita, podías encontrar desde antorchas o farolillos a los típicos enanitos de jardín, mesas de varios tipos y balancines. Muchas veces, cuando cerraba la tienda y se encontraba sola, aprovechaba para tumbarse en el balancín durante unos minutos. No disponía de jardín ni de balcón en su piso y por esa razón aprovechaba al máximo cuando se encontraba allí.

—¿Estás acabando?

—Casi —dijo cogiendo los billetes.

Ella asintió y miró hacia la habitación que había tras el mostrador, donde disponía de un pequeño despacho donde realizaba los planos de los jardines que debía decorar.

—En cuanto acabes márchate —comentó cogiendo su bolso—. Yo me quedaré un rato.

—De acuerdo —dijo apuntando la cifra en el papel.

Se dirigió al despacho y encendió la luz fluorescente que parpadeó varias veces antes de quedarse estática.

Depositó el bolso sobre la mesa y fue directa al archivador. Lo abrió y buscó la ficha de Rut. Sabía que no podía facilitar aquellos datos, dado que eran personales, y por esa misma razón prefería decírselo primero, estaría mucho más tranquila así, pero, en el caso de que Rut no le diese permiso... lo haría igualmente, sabía que lo que le ocurría a Jaime era serio y quizá Rut estuviese demasiado asustada como para reaccionar.

Depositó la carpeta color naranja de su trabajadora sobre la mesa y fue hacia su butacón mientras extraía el móvil del bolso.

Se dejó caer sobre el mullido butacón y se quitó los zapatos de tacón. Hasta ese momento no había sido consciente de lo agotada que estaba.

—Disculpa, Nerea... —comentó Antón abriendo la puerta. Nerea elevó la mirada hacia él—. Ya he acabado.

—Está bien, que descanses, nos vemos mañana.

Antón asintió.

—¿Te vas a quedar mucho rato? ¿Necesitas ayuda con algo más?

Nerea sonrió y negó.

—No, tranquilo. Solo quiero revisar unas cosas y me iré a casa. Muchas gracias —le contestó en un tono tierno.

Antón asintió levemente.

—De acuerdo, buenas noches.

—Buenas noches —se despidió ella antes de que cerrase la puerta de su despacho.

Suspiró y durante unos segundos se quedó mirando la puerta que acababa de cerrar. Tenía suerte de contar con ellos. No solo eran sus trabajadores, los consideraba sus amigos, pues sin su ayuda y esfuerzo no hubiese levantado la empresa de aquella forma.

Se centró en lo que debía hacer y buscó en la agenda de su móvil el número de Rut. Miró su reloj de muñeca que indicaba que eran las ocho y cuarto de la tarde y se llevó el teléfono al oído mientras comenzaban a sonar los tonos de llamada.

Abrió la carpeta mientras esperaba a que Rut descolgase y observó su contrato. Miró en sus datos personales y encontró allí la dirección.

—Hola, Nerea —contestó al otro lado de la línea Rut, aunque con una voz muy apagada.

Aquello llamó la atención de Nerea que se puso recta sobre el butacón.

—Hola, Rut, ¿cómo estás?

Rut pareció titubear y la escuchó suspirar.

—Un... un segundo... —le susurró. Aquello la puso en alerta—. Cristina, ahora vengo —Escuchó que le decía a alguien—, voy a hablar por teléfono.

—Claro —escuchó otra voz femenina.

¿Estaba en su casa acompañada? ¿O se había marchado? Quizá se encontrase en el hospital.

Escuchó los pasos de Rut y finalmente una puerta cerrarse.

—¿Nerea? —preguntó Rut en un susurro.

—Sí, ¿va todo bien? —preguntó preocupada—. ¿Dónde estás?

Rut tardó unos segundos en responder, de hecho, le pareció escuchar que daba unos pasos nerviosos por la habitación donde se había metido.

—Estoy... estoy en casa de una amiga.

Aquello la alarmó.

—¿Y Jaime?

—Volví a casa —siguió hablando en un susurro—, se encerró en la habitación.

—¿Y cómo que no estás ahí con...?

—Nos ha echado —pronunció al borde del llanto.

—¿Os ha echado?

—A los dos —dijo ya sin disimular su llanto—. Dijo que era demasiado peligroso estar con él. Comenzó a gritar... su voz... —Ni siquiera pudo acabar la frase.

—Eh, eh... tranquila —reaccionó poniéndose en pie—. ¿Ha ido algún médico?

Tuvo que esperar varios segundos para recibir una respuesta, pues Rut lloraba desconsoladamente.

—Me... —Tragó saliva—, me ha dicho que si avisábamos al médico... —Se quedó callada.

—¿Qué? —Rut no respondía—. Rut... ¿qué te ha dicho?

Rut se secó las lágrimas y apretó los labios. Los recuerdos de aquella tarde aún la mantenían conmocionada. Si lo que había visto por la mañana en el monasterio la había dejado preocupada, cuando había llegado a casa lo que había visto la había dejado sin palabras. Su habitación parecía un campo de batalla: Jaime había tirado el colchón al suelo, las mesitas de noche estaban hechas añicos, las lámparas se habían roto, las cortinas colgaban hechas jirones..., pero lo que más llamaba su atención era el calor que hacía en el interior, diferente al clima en el resto de las

habitaciones y estancias de la casa.

Cuando había llegado a casa le había pedido a su hijo que esperase en la puerta, pues esta permanecía abierta. Había subido a la segunda planta mientras escuchaba los gruñidos y la fuerte respiración de su marido que provenía de la habitación en la segunda planta.

Con cada paso que daba notaba que sus piernas temblaban más, mientras, aquellos gruñidos parecían rebotar en cada una de las paredes de la casa. Su corazón se había disparado al tomar el pasillo que la conduciría a su habitación a medida que los sonidos guturales de su marido se volvían más y más fuertes.

Se había situado bajo el marco de la puerta, temblando, observando el desastre. Jaime permanecía mirando por la ventana, dándole la espalda. Desde allí podía detectar su respiración acelerada, pues sus hombros subían y bajaban rápidamente.

—Shadigii numi pacju —susurraba—. Shadigii numi pacju...

—¿Jaime? —preguntó con voz temblorosa mientras observaba toda la habitación destruida.

El recuerdo de lo que hizo su marido a continuación la dejó sin respiración.

—Ha dicho que... —Su voz sonaba temblorosa mientras intentaba explicarle a Nerea.

—Rut —insistió Nerea—. Dímelo... sabes que puedes confiar en mí.

Rut se llevó la mano a los ojos y los cerró mientras las lágrimas bañaban sus mejillas. Le costaba comprender lo que había ocurrido.

Jaime se había girado hacia ella y, de un salto, se había colocado delante, un salto alto y largo, atravesando toda la habitación. Rut había brincado hacia atrás por la impresión y chocado con la pared del pasillo.

Su marido tenía la piel totalmente blanca, debía de haberse clavado las uñas en las mejillas y en la frente porque estaban manchadas de sangre. Sus labios estaban cortados y sus ojos totalmente rojos. Algo llamó su atención, había zonas en las que no tenía pelo, como si se hubiese tirado de él y se lo hubiese arrancado.

—Avisaré a un médico —gimió ella, paralizada ante Jaime.

—Hazlo —pronunció con una voz excesivamente grave, gutural. Aquella no parecía la voz de su esposo—, e iré a por Iago, y después... iré a por ti —rugió frente a sus labios con tanta agresividad que Rut gritó y salió disparada de la habitación.

—Rut, Rut... —insistía Nerea—, hálame, vamos.

De nuevo, le costó encontrar su voz para seguir con la explicación.

—Me ha amenazado —acabó pronunciando con un hilo de voz—. Ha dicho que si avisaba a un médico iría a por nuestro hijo y después a por mí.

Aquello dejó a Nerea sin palabras.

—¿Cómo? —preguntó sin comprender.

—No lo sé, no entiendo nada, pero... me da miedo, Nerea. Eso es lo único que sé.

Nerea se pasó la mano por la frente y comenzó a caminar por su pequeño despacho, asustada.

—Escucha, ¿recuerdas a Aitor? —Rut no respondió, no parecía estar en condiciones de recordar aquel dato—. El chico con el que me has visto llegar al monasterio esta mañana, el que te he dicho que es policía.

—Sí —respondió con un susurro.

—Me ha pedido tu dirección...

Aquello cogió desprevenida a Rut.

—¿Por?

—Esta mañana, cuando ha salido corriendo detrás de él...

—¿Ha hecho algo? —preguntó Rut asustada.

—No, no... pero creen que puede estar enfermo y temen que sea una enfermedad contagiosa. Quieren ir para asegurarse y llevarán a un médico.

—Nerea... —la interrumpió—, no, no creo que puedan...

—Rut, tranquila. Supongo que saben lo que hacen. —Rut se contuvo de decir nada más—. Les daré tu dirección y tu número de teléfono para que te avisen cuando vayan, ¿de acuerdo?

—Pero..., pero... —sollozó—, ¡ago...

—Eh, eh... —la cortó Nerea—. No temas, sabes que Jaime no le haría nada a vuestro hijo ni a ti, ¿verdad?

Rut apretó los labios y se contuvo de decir lo que pensaba. El hombre que estaba en esa habitación no era su marido. Lo sabía, pero era algo difícil de asimilar, de admitir... Quizá Nerea tuviese razón. Ella sola no podía contenerlo, pero suponía que unos cuantos policías y enfermeros o médicos sí lo harían. Necesitaba ayudar a su marido, poner freno a toda esa locura.

—Está bien —pronunció al final—. Pero ¿puedes decirles, por favor, que me llamen antes de ir?

—Claro, claro, tranquila por eso. —Suspiró y se removió nerviosa por la habitación—. Jaime... ¿está solo ahora?

—Es lo que quería. No tolera que nadie se le acerque —sollozó y volvió a romper a llorar—. Lo siento, es que esto me supera. No sé qué debo hacer.

—No te preocupes. La policía y los médicos irán a ayudarlo. Se pondrá bien, ya verás —intentó darle un tono tranquilo a su voz.

Rut apretó los labios no muy segura de ello. Decían que la esperanza era lo último que se perdía. Aquella tarde ella había perdido toda esperanza.

—Por favor, que me avisen cuando quieran ir —insistió Rut con voz preocupada.

—Claro, se lo diré yo misma a Aitor. —Suspiró—. ¿Iago está contigo?

—Sí. Hemos venido a casa de Cristina. Tiene un niño, Tomás, van juntos al colegio. Somos amigas —explicó intentando calmarse—. Me ha dicho que me quede todo lo que necesite.

—Sabes que también puedes contar conmigo para lo que haga falta —Se ofreció Nerea.

—Lo sé —contestó agradecida.

Nerea suspiró.

—Está bien, llamaré a Aitor ahora y le daré tu número. Supongo que se pondrá en contacto contigo.

—Gracias.

—Y cualquier cosa que necesites, tanto el niño como tú, sabes que puedes llamarme.

—Muchas gracias.

—Intenta descansar un poco.

—Esto intentaré —pronunció Rut—. Adeus.

—Adeus —se despidió Nerea antes de colgar.

Durante unos segundos se quedó de pie, en medio del despacho, analizando lo que Rut le había explicado. ¿Rut había dejado a su marido solo? ¿Enfermo? Debía de estar muy asustada.

No lo dudó más y fue hacia la mesa. Buscó el privado con Aitor y le envió una fotografía de la dirección que aparecía en el contrato. Luego escribió.

Nerea: Hola, Aitor.

Nerea: No he podido enviarte antes la dirección de Rut y Jaime.

Nerea: Le he dado la tarde libre para que cuidase de su marido...

En ese momento dejó de escribir. Quizá, lo mejor, sería llamarlo y explicarle de viva voz lo

que le ha había dicho Rut.

Buscó el teléfono de él en la agenda justo cuando vio que se ponía en línea para leer los mensajes.

Aitor no tardó ni dos tonos en contestar.

Miguel se acercó a Aitor que permanecía sentado frente al ordenador. Se apoyó sobre la mesa y se cruzó de brazos.

—¿Ha contestado Paco?

Aitor cogió el ratón y actualizó la bandeja de entrada de su correo electrónico.

—Lo último que tengo es el mensaje de antes conforme que lo consultaría.

—¿Y crees que nos darán competencia para intervenir en una posesión? —preguntó Miguel intrigado.

—Aún no es seguro que sea una posesión —intervino Marc desde atrás.

—No tengo ni idea —respondió Aitor a Miguel—, pero supongo que no habrá problema.

—No es que estemos muy formados en posesiones demoníacas... —insistió Marc.

Aitor le dio la razón. Eso era cierto. Durante sus años de formación les enseñaban a combatir contra todo tipo de seres sobrenaturales... pero jamás se habían enfrentado a una posesión demoníaca.

Se encogió de hombros y miró la pantalla del ordenador.

—Como bien dices, aún hay que determinar si se trata de una posesión o de un trastorno mental...

—Vamos, que tú viste lo mismo que yo —interrumpió Miguel molesto.

—Pero hay que asegurarse... —Lo señaló Aitor, tras lo cual Miguel suspiró y puso los ojos en blanco. Aitor se giró para observar a Marc que permanecía en la mesa situada a su espalda, tecleando—. Al menos ya está vigilado...

—Sí, y Daniel no para de decir que solo hace que mirar por la ventana... —comentó Marc mostrándole el móvil—. A ese tío lo que le pasa es que está mal de la cabeza —acabó susurrando.

Aitor pudo ver cómo Miguel mostraba su disconformidad negando en su dirección.

Cuando habían llegado ese mediodía a casa no habían perdido el tiempo. Tras más de dos horas de buscar a Jaime sin éxito por el pueblo habían desistido y habían vuelto a casa. Pese a que le había pedido a Nerea que le diese la dirección de Rut y su marido parecía que estaba entretenida porque no había recibido noticias de ella. Por suerte, gracias a su base de datos no le había costado encontrar la dirección de Jaime. Era tan fácil como entrar en el perfil de Nerea Álvarez, acceder a su ficha de empresaria y ver las personas que tenía contratadas. Rut era una de ellas y su marido se llamaba Jaime. No les había costado más de diez minutos localizarlo.

Mientras Paco, su responsable y enlace con el CNI, no les diese ninguna orden preferían prevenir y mantener vigilada la zona, así que habían hecho dos grupos. Daniel, Víctor y Lucas vigilarían la casa de Rut y Jaime en el primer turno, de siete de la tarde a siete de la mañana. Ellos tres harían el segundo turno. Mientras, buscarían datos sobre exorcismos y cómo realizarlos.

—¿Habéis encontrado algo de interés?

Miguel negó.

—Lo mismo que nos ha explicado el padre Rafael, hay dos tipos de exorcismo, el privado y el solemne... —Luego los miró a los dos con una sonrisa traviesa—, y en *Youtube* hay algunos videos de exorcismos, no sé si servirán. —Y se encogió de hombros.

—Pueden servirnos —pronunció Aitor rápidamente—, algo es algo.

—¿De verdad quieres practicarle un exorcismo a Jaime? —preguntó Marc incrédulo.

—No digo de hacerle un exorcismo... solo de estar preparados —Se levantó y fue hacia él—.

Copia esos enlaces y envíalos por el grupo de *WhatsApp*, así el grupo dos estará entretenido.

Marc enarcó una ceja e hizo lo que su jefe le pedía.

—Me van a mandar a la porra. Daniel me ha dicho que estaban viendo *El exorcismo de Emily Rose*.

Miguel lo miró sonriente.

—Esa peli está bien, pero va más del juicio que del exorcismo. —Se cruzó de brazos—. Yo he encontrado que hay un curso en el Vaticano para ejercer como exorcista... —Se encogió de hombros—, se puede acudir como oyente sin ser sacerdote para ayudar al que realice el exorcismo. —Miró a Aitor—. Quizá podrías decirle a Paco que nos financie el viaje y el curso.

—Dudo que hagan eso... como mucho, si se determina que es una posesión, es posible que si nos dan competencias nos envíen a alguien para estar con nosotros.

—Pffff —se quejó Miguel—, con lo fácil que sería darnos un curso.

El móvil de Aitor vibró en ese momento. Lo cogió y una leve sonrisa asomó en sus labios.

Nerea: Hola, Aitor.

Nerea: No he podido enviarte antes la dirección de Rut y Jaime.

Nerea: Le he dado la tarde libre para que cuidase de su marido...

Lo leyó y, para su sorpresa, el móvil comenzó a sonar anunciando en la pantalla el nombre de Nerea.

Tanto Marc como Miguel lo miraron mientras se levantaba.

—¿Es Paco? —preguntó Marc.

—No —respondió dándoles la espalda

Salió de la oficina mientras observaba de reojo a sus dos compañeros mirarlo intrigados. Prefería hablar con Nerea a solas, pues no sabía qué esperar de ellos.

—Hola, Nerea —respondió directamente.

Nerea sintió cómo los latidos de su corazón aumentaban al escuchar su voz. Hacía poco que lo conocía, pero la necesidad de verlo o de hablar con él eran muy fuertes. Aitor comenzaba a interesarle más de lo que quería admitir.

—Hola —respondió un poco nerviosa—. Disculpa que no te haya enviado la dirección de Jaime hasta ahora.

—No te preocupes —comentó Aitor dirigiéndose al final del pasillo, buscando un poco de intimidad y bajando el tono—. Habrás estado ocupada.

—Le he dado la tarde libre a Rut para que estuviese con su marido —explicó ella poniéndose en pie. Tragó saliva y comenzó a caminar nerviosa por su pequeño despacho—. Quería explicarte una cosa... —Descendió su tono de voz como si estuviese acompañada. Se acercó a la puerta y la abrió observando que se había quedado ya sola, pues Antón ya se había marchado. Se pasó la mano por la nuca y tragó saliva. Aitor no dijo nada, esperando a que ella continuase con la explicación—. He hablado con Rut ahora y le he pedido permiso para darte su dirección...

—¿Te la ha dado? —preguntó directamente. Aunque ya no le hacía falta, pues vigilaban la zona, prefería que pensase que sí, además, si la mujer le daba permiso podrían acceder a la vivienda si fuese necesario y no tener que estar vigilando desde fuera.

—Sí... Verás —continuó—, está... está bastante nerviosa. —Suspiró—. Me ha dicho que su marido está muy agresivo y que les ha echado de casa...

—¿Les ha echado? —preguntó inquieto.

—No la ha tocado —dijo rápidamente, no quería que pensase que era un tema de violencia de género—, pero la ha amenazado diciendo que era peligroso estar cerca de él y que... —Se calló

un momento y apretó los labios—, que si avisaba a un médico iría primero a por el niño y después a por ella.

Aitor se giró cuando Miguel salió al pasillo, miró de un lado a otro y centró la mirada en él. Al darse cuenta de que hablaba por teléfono comenzó a señalarle hacia dentro de la oficina bastante mosqueado. Aitor enarcó una ceja. ¿Qué le pasaba a este ahora? ¿No pretendería que hablase con Nerea delante de ellos?

—Ella no está en casa, ¿verdad? —preguntó hacia el teléfono mientras movía su mano indicándole a Miguel que lo dejase a solas.

Miguel resopló, volvió a señalar enfadado hacia la oficina y automáticamente comenzó a decirle algo moviendo los labios, susurrando.

Aitor lo miró enfurecido y le susurró también.

—No te entiendo.

Miguel resopló y con un gesto mosqueado se removió y entró en la oficina de nuevo. No entendía qué le pasaba, pero parecía bastante enfadado.

—No, se ha ido a casa de una amiga con el niño...

—Mejor —respondió él girándose de nuevo.

—¿Crees que debería poner una denuncia por amenazas?

Aitor se pasó la mano por el cabello oscuro, removiéndolo.

—¿Te ha dicho si nos daba permiso para ir?

—Sí, sí... me ha dicho que sí, pero que la aviséis. Ella quiere estar presente.

—Lo encuentro lógico —respondió. Suspiró y apretó los labios—. Espera a que vayamos nosotros y, en todo caso, cuando lo veamos ya le recomendaremos si es necesario que ponga una denuncia —explicó.

Nerea asintió. Comprendía por qué le decía aquello. Era posible que Jaime no fuese consciente de lo que hacía, estaba claro que algo le afectaba neurológicamente.

—¿Irás?

Aitor miró su reloj de muñeca. Marcaba las nueve menos cuarto de la noche.

—Sí, pásame su contacto y la llamaré mañana para ir.

—De acuerdo, ahora te lo envío —reaccionó rápidamente. Se pasó la mano por los ojos y volvió a su asiento—. ¿Qué... qué crees que le puede ocurrir? ¿Has visto algún caso parecido?

Aitor se giró de nuevo cuando Miguel volvió a salir al pasillo y resopló al ver que seguía hablando por teléfono. Su compañero lo estaba poniendo de los nervios. Elevó la mano hacia él y señaló directamente a la oficina obligándolo a que entrase. Miguel elevó los brazos desquiciado, resopló y entró en la oficina de nuevo.

Suspiró y se giró de nuevo.

—Sinceramente, no —respondió—. Es posible que tenga alguna enfermedad.

—Mi hermana es enfermera de urgencias, si quieres le puedo decir que se pase u os acompañe...

—No, no... —la interrumpió rápidamente. No sabían realmente a qué se enfrentaban, lo único que sabía era que cuantos menos civiles presentes, mejor. Si ellos debían actuar y usar alguna de sus habilidades era mejor que no las viese nadie—, en función de lo que veamos ya actuaremos. No te preocupes, pero muchas gracias por todo. —Suspiró y miró de reojo hacia la puerta de la oficina. Hasta las siete de la mañana no debía iniciar su turno y, hasta entonces, no tenía nada más que hacer—. ¿Has cenado? —preguntó directamente.

Aquella pregunta dejó a Nerea noqueada durante unos segundos, había sido un cambio de conversación brutal.

—No, ahora iba a...

—¿Te apetece quedar para cenar? —Realmente le apetecía muchísimo verla y, ya que se había perdido la comida con ella, podía recuperar aquel rato con una cena, aunque fuese rápida.

Nerea miró su reloj de muñeca y sonrió un poco tímida. No había nada que le apeteciese más en ese momento.

—De acuerdo —aceptó directamente.

Aitor sonrió también, aunque se puso serio de nuevo cuando escuchó que sus compañeros hablaban en la oficina. Capaz era Miguel de volver a salir y encontrarlo con la sonrisa de bobalicón.

—¿Te va bien que pase a buscarte por algún sitio?

De nuevo, Nerea sintió cómo su corazón latía descontroladamente.

—Estoy en el almacén, pero ahora iba para casa...

—¿Te paso a buscar por tu casa? —preguntó directamente.

Nerea sopesó las opciones. Tenía la furgoneta allí, lo mejor sería ir a casa, aparcarla y de paso darse una ducha rápida y arreglarse un poco.

—¿No te importa?

—En absoluto —respondió con una sonrisa.

Nerea asintió y suspiró.

—De acuerdo. —Miró de nuevo el reloj. No tardaba más de diez minutos en llegar a su casa, y entre ducharse y arreglarse necesitaba media hora, con eso tendría suficiente. No era que quisiese ponerse de punta en blanco, pero sí vestirse con algo mejor que lo que llevaba durante todo el día —. ¿Te va bien a las diez menos cuarto?

—Claro. Pásame tu dirección y allí estaré.

—De acuerdo —respondió cogiendo su bolso. Disponía de tiempo, pero no quería perder ni un minuto. Salió del despacho y apagó las luces—. Avisame cuando estés llegando y así bajo.

—Hasta ahora —respondió antes de colgar.

De nuevo, una sonrisa se instaló en sus labios mientras guardaba el móvil en su bolsillo. Era impresionante cómo aquella mujer había calado en él. El recuerdo de lo que le había dicho Susana, la meiga Borealis, volvió a su mente. Ya era casualidad que le dijese que debía quedar con la mujer de las flores. Se giró y borró la sonrisa de su rostro cuando vio que Miguel se encontraba en la puerta del despacho, mirándolo seriamente y de brazos cruzados.

—Joder —susurró Aitor desquiciado—, qué pesadito.

—¿Has acabado ya? —preguntó de los nervios.

Aitor resopló y fue hacia él.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—No —respondió de los nervios—, querrás decir qué cojones le pasa al CNI —Aitor enarcó una ceja cuando llegó a la puerta del despacho y se colocó ante él—. Nos ha respondido Paco... no nos dan la jodida competencia.

Aquello le sorprendió.

—¿Qué? —preguntó esta vez absorto. Apretó los labios mientras sentía cómo sus músculos se ponían en tensión y entró en el despacho. Marc estaba sentando frente al ordenador, leyendo de nuevo, incrédulo, el correo electrónico recibido.

—¿Es el correo de Paco? —preguntó Aitor colocándose a su lado para observar la pantalla. Se le notaba también mosqueado porque no pronunció nada, simplemente asintió con gesto enfadado. Miguel se situó a su lado también.

—Esto es increíble... —protestó Miguel.

—No entiendo nada... —siguió Marc.

Aitor comenzó a leer.

—Buenas noches, Aitor —leyó en voz alta—. He consultado lo que me has pedido, lamentablemente, los superiores no dan el visto bueno a tu petición y prefieren que no se intervenga en asuntos que competen a la iglesia. Lo siento mucho. Saludos. Paco. —Apretó los labios mientras respiraba profundamente por la nariz—. Qué cabrones —susurró.

—¿Y qué quieren? ¿Que nos quedemos parados? —preguntó Miguel.

—Eso parece —contestó Aitor irguiendo su espalda.

Marc resopló y miró de reojo a su jefe.

—¿Qué hacemos?

Aitor lo miró y enarcó una ceja.

—¿Cómo que qué hacemos? Víctor, Daniel y Lucas se quedan donde están y a las siete de la mañana haremos cambio de turno. Puede que ellos tengan sus normas —Señaló hacia el ordenador—, pero yo no voy a permitir que un civil sufra daños porque al dichoso CNI no le dé la gana de intervenir... No intervendremos directamente, pero sí continuaremos con la vigilancia.

Ambos asintieron.

—Aunque hay que tener en cuenta que realmente no sabemos si se trata de una posesión, puede que esté simplemente loco... —continuó Marc.

—Te digo que ese tío está poseído —insistió Miguel.

Aitor dio un paso atrás y se cruzó de brazos.

—Ahora mismo me da igual. Continuaremos con la vigilancia y, si se pone agresivo con alguien, le pararemos los pies... —Sus dos compañeros asintieron dándole la razón—, por cierto... —Y miró hacia la puerta del despacho—, como no hay nada más que hacer hasta las siete...

—¿Dejamos de informarles? —preguntó Miguel señalando el ordenador, dándole vueltas aún al asunto de Paco.

—¿Para qué quieres seguir? No nos dejan actuar —respondió Marc. Miguel suspiró.

—Pues eso, que me marcho —continuó Aitor dándoles la espalda, dirigiéndose hacia la puerta—. Marc, por favor, avisa a Daniel de lo ocurrido.

—Claro, ¿adónde vas? —preguntó Marc poniéndose en pie.

—¿Has quedado con tu amiguita de las flores? —continuó Miguel con un tono socarrón.

Aitor se giró y le mostró una sonrisa forzada mientras salía de la oficina.

—Sí, así que, si no os importa, iré a cenar con ella... —Tuvo que detenerse de inmediato cuando sus dos compañeros, en un movimiento excesivamente rápido, aparecieron ante él cruzándose de brazos y cortándole el paso.

—¿Tienes una cita, jefe? —preguntó Miguel.

—Eso parece —Los rodeó para dirigirse a las escaleras—. Pero cualquier cosa llamadme y estaré aquí en un momento —comentó bajando a la primera planta—. De todas formas, no tenéis que preparar ni la cena, creo que queda pollo y ternera de este mediodía.

—Yo me he comprado antes una barra de pan y un fuet —comentó Marc.

—Ostras, qué bueno... —dijo Miguel—, me encanta el fuet. ¿Me das?

Marc asintió mientras llegaban a la primera planta.

—Y... esa chica... —continuó Marc queriendo saber más.

—Ajá, dime... —indicó Aitor mientras llegaba a su habitación y se colocaba ante la puerta, aunque se detuvo y se giró hacia ellos mientras cogía el pomo—. ¿Vais a seguirme a la ducha? —ironizó.

—No tenemos nada mejor que hacer ahora, jefe —pronunció Marc encogiéndose de hombros.

—Espera, espera... —intervino Miguel con una gran sonrisa—, ¿vas a darte una ducha? ¡Esto promete! —Aitor resopló mientras abría y cerraba la puerta tras él con un portazo—. ¡Acuérdate de ponerte calzoncillos nuevos, jefe!

—Idiota —susurró Aitor mientras se dirigía al baño.

En quince minutos se había dado una ducha rápida y acababa de vestirse. Se había puesto unos tejanos oscuros y una camisa azul claro. Aunque por su constitución y habilidades ellos no solían pasar frío, cogió la chaqueta.

Se miró en el espejo antes de salir de la habitación. Nada más cerrar la puerta decidió que lo mejor sería no acudir al comedor ni a la cocina, de donde provenían las voces de sus compañeros.

Se aseguró de que llevaba la cartera en el bolsillo y las llaves de uno de los deportivos, prefería dejar el todoterreno allí por si lo necesitaban sus compañeros.

—¡Me marcho! —gritó para que lo escuchasen.

La voz de Marc llegó hasta él.

—Que te diviertas.

—Cualquier cosa avisadme.

—Que síiiii —respondió Miguel.

—Eh, oye... ¿y el fuet? —preguntó Marc. Miguel no respondió—. ¿Te has zampado todo el fuet?

—Yo no lo he cogido, he estado contigo todo el rato.

—¡Joder! —Escuchó que gritaba Marc antes de cerrar la puerta.

No quiso saber nada más, lo que estaba claro era que le habían quitado el fuet a un catalán... seguramente la cosa no iba a acabar nada bien.

Fue hasta el deportivo negro y se subió.

En el momento de arrancar se sintió nervioso. Era extraño, combatía contra vampiros, licántropos, brujas... sin embargo, el pensar que en poco más de diez minutos estaría con Nerea lo puso nervioso.

Buscó en su móvil el privado y puso la dirección que Nerea le había pasado en el GPS. Unos minutos después conducía tranquilamente por la carretera rumbo a Monforte de Lemos.

Nerea acabó de pintarse los labios cuando escuchó que recibía un mensaje. Guardó el pintalabios en el bolso y fue al comedor donde sobre la mesa se encontraba su móvil. Lo cogió y observó.

Aitor: Ya estoy llegando.

Aitor: Te espero abajo.

Había pasado todo el día nerviosa por Rut y no iba a engañarse, aún lo seguía, pero Aitor le iba a garantizar unas horas de descanso y poder así olvidarlo todo, aunque solo fuese por un breve espacio de tiempo. Cogió la cazadora que había dejado sobre el sofá, se la puso y fue hacia la puerta.

Había olvidado aquella sensación que sentía, lo que llamaban mariposas en el estómago. Era como si sus alas batiesen en el interior provocando una mezcla de entusiasmo, nerviosismo e ilusión. Sabía que era muy pronto para hacerse ilusiones, pero, lo cierto, era que no podía evitarlo. Ya había llamado su atención la primera vez que se había presentado ante su puesto de flores, era un chico extremadamente atractivo y, ahora, después haberlo visto varias veces, sentía que podía acabar enamorada de él. Durante aquellos últimos tres cuartos de hora se había repetido una y otra vez que no debía hacerse ilusiones, que afrontase aquello como una quedada con un amigo, quizá de aquella forma no estaría tan nerviosa, pero no lo conseguía.

Cerró la puerta de su casa echando dos vueltas a la llave y fue al ascensor. No se había arreglado mucho. Se había puesto unos pantalones negros y una camisa de color lila, pero la ducha le había ayudado a despejarse de todo el día de trabajo.

Cuando abrió la puerta del portal observó un coche deportivo color negro aparcado frente a este. Se agachó levemente para observar a través de la ventanilla del conductor si se trataba de Aitor y no pudo evitar sonreír cuando este elevó una mano hacia ella, saludándola.

—Hola, sube —dijo echándose sobre el asiento del copiloto para abrir la puerta.

Nerea fue hasta la puerta del copiloto y entró. El vehículo parecía nuevo, de hecho, tenía aún aquel olor tan característico.

—Hola —respondió ella sonriente mientras dejaba el bolso sobre sus rodillas y se ponía el cinturón—. ¿Qué tal?

—Con mucha hambre —respondió Aitor sonriente.

—No eres el único —comentó ella mientras se colocaba correctamente en el asiento. Lo miró y sonrió, aunque notó cómo le tembló levemente su labio inferior por los nervios—. ¿Quieres ir a cenar a algún sitio en particular?

—No conozco mucho los restaurantes de por aquí.

Ella asintió.

—¿Te apetece una pizza? —preguntó ella mirando su reloj de muñeca.

—Sí, claro.

—Hay un sitio aquí cerca, tienen ensaladas, pizzas, entrantes, platos combinados... de todo un poco. —Él asintió—. Es por aquí —dijo señalando hacia delante—. Se llama *O bon gusto*. En la siguiente calle gira a la izquierda y sigue todo recto.

Aitor tomó el desvío tal y como ella le había indicado.

—¿Qué tal ha ido la tarde? ¿Mucho trabajo?

Ella asintió.

—Bastante —Suspiró y se apoyó contra el respaldo—. Después de lo que ha ocurrido esta mañana estaba muy preocupada, así que me he quedado yo en el puesto.

—¿Has vendido mucho?

—No me puedo quejar —respondió sinceramente—. En las fiestas de Monforte, y sobre todo este día, se venden muchísimas flores. He tenido que pedirle a Antón que me trajera más a la parada porque ha habido un momento que casi se agotan —respondió risueña—. ¿Y tú? ¿Qué tal el trabajo? ¿Una tarde complicada?

Aitor chasqueó la lengua.

—Hemos tenido bastante jaleo.

Ella apretó los labios nerviosa y lo miró.

—¿Tiene que ver con lo de Jaime? —preguntó en un tono más bajo.

—Ese ha sido uno de los asuntos, pero ha habido más —dijo sin querer dar más explicaciones. No quería meterse en ese callejón, no quería mentirle más de la cuenta.

Nerea suspiró y miró por la ventana. Esa zona de Monforte era transitable, al menos, las calles no estaban cortadas allí por las fiestas.

Quería preguntarle por Jaime, estaba preocupada por él y por su amiga, pero tampoco quería ser pesada con el asunto. Lo miró de reojo. Podría formularle alguna pregunta y, en función de ello, preguntarle más.

Carraspeó un poco y se giró para mirarlo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —preguntó tímida. Él asintió sin decir nada—. Estoy muy preocupada por Rut y por su niño. —Aitor continuó mirando la carretera sin decir nada al respecto, esperando a que ella siguiese hablando. Al menos, no la había interrumpido—. Lo de esta mañana, en el monasterio... ha sido extraño.

—Sí, bastante —dijo él con sinceridad.

—Nunca había visto nada así —susurró ella temerosa—. Y, por lo que me ha explicado Rut, ha tenido que marcharse de casa... —Inspiró más fuerte—. Irás a verle, ¿verdad?

Aquello se había complicado en la última hora. El CNI no les había dado competencia para poder tratar el caso, lo cual significaba que no podrían intervenir tanto como le gustaría, pues se exponían a que les abriesen un expediente si desobedecían las órdenes.

—No lo sé —contestó prefiriendo no mentir.

Aquella respuesta dejó consternada a Nerea.

—Antes, por teléfono, me has dicho que llamarías mañana a Rut para ir a...

—Sí, sé lo que te he dicho —respondió con timidez—, pero las cosas se han complicado un poco. Yo solo obedezco órdenes de mis superiores. —Se encogió de hombros—. Y a mi superior le parece más un tema médico que...

—Pero la ha amenazado. Además, tú lo has visto igual que yo... era demasiado extraño. Quizá tenga una enfermedad psiquiátrica...

—¿Rut te ha dicho algo sobre eso? —preguntó con interés.

Ella negó.

—No. —Señaló a la derecha—. En la siguiente gira por aquí. —Suspiró y durante unos segundos se quedó callada—. Lo he visto solo un par de veces, pero siempre me ha parecido un buen hombre. Es visitador médico, trata con muchos doctores...

—Eso no significa nada. Puede haber debutado ahora.

—Ya, pero... Rut nunca me había explicado nada de eso y está asustada de verdad. No sabe

qué hacer. ¿Opinas que debería ser visitado mejor por un médico?

Aitor suspiró mientras giraba.

—No lo sé —contestó—. Mañana hablaré con mi superior de nuevo para ver si se puede hacer algo. —Luego la observó de reajo—. ¿Por qué no ha llamado Rut a un médico?

Ella negó.

—Yo tampoco lo entiendo. Está asustada por la amenaza de su marido, supongo. —Lo miró de reajo—. Me da la sensación de que hay algo que no me cuenta...

—¿Sobre qué?

—No sé... es solo que me parece raro que no se haya puesto en contacto con un médico, más aún cuando Jaime conoce a tantos.

Aitor asintió. Estaba claro que la mujer sospechaba que lo que sufría su marido no era una enfermedad. Él tenía casi claro que se trataba de una posesión, ¿cómo no iba a pensar eso mismo su mujer que pasaba muchas más horas con él y lo conocía mucho mejor?

—No lo entiendo... —continuó Nerea—. Yo llamaría a un médico... pero tampoco quiero inmiscuirme.

Aitor asintió.

—No te preocupes. Le insistiré a mi superior con hacer, aunque sea, una simple visita y, dependiendo de lo que veamos, avisaremos nosotros mismos a un médico.

Ella aceptó conforme con lo que Aitor decía.

—Gracias. Me... me tiene preocupada —acabó admitiendo.

—Es normal. ¿Conoces mucho a Rut?

—Sí, trabaja conmigo hace años. Además, éramos compañeras de instituto. Nos conocemos desde los quince años.

Aitor sonrió.

—¿Y de eso cuánto hace? —preguntó esta vez con una sonrisilla.

—¿Estás intentando sonsacarme mi edad? —preguntó divertida—. Tengo veintinueve. ¿Y tú?

—Treinta y dos.

—Yo cumplo treinta dentro de dos meses —confesó—. Así que estoy más cerca de los treinta que de los veintinueve —acabó riendo—. Si hay sitio por aquí aparca —señaló—. El restaurante está cerca y más adelante es difícil encontrar aparcamiento.

Aitor indicó con la mano unos metros más adelante.

—Ahí hay uno.

—Está bien, son diez minutos caminando —explicó ella.

Aitor aparcó el deportivo y lo apagó. Se quitó el cinturón y se giró hacia ella. Mientras iba conduciendo solo se había podido fijar de reajo. Su cabello rubio caía sobre su pecho formando unas ondas, sus ojos color miel resaltaban al haberse hecho la raya de los ojos y haberse puesto rímel.

Sabía que debía controlarse, que su trabajo era peligroso y que por normas estrictas del CNI debían mantener su trabajo y sus identidades en secreto, que mantener una relación seria era difícil para ellos. Un día podían estar aquí y al otro recibir órdenes de ir a la otra punta del mundo, pero, cada vez que estaba con ella sentía mucha más necesidad de estar a su lado.

—Estás muy guapa —dijo con una leve sonrisa sin controlarse.

Nerea le sonrió tímida, pues no esperaba aquellas palabras por parte de él.

—Gracias —Y se mordió el labio intimidada por la situación.

—¿Vamos? —preguntó Aitor saliendo del vehículo mientras ella lo imitaba por la puerta del copiloto.

Nerea cogió la chaqueta y se la puso, aunque no hacía frío sí que corría una brisa fresca. En cuanto Aitor rodeó el vehículo y se puso a su lado iniciaron la marcha.

—Supongo que cuando acaben las fiestas irás más relajada, ¿verdad?

Ella asintió.

—Sí, mañana es el último día.

—¿Ya? —preguntó sorprendido—. Se me han pasado las fiestas muy rápido.

—Sí, el último día por fin —confirmó—. Mañana toca el pasacalle de las gaitas, el circo aéreo, grupos musicales y los fuegos artificiales a las once de la noche. —Se encogió de hombros—. Mañana también será un día de mucho trabajo. Mucha gente deja la ofrenda a la patrona para mañana porque hoy hay mucha gente.

Aitor colocó las manos en sus bolsillos mientras caminaba.

—¿Estarás en la caseta mañana o en la nave?

—Estaré en la caseta. Dejaré a Antón y a Ana en la nave y me quedaré yo en la caseta para sustituir a Rut.

—¿Le has dado fiesta? —pregunto sorprendido.

Ella se encogió de hombros.

—No, pero si no viene a trabajar tampoco voy a insistirle, no lo está pasando muy bien —susurró—. Si viene le pediré que vaya a la nave con Antón y con Ana, al menos así estará acompañada y, si por alguna razón debe irse, no habrá problema con que la caseta se quede abandonada.

Aitor le sonrió.

—Pareces buena jefa —comentó divertido.

Ella le devolvió la sonrisa y se encogió de hombros.

—Lo intentó. Todos nos conocemos desde hace mucho tiempo. —Se encogió de hombros y miró hacia delante. Al final de aquella manzana se encontraba el restaurante—. Tú también lo pareces. —Él la miró sin comprender—. Esta mañana he escuchado que te llamaba jefe uno de tus compañeros de trabajo.

—Ahhhh —Y rio—. Bueno, también tengo suerte de tener los compañeros que tengo. —Chasqueó la lengua y se acercó un poco a ella, como si fuese a explicarle algo más confidencial—. Delante de ellos no lo admitiré, pero tengo suerte con el equipo que me ha tocado.

—Eso está bien. Si no se está a gusto en el trabajo se pasa muy mal —admitió. Miró al frente y se detuvo—. Es aquí —indicó a la puerta mientras la abría.

Aitor sujetó la puerta rápidamente y ella entró primero.

—Espero que tengas hambre —dijo ella esperando al camarero que se acercaba.

—Mucha —respondió.

No supo si fue la forma en que la miraba o la sonrisa tan tierna que Aitor le dedicó, el caso es que sus mejillas se tiñeron de carmín. Se giró con un movimiento acelerado hacia el camarero intentando ocultar su rostro.

—¿Para cenar? —preguntó este.

—Sí, seremos dos —respondió Aitor.

—De acuerdo, síganme por favor —comentó el camarero mientras se internaban entre las mesas.

El restaurante *O bon gusto* era un restaurante sencillo. El local, con forma de L, tenía repartidas muchas mesas de madera tanto a lo largo como a lo ancho. Era un local con mucho colorido, pues sus paredes estaban pintadas con colores fuertes, rojo y naranja, donde colgaban cuadros de flores y bodegones iluminados por los fluorescentes del techo. En ese momento, estaba

bastante concurrido y había pocas mesas libres.

Los habían sentado al final del restaurante, lo que les daba algo de intimidad.

Nerea dio un sorbo a su refresco y volvió a coger el tenedor y el cuchillo para cortar otro trozo de pizza.

—Mi hermana nunca estuvo interesada en el negocio familiar. Siempre ha querido ser enfermera, lo ha tenido muy claro —continuó explicando—. De hecho, al principio, yo tampoco lo quería —dijo con sinceridad.

—¿No? —preguntó Aitor sorprendido.

Ella negó.

—Siempre me han gustado las plantas y las flores, eso no voy a negarlo. —Se encogió de hombros—. Es lo que he vivido desde pequeña, pero... ¿llevar el negocio de mis padres? Ni se me pasaba por la cabeza. —Cortó un trozo y lo pinchó con el tenedor—. Desde pequeña veía a mis padres estresados con los números, los pedidos... mi padre llegaba muchas noches muy tarde a casa. Tener un negocio así, tan grande, es muy complicado.

—Pero al final te hiciste con él.

Ella le sonrió y se metió el trozo de pizza en la boca. Después de tragar dio otro sorbo y asintió.

—Sí, creo que fue el verano en que estuve trabajando con mi padre. Siempre había pensado que habría mucho sacrificio, y lo hay, pero... me refugiaba entre las plantas, las veía crecer, las regaba... al final se les coge cariño —bromeó—. Así que, una noche, mis padres nos sentaron a mi hermana y a mí a la mesa y nos preguntaron por lo que teníamos pensado hacer en el futuro. La respuesta de Joana fue muy rápida: enfermería —rio—, pero yo dudé, y ahí atacó mi padre —continuó divertida—. Así que, tras estudiar dirección de empresas, comencé a trabajar con él en la parte económica y ya cuando se jubiló me lo traspasó todo.

Aitor asintió.

—Y ahí sigues...

Ella asintió.

—Le ofrecí a mi hermana llevar el negocio a medias, pero se negó. Realmente no le interesaba, así que... le compré la mitad del negocio. —Aquello sorprendió a Aitor—. Era lo justo —continuó Nerea—. Hicimos una tasación de la nave y tuve que pedir un crédito al banco —Se encogió de hombros—. Ya solo me quedan tres años —Y sonrió mostrándole los dientes—. Sinceramente, el negocio funciona muy bien.

No sabía por qué le explicaba todo aquello. Suponía que los nervios le hacían hablar de una forma descontrolada. Debía tranquilizarse como fuese o acabaría relatándole toda su vida.

—¿Y tú? —intentó centrar la atención en él—. ¿Siempre quisiste ser policía?

Aitor tragó un trozo de pizza y asintió.

—Sí, desde pequeño.

—¿Es una decisión tuya o te viene de familia?

—Mía —comentó con una sonrisa. Se llevó la mano al bolsillo y extrajo el móvil. Se quedó más tranquilo cuando vio que no tenía ningún mensaje ni ninguna llamada de sus compañeros. Eso era buena señal, significaba que no había novedades y que, seguramente, Jaime permanecería en su casa. Guardó de nuevo el móvil en su bolsillo—. Me ha gustado desde pequeño —dijo.

Aquello era verdad, desde los trece años, cuando había sido reclutado por el CNI tras ver sus habilidades, se había sentido entusiasmado con su trabajo. Habían sido cinco duros años de entrenamiento, en los que dos de ellos había viajado a Virginia, al Pentágono, para recibir clases personalmente. El resto de los años los había pasado en Madrid, en la sede del Centro Nacional

de Inteligencia, donde lo habían formado incrementando sus habilidades y conocimientos.

Desde el momento en que dos hombres vestidos de negro habían llamado al timbre de su piso en el centro de Bilbao para hablar con sus padres se había sentido entusiasmado. El hecho de poseer aquellas habilidades era difícil para un niño de trece años y, pese a que sus padres no dejaban de repetirle que debía mantenerlo en secreto, le costaba. Se sentía diferente al resto, sentía que no encajaba en aquella sociedad.

Allí, en su nuevo hogar situado en la sede del CNI, se había sentido cómodo desde un principio, no tenía la necesidad de esconder sus habilidades y podía compartirlas con el resto de sus compañeros.

Sus padres se habían sentido emocionados y a la vez tranquilos porque alguien fuese a tutelar su aprendizaje y lo ayudasen a controlar sus habilidades. Suponía que para sus padres también había sido difícil, pese a que jamás le habían dicho nada al respecto.

Pero todo aquello era algo que no podía cantar a los cuatro vientos, para el resto de su familia y conocidos, para toda la gente que no formase parte de ese tipo de vida, él era solo un humilde policía de investigación. Jamás le había costado guardar el secreto o mentir respecto a su trabajo... hasta ahora, cuando había conocido a Nerea. Aun así, sabía que no debía hacerlo, que seguramente si ella supiese de lo que era capaz y a lo que se dedicaba huiría de él. No era lo que quería, deseaba todo lo contrario.

Nerea dio un último bocado y se llevó la mano al estómago.

—Estoy llenísima —comentó.

Aitor dejó los cubiertos sobre la mesa.

—Sí, yo también. ¿Te apetece algo de postre?

Ella negó. Aitor se quedó observándola, parecía que cuando la miraba fijamente ella lo esquivaba y apartaba la mirada.

Nerea ocultó sus manos colocándolas sobre sus piernas y lo miró con una media sonrisa. Desde que se habían sentado en aquella mesa Aitor la observaba detenidamente, estudiando sus movimientos. ¿Por qué debía tener una mirada tan profunda? Aquello la ponía nerviosa y no dejaba de hablar, además, los silencios siempre la habían incomodado, por esa misma razón acababa hablando de lo primero que se le pasaba por la cabeza.

—Y supongo que... no estás casado, ¿verdad?

Cerró los ojos durante unos segundos y suspiró. ¿Por qué tenía que ser tan impulsiva?

Aitor ladeó su cabeza y la miró divertido. Sí, estaba claro que Nerea estaba nerviosa.

—Si estuviese casado no te habría invitado a cenar, ¿no crees? —preguntó risueño.

—Ya, supongo que no —contestó con timidez. En ese momento notó cómo sus manos temblaban y las sujetó. ¿Por qué tenía que mirarla de aquella forma? Era como si la estudiase, como si pudiese leer su mente—. Yo tampoco —acabó diciendo, y volvió a cerrar los ojos durante unos segundos al ser consciente de la tontería que estaba diciendo.

—Qué alivio —bromeó él—. No me gustaría que apareciese ahora un marido celoso.

Ella chasqueó la lengua al notar su tono bromista.

—Seguro que acabarías ganando tú...

—¿Cómo? —preguntó sin comprender, enarcando una ceja.

—Si te peleases con... con... mi marido imaginario —acabó bajando su tono de voz al escuchar la tontería.

Aitor rio por lo que decía y apoyó la espalda en el respaldo. Pudo detectar cómo las mejillas de la joven parecían acaloradas.

—Te agradezco que hayas aceptado mi invitación para cenar... —Aquellas palabras hicieron

que Nerea alzase la mirada hacia él—. Necesitaba salir y despejarme un poco.

Nerea agradeció aquel cambio de conversación.

—¿No sueles salir?

—Salgo a veces con mis compañeros... pero no es lo mismo —Chasqueó la lengua—. Son divertidos, no te lo negaré...

—¿Son con los que estabas esta mañana en el monasterio?

—Sí, pero somos más —indicó.

—Ah, ¿sí? —Aquello llamó su atención—. ¿Y vives con todos ellos?

—Sí, somos seis. La casa es grande —remarcó rápidamente.

—Vaya... ¿y no echas de menos la intimidad?

Aitor se encogió de hombros.

—Tengo intimidad —reaccionó—. No estamos todo el día juntos... Dios me libre —acabó riendo, lo que provocó que ella sonriese más aliviada.

—Supongo que tiene sus ventajas eso de vivir con más gente. Yo a veces me aburro o me siento sola.

—No te creas, puedes sentirte solo aunque estés rodeado de gente —pronunció Aitor con aquella mirada penetrante de nuevo.

—Tú... ¿te sientes... así? —preguntó con timidez.

—No, no... —reaccionó rápidamente—, ni mucho menos, quizá sí que desearía a veces tener un poco más de intimidad. —Se encogió de hombros—. La verdad es que me siento muy cómodo viviendo con ellos, aunque sí se echa de menos el tener la libertad para pasearse desnudo por la casa. —Y le mostró los dientes en plan gracioso. Al menos, Nerea no estaba comiendo nada en ese momento, porque de lo contrario le hubiese escupido toda la comida en la cara. Tuvo que carraspear para recomponerse de aquellas palabras. La imagen que se había dibujado en su mente no era sana—. No es que lo haga mucho, pero...

—Ya —comentó sin saber qué decir. Aitor se quedó observándola, le hacía gracia cuando veía que sus mejillas se teñían de carmín—. Te gusta ir fresquito, ¿no? —preguntó sin mirarle.

Aitor rio mientras la estudiaba. Nerea era muy habladora, pero tras sus palabras se había quedado callada.

Nerea miró el reloj de muñeca, eran prácticamente las doce de la noche. Intentó disimular el calor que sentía. Sabía que Aitor bromeaba, pero, aunque así fuese, aquellas palabras no dejaban de dibujar imágenes en su cabeza poco decentes.

Carraspeó y dio un sorbo a su refresco.

—Lo estoy pasando muy bien, pero tendría que irme. Mañana me toca madrugar —dijo aún sin mirarlo.

Aitor se fijó también en la hora. Sí, a él también le convenía descansar, pues a las siete debía sustituir a sus compañeros para vigilar a Jaime.

—Claro —respondió mientras levantaba la mano para llamar la atención del camarero—. La cuenta, por favor —le pidió.

Nerea cogió el bolso que colgaba del respaldo y lo colocó en sus rodillas.

—¿Qué haces? —preguntó Aitor mientras sacaba la cartera de su bolsillo.

Nerea rebuscó en él.

—Te invitó yo...

—Ni hablar —sentenció—, la idea ha sido mía.

—Ya me has invitado a desayunar...

—Que no, Nerea —pronunció con paciencia—. Déjalo —le pidió mientras el camarero se

acercaba.

Nerea suspiró y cerró el bolso.

—¿Efectivo o tarjeta? —preguntó el camarero.

—Tarjeta —respondió Aitor.

Poco después salían del restaurante y se dirigían hacia el coche.

—¿A qué hora te levantas? —preguntó Aitor mientras caminaban hacia el coche.

—No muy pronto. Quiero pasarme por la nave antes de ir a la caseta. Me levantaré sobre las ocho. El problema es que son días de mucho trabajo y mañana al ser el último día de fiestas...

—Se acerca un día de mucha carga laboral, ¿no?

Ella asintió.

—Y estar en la caseta, aunque no lo parezca, agota —contestó con una sonrisa.

En cuanto se subió al coche de copiloto observó a Aitor. Cada vez se sentía más atraída por él. Intentó calmar sus pulsaciones y su respiración, pues, a medida que los minutos pasaban y el silencio se incrementaba, notaba que aumentaban.

Debía dar algo de conversación o acabaría diciendo otra tontería. Por suerte, fue Aitor quien habló mientras giraba por una calle a la derecha.

—Supongo que a partir de mañana irás más tranquila en el trabajo.

Ella asintió rápidamente, agradecida de que diese algo de conversación.

—Bueno... —arrastró las palabras—. Sí que voy más tranquila, ahora durante las fiestas no debo ocuparme solo de la nave, sino también de la caseta. Así que sí, un poco más tranquila iré, aunque tengo varios encargos...

—Como mi jardín —comentó con una sonrisa.

Nerea asintió tímida. Ya ni lo recordaba.

—Sí... tu... tu jardín.

—¿Cuándo crees que podrás venir?

Se encogió de hombros.

—Supongo que la semana que viene, si te va bien a ti.

—Claro —respondió con una sonrisa y miró al frente—. Tu piso está en esta calle, ¿verdad?

—Sí, para en la siguiente esquina si quieres —respondió ella mirando en la misma dirección.

Aitor llevó el coche hasta donde ella decía y lo detuvo. Nerea suspiró y se giró hacia él lentamente.

—Muchas gracias, me ha ido muy bien la cena para desconectar —pronunció con una sonrisa.

Aitor asintió.

—A mí también. Tenemos que repetir —propuso.

—Sí, claro —respondió con timidez. Apretó los labios, le dedicó una sonrisa y salió del vehículo lentamente. Se sentía bastante nerviosa, pero sus nervios se incrementaron cuando vio que Aitor bajaba también del coche por la otra puerta.

¿Iba a acompañarla hasta el portal? Tragó saliva y observó cómo Aitor rodeaba el vehículo mientras colocaba las manos en los bolsillos.

Nerea sujetó con fuerza el bolso.

—La próxima vez me toca invitar a mí —contestó risueña mientras él se colocaba frente a ella.

Aitor chasqueó la lengua y movió la cabeza dando a entender que no estaba muy seguro de la respuesta.

—Ya veremos —respondió.

Sus ojos se clavaron en los de Nerea que, durante unos segundos, aguantó su mirada. Estaba claro que su cercanía la ponía nerviosa porque se mordió el labio y dio un paso hacia atrás.

¿Pretendía huir de él? Aquella actitud dejaba patente su nerviosismo, tanto lo estaba que olvidó que estaba en la carretera y que debía subir a la acera que acabó tropezando con el bordillo.

Aitor la sujetó rápidamente del brazo para que no cayese, evitando que acabase dándose un buen culetazo.

Nerea se incorporó de inmediato y colocó de nuevo el bolso en su hombro. Miró de reojo a Aitor que aún sujetaba su brazo. Sintió su mano caliente en contacto con su piel y pese a que la mano que la sujetaba era firme había cierta delicadeza en su movimiento.

—Gracias —dijo Nerea intentando soltarse de su mano, aunque no lo consiguió.

—De nada... hay que tener cuidado con los bordillos, son muy traicioneros. —Se acercó unos pasos colocándose frente a ella, sin soltarla. Nerea tragó saliva. Así, frente a ella y totalmente erguido, era más consciente de su altura y corpulencia—. No me gustaría tener que salir corriendo al hospital...

Ella le sonrió intentando aparentar serenidad y controlar su rápida respiración.

—Tampoco hubiese sido un golpe muy fuerte.

Aitor hizo un gesto de no estar muy seguro y la soltó sin apartar la mirada de ella.

Nerea observó su mano alejarse y elevó la mirada para observarlo. Pese a que había oscuridad sus ojos color miel brillaban.

Aitor se quedó observándola, realmente le gustaba, más de lo que había llegado a imaginar. No pudo evitar descender su mirada hacia sus labios. Nerea tragó saliva al ser consciente de ese gesto. Entendía perfectamente lo que significaba. Aitor parecía querer besarla o, al menos, eso entendía ella. Sintió cómo el vello se le ponía de punta. Deseaba más que nada que lo hiciese, pero ¿acaso no era precipitarse demasiado?

Casi contra su voluntad dio un paso atrás, alejándose. Quería besarlo, le apetecía más que nada, pero si lo hacía sabía que más tarde se arrepentiría, se cuestionaría si era lo correcto, si no había ido demasiado rápida. Quizá, si lo besaba ya, toda la química que parecía haber entre los dos desaparecía.

Aitor enarcó una ceja al verla retroceder. Desde que se había subido al coche había pensado en si al despedirse debía besarla o no. Durante unos segundos, mientras la observaba fijamente, había descendido su mirada hacia sus carnosos labios. Había pensado que ella querría, pero su gesto había hecho que frenase el impulso.

Apretó los labios y la miró con intensidad.

—De nuevo, muchas gracias por la cena.

Aitor asintió sin saber cómo reaccionar.

—No hay de qué. Ha sido un placer.

Sin apartar la mirada de él fue hacia la puerta. Quizá se estuviese equivocando. Un beso no hacía daño a nadie, pero se conocía y sabía que se haría ilusiones.

—Buenas noches —comentó entrando en su portal.

—Buenas noches —respondió Aitor. Esperó a verla desaparecer tras la puerta del ascensor y rodeó el vehículo para volver a sentarse—. Mierda —susurró mientras cerraba la puerta con un portazo.

Arrancó y aceleró por la carretera. Había sido un tonto. ¿Pretendía besarla la segunda vez que quedaba con ella? Estaba claro que Nerea no era ese tipo de mujer. Sin embargo, lejos de sentirse enfadado, le gustaba su actitud.

Condujo con calma en dirección a su casa. Sinceramente, no quería a Nerea para una noche loca de pasión, aquella chica le interesaba, le interesaba de verdad. Sabía que ella debía sentirse atraída también por él: sus gestos, la forma en que esquivaba su mirada, cómo se sonrojaba... no

dudaba de ello, así que, si no era esa noche sería otro día, de eso estaba seguro. Ahora que conocía sus reacciones y sabía que la atracción era mutua no iba a darse por vencido.

Aquellas sensaciones debían reflejarse en su rostro porque nada más aparcar el vehículo en el garaje y subir a la primera planta Miguel y Marc lo observaron enarcando una ceja.

Sus dos compañeros lo esperaban en el comedor, ambos sentados en dos butacones individuales iluminados desde atrás por una tenue luz que provenía de una lámpara de pie.

Miguel miró su reloj y escudriñó a su jefe.

—Pensaba que no ibas a pasar la noche aquí —bromeó. Luego se puso serio—. ¿Te parecen estas horas de llegar? Nos tienes contentos...

Aitor puso los ojos en blanco y les dio la espalda dirigiéndose hacia su habitación. No tenía ganas de hablar con ellos.

—¿Ahora eres mi madre? Solo quería deciros que ya estoy aquí. Buenas noches.

Tanto Miguel como Marc aparecieron ante él cortándole el paso.

—Eh, eh... espera... ¿adónde crees que vas? —preguntó Marc con una sonrisa cortándole el paso.

—¿No vas a explicarnos cómo ha ido la cena? —continuó Miguel con un tono jocosos.

Aitor enarcó una ceja.

—No —dijo intentando rodear a sus compañeros.

—Venga... vaaaaa... —continuó Miguel—, ¿ha ido bien?

—Está claro que no tan bien... está aquí —bromeó Marc.

Aitor suspiró cargándose de paciencia y lo miró de reojo.

—Ella tiene que trabajar mañana y nosotros debemos sustituir a nuestros compañeros a las siete, ¿lo recordáis?

Miguel extendió los brazos hacia él.

—¡Venga yaaaaa! No nos vengas con esas... —comentó mientras su compañero Marc se cruzaba de brazos sonriente—, como que si te hubiese surgido la oportunidad no la hubieses aprovechado...

Aitor estaba cogiendo el pomo de la puerta cuando se giró hacia él y lo miró de la cabeza a los pies. ¿Así es como iba a ser a partir de ahora? ¿Cada vez que quedase con Nerea se iba a ver sometido a un interrogatorio por parte de sus compañeros?

—¿Y tú? ¿Qué tienes que decirme? —preguntó Aitor colocando sus manos en su cintura.

—¿Yo? —preguntó Miguel sin comprender.

—Sí, tú...

—He estado aquí con Marc, hemos cenado una tortilla porque el fuet ha desaparecido y...

Aitor dio unos pasos hacia él.

—Recuerdo que le preguntaste fervientemente —enfaticó esa palabra—, a la bruja Rosa si encontrarías el amor...

—Ya, bueno... —contestó desubicado por lo que decía su jefe.

—¿Tienes ganas de estar enamorado? —bromeó esta vez Aitor hacia su compañero.

—¿Lo estás tú? —le retó Miguel.

Aitor entrecerró los ojos mientras los observaba, estudiándolos. Los dos compañeros esperaban una respuesta.

Aitor resopló y abrió la puerta de su habitación.

—Id a dormir, es tarde y hay que descansar.

—¡Booooooommmmm! —exclamó Marc como si aquello hubiese sido una respuesta—. Si no contesta es por algo.

—Nosotros no dormimos mucho, jefe... —recordó Miguel mientras Aitor cerraba la puerta.

De verdad, se llevaba muy bien con ellos, pero aquel era uno de esos momentos en los que no le importaría tener un poco más de intimidad.

—Por cierto, ¿podéis hacerme un favor? —preguntó Aitor a los dos.

—Claro —respondieron al unísono.

Aitor los miró seriamente, totalmente erguido al lado de la puerta.

—Dejad de darme el coñazo —pronunció antes de cerrar la puerta en las narices de sus compañeros.

Miguel y Marc enarcaron una ceja mientras la puerta se cerraba con un fuerte golpe ante ellos.

—Y esto demuestra que no ha tenido sexo —Señaló Miguel hacia la puerta de su jefe.

Marc rio por su comentario.

—O este no ha sido satisfactorio.

—¿Cuándo no es satisfactorio? —preguntó Miguel sorprendido.

Aitor puso los ojos en blanco al escuchar los comentarios a través de la puerta. La madre que los... sabía que estaban bromeando con él, que pretendían sacarle información, pero no iban a conseguirlo por más que insistiesen o le provocasen.

Suspiró aliviado cuando escuchó los pasos de sus compañeros por el pasillo rumbo al comedor.

—Menos mal —susurró mientras se quitaba la camisa.

Sabía que Miguel era bien capaz de abrir la puerta y seguir con su interrogatorio. Lo único que deseaba ahora era estar tranquilo y no escuchar las bromas de sus compañeros.

Se cambiaría de ropa y subiría a la oficina antes de acostarse para ver si Paco le había vuelto a escribir, aunque lo dudaba mucho, pues sus compañeros vigilaban el correo electrónico continuamente.

La imagen de Nerea retrocediendo tras que él observase sus labios hizo que todos sus músculos entrasen en tensión.

Aquello iba a ser divertido.

Le había costado conciliar el sueño. Por suerte, tal y como le había recordado Miguel, no les hacían falta muchas horas de descanso, con pocas horas ya se reponían.

Se había levantado a las seis y dado una ducha rápida. A las seis y veinte ya estaba desayunando en la cocina y cinco minutos después sus compañeros se habían unido a él.

A las siete menos cuarto giraban por una de las calles de Monforte de Lemos rumbo al domicilio de Jaime y Rut para sustituir a sus compañeros.

Aitor resopló y miró por la ventana del copiloto. Algunos jóvenes aún seguían de juerga aprovechando las últimas horas de las fiestas del pueblo.

—Sabes que soy tu jefe, ¿verdad? —preguntó volviendo la mirada hacia Miguel que conducía.

Miguel giró un momento su cuello, miró a Aitor y se encogió de hombros.

—Bahhhh —pronunció como si aquello no tuviese importancia.

—Al menos dinos su nombre... —continuó Marc sentado en el asiento de atrás.

Aitor se pasó la mano por la cara agobiado y resopló.

—¿Margarita? ¿Rosa?... —preguntó Miguel intrigado.

—¿Azucena? ¿Begonia? —continuó Marc.

Aitor suspiró y miró fijamente a sus compañeros.

—¿Iris? ¿Jazmín? —rió Miguel.

—¿Violeta? ¿Petunia? —insistió Marc.

—¿Melissa?

—Por Dios —Cerró los ojos Aitor y suspiró.

—Hummm... —Marc se quedó pensativo—, no se me ocurre ninguno más. —Miró a su jefe intrigado—. ¿Flor?

—¿Lo has pillado, jefe? —preguntó Miguel riendo—. Son nombres de flores para mujer... como Susana dijo que debías hablar con la chica de las flores...

—Sí, sí, sois muy originales —ironizó.

—¿Hemos acertado o qué? —preguntó Marc desde atrás.

—No —respondió Aitor, luego señaló hacia delante. Desde allí ya podían ver el todoterreno de sus compañeros aparcado en la acera frente a la casa de Jaime y Rut—. Que tenga un negocio de jardinería no implica que deba tener nombre de flor. Aparca detrás de ellos —ordenó.

No esperó ni a que Miguel apagase el vehículo, saltó inmediatamente de este y se dirigió al de sus compañeros, aparcado justo delante. No tenía más ganas de conversar sobre Nerea, prefería intentar tomarse las cosas con calma, tal y como exigía el gesto de ella.

—Buenas —dijo Daniel que bajaba la ventanilla al verlo aproximarse.

Daniel permanecía en el asiento de atrás mientras Víctor se mantenía al volante y Lucas en el asiento del copiloto.

—¿Qué tal ha ido la noche? —preguntó Aitor colocándose frente a la ventanilla.

—Bien —respondió Daniel.

—¿Habéis podido descansar algo?

Lucas bajó también la ventanilla del copiloto para hablar con Aitor.

—Hemos hecho tres turnos, así que hemos dormido más o menos —comentó con sinceridad—. No es que haya dado muchos problemas... —dijo señalando con un movimiento de cabeza hacia

la casa de Jaime y Rut.

Aitor miró hacia la casa y se quedó asombrado.

—El colega no se mueve de ahí —intervino Víctor.

—Lleva toda la noche mirando en la misma dirección —continuó Daniel

Aitor miró sorprendido. Reconoció a Jaime de inmediato, era el mismo hombre al que habían seguido por el bosque tras el monasterio. Permanecía totalmente ensimismado, con la mirada clavada en un punto muerto, sin pestañear.

—¿Está acompañado? Creo que habla con alguien —dijo Aitor escudriñándolo.

—Qué va —continuó Daniel—. Lleva toda la noche haciendo eso.

Marc y Miguel se acercaron también para ver a sus compañeros.

—¡Ya os dije que el tío está como una cabra! —recordó Marc. Luego miró a sus tres compañeros borrando la sonrisa de su rostro—. Por cierto, ¿quién de los tres se ha comido mi fuet? —Y su voz sonó totalmente enojada.

Aitor puso los ojos en blanco, colocó la mano en el pecho de Marc y lo empujó levemente hacia atrás. Miró a sus tres compañeros.

—Venga, vosotros tres, afuera. Cambiamos de todoterreno. Id a casa y descansad —indicó Aitor.

—No estamos cansados, hemos dormido nuestras horas aquí... —intervino Daniel—, si necesitas que nos quedemos para...

—Prefiero que descanséis —dijo abriendo la puerta del copiloto. Se giró y miró a Miguel—. Al asiento del conductor —ordenó mientras Víctor salía dejándole el sitio a su compañero.

—En serio... —insistió Marc—, mi fuet, ¿quién se lo ha comido?

Daniel enarcó una ceja cuando salió del vehículo.

—A mí no me mires...

Lucas puso los ojos en blanco mientras salía del asiento del copiloto y dejaba paso a Aitor.

—Desde luego, cómo sois los catalanes... —comentó mientras se dirigía al otro todoterreno.

Marc miró a Víctor que se encogió de hombros dándole a entender que no sabía nada. Marc resopló y alzó una mano hacia Lucas.

—¡Hay que aprender a respetar la propiedad privada!

—¡Por Dios! —comentó Víctor subiéndose al otro todoterreno en el asiento del conductor—. Solo es un fuet.

—¿Te lo ibas a comer con *pan tumaca*? —ironizó Lucas.

Marc enarcó una ceja.

—Se dice *pa amb tomàquet*, y sí, eso iba a hacer.

Víctor arrancó el vehículo y puso primera.

—Cualquier cosa que necesitéis, avisadnos —dijo Daniel a través de la ventana a sus tres compañeros que se quedaban para hacer el turno de día.

Aitor observó cómo el todoterreno se alejaba hasta que giró una esquina y desapareció. Elevó su mirada hacia aquella ventana donde Jaime observaba al infinito mientras Marc subía a la parte trasera.

—En serio, me ponen de los nervios —susurró cerrando la puerta con un portazo.

Aitor se giró y sonrió a su compañero.

—Joder, si tanto significaba ese fuet para ti puedes ir a comprarte otro.

—No es eso, no es la primera vez que ocurre. No me importa compartir, pero... joder, dímelo y avísame de que se ha agotado, ¿no? —Resopló—. Esto no va a quedar así...

Miguel se giró y enarcó una ceja hacia él.

—¿Quieres que notifiquemos a Paco y al CNI la desaparición del fuet? —ironizó.

—Ja, ja... —se burló Marc apoyándose contra el asiento de su jefe para observar hacia delante. Jaime seguía ahí, moviendo sus labios como si hablase con alguien. Miró a su jefe de reojo—. Es posible que sea una enfermedad neurológica...

—Es posible. —No desechó la idea Aitor mientras Miguel lo miraba de reojo no muy seguro con lo que su jefe respondía—. Pero la fuerza, su conducta, la voz... era diferente a todo lo que hemos visto. —Se cruzó de brazos y se apoyó contra el respaldo—. A saber lo que dice...

—Ayer dijo una frase rara —recordó Miguel.

—¿El qué? —preguntó Marc con interés.

—Shadigii numi pacju... o algo así —recordó Miguel. Se giró hacia su compañero y lo miró extrañado—. No es catalán, ¿verdad?

—¡No! —gritó Marc.

—Ya me parecía a mí... —continuó Miguel pensativo.

—Sí realmente está poseído es posible que se trate de una lengua muerta —explicó Aitor.

—Pues ni idea... —dijo Marc—, y además no podemos preguntarle a Paco por una traducción —recordó.

Aitor suspiró y miró a sus compañeros.

—Quizá con el traductor de Google... —comentó.

—No sabemos ni la lengua que es —recordó Miguel—, puede ser una lengua antigua o puede ser una ida de olla de ese tío. Y mira el tonto... —dijo señalando hacia la ventana—, no deja de hablar.

Los tres se quedaron observándolo intrigados hasta que Aitor miró el reloj de su muñeca.

—¿Os apetece un café? —preguntó mirando alrededor.

—Ya voy yo a buscarlos —comentó Marc.

La zona la conocían, la casa estaba en pleno centro, a poca distancia de la calle principal donde montaban las casetas.

En menos de diez minutos Marc había vuelto con tres cafés con leche.

Al cabo de tres horas todos se comían un bocadillo con un refresco en el interior del vehículo.

—En serio... —dijo Miguel sorprendido sin apartar la mirada de la silueta de Jaime—, ¡no se mueve ni para mear! —exclamó.

Aitor dejó su refresco en el salpicadero cuando escuchó la música de su móvil. Lo observó confundido. Ese número no lo conocía.

—¿Tu novia la reina de la primavera? —preguntó Miguel con una sonrisa, alzando sus dos cejas al unísono.

Aitor suspiró y se llevó el teléfono al oído.

—¿Sí?

—Buenos días —comentó una voz masculina y temblorosa—, ¿es Aitor?

Aitor miró a sus compañeros sin comprender nada.

—Sí, soy yo. ¿Quién lo pregunta?

—Soy el padre Santiago —contestó.

Aitor se incorporó de inmediato sobre el asiento.

—Padre Santiago —exclamó y miró a sus compañeros que lo observaron expectante—, ¿a qué debo su llamada? ¿Ha ocurrido algo? —preguntó preocupado.

Escuchó al sacerdote suspirar, incluso dudar, como si se debatiese en pronunciar las siguientes palabras.

—¿Seguís interesados en colaborar? —preguntó.

Aitor miró a sus dos compañeros que lo observaban intrigados, obviamente no habían escuchado nada de lo que el padre Santiago le había propuesto. Ciertamente era que sus superiores, tal y como les había informado Paco, habían denegado aquella misión para ellos. Los exorcismos eran competencia de la iglesia y ellos no debían entrometerse, pero era el propio sacerdote el que los estaba llamando, así que... Se debatió unos segundos y finalmente asintió.

—Sí.

—De acuerdo. A las doce en la iglesia de San Saturnino. —Directamente colgó, sin esperar respuesta por parte de Aitor.

Aitor descendió el móvil de su oído lentamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Marc.

—El padre Santiago se ha ofrecido a que colaboremos con él. Dice que estemos a las doce en la iglesia de ayer, en la de San Saturnino.

Tanto Marc como Miguel lo miraron impresionados.

—Vamos a ir, ¿verdad? —preguntó Miguel.

—Le he dicho que sí, pero ya sabéis que el CNI nos ha negado...

—Chorradas —comentó Marc extrayendo su propio teléfono—. Llamo a Daniel y les digo que vengan para aquí, ¿o nos vemos en el pueblo?

—Espera, espera... —lo cortó Miguel—, alguien tiene que quedarse a vigilar a Jaime.

—¡Anda ya! Jaime no parece tener intención de moverse de ahí —comentó Marc señalando la ventana mientras se llevaba el teléfono a la oreja.

Miguel se giró hacia Aitor y suspiró, esta vez adoptó un gesto más serio mientras Marc hablaba con Daniel para explicarle lo ocurrido.

—¿Qué hacemos? —preguntó seriamente.

—Marc tiene razón, no creo que Jaime se mueva de ahí. El padre Santiago nos puede ayudar a comprender la situación.

Miguel asintió y se giró para observar a Marc.

—Vale, nos vemos allí —dijo Marc antes de colgar—. Nos vemos en la iglesia.

—Está bien —comentó Aitor y miró a Miguel que permanecía expectante ante lo que su jefe ordenase—. Vamos a hablar con el padre Santiago, a ver qué nos puede aclarar.

Aitor se cruzó de brazos y ladeó su cuello.

—Ya sabéis que el CNI no nos da competencia para actuar en casos de exorcismo... —Miró a todos sus compañeros, uno a uno—, así que esto es una decisión que debemos tomar entre todos.

—Yo lo tengo bastante claro —comentó Daniel.

Aitor asintió.

—Si ayudamos al padre Santiago vamos a excedernos en las competencias que nos dan, así que es algo que debemos hablar entre todos...

—¿Qué hay que hablar? —preguntó Víctor—. Todos lo tenemos claro.

—Ya —dijo echando una mano hacia delante para que le dejaran acabar de hablar—, pero sabéis que si nos pillan nos pueden abrir un expediente.

—Pffff, paparruchas —comentó de nuevo Víctor—. ¿Pretenden que estemos de brazos cruzados? Esto es muy aburrido.

—Así al menos tendremos algo en lo que entretenernos —intervino Marc—. Por mí, vamos a ello.

—Y por mí —dijo Lucas.

Aitor miró a Miguel que aún no había intervenido en la conversación.

—Ya sabes mi respuesta —comentó con una media sonrisa.

—Está bien. —Suspiró y se giró para observar el poblado de Froxán—. Veremos qué nos tiene que explicar —dijo iniciando el paso. Habían aparcado los dos todoterrenos en el mismo sitio que el día anterior, a las afueras del poblado, ya que las calles eran muy estrechas—. Hoy mejor vamos por la calle contigua. Las mujeres eran muy amables, pero no quiero entretenerme —comentó—. En cuanto hablemos con el padre Santiago volvemos al piso de Jaime, no quiero dejarlo sin vigilancia —comentó hacia Marc y Miguel.

Se adentraron en el poblado y giraron la primera calle a la derecha para subir la cuesta que los llevaría a la parte alta del poblado, donde se encontraba la parroquia de San Saturnino.

Daniel incrementó el paso y se adelantó colocándose al lado de Aitor

—¿Es verdad que tuviste una cita ayer? —Aitor miró a Daniel sorprendido y luego se giró hacia el resto de sus compañeros sin dejar de caminar. Volvió a mirar a Daniel y enarcó una ceja—. Miguel nos llamó por la noche para preguntarnos cómo estaba el tema con Jaime y nos dijo que tú no estabas... que mejor no te molestásemos.

Aitor resopló y chasqueó la lengua.

—¿A eso os dedicáis cuando no estamos trabajando? ¿A cotillear?

Daniel le mostró los dientes en una sonrisa forzada, incluso sus ojos azules chispearon graciosos.

—Ya ves, jefe, nos hace falta estar entretenidos. Nos irá bien ayudar al padre Santiago.

—Sí, creo que sí —le dio la razón.

—¿Y bien? —preguntó intrigado—. ¿Quedaste o no?

Aitor suspiró y miró al frente. Unos metros por delante aparecía ya la parroquia.

—Sí, fui a cenar con ella y me volví, ¿contento?

Daniel colocó una mano en la espalda de Aitor y la golpeó con una palmada que provocó que avanzase unos metros hacia delante.

—¡Bien hecho! —lo felicitó.

Aitor resopló.

—Solo fue una cena —informó rápidamente. Miró hacia delante. El padre Santiago los esperaba fuera de la parroquia, sentado en un banco junto a la joven monja.

—¿Está con la monja? —preguntó Daniel asombrado—. Pensaba que íbamos a hablar con él a solas.

—Yo también —reaccionó.

Daniel lo miró de reojo sin dejar de avanzar.

—Es muy joven para ser monja, ¿no? ¿Qué debe de tener? ¿Veinticuatro años? ¿Veinticinco?

Miguel se acercó rápidamente, ante la sorpresa de los dos.

—Y es guapetona...

Aitor suspiró.

—¿Tienes una antena parabólica en el oído o qué?

Daniel miró a Miguel.

—Quizá sea solo novicia, a lo mejor aún no es monja.

Miguel hizo un gesto de disgusto.

—Es una pena...

—Migueeeeeel —arrastró las palabras Aitor.

—¿Qué? Es una chica muy guapa, es una pena que sea monja —comentó risueño—, ¿o acaso lo vas a negar? Ah, no... perdona... —reaccionó rápidamente—, que tú solo tienes ojos para la chica primavera —acabó riendo.

Aitor resopló y decidió no contestar a aquella provocación. Estaba claro lo que buscaban. No

solo querían picarlo, sino que querían sonsacarle información, algo que no iban a conseguir fácilmente.

El padre Santiago y Anael, la monja, se pusieron en pie al verlos llegar.

Aitor se adelantó al resto de sus compañeros hasta colocarse frente a ellos.

—Buenos días, padre Santiago. —Luego miró a la monja y dudó sobre cómo dirigirse a ella—. Señorita... —pronunció con educación. Anael sonrió al escuchar aquello y miró al padre Santiago de reojo mientras todos los miembros de la división llegaban—. Gracias por llamar, ha sido toda una sorpresa.

El padre Santiago los miró a todos y asintió.

—Esta mañana he hablado con el padre Rafael y me ha explicado lo ocurrido ayer. —Hizo un gesto gracioso con su rostro—. Parece que lo dejasteis bastante impresionado. —Colocó las manos por delante de la sotana, juntándola—. Dadas vuestras... habilidades —señaló—, quizá sí pudieseis ayudar.

—Estamos deseándolo —comentó.

El padre Santiago suspiró y miró a Anael unos segundos, la cual asintió.

—El padre Rafael me ha informado que lo que ocurrió ayer es una posesión al cien por cien.

—Eso creemos —comentó Miguel situado al lado de Aitor.

—Me ha explicado que si no fuese por vosotros seguramente habría recibido unos cuantos golpes —continuó el sacerdote. Miró a Aitor con determinación—. Está bien —pronunció con decisión—, permitiré que me acompañéis en uno de los exorcismos, a ver cómo se os da... —Luego ladeó su cabeza—, pero primero deberéis aprender unas cuantas cosas.

—Siempre estamos dispuestos a aprender —se apresuró a contestar Aitor.

—De acuerdo —Se giró y miró el interior de la pequeña parroquia—, pues demos una pequeña clase antes de que os enfrentéis al mal más supremo que hayáis visto nunca —comentó girándose hacia la capilla.

Los seis miraron la Biblia que les había dado el padre Santiago a cada uno.

Se habían sentado en el interior de la parroquia, iluminada por la tenue luz de las velas. Anael había cerrado la puerta y se había sentado en uno de los asientos del medio, observando lo que el padre les iba relatando.

—El rito que la iglesia usa para el exorcismo data del 1614, el rito del Papa Paulo Quinto. Es el más efectivo —explicó el padre Santiago.

—Pero nos ha dicho que hay otro rito... —intervino Miguel.

—El particular, este se suele realizar por sacerdotes que no han sido ordenados exorcistas por el Vaticano o por personas civiles. —Los miró a todos fijamente—. La iglesia católica prohíbe realizar el exorcismo solemne a gente común. Esto está estipulado en el canon 1172 del código de la ley canónica. A estos, solo se les permite realizar oraciones de liberación.

—¿Es la que decía el padre Rafael? —preguntó Víctor.

—Supongo —respondió el sacerdote—. No es tan efectivo, pero... —Se encogió de hombros—, algo es algo. —Señaló a las Biblias que tenían entre las manos—. Al final os he puesto en un pequeño papel la oración de liberación. Deberéis aprenderla de memoria.

Marc no parecía muy seguro de lo que estaba explicando.

—Ya, pero... ¿y si se trata de una enfermedad mental? —comentó divertido—. Vamos, puede darse el caso de que...

—Puede darse —lo interrumpió el sacerdote—. La mayoría lo son. Por eso mismo, para realizar un exorcismo solemne, es necesaria la presencia de un facultativo médico. Él evalúa a la persona primero y decide si es recomendable realizar el exorcismo o, por el contrario, es mejor ingresarlo en un centro médico o psiquiátrico. —Inspiró intentando relajarse—. Muchacho, me he encontrado de todo. La mayoría de las personas que creían estar poseídas porque escuchaban voces y tenían pensamientos impuros resultaban ser problemas mentales, pero hay un pequeño porcentaje que no son enfermedades... hay algo más. —Los señaló—. Vosotros deberíais creerlo, me dijisteis que os enfrentabais con seres sobrenaturales...

—Así es —comentó Aitor.

—Ya... —intervino de nuevo Marc—, pero eso son personas reales, tangibles...

—Y una posesión también lo es. Ya te darás cuenta —sentenció mientras Marc hacía un gesto no muy seguro. El sacerdote enarcó una ceja al ver la inseguridad del joven—. Para que un exorcismo funcione es necesario que se cumplan unos requisitos. Primero y más importante, deben haber más de dos personas y estas deben ser fuertes en la fe... —Miró a Marc con duda—, ¿estás seguro de que quieres participar en esto?

Marc parpadeó varias veces sorprendido por la pregunta del sacerdote.

—Sí, claro —respondió mirando de reojo a sus compañeros, cohibido por la situación.

El sacerdote asintió y miró al resto.

—¿Por qué es necesario que haya dos o más personas? —preguntó el sacerdote, aunque de inmediato dio una respuesta—. Normalmente, el poseído tiene ciertas habilidades, posee una fuerza sobrehumana, a eso lo llamamos sansonismo, y ahí es donde intervenís vosotros.

Aitor asintió.

—Jaime, el hombre que le hemos comentado, pudo romper una cadena de hierro sin problema.

El padre Santiago asintió.

—Y no solo eso, pueden hacer muchas más cosas: arrojar objetos muy pesados con un simple golpe o puñetazo, mover objetos sin tocarlos, hablar en varios idiomas, hablar con voces diferentes a la suya...

—Sí, sí... —intervino Miguel ante la mirada un poco desesperada del sacerdote, pues no dejaban de interrumpirlo. Quizá no hubiese sido tan buena idea que les hubiese dicho que podían preguntar todas las dudas que tuviesen—. Jaime hablaba con una voz extremadamente grave y decía unas cosas muy raras. Aquí, el colega —dijo colocando una mano en el hombro de Marc que lo miró sin comprender—, dice que no era catalán, y por lo que me ha dicho Daniel tampoco era gallego... ni euskera —pronunció con una sonrisa mirando a su jefe, el cual suspiró ante la intervención de su compañero. ¿Por qué siempre tenía que soltar alguna broma?

—¿Recuerdas sus palabras? —preguntó el sacerdote intrigado.

—Era algo como: Shadigii numi pacju.

El sacerdote se quedó mirándolo fijamente, desencajando la mandíbula. Aquel gesto llamó la atención de todos que se removieron nerviosos.

—¿Significa algo, padre? —preguntó Aitor.

El sacerdote tragó saliva y miró a la espalda de los muchachos, donde se encontraba Anael. Todos se giraron cuando escucharon unos pasos. La joven monja caminaba hacia el sacerdote, se colocó a su lado y los miró.

—Es arameo... —miró al sacerdote y apretó los labios, luego volvió a fijar su atención en el resto—. Significa: las puertas del infierno se abrirán.

Aquellas palabras cogieron desprevenidos a todos.

—¿En serio? —preguntó Lucas.

—¿Sabéis si tiene conocimientos sobre lenguas muertas? —preguntó Santiago.

Todos negaron. El sacerdote suspiró y se giró preocupado hacia la monja.

—Es la misma frase que decían los otros —le recordó Anael.

Miguel miró a Marc.

—Te dije que era una posesión —le susurró.

—Cállate —le reprochó Marc intrigado con aquel dato.

Aitor los miró preocupado.

—¿Qué otros? —preguntó llamando la atención de los dos.

Tanto el sacerdote como la joven se giraron hacia él. Se quedaron en silencio unos segundos hasta que Santiago se explicó.

—Últimamente el número de posesiones ha aumentado.

—Algo nos comentó el padre Rafael sobre eso —recordó.

—Ya —Apretó los labios—. Anteriormente podían darse una o dos posesiones reales al año en toda la diócesis, pero estas eran muy suaves o bien infestaciones, es decir, el demonio se expresaba más en temas de poltergeist o psicofonías. Nunca llegaba a atacar o a invadir realmente, al cien por cien, a una persona. —Suspiró—. Desde principios de junio, llevamos unas veinte posesiones reales, una invasión al cien por cien. Se están intensificando.

—¿Por qué? —preguntó Aitor de inmediato.

—Eso es lo que intentamos averiguar. Jamás habíamos vivido algo así. Es prácticamente una posesión real cada pocos días.

—Perdón por mi ignorancia... —intervino Lucas atrayendo la atención de todos—, pero cuando se realiza un exorcismo, ¿no se habla con el demonio? ¿No se le puede preguntar?

Aquello hizo que tanto el padre Santiago como Anael sonriesen incrédulos.

—Joven, si fuese tan fácil, ¿no crees que todo el mundo podría realizar un exorcismo? —Dio un paso hacia delante—. Normalmente, el demonio no colabora en su exorcismo, más bien todo lo contrario. Se vuelven muy agresivos, amenazan e incluso meten el miedo en el cuerpo a las personas que están en la sala... por eso, uno de los requisitos más importantes del rito del exorcismo es no entablar una conversación real con el demonio que habita en el interior del poseído.

Anael suspiró.

—En el último exorcismo que practicamos, hace dos días ... —Todos enarcaron una ceja y ladearon su cabeza al escuchar a la joven. ¿Ella intervenía en los exorcismos? Aquello les había cogido por sorpresa a todos. Se la veía tan joven y delicada que les parecía incapaz de enfrentarse a lo que el sacerdote les narraba—, y en muchos otros han repetido esa misma frase en arameo.

—¿Todos lo dicen? —preguntó Aitor.

Anael asintió.

—Eso es lo más extraño de todo. Muchos de los poseídos se conocen del pueblo, pero ninguno ha estado en la posesión del otro ni ha asistido a su exorcismo. Otros es imposible que se conozcan, sin embargo, todos dicen esa frase.

—Pues está claro que algo ocurre —sentenció Aitor.

—Intentamos averiguarlo, pero las fuerzas del mal no colaboran —ironizó el sacerdote.

—Quizá con unos cuantos puñetazos... —comentó Lucas como si nada.

Santiago lo miró y enarcó una ceja.

—Está claro que no habéis estado nunca en un exorcismo. —Los miró con atención a todos—. Cada día que pasa la intromisión del demonio en el cuerpo del poseído es mayor y la cosa se pone más tensa. Objetos que vuelan de un lado a otro, fuerza sobrehumana... el demonio se resiste a abandonar el cuerpo y volver al infierno.

Aitor se quedó observando al sacerdote. Suponía que a todos les debía costar aceptar aquello. Lo que habían presenciado el día anterior era realmente extraño, jamás habían presenciado algo así en todos los años que llevaba trabajando para el CNI, pero realmente parecía sacado de una película o de un libro de terror.

—De acuerdo, ¿y cómo se le expulsa? —preguntó Aitor intentando encarrilar el tema. Si iban a estar presentes en un exorcismo debían saber qué pasos seguir, ya que tenían la oportunidad de ayudarlo no quería fastidiarlo.

El sacerdote agradeció que encarrilase el tema.

—Como he dicho, siempre debe haber dos o más personas, incluido un facultativo médico que valorará continuamente las constantes del poseído. —Los señaló—. Antes de iniciar un ritual de exorcismo es aconsejable dos o tres horas de lectura de la Santa Biblia...

—¿En serio? —preguntó Lucas.

El sacerdote hizo caso omiso a aquella pregunta.

—Y además... —prosiguió Santiago—, es obligatoria la confesión. —Todos lo miraron fijamente, pues parecía que no estaban muy de acuerdo con ello—. El demonio puede saber los pecados y atacarnos con ellos, por eso se requiere antes de comenzar una confesión de todos los participantes.

Aitor suspiró y miró a sus compañeros. La mayoría no parecían de acuerdo con esa parte. Carraspeó y miró al sacerdote.

—De acuerdo y ¿qué quiere que hagamos exactamente en el exorcismo? —preguntó entrando en materia.

El sacerdote asintió y se apoyó contra el altar.

—El exorcismo solemne se compone de tres pasos. Jamás... —les advirtió con la mano—, jamás se debe hacer en otro orden o detenerlo sin finalizar el rito, ¿de acuerdo? Por lo que no intervendréis más que en lo que estrictamente se os permita y sobre todo para retener al poseído si presenta sansonismo. —Todos asintieron—. Se inicia con oraciones a Dios, por ejemplo, podemos rezar un padre nuestro y una salve... ¿los conocéis? —Todos asintieron—. En ese momento, el poseído comenzará a impacientarse, sobre todo cuando se le arroja agua bendita. No soporta escuchar las oraciones ni los elementos sagrados, por eso es muy importante que todos llevéis una cruz y, además, llevéis la Biblia en la mano. Posteriormente, se inicia la lectura del Evangelio con algunos salmos donde Jesús expulsa a los demonios... —Abrió la Biblia y señaló uno—. Yo suelo comenzar con el salmo veintisiete. —Bajó la mirada hacia las Sagradas Escrituras y leyó—. El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es el baluarte de mi vida, ¿quién podrá amedrentarme? Cuando los malvados avanzan contra mí para devorar mis carnes, cuando mis enemigos y adversarios me atacan, ellos son los que tropiezan y caen. Aun cuando un ejército me asedie, no temerá mi corazón, aun cuando una guerra estalle contra mí, yo mantendré la confianza. —Alzó la mano para dar más énfasis a sus palabras—. Una sola cosa le pido al Señor, y es lo único que persigo, habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida para contemplar la hermosura...

Marc miró confundido a Aitor.

—Esto... —susurró sin interrumpir al sacerdote—, ¿lo debemos leer nosotros?

Aitor suspiró.

—¿No te estás enterando o qué? Esto lo lee él.

—Oye, Señor, mi voz cuando a ti clamo, compadécete de mí y respóndeme... —continuaba el sacerdote.

Aitor miró a Marc enfadado.

—Haz el favor de atender, no quiero problemas.

Marc hizo un gesto de desagrado y asintió.

—Pon tu esperanza en el Señor, ten valor, cobra ánimo. ¡Pon tu esperanza en el Señor! —acabó exclamando el sacerdote elevando su mano, como si interpretase el papel protagónico en una obra de teatro.

Todos se quedaron observando, sin pestañear, y Marc tuvo intención de aplaudir, pero Aitor lo detuvo de inmediato colocando una mano sobre las suyas.

—Y nosotros... mientras lee el salmo, ¿qué hacemos?

—Lo mejor es que lo leáis en voz baja, siguiendo las escrituras, concentrándoos en ellas. Podéis estar de pie, sentados... aunque lo mejor es estar de rodillas y, cada vez que pronuncie la palabra “Señor”, debéis realizar la señal de la cruz —pronunció haciendo él mismo el gesto. Se llevó la mano a la frente, luego al pecho y del hombro izquierdo al derecho—. Mientras esto ocurre, es posible que el poseído comience a gritar, a sacudirse, que los fenómenos paranormales comiencen a manifestarse...

—Eso es lo que me gusta —pronunció Miguel entusiasmado.

—No le prestéis atención. —Los señaló con la mano—. Diga lo que diga, haga lo que haga... no olvidéis que os habla el demonio. El demonio intentará atemorizaros, os insultará, os provocará... no le prestéis atención. Cuando acabe de recitar esto le preguntaré su nombre y, como es de esperar, no me lo dirá...

—¿Por qué? —pregunto Lucas.

—Normalmente un demonio jamás revelará su nombre a no ser que se vea muy amenazado, entre la espada y la pared. Pensad que con el exorcismo se intenta expulsar al demonio, se mueven

las fuerzas y energías del bien para someter al demonio que atormenta al poseído. Muchas veces, el demonio no puede soportar esto. Únicamente podremos expulsar a ese demonio cuando sepamos su nombre y pueda formular el mandato de expulsión contra él.

—Ya... —intervino Daniel—, disculpe padre, pero ¿cuánto suele durar?

—No hay un tiempo determinado. Depende de la fuerza de ese demonio y de la fe de los que estemos allí. —Se encogió de hombros—. Hay veces que debe detenerse el rito porque este desgasta mucho físicamente a la persona, que puede llegar a morir. A veces basta con una sesión, otras... hacen falta diez, veinte... incluso treinta sesiones para descubrir el nombre del demonio.

—Madre mía... —comentó Miguel asombrado.

—Se han dado casos, en el Vaticano, en que han tardado años en expulsar a un demonio...

—Joder —susurró Miguel—, perdón, perdón... —rectificó rápidamente— ¿años?

El sacerdote lo miró.

—No implica que estés años sin parar. Normalmente un poseído tiene momentos de lucidez donde actúa como una persona normal, incluso es consciente de lo que le ocurre, el problema es cuando el demonio toma el control sobre su cuerpo. —Suspiró—. El exorcismo consiste en eso, en provocar que este demonio se manifieste y obligarlo a salir de él y volver al infierno.

—Y... ¿cómo sabremos que ha acabado el exorcismo? —preguntó Víctor.

—¿Que hemos expulsado al demonio? —preguntó Santiago—. Créeme, lo sabréis. Habrá silencio —comentó como si aquello fuese lo más importante. Los miró a todos. Se les veía jóvenes, inexpertos en esta materia, pero una vez que el padre Rafael le explicase lo ocurrido y por cómo habían reaccionado estaba seguro de que no se asustarían por lo que viesan. Solo esperaba no estar equivocándose. Miró a Anael que lo observó con aquellos brillantes ojos azules y estuvo seguro de que aquello no era un error—. De acuerdo, sobre todo, lo más importante es que no dialoguéis con el ente. Vamos a expulsarlo, no a mantener una agradable conversación, ¿de acuerdo? —Todos asintieron—. Estupendo, pues... ¿quién es el primero? —preguntó dirigiéndose al asiento donde había depositado su estola. La cogió y la colocó sobre sus hombros esperando una respuesta.

Todos se miraron sin comprender.

—El primero, ¿para qué? —preguntó Aitor.

—Para confesarse —respondió como si no hubiese opción a duda.

En ese momento las miradas de reojo abundaron entre todos ellos, incluso algún carraspeo que denotaba no estar preparado para una confesión.

Al ver que ninguno se decidía Santiago suspiró.

—Anael, ¿puedes llamar a Raúl? —Miró a los muchachos—. Es el médico que nos suele acompañar en los exorcismos, si no puede él que avise a Catalina. Haremos una visita a Jaime. —Los miró a todos y enarcó una ceja—. ¿Y bien?

Aitor resopló y se puso en pie.

—Ya voy yo primero —comentó dirigiéndose al sacerdote.

En cuanto Aitor entró por la puerta situada a la derecha de la capilla, donde había una pequeña habitación que hacía las veces de sacristía, todos se giraron hacia Anael. Un mechón de cabello rubio se escapaba por debajo de la cofia con que cubría la cabeza. Era una chica bastante menudita.

Miguel se apoyó contra el respaldo, observándola.

—Así que... monja —pronunció llamando la atención de todos que lo miraron asombrados, en especial ella—, eres muy joven, ¿Cómo es que decidiste hacerte monja?

A Marc casi se le salían los ojos de las cuencas.

—Migueeeel —susurró a su lado llamándole la atención.

—No, no importa —respondió Anael con voz dulce y focalizó su atención en Miguel—. Recibí la llamada de Dios hace mucho tiempo —contestó.

—Ahhhhh —respondió Miguel que parecía interesado en la muchacha—, y... ¿acompañas muchas veces al padre Santiago en los exorcismos?

Aquella pregunta sí que interesó a todos. La muchacha sonrió un poco nerviosa al ser el centro de atención de todos.

—Siempre —respondió con el mismo tono de voz—. Para eso estoy aquí. Le ayudo en todo lo que necesita.

Miguel asintió pensativo, dándole vueltas a un asunto.

—¿Siempre has querido ser monja? —preguntó enarcando una ceja.

—¡Miguel! —lo interrumpió Aitor que salía de la sacristía—. No creo que sea buena idea interrogar de esa forma a... —Dudó en cómo llamarla—, a la muchacha.

Ella se giró hacia él con una sonrisa tranquila.

—No importa.

Aitor puso los ojos en blanco y suspiró.

—El siguiente —indicó con un movimiento de cabeza hacia la puerta que conducía a la sacristía.

De nuevo, se miraron todos entre sí.

—Ya voy yo... cobardes —comentó Lucas poniéndose en pie.

Aitor fue hasta ellos y miró a la muchacha.

—Disculpa a mi compañero... —Miguel arrugó la nariz—, parece que no tiene filtro —Y fulminó con la mirada a Miguel.

Ella negó con la cabeza.

—No pasa nada. No es la primera vez que me preguntan algo así. A la iglesia acuden muchos fieles y la gran mayoría se sorprenden al verme —rio la muchacha quitándole importancia. Luego miró a Miguel—. A partir de ahora nos veremos mucho más... —Y se giró hacia Aitor—, estará bien poder conocernos mejor.

Miguel miró mosqueado a su jefe.

—Has sido muy rápido en la confesión, ¿no?

—¿Qué quieres que haga? Soy un santo... —pronunció con una sonrisa.

Miguel chasqueó la lengua.

—¿Ya le has hablado al padre Santiago de tus pensamientos impuros con la chica de las flores?

Todos estuvieron a punto de caer de culo sobre el suelo.

—¡Miguel! —Llamó su atención esta vez Víctor mientras Aitor tensaba todos los músculos de su cuerpo y miraba de reojo a la muchacha. Al menos no parecía escandalizada ni hizo ademán de querer salir corriendo de allí. De todas formas, por lo que había explicado se enfrentaba a posesiones, así que aquella conversación debía de ser una balsa de agua en comparación.

Lucas entró en la sacristía. La habitación era pequeña, al final, el padre Santiago permanecía sentado en una silla, a su lado, había un reclinatorio donde suponía que debía de arrodillarse.

Lucas carraspeó.

—Es la primera vez que voy a confesarme —se sinceró mientras se acercaba.

—Siempre hay una primera vez para todo —contestó el sacerdote indicándole de forma afable que se arrodillase a su lado. Lucas se colocó sobre el reclinatorio y miró al sacerdote sin saber qué hacer—. Ave María purísima. —Lucas lo observaba sin comprender—. Debes responder sin pecado concebida.

—Ah, de acuerdo.

—Ave María purísima...

—Sin pecado concebida —contestó Lucas.

Santiago asintió y cerró los ojos.

—Dime hijo, ¿de qué te arrepientes?

Lucas resopló.

—Vamos a ver... ¿por dónde comienzo? —Aquello llamó la atención del sacerdote que abrió los ojos sorprendido y lo miró de reojo—. Me he comido el fuet de mi compañero y no se lo he dicho... —Aquella frase hizo que el sacerdote mirase contrariado al joven, el cual le devolvió aquella mirada—. Y no es la primera vez...

Miguel aparcó el vehículo y miró a sus compañeros que iban en el otro vehículo situándose a su lado.

—Vamos a dar una vuelta y nos vemos aquí —indicó Víctor que conducía el otro todoterreno.

—En la calle de atrás suele haber sitio para aparcar —le informó Anael que iba sentada en el asiento de atrás.

Víctor asintió agradecido e inició la búsqueda de aparcamiento distanciándose de ellos.

Aitor suspiró y se giró hacia atrás. Se había sentado, como siempre, en el asiento del copiloto. El padre Santiago y Anael iban en los asientos traseros sentados junto a Daniel.

El resto de sus compañeros iban en el otro todoterreno.

—¿Sabes si tardará mucho? —le preguntó Miguel.

Aitor negó y miró a su compañero.

—Rut me ha dicho que venía hacia aquí, que tardaba cinco minutos. —Miró hacia la casa—. Es esa, padre —Señaló. El padre Santiago se acercó al asiento del copiloto y miró hacia delante. En ese momento no había nadie asomado a la ventana—. Lo hemos estado vigilando —admitió.

—¿Habéis hecho eso? —preguntó el sacerdote sorprendido.

Aitor asintió.

—Pensamos que puede ser una amenaza para el resto de los civiles —explicó. Miró hacia el lateral donde una mujer con el móvil en la mano miraba de un lado a otro. La reconoció al momento, aquella era la mujer que se encontraba en la caseta del negocio de Nerea—. Es Rut —La señaló mientras abría la puerta del copiloto.

Bajó del vehículo y lo primero que hizo fue mirar hacia el final de aquella larga calle que cruzaba la principal donde había mucho ambiente y la música sonaba. Sabía que Nerea estaría allí, en la caseta.

Intentó despejar la mente mientras cerraba la puerta y se dirigía hacia ella. Tanto el padre Santiago, como Anael y el resto de sus compañeros lo imitaron bajando del vehículo.

—¿Rut? —preguntó Aitor acercándose.

Ella se giró para observarlo, sin duda lo reconoció, pues lo había visto el día anterior en el monasterio.

Ella asintió y fue hacia allí. Debía de haber pasado largas horas llorando porque sus ojos estaban irritados y sus mejillas sonrosadas.

—Soy Aitor —se presentó extendiéndole la mano. Ella se la estrechó con mano temblorosa, algo que no pasó desapercibido para él. Debía de estar asustada y nerviosa. Miró a su lado donde se situaban sus compañeros—. Te presento a Daniel y a Miguel, son compañeros míos. Ahora vendrán más.

Lo miró asustada. Estaba claro que no esperaba a tanta gente allí, aunque pudo ver su sorpresa cuando el padre Santiago se acercó en compañía de Anael. Los miró de la cabeza a los pies, sin decir nada.

—Rut, ellos son el padre Santiago y Anael.

El padre se acercó para estrecharle la mano, aunque su mirada voló directamente a la joven. Aquella muchacha tenía algo que atraía. Quizá eran aquellos ojos tan azules, o sus rasgos tan dulces... sin duda Anael llamaba la atención.

Anael se acercó y estrechó también su mano, aunque al notar que temblaba la colocó entre las suyas.

—Tranquila —le susurró Anael.

—¿Qué...? —preguntó mirando a Aitor con voz temblorosa—, ¿qué hacen ellos aquí?

Aitor suspiró y miró de un lado a otro. Pudo identificar a sus compañeros caminando en dirección a ellos. Lo mejor era mantener aquella conversación en un lugar donde no hubiese tanta gente, pero dadas las fechas eso era algo imposible.

Colocó una mano en su hombro y con delicadeza la desplazó hacia un lado de la calle, permitiendo que la gente pasara por la acera sin tener que rodearlos.

—Verás... —comentó colocándose ante ella—, hemos creído conveniente llamarlos.

Anael cogió su mano de nuevo intentando calmarla.

—No sabemos lo que le ocurre a su marido, pero queremos ayudar.

Rut apretó los labios e intentó evitar un puchero, aunque no lo consiguió. Debía de estar realmente desesperada porque acabó asintiendo.

Aitor iba a hablar, pero se sorprendió cuando Rut se dirigió directamente al sacerdote.

—A mi marido le ocurre algo muy malo —sollozó temblando.

Anael acarició su mano intentando calmarla.

—Entre todos le ayudaremos, tranquila —susurró ella intentando calmarla.

En ese momento llegaron el resto de sus compañeros.

—Rut —dijo llamando su atención—, te presento a Marc, a Víctor y a Lucas —Los señaló.

Esta vez Rut no les dio la mano, pues se quedó cogida a Anael como si fuese su bote salvavidas, pero asintió hacia ellos a modo de saludo.

El sacerdote se adelantó unos pasos hacia un hombre que se acercaba con un maletín en su mano. Su cabello negro estaba salpicado por algunas canas y sus ojos prácticamente verdes se escondían tras unas gafas metálicas de montura pequeña.

—Raúl, no sabía si te había enviado bien la dirección.

Raúl saludó al sacerdote y miró a su espalda donde había mucha gente.

—Buenas tardes, padre. Está difícil para aparcar por aquí —admitió el hombre que debía de rondar los cuarenta años.

—Al final has podido venir tú, me alegro —comentó el sacerdote—. Te voy a presentar a... —Se quedó callado unos segundos mientras se giraba y observaba a la división—, al grupo que te he comentado que colaborará con nosotros.

Santiago se acercó e hizo las presentaciones pertinentes.

—Ella es la esposa —indicó Santiago a Raúl. En este caso, Raúl sí estrechó la mano de la mujer—. Es el facultativo médico, él valorará la salud de su marido.

—Gracias —dijo la mujer agradecida, sin soltarse aún de Anael.

—Bien... —dijo Santiago—, ¿vamos? —preguntó iniciando la marcha.

Por suerte, eran las seis de la tarde, pleno día, suponía que si fuese de noche sería mucho más impresionante.

Se detuvieron ante la casa y Rut abrió su bolso buscando las llaves. Todos observaron cómo sus manos temblaban. Las cogió entre sus dedos y miró a Aitor, tendiéndoselas. En ese momento, Rut se desmoronó y una lágrima comenzó a descender por su mejilla. Miró al sacerdote mientras Aitor cogía la llave.

—El... —Tragó saliva intentando encontrar su voz—, el que está en casa no es mi marido —gimió—. Lleva así varios días. Tuvimos una barbacoa a mediodía con todos los amigos por nuestro aniversario y luego por la noche salimos a cenar. Dejamos al niño con una canguro, pero

no volvimos tarde. —Se pasó las manos por la cara, agobiada—. No sé si se trata de la carne que comimos... pero ni el niño ni yo estamos mal, solo él.

El sacerdote puso una mano en su hombro.

—Sea lo que sea, lo ayudaremos —comentó con determinación. Rut asintió mientras daba un paso hacia atrás—. Bien —dijo mirando a Aitor—, no hace falta que entremos todos. Con que entremos en primer lugar el doctor, Anael y yo ya hay suficiente.

Aitor negó y se acercó al sacerdote. Miró de reojo a Rut mientras empujaba levemente al padre Santiago que lo miró intrigado.

—Entraremos con usted, si no todos, al menos la mitad —Suspiró y miró con determinación a Santiago—. Nosotros ya nos hemos enfrentado a él. Ya ha visto parte de lo que somos capaces de hacer y aun así no pudimos con él. Estamos aquí para protegeros... a todos.

Raúl, el facultativo médico, se acercó y miró intrigado a Santiago.

—¿De qué habla? —preguntó refiriéndose a lo que había comentado Aitor.

Santiago resopló. Estaba claro que no le había explicado nada sobre las extrañas habilidades de aquella división al facultativo médico.

—Luego hablamos —dijo moviendo su mano frente al médico, quitándole importancia a las palabras de Aitor. Miró de nuevo al jefe de la división y al resto de chicos. Normalmente se hacía una visita rápida, se evaluaba por el médico y, posteriormente, se decidía practicar o no el exorcismo. De todas formas, lo que le decía Aitor era verdad, ellos ya se habían enfrentado a aquel poseído que, por lo que le había explicado el padre Rafael, era la posesión más fuerte que había visto nunca—. Está bien —comentó, aunque indeciso—, pero no todos. Que alguno se quede con la mujer aquí abajo.

Aitor asintió y se giró hacia sus compañeros.

—Miguel, Marc, Daniel y yo entraremos con el padre Santiago y el doctor...

—Anael también viene —intervino Santiago.

Aitor miró a la monja que, en ese momento, soltaba la mano de Rut con delicadeza. Suspiró y asintió.

—Lucas y Víctor, quedaros aquí acompañando a Rut, cualquier cosa os avisamos —comentó.

Tanto Lucas como Víctor asintieron y se acercaron a la mujer que parecía realmente asustada.

Aitor miró a sus compañeros, todos permanecían expectantes, sin duda, con ganas de entrar en aquella casa y descubrir lo que ocurría. Miguel tenía aquel brillo en los ojos causado por la emoción, Daniel tenía los ojos muy abiertos, sin embargo, Marc estaba tan tranquilo... bostezando. Sin duda era el más escéptico de todos.

Avanzaron hasta la puerta y Aitor iba a abrir cuando el sacerdote lo detuvo.

—Espera —dijo Santiago abriendo el pequeño maletín—, espero que no haga falta... —susurró—, pero por si acaso. —Rebuscó y entregó una pequeña cruz de madera a cada uno de ellos. Marc miró la cruz y observó a su jefe de reojo—. Si se pone muy agresivo o intenta atacaros, mostrársela.

—¿Te das cuenta de que es como los vampiros, jefe? —le susurró Marc.

Aitor puso los ojos en blanco.

—Ahora no practicaremos ningún exorcismo, nos limitaremos a que el doctor pueda evaluar si es necesario o no —explicó. Todos asintieron esperando a que el sacerdote diese la orden—. Vamos —dijo a Aitor para que abriese la puerta.

El olor en el interior de la vivienda era horrible. Una mezcla de basura y azufre que prácticamente impedía respirar. Aitor se llevó la mano a la nariz.

—Madre mía —susurró caminando por detrás del sacerdote y el doctor.

Tras él entraron los demás. El gesto de sus rostros fue igual que el de su jefe, de repulsión. Daniel dejó la puerta entornada, pues no sabía si necesitaría la ayuda de sus compañeros.

—La Virgen —exclamó Miguel llevándose la mano a la boca y tapándose con los dedos la nariz—. ¡Qué pestazo!

El padre Santiago se giró hacia él e hizo un gesto para que guardarse silencio.

—Es que huele fatal... —volvió a quejarse Miguel, aunque esta vez con un susurro.

El sacerdote apretó los labios al ver que empleaba un tono más elevado del que deseaba. Se situó a su lado.

—¿A qué crees que huele el infierno? —lo retó, lo que provocó que los cuatro alzasen una ceja—. ¿A flores? —ironizó. Se giró y observó sin esperar respuesta.

La casa estaba totalmente desorganizada. En el suelo había montañas de libros que habían sido arrojados de las estanterías, figuras rotas e incluso escucharon el zumbido de varias moscas agonizando.

Las paredes estaban mugrientas, como si hubiesen escupido en ellas y, en algunas partes, presentaba hendiduras como si Jaime hubiese clavado sus uñas y arañado en ellas.

Santiago dio unos pasos hacia delante pasando sobre unos trozos de porcelana, escuchando cómo los pies se le enganchaban al suelo, y avanzó hacia el comedor. Entonces, sujetó la cruz en su mano que colgaba de su cuello.

Todos lo siguieron de cerca, mirando de un lado a otro. Sí, la casa estaba sucia, desordenada... jamás había visto algo así, pero eso no explicaba el fuerte olor que emanaba.

Aitor dio unos pasos hacia delante y se colocó al lado del sacerdote, observándolo todo. Algunos cuadros permanecían en el suelo, otros debían de haber recibido un golpe porque no estaban alineados en la pared, sino girados hacia un lado. Lo único que permanecía intacto era la televisión, aunque sobre la pantalla se intuía que habían escupido.

Miraron de un lado a otro sin encontrar a Jaime. Aitor se acercó a Santiago.

—¿No se encuentra aquí? —preguntó en un susurró.

Santiago se acercó y lo primero que observó fue que todos habían colocado la cruz en su cuello, asegurándose de aquella forma.

—Claro que está aquí —sentenció.

—¿Cómo lo sabes?

—Por el olor —susurró desplazándose unos pasos hacia la cocina. Aitor fue a su lado mientras el resto permanecía en el comedor. Se quedaron bajo el marco de la puerta observando. Jaime había esparcido la basura por el mármol y la mesa de la cocina—. Jamás había visto algo así —susurró consternado.

Si bien era cierto que había realizado muchos exorcismos a lo largo de su vida, también lo era que en ninguno el demonio se había manifestado con tanta evidencia.

—Quizá tiene el síndrome de Diógenes —apuntó Marc observando petrificado la estancia.

El sacerdote se giró hacia ellos y negó.

Su mirada volvió hacia el recibidor por donde habían entrado y desde donde se accedía a la escalera que los llevaría a la segunda planta.

—Debe de estar arriba —susurró el sacerdote dando unos pasos decidido hacia la escalera.

Aitor y el resto lo siguieron, pero, antes de salir del comedor y acceder al recibidor, todos se quedaron estáticos y se pusieron firmes.

Aquella respiración en forma de gruñido, una respiración ronca, grave, le recordó a la respiración de un animal preparado para realizar su ataque.

El sonido de unos pasos indicó a todos que estaba descendiendo las escaleras.

Los pasos eran firmes, fuertes, acompañados de sonidos guturales.

Aitor colocó una mano en el pecho del sacerdote y le obligó a retroceder colocándolo tras él. Estaba claro que lo que descendía las escaleras no era una humano o, al menos, no del todo.

El olor a azufre se intensificó.

—Me cago en... —comentó Miguel llevándose la mano a la boca como si intentase reprimir un vómito.

El gruñido se tornó más intenso y todos abrieron los ojos al máximo cuando una mano se apoyó en la barandilla.

Miguel se adelantó un paso y cogió del brazo al doctor para colocarlo también a su espalda.

La imagen los dejó paralizados. La mano se desplazó lentamente por la barandilla de madera y poco a poco fueron vislumbrándolo.

Jaime bajaba los escalones de lado, con las dos manos apoyadas en la barandilla, agachando su cuerpo al igual que un felino que se preparaba para saltar sobre su presa.

Daba la sensación de que se hubiese rebozado en el barro, aunque cuando Aitor se fijó se dio cuenta de que era sangre seca por todo su cuerpo. Sus ojos estaban ensangrentados, tenía cortes por cara, cuello y manos. Su rostro, totalmente deshidratado, formaba arrugas en su piel le daban un aspecto mucho más mayor.

Descendió otro escalón, primero con su pierna izquierda, alargando la derecha y después movió todo su tronco hacia el lado.

—Qué elasticidad —se burló Miguel.

Un gruñido hizo que todos tragasen saliva. Estaba claro que lo que sufría Jaime no era una enfermedad mental, había algo más, algo mucho más siniestro en él.

—Jooo... der —susurró Marc abriendo los ojos al máximo, consciente en ese momento de lo que ocurría.

Jaime bajó hasta el último escalón y se mantuvo agachado, observándolos con una ira incalculable. Su respiración profunda y grave se escuchaba cada vez con más intensidad.

Los miró a todos, uno a uno, mientras ellos permanecían totalmente estáticos.

La mirada de Jaime se centró en el sacerdote y apretó los labios.

—Sacerdote, ¡caca! —rugió focalizando toda la atención en él, apretando la mandíbula con repulsión ante la cercanía de este.

Santiago cogió entre sus dedos su cruz y, con paso decidido, rodeó a Aitor colocándose ante él.

—Aquí estoy —pronunció con solemnidad ante la atenta mirada de todos.

Jaime dio un último paso y bajó las escaleras. Sus movimientos eran lentos, se movía excesivamente despacio mientras su pecho subía y bajaba a gran velocidad por una respiración frenética.

Sin previo aviso, Jaime echó los brazos hacia atrás, inclinando su espalda hacia delante y gritó tan fuerte que todos dieron un paso hacia atrás.

—¡Huyeeeeeee! —gritó Jaime con una voz extremadamente grave, incluso con un eco que parecía provenir de dentro—. Por la cuenta que te trae, sacerdote, ¡aléjate de mí!

Santiago se puso firme, sosteniendo la cruz en su mano.

—No voy a huir —sentenció él—. No voy a marcharme hasta que tú...

El rugido que emitió Jaime hizo que hasta las paredes vibrasen. Dio un paso hacia ellos analizándolos a todos.

Marc retrocedió.

—Ay, ay... que se acerca, que se acerca... —comentó absorto. De repente, tuvo claro que se trataba de una posesión y no de un demente, pues la conducta y el físico de Jaime no dejaban lugar

a dudas—. Tíos, que camina hacia aquí —gimió con voz aguda.

Miguel arqueó una ceja hacia su compañero y miró a Jaime.

—Eh, tú... ven, vamos... —dijo dándose unos golpecitos en la pierna como si llamase a una mascota, usando un tono de voz animado—, acércate.

Jaime desvió la mirada hacia él, realmente enfurecido.

—Pero ¿qué haces? —le llamó la atención el facultativo médico, sorprendido por la reacción de este—. ¿Estás loco? —preguntó con un grito.

—¡No lo provoquéis! —les advirtió el sacerdote con un tono de voz estridente.

Miguel silbó a Jaime para llamar de nuevo su atención.

—Vamos Jaime... buen chico... ven —acabó riendo mientras Jaime se acercaba más en actitud desafiante—. Eres un chico muy malo, ¿verdad? —preguntó provocativo.

—¡Miguel! —le llamó la atención Aitor—. Haz el favor de callarte de una maldita vez o...

No pudo continuar.

Aitor fue tremendamente rápido al percatarse de su siguiente movimiento, tanto como Jaime que, en una fracción de segundo, apareció ante el sacerdote rugiendo. Iba a lanzarse sobre Santiago cuando Aitor se adelantó también en un movimiento rápido atrapando su brazo e impidiendo así que llegase hasta él.

Obviamente a Jaime no le gustó aquel gesto y rugió como un perro rabioso.

En un instante Miguel, Marc y Daniel llegaron hasta él, conteniéndolo, sujetándolo por los brazos y por la cintura. Jaime comenzó a revolverse con el firme propósito de escapar mientras los gritos inundaban toda la estancia.

—Madre mía... —gimió Raúl, el facultativo, con la mirada clavada en los cuatro chicos que contenían a Jaime. Miró al sacerdote—. No hay duda, necesita un exorcismo —decretó el médico y luego lo miró asustado. Lo había visto bien, la velocidad a la que se movían aquellos jóvenes era impresionante. Miró asustado al sacerdote que comprendió de dónde provenía su sorpresa ¿Quiénes eran aquellas personas? En ese momento, notó la mano de Anael en su brazo.

—Tranquilo, son amigos.

Raúl tragó saliva y volvió su mirada de nuevo hacia Santiago mientras se subía las gafas.

—¿Quiénes son? —gritó de los nervios, más asustado por los miembros de la división que por el presunto poseído que no hacía más que intentar escapar de ellos con movimientos contorsionistas.

El sacerdote se giró para observarlo y apretó los labios.

—Después te pondré al día, ahora no es el momento —comentó volviendo su mirada hacia aquella lucha que se producía a escasos metros de él.

Jaime gritaba desesperado mientras convulsionaba.

—¿Contento? —le preguntó Aitor a Miguel.

—A ver jefe, había que asegurarse —respondió sin darle mucha importancia a los comentarios que había dicho antes.

Jaime gritó y, sin previo aviso, se movió hacia la pared llevándose con él a los cuatro miembros de la división. El golpe fue fuerte, pero ninguno de ellos se aturdió.

Miguel, que lo sujetaba por la espalda, fue el primero que recibió el fuerte golpe contra la pared, Aitor lo sujetaba por el brazo derecho y Daniel por el izquierdo mientras Marc intentaba controlarlo por delante.

—Ahhhh —gritó Miguel al verse estampado contra la pared—. ¡Joder! —gritó colocando un brazo alrededor de su cuello para tratar de contenerlo.

Jaime tenía más fuerza de la que esperaban. Tiró del brazo y arrojó a Daniel al suelo,

resbalando este unos metros sobre el parqué.

Jaime llevó su mano libre hacia Marc y lo cogió del cuello con fuerza.

—¡Suéltalo! —gritó Aitor.

Daniel se incorporó de inmediato y cogió el brazo de Jaime intentando retirarlo del cuello de Marc que trataba también de zafarse sin éxito. Lo golpearon no pocas veces, pero no había forma y a Marc cada vez le faltaba más la respiración.

Miguel incrementó más la presión sobre su cuello y lo dobló hacia atrás para intentar liberar a su amigo.

Unas gotas de agua lo rociaron y, tras esto, Jaime miró directamente al sacerdote que se había situado ante ellos.

—Abandona este cuerpo, demonio, ¡no eres bien recibido! —gritó el sacerdote mientras volvía a lanzar lo que debía de ser agua bendita sobre Jaime y, de paso, rociando también a Miguel.

—Otra vez —se quejó este limpiándose con el hombro de Jaime.

—¡Dios está de nuestro lado! —gritó Santiago y volvió a lanzar agua bendita hacia él.

Esta vez sí hizo efecto, pues Jaime gritó como si le quemase, soltó a Marc y cayó al suelo de rodillas.

Marc se llevó directamente las manos al cuello intentando recuperar el aliento mientras Daniel, Miguel y Aitor sujetaban a Jaime. Aquello era una locura, aquel hombre tenía una fuerza sobrehumana igual o incluso superior a la de ellos.

—¿Qué? —preguntó Miguel a su compañero Marc tratando de contener a Jaime sujetándolo por la espalda—. ¿Nos crees ahora o sigues pensando que solo se trata de un loco?

Marc resopló ante su pregunta y avanzó hasta ellos sujetándolo también, intentando contenerlo por los hombros, dado que Jaime, arrodillado en medio del salón, intentaba saltando sobre sus rodillas liberarse de ellos.

Santiago se giró hacia Anael tendiéndole la mano.

—La cruz —le pidió.

Anael se agachó y rebuscó en el maletín de él. En cuanto la encontró se acercó entregándosela. Santiago la colocó ante él, como si se tratase de un escudo. Se trataba de una cruz de madera bastante más grande que la que llevaban colgada al cuello.

—Raúl —dijo al facultativo médico que observaba la escena totalmente paralizado—, necesito las constantes. —Al no recibir respuesta se giró hacia él—. ¡Doctor! —gritó sacándolo de su ensoñamiento.

Raúl reaccionó y asintió. Se colocó el estetoscopio en los oídos y se acercó. Marc se situó al lado de Jaime para darle paso al médico, el cual se arrodilló ante el cuerpo de Jaime.

Jaime lo miró y rugió.

—Shadigii numi pacju —bramó hacia el médico, aunque este lo ignoró y colocó el estetoscopio en su pecho y miró directamente su reloj de muñeca para contar las pulsaciones—. Shadigii numi pacju... —continuaba Jaime. Intentó de nuevo ponerse en pie dando un salto, provocando que los miembros de la división hiciesen fuerza hacia abajo para no salir despedidos—. Shadigii numi pacju —gritó al caer de nuevo en el suelo, moviendo sus manos desesperado al encontrarse atrapado.

Raúl se giró hacia el sacerdote.

—Está taquicárdico, tiene casi ciento ochenta pulsaciones por minuto —pronunció asustado.

—Shadigii numi pacju... —repetía Jaime una y otra vez.

—Y dale, niñoooo... ¿no sabes decir otra cosa o qué? —se quejó Miguel colocando de nuevo su brazo alrededor del cuello de Jaime para sujetarlo.

Santiago dio unos pasos más y colocó la cruz frente a Jaime.

—El señor es mi luz y mi salvación —recitó Santiago el salmo que les había narrado hacía pocas horas—, ¿a quién he de temer?

Jaime elevó su mirada hacia él de forma asombrosamente rápida, mostrándole los dientes.

—¿Qué tal a mí? —gruñó interrumpiéndolo.

—Amparo de mi vida es el Señor, ¿ante quién temblaré?

—Temblarás... créeme que lo harás —lo amenazó Jaime. Elevó su cuello y miró hacia el techo—. ¡Todos lo haréis! —gritó provocando que los cristales de las ventanas temblasen ante la fuerza de su voz.

En ese momento la mirada de los miembros de la división coincidió, todos se miraron alterados por lo que aquel hombre o demonio pronunciaba.

—Cuando los malvados se lanzan contra mí para comer mi carne, ellos, mis enemigos y contrarios, tropiezan y perecen...

—Y tú arderás... —interrumpió Jaime—. ¡Tú y todos vosotros! —gritó.

Raúl volvió a colocar el estetoscopio en su pecho.

—¿Por qué? —preguntó Aitor.

Santiago lo miró directamente.

—¡No hables con él! —le gritó.

Pero ya era demasiado tarde, Jaime giró su cabeza y observó a Aitor que seguía sujetándolo por el brazo.

—Shadigii numi pacju, shadigii numi pacju, shadigii numi pacju...

—Y dale, ¡qué cansino! —gritó Miguel desde atrás y le dio una colleja—. ¡Que te calles!

Jaime rugió al notar el golpe.

—Casi ciento noventa pulsaciones por minuto —exclamó Raúl asustado.

Aitor apretó los labios y miró a Jaime que lo observaba sin pestañear, sin dejar de recitar aquella frase.

—Las puertas del infierno se abrirán... ¿es eso lo que significa?

—Shadigii numi pacju, shadigii numi pacju

Aitor se situó frente a él con agresividad, ignorando la advertencia del sacerdote.

—¡Contéstame! —ordenó.

—Shadigii numi pacju... —volvió a recitar Jaime.

Santiago se colocó frente a ellos.

—¡Demonio! Dime tu nombre —ordenó. Jaime giró su cuello hacia el sacerdote, sujeto por todos y lo miró con furia. —¡Tu nombre! —volvió a ordenar.

—¿Mashin ja? —preguntó al sacerdote.

—¡Tu nombre! —volvió a gritar Santiago.

Jaime emitió un gruñido desde lo más profundo de su ser.

—¿Mashin ja? ¿Mashin ja? ¿Mashin ja? ¿Mashin ja? —pronunció Jaime acelerado, sin parar, con una voz que le salía de dentro—. ¿Mashin ja? ¿Mashin ja?...

Aitor miró al sacerdote.

—¿Qué dice?

El sacerdote lo ignoró y tiró agua bendita de nuevo sobre él.

—¡Demonio! ¡Te exijo que digas tu nombre y que abandones este cuerpo!

Jaime se removió gritando, como si el contacto con el agua le provocase dolor.

—¿Le pego ya el puñetazo o esperamos más? —preguntó Miguel sujetándolo desde atrás.

—¡Dímelo! —ordenó el sacerdote.

Jaime se detuvo de inmediato y miró a Santiago con odio. Ladeó su cabeza lentamente, observándolo.

—Valareiah ani hu bifenim —rugió lentamente.

—Lejama pa —exigió Santiago ante la mirada atónita de todos.

—¡Loooooooooooo! —gritó elevando su cabeza hacia el techo, haciendo que las paredes vibrasen. Descendió su mirada hacia él—. Ani kann akheshav. —Lo miró fijamente—. Lenatsekha —rugió.

En ese momento, Jaime hizo un movimiento inesperado por todos. Empujó tan fuerte con las piernas hacia arriba que impulsó a los tres miembros de la división que lo sujetaban con él hacia el techo, alcanzando un metro y medio de altura.

Pareció incluso suspenderse durante un segundo en el aire y descendió de rodillas con fuerza, sacudiendo sus brazos hacia abajo y provocando que los miembros de la división se soltasen. Ninguno de ellos esperaba un movimiento así. Miguel se impulsó contra la pared y Marc y Daniel cayeron sobre el suelo. Aitor iba a cogerlo por el cuello de la camisa cuando Jaime se agachó y elevó su pierna propinando una patada en el pecho a Aitor e impulsándolo por el aire hacia el otro extremo del comedor. Aitor acabó chocando con una de las estanterías, provocando que las pocas figuras y libros que aún se encontraban sobre ella cayesen al suelo.

Raúl se apartó de inmediato arrastrándose por el suelo mientras Santiago y Anael observaban petrificados la escena.

En una fracción de segundo Jaime se puso en pie. Aitor supo lo que iba a hacer ya que su mirada buscaba la puerta de salida de la vivienda. Quería huir de ellos, no había duda.

—¡Lucas! —gritó Aitor poniéndose en pie.

En cuanto Jaime se movió a una velocidad sobrehumana hacia la puerta, Aitor le intentó cortar el paso. No podían permitir que abandonase aquella vivienda. Ahora estaban seguros de lo peligroso que era. No podían dejarlo escapar.

Aitor tomó impulso con su brazo para golpear el estómago de Jaime y estamparlo igual que había hecho él antes, pero este lo esquivó e intentó rodearlo para dirigirse a la puerta.

Por suerte, Lucas y Víctor lo habían escuchado. Lucas fue el primero que apareció a su lado y de una patada lo lanzó al otro extremo del comedor.

Jaime se golpeó contra la pared mientras Miguel, Marc y Daniel se ponían en pie y adoptaban una postura preparada para la lucha. Estaba claro que Jaime, o más bien el ser que habitaba dentro de él, iba a emplearse a fondo para escapar de ellos.

Víctor apareció al lado de Aitor y lo miró directamente.

—¿Estás bien?

Aitor asintió sin apartar la mirada de Jaime.

—Sujetadlo —ordenó Aitor, mirando con furia a Jaime—. Y esta vez que no escape.

Aitor fue consciente de que Jaime miraba a su espalda, por detrás de él. Se giró lo justo para observar que Rut, la mujer de Jaime, permanecía apoyada contra el marco de la puerta, sujetándose a él, llorando desesperada y mirando a su marido aterrorizada.

—Jaime —sollozó incrédula por lo que había presenciado.

La reacción de Jaime no se hizo esperar. Rugió en su dirección como un animal a punto de darle caza y se movió rápidamente.

En un instante, Aitor se interpuso en su camino golpeándolo hacia el lado derecho, provocado que se estampase contra la televisión y cayese al suelo llevándose la con él.

Rut gritó ante lo que había visto. Contempló fijamente a Aitor que se echaba encima de su marido mientras el resto de la división hacía lo mismo, intentando contenerlo. ¿Qué había ocurrido? Sabía que algo extraño le ocurría a Jaime. Había llegado a pensar que estaba loca, que

todo aquello era producto de su imaginación, pero... aseguraría que Jaime estaba poseído. Aquel pensamiento había rondado su mente desde hacía días, aunque se había negado a creerlo. Ahora estaba segura. Sus gestos, la ira que desprendía, su físico, su fuerza y sus movimientos acelerados, le daban a entender que estaba en lo cierto. Debía aceptar la realidad, su marido estaba poseído, pero... aquellos hombres se movían con la misma rapidez y fuerza que él. ¿Quiénes eran?

—¡Sácala de aquí! —gritó Aitor hacia Rut, intentando contener a su marido que no dejaba de golpearlos con fuerza para sacudírselos de encima.

Rut permanecía pasmada bajo el marco de la puerta, sin moverse, sin parpadear... solo reaccionó cuando Anael cogió su mano con ternura.

—Debemos salir, ya —le susurró con calma.

Sin decirle nada más, Anael condujo afuera de la vivienda a Rut, donde el sol comenzaba a esconderse en el horizonte y el ambiente era más fresco.

Santiago se acercó de nuevo y miró directamente a Raúl. El facultativo médico se encontraba en una esquina del comedor, aún de rodillas con el estetoscopio en su mano, temblando y sin parpadear, mirando la escena totalmente horrorizado.

Santiago apretó los labios y tomó aire cogiendo fuerzas.

Volvió a lanzar agua bendita sobre Jaime, aunque poca llegó a tocarle, pues tenía a todos los miembros de la división encima intentando controlarlo.

—¡Padre! —gritó Miguel—. A nosotros no... a él —se quejó cuando el agua bendita volvió a mojarlos.

El sacerdote cogió la cruz y se situó frente a ellos mientras Jaime se revolvía y finalmente se ponía de rodillas, controlado por la división que lo mantenían sujeto por los brazos, las piernas y el tronco, impidiendo que se moviese.

Jaime respiró profundamente y alzó la mirada hacia el sacerdote. La mirada que Jaime mostró en aquel momento provocó que el sacerdote se quedase en shock y descendiese su mano hasta donde sujetaba la cruz.

—Ayúdeme —suplicó Jaime con dolor, aunque al momento volvió a rugir como si el ente volviese a apropiarse de su conciencia y miró al sacerdote con odio—. Shadigii numi pacju, shadigii numi pacju... —comenzó a repetir como si fuese un cántico.

—Padre, ¡haga algo! —gritó Aitor que intentaba contenerlo con todas sus fuerzas.

Se habían enfrentado a muchos seres sobrenaturales, pero jamás habían sentido una fuerza igual a aquella.

Santiago alzó de nuevo la cruz.

—Dime tu nombre, ente del mal —gritó Santiago colocando la cruz ante él, provocando que Jaime gritase ante tal visión—. El que te manda ordenó que se te arrojase del reino del cielo a las llamas del infierno y ahí es donde debes ir...

—¡Nooooooooo! —gritó Jaime desgarrándose la garganta.

—En el nombre de nuestro señor Jesucristo, te ordeno que me digas tu nombre, demonio —gritó con fuerza mientras el grito de Jaime no cesaba.

Algunos de los cuadros que aún permanecían colgados en las paredes cayeron al suelo.

—¡Padre! —gritó con fuerza Miguel que lo sujetaba por la espalda, pero le costaba contenerlo, pues Jaime pretendía ponerse en pie.

—¡Te lo ordeno! —gritó Santiago colocando la cruz en su frente.

El grito de Jaime fue agónico e hizo que todos tuviesen que apartar su rostro de él, pues era tan fuerte que podía perforar sus tímpanos.

Jaime dejó de gritar y recuperó el aliento.

—Ett lo notenett kann pequdott yoter —gritó al sacerdote, luego puso los ojos en blanco y cayó al suelo inconsciente.

Todos se tiraron sobre él para contenerlo por si volvía a ponerse en pie, pero tras unos segundos vieron que ya no se movía.

Santiago observó el cuerpo inconsciente de Jaime, sorprendido por lo que había presenciado. En cierto modo estaba acostumbrado a ello, pero las posesiones cada vez eran más fuertes.

Se giró directamente hacia el doctor que permanecía consternado en la esquina del comedor.

—Raúl —pronunció su nombre en confianza—. Necesito que mires sus constantes.

Raúl reaccionó como si despertase de un sueño o más bien de una pesadilla y se incorporó lentamente. Santiago pudo observar cómo el facultativo médico temblaba. Le había acompañado en muchos de sus exorcismos, pero ninguno como aquel. Aun así, el doctor se puso en pie y fue hacia Jaime que permanecía en el suelo, sujeto por los integrantes de la división.

Tomó durante unos segundos su pulso y miró a Santiago.

—Ciento diez y va reduciendo —pronunció más aliviado.

Santiago suspiró y se dejó caer sobre el suelo. Aunque había sido breve se sentía exhausto.

Aitor se movió rápidamente hacia él y colocó las manos en sus hombros.

—Padre, ¿está bien? —preguntó preocupado.

Santiago asintió sin pronunciar nada.

—Noventa pulsaciones —indicó el doctor y se apartó de él.

Aitor suspiró y observó a sus compañeros. Todos controlaban que Jaime no despertase, expresando el asombro en su rostro por lo vivido.

Se giró hacia Santiago aún con una de sus manos en sus hombros.

—¿Qué hacemos? —le preguntó. Santiago apretó los labios intentando recobrar las fuerzas—. ¿Lo atamos? Puede despertar en cualquier momento.

—Los poseídos suelen tener momentos de lucidez donde son conscientes de su posesión... —explicó—, es posible que si despierta no recuerde nada de lo que ha ocurrido.

—O puede que sí... —añadió Aitor—, es posible que vuelva en demonio.

Santiago asintió rápidamente.

—Deberíamos llevarlo a otro lugar.

—¿Adónde? —preguntó rápidamente.

Santiago se quedó pensativo unos segundos y tragó saliva.

—Lo mejor sería a mi casa.

—¿A su casa? —preguntó Marc sobresaltado.

—Tengo una habitación preparada para realizar exorcismos. Me dedico a ello —le recordó.

—Está bien —aceptó Aitor poniéndose en pie.

Aitor se giró y el resto elevó la mirada hacia la puerta cuando escucharon unos pasos.

—Jaime... —sollozó Rut que permanecía cogida de la mano de Anael.

—Se pondrá bien —le susurró ella.

Aitor fue hacia la mujer, aunque detectó que lo miraba asustada y retrocedió unos pasos. Estaba seguro de que había visto sus movimientos. Comprendía que debía estar asustada.

—Tranquila —la calmó al ver que se resguardaba tras Anael—. Estamos aquí para ayudar. Somos amigos del padre Santiago y de Anael.

Ella lo miró asustada y desvió su mirada hacia su marido.

—Él... ¿él está...?

—Está inconsciente —reaccionó Aitor y miró a la mujer con ternura, comprendía que debía estar muy asustada tras todo lo acontecido—. Vamos a llevarlo a casa del padre Santiago, allí

podremos ayudarlo mejor.

—Está poseído, ¿verdad? —preguntó Rut sin tapujos.

Anael sintió cómo Rut apretaba más su mano por los nervios y la rodeó con la otra, pues notaba cómo esta temblaba.

—Jaime volverá a ser el de antes —le susurró ella para intentar calmarla.

Pero Rut no miraba a la monja, tenía su mirada posada en Aitor esperando una respuesta.

—Eso creemos.

Aitor se giró levemente al escuchar cómo Marc protestaba en susurros.

—¿Eso crees? Joder... está claro que está poseído —comentó en voz baja.

Miguel enarcó una ceja hacia su compañero que, hasta ese momento, se había mantenido incrédulo ante todo ese asunto.

—¿A qué se debe ese cambio de actitud? —ironizó provocando que su compañero lo mirase con sorna—. Yo no he notado nada fuera de lo normal.

Marc resopló y se alejó de su compañero mientras pasaba la mano por sus ojos intentando centrarse y ordenar las ideas.

Aitor mantuvo la mirada fija en Rut.

—Lo ayudaréis, ¿verdad? —sollozó temblando.

—Lo ayudaremos —sentenció Aitor que suspiró y esta vez se acercó un poco más a ella. Por suerte, Rut no retrocedió en esta ocasión—. Pero necesito un favor... —Aquello atrajo la mirada intrigada de Rut y de Anael que no se separaba de su lado. Aitor miró hacia atrás, a sus compañeros que se mantenían aún sobre Jaime. Suspiró y volvió a prestar toda su atención hacia la mujer—. Lo que has presenciado hoy no debe salir de aquí, eso incluye también lo concerniente a nosotros. —Ella lo miró fijamente—. Necesito que guardes en secreto todo lo que has visto aquí. —Ella pareció perdida durante unos segundos, pero finalmente asintió—. Te lo agradezco. —Rut volvió a prestar atención a su marido—. Lo llevaremos a un lugar donde pueda estar mejor.

—¿Adónde? —preguntó rápidamente.

Santiago se acercó hacia ellos.

—En mi casa estará bien. Allí podremos ayudarlo en todo lo que necesite —explicó el sacerdote. Se giró hacia Aitor—. ¿Crees que podríamos llevarlo en uno de tus todoterrenos? —le preguntó directamente.

—Claro, ningún problema. Víctor —Se giró hacia su compañero—, trae el todoterreno y mételo en el parquin, lo llevaremos a casa del padre Santiago. —Se giró hacia Rut—. ¿Podría dejarle la llave de su garaje?

Rut asintió y abrió su bolso. La buscó y se la tendió a Aitor, pero no la soltó cuando este la cogió por el otro extremo.

—Por favor... —suplicó la mujer—, ayudadme a que Jaime vuelva. Tiene un hijo —sollozó.

Aitor asintió mientras ella soltaba la llave. El sacerdote cogió su mano y colocó una cruz en su palma.

—Póntela... él te ayudará y te protegerá —le indicó—. Este es mi número de teléfono...

Rut miró la cruz con lágrimas en los ojos y asintió.

—¿Tiene teléfono móvil? —preguntó Aitor sorprendido.

—Anael me obligó a comprarme uno ayer —Chasqueó la lengua—. Luego te doy mi número.

Aitor asintió y miró a Rut.

—Haremos todo lo que sea necesario para que Jaime vuelva —pronunció Aitor. Víctor se colocó a su lado y cogió la llave del garaje—. Acompáñale, por favor —indicó para que Rut lo guiase.

En cuanto ambos se alejaron Aitor se giró hacia el sacerdote, preocupado.

—Jamás había visto algo así —susurró. Santiago lo miró y asintió comprendiendo a lo que se refería, realmente había sido una de las posesiones más fuertes que había visto en toda su vida—. ¿Qué le ha dicho cuando le ha preguntado su nombre? Hablaba en una lengua que no conozco.

—Hebreo —indicó el sacerdote girándose hacia Jaime para observarlo—. Básicamente me ha dicho que el que hablaba era el que estaba dentro, que me marchase, que él estaba ahí ahora, para siempre, y que yo no daba órdenes ahí.

Aitor arqueó una ceja y miró también en dirección a Jaime.

—Qué majo, ¿eh? —bromeó.

—Pues es de las cosas más bonitas que me han dicho... —ironizó el sacerdote alejándose para acercarse a donde se encontraba el facultativo médico que aún tomaba las constantes de Jaime.

Aitor se pasó una mano por la cara intentando asimilar todo aquello y suspiró.

—Miguel... —dijo llamando la atención de su compañero que se acercó de inmediato.

—Dime —contestó situándose a su lado—. Menuda movida, ¿eh?

—Ya te digo —exageró sus palabras.

Miguel se giró hacia él con una sonrisa.

—Ha estado guapo... —comentó divertido, lo que provocó que Aitor enarcase una ceja. Miguel señaló con un movimiento de cabeza a Marc que caminaba de un lado a otro del comedor, pensativo, intentando asimilar aún todo aquello—. Está en shock —bromeó.

Aitor sonrió ante aquellas palabras al observar el gesto ofuscado de su compañero Marc.

—Lo superará —bromeó él también. Se giró hacia Miguel—. Oye, ¿te importa si lo acompañas tú con los demás a casa de...?

—¿Quieres quedar con la chica primavera? —preguntó intrigado. Aitor suspiró e iba a responder, pero Miguel se adelantó—. Claro, jefe, no hay problema... lo mismo se tira dos días durmiendo después de la que ha liado el cabrón... —bromeó—. Tanto grito y patadita deben de haberlo dejado agotado. —Colocó una mano en la espalda de su jefe y dio una palmadita—. Diviértete, machote —Y comenzó a alejarse.

—Eh, eh... espera... —comentó, aunque Miguel no aminoró el paso—. Haced dos turnos para no dejar al sacerdote solo, yo estaré en el segundo.

—Claro. Que te desahogues bien —bromeó Miguel agachándose al lado de Jaime.

Aitor suspiró y se pasó la mano por la nuca. Ahora parecía que todo estaba tranquilo, pero tal y como le había dicho a Miguel prefería realizar dos turnos para no dejar solo al sacerdote, no sabían cuándo podía volver a despertar Jaime y, visto lo visto, le iría bien su ayuda. Por otro lado, aquella era la última noche de las fiestas, sabía que Nerea se encontraba a pocas calles de allí, en la caseta de las flores. Le apetecía verla, de hecho, le iría bien despejar su mente y distraerse de todo lo que había vivido.

Victor apareció en el comedor junto a Rut y Anael a través de una puerta que había en el comedor.

—Ya está el todoterreno abajo.

—De acuerdo —comentó Aitor—. Haremos dos turnos. Víctor, Marc y Miguel primer turno con el sacerdote. El resto —Y los miró—, descansad. Después los sustuiremos.

Todos asintieron mientras cogían a Jaime y lo llevaban en volandas en dirección a la puerta que los conduciría al garaje.

Nerea depositó una de las cajas donde había guardado las macetas sobre la carreta y suspiró. Había sido un buen día, agotador, pero no podía quejarse. Prácticamente había agotado las existencias de flores que había llevado por la mañana a la caseta. Aquel era el último día de las fiestas. Sin duda, había sido una buena semana para su negocio.

Volvió al interior de la caseta y puso el resto de las pequeñas macetas de flores en la caja cuando su móvil sonó.

Se agachó, abrió el bolso y rebuscó en él hasta encontrarlo. Lo llevó directamente al oído con una sonrisa.

—Hola, Joana —pronunció poniéndose en pie.

—Hola, ¿qué tal ha ido el día?

Fue hacia el mostrador y cogió con su mano libre otra pequeña maceta para colocarla en el interior de la caja.

—Muy bien. Estoy recogiendo ya. Hoy cierro antes.

—¿Irás a ver los fuegos artificiales? —preguntó—. Lo digo porque voy a ir con Xabier a verlos. ¿Te animas?

Nerea chasqueó la lengua mientras cogía otra de las macetas.

—Estoy bastante cansada, la verdad —comentó con sinceridad—. Y mañana me toca ir pronto al almacén para hacer inventario de todo.

—Es decir: no —respondió su hermana en un tono bromista.

—Me sabe muy mal...

—Tranquila, es normal.

Depositó la maceta en la caja y miró al exterior donde la esperaba la carretilla con las dos cajas que ya había depositado sobre ella.

—Me encantaría ir, pero no puedo con mi alma —rio ella esta vez—. Necesito meterme en la cama.

Pudo escuchar la voz de su sobrino de fondo.

—¿Va a venir la tita?

—No puede, está cansada. Se va a dormir —le contestó su madre.

—Ohhhhh —se quejó el pequeño.

Nerea suspiró.

—¿Qué te parece si mañana quedamos para comer? ¿Trabajas? —propuso Nerea.

—Claro... —contestó Joana y miró al pequeño—. ¿Te apetece que quedemos mañana para comer con la tita?

—Síiiiiii —gritó Xabier con alegría.

—¿Te paso a buscar por el almacén a las dos?

—Perfecto —respondió Nerea que ya cogía la última de las macetas.

—Por cierto... ya he hablado con Paula —informó Joana—, por lo del fin de semana que viene.

Nerea lo recordó. El exmarido de su hermana no podía hacerse cargo del niño y Joana había aceptado una guardia en el hospital, de modo que necesitaba que cuidasen del pequeño mientras durase la guardia. Su hermana se había preocupado de avisar a la canguro para cubrir las horas en

que Nerea tuviese que trabajar.

—¿Le va bien? —preguntó Nerea.

—Sí, me ha dicho que ningún problema —respondió—. Me ha pedido que te pase su número de teléfono para que la llames y concretes las horas con ella.

—Estupendo —respondió Nerea—. Por la mañana me puedo llevar al renacuajo al almacén, así que será solo por la tarde.

—Como a ti te vaya mejor —respondió su hermana.

—Pásame el teléfono ahora por *WhatsApp* y mañana le escribo. Con que esté de cuatro a ocho y media tengo bastante —comentó risueña y alzó un poco más la voz para que su sobrino la escuchase—. Xabier, ve pensando en qué películas quieres ver y a qué juegos querrás jugar.

—Yujuuuu —Escuchó que decía su sobrino a lo lejos.

—Se lo va a pasar en grande contigo —respondió su hermana con una sonrisa.

—Como siempre. La tita Nerea mola mucho —bromeó.

—Bueno, pues... ¿nos vemos mañana? —preguntó Joana.

—A las dos —repitió su hermana.

—Te pasamos a buscar. Xabier... —llamó al niño—, dale las buenas noches a la tita Nerea que se va a descansar.

—Buenas noches, tita Nerea.

—Buenas noches, enano —respondió ella con una sonrisa—. Hasta mañana.

—Hasta mañana —se despidió su hermana.

Colgó el teléfono y lo guardó en el bolso que colgó de su hombro. Realmente estaba agotada. El estar en la caseta era mucho más cansado que en el almacén. Necesitaba una buena dosis de sueño. Dejaría las macetas en el almacén y se iría a casa. Se daría una ducha rápida, cenaría las sobras del mediodía y se metería en la cama. Esperaba poder estar dormida antes de las once y media.

Se aseguró de haber metido el dinero en el bolso y cogió la caja donde llevaba las últimas macetas.

Se giró para salir y se paró en seco. De hecho, no lo esperaba allí y dio unos pasos hacia atrás. Por suerte, el mostrador evitó que cayese de espaldas.

—¿Te ayudo? —preguntó Aitor con una agradable sonrisa.

Nerea parpadeó varias veces, sorprendida por verlo allí.

Había pensado en él durante aquella tarde, aunque no esperaba verlo. Notó cómo, de nuevo, su corazón se aceleraba ante su cercanía. Intentó recomponerse y se puso firme, pero antes de poder hablar él le quitó la caja de las manos.

—Gracias —susurró ella aún conmocionada. Luego le sonrió—. No te esperaba, perdona —dijo llevándose la mano al pecho—. Qué susto —bromeó—. Pensaba que me iban a robar —acabó diciendo, aunque luego cerró los ojos con fuerza al darse cuenta de lo que decía. ¿Por qué tenía la dichosa manía de hablar sin pensar?

Aitor sonrió y ladeó su cuello divertido mientras observaba el gesto de ella.

—No suelo hacerlo —bromeó. Ella lo miró graciosa—. ¿Va encima de la otra caja? —preguntó señalando con un movimiento de cabeza a la carreta.

—Sí —respondió Nerea dando unos pasos hacia él.

Apagó la luz y cerró las puertas de tela con el candado. No pudo evitar que su mano temblase levemente mientras sacaba la llave del candado y la guardaba en su bolso. Le parecía increíble que él estuviese allí.

Se fijó en él. Aitor le daba la espalda mientras depositaba la caja sobre las otras. Suspiró

intentando calmar los nervios y avanzó hacia él mientras se colocaba correctamente el bolso en el hombro.

—¿Qué haces aquí? —preguntó en un tono amistoso que aún denotaba sorpresa por verlo.

Aitor se encogió de hombros mientras rodeaba la carretilla para coger los mangos y arrastrarla él mismo.

—Estaba dado una vuelta y te he visto —mintió—. He acabado hace un rato de trabajar y he decidido venir a disfrutar del último día de las fiestas.

—¿Solo? —preguntó sorprendida.

—Bueno, sabía que estarías aquí... —pronunció lentamente, lo que provocó que las mejillas de ella se tiñesen de carmín. Menos mal que en aquella zona no había mucha iluminación—. ¿Dónde tienes la furgoneta?

—Donde el otro día —contestó.

Aitor asintió y desplazó la carretilla hacia delante. Para él aquel peso no era nada, gracias a sus habilidades gozaba de más fuerza que una persona normal, pero sabía que para Nerea podía suponer un esfuerzo.

—Vamos, te acompaño —dijo iniciando el paso.

Ella tragó saliva y asintió mientras se situaba a su lado.

—Gracias —contestó con una sonrisa—. La verdad es que estoy molida.

Aitor giró su cuello para observarla sin aminorar el paso.

—¿Ha sido un día duro?

Ella se encogió de hombros.

—La caseta agota más que el almacén. Al menos, allí, tenemos aire acondicionado. Estar todo el día en la caseta es horrible por el calor, pero bueno, hoy ha sido el último día —contestó con una sonrisa—. Mañana vuelvo a la rutina.

Giraron la esquina y caminaron por aquella calle que hacía un poco de subida.

—¿Has cenado? —preguntó con una clara insinuación.

Ella lo miró algo cohibida. Comprendía perfectamente aquella pregunta. ¿Quería ir a cenar con ella? No había nada que le apeteciese más, aunque, la verdad, estaba agotada y tampoco quería quedarse dormida en medio de una cena con él.

—No, aún no he cenado, pero no tengo mucha hambre —respondió con sinceridad—. Lo único que necesito es meterme en la cama y descansar.

Aitor aceptó.

—Supongo entonces que podremos quedar otra noche para cenar, ¿verdad?

De nuevo, notó cómo sus mejillas se encendían. Estaba claro que Aitor estaba interesado en ella, lo cual le parecía realmente increíble. Él era un hombre muy atractivo y mucho más echado para adelante que ella. No parecía sentir timidez al pedirle otra cita en persona, ni siquiera había titubeado ni le había temblado la voz, sin embargo, ella temblaba solo de tener que dar una respuesta.

—Claro —susurró esquivando su mirada—. Han abierto un restaurante japonés donde hacen un sushi buenísimo, ¿te gusta?

Aitor asintió.

—Y tenemos que quedar también para que me arregles mi jardín —le recordó.

Ella aceptó.

—Sí, mañana cuando vaya al almacén miraré la agenda y te buscaré un hueco para la semana que viene.

—Estupendo —respondió girando la siguiente esquina a la izquierda.

Caminaron unos segundos en silencio. Aitor la observó de reojo. Pese a que ya se habían visto varias veces, Nerea destilaba timidez por cada poro de su cuerpo.

—¿Qué tal ha ido tu día? ¿Mucho trabajo? —preguntó ella.

Bueno, ¿cómo resumirlo? Había luchado contra un demonio que, aunque no lo había dejado agotado físicamente, sí mentalmente. Ahora tenía la certeza de que las posesiones eran ciertas y aquello alteraba las creencias que había tenido siempre. No se consideraba una persona religiosa, pero tampoco atea... más bien había pasado de todo lo relacionado con ello, sin embargo, ahora era consciente de que había una guerra entre el bien y el mal más extremo. Él, por su profesión, era consciente de la realidad de este mundo mucho mejor que cualquier persona civil que se mantenía ajena a aquel mundo oculto donde vampiros, brujas y licántropos, además de muchos otros seres sobrenaturales, intentaban imponerse como especie, pero aquello ya no era algo material o tangible, estaba hablando del mundo espiritual, algo para lo que ni ellos estaban preparados.

Se encogió de hombros con una sonrisa de soslayo.

—Un día como otro cualquiera —respondió.

—¿Mucho trabajo de oficina? —preguntó graciosa.

—Sí —mintió.

—Bueno... supongo que ahora al acabarse las fiestas tú también irás más tranquilo —comentó ella encogiéndose de hombros.

—No te creas —La miró y le sonrió.

—¿Trabajas los fines de semana? —preguntó queriendo dar conversación.

—Algunos —respondió—. Este fin de semana me ha tocado. —Se encogió de hombros.

—¿Por las fiestas? —preguntó con voz más animada.

—Tenemos cuadrantes —continuó con la explicación—. Algunos fines de semana me toca, otros no. —Ella asintió—. ¿Tú no cierras por vacaciones?

Nerea negó con su cabeza.

—Nos dividimos las vacaciones entre los cuatro. Dos quincenas en julio y dos en agosto. Yo ya hice mis vacaciones la segunda quincena de julio. Ahora le quedan solo las vacaciones a Antón que se las coge la semana que viene. —Se encogió de hombros—. Ya no tengo vacaciones hasta Navidad. —le sonrió—. Pero no me importa, disfruto con mi trabajo.

—Eso es bueno —respondió. Miró hacia delante y le señaló con un movimiento de cabeza—. Es esa furgoneta, ¿verdad?

Ella rebuscó las llaves en su bolso mientras asentía.

Aitor dejó la carreta al lado de la furgoneta y esperó a que ella abriese la parte de atrás, tal y como habían hecho hacía unas noches.

—Hoy llevas menos flores —confirmó él mirando las tres cajas de cartón donde reposaban las pequeñas macetas.

Nerea se subió a la parte trasera.

—Antón ha venido esta tarde a buscar unas cuantas cajas, así yo no tenía que cargar tanto por la noche —admitió ella.

Aitor cogió la primera caja y se la tendió.

—¿Puedes? —preguntó al ver que ella depositaba la caja con esfuerzo sobre una de las bandejas de metal que colgaban de los laterales.

—Sí —respondió—. Ya estoy acostumbrada. —Aitor fue hacia la carreta y cogió la siguiente—. Lo bueno de mi trabajo es que no me hace falta ir al gimnasio —bromeó. Se giró y cogió la siguiente caja que él le tendía—. Son todo ventajas. —Miró más detenidamente a Aitor y su rostro

expresó timidez—. Perdona que te pregunte... —Aitor la miró sin comprender—, pero ayer me dijiste que, a lo mejor, si tus jefes te lo permitían, irías a ver a Jaime. —Aitor apretó los labios, pues sabía por dónde iba a el tema—. No he querido llamar a Rut para no molestarla, pero ¿lo has visto? ¿Sabes algo?

Aitor ladeó su cuello a un lado. No podía explicarle lo que ocurría y, en parte, era mejor así, pues sabía que cualquier civil se asustaría ante lo que él narrase y, por otro lado, era posible que no le creyese.

Negó con su cabeza para no tener que entrar en detalles.

—No, no sé nada. Lo siento.

Prefería negar todo aquello a tener que decirle que sabía lo que le ocurría a Jaime y tener que mentirle. Por suerte, Rut le había prometido que lo que había visto lo mantendría en secreto, así que era mejor no explicar nada acerca de lo ocurrido.

Ella suspiró preocupada e iba a volver a hablar, pero, en ese momento, las luces que iluminaban las calles se apagaron. Unos segundos después, un fuerte estruendo hizo que hasta los vidrios de la furgoneta temblasen.

—En unos minutos comienzan los fuegos artificiales —dijo ella mirando al cielo iluminado por un petardo que indicaba que en breve comenzaría el espectáculo pirotécnico—. ¿Irás a verlos?

Aitor chasqueó la lengua y la contempló con un atisbo de duda.

—¿Tú vas a ir?

Ella se giró hacia el estante y negó con su cabeza sin responder.

—Entonces no, no iré —contestó con un aire simpático que hizo gracia a Nerea.

Nerea fue hacia la puerta de la furgoneta esperando a que él le tendiese la última de las cajas. Aitor la cogió y fue en su dirección, se la tendió, pero no la soltó cuando ella la sujetó por el otro extremo, lo que provocó que Nerea lo mirase.

—Una pena, me hubiese gustado ver los fuegos artificiales contigo.

Se mordió el labio y tragó saliva mientras cogía finalmente la caja y se giraba para colocarla en el estante de abajo.

Notó cómo el corazón se le aceleraba. Aitor no parecía rendirse fácilmente y mucho menos se sentía intimidado porque ella le hubiese dicho que estaba cansada para ir a cenar.

Dudó unos segundos. Los fuegos artificiales no duraban más de un cuarto de hora. Quizá sí podría ir un rato con él. Desde el Parque Dos Condes se veían y estaba ahí al lado. En veinte minutos podía estar de vuelta en la furgoneta.

Se giró para contestar, pero apretó los labios cuando vio que él miraba el móvil extrañado, incluso le pareció ver que ponía los ojos en blanco.

—¿Ocurre algo? —preguntó preocupada al ver su gesto.

Aitor levantó su mirada, negó, y volvió a leer los mensajes con atención.

Marc: Jaime se ha despertado.

Daniel: ¿Tenéis problemas?

Marc: No. No recuerda nada.

Marc: Se ha vuelto a dormir, está agotado.

Marc: El padre Santiago dice que eso se debe al exorcismo.

Lucas: ¿Ha funcionado?

Marc: Santiago dice que no. Que aún tiene el demonio dentro 😬

Marc: Aunque ahora está así 🐛

Marc: Es un demonio perezoso... jo, jo, jo.

Lucas: *No digas tonterías.*

Lucas: *¿Necesitáis ayuda?*

Marc: *Te digo que está durmiendo... ¿tú que crees?*

Daniel: *¿Lo habéis atado?*



Marc: *Ahora no. El sacerdote dice que no hace falta.*

Marc: *Pero yo... ¿qué quieres que te diga? Yo lo ataba.*

Miguel: *El que no se creía que estaba poseído. Se ha hecho caquita. 😊*

Miguel: *Santiago dice que mañana lo volveremos a intentar.*

Lucas: *¿Intentar el qué?*

Miguel:  

Lucas: *¿Qué?*

Miguel: *El exorcismo, ¿no lo pillas?*

Marc: *Joder, Miguel...*

Aitor suspiró y sonrió de forma tranquilizadora hacia ella.

—No es nada, mis compañeros de trabajo.

Lo miró sorprendida.

—¿Tienes que ir a trabajar ahora?

—No, no... —respondió rápidamente—, pero mañana me va a tocar madrugar.

Llevó las manos al teclado.

Aitor: *¿A qué hora quiere practicar el exorcismo?*

Miguel: *Jefe, ¿tú por aquí? Te hacía en otros menesteres...*

Aitor resopló.

Víctor: *¿Qué menesteres?*

Lo que le faltaba, todo su equipo pendiente del *WhatsApp*.

Aitor: *Dime la hora*

Marc: *Dice el sacerdote que podemos probar a las doce del mediodía, después de rezar el*

Ángelus. 😊

Marc: *Sacadme de aquí, si us plau.*

Daniel: *A mí si me hablas en catalán no te entiendo, ¿oíste?*

Daniel: *Jefe, ¿qué haces? ¿Qué menesteres?*

Aitor suspiró.

Aitor: *¿Podréis descansar por la noche? —preguntó ignorando la pregunta de su compañero.*

Víctor: *Nos ha preparado una habitación. No hay problema.*

Aitor: *Daniel, Lucas, a las seis y media en pie. A las siete estaremos allí y los relevaremos para que descansen. Por si no pueden esta noche.*

Miguel: *¿Y tú, jefe? ¿Vas a descansar ahora?*

Daniel: *Aitor, ¿dónde estás? —insistió.*

Aitor resopló, lo que llamó la atención de Nerea.

—¿Seguro que va todo bien?

Aitor alzó la mirada hacia ella.

—Sí, todo bien, pero mañana me toca trabajar por la mañana —comentó.

Marc: Oye, gallego... que se entiende perfectamente.

Aitor: Cualquier cosa nos avisáis.

Una vez escribió el mensaje, bloqueó el móvil y lo guardó en el bolsillo. Sabía que sus compañeros intentarían picarlo así que lo mejor era no mirar más el móvil hasta que volviese a casa, pues seguramente Miguel le insistiría bastante con el tema.

Nerea descendió de la furgoneta y cerró las puertas. Se había decidido a decirle de ir a ver los fuegos juntos, por media hora no pasaría nada y, además, le apetecía mucho estar con él, pero como Aitor le explicó que debía trabajar por la mañana le sabía mal proponérselo. En parte era mejor así, Aitor le gustaba mucho y prefería tomarse aquello con calma.

Cuando se giró hacia él la observaba fijamente, como si también se debatiese entre insistir o no.

Aquella mirada la inquietó.

—Lo mejor será que descansemos los dos, mañana... —susurró, aunque se quedó callada cuando vio que él se aproximaba. Notó cómo el vello se le ponía de punta ante su proximidad, incluso pudo notar el calor que desprendía su cuerpo—, mañana tenemos que... que madrugar.

Aitor la miró directamente a los ojos. Iba a insistirle con pasar un rato con ella, pues Nerea parecía dudosa, pero tras la conversación que había leído no quería arriesgarse a tener que salir corriendo porque Jaime tuviese otra crisis. El tener que mantenerse alejado de ella provocó que su deseo aumentase. Descendió su mirada hacia sus labios durante unos segundos.

Nerea fue consciente de ello, Aitor había modificado su mirada y, ahora, era mucho más apasionada. Ya había imaginado que Aitor estaba interesado en ella, no era tonta, ¿por qué si no iba a querer invitarla a cenar o ir a buscarla para ayudarla a cargar las macetas en la furgoneta?

Aitor se acercó sin apartar la mirada de ella. Sabía que era una locura, que quizá se estaba propasando, pero el deseo de besarla era ya insoportable.

Sin decir nada, descendió sus labios hasta los de ella, lentamente, permitiendo que Nerea se apartase si lo veía conveniente, pero no lo hizo, se quedó totalmente estática, más bien asombrada por su reacción, pero sin rechazar esa proximidad.

Cuando posó sus labios sobre los de Nerea estuvo a punto de suspirar. La sensación era sumamente placentera. Había querido besarla desde la primera vez que la había visto, incluso había imaginado mil veces cómo sería. Ahora, podía asegurar que la sensación era mejor que cualquier cosa que su mente hubiese podido elucubrar.

Besó sus labios suavemente, consciente de que Nerea podía apartarse de él en cualquier momento. No se lo tomaría a mal, sabía que para ella podía estar sobrepasándose la confianza que habían adquirido aquellos días, aunque no fue lo que le dio a entender. Nerea aceptó sus labios de buen grado, de una forma delicada y pausada.

Tras unos segundos, y al comprobar que ella no se alejaba, Aitor colocó sus manos en la cintura acercándola a él. Se sorprendió cuando Nerea colocó las manos en sus hombros, aceptando su proximidad, colaborando en aquel beso que era igual de deseado por ambos.

La sensación era tan excitante que de forma involuntaria la hizo retroceder apoyándola contra la puerta cerrada de la furgoneta. El golpe fue más brusco de lo que esperaba, pero propició que ella se sujetase con más fuerza a sus hombros, sin separarse de sus labios.

Sentir cómo Nerea se sujetaba a él incrementó más su ansia y besó sus labios con más ímpetu

mientras la comprimía suavemente contra la furgoneta.

El deseo se apoderó de ella que elevó también su mano del hombro de él a su nuca y luego enterró sus dedos en su cabello oscuro, acariciándolo.

Aquella caricia por parte de Nerea acabó con la poca resistencia que a él le quedaba. Abandonó sus labios y se dirigió a su cuello, besándolo mientras escuchaba el largo suspiro de ella ante tal sensación. La mano que había llevado hasta su cabello agarró un mechón del cabello de Aitor tirando un poco de él, como si aquella sensación fuese superior a ella.

Aquel gesto, lejos de disuadirle, provocó que su excitación aumentase. Colocó las dos manos en la cintura de ella, aproximándose mientras besaba su clavícula y ella aumentaba la presión de sus manos sobre su cabello y su hombro.

No pudo evitar que un suspiro se escapase de su boca cuando Aitor volvió a subir hasta sus labios y se fundió en un apasionado beso. Su cuerpo estaba caliente e irradiaba pasión por cada uno de sus poros.

¡Por el amor de Dios! Era solo un beso y sentía cómo sus piernas temblaban amenazándola con hacerla caer al suelo. Si Aitor continuaba así dudaba que pudiese parar, o, al menos, que quisiese hacerlo. Estaba perdiendo el poco sentido común que le quedaba. ¡Estaba en la calle! ¡En plena vía pública! Y lo único que le importaba en aquel momento y en lo que estaba totalmente centrada era en aquella mágica sensación que la transportaba a lugares donde jamás había estado, a un lugar de placer y excitación extrema.

Suspiró más fuerte cuando sintió cómo las manos de Aitor descendían hasta sus caderas, presionándola contra él en un claro movimiento cargado de fogosidad. Apartó la mano de su cabello y se sujetó con fuerza a sus hombros mientras el beso que compartían abandonaba ya toda delicadeza y se transformaba en algo más energético, más salvaje.

No supo cómo reaccionar, si lo que ocurrió a continuación la había salvado o, por el contrario, había interrumpido lo mejor que le había ocurrido en aquellos últimos años, pero el estruendo del petardo hizo que ella brincase y se separase de él apoyándose por completo en la puerta de la furgoneta.

Ambos se miraron durante unos segundos intentando recuperar el aliento por lo ocurrido. Aitor mantenía aquella mirada tan penetrante posada en ella.

El estallido de color que se produjo a continuación en el cielo hizo que ambos desviasen la mirada hacia arriba, donde los petardos de color verde y rosado comenzaban a dibujar un cielo de luz y color.

Nerea tragó saliva y volvió a mirarlo apoyada contra la furgoneta, intentando recuperar el aliento y no caer al suelo. Aitor aún se mantenía muy próximo, tanto que notaba cómo todo su cuerpo irradiaba aquel calor provocado por la excitación del momento.

Se quedó unos segundos mirándolo, intentando ubicarse y ser consciente de lo que había ocurrido... Finalmente tragó saliva y dio un paso al lado, pues, si no mantenía la distancia, seguramente acabaría de nuevo contra la puerta de su furgoneta.

Él se mantenía en silencio, intentando recuperar el control sobre su cuerpo tal y como hacía ella, así que volvió a elevar la mirada hacia el cielo cuando los fuegos artificiales de color dorado lo inundaron todo dotando de luz las oscuras calles.

Cuando volvió la oscuridad Nerea descendió su mirada hacia él.

Si aquel petardo no la hubiese asustado seguramente Aitor habría abierto la puerta trasera de la furgoneta de Nerea y la hubiese arrastrado al interior.

Ahora no cabía duda, sabía que ella también sentía algo. ¿Por qué esperar a que ocurriese lo inevitable? ¿Por qué no entregarse ya de lleno a la pasión?

Aunque él deseaba aquello más que nada en el mundo, supo que no era justo. Ella no se merecía la parte trasera de una furgoneta, ella se merecía algo más.

Comprobó cómo Nerea permanecía apoyada contra la puerta de metal y su pecho subía y bajaba rápidamente, aún con la respiración acelerada por lo ocurrido.

Cogió su mano con delicadeza y se acercó de nuevo. La contempló con una leve sonrisa que hizo que el corazón de ella latiese todavía con más intensidad.

Nerea se fijó en sus ojos, pese a la oscuridad se veían de un color miel claro.

—¿Necesitas que te ayude a descargar las cajas en el almacén?

Aquella pregunta sonó a lo lejos, aunque poco a poco fue cobrando sentido en la mente de Nerea. Se obligó a reaccionar y lo miró sorprendida.

—No —respondió rápidamente, aunque luego le sonrió—. No hace falta, gracias —acabó susurrando.

Aitor asintió sin soltar su mano.

—Sé que estarás muy ocupada, pero el día que tengas libre para ir a comer o a cenar dímelo, ¿de acuerdo?

Ella se mordió el labio y asintió con timidez.

—Claro —susurró. Apretó los labios y lo miró de forma esquiva—. Voy a tener que regalarte otra planta —Aitor enarcó una ceja y ladeó su cuello—. Por ayudarme con las plantas —reaccionó rápidamente

Aitor sonrió divertido y se pasó la mano por la nuca.

—Claro, por las plantas —bromeó, y luego la miró con intensidad, lo que provocó que ella también sonriese. Quizá fue el tono que él empleó, pero provocó que los nervios de ella se calmasen.

—Tengo que... tengo que irme —pronunció pasando a su lado.

Abrió la puerta del conductor y se subió. Aitor la cerró y se colocó al lado de la ventanilla mientras ella la bajaba para hablar con él.

—¿Me avisarás cuando llegues? —preguntó él.

Ella asintió.

—De acuerdo —respondió en voz baja mientras arrancaba.

Se perdieron uno en la mirada del otro, sin decirse nada. No hacía falta intercambiar palabras, pues ambos eran muy conscientes de lo que habían experimentado.

—Ve con cuidado —dijo dando unos golpes en la puerta de la furgoneta.

Ella asintió y le sonrió.

—Buenas noches —pronunció mientras ponía primera y avanzaba.

—Buenas noches —susurró Aitor cuando ella arrancó.

Se quedó observando cómo la furgoneta se alejaba.

Nerea observó por el retrovisor cómo la figura de Aitor se iba haciendo más pequeña cada vez hasta que giró una esquina y desapareció de su vista.

No podía creérselo, se había besado con él y... ¡menudo beso! Aún notaba cómo su corazón palpitaba ferozmente en su pecho y su vello se erizaba. La sensación había sido la más agradable de su vida, no recordaba nunca haber experimentado algo igual.

Condujo inmersa en sus pensamientos, recordando cada caricia, la suavidad de sus labios, cómo la había mantenido sujeta contra la puerta de la furgoneta hasta que, sin darse cuenta, llegó al almacén.

Antón la esperaba en el interior y, en cuanto introdujo la furgoneta en la parcela, salió a su encuentro.

—Buenas, Nerea —contestó con voz animada.

—Hola —dijo bajando de la furgoneta.

Antón rodeó la furgoneta y abrió directamente las puertas traseras. Subió y observó el interior.

—Se han vendido muchas plantas, ¿verdad?

Ella también llegó hasta la parte trasera y asintió.

—Sí, muchas. Ha sido un buen día —indicó mientras Antón ya cogía la primera caja y se la entregaba a ella.

Con suerte, en quince minutos podría marcharse a casa.

Entró al almacén seguida de Antón que portaba otra de las cajas y fue hasta la zona de regadío.

—Tráeme las otras cajas y ya puedes marcharte. Las regaré y me iré también.

Antón asintió saliendo de nuevo del almacén.

Cogió la regadera, la llenó y comenzó a verter agua sobre las macetas. Aquel había sido un buen día, pero se había convertido en fabuloso tras la inesperada presencia de Aitor.

Aitor se dirigió a su vivienda situada en Barxa, a poco más de un cuarto de hora en coche, aunque con su velocidad y sin querer cansarse, no tardó más de diez minutos corriendo.

Supo que sus compañeros Daniel y Lucas estarían esperándolo, pues podía ver a través de la ventana que la luz del comedor estaba encendida.

Resopló y entró con cuidado, sabía a lo que se exponía: sus dos compañeros estarían deseando hacerle preguntas sobre esos menesteres a los que Miguel, intencionadamente, se había referido.

No tuvo tiempo de cerrar la puerta, pues Lucas apareció a su lado y acabó cerrándola él. Aitor le mostró los dientes con una sonrisa de “ya me suponía que estarías aquí”.

—Míralo... sonríe —indicó Daniel con su acento gallego—. Te has divertido, eeeh, canalla.

Aitor borró la sonrisa de sus labios y puso los ojos en blanco.

Fue directamente hacia las escaleras sin mediar respuesta.

—¿Qué hacéis despiertos? Mañana a las siete debemos estar en casa del padre Santiago.

—Te estábamos esperando —comentó Daniel siguiéndolo junto a Lucas por las escaleras rumbo al comedor.

El aroma a café le recordó que no había cenado. Atravesó el comedor y fue directo hacia la cocina donde había las sobras del pollo de aquel mediodía.

Abrió la olla de donde aún salía vapor y se sirvió una ración caliente en un plato hondo.

—Y trae hambre, uuuhhh —indicó Lucas sentándose en el taburete de la barra.

Aitor suspiró mientras depositaba el plato en la barra y se dirigía al cajón para coger unos cubiertos.

—Bien, jefe... —dijo Daniel sentándose al lado de Lucas, frente a Aitor—, ¿cómo ha ido? —Aitor enarcó una ceja mientras tomaba asiento—. ¿Has quedado con la chica del otro día? —preguntó con emoción.

Aitor resopló. De todas formas, no iban a parar hasta confirmar sus sospechas y, por otro lado, sería mucho mejor decirles la verdad, así al menos dejarían de incordiar tanto.

—Sí —confirmó.

Daniel colocó la mano delante de Lucas.

—Me debes veinte euros —comentó.

Lucas resopló ante la mirada asombrada de Aitor mientras se ponía en pie y extraía la cartera de su bolsillo trasero.

—¿Ahora apostáis?

—Sí, gracias jefe —dijo Daniel quitándole de la mano los veinte euros a Lucas.

—Sí, muchas gracias —ironizó Lucas sentándose de nuevo.

Lucas cogió la jarra de agua y se sirvió un vaso.

—¿Estás saliendo con ella? —preguntó Lucas intrigado.

Aitor no supo qué responder a aquello. Le gustaba, le gustaba muchísimo, y se habían besado, pero... realmente no habían hablado sobre eso.

—Solo nos estamos conociendo —indicó.

—Ya, pero sonreías cuando has entrado por la puerta —recordó Daniel.

Aitor miró a su compañero.

—Sonreía porque ya me suponía que estaríais esperándome para cotillear —explicó—. Si hubiese apostado con alguien a eso hubiese ganado.

—Lástima que no lo hayas hecho —bromeó Daniel—, es lo que tiene quedarse solo para escaquearse con una chica.

Aquello hizo que Aitor lo mirase fijamente.

—Y seguro que has ganado mucho más que él —indicó Lucas señalando con un movimiento de cabeza a Daniel—. ¿Cuándo nos la vas a presentar? —Y esta vez usó un tono de voz más cómico.

Aitor puso los ojos en blanco y se metió otro trozo de pollo en la boca. Desde luego, sus compañeros necesitaban desesperadamente estar entretenidos.

—¿Marc ha vuelto a decir sobre Jaime?

—Oh, venga ya... —se quejó Daniel—, no cambies de tema.

—Cambio de tema porque no hay nada que contar —explicó Aitor con la mirada clavada en el pollo—. Se trata de una amiga, ya está —explicó elevando la mirada hacia ellos.

—Le ha dado calabazas —comentó Daniel a modo de deducción tras la respuesta de Aitor.

—No. No me ha dado calabazas. Es... —resopló—, es solo una amiga, de momento. Ya está. Punto. —Los señaló—. Al tema que nos interesa...

—A nosotros nos interesa también este —insistió Lucas divertido.

—Ya, pero a mí no —ironizó Aitor—. No voy a explicaros mi vida privada. Al tema... —insistió—, ¿alguna nueva noticia de Jaime?

Sus dos compañeros resoplaron.

—Noooo... —acabó diciendo Daniel—, de verdad Aitor, qué aburrido eres. —Aquello hizo que su jefe enarcase una ceja hacia él—. Con cariño te lo digo, claro —dijo acelerado.

Lucas cogió un vaso y se echó agua.

—¿Hay café hecho? —preguntó Aitor.

—He hecho una cafetera hace una media hora —comentó Daniel poniéndose en pie. Fue hacia la cafetera y cogió su vaso—. Me voy a servir otro, ¿quieres? —le preguntó a Aitor que asintió.

Daniel cogió otro vaso y echó café.

—Verás, se nos ha ocurrido una cosa... —explicó mientras depositaba el vaso medio lleno de café. Aquello llamó la atención de Aitor que lo miró con atención—. ¿Te acuerdas de Susana?

—La meiga Borealis, claro —recordó Aitor.

Lucas le indicó a Daniel que le sirviese también un vaso de café.

—Hemos pensado que quizá... —intervino Lucas—, podríamos proponerle al padre Santiago que nos acompañe en algún exorcismo. Ella habla con los espíritus.

Aquello hizo que Aitor pusiese su espalda recta. Ahí tenían toda la razón, era posible que aquella meiga consiguiese captar algo que ellos no podían.

—Es buena idea —les indicó—, pero no sé si el padre Santiago estará por la labor. Ya visteis que le costó aceptarnos a nosotros.

—¿Por probar? —insistió Lucas—. Me tiene intrigado eso de que las puertas del infierno se abrirán.

—Sí, a mí también —confirmó Aitor pensativo—. No habéis notificado nada al CNI, ¿verdad?

—Somos una tumba, ya lo sabes, jefe —comentó Lucas.

Aitor asintió y dejó el pollo que sobraba a un lado cogiendo el vaso de café que Daniel le había servido.

—Mañana se lo comentaré al padre Santiago. Si acepta iremos a buscar a Susana. Lo mismo es ella la que luego no quiere, pero me parece muy buena idea —indicó.

Dio un sorbo a su café y lo depositó en la barra de nuevo.

—Luego... —continuó Daniel—, el padre Santiago nos ha dicho que hablaba hebreo, pues Lucas ha encontrado un programa de traducción simultánea de hebreo español, español hebrero.

Lucas se encogió de hombros.

—Lo he descargado de la web del CNI y lo he incluido en el móvil —indicó mostrándoselo.

—Ah, vaya... eso está muy bien —dijo Aitor asombrado.

—El programa traduce y además guarda todo lo que diga, así que podemos tener las sesiones grabadas —continuó explicando—. Se lo he puesto también al móvil de Daniel. Mañana puedo ponerlo en todos.

—Perfecto. Muy bien —dijo dando otro sorbo a su café. Miró su reloj y vio que marcaba las once y media—. Será mejor que nos acostemos —indicó poniéndose en pie. Puso el plato y el vaso en el lavavajillas y, en ese momento, notó que su móvil vibraba. Supo que tenía que ser Nerea indicándole que había llegado a su piso—. Mañana a las seis y cuarto desayunamos y a las seis y media quiero estar saliendo por la puerta —dijo mientras pasaba al lado de la barra y se dirigía al pasillo que lo conduciría a las habitaciones.

—De acuerdo —indicó Daniel mientras introducía también su vaso en el lavavajillas.

—Buenas noches —se despidió entrando a su habitación.

Malditos compañeros, sabía que lo coserían a preguntas, pero ahora ya estaba hecho. No quería comentar lo ocurrido, pero, por otro lado, sabía que confirmando que había algo entre ellos quizá cesasen en su empeño de preguntar.

Avanzó hasta la cama y se quitó los zapatos. Extrajo el móvil del bolsillo y lo miró. Tal y como había pensado era un mensaje de Nerea.

Nerea: Hola, ya he llegado a casa.

Nerea: Gracias por ayudarme con las plantas otra vez.

Aitor sonrió y depositó el móvil sobre la cama. Se quitó la camiseta y la dejó sobre la silla. Se sentó sobre el mullido colchón sujetando el móvil entre sus dedos.

Aitor: No hay de qué.

Suspiró y apretó los labios. Una sonrisa traviesa se apoderó de él.

Aitor: Me ha encantado besarte.

A Nerea se le cayó el móvil de la mano al leer el mensaje. Se agachó y lo cogió enseguida, asegurándose de que no se hubiese roto. Volvió a leer el mensaje y notó cómo el corazón le palpitaba de nuevo muy rápido. A este ritmo, al final, sufriría un infarto.

¿Qué se suponía que debía responderle? Paseó sus dedos sobre el teclado táctil observando cómo temblaban. Bueno, él se había sincerado, ¿por qué ella no? Al fin y al cabo, ella no lo había rechazado y había disfrutado del momento tanto o más que él.

Tragó saliva y se armó de valor. Vamos, debía comenzar a ser más atrevida.

Nerea: A mí también.

Aitor miró sorprendido su respuesta. Esperaba que se sonrojase y que no dijese nada al respecto, pero aquella contestación lo llenó de alegría. Quizá era hora de plantearse tener una relación formal. Nerea era todo lo que buscaba en una mujer, ¿por qué iba a resignarse a perderla? Muchos de sus compañeros del CNI mantenían una relación o estaban casados, ¿por qué no podía él aspirar a eso? Sabía que su mundo era peligroso, pero si ella estaba junto a él no tendría nada que temer, estaría sumamente protegida, algo que haría de buen grado. No obstante, aquello suscitaba en él más preguntas e incertidumbres. La mayoría de sus compañeros del CNI que mantenían una relación confiaban plenamente en sus parejas y les explicaban a qué se dedicaban. Aquella era una de las causas por las que nunca se había atrevido a mantener una relación seria, pues sabía que si quería que funcionase no debía guardar secretos para con su pareja. ¿Cómo explicar todo aquello sin que la otra persona se asustase y lo abandonase? Más aún... ¿y si se atrevía a explicarle todo aquello y luego no quería nada con él? Desde luego, para un cazador, era mucho mejor estar solo, sin embargo, desde que la había conocido no podía pensar en otra cosa que no fuese estar con ella. Jamás había sentido una necesidad tan grande como aquella. Aquellos sentimientos no eran pasajeros, se habían adentrado de una forma muy profunda en su corazón.

Nerea: Me voy a la cama, estoy agotada.

Nerea: Buenas noches.

Sonrió al leer su mensaje.

Aitor: Mañana hablamos.

Aitor: Que descanses.

Aitor: Buenas noches.

Depositó el móvil sobre la mesita de noche y se quitó los pantalones. Se metió en la cama sin echarse la colcha por encima.

Debía tomarse aquello con calma, meditar bien el asunto antes de plantearse explicarle a qué se dedicaba, cuál era su verdadero trabajo.

Cerró los ojos y, aunque sabía que le iba a ser muy difícil conciliar el sueño, pues no dejaba de recordar aquel beso, intentó descansar. El día siguiente sería un día duro.

Miguel rebotó contra una de las paredes de la habitación cayendo al suelo. Se puso erguido y resopló mientras un gruñido salía de lo más profundo de su ser.

Jaime los miró a todos desafiante.

Tal y como les había dicho el sacerdote, nada más llegar habían iniciado la lectura de la Biblia durante un par de horas. Daniel y Víctor se habían quedado dormidos a ratos, recibiendo golpes con el codo por parte de sus compañeros para que despertasen ante la mirada inquisidora de Santiago.

Tras rezar el Ángelus se habían vuelto a confesar, una confesión rápida, pues como decía Santiago dudaba que en una noche hubiesen cometido algún pecado.

Tras eso se habían dirigido a la habitación donde descansaba Jaime. Era muy austera, contenía solo una cama con barrotes y cruces de madera colgadas por las paredes. Lo único que daba algo de color a la habitación eran dos cuadros: uno de la Virgen María y otro del Sagrado Corazón.

Jaime había estado durmiendo hasta que habían entrado en la habitación, aunque realmente quien despertó no era Jaime.

—Preparaos —ordenó el padre Santiago una vez que el facultativo médico y Anael entraron en la estancia.

Ambos se habían quedado apartados, en una esquina, observando y rezando con una cruz en la mano.

Nada más comenzar a recitar el padre Santiago el salmo de la Biblia, Jaime había saltado en la cama colocándose a cuatro patas y rugiendo hacia ellos.

La mirada de estupefacción había sido igual en todos.

—Se despierta de buen humor, ¿eh? —había bromeado Lucas.

Al momento había tenido que abalanzarse sobre él para contenerlo, pues, de nuevo, parecía querer arremeter contra el sacerdote.

Raúl se había aproximado para informar sobre las constantes y Anael se había quedado en una esquina con los ojos cerrados, rezando en voz baja, manteniéndose ajena a los gritos de aquella habitación, concentrada en sí misma.

Miguel fue de nuevo hacia Jaime y lo sujetó por la espalda. Lo mantenían de rodillas, Marc lo sujetaba por el brazo izquierdo, Lucas por el derecho, Daniel se mantenía al lado del sacerdote para protegerlo si fuese necesario y Víctor y Aitor se encontraban ante Jaime, cada uno a un lado del facultativo, protegiendo también a este.

—¡Sálvame, oh Dios, por tu nombre, hazme justicia con tu poder! —continuó recitando el sacerdote, elevando su voz por encima de los gritos de Jaime—. Escucha, oh Dios, mi oración, atiende a las palabras de mi boca. —Santiago puso la voz más grave mientras miraba fijamente a Jaime que luchaba por soltarse de los integrantes de la división—. Contra mí han surgido arrogantes, rabiosos buscan mi muerte, sin tener presente a Dios. Pero Dios viene en mi auxilio, el señor defiende mi vida.

Jaime miró al sacerdote con furia.

—Aquí no está Dios —rugió lleno de rabia, con movimientos compulsivos para soltarse—, aquí solo estoy yo —pronunció con solemnidad.

—¡Recaiga el mal sobre los que me acechan, destruyéndolos! —gritó Santiago y miró a Jaime

con odio—. ¿Cuál es tu nombre, demonio?

Jaime se detuvo, ladeó su cuello y miró al sacerdote con una sonrisa de soslayo.

—Shadigii numi pacju —susurró Jaime.

—¡Tu nombre! —exigió Santiago—. ¡Dímelo, demonio! En nombre de Dios te ordeno que...

Jaime intentó avanzar hacia él, gruñendo, incluso con la saliva resbalando por su barbilla.

—Oh, Dios... Dios... —se burló Jaime—, él no sería tan famoso si no fuese por nosotros.

Santiago dio un paso hacia él mostrándole la cruz.

—¡Tu nombre! —volvió a exigir.

Miguel resopló y le dio otra colleja.

—¡Que le digas tu nombre, joder! —gritó de los nervios.

Jaime comenzó a respirar más profundamente mientras ponía su espalda recta. Todos lo sujetaron con fuerza.

—¡Dímelo! —exigió el sacerdote con un grito.

Jaime apretó los labios, tomó aire y gritó hacia el sacerdote.

—¡Noooooooooooo!

Los cristales retumbaron, incluso el sacerdote se obligó a cerrar los ojos ante semejante grito. La mirada de todos se alzó cuando algunas de las cruces de las paredes cayeron al suelo mientras Jaime continuaba desgañitándose.

Santiago miró asombrado cómo tres de las nueve cruces caían al suelo. Aquel era el demonio más fuerte con el que se había enfrentado hasta el momento.

Miró a Jaime con decisión, lejos de sentirse intimidado.

—Regna terrae, cantate Deo, psallite Domino, tribuite virtuten Deo. Exorcizamus te, omnis immundos spiritus, omnis satanica potestas, omnis incursio infernalis adversarii...

El grito de Jaime se hizo más intenso, mirando hacia el techo y estirando al máximo su espalda. En ese momento, las cruces que habían caído al suelo salieron disparadas hacia la pared contraria clavándose con una fuerza impresionante, como si de estacas se tratase.

—¿Has visto eso? —preguntó Marc sobresaltado.

Miguel lo miró y asintió mientras se empleaba a fondo para no soltarlo.

—Omnis legio, omnis congregatio et secta diabolica. Ergo perditionis venenum propinare —continuó Santiago—. Vade, satana, inventor et magister omnis fallaciae, hostis humanae salutis.

—¿Hostis humanae salutis? —se burló Jaime mientras algunas de las cruces que aún permanecían colgadas en la pared comenzaban a temblar golpeando las paredes, como si se tratase de un terremoto—. Erras, ego sum eius amucis —bramó.

El sacerdote lo miró con ira.

—Tú no eres el amigo de la humanidad —le gritó a Jaime mientras algunas de las cruces golpeaban el suelo al caer—. Tú eres el mal personificado, ¡y tu lugar está en el infierno!

Jaime sonrió con malicia.

—Y pronto será también el tuyo —susurró seseando más de la cuenta—. Shadigii numi pacju, shadigii numi pacju, shadigii numi pacju...

Santiago se giró ofuscado para observar a Anael, la cual se mantenía con los ojos cerrados, aunque, como si percibiese que él la miraba, abrió los ojos y lo observó. Estaba claro que nunca se había enfrentado a un demonio como aquel, pues todos podían ver la desesperación en los ojos del sacerdote, incluso la preocupación.

Santiago apretó los labios y se giró de nuevo hacia Jaime que no dejaba de recitar las palabras en hebreo que ya todos comprendían: “las puertas del infierno se abrirán”.

—Et cum robore Dei... ¡Lubeo hic corpus relinquere! —gritó el sacerdote ordenándole al

demonio que abandonase el cuerpo de ese hombre.

Jaime respiró varias veces tomando fuerza y miró al sacerdote.

—¡Numquam! —se negó el ente dándole a entender que jamás abandonaría ese cuerpo.

Santiago parecía cada vez más preocupado. Normalmente, los demonios se iban debilitando al tener que emplear todas sus fuerzas para comunicarse, sin embargo, este no parecía más débil, al contrario, cada vez mostraba más fuerza.

—En nombre de Dios... ¡Vuelve al infierno! —ordenó.

Jaime volvió a rugir.

—¡Nolo ire ad inferos! —se negó—. ¡Nooooooooooooooooo! —volvió a gritar—. Et nemo opprimere me. ¡Nemo!

Aquellas palabras dejaron al sacerdote conmocionado y tragó saliva, con la mirada clavada en Jaime.

Aitor que se mantenía un poco por delante de él se giró mientras contenía a Jaime para observar a Santiago. No decía nada, simplemente estaba allí, pasmado, sin dar crédito a lo que escuchaba.

—¿Qué ha dicho? —preguntó con un grito para que el sacerdote reaccionase.

Santiago tragó saliva y lo miró confundido.

—Que no quiere volver —explicó—. Que nadie va a obligarlo.

Daniel, al lado del sacerdote, observaba conmocionado la escena. Resopló y miró de reojo a Santiago.

—¿Que no quiere volver? —gritó desesperado señalando a Jaime que no dejaba de removerse—. ¡Pues algo se tendrá que hacer, padre! —gritó.

Jaime tomó aliento y volvió a elevar su mirada hacia el techo.

—¡Nemoooo! —gritó con todas sus fuerzas mientras las cruces caídas temblaban en el suelo, vibrando.

El grito duró varios segundos hasta que, de repente, su cabeza cayó hacia abajo al igual que todo su cuerpo, a peso muerto. Por suerte, los miembros de la división lo estaban sujetando, evitando así que Jaime se golpease con el suelo.

Aitor se agachó rápidamente situándose a su altura y miró a Raúl que se había distanciado un poco.

—¿Está bien? —preguntó acelerado.

Raúl se acercó arrodillándose y colocó el fonendoscopio en su pecho. Tras unos segundos se lo quitó de los oídos y asintió.

—Sus pulsaciones van bajando. En un par de minutos sus constantes serán normales —explicó.

Aitor suspiró y miró a sus compañeros. Todos permanecían sujetando a Jaime por si volvía a despertar, aunque no lo parecía, su respiración cada vez era más tranquila. Jamás había presenciado algo así. Ya les había advertido el padre Santiago de que podían darse fenómenos paranormales, pero no esperaba verlos...

Se giró y observó las tres cruces clavadas como estacas en la pared. Habían salido despedidas con tal fuerza que se habían incrustado en el ladrillo. Otras cuatro cruces permanecían sobre el suelo y solo dos se encontraban aún colgadas de la pared.

La fuerza y maldad que desprendía Jaime no era comparable a nada de lo que hubiese visto nunca.

—¿Qué hacemos? —preguntó Aitor volviendo su atención hacia Santiago. Este aún permanecía mirando incrédulo a Jaime—. Padre... —insistió.

Santiago reaccionó, aunque se removió inquieto.

—Acostémoslo en la cama —Señaló hacia la esquina de la habitación donde se encontraba la cama con el mullido colchón.

Marc y Lucas lo cogieron, uno por las piernas y otro por las axilas, y lo llevaron hasta allí. Así, dormido, no parecía que ningún demonio habitase dentro de él.

—¿Lo atamos? —preguntó Marc nervioso.

Santiago negó.

—No.

Aitor chasqueó la lengua.

—Quizá sí estaría bien atarlo para evitar que...

—No podrá salir de esta habitación. —Indicó hacia la puerta—. Colgaré un rosario de la maneta, no podrá tocarla. Igualmente, la puerta tiene un cerrojo por fuera.

Aitor asintió. Él preferiría atarlo para tenerlo controlado, pues hasta a ellos les costaba controlar aquella fuerza, pero no iba a discutir con Santiago, al fin y al cabo, él era el experto y, además, aquella era su casa.

Santiago se acercó para observarlo y se quedó petrificado delante de él mientras el resto de la división se alejaba. Miró de reojo a Aitor que aún permanecía a su lado mientras los demás se dirigían a la puerta.

—Nunca había presenciado algo así —admitió en un susurro.

Aquella afirmación llamó la atención de Aitor.

—¿Así cómo?

—Tan fuerte —explicó.

Anael se acercó por detrás y se colocó al lado de Aitor. Se la veía tan delicada, tan joven... y, sin embargo, no la había escuchado gritar ni protestar durante el rato que había durado el ritual. Estaba totalmente acostumbrada a ello, mucho más que ellos, aunque tratasen con seres sobrenaturales.

Anael le sonrió con timidez y miró a Jaime.

—Normalmente, los demonios, cuando llevan un rato en presencia se vuelven más débiles...

—Las manifestaciones paranormales suelen darse al inicio de las sesiones —explicó Santiago—, sin embargo, el demonio que Jaime tiene dentro tiene mucha más fuerza de la que me esperaba.

Aitor apretó los labios mientras observaba el cuerpo debilitado de Jaime por el transcurso de los días sin comer ni apenas beber.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó.

Santiago miró a Anael unos segundos perdiéndose en sus pensamientos hasta que suspiró.

—Solo podemos seguir luchando —comentó al final—. Este demonio lo ha dicho muy claramente, no piensa abandonar este cuerpo nunca, no quiere volver al infierno...

—¿Por qué? ¿No se supone que ese es su hogar?

Anael contempló a Jaime y miró de reojo a Aitor y al sacerdote.

—Algo está ocurriendo —comentó pensativa, lo que provocó que ambos la mirasen. Ella los observó preocupada—. Las puertas del infierno se abrirán... —recordó las palabras—. Algo debe de estar ocurriendo para que este demonio no quiera volver. Normalmente los demonios se divierten con una posesión, pero nunca admiten que no quieran volver a su hogar y mucho menos se jactan de que se van a quedar siempre aquí.

—Tienes razón —comentó Santiago.

Aitor extendió los brazos hacia los lados.

—Tenemos que ponerle remedio.

Santiago suspiró y colocó una mano en su hombro, luego miró a Anael con una sonrisa.

—¿Qué os parece si de momento comemos algo? Ya son las dos del mediodía. —Aitor se fijó en el cuerpo inconsciente de Jaime y asintió—. Ahora voy al comedor.

Aitor se distanció de Santiago y Anael que caminaban un poco más lentos que él, dirigiéndose también a la puerta de salida. Cuando Aitor se alejó lo suficiente, el sacerdote cogió de una forma delicada a Anael del brazo y se acercó a ella.

—¿Has podido averiguar algo? —preguntó Santiago señalando a Jaime desde debajo del marco de la puerta.

Ella miro a los chicos de la división. La habitación daba a un pasillo recto y, al final de este, se encontraba el comedor donde la división permanecía rodeando la mesa.

—¿Cómo quieres que averigüe algo sobre esto? Sabes que no puedo —le recordó.

Santiago resopló al hacer memoria.

—¿Qué crees que puede estar ocurriendo? —continuó él preocupado.

—No tengo ni idea —comentó pensativa—, pero desde luego nada bueno. —se pasó la mano por la cara, agotada, y se masajeó los ojos. Suspiró y miró a Santiago, esta vez con más determinación—. Creo que Aitor tiene razón... —susurró.

—¿Razón en qué? —preguntó sin comprender.

—Creo que deberíamos interrogar a alguno de los demonios. —Señaló hacia Jaime—. Está claro que a este no, es demasiado fuerte, pero quizá podríamos probar con uno más débil o agotado.

Santiago cerró la puerta. Echó la llave y luego colocó el rosario en el pomo. De esta forma, si Jaime intentaba abrir la puerta no podría, pues el pomo seguramente le provocaría quemaduras en la mano.

Se quedó pensativo mirando la puerta.

—¿Estás segura? —preguntó él sin mirarla.

—No veo otra opción. Créeme... —susurró acercándose a él para que nadie pudiese escucharlos—, esto me gusta menos que a ti, pero si queremos saber qué está ocurriendo e intentar ponerle solución debemos hacerlo.

Santiago resopló.

—¿Segura? —insistió—. ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? Quieres mantener una conversación con un demonio...

—No, yo no —comentó ella más seria—, sabes que yo no puedo hacerlo —Luego miró hacia el comedor y señaló con la cabeza—, pero ellos sí. Ellos podrán —comentó mirándolos. Se giró hacia Santiago—. ¿Qué te parece si hacemos una visita a Andrés esta tarde?

Santiago asintió levemente.

—Ese demonio es más débil, con suerte podremos expulsarlo hoy mismo —comentó Santiago que se giró también para observar a los seis muchachos que se encontraban en el comedor de su casa.

Eran buenos chicos y, aunque inexpertos en esta materia, se desenvolvían bastante bien. Seguramente, cuando llevasen unos cuantos exorcismos más dominarían el campo perfectamente. Además, gracias a las habilidades con las que contaban le eran muy útiles. Solo hacía dos días que trabajaban juntos, pero sentía que podían formar un buen equipo, que podía confiar en ellos.

—Démosles algo de comer —comentó Santiago dirigiéndose hacia el comedor. Cuando entró solo Aitor y Daniel los miraron, el resto conversaban con Raúl, el facultativo médico, explicándole las habilidades que tenían, incluso mostrándoselas.

El comedor no era muy amplio. Las paredes de piedra permitían conservar el calor en invierno y el frío en verano, así que la temperatura, en aquel momento, era fantástica en el interior. En el

centro había una gran mesa de madera donde podían sentarse ocho personas, tres en cada lateral y una en cada extremo. Al final del comedor había un gran ventanal donde descansaba un sofá orejero y uno de dos plazas, donde muchas tardes el padre Santiago se sentaba a leer las Sagradas Escrituras.

En una esquina había una chimenea de piedra que encendía en pleno invierno y que daba calor a toda la estancia. Lo bueno de que su casa fuese pequeña era que si dejaba las puertas abiertas se calentaba en poco rato.

De hecho, la casa contaba con un pequeño distribuidor que daba ya al comedor y, desde el comedor, se accedía a un pequeño pasillo donde se encontraban dos habitaciones, un aseo y una pequeña cocina.

En ese momento, Raúl, el facultativo médico, desencajó la mandíbula al ver cómo cicatrizaba la herida que acababa de infligirse Miguel en la mano. Lo miró con gesto gracioso y le dio una palmadita en la espalda.

—Cierra los ojos que se te van a salir de las cuencas —bromeó Miguel.

Raúl tragó saliva y los miró asombrado.

—El padre Santiago me había explicado algo, pero no que... que...

—Y eso no es todo —intervino Marc—, luego si quieres salimos a dar un paseo por el monte. Nos desplazamos a mucha velocidad, ya verás.

—Ah, ¿sí? —preguntó boquiabierto.

—Tanto que no te darías ni cuenta... —pronunció Marc que desapareció de su vista y una fracción de segundo después se encontraba en la otra punta del comedor. Lo saludó con un movimiento de mano y una gran sonrisa mientras un tic nervioso se apoderaba del ojo del facultativo médico y Marc volvía a aparecer ante él al instante.

—Ahhhh —gritó Raúl dando un paso hacia atrás—. Joder, la madre que te parió.

Miguel miraba a Raúl con una ceja enarcada y colocó una mano en el pecho de su compañero Marc.

—Para de hacer eso o le dará un ataque... —Lo señaló con la mano—. Es el único médico que tenemos, ¿recuerdas?

—No, no... —comentó Raúl rápidamente extendiendo los brazos hacia ellos, colocó las manos sobre los hombros de Miguel, sin pestañear—. ¿Tú también puedes hacer eso? —preguntó señalando con la cabeza a Marc.

—Claro, todos podemos —contestó encogiéndose de hombros, sin darle importancia al asunto—. Y hay más...

—¿Qué más? —preguntó Raúl entusiasmado.

—Además de regenerarnos y movernos a gran velocidad tenemos mucha fuerza.

—Sí, sí, eso ya lo he visto —continuaba Raúl incrédulo ante lo que veía y le explicaban—. Es... es impresionante.

Miguel sonrió a Marc y a Víctor que se encontraban a su lado. El médico más que asustado parecía entusiasmado por lo que le habían mostrado.

Raúl fue directo hacia Marc colocando también una mano sobre cada uno de sus hombros, igual que había hecho con Miguel.

—¿Puedo... puedo pedir una muestra de sangre para...?

—No —respondió Marc directamente—. Lo siento, pero no damos muestras —Aunque contestó con un tono de voz gracioso.

Aitor, que se había mantenido junto a Daniel, al lado del sacerdote y de Anael, se acercó al facultativo médico.

—Lo siento Raúl... —dijo colocando una mano a su espalda—, pero nuestras identidades son totalmente secretas, tal y como comprenderás. —Raúl asintió rápidamente—. Por eso necesito que no le expliques a nadie lo que sabes sobre nosotros.

—Claro, claro... tranquilos —se apresuró a contestar—. No os tenéis que preocupar por mí, no se lo diré a nadie. Seré una tumba.

—Te lo agradezco —Aitor dio una palmada en la espalda de Raúl y se giró de nuevo hacia Santiago—. Hemos pensado una cosa y queríamos comentártela —explicó al sacerdote.

—Claro —respondió mirando a Anael de reojo.

Anael los miró con una sonrisa y se distanció.

—Voy a preparar algo de comer... —comentó la muchacha.

—He comprado embutidos y queso, están en la nevera. Y hay pan en el segundo cajón —Buscó con la mirada a Lucas y llamó su atención—. Me dijiste que te gustaba el fuet, ¿verdad?

Lucas puso la espalda recta y se llevó la mano a la frente con una sonora palmada.

—Padre, nooooo... —sollozó por lo bajo agachando la cabeza.

El sacerdote lo miró sin comprender.

Luchas chasqueó la lengua y miró al frente, donde su compañero Marc lo miraba de una forma inquisidora, enarcando una ceja. Dio un paso hacia él y se cruzó de brazos.

—¿Hay algo que quieras decirme? —preguntó con tono bromista, pues estaba claro que, sin quererlo, el padre Santiago había desenmascarado al ladrón del embutido.

Lucas le mostró los dientes con una sonrisa forzada. Negó divertido y fue hacia Anael que abría unos cajones.

—Voy a... a ayudarla —comentó.

—Tío, si quieres fuet pídelo y ya está...

Lucas suspiró y apretó los labios.

—Te pedí una vez un trozo y no te dio la gana.

—¿Cuándo? —preguntó Marc sin recordar aquello.

—Pues hará una semana. Te habías comprado dos y te pedí un trozo y me dijiste que me comprase uno —le recordó.

Marc parpadeó varias veces.

—Solo te tomaba el pelo... —aclaró Marc extendiendo los brazos hacia él.

Aitor y Daniel los miraban totalmente sorprendidos, sin dar crédito a la conversación.

—Yo que sé, los catalanes tenéis un humor muy extraño...

Marc abrió los ojos de par en par.

—¿Y los madrileños no?

—A ver, tío... —dijo Lucas situándose delante de él—. Si dices que me compre uno es que no vas a darme, si lo dices con ironía, al menos, después rectificas. No sé si me lo dices en serio o no.

—Pero ¿cómo no voy a darte parte de mi fuet? —gritó Marc extendiendo los brazos hacia los lados.

Aitor carraspeó al escuchar la pregunta y miró a Daniel divertido.

—Menudo par —susurró Daniel.

—Me parece que no se escuchan —le susurró Aitor.

—Solo tenías que pedirlo —continuó Marc—. Lo que no quiero es que de repente desaparezca y no haber comprado más. No pasa nada —dijo dándole un golpecito en la espalda—. Tú te has comido mi fuet y yo me comí tu bocadillo de calamares aquella vez que...

—Qué cabrón —susurró Lucas boquiabierto—. ¿Fuiste tú? —Luego miró de reojo a Anael que lo observaba con una ceja enarcada por el calificativo que había empleado—. Perdón, perdón...

—se disculpó.

—Ya ves... —Se encogió de hombros Marc—. Tú te comes mi fuet, yo me como tu calamar... ¿en qué lugar nos deja esto?

Aitor volvió a carraspear y dio un paso hacia delante para cortar la conversación.

—Por Dios, ¿no escucháis lo que decís? —preguntó, aunque los dos enarcaron una ceja sin comprender a lo que se refería.

—No, si ya está arreglado, jefe —indicó Marc. Lucas asintió.

—Ya... bueno... —respondió Aitor poniendo los ojos en blanco—, no me refería a eso, pero vale... —Se giró de nuevo hacia Santiago—. Lo que quería comentarte... —dijo señalando a Santiago—. Verás, está claro que algo está ocurriendo, no sé si se tratará de una rebelión de los demonios o que quieren hacer un motín... ni idea —dijo acercándose a él—, pero creo que estaría bien que lo averiguásemos. Así que hemos pensado que...

—Estamos de acuerdo —interrumpió Santiago—. Por eso mismo, si no hacéis nada esta tarde, podéis acompañarnos. —Señaló a Anael que se dirigía a la nevera y sacaba los embutidos y el queso que habían comprado por la mañana, entregándoselos a Víctor y a Miguel que la ayudaban a poner la mesa—. Realizaremos otro exorcismo...

Aquello cogió a todos por sorpresa.

—¿Otro? —preguntó Daniel—. ¿A Jaime?

—No, no... —respondió Santiago—. Se llama Andrés. No el demonio, claro, sino el poseído.

—Lo imaginábamos —reaccionó Aitor.

—Es un demonio de menos categoría, es posible que hoy logremos su expulsión. De hecho, casi estuvimos a punto de lograrlo la primera vez —explicó—. Es mucho más débil, así que... bueno... —En ese momento no pareció muy seguro, pero, tras unos segundos, suspiró y miró a Aitor—, quizá podáis interrogarlo. Es cierto que necesitamos saber qué ocurre. El número de posesiones crece a un ritmo impresionante y cada vez son más fuertes y violentas.

Aitor asintió ante su explicación.

—Pues... —Miró hacia atrás, a sus compañeros que se mantenían callados escuchando la conversación—, no tenemos nada más que hacer esta tarde... así que sí, nos apuntamos. —Luego ladeó su cuello—. Aunque yo también quería proponerle una cosa, padre...

—Por favor, no me hables de usted, ni me llames padre... —interrumpió rápidamente—, Santiago solo está bien. Ahora somos compañeros de trabajo. —Y esbozó una sonrisa divertida hacia ellos, lo cual provocó que todos le correspondiesen.

—Conocemos a una mujer que se llama Susana... es una meiga. Se hace llamar la meiga Borealis, es espiritista, y de las buenas —confirmó—. Quizá podríamos hablar con ella para que nos acompañase en algún exorcismo. Es posible que ella pueda captar algo que nosotros no podemos.

Santiago los miró indeciso.

—No sé... —Se giró y miró a Anael que entraba en el comedor seguida de Miguel, cargando un enorme pan redondo de centeno—. Anael, ¿tú qué opinas?

Anael depositó el pan sobre la mesa y lo miró no muy segura.

—Casi mejor que no...

—Ella podría captar algo que nos pase desapercibido o adivinar lo que... —dijo Aitor.

Anael lo cortó con voz dulce.

—Es mejor no involucrar a nadie más —indicó ella—. Las sesiones de exorcismo a veces pueden complicarse...

—¿Más? —ironizó Aitor.

Ella asintió y se situó al lado del sacerdote.

—Mezclar exorcismo con espiritismo no es buena idea —continuó Anael. Miró a Santiago con una sonrisa y este asintió.

—Lo siento, muchachos —se disculpó Santiago—. Es buena idea, pero Anael tiene razón. Quizá en otra ocasión. Ahora, por el momento, será mejor continuar así. —Colocó una mano en el hombro de Aitor—. Vamos a comer un poco, estaréis hambrientos —Todos se dirigieron a la mesa—. Además, debéis recuperar fuerzas...

—No nos cansamos, padre —intervino Víctor cogiendo el queso y un chuchillo para cortar unos trozos.

—Nos gusta la acción —prosiguió Miguel.

Santiago asintió con una sonrisa y se sentó en la silla.

—Pues venga, comed —Miró su reloj—. En una hora salimos para Quiroga. —Se giró hacia Aitor que se sentaba a su lado—. Andrés vive ahí.

Joana cortó el pollo a su hijo y le dio el tenedor.

Habían pasado a buscar a su hermana por el almacén a las dos de la tarde y disponían de dos horas hasta que ella tuviese que volver para abrir.

El restaurante estaba bastante cerca de su puesto de trabajo, así que podían apurar hasta las cuatro menos cuarto para salir de allí. Los menús eran abundantes para lo que costaban y todo estaba muy bueno.

—¿Tú solito? —le preguntó.

Xabier respondió con una sonrisa y cogió el tenedor que le brindaba su madre.

Nerea sonrió al niño.

—¿Vas a comer tú solito? ¡Qué mayor! —El niño rio hacia ella, le mostró el tenedor y luego pinchó uno de los trozos de pollo llevándolo a su boca—. Muy bien —lo felicitó.

Joana cogió el tenedor y el cuchillo y cortó su bistec de ternera.

Nerea observó en el móvil el último mensaje que le había enviado a Rut interesándose por el estado de salud de Jaime. Le había dado unos días libres para que estuviese con él y pudiese encargarse de su hijo sin problemas.

Nerea: Hola Rut, ¿cómo está Jaime?

Rut no había respondido hasta una hora después y su mensaje la había dejado cargada de dudas.

Rut: ¿Podemos quedar mañana para hablar?

Se había asustado al recibir aquel mensaje, el hecho de que Rut no le explicase su estado de salud no era un buen augurio, pero entendía que si quería decirle algo era mejor en persona.

Nerea: Claro, ¿quieres quedar para comer?

Rut: Mejor para desayunar.

Rut: ¿Donde siempre?

Rut: ¿A las ocho?

Nerea: Claro, allí estaré.

Joana se apoyó contra la silla y miró a su hermana.

—¿Y no te dice cómo se encuentra?

Nerea negó.

—No, pero prefiero no preguntarle más para no agobiarla. He quedado mañana a las ocho para desayunar.

—¿Sabes si ha ido al médico?

—Supongo que lo habrá llevado y querrá explicarme lo que dicen los médicos.

Nerea suspiró apagando el móvil y metiéndolo en su bolso, luego se pasó la mano por los ojos, frotándose los. Joana la miró preocupada.

—Ayer tenías la voz cansada por teléfono..., ¿has dormido bien?

—Sí. Lo necesitaba. Las fiestas son agotadoras —respondió con una leve sonrisa.

—Bueno, ahora ya han pasado... toca esperar al año que viene —Y se metió un trozo de carne

en la boca.

Nerea se encogió de hombros mientras quitaba las espinas a la dorada que había pedido.

—Es agotador, pero siempre merece la pena. —Comió un trozo de pescado y limpió el siguiente—. Creo que este ha sido uno de los mejores años. Ayer casi se agotaron las existencias en la caseta. Cierto que era el último día —La señaló—, pero jamás se había dado el caso. No me ha quedado prácticamente stock, y lo poco que me queda creo que lo sacaré antes del viernes, así que para cuando me lleguen las nuevas plantas ya estarán todas vendidas.

—¿Has pedido muchas? —preguntó su hermana tomando un sorbo a su copa de vino.

Ella asintió.

—Las de temporada, ya sabes: dalias, vincas, coreopsis grandiflora, begonia, petunias colgantes...

—Me encantan las petunias colgantes. Creo que es una de mis flores favoritas.

—Pues el lunes me llegan nuevas, ya te guardaré una maceta. —Sonrió a su hermana.

Joana le devolvió la sonrisa y miró a su hijo que comía el pollo con calma. Le señaló con la cabeza.

—Está impaciente porque llegue el fin de semana que viene. Le he dicho que el sábado tendrá que ir contigo al almacén. Le encanta el almacén.

Nerea le sacó la lengua a su hermana con aire desenfadado.

—Cuando tenga más edad me lo llevaré a trabajar los veranos. —Y le guiñó el ojo. Comió otro trozo de pescado y miró a su hermana divertida—. Quería explicarte una cosa... —Joana la miró con atención, pero Nerea se quedó callada.

—¿Sobre qué? —preguntó Joana incomodada por el silencio de su hermana.

Sabía que era muy pronto para hablar sobre Aitor, pero lo cierto era que se sentía ilusionada y necesitaba compartirlo con alguien. ¿Quién mejor que su hermana para desahogarse?

—Hay un chico...

Joana soltó de golpe el tenedor y la miró con los ojos como platos.

—¿En serio? —preguntó emocionada.

Nerea rio divertida por la reacción de su hermana.

—Bueno... —dijo cautelosa—, de momento solo somos amigos, pero...

—¿Por qué? —preguntó en el mismo tono de voz estridente.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué solo sois amigos? —continuó acelerada.

Nerea casi estuvo a punto de atragantarse con su propia saliva, estaba claro que su hermana deseaba con todas sus fuerzas que tuviese pareja.

—Pues porque nos conocemos hace poco y me gusta ir despacio.

—¿Lo conozco? —continuó con la misma emoción.

—Hummm... no sé si lo recordarás —dijo intrigada—. El día de la patrona, ¿te acuerdas de que había un chico que era policía que se acercó para preguntarnos si estábamos bien?

Joana borró la sonrisa de sus labios y desencajó la mandíbula.

—¿En serio?

Aquel gesto llamó la atención de Nerea.

—¿Qué ocurre?

—¿Es ese chico? ¿El policía? —Nerea asintió un poco dudosa—. ¡Era guapísimo!

Nerea sonrió al ver la efusividad de su hermana y cogió el tenedor para pinchar otro trozo de pescado.

—Se llama Aitor...

—Ohhh...

—He quedado con él unas cuantas veces. —Su hermana dio palmas de alegría, lo que hizo que Nerea se mordiese el labio—. Es buen chico.

—Oh, oh... —dijo cogiendo la mano de su hermana emocionada—. Pero ¿lo habéis hablado? ¿Vais a quedar otra vez?

—Bueeeeno —alargó su respuesta mientras se soltaba de la mano de su hermana y se llevaba el tenedor a la boca—. Ayer me dijo de quedar esta semana...

—Oye —reaccionó rápidamente—, si te dice quedar el fin de semana no te preocupes por Xabier, Paula puede quedarse más horas si hace falta, me confirmó que ese fin de semana tenía libre así que por eso no hay problema, ¿de acuerdo?

—Sí, sí... eso ya lo sé —contestó Nerea quitándole importancia.

—Y... espera, ¿ayer te dijo de quedar esta semana? ¿Lo viste ayer?

Nerea asintió lentamente, con sonrisa picarona. Miró un segundo a su sobrino que comía pausadamente mientras las miraba y sonreía.

—¿No tienes el móvil para ponerle alguna serie de dibujos al niño? —preguntó Nerea.

Su hermana captó la indirecta rápidamente y cogió su bolso.

—De acuerdo, distracción —dijo ella mientras rebuscaba en el interior—. Tengo que coger un bolso más pequeño —gruñó al no encontrarlo—. Ah, aquí está —continuó acelerada—. Cariño... —Se acercó a su hijo—, ¿quieres ver un capítulo de *Érase una vez el cuerpo humano*? —preguntó tecleando, ya que sabía que la respuesta de su hijo sería afirmativa—. De acuerdo, ¿por dónde íbamos?

—Toca el episodio trece —le recordó el niño.

Joana lo buscó y situó el móvil apoyado en el vaso.

—¿Lo ves bien? —El niño asintió con la mirada clavada ya en los dibujos. Se giró hacia su hermana—. Ahora estamos viendo la serie entera del cuerpo humano. —Se sentó correctamente en la silla—. Me preguntó a qué me dedicaba y cuando se lo expliqué comenzó a hacerme preguntas sobre el cuerpo humano, así que...

—Es una buena serie —confirmó Nerea.

Joana asintió y la señaló con la mano.

—Venga, va... cuéntame —dijo con ansiedad.

Le hizo gracia ver la emoción que transmitía su hermana. Lo cierto era que nunca le hablaba de esos temas y ella siempre le insistía con que se buscara una pareja, así que suponía que realmente Joana estaba emocionada por lo que iba a explicarle.

—¿Te acuerdas cuando me llamaste ayer por la noche para ir a ver los fuegos artificiales?

—Claro —respondió ya sin prestar atención a su comida, con la mirada clavada en Nerea.

—Pues nada más colgar apareció él allí.

—¿En la caseta?

Nerea asintió.

—Sí —sonrió tímida—, me ayudó a cargar las macetas que quedaban y me llevó la carretilla a la furgoneta.

—Ohhhh... qué caballero —comentó con un tono de voz acaramelado.

Nerea chasqueó la lengua.

—Me dijo de ir a cenar, pero, la verdad, estaba agotada...

Joana parpadeó varias veces, asombrada.

—¿Le dijiste que no?

Nerea hizo un gesto de no saber bien cómo responder a aquello.

—Sinceramente, estaba agotada y no quería quedarme dormida en medio de la cita —respondió son sinceridad. Joana solo enarcó una ceja, con eso tuvo bastante para expresar su desacuerdo—. Oh, venga, Joana... —se quejó Nerea—, os había dicho a Xabier y a ti que no podía ir porque estaba cansada.

—¿Y? —preguntó sorprendida.

—Pues que no hubiese estado bien dejáros a vosotros tirados e irme con...

—¡Anda ya! —la cortó su hermana—. ¿De verdad te invitó a cenar y tú le dijiste que no? Increíble —se respondió ella misma. Luego la señaló con el dedo como si le soltase una reprimenda—. Tienes que aprender unas cuantas cosas... ¿A ti te gusta?

Nerea apretó los labios y miró a Xabier, su sobrino estaba embelesado con la pantalla del móvil, ajeno a todo lo que ella explicaba.

—Sí, creo que sí.

—¿Crees? —replicó Joana—. Verás, yo creo que estás loquita por él —sentenció—. Nunca me hablas de chicos, así que supongo que debe de gustarte mucho.

Nerea suspiró como si se diese por vencida.

—De acuerdo, lo admito: me gusta mucho.

—Eso es —contestó su hermana con una sonrisa—. Ahora comenzamos a entendernos. ¿Qué día vas a quedar con él?

Nerea se mordió el labio y se encogió de hombros.

—No lo sé... —Suspiró—. No sé si escribirle o esperar a que él me diga algo...

—Escríbele —reaccionó su hermana corriendo—. Las otras veces que habéis quedado, ¿te lo ha propuesto él o has sido tú?

—Siempre él —confesó, cogió el tenedor y limpió otro trozo de dorada.

—Dile algo tú esta vez.

Nerea comió el trozo de pescado y tras tragar miró a su hermana con algo de timidez.

—Hay... hay algo más... —susurró.

Joana la miró con interés y luego abrió los ojos como platos.

—Ayyy... ¿estás embarazada? —preguntó sorprendida.

—¡Nooooo! —Luego su hermana rio—. Por Dios, Joana, he quedado solo un par de veces con él.

—¿Entonces?

Nerea se removió un poco nerviosa en su asiento.

—Ayer nos besamos —susurró al final.

Joana volvió a enarcar una ceja.

—¿Y? ¿Por eso te pones tan tímida? De verdad, Nere... —Se acercó más a ella para que su hijo no la escuchase—. ¿Besa bien? —preguntó con una sonrisa de complicidad.

Nerea resopló.

—Mucho.

Joana alzó los brazos hacia el cielo.

—¡Bieeeeeen! —Nerea miró hacia los lados con timidez, pues su hermana parecía feliz—. ¡Al fin voy a tener un cuñado!

Xabier levantó la mirada ante el grito de su madre y la miró sin comprender.

—¿Qué es un cuñado?

Nerea suspiró y apoyó la cabeza en su mano cubriéndose los ojos y negando.

—Un cuñado es el novio de la tita Nerea —Xabier la miró y sonrió, sin ser consciente de lo que aquello significaba, pero miró a su tía con cara de pillín.

Nerea miró a Joana.

—No es mi novio. —Miró a su sobrino—. No hagas caso a tu madre...

—Tita, ¿tienes novio? —preguntó el niño riendo.

—Nooooo —puntualizó ella y miró a Joana con cara de mosqueo—. Es un amigo... —Luego bajó la voz—. Deja de decir eso que el niño se puede hacer ilusiones.

—¿Y será mi tito? —preguntó Xabier.

—¿Ves? —Lo señaló Nerea como si tuviese razón.

Joana puso la mano en el hombro de su niño y palmeó un par de veces.

—Ya veremos... —Se acercó y miró la pantalla del móvil—, ¿te gusta este capítulo? —preguntó para cambiar de tema.

Xabier asintió y volcó de nuevo toda la atención en la pantalla.

—No te preocupes, en un rato se le ha olvidado —bromeó ella.

—Ya, seguro —le dio la razón Nerea como a los locos.

Joana volvió a coger los cubiertos y cortó otro trozo de bistec.

—Pues llámale, en serio... —La miró sonriente—. Por lo que recuerdo era un chico guapísimo, y policía... uuuhhhh... —bromeó.

Ella chasqueó la lengua y atendió a su plato de pescado.

—Si no me dice nada hoy le diré algo mañana.

—¿Por qué tienes que esperar? —preguntó Joana mosqueada.

—No quiero parecer una desesperada —le susurró.

Joana puso los ojos en blanco y se metió un trozo de bistec en la boca. Depositó los cubiertos sobre el plato y resopló.

—Estoy llena... —Se llevó la mano al estómago y miró a su hijo que permanecía embobado con los dibujos animados. Le quitó el tenedor de la boca y le pinchó un trozo de pollo—. Come —ordenó con paciencia metiéndole el trozo de carne en la boca—. Cuéntame... dime cosas sobre él, quiero datos.

Nerea sonrió mientras depositaba los cubiertos sobre el plato.

—Pues... es... educado.

—Eso está bien —le dio la razón Joana.

—Es divertido, me hace reír...

—Eso también está bien —apuntó su hermana.

—Además... tiene algo... como una calma, una tranquilidad... que me relaja. Cierto que yo me pongo nerviosa cuando estoy con él... —admitió.

—Normal en ti —bromeó Joana.

—Pero él siempre conserva la calma.

—Eso es importante, mejor tener a una persona que te dé paz y que sea educada... a un nervio con patas —acabó riendo su hermana.

Nerea asintió.

Aitor rugió cuando se estampó contra la pared.

—¡Maldito hijo de puta! —gritó mientras se ponía tieso, miraba con odio a Andrés e iba a máxima velocidad hacia él. Evitó el puñetazo que aquel hombre quería darle agachándose y colocó una pierna detrás de la de él empujándolo levemente, consiguiendo que este perdiese el equilibrio. Antes de que cayese al suelo Andrés intentó escupirle, pero él lo esquivó.

Andrés no pudo hacer nada más, pues Miguel y Daniel lo sujetaron por ambos brazos.

Cierto que no era una posesión tan agresiva como la de Jaime, pues Jaime poseía mucha más fuerza, pero le había sorprendido. No era necesario que todos los miembros de la división lo

sujetasen, con tres de ellos bastaba.

Después de que el padre Santiago hubiese iniciado el ritual del exorcismo y el ente hiciese acto de presencia demostrando su fuerza, tanto el sacerdote como Anael y el facultativo médico se habían distanciado para que la división intentase interrogarlo. Aquello estaba siendo mucho más difícil de lo que imaginaba.

Cuando habían luchado contra vampiros u hombres lobo había sido todo mucho más sencillo, pues podían infligirles dolor, pero en este caso se las veían con civiles, personas sencillas, seguramente buena gente que había sido poseída por un ente. Debían controlarse durante todo el rato.

Miguel y Daniel lo sujetaron por ambos brazos mientras Aitor se colocaba ante él.

—Dínoslo —ordenó—. ¿Qué significa eso?

—Shadigii numi pacju —repitió Andrés acelerado.

Aitor se colocó a su altura, reclinándose, y colocó una cruz en su pecho. Andrés gritó como si aquel símbolo le quemase hasta que lo retiró de su pecho.

—¡Dilo! ¿Qué significa? —Andrés respiró profundamente mientras un sonido gutural emanaba del interior de su cuerpo—. ¡¿Qué quieres decir?!

Andrés tomó aire, con la mirada cargada de ira.

—¡Las puertas del infierno se abrirán! —gritó a pleno pulmón.

Aitor escuchó cómo el padre Santiago daba unos pasos hacia él, intrigado, pues seguramente era la primera vez que un demonio respondía.

Aitor le mostró la cruz, amenazándolo con colocarla sobre su piel.

—¿A qué te refieres? —preguntó con un gruñido.

El hombre emitió un sonido como si se tratase de una serpiente e intentó morderlo, pero Miguel y Daniel lo sujetaron.

Aitor colocó de nuevo la cruz en su pecho y el grito de Andrés casi atravesó sus tímpanos provocando que los vidrios de la habitación de su pequeña casa vibrasen.

Aitor apartó la cruz y Andrés recuperó el aliento mirando hacia el suelo, dejando caer su cabeza. Luego la elevó lentamente hacia él, con la mirada fija en Aitor.

—¡Te ordeno que te expliques!

—Venandi —rugió Andrés.

Aitor miró de reojo a Santiago que se había aproximado.

—Te ha llamado cazador —susurró Santiago traduciéndole—. Es latín.

Aitor miró fijamente a Andrés.

—Et quod vitare non potes, venandi —continuó con un rugido.

Santiago trago saliva.

—No lo vas a poder evitar, cazador —tradujo Santiago.

Aitor enarcó una ceja.

—¿Qué te apuestas a que sí? —lo retó. Andrés sonrió de una forma maliciosa—. ¿Dónde está esa puerta?

—In inferno —contestó Andrés.

Santiago iba a traducir, pero Aitor elevó su mano.

—Lo he entendido —contestó sin mirarle—. ¿Qué ocurrirá si esas puertas se abren?

Andrés mantenía aquella enigmática sonrisa en su rostro, como un desafío, acompañada de una mirada sombría y oscura.

—Et hoc mundo ad inferos —respondió con voz tenebrosa.

—El infierno llegará a este mundo —susurró Santiago y tragó saliva, nervioso. Se giró

directamente hacia Anael que permanecía con la cruz en la mano orando, ajena a la conversación, sin embargo, Raúl, el facultativo, permanecía clavado en el suelo, con los ojos abiertos de par en par y las gafas levemente deslizadas sobre el puente de la nariz.

Aitor apretó los labios y lo miró desafiante.

—¿Por qué hay tantas posesiones? ¿Por qué estás tú aquí?

—Questus est paratum —rugió intentando deshacerse de las manos que lo sujetaban.

—Están preparándose —tradujo Santiago de inmediato.

—¿Preparándose para qué?

Andrés volvió a sonreír.

—Shadigii numi pacju, shadigii numi pacju, shadigii numi pacju... —comenzó a repetir a gran velocidad.

Miguel resopló y miró a su jefe.

—Está en bucle otra vez —ironizó.

—Shadigii numi pacju, shadigii numi pacju, shadigii numi pacju...

Aitor suspiró y se giró hacia el sacerdote.

—¿Puedes expulsarlo?

Santiago asintió dudoso.

—Creo que sí —dijo situándose a su lado. Miró a Andrés que no dejaba de repetir aquella frase que ya todos conocían—. ¿Cuál es tu nombre?

—Shadigii numi pacju, shadigii numi pacju...

—¡Tu nombre, demonio! —gritó colocando la cruz en su pecho.

Andrés dejó de pronunciar aquella frase y comenzó a removerse mientras gritaba, intentado huir de su contacto.

En un movimiento muy rápido Andrés logró echarse hacia atrás evitando el contacto de la cruz en su pecho.

—¡Mi nombreeeeeee! —gritó hacia el techo, con el cuello girado en esa dirección.

—En nombre de Jesús, de la Virgen María y de todos los arcángeles... ¡dime tu nombre! —ordenó el sacerdote con un grito.

Andrés gritó de nuevo y bajó su mirada hacia él, con la respiración acelerada y la mirada oscura clavada en el sacerdote.

—Ego sum... Barkai.

Santiago puso su espalda recta, incluso Aitor observó su mirada sorprendida. El sacerdote no tardó en reaccionar y colocó esta vez la cruz en la frente de Andrés que comenzó a removerse.

—¡Sujetadlo! —ordenó a los chicos de la división.

—Barkai, te ordeno que abandones este cuerpo... —comenzó.

—¡Noooooooooo! —gritó Andrés con una mezcla de ira y dolor, intentando deshacerse de aquellos que lo sujetaban.

—Vuelve al infierno, a tu lugar, y deja a esta pobre alma descansar en paz...

—¡Noooooooooo! —seguía gritando.

—Yo, en nombre de Jesús, reclamo el alma de Andrés. ¡Espíritu inmundo te prohíbo que lo atormentes más! —rugió Santiago hacia él provocando que la respiración de Andrés fuese más fuerte y rápida—. ¡Suéltalo!

—¡Jamás!

—Barkai, en nombre de Dios, Jesucristo, la Virgen María y todos los Ángeles y Arcángeles del cielo, ¡te expulso de este cuerpo!

El grito de dolor que atravesó a Andrés hizo que se les helase la sangre a todos. Andrés intentó

levantarse saltando, pero Miguel y Daniel lo sujetaron con fuerza evitando que saliese disparado. Aitor, al ver que repetía la acción, colocó las manos en sus hombros empujándolo hacia abajo.

—¡Abandona este cuerpo! ¡Ahora! —ordenó el sacerdote mientras bañaba a Andrés en agua bendita.

Andrés se impulsó de nuevo y, esta vez, logró alzar a todos en el aire, aunque cuando lo controlaron y este cayó al suelo perdió la consciencia dejando su cuerpo en peso muerto. Andrés permanecía con los brazos en cruz, sujetos por Daniel y Miguel mientras Aitor apartaba las manos de sus hombros lentamente.

—Dejadlo en el suelo —les pidió el sacerdote.

Ambos lo dejaron con cuidado y Santiago se giró hacia Raúl para que este se acercase.

Aitor lo observó. Estaba inconsciente, su piel aún estaba blanquecina y seca, pero pudo observar cómo, poco a poco, iba recuperando un color rosado.

—¿Se ha acabado? —preguntó Aitor impresionado hacia Santiago.

Raúl colocó el fonendoscopio en su pecho y miró su reloj de muñeca.

—Sus pulsaciones se están normalizando muy rápido —informó.

En ese momento Andrés abrió los ojos. Parecía desubicado, como si le costase saber dónde se encontraba. Miró a Daniel y a Miguel que aún lo sujetaban por los brazos y echó la vista hacia arriba, observando a Raúl, a Aitor y al sacerdote.

—¿Qué... qué ha pasado? —preguntó mojándose los labios, pues los tenía totalmente secos y cortados.

—Soltadlo —pronunció Santiago agachándose a su lado. Andrés intentó sentarse, pero no tenía fuerzas ni para eso—. Shhh... shhhh... tranquilo —intentó calmarlo el sacerdote. Miró su mano y le tendió la cruz—. Cógela.

Andrés lo miró sin comprender, aunque hizo lo que le pedían con mano temblorosa. Santiago suspiró cuando la cruz rozó su mano y este la sujetó sin problemas. Alzó la mirada hacia Aitor y sonrió levemente

—Se ha ido.

Tanto Daniel como Miguel se pusieron en pie sin apartar la mirada de Andrés que aún permanecía tumbado sobre el suelo.

El sacerdote pasó una mano por la cabeza de Andrés, acariciando su cabello, reconfortándolo. Ungió sus dedos en el agua bendita e hizo una cruz en su frente.

—Ahora eres libre... —le susurró.

En ese momento fue como si Andrés fuese consciente de lo que había ocurrido. Los recuerdos le hicieron incorporarse y logró sentarse sobre el suelo mirando al sacerdote con lágrimas en los ojos.

No hizo falta que este le explicase nada, pues Andrés ya sabía lo que había ocurrido. Directamente se abrazó a Santiago y comenzó a llorar.

—Gracias, gracias... —sollozó contra su hombro—, gracias, padre.

Aitor miró a sus compañeros que observaban impresionados lo ocurrido y se giró hacia el resto de la división que permanecía al lado de Anael, la cual observaba la escena con una sonrisa.

—¿Recuerdas lo ocurrido? —preguntó el sacerdote distanciándose un poco de Andrés, provocando que todos prestasen atención.

Andrés asintió lentamente y luego elevó la mirada hacia Aitor. Tragó saliva y dudó un poco antes de pronunciar las siguientes palabras.

—Sabe quiénes sois —susurró con temor.

Aitor lo miró sin comprender y miró intrigado al sacerdote.

—¿Eso es malo?

Andrés volvió a hablar.

—Barkai lo sabe... y ahora ha vuelto al infierno.

Aitor enarcó una ceja en su dirección.

—¿Y?

—Se lo explicará a todos, todos sabrán de vuestra existencia.

—Pfff... —intervino Miguel—, a mí me da lo mismo.

Marc dio unos pasos hacia ellos rápidamente.

—Eh, eh... —dijo acelerado y miró al sacerdote—, ¿nos van a intentar poseer? ¿Quieres decir eso? —preguntó con voz aguda.

—Marc... —intentó calmarlo Aitor—, no van a...

Santiago se puso en pie.

—Si hacéis lo que os digo no podrán... —Desvió su mirada hacia Anael, la cual lo observaba fijamente, y asintió. Todos vieron cómo Anael salía del dormitorio de Andrés sin decir nada más—. El demonio no tolera el cobre...

—¿El cobre? —preguntó Marc asombrado.

Santiago asintió.

—El cobre es perfecto para capturar espíritus malignos y para evitar posesiones...

—Qué casualidad —comentó Aitor—, con las brujas es lo mismo.

—Anael os dará una cruz de cobre bendecida —continuó—. No os la quitéis y no tendréis por qué temer —explicó el sacerdote que llevó su mano hasta su cuello y les mostró la cruz de cobre que él mismo llevaba siempre encima.

Aitor asintió y miró a Andrés que permanecía en el suelo y, aunque los miraba a todos aún con la mirada perdida, comprendía que lo que había vivido era duro.

Dio un paso adelante y se agachó ante él poniéndose en cuclillas.

—Andrés... —comentó atrayendo la mirada de él que observaba a su alrededor. Andrés lo miró—, el demonio nos dijo que las puertas del infierno se iban a abrir... ¿sabes algo sobre eso?

Andrés se quedó pensativo y finalmente negó.

—No. Era consciente de todo lo que ocurría a mi alrededor, aunque yo no dominaba mi cuerpo. Lo veía todo, pero sin poder hacer nada —explicó—. Él podía acceder a mis pensamientos y me torturaba continuamente, pero yo no podía acceder a los suyos. Lo siento. No sé nada, sé lo mismo que vosotros.

Aitor asintió y se puso en pie. Suspiró y sonrió a Andrés.

—Descansa —comentó lentamente. Se giró hacia su equipo y les indicó que saliesen de la habitación—, y ponte una de esas cruces también.

—Créeme que lo haré. Muchas gracias por ayudarme.

La división salió de la habitación y, justo cuando Aitor iba a salir en último lugar, se giró hacia Andrés.

—Por cierto, si no te importa... —Chasqueó la lengua—, te agradecería que no explicases nada sobre nosotros.

—Aitor —lo cortó Santiago que se acercaba a Andrés con una botella de agua—, ya me encargo yo, tranquilo.

Aitor miró al sacerdote y asintió.

Salió de la habitación y cerró levemente la puerta para tener un poco de intimidad.

—Menuda movida —comentó Víctor.

—Pero ha molado, ¿eh? —intervino Miguel risueño.

Aitor miró a sus compañeros ignorando el último comentario.

—Sé que es difícil y que seguramente no encontraremos información al respecto, pero... no nos iría mal informarnos sobre las puertas del infierno —comentó.

—¿Y cómo se hace eso? —preguntó Lucas—. Ya sabes que el CNI y el Pentágono no tratan estos asuntos, es competencia de la Iglesia. No vamos a encontrar nada en la base de datos.

—Por supuesto, ya me lo supongo —contestó Aitor señalándolo con la mano—, pero quizá en internet podamos encontrar algo. Leyendas, mitología...

Marc asintió.

—Puede que encontremos algo al respecto —indicó.

Aitor miró a sus compañeros.

—¿Creéis que debemos comunicarle esto a Paco? —preguntó cruzándose de brazos, refiriéndose a su superior en el CNI.

—Sabes que nos va a echar una buena bronca —indicó Miguel esta vez con voz seria—. Yo esperaré un poco a ver si averiguamos algo más. Es posible que si le dices que hemos ayudado al sacerdote —Señaló con la cabeza al interior de la habitación—, nos expedienten o nos alejen de aquí.

Aitor asintió y tragó saliva. Sabía que lo mejor para ellos era no comunicar nada de momento, pues se exponían, como bien decía su compañero, a que los llevasen a otra zona o bien les abriesen un expediente por desobedecer las órdenes de un superior, pero era algo que debían decidir entre todos, no solo él.

—¿Estáis de acuerdo con lo que dice Miguel? —preguntó al resto. La reacción de todos fue inmediata, asintiendo con vehemencia—. Está bien, Marc y Víctor —Los señaló—, id a casa y buscad información. Los demás acompañaremos al padre a su casa y nos aseguraremos de que Jaime sigue ahí, sin causar problemas.

Marc y Víctor iban a girarse cuando Anael apareció en el pasillo. Se colocó enfrente y les mostró unas cruces de cobre ensartadas en una fina cadena del mismo material.

—Tomad, están bendecidas —dijo repartiendo una a cada uno.

—Gracias —dijo Aitor colocándose la suya por el cuello mientras los demás hacían lo mismo. Miró a la muchacha que les sonreía con ternura—. ¿Estás bien? —le preguntó con suavidad.

Ella amplió su sonrisa y asintió.

—Claro que sí. Estoy muy feliz de que Andrés sea libre —puntualizó pasando en medio de ellos y dirigiéndose a la habitación—. En unos minutos volveremos a casa del padre Santiago —informó antes de entrar por la puerta.

Miguel emitió un largo y sonoro suspiro que provocó que todos se volvieran hacia él y enarcasen una ceja.

—Joder, Miguel... que es una monja —le recriminó Daniel.

—Ya, ya... —Miguel se encogió de hombros—, pero es tan...

—Cuidado con lo que dices —le reprendió Aitor observando la cruz.

—Tierna... —acabó diciendo y les sonrió—. ¿No os lo parece? —preguntó alzando los brazos hacia ellos.

Daniel colocó una mano en el hombro de Miguel.

—Estás fatal, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé —le dio la razón Miguel.

Aitor sonrió ante la respuesta de su compañero. Bueno, al menos lo admitía y era consciente de ello. No le parecía extraño que se fijase en aquella joven, aunque fuese monja, pues la chica era realmente preciosa e irradiaba una ternura incalculable. En ese momento la imagen del rostro de

Nerea volvió a su mente. ¿Por qué lo primero en lo que pensaba tras una sesión de exorcismo era en ella? El rostro de ella le calmaba, le daba paz en aquella locura de mundo.

Sacó el móvil y lo observó. No tenía ningún mensaje de ella, aunque la noche anterior habían quedado en que se dirían algo para quedar.

—Marc, Víctor —llamó la atención de ambos—, buscad información y cualquier cosa me la comunicáis.

—Está bien —dijeron alejándose ya por el pasillo.

Aitor se alejó un poco más de sus compañeros mientras los escuchaba hablar y comentar la jugada y abrió su *WhatsApp*. Hacía más de una hora que Nerea no miraba el móvil y, en ese momento, eran casi las seis y media de la tarde. Ese le sería imposible, pues les convenía investigar y acompañar al padre Santiago a su casa para asegurarse de que Jaime estaba bien, pero quizá, al día siguiente, sí pudiese escaparse un rato para verla. Lo necesitaba.

Aitor: Hola Nerea, ¿qué tal el día?

Aitor: Hoy me es imposible quedar, pero ¿te gustaría vernos mañana para cenar?

Guardó el móvil en su bolsillo y se giró hacia sus compañeros.

—¿Qué opinas, jefe? —preguntó Daniel.

—¿De qué? —Se acercó a ellos de nuevo.

—Quizá la próxima vez podríamos ponernos los uniformes. Los tenemos ahí muertos de asco.

Aitor asintió.

—Sí, claro, nos irá bien —dijo.

Los trajes, creados a base de miles de nanotubos, potenciaban sus habilidades. Los protegían de golpes, arañazos y mordeduras y, además, permitían total libertad de movimientos.

—Quizá los demonios se asusten más si nos ven así —bromeó Daniel.

—Seguro que sí —ironizó Lucas.

Aitor cogió su móvil cuando notó que vibraba en su bolsillo. No pudo evitar sonreír cuando vio que se trataba de un mensaje de Nerea.

Nerea: Hola Aitor.

Nerea: Disculpa que no haya dicho nada hasta ahora, ando muy ocupada.

Nerea: Por mí perfecto.

Nerea: ¿Te iría bien quedar como el otro día?

Sabía a lo que se refería. Había ido a buscarla a su piso.

Aitor: Claro, ningún problema.

Aitor: ¿A las diez menos cuarto?

Nerea contestó al segundo.

Nerea: De acuerdo.

Nerea: Hasta mañana entonces.

Aitor: Hasta mañana.

Por suerte, lo que habían vivido aquel día hacía que sus compañeros no dejaran de hablar entre ellos, de modo que no le prestaban atención.

Santiago salió de la habitación y miró a la división.

—Hemos llamado a la madre de Andrés. Viene hacia aquí. En cuanto llegue vamos para casa —comentó con una sonrisa. Sin duda, aquel había sido un buen día para él.

Rut se frotó las manos, nerviosa, y miró su reloj de muñeca. Las ocho menos diez. Notaba que el corazón le iba acelerado e incluso, pese a que no hacía calor a aquella hora y que el ambiente era más bien fresco, le sudaban las manos.

La cafetería situada a escasos metros de su puesto de trabajo era pequeña, siempre iban a desayunar allí. Apenas tenían cinco mesas donde sentarse, pero la barra estaba llena de taburetes ocupados por trabajadores de la zona.

Tragó saliva e intentó calmar su respiración mientras observaba a todas aquellas personas, algunas con su uniforme de trabajo.

Aquello era una locura. ¿Quién no había escuchado hablar de posesiones demoníacas? Todo el mundo sabía de qué se trataba, pero ella, personalmente, nunca le había dado validez, aquello formaba parte de la cultura popular, del imaginario colectivo.

El día anterior por la tarde su percepción del mundo había cambiado para siempre: ya no era un plácido lugar donde ella criaba a su hijo y era feliz con su marido, no, ahora era un mundo oscuro, un mundo que no comprendía del todo.

Había vuelto a su casa poco después de que se llevasen a Jaime. Eran pocos los muebles que se habían salvado de estar rotos, astillados o sucios. Había tenido que abrir las ventanas para que aquel olor a basura mezclado con azufre fuese disipándose.

Había pasado toda la noche limpiando y, por suerte, su vecina se había quedado con su hijo.

Debía admitir que desde el día anterior seguía francamente consternada. Todo había cambiado para ella. El recuerdo de ver a su marido de aquella forma la mantenía totalmente alerta, cualquier ruido la asustaba. Se decía a sí misma que aquello no podía ser real, que debía ser producto de su imaginación, pero no... aquello era lo más real que jamás había experimentado. Le había costado admitirlo, pero la posesión era real. Aquella persona no era su marido. Su fuerza, su voz grave, sus movimientos...

Se pasó la mano por la cara y suspiró agobiada buscando las fuerzas necesarias para no echarse a llorar allí mismo.

Apretó los labios cuando vio que Nerea entraba en la cafetería y la buscaba mirando de un lado a otro. Cuando sus miradas coincidieron Nerea le ofreció una sonrisa tranquilizadora, aunque aquello no calmó los nervios que Rut sentía.

Llevaba toda la noche dándole vueltas y, tras meditarlo mucho, se había decidido a quedar con ella. ¿Qué clase de amiga sería si no fuese sincera con Nerea? Esta siempre se había portado bien, dándole incluso los días que necesitase para cuidar de su hijo y de su marido. Qué menos que ser honrada con su jefa y amiga.

—Hola —pronunció llegando Nerea hasta ella. Vestía unos tejanos y una camisa blanca y, sobre esta, se había puesto una rebeca fina color azul marino. El cabello se lo había recogido en una cola alta—, ¿qué tal estás? —preguntó abrazándola.

Rut le devolvió el abrazo con intensidad, como si necesitase el calor humano en aquel momento. Nerea la apretó más fuerte, sentía que ella carecía de cariño en esos momentos. Aquello la preocupó.

Rut se separó levemente y asintió intentando templar sus nervios. Tomó asiento mientras Nerea hacía lo mismo frente a ella.

—¿Va todo bien? —insistió Nerea al no recibir respuesta.

Rut la miró, pero ninguna sonrisa brotó de sus labios.

—No, no va bien... —pronunció al final.

En ese momento el camarero se acercó.

—¿Le pongo algo?

Nerea observó que ella estaba tomando un café con leche.

—Lo mismo —contestó con urgencia para que el camarero volviese a dejarlas a solas.

Se fijó en Rut, permanecía con la mirada un poco perdida. Debía de haber estado llorando toda la noche porque tenía los ojos irritados y las mejillas coloradas.

No pudo evitar pasar la mano por encima de la mesa hasta que cogió la de Rut con cariño.

—Eh, Rut... —susurró llamando su atención—, ¿qué ocurre? Es sobre Jaime, ¿verdad? —Rut tragó saliva y asintió, intentando contener las lágrimas de nuevo. Nerea suspiró al ver su gesto y apretó más fuerte su mano—. Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea.

—Lo sé —respondió con una leve sonrisa de agradecimiento.

Nerea se puso firme apoyándose contra el respaldo de la silla. Le daba un poco de miedo preguntar, pues sabía que no eran buenas noticias lo que Rut quería darle, pero debía hacer la pregunta.

—¿Cómo está Jaime? —preguntó directamente.

Rut apretó los labios, debatiéndose en si contestar a aquella pregunta o no.

—No está nada bien... —apuntó con los labios temblorosos.

Nerea tragó saliva intranquila y la observó.

—¿Has ido al médico con él? ¿Qué os ha dicho? —preguntó lentamente.

—¡Un café para la señorita! —interrumpió el camarero depositando el café frente a ella.

—Muchas gracias —contestó Nerea cogiendo la taza.

En cuanto el camarero se alejó volvió a centrar toda su atención en ella. De nuevo, Rut volvía a tener aquella mirada perdida.

—Rut, cuéntame —la animó.

En ese momento pudo observar cómo una lágrima afloraba en la comisura de sus ojos.

—Lo que Jaime tiene no puede tratarse... al menos no médicamente —acabó pronunciando.

Nerea la miró intrigada, sin comprender.

—Pero ¿eso te lo han dicho los médicos? —preguntó preocupada—. Hoy en día todo tiene tratamiento, o prácticamente todo. —Suspiró y volvió a llevar la mano hacia ella para sujetársela—. Oye, quizá en otro país como Estados Unidos tenga solución, si lo que necesitas es dinero yo puedo ayudarte sin...

—No... —la cortó intentando evitar un puchero—, no es un tipo de tratamiento médico lo que él necesita —Y apartó la mano de ella. Nerea se fijó en cómo esta temblaba mientras la llevaba hasta su pierna, escondiéndola. Suspiró y la miró asustada—. Tú lo viste, el día de la patrona, viste las cosas que hacía... —sollozó.

Nerea asintió.

—Sí, lo vi.

—¿Y no te pareció un comportamiento extraño?

Nerea lo recordó.

—Sí... un poco —admitió.

—Pues eso no es nada comparado con lo que he llegado a ver... —explicó. Cerró los ojos debatiéndose en si seguir explicándole o no. Nerea era su amiga, una de las mejores—. Prometí que no diría nada de todo esto.

Aquello desconcertó a Nerea que, en esa ocasión, la miró preocupada.

—¿Prometiste el qué?

Rut seguía inmersa en sus pensamientos, valorando todas las opciones.

—Pero tú te ves con Aitor y... —Alzó la mirada hacia ella, momento en que Nerea arqueó una ceja—. Estoy... estoy un poco preocupada por ti.

Aquello acabó de desconcertar a Nerea.

—¿Qué tiene que ver Aitor en todo esto? —preguntó intrigada—. ¿Por qué dices eso?

Rut miró hacia los lados asegurándose de que nadie las escuchaba. La mayoría de la gente se encontraba sentada a la barra, tomando su café mientras leía el periódico o mantenía una conversación con otra persona.

Volvió toda su atención hacia ella que la observaba intrigada.

—Vas a pensar que... que estoy loca...

—Sabes que yo no pensaría nunca algo así —reaccionó Nerea rápidamente.

Rut chasqueó la lengua mientras una lágrima resbalaba por su mejilla. La limpió y tragó saliva. Respiró hondo, cabizbaja, tomando fuerzas para seguir su relato.

—Lo que le ocurre a Jaime no tiene tratamiento médico...

—Algo habrá que se pueda hacer —siguió Nerea intentando animarla.

Rut negó.

—El... el tratamiento que necesita es... diferente —acabó susurrando. Nada de lo que Rut decía le aclaraba la situación—. ¿Viste cómo se movía? ¿La voz tan grave con la que hablaba? —Nerea asintió sin decir nada—. Él... no es él —acabó diciendo.

Aquello hizo que Nerea pusiese la espalda recta, sin comprender.

—¿Tiene... una enfermedad mental? —preguntó con cuidado—. ¿Un tumor?

—No —respondió rápidamente mientras se secaba otra lágrima—. No... no hemos acudido a un médico.

—¿Aún no habéis ido al médico?

Rut negó con su cabeza.

—No es lo que él necesita. —Miró de nuevo hacia los lados asegurándose de que nadie las escuchaba y, finalmente, se echó hacia delante para acercarse a su amiga, ante la mirada confundida de esta—. Él... está... —Tragó saliva—, está poseído, Nerea.

Nerea la miró sin comprender. ¿Había dicho poseído?

—¿Qué? —preguntó confundida.

Rut hizo un gesto de dolor y cerró los ojos. Quizá no hubiese sido tan buena idea explicarle aquello. Sabía que aquello era difícil de creer si no lo veías, pero jamás había estado tan segura de algo como de lo que acababa de pronunciar. Aun así, Nerea la observaba desconcertada. No, desde luego aquello no había sido buena idea.

—Perdona —dijo poniéndose en pie, intentando evitar echarse a llorar ahí mismo—. Lo siento, no debería haberte dicho esto. No sé por qué he tenido que...

—No, no... —Nerea se puso en pie de inmediato colocando sus manos en sus brazos—. No te vayas, por favor...

—Sabía que no me creerías.

—Yo no he dicho eso —reaccionó rápidamente con ternura. Suspiró intentando calmar a su amiga, parecía muy alterada, nerviosa—. Rut, siéntate, por favor... —susurró—. Explícamelo —le pidió.

Rut la observó no muy segura, pero, finalmente, asintió y se sentó de nuevo, lentamente.

Nerea resopló y miró a los lados, por suerte nadie les prestaba atención. Observó a su amiga

que en ese momento lloraba desconsolada. Volvió a coger su mano y la apretó.

—Rut, cuéntamelo todo.

Rut intentó calmar sus emociones y asintió. La observó durante unos segundos hasta que finalmente se decidió a hablar.

—Si estuviese en tu lugar seguramente yo tampoco me creería a mí misma.

—Eh... escucha —dijo sin soltar su mano—, yo no he dicho que no te crea, ¿de acuerdo? —intentó calmarla—, pero... —intentó encontrar las palabras adecuadas—, has dicho que está poseído... eso es difícil de asimilar.

—Lo sé —le dio la razón—, pero si hubieses visto lo que yo vi ayer... —Dejó la frase sin acabar y volvió a soltar su mano para esconderla bajo la mesa.

—Explícame —la animó.

Rut tragó saliva.

—Me hicieron prometer que no diría nada, pero...

—¿Quién te hizo prometer eso? —preguntó intrigada—. Has mencionado a Aitor, ¿él te lo hizo prometer? —dedujo.

Rut asintió lentamente.

—Sí.

—¿Por qué? —preguntó rápidamente.

Rut tomó aliento.

—Ayer por la tarde vinieron a casa con un sacerdote...

—¿Quiénes? —la interrumpió.

—Vino Aitor con un grupo, acompañados de una monja y un facultativo médico.

Nerea la miró intrigada. Justamente la noche anterior Aitor se había presentado en su caseta para ayudarla con las flores, sabía que Rut vivía cerca, así que tenía lógica lo que decía, pero ella misma le había preguntado si había podido ir a ver a Jaime y su respuesta había sido negativa.

—Me... me hicieron quedarme fuera de la casa acompañada de dos de ellos mientras el resto entraba —continuó explicando—. Nerea... —sollozó—, la persona que estaba en esa casa no era mi marido, te lo puedo asegurar... él se movía a una velocidad imposible para un ser humano normal y corriente, su fuerza era sobrehumana, la voz con la que hablaba no era la de mi marido... —Nerea suspiró intentando asimilar todo aquello—. Escuché los golpes, los gritos... te aseguro que aquello no era normal... aún se me eriza la piel al recordarlo. En un determinado momento, los que estaban dentro de la casa pidieron ayuda a los que me acompañaban, pues ni siquiera entre cuatro hombres podían con mi marido... —Se quedó callada intentando asimilar todo aquello y ordenar las ideas para seguir con la explicación.

—Vamos, continúa —la animó Nerea de nuevo.

Rut la miró con temor. No sabía lo que Rut había presenciado, pero jamás había visto una mirada tan aterrada como aquella.

—Cuando me quedé fuera sola y escuché esos gritos me asusté mucho. Necesitaba saber lo que ocurría, lo que le estaban haciendo a mi marido... y entré.

De nuevo Rut se perdió en sus pensamientos.

—¿Qué viste? —le preguntó.

Tardó un poco en responder. Nerea pudo observar cómo su labio inferior temblaba y sus ojos se movían nerviosos de un lado a otro, como si quisiera hacer memoria.

—No sé cómo describir lo que vi —susurró inmersa en sus pensamientos, recordándolo todo—. Mi... mi marido se abalanzó sobre mí, pero Aitor... —Y elevó la mirada hacia Nerea—, me apartó de inmediato de su trayectoria mientras los demás intentaban retenerlo.

Nerea asintió intentando hacerse una idea de todo aquello. En otras circunstancias, y si fuese otra persona, pensaría que estaba viviendo una experiencia postraumática, que su cerebro había imaginado todo aquello para darle sentido a una vivencia traumática, pero no era el caso de Rut. La conocía bien y sabía que era una mujer fuerte y coherente.

—Por... por eso he decidido explicártelo, Nerea... —continuó ella—, Aitor... —Se quedó callada intentando buscar las palabras adecuadas—, hizo cosas extrañas.

Aquello la intrigó.

—¿A qué te refieres?

—Él y sus compañeros se movían a una velocidad igual a la de mi marido... —Se quedó callada unos segundos—. Él estaba sujetando a mi marido y, de repente, en una fracción de segundo me apartó de su camino. No... —Tragó saliva—, no es una persona normal, Nerea —acabó diciendo con un susurro—. Me hizo prometer que no se lo diría a nadie, pero... tú eres mi amiga y...

Nerea parpadeó varias veces y la miró confundida. ¿Qué quería decirle Rut?

Nerea negó.

—¿Me estás diciendo que se movía muy rápido? —preguntó intentando comprenderla.

—Y la forma en la que luchaba...

—Es... es policía, Rut —intentó darle algo de lógica—. Sabe luchar y...

—No, Nerea —la cortó ella—, no me estás escuchando —gimió—. Aitor no es normal —Y lo pronunció tan seria que Nerea se calló y la miró fijamente. ¿Qué estaba tratando de decirle su amiga? Ni siquiera acababa de comprender todo aquello—. No te explicaría todo esto si no supiese que te ves con él.

Nerea se quedó callada, pensativa.

—Ayer por la noche lo vi... —comentó—, pero no me dijo nada sobre que había ido a ver a Jaime.

—Ya te digo que me hizo prometer que no diría nada. Es... como si lo mantuviesen en secreto. Tienen... tienen unas habilidades especiales. —Nerea tragó saliva sin saber qué pensar sobre ello—. Le practicaron un exorcismo a Jaime... —comentó temerosa—, pero no sirvió de nada. El sacerdote me confirmó que aún tenía el demonio dentro —sollozó—. Se lo han llevado...

—¿A Jaime? —preguntó volviendo de sus pensamientos.

Ella asintió.

—Me dijeron que necesitaban un lugar más adecuado para realizar el exorcismo.

Nerea asintió tratando de digerir toda la información. Aunque le costaba creerlo sabía que Rut no se inventaría algo así. Le preocupaba, aquello le preocupaba muchísimo, pero ¿por qué Aitor le negaba que el día anterior había ido a casa de Rut para ver a Jaime? Y luego estaba lo que ella decía sobre que él era diferente... sintió un escalofrío al recordar el beso del día anterior. ¿Y si tenía razón? ¿Y si todo lo que explicaba Rut era cierto? Ella era su amiga, además trabajaba para ella, ¿de verdad iba a arriesgarse a explicarle algo así si no fuese cierto? ¿O si no hubiese algo de verdad en aquello que ella le narraba?

Le costaba creerlo, pero algo dentro de ella le decía que era cierto.

Nerea se mordió el labio, pensativa.

—¿Y Aitor? —Carraspeó y la miró con cierto temor—. ¿También practicó ese exorcismo?

Ella asintió lentamente.

—Él y otros más sujetaban a mi marido mientras el sacerdote hacía el ritual. —Nerea suspiró intentando ordenar las ideas—. Jamás... jamás había visto algo así, de verdad... —No lo soportó más y rompió a llorar mientras Nerea la observaba—. Aitor fue amable conmigo, pero... creo que

estaba en la obligación de decírtelo.

Nerea volvió a asentir.

—Gracias —susurró al final. Suspiró y miró a su amiga—. ¿Estás segura de que viste lo que me explicas? ¿De que Aitor hacía esos movimientos tan extraños?

Ella la miró seriamente.

—Daría mi vida por ello —comentó—. Jamás he estado tan segura de algo. Él y sus compañeros de trabajo no son simples policías. —Se llevó la mano al bolsillo y extrajo la cruz que el padre Santiago le había entregado—. Me la dio ayer el sacerdote, antes de llevarse a mi marido. —Nerea se fijó. Era una cruz de cobre—. Me dijo que esta cruz me protegería.

Nerea se removió nerviosa. Le estaba enseñando una prueba que garantizaba que la noche anterior el sacerdote, acompañado de Aitor y de sus compañeros, había estado en su casa.

—¿Te la dio ayer? —preguntó con voz temblorosa. Rut asintió—. ¿Fue el padre Rafael?

—No, no... —respondió rápidamente—. Es un sacerdote que se llama Santiago. No lo tenía muy visto, solo algunas veces lo había visto en la iglesia. Creo que está en otros pueblos. —Rut tragó saliva y miró a su amiga—. Siento explicarte esto porque sé que Aitor... te gusta —comentó—, pero no creo que fuese una buena amiga si te lo ocultase. Ve con cuidado con él, por favor.

Aquellas palabras llenaron de temor a Nerea. Ciertamente que Aitor se había portado muy bien con ella, incluso Rut aseguraba que había sido muy amable, pero si de verdad tenía extrañas habilidades como su amiga afirmaba debía andarse con cuidado.

—De acuerdo —susurró. Cogió el sobre de azúcar y lo vertió en el café que comenzó a remover con la cuchara—. He... he quedado con él para cenar esta noche —explicó.

Rut la miró preocupada.

—¿Irás?

—No lo sé... —dijo soltando la cuchara—. La verdad, esto que me explicas me parece surrealista... —apuntó pensativa. Miró a su amiga y ladeó su cuello—. Pero te creo, sé que jamás mentirías sobre algo así. —Rut asintió—. Quizá... —comentó intentando encontrar algo de lógica a todo aquello—, quizá entraste en shock y...

—No. Sé muy bien lo que vi, lo que experimenté —contestó rápidamente, segura de sí misma, y esa seguridad acabó de convencer a Nerea.

Estaba claro que Rut había visto algo que aún no comprendía, que no lograba entender. Puede que se confundiese con las habilidades que atribuía a Aitor, pero el hecho era que el día anterior habían realizado un exorcismo a Jaime y Aitor se lo había ocultado. ¿Por qué no explicarle aquello? ¿No quería asustarla? Seguramente sería eso, pero él sabía que Rut era su amiga, le había hablado de ella y le preguntaba preocupada por su marido, ¿por qué negar que habían ido a verle el día anterior? Aquello era lo que más le mosqueaba, Aitor le ocultaba información y, además, le pedía a Rut que lo mantuviese en secreto. Aitor no estaba siendo franco con ella y, sinceramente, tampoco podía exigirle que lo fuese, no eran pareja, sin embargo, no tenía por qué mentirle así o intentar ocultarle aquello.

—Y ¿sabes algo más de Jaime? —Ella negó mientras observaba la cruz. Suspiró y la guardó en su bolsillo de nuevo—. ¿Iago dónde está?

—Está con Carmen. Llevo unos días con ella, me ha acogido... —explicó con voz temblorosa—. Me daba miedo estar cerca de él —admitió.

—¿Quieres venirte conmigo a...? —ofreció.

Ella negó.

—No, tranquila, está bien así. Además, Iago se entretiene mucho con el hijo de Carmen, Roberto, son muy amigos del colegio. —Tragó saliva y miró su café, el cual estaba prácticamente

lleno—. Pero muchas gracias. Él... él no sabe nada de todo esto.

—Mejor, no son cosas que deba saber un niño. —Rut asintió—. ¿Quedaron en decirte algo?

—Me dijeron que me llamarían para informarme, pero desde ayer no sé nada —sollozó de nuevo y miró a su amiga intentando controlar las lágrimas—. Estoy muy asustada —se sinceró—. Y... ¿y si no funciona?

—Shhhhhh —susurró Nerea volviendo a cogerle la mano—. Yo no sé nada sobre exorcismos, pero... seguro que todo se arregla. Igualmente, ¿has pensado en contactar con un médico para que lo valore?

Rut esta vez sí cogió la mano de Nerea.

—Ayer, durante el exorcismo, había también un médico.

Aquello sorprendió a Nerea.

—¿Y no dijo nada? —Rut negó—. ¿Estaba de acuerdo con lo que hacían?

—Tú también lo estarías si lo hubieses visto —susurró. Se pasó la mano libre por los ojos, agotada—. Nunca he creído en estas cosas, ni se me pasaría por la cabeza pensar que algo así pudiese ser real, pero... Nerea, te aseguro que mi marido tiene el demonio dentro. Y créeme que me cuesta admitirlo, que me escucho a mí misma y pienso... ¿qué estás diciendo Rut? Pero luego recuerdo lo que he vivido estos días... recuerdo cómo el cuerpo de Jaime se ha estropeado, su piel seca, el calor que desprendía su cuerpo, su voz, el olor a azufre...

—¿A azufre? —preguntó sorprendida.

—Cuando se lo llevaron tuve que ventilar toda la casa —Su labio volvió a temblar—. No sé qué voy a hacer si lo pierdo, Nerea.

—Shhhh... no lo perderás, sea lo que sea tendrá solución, ya verás. Dentro de poco volverás a estar con él, os iréis de vacaciones...

Rut resopló.

—Ahora mismo no lo tengo nada claro —la interrumpió. Tragó saliva y apretó la mano de Nerea—. Muchas gracias...

—No hay de qué.

—Por no salir corriendo... —acabó diciendo con cierto abatimiento en la voz.

Nerea le sonrió.

—Sé que tú nunca me mentirías.

Rut le sonrió y dio un sorbo a su café.

—Mañana ya iré a trabajar —comentó Rut.

—No te preocupes, si necesitas algún día más sabes que no hay problema...

—Lo necesito —la cortó. Miró apenada a Nerea—. Necesito esta tarde para acabar de arreglar la casa, estaba... estaba destrozada. No conseguiré acabar de limpiarla, pero sí adelantaré bastante —confesó—, pero... necesito mantener la mente ocupada. Debo seguir adelante por mi hijo —comentó.

Nerea no quiso insistir, parecía que Rut necesitaba realmente mantenerse ocupada.

—Está bien —aceptó.

Tras tomar el café Rut dio un fuerte abrazo a Nerea y se marchó. Tras la explicación de su amiga se le había cerrado el estómago. ¿Podía ser posible lo que ella le explicaba? Le costaba aceptarlo, pero ¿por qué iba a mentir sobre algo así? Algo extraño debía de ocurrir. Y luego estaba el tema de Aitor. ¿Había ido junto a un sacerdote y compañeros suyos a realizar un exorcismo? Y, más aún, ¿tenía habilidades especiales tal y como Rut le había explicado?

Estaba claro que el día anterior había estado allí, pues coincidía con que por la noche había ido a la caseta de ella. Además, Rut le había mostrado una cruz que le había entregado el

sacerdote. ¿Le había mentido Aitor? ¿Qué le estaba ocultando?

Todo lo que Rut le había explicado le ponía la piel de gallina. Cogió su móvil y vio que eran las nueve de la mañana.

Fue hacia la barra para pagar el café.

—Su amiga ya lo ha pagado —explicó el camarero.

—Ahhh —respondió mientras guardaba el monedero en el bolso—. De acuerdo, gracias.

—Hasta otro día, señorita —se despidió el camarero.

Cuando salió una brisa fresca hizo que sus mechones de cabello se moviesen hacia atrás. La gente paseaba tranquila por la calle dirigiéndose a sus puestos de trabajo o a la compra, pero, tras lo que le había narrado Rut, su percepción del mundo había cambiado.

Sintió un escalofrío y se abrochó la chaqueta de lino mientras se dirigía a su almacén. Necesitaba asimilar todo lo que Rut le había explicado, ordenar las ideas y valorar lo que debía hacer a continuación.

Aitor se pasó la toalla por la cabeza secándose el pelo mientras escuchaba la conversación que mantenían sus compañeros por el móvil.

Por suerte, Jaime seguía dormido y no habían tenido que actuar de nuevo, aunque, tal y como le había dicho el sacerdote, volverían a intentar otro exorcismo por la tarde. Debían intentar debilitar lo máximo posible al demonio, pero teniendo en cuenta que se encontraba encarnado en el cuerpo de un civil y que debían dejar que descansase de vez en cuando.

—No hay mucha información, jefe —explicó Marc hablando a través del manos libres.

Marc y Víctor se habían marchado a casa para buscar cualquier información que les fuese de utilidad.

—La Wikipedia dice que es un concepto religioso y mitológico —continuó Víctor—. No especifica dónde se encuentra la puerta del infierno —ironizó.

—Ya lo imaginaba —comentó Aitor depositando la toalla sobre la silla.

Santiago y Anael se encontraban sentados a la mesa del comedor escuchando la conversación.

—Pero si dice que van a abrirse... —intervino Miguel sentando al lado de Aitor—, debe ser algo tangible.

—Quizá sea una forma de hablar —dijo Aitor.

—Bueno... —continuó Marc—, hemos encontrado unas cosas, pero dudo que sean la verdadera puerta al infierno.

Aquello suscitó interés en todos ellos.

—Dinos —dijo Lucas apresurado.

—A ver... hay un pozo en el desierto de Karakum, en Turkmenistán —comentó Marc—. Se llama el Pozo de Darvaza. Es un pozo de sesenta y nueve metros de diámetro y una profundidad de unos treinta. El pozo no deja de arder...

Miguel miró hacia el móvil sorprendido.

—¿Y eso?

—Ja —dijo Víctor—, la historia es para alucinar. Se creó tras un accidente en 1971 durante unas obras de prospección de gas. Descubrieron que había una cueva subterránea llena de gas natural.

—Así que temiendo que el cráter ocasionase el escape de gases naturales el equipo le prendió fuego —continuó Marc—. Pensaban que el fuego se extinguiría en varios días, sin embargo, lleva casi medio siglo incendiado.

—De hecho, han intentado apagarlo, pero es imposible —aclaró Víctor.

Aitor chasqueó la lengua y miró el móvil enarcando una ceja.

—Está claro que esa no es la puerta al infierno —ironizó.

—Ya... Mmmm... —continuó Marc—, hemos encontrado más cosas...

—¿Alguna con lógica? —bromeó Miguel.

—Bueno, hay unos científicos que dicen haber encontrado el infierno —continuó Marc.

Santiago y Anael enarcaron una ceja.

—¿De qué se trata? —preguntó Aitor cruzándose de brazos.

—El pozo de Kola, en la antigua Unión Soviética, cerca de Finlandia, en la región de Pechenga. Perforaron la capa terrestre unos catorce kilómetros. Querían estudiar cómo era el

interior, así que tras perforar a esa profundidad introdujeron sensores para captar terremotos y micrófonos para grabar...

—De hecho, hubo un momento en que las brocas con las que taladraban no encontraron resistencia —continuó Víctor—, como si hubiesen topado con un enorme hueco, además, la temperatura que registraron era altísima, más de lo que habían imaginado...

—Ajá —continuó Aitor.

—Y... —siguió Marc—, el micrófono captó unos ruidos...

Lucas miró el móvil intrigado.

—¿Qué ruidos?

—Ahora os lo paso —dijo Marc—, Miguel... en tu móvil —explicó—. Se escuchan gritos, lamentos, sollozos, rechinar de dientes... y mucho más, algo que los científicos no podían explicar. Además, se escucha una voz grave por encima del resto que son más agudas.

—Parece como si las estuviese torturando... —aclaró Víctor.

Pudieron escuchar cómo Marc reía.

—Los científicos se acojonaron al escuchar aquello y abandonaron el proyecto.

Miguel miró su móvil.

—Me ha llegado —indicó—. ¿Un enlace de Youtube?

—Escuchadlo —los animó Víctor—. En internet puedes encontrarlo todo.

Miguel situó el móvil sobre la mesa para que todos lo escuchasen y le dio al enlace.

Unos segundos después el sonido inundó el comedor de la casa del padre Santiago. Todos se miraron de reojo al escuchar aquella grabación.

—¿Y eso lo grabaron a catorce kilómetros de profundidad? —preguntó Lucas asombrado.

—Eso dicen —contestó Marc.

Aitor se pasó la mano por los ojos como si estuviese agotado.

—Seguramente se trate del movimiento de placas tectónicas. En Rusia hay muchos seísmos.

—Es lo que hemos pensado nosotros —explicó Marc—, pero no deja de ser llamativo.

Aitor suspiró.

—¿Algo más?

—Bueno... están los oráculos griegos. En principio descendían al inframundo para.... —comentó Víctor.

—Eso se trataba de una obra de teatro —recordó Aitor y se cruzó de brazos—. Los griegos excavaban esos pasadizos y hacían creer a la gente que descendían al inframundo. Incluso los sacerdotes se escondían en los pasadizos para hacer voces. Cobraban una buena suma de dinero por ello. No, eso no. ¿Algo más? —insistió.

—Nos hemos mirado el infierno de Dante...

—Ya —comentó poniendo los ojos en blanco. Se acercó al móvil—. Así que realmente no tenemos nada.

—No es fácil encontrar las puertas del infierno por internet, ¿sabes? —ironizó Marc.

—Ya, ya... —le dio la razón Aitor que miró a Santiago—. ¿Alguna idea, padre?

El sacerdote se encogió de hombros.

—La... la Biblia habla del Seol.

—¿Qué significa eso? —preguntó Miguel.

—Proviene de la palabra hebrea Sheol, significa *lugar de los muertos*. En Job proverbio 15:24 dice: “*El camino de la vida es hacia arriba al entendido, para apartarse del Seol abajo*”. Y en Job 11:28 dice: “*Es más alta que los cielos, ¿qué harás? Es más profundo que Seol, ¿cómo la conocerás?*” —Aitor lo miró sin comprender.

—¿Qué significa eso? ¿Que está en el centro de la tierra? —preguntó.

Santiago se encogió de hombros.

—Es lo único que encuentras en la Biblia sobre la ubicación: abajo —repitió. Miró a Anael y se encogió de hombros—. ¿Recuerdas algo de la Biblia que yo haya pasado por alto?

Anael los miró a todos y chasqueó la lengua.

—No, nada más —pronunció.

La voz de Marc a través del teléfono llamó la atención de todos.

—Cambiando de tema, hemos encontrado otra cosa mucho más interesante.

Todos se acercaron a la mesa de nuevo para escuchar con claridad.

—Dinos —dijo Miguel.

—¿Recordáis el exorcismo de ayer con Andrés?

—Claro —respondió Aitor.

—El demonio dijo que se llamaba Barkai.

—Lo recuerdo —comentó Lucas.

—Pues según la enciclopedia demoníaca... —continuó Marc.

—Espera, espera... —lo interrumpió Aitor—, ¿una enciclopedia de demonios?

—Eh, ya te he dicho que por internet puedes encontrar de todo... excepto dónde están ubicadas las puertas del infierno —bromeó—. Pues... —continuó con la explicación—, según esa enciclopedia ese demonio, Barkai, existe.

Victor continuó con la explicación.

—Según lo que hemos encontrado se trata de un demonio de jerarquía menor que conoce los secretos de los astros y fue el maestro de los astrólogos.

Aitor se quedó pensativo.

—Eso de las jerarquías de los demonios... —Miró al sacerdote—. Supongo que tendrá que ver con la importancia de esos demonios y su fuerza, ¿no?

Santiago hizo un gesto no muy seguro.

—No del todo. —Se apoyó contra la mesa y entrelazó sus manos—. Hay muchas clasificaciones. Entre las más conocidas está la del jesuita Peter Binsfeld, elaborada en 1589. El jesuita clasificaba los demonios atendiendo a los siete pecados capitales, de ahí surgen los Siete Príncipes del Infierno. Por ejemplo, Lucifer, que en hebreo significa *estrella de la mañana* o *el portador de luz* es la soberbia. Mammón, que significa en arameo *riqueza* sería el pecado de la avaricia, Asmodeo la lujuria y así hasta completar los siete pecados capitales, estableciendo así los Siete Príncipes del Infierno. —Suspiró y miró a Aitor y a los miembros de la división que se encontraban allí—. Posteriormente, en el siglo dieciséis, se elaboró otra clasificación demoníaca por meses del año. Por ejemplo, Beliel era el demonio del mes de enero, Leviatán de febrero, Satanás de marzo... y así sucesivamente. Decían que cada demonio tenía más fuerza para cumplir su misión durante un mes especial al año. —Luego enfatizó con una mano y les mostró un dedo—. Aunque la más conocida es la clasificación que hizo el inquisidor francés Sebastien Michaelis basada en la jerarquía y que, aseguraba, la había recibido de un demonio llamado Balberith cuando exorcizaba a una monja. —Anael resopló—. Los clasificó en tres jerarquías, obviamente la primera jerarquía eran los ángeles caídos, la segunda virtudes o dominaciones y la tercera arcángeles.

—¿Cómo sabe todo eso? —preguntó Miguel impresionado.

—Soy exorcista —le recordó Santiago.

Anael decidió intervenir y miró al sacerdote.

—Y no podemos olvidar la clasificación que aparece en el grimorio *La llave Menor de*

Salomón, en la parte conocida como *Ars Goetia*, en la que ilustra a los setenta y dos demonios más importantes del infierno con sus sellos incluidos. —Miró a los integrantes de la división allí presentes—. Los clasifica según reyes, príncipes, duques, marqueses y presidentes en función del poder, la fuerza y el número de legiones que gobiernan.

Víctor intervino en la conversación a través del manos libres.

—¿Has dicho sellos? ¿Qué es eso?

Anael miró hacia el teléfono.

—Como he dicho, cada rey, príncipe, marqués, duque o presidente tenía un determinado número de legiones de demonios. A cada uno de estos setenta y dos principales se le atribuye un emblema, como si fuese el escudo de la familia —bromeó ella, aunque luego se puso seria y los miró uno por uno—. Para invocar a uno de estos demonios hace falta el sello y su invocación pertinente.

Miguel la miró asombrado.

—¿Eso... eso se puede hacer? —preguntó sorprendido.

Anael asintió.

—Muchas de las posesiones en las que hemos tenido que intervenir sucedieron porque la persona había hecho alguna invocación y no había sabido protegerse —explicó ella.

—Entonces... —continuó Miguel—, ¿por qué no invocar a uno de estos demonios y preguntarle a qué viene todo esto?

—¿Estás loco? —exageró Santiago—. ¿Acaso no has visto lo que hacen esos demonios? Y no dejan de ser de baja jerarquía, ¿qué crees que ocurriría si invocases a uno de los setenta y dos principales?

—Se armaría un buen follón, eso seguro —comentó Miguel con una leve sonrisa.

—Si es que funciona... —comentó Víctor a través del teléfono.

—No —sentenció Santiago—. Os ofrecí acompañarme siempre que respetaseis mi trabajo y lo que yo ordenase.

Aitor asintió de inmediato.

—Claro, por supuesto —contestó este para cortar la conversación—. De hecho, dudo que supiésemos invocar algún demonio de esos —bromeó—, y créame, aunque así fuese tampoco lo haríamos. —Miró a Miguel—. No es muy buena idea. —Aunque cuando el sacerdote se giró Aitor le guiñó un ojo a su compañero con complicidad. Estaba claro que todos habían pensado lo mismo.

Miguel miró al sacerdote y colocó las manos por delante de él al captar su mirada.

—Solo era una proposición, padre —comentó con inocencia.

Anael se dio cuenta del gesto de Aitor hacia Miguel y sonrió levemente.

—Los sellos también sirven para capturarlos —explicó sin pudor.

Aquello llamó la atención de él.

—¿Capturarlos? ¿A los demonios?

Ella asintió dándole rápidamente aquella información, pues en ese momento Santiago la miraba de reojo con un claro gesto en su rostro que revelaba que no estaba de acuerdo con la información que les estaba dando.

—Los exorcismos que solemos realizar son de demonios de jerarquía inferior, normalmente pertenecen a una de las legiones de los setenta y dos principales. Si lográsemos saber a qué sello pertenecen podríamos atraparlos y evitar que volviesen al infierno —Miró a Santiago—. El exorcismo y la expulsión se debería realizar dentro del sello.

—Atraparlos —repitió aquella palabra asombrado.

Ella asintió.

—¿Lo... lo habéis intentado alguna vez? —preguntó Marc a través del teléfono.

—Nunca —respondieron al unísono.

—Lo más importante es liberar el cuerpo y el alma del poseído —indicó Santiago—. Es lo que debemos hacer. —Miró a Aitor—. Podemos seguir interrogándolos sin necesidad de atraparlos.

—Aunque... —comentó Aitor—, va bien saber lo de los sellos. Es una forma de protegernos también nosotros y evitar que los demonios nos lastimen al realizar un exorcismo. —Miró a Anael—. Si dibujamos un sello en el suelo, durante el exorcismo, la persona poseída no podrá salir del sello, ¿verdad?

—Así es —le dio la razón—. Hasta que alguien rompa el sello no podrá salir.

Aitor se cruzó de brazos y se sentó sobre la mesa.

—Pues no es mala idea —Y miró a Santiago—. Como medida de seguridad para usted y para nosotros mientras realizamos el exorcismo. Cuando sea el momento de la expulsión podría romperse el sello y el demonio se iría directo al infierno —explicó Aitor y miró a Anael—. ¿He entendido bien?

Ella asintió con una sonrisa mientras Santiago se removía nervioso, como si aquella idea no le convenciese.

—Padre... —comentó Víctor—, ¿cuántos exorcismos está realizando actualmente? Quizá nos iría bien hacer una lista de los poseídos e intentar averiguar a qué sello pertenecen los demonios.

—No suelen dar el nombre... —recordó Santiago—, y menos aún decir de quién son súbditos.

—Ya, pero... —comentó Aitor—. ¿Barkai sabemos a qué sello pertenece? —preguntó y miró a Santiago y a Anael—. Iría bien saber si las posesiones que se están dando pertenecen todas al mismo sello o a diferentes.

—No había pensado en ello —pronunció Santiago. Los miró y asintió—. Haré una lista de los poseídos.

Aitor miró a Anael, pues parecía que la muchacha entendía bastante del tema.

—¿Cómo podemos saber a qué legión pertenecen los demonios?

Anael lo miró disgustada.

—Eso es casi imposible, hay miles de súbditos. Además, no hay un grimorio con cada uno de los demonios que existen, solo de los principales. Deberían decirlo ellos o bien... —comentó pensativa—, mostrarles los setenta y dos sellos, seguro que al suyo reaccionan.

—¿Podrías conseguirlos? —le preguntó Aitor.

Ella asintió.

—Sí, solo hay que imprimir el grimorio de sellos de Salomón. Está en internet —comentó ella encogiéndose de hombros.

—Nosotros nos encargamos —indicó Víctor a través del manos libres—. Ahora mismo me pongo con ello.

—De acuerdo —comentó Aitor y miró su reloj de muñeca, marcaba casi las siete de la tarde.

—Yo haré la lista de los poseídos actualmente —indicó Santiago.

—Está claro que alguien la está liando a base de bien en el infierno... veremos quién es el ganador —bromeó Marc.

Aitor resopló ante el comentario de su compañero.

—No vamos a apostar con esto —comentó, lo que provocó que su compañero Marc chasquease la lengua. Su jefe ya los conocía lo suficientemente bien como para saber lo que rondaba por sus cabezas.

—Y luego... —comentó Víctor—, cuando sepamos quiénes son los ganadores podemos

invocar con el sello a su jefe, ¿verdad? —Todos miraron intrigados el móvil—. A ver si tiene cojones a decirnos a la cara que se van a abrir las puertas del infierno... jo, jo, jo —comentó brabucón.

El sacerdote puso los ojos en blanco y suspiró mientras se levantaba. Ya comenzaba a captar las bromas de aquellos cazadores.

—Llamaré a Rut para indicarle cómo se encuentra su marido. —Suspiró y miró a todos—. Mañana realizaremos otro exorcismo a Jaime después de rezar el Ángelus y, por la tarde, haremos visitas a más poseídos. Probaremos con los sellos mañana —comentó hacia el teléfono. Aitor observó cómo Santiago se levantaba—. Iré a ver cómo se encuentra.

—Le acompaño —comentó Lucas caminando hacia el pasillo junto al sacerdote.

Aitor suspiró y se puso en pie.

—De acuerdo. —Aitor se puso también en pie y cogió la toalla—. Preparadlos y traedlos mañana a las siete de la mañana.

—De acuerdo, jefe —replicó la voz de Marc antes de colgar.

Aitor fue hacia la cocina a través de la cual se accedía a un pequeño lavadero. El padre Santiago había sido muy amable alojándolos, de aquella forma podían actuar en cualquier momento.

Llegó hasta el lavadero, muy pequeño, donde tan solo había una lavadora, una secadora y un cubo donde depositaban la ropa sucia.

Extrajo el móvil y lo miró. Se sorprendió cuando observó un mensaje de Nerea.

No pudo evitar sonreír cuando lo abrió. Le iría bien descansar y relajarse durante un rato cenando con ella, después de todo aquello necesitaba despejar la mente.

Su sonrisa se esfumó al leerlo.

Nerea: Hola Aitor.

Nerea: Lo siento, se me ha complicado mucho el día y estoy muy cansada.

Nerea: ¿Podemos dejar la cena para otro día?

Parpadeó varias veces, sorprendido por el mensaje.

Aitor: Claro, ¿estás bien?

Nerea, sentada en la mesa de su despacho del almacén, observó el móvil vibrar. Cuando leyó el mensaje de Aitor apretó los labios. No estaba cansada, pero tras lo que le había explicado Rut necesitaba ordenar las ideas y, para qué negarlo, le había asustado un poco el relato de Rut. No había dejado de darle vueltas durante toda la tarde, de manera que no podía concentrarse en el trabajo.

Cogió el móvil y lo leyó. Aitor parecía buena persona, pero le escondía algo.

Nerea: Solo cansada.

Aitor observó y suspiró.

Aitor: Lo podemos dejar para mañana.

Nerea tragó saliva y se pasó la mano por los ojos, frotándoselos.

Nerea: Ya te avisaré.

Nerea: No sé cómo tendré el día.

Aitor: De acuerdo.

Aitor: Descansa.

Nerea. Gracias. Igualmente.

Aitor resopló y guardó el teléfono en su bolsillo. En unos segundos sus ilusiones se habían esfumado. Había pensado en salir solo un par de horas. Ir a cenar con ella y volver. Aquello le permitiría distraerse, algo que necesitaba.

Se giró y escuchó a sus compañeros hablar desde el comedor.

Arrojó la toalla en el cubo de la ropa sucia y volvió con ellos. El padre Santiago y Lucas ya se encontraban allí.

—Sí, está dormido —informó el sacerdote.

Aitor se situó al lado de ellos y miró a sus tres compañeros.

—¿Quién de vosotros quiere ir a descansar a casa? —preguntó hacia los tres. Ninguno de ellos alzó la mano ni dijo nada. Estaba claro que querían quedarse allí. Aitor resopló—. Venga, vamos, alguno debe ir a descansar para poder hacer los dos grupos. —Todos seguían sin decir nada—. Está bien... pito, pito, gorgorito, dónde vas tú tan bonito...

—Venga ya, jefe... podemos quedarnos los cuatro. Hay camas de sobra —comentó Miguel.

—A la era verdadera, pim, pon, fuera...

Daniel y Lucas resoplaron.

—Tralará, tralará... tralará... —intervino Daniel intentando despistar a su jefe.

Aitor enarcó una ceja ante lo que hacía su compañero.

—Tú te vas y tú te quedas —Señaló a Lucas.

Lucas lo miró sin comprender.

—¿Me quedo?

—No, te vas —indicó Aitor.

Lucas resopló.

—Prefiero quedarme.

—Te quedarás mañana con Marc y Víctor. Hay que estar descansados.

—Estoy descansado —enfaticó Lucas.

Aitor chasqueó la lengua y negó.

—A casa...

—¿Tú no te cuentas? —preguntó molesto.

—Yo tuve fiesta ayer, así que no es justo que vuelva a tenerla hoy.

Lucas resopló y acabó asintiendo, pues no parecía que sirviese de nada protestar.

—Está bien —comentó a malas mientras iba hacia el sofá donde reposaban las chaquetas que habían traído.

—Y, una cosa... —indicó Aitor—, trae los uniformes mañana.

Aquello sorprendió a todos que esbozaron una leve sonrisa.

—Está bien —aceptó Lucas mientras se dirigía a la puerta—. Nos vemos mañana —se despidió de Santiago y Anael.

Pocos segundos después la puerta de la vivienda de Santiago dio un portazo.

—Bien... —dijo apoyándose en la mesa—, esta noche nos encargamos nosotros de la cena. —Miró a Daniel y a Miguel—. ¿Queréis ir a comprar o preferís quedaros?

—Ya vamos a comprar —comentó Daniel.

—No hace falta —comentó Santiago—. Tengo comida de sobra.

—Insisto padre —intervino Aitor—. Nos deja quedarnos, usar el baño y ya hemos abusado

bastante de su confianza. —Miró a sus dos compañeros—. Comprad para varios días.

Ambos asintieron antes de coger sus chaquetas y dirigirse a la puerta. Cuando Miguel pasó por su lado lo miró extrañado.

—Deduzco que hoy no quedas con la chica de las flores, ¿verdad?

Aitor lo miró fastidiado.

—Mira que eres pesadito.

—Es solo por saber.

Aitor suspiró.

—No, hoy no quedo —pronunció con la voz más calmada, aunque le dio un matiz de tristeza.

Aquello no pasó desapercibido para Anael que se acercó con una sonrisa tímida. Cuando Aitor se giró la monja estaba a su lado observándolo con una sonrisa.

—¿La chica de las flores? —preguntó graciosa.

—Hummm... bueno...

—¿Tienes pareja? —preguntó sorprendida.

—No, no... —respondió Aitor con una sonrisa—, solo... es una chica con la que he quedado un par de veces.

—Ahhh —respondió Anael con simpatía.

Aitor la miró de una forma tierna y se acercó en plan gracioso para susurrarle.

—Me gusta bastante, pero mis compañeros no dejan de picarme, por eso intento no hablar mucho de ella y mantenerlo lo más en secreto posible hasta que sepa realmente si hay algo entre nosotros.

Aquel comentario hizo gracia a Anael.

—Pues nada, tranquilo... —comentó colocando una mano en su pecho, dando unas palmaditas—, te guardaré el secreto de que estás locamente enamorado de ella.

Aitor se giró hacia Anael que se dirigía al pasillo y chasqueó la lengua.

—No, yo no...

—A mí no puedes engañarme —comentó ella divertida mientras se alejaba por el pasillo hacia la cocina para poner la mesa.

Aitor suspiró y cerró los ojos unos segundos. Sí, quizá sí estaba locamente enamorado de ella como decía Anael y, por esa razón, sentía aquel vacío en su pecho en ese momento.

Sacó el móvil y vio que tenía un nuevo mensaje de Nerea.

Nerea: Buenas noches.

Era de hacía diez minutos. Guardó su móvil y se dirigió a la cocina para ayudar también. No iba a rendirse con ella. Al día siguiente tendría una nueva posibilidad y no iba a desperdiciarla.

Víctor pasó otra hoja del montón que habían imprimido y se la mostró a Marc.

—Este es el sello del Marqués Decarabia... —Colocó otra hoja impresa encima—. El del príncipe Seere...

Marc continuó.

—Duque Dantalion y, el último, Conde Andromalius. Con este, hacen setenta y dos.

Habían imprimido cada sello ocupando toda la hoja y en la parte baja habían puesto a quién representaba. Todos eran circulares y, ya dentro de este círculo, tenían formas diferentes, letras, dibujos similares a animales, estrellas, etc., de manera que cada uno era diferente al resto.

—Entonces... —pronunció Daniel mirando con atención los últimos sellos—, hay que enseñarle los setenta y dos sellos a Jaime y ¿se supone que reaccionará ante uno de ellos?

—Es lo más lógico —comentó Anael que se encontraba al lado del facultativo médico que había llegado hacía escasos minutos y los miraba sin comprender nada de que lo decían—. Supongo que su frecuencia cardíaca aumentará por la emoción... —bromeó la monja haciendo que todos la mirasen confundidos. ¿Ahora la monja bromeaba?

Raúl miraba los dibujos y luego a cada uno de los miembros de la división.

—Oye, ¿para qué sirve eso? —Señaló hacia los documentos.

Aitor intentó explicárselo de forma que lo comprendiese.

—Por lo que sabemos hay setenta y dos familias en el infierno. Intentamos averiguar a qué familia pertenece el demonio que lleva dentro Jaime.

Raúl enarcó una ceja y los miró uno a uno. Extendió los brazos hacia ellos desesperado.

—¿Y para qué queréis saber eso? ¿Qué más da?

Miguel se acercó con una sonrisa.

—Podremos saber qué familias son las que dicen que las puertas del infierno van a abrirse —continuó.

Raúl seguía sin comprender.

—¿Y qué más da? —insistió sin encontrar una explicación lógica—. Quiero decir... ¿de qué va a servir saber eso?

Aquella pregunta hizo que todos se mirasen de reojo. En cierto modo el facultativo médico tenía razón. Aitor fue hacia él con una sonrisa de complicidad.

—Si averiguamos cuál de esas familias está enviando a sus legiones a poseer a las personas invocaremos a su rey y le preguntaremos a qué viene todo ese rollo de querer abrir las puertas del infierno —Y rio como si nada.

—¿Estáis locos? —espetó Raúl.

Todos se encogieron de hombros, aunque estaba claro que Santiago pensaba igual que el facultativo médico.

—Bueno, ya veremos... —cortó el sacerdote la conversación—, primero hay que saber si esto funciona —Señaló los dibujos impresos.

—Funcionará —sentenció Anael.

Aitor miró a la monja y asintió. Al menos parecía que ella los apoyaba, lo cual era una buena baza, pues parecía que Santiago siempre tenía en cuenta lo que ella decía.

—Bien, ¿cómo procedemos? —preguntó desviando su mirada hacia Santiago.

Santiago se pasó la mano por la cara agobiado por lo que iban a hacer y, finalmente, suspiró y dio un paso al frente.

—Podemos intentar sonsacarle información mientras le vamos mostrando los sellos y una vez reaccione de alguna manera...

—Pero ¿cómo va a reaccionar? —preguntó Raúl nervioso.

—No tenemos ni idea —dijo Aitor sinceramente.

Miguel se situó al lado del facultativo y dio un golpe en su espalda.

—Así es más divertido, hombre —bromeó, lo que hizo que Raúl enarcase una ceja hacia él—. A lo mejor se pone a cantar o a bailar... vete tú a saber.

—O a lo mejor adquiere más fuerza —le contestó Raúl.

—Lo dudo —intervino Anael—, con esos sellos se pueden encerrar, así que dudo mucho que manifieste alegría.

Aquello desesperó más a Raúl.

—Pues peor me lo pones. Lo mismo se cabrea y destruye toda la vivienda —gritó de los nervios.

—Mmmm... quizá no sea tan buena idea —intervino Santiago.

—No pasará nada de eso —intentó calmarlo Aitor—, no tiene tanta fuerza como para hacer algo así, ¿verdad? —preguntó un poco consternado mirando a Anael, la cual se encogió de hombros—. Lo ataremos —Miró a Daniel—, ¿puedes traer unas cuerdas del todoterreno? —Daniel asintió y salió disparado de la vivienda. Aitor miró con seriedad al sacerdote—. Como medida de precaución.

—No me vale de mucho —pronunció inseguro—. Como me destroce la casa me mudo con vosotros —pronunció a modo de amenaza.

—Sería bien recibido —contestó Aitor con una leve sonrisa, lo que hizo que Santiago resoplase.

En cuanto Daniel apareció con la cuerda se la mostró a Aitor.

—Esto no es buena idea, no, no lo es... —pronunciaba Santiago en susurros.

Aitor se cruzó de brazos.

—¿Quién se ofrece a enseñarle los sellos? —preguntó ignorando al sacerdote que repetía aquella frase como si se tratase de un mantra.

—Yo mismo —comentó Miguel cogiendo los documentos.

—Está bien —respondió Aitor y se giró hacia el pasillo que los conducía a la habitación donde aún estaba encerrado Jaime—. Vamos allá. ¿Padre? —le preguntó al ver que se quedaba en el comedor.

El sacerdote reaccionó como si despertase de un sueño y fue hacia ellos. Se adelantó a todos y se situó frente a la puerta. Durante unos segundos escuchó.

—Hay silencio —susurró.

Aitor asintió y le instó a que abriese la puerta.

—Abra.

Santiago suspiró e introdujo la llave dando dos vueltas. En cuanto retiró la llave Aitor se colocó ante él para abrir la puerta. Tomó el pomo y lo giró levemente. Abrió con cuidado, despacio, aunque la puerta de madera crujía y las bisagras rechinaban. Miró en su interior. Jaime permanecía sentado en la cama, de espaldas a ellos. Aitor se apartó para que los demás observasen y entró con cuidado en la estancia seguido por todos.

Jaime ni siquiera se giró para observarlos. En cuanto todos estuvieron en el interior Santiago cerró la puerta y volvió a colocar el rosario en el pomo. Raúl y Anael se situaron al final de la

estancia mientras el resto tomaban posiciones.

—Daniel —susurró Aitor rodeando la cama para observar a Jaime que seguía sin moverse. Daniel fue hacia él con las cuerdas preparadas.

Ambos se colocaron frente a él. Jaime se mantenía con los ojos abiertos, sin pestañear.

Los dos se miraron de reojo.

—Jaime —susurró Aitor llamando su atención.

Esta vez Jaime sí reaccionó. Giró su cuello hacia ellos y los miró desorientado.

—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó.

El sacerdote se acercó rápidamente a ellos.

—Tiene un momento de lucidez —explicó—. Jaime, escucha, ¿sabes lo que te ocurre?

Jaime tragó saliva y tembló. Dudó un poco y finalmente asintió.

—Ayúdeme... —sollozó—, sáquelo de dentro de mí —imploró.

Santiago asintió acelerado y señaló sus brazos.

—Escucha —dijo mientras Aitor y Daniel cogían a Jaime cada uno de un brazo y lo anudaban a la cama—, vamos a realizarte un exorcismo.

Jaime se puso nervioso al ver que lo ataban.

—¿Por qué? ¿Por qué me atan? —gimió.

—Es para nuestra seguridad y la tuya propia, no queremos que te lastimes —explicó Daniel.

Jaime apretó los labios y finalmente cedió dejándolo que lo atasen. Miró al sacerdote con miedo. Había mucha gente en la habitación, una habitación rodeada de cruces de madera. Tragó saliva y lo miró con temor.

—Ayúdeme... —suplicó sollozando—, por favor, ayúdeme.

Aquellas palabras conmovieron a todos. Daniel y Aitor acabaron de anudar las muñecas de Jaime y se separaron. Anael le entregó una Biblia a cada uno.

Santiago se situó frente a la cama e instó a Miguel a que se situase al lado de él.

—Cuando el ente se manifieste enséñale los sellos uno a uno... —Miguel asintió—, pero asegúrate de que los vea bien.

—Está bien —dijo acercando una pequeña mesa y colocando los documentos en ella, de esa forma iría levantándolos y poniéndolos a un lado si Jaime no reaccionaba.

Santiago los miró a todos y luego observó a Jaime. Su respiración era rápida, aunque intentaba mantener la compostura y armarse de valor.

—Raúl, contrólalo —le pidió al facultativo médico que se acercó de inmediato y situó su fonendoscopio en el pecho de Jaime. Miró a Santiago y asintió para que procediese. El sacerdote cogió la cruz que llevaba colgada del cuello y la besó. Suspiró y miró al frente—. Jesucristo nuestro señor, ten piedad de nosotros... —Cogió agua bendita y la arrojó a Jaime. Este al principio cerró los ojos, pero, en cuanto varias de esas gotas rozaron su piel, tiró su cuello hacia atrás y puso los ojos en blanco. Su respiración se volvió mucho más acelerada—. Ha empezado —comentó y miró a Miguel que se preparó con el primer sello impreso.

—Dios mío... —comentó Santiago mirando la Biblia que permanecía abierta entre sus manos —, envíale ayuda desde un lugar sagrado y concédele la protección del cielo, que el Señor esté contigo y con tu espíritu. —En ese momento Jaime movió su cabeza hacia delante y abrió los ojos. Su mirada desprendió una ira incalculable. Santiago miró a Miguel para que comenzase a enseñarle el sello—. En el nombre de Jesús y de la Virgen María danos el poder para luchar contra el diablo. —Jaime lo miró desafiante y esbozó una sonrisa malvada mientras se estiraba hacia delante, forzando sus brazos, como si intentase acercarse al sacerdote que estaba a los pies de la cama—. ¡Abandónalo! En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

—¡Bastaaaaaaa! —gritó una profunda voz en el interior de Jaime y comenzó a luchar para soltarse de las cuerdas que lo ataban a los postes de la cama. Miguel miró de reojo al sacerdote mientras iba pasando documentos con los diferentes sellos—. ¡No! ¡Noooo!

—Señor, repele el poder del diablo... —Jaime comenzó a retorcerse como si aquellas palabras le produjesen asco, amenazando con desencajarse los brazos por los hombros—. ¡Abandona a este humilde siervo del señor!

—¡Nuncaaaaaa! ¡Nuncaaaaa! —gritó la voz profunda desde el interior de Jaime.

—Libéralo del pecado, la envidia, los celos, la traición y la enfermedad...

—¡Él nos pertenece! —lo interrumpió Jaime. Gritó hacia el techo y las cruces comenzaron a temblar en las paredes—. ¡Echad al sacerdote! ¡No puedo soportarlo!

Santiago se colocó justo frente a la cama y arrojó más agua bendita hacia él.

—¡Dime tu nombre!

—¡Soy Satanás! ¡Basta!

—¡Tu nombre! —gritó Santiago—. ¡Sal ahora mismo de él!

—¡Nunca! —volvió a gritar Jaime.

En ese momento unas cruces de la pared se invirtieron, como si alguien les diese la vuelta.

—¿Satanás? —preguntó Miguel a su lado mientras pasaba más documentos—. ¿Ese es su nombre?

Santiago negó.

—No te dejes engañar. Satanás tiene muchos nombres —le susurró mientras Jaime se revolvía. Lo miró de nuevo—. ¡Tu nombre! ¡Dímelo!

—¡Nooo!

—¡Sal ahora mismo!

—¡Jamás! —reaccionó Jaime rápidamente

Santiago apretó los labios mientras se fijaba en cómo varias cruces rodaban sobre su propio eje invirtiéndose.

—¿Cuándo lo poseíste? —le preguntó—. Respóndeme

—¡Noooo!

Santiago volvió a arrojar agua bendita sobre él.

—¿Cuántos sois?

Jaime gruñó y de un salto se colocó de rodillas sobre la cama, estirando su tronco hacia delante. Lo único que lo mantenía retenido eran las cuerdas, pero con la fuerza que comenzaba a demostrar no sabían cuánto tiempo más podría continuar atado.

—¡Soy legión! —gritó.

Miguel seguía pasando papeles.

—¿Legión de quién?

—¡Legióóóón! —gritó extendiendo su cuello hacia atrás, doblándose cual contorsionista.

Todos se quedaron estupefactos al ver la posición que había adoptado Jaime.

—¡Dios te destruirá! Abandona este cuerpo. ¡Ahora!

Como si tuviese un muelle se echó hacia delante con un ágil movimiento y gruñó hacia el sacerdote.

—¡Noooooo!

Aitor dio unos pasos hacia delante y miró a Santiago de reojo. El sacerdote asintió dándole permiso.

—Verás, un amigo tuyo... Barkai... —dijo atrayendo la mirada de Jaime—, tampoco quería irse —Jaime gruñó—. Lo enviamos de vuelta al infierno. —La respiración de Jaime se volvió

más acelerada mientras se cogía con fuerza a las cuerdas. Aitor se fijó en que Miguel cambiaba el sello—. Nos dijo que os estabais preparando para que se abriesen las puertas del infierno... — Los gruñidos de Jaime se hicieron más patentes y unas cruces cayeron al suelo—. ¿Por qué estás tú aquí?

—Enjadso dijodad —respondió.

Santiago miró de reojo a Aitor.

—Tú no tienes por qué saberlo —tradujo—. Habla hebreo antiguo.

Aitor resopló.

—Qué manía que tienen con hablar en otro idioma —Miró a Jaime—. ¿Quién es tu rey?

—Enjadso dijodad —repitió.

—¿Te ha ordenado él que vengas a poseer a una persona?, ¿o eres un cobarde y has huido? — Aquella última pregunta no le hizo gracia y rugió hacia él—. Mira, qué gracioso... ahora ruge — bromeó Aitor.

—Ani ataqusher elavy-kenn, bahatselakhah —pronunció con odio.

Santiago tragó saliva, nervioso.

—Ahora el cazado es el cazador —tradujo la frase Santiago.

Aitor miró sorprendido al sacerdote y dio un paso hacia delante.

—¿Qué significa eso? —preguntó.

Jaime no respondió. En ese momento se quedó estático, con la mirada al frente, como si se hubiese transformado en una estatua. Aitor lo miró fijamente, ni siquiera parpadeaba, solo mantenía la mirada clavada en un punto. Señaló a Raúl para que se acercase y le tomase las constantes. Colocó el estetoscopio en su pecho y miró su reloj de muñeca.

—Ciento diez pulsaciones y bajando —comentó asombrado.

Aitor lo miró fijamente. Era como si el tiempo se hubiese detenido para él. Elevó una mano y la pasó por delante de sus ojos. Luego se giró para observar hacia dónde miraba y se sorprendió cuando vio que no apartaba la mirada de uno de los sellos que Miguel le mostraba.

—El sello —susurró y miró a Miguel—. No aparta la mirada de él.

—Debe de ser ese —apuntó Anael desde el final de la habitación.

Miguel asintió y dejó el documento a un lado. En ese momento, y una vez que el sello desapareció de la vista de Jaime, este volvió a activarse y gritó hacia el techo tan fuerte que la cama tembló.

Santiago se colocó frente a él con la cruz en la mano.

—¡Dime tu nombre!

—¡Soy legióóóóón! —Tiró con fuerza del brazo y arrancó el barrote de madera de la cama.

Aitor, Daniel y Víctor reaccionaron de inmediato mientras Lucas apartaba al médico a una velocidad extraordinaria, pues todos sabían cuál sería su siguiente movimiento. Llevó su mano libre hasta la otra para desatarla, pero Aitor y Daniel llegaron a tiempo sujetándole el brazo.

—¡Soltadme! —ordenó Jaime.

Víctor le sujetó la otra mano.

—¡En el nombre de Jesús abandona este cuerpo!

—¡Noooooo! —gritó intentando deshacerse de ellos.

—¡Te ordeno que lo abandones!

Jaime miró al sacerdote, gruñó y se impulsó hacia delante provocando que los tres miembros de la división tuviesen que hacer fuerza para no salir despedidos.

—¡Jamááááááá! —gritó tan fuerte que estuvo a punto de destrozar los tímpanos de todos los allí presentes, quienes se obligaron a cerrar los ojos con fuerza mientras el grito rebotaba en todas

las paredes de la casa haciendo que estas temblasen.

Se giró hacia Víctor que sujetaba su mano atada y de un salto con las piernas lo lanzó contra la pared. Víctor aún no había chocado cuando de un fuerte tirón Jaime se deshizo de la cuerda que lo sujetaba liberando su otra mano.

Lanzó su puño hacia Daniel y Aitor, pero Miguel se materializó a su lado sujetándolo por el otro brazo. La reacción de Jaime los cogió a todos desprevenidos, pues no esperaban que adquiriese tanta fuerza.

Dobló los brazos hacia ellos atrayéndolos frente a su rostro con un gruñido y los impulsó con fuerza alejándolos hacia el otro extremo de la habitación. Se colocó de un salto a cuatro patas sobre la cama, gruñendo y gritando.

—¡Dime tu nombre! —ordenó el sacerdote mientras arrojaba agua bendita sobre él.

Aitor se incorporó en el suelo y observó al frente. Jaime parecía un animal a punto de saltar sobre su presa. La fuerza a la que se enfrentaban era superior a todo lo que habían conocido. Ni ellos podían detenerlo del todo.

Aitor vio estupefacto que Jaime elevaba su cabeza y la giraba en dirección a la monja.

—Tú —gritó aterrizado—. ¡Tú no deberías estar aquí! ¡Largo!

Anael lo miró fijamente y después prestó atención al sacerdote que se había girado para observarla durante un segundo, nervioso.

Jaime no esperó más. Se impulsó con sus piernas y de un salto se lanzó en dirección a Anael. Antes de que llegase a donde ella se encontraba Marc se adelantó cogiendo a Anael y llevándola al otro extremo de la habitación para protegerla.

En cuanto Jaime tocó el suelo y se giró hacia ella, Daniel, Miguel y Aitor lo interceptaron de inmediato mientras Víctor y Lucas se encargaban de proteger al sacerdote y al doctor.

Santiago se adelantó sin intimidarse ante la actitud de Jaime y arrojó más agua bendita en su dirección. Este comenzó a removerse en el suelo como si le quemase y Santiago aprovechó para colocar la cruz de madera en su frente.

—¡Sal de él, bestia inmunda!

—¡Noooooooo! —gritó Jaime.

—¡Tu nombre!

—Soy Satanás.

—¡Te exijo que me digas tu verdadero nombre! —dijo apretando más la cruz en su frente mientras Miguel, Daniel y Aitor se esforzaban por intentar controlarlo, empujándolo contra el suelo para que no se levantara—. ¡Dímelo! —gritó.

Jaime se calló y miró al sacerdote con la respiración acelerada, rugiendo.

—¡Soy Empusa! —gritó con todas sus fuerzas mirando al sacerdote con odio.

Jaime respiró con profundidad recuperando el aliento y, de repente, puso los ojos en blanco y cayó sin sentido en el suelo.

Todos se mantuvieron en silencio, observándolo. Santiago tragó saliva y se giró para seguir con la mirada a Raúl que se dirigió hacia Jaime y se agachó para controlar sus constantes.

Aitor resopló sin soltarlo y se giró para mirar a Marc que aún mantenía a Anael en una esquina de la habitación, protegiéndola de todo mal.

—Sus constantes se normalizan —explicó Raúl.

Soltaron a Jaime y Aitor se dejó caer. Aquello superaba con creces lo que había vivido hasta entonces.

—Sigue aquí, ¿verdad? —preguntó Aitor volviendo su atención hacia Santiago.

—Sí —respondió este mientras se ponía en pie—. Pero al menos ya sabemos su nombre y el

sello al que pertenece.

Miguel asintió también sentado sobre el suelo y miró de nuevo a Jaime.

—Es impresionante —susurró aún incrédulo.

Santiago se giró hacia Anael y la observó, la muchacha tenía una mirada firme.

—¿Estás bien?

Ella asintió sin mediar palabra.

Aitor se levantó del suelo.

—¿Lo colocamos en la cama?

—Será lo mejor —respondió Santiago.

Tras colocarlo en la cama y una vez que Raúl se aseguró de nuevo de que las constantes de Jaime se normalizaban salieron de la habitación colocando el rosario colgado del pomo. Santiago echó la llave y se dirigió al comedor. Aitor ya estaba organizando a sus chicos.

—Marc —ordenó mientras este sacaba el ordenador portátil de un maletín—, busca a ese demonio que se llama Empusa. Miguel... —dijo girándose—, ¿a quién pertenece el sello?

Santiago llegó hasta ellos y los observó con atención. Realmente eran muy eficientes en su trabajo y debía admitir que si no fuese por aquellos muchachos seguramente ahora estaría con alguna extremidad rota o malherida.

—El sello pertenece al Conde Glasya-Labolos —respondió.

—Búscalo también —le ordenó a Marc que ya tecleaba en su ordenador.

—¿Cómo funciona esto de los duques, marqueses, condes...? —preguntó Miguel observando el dibujo de los sellos.

Anael se acercó a él.

—El orden de importancia es: rey, príncipe, duque, marqués, conde o presidente —explicó.

Miguel la miró y le sonrió con confianza.

—Así que este tal Glasya-Labolos, el jefe de Empusa, es de los de más baja jerarquía —comentó intentando comprender.

—Eso es —le dio la razón Anael.

—Lo tengo —comentó Marc mirando la pantalla del ordenador. Todos se acercaron excepto Santiago que permanecía sentado escuchando—. Empusa es un demonio de mediodía que aparece sobre todo en el mes de agosto. Mira, le gusta el verano —bromeó, luego puso cara de desagrado al leer lo siguiente—. Rompe los huesos de todo aquel que se niegue a venerarle... qué majo —ironizó.

Aitor se cruzó de brazos y miró a Santiago que seguía sin decir nada.

—Antes de decir su nombre... —pronunció atrayendo la mirada del sacerdote—, ha dicho que era legión, ¿qué significa?, ¿es un tipo de demonio?

Santiago se apoyó contra la mesa y contestó.

—No es nada importante. Legión es el nombre de una multitud de demonios que se mencionan en la Biblia, sobre todo en el Nuevo Testamento. —Se encogió de hombros—. Supongo que todos los súbditos son legión.

Marc levantó la mano para que le prestasen atención.

—El conde o presidente Glasya-Labolos gobierna sobre treinta y seis legiones de demonios. Incita a homicidios y derramamiento de sangre, produce invisibilidad, tiene conocimientos del pasado y del futuro. —Chasqueó la lengua—. Es profundamente inteligente y extraordinariamente dotado, puede comandar un gran poder en caso de que opte por hacerlo. Se cree que tiene un poco de mal humor y un considerable lado oscuro cuando está alterado. Al ser cuestionado, este poderoso demonio no dudará en matar a sus enemigos o los enemigos de sus amigos. Cuando es

tentado, ejerce su gran poder a través de la pura fuerza de la violencia y la muerte, teniendo poca misericordia para aquellos que se oponen a él.

—¿De dónde estás sacando eso? —preguntó Miguel intrigado.

—Lo pone en esta web —Señaló la pantalla—. Mira, aquí viene lo mejor... En su forma humana aparece como un hombre joven, un adolescente con pelo rubio corto y ojos azules. —Miró a Miguel y chasqueó la lengua—. Es como tú.

Marc recibió una colleja.

—Menos bromas...

Marc resopló y siguió leyendo.

—Aquí explica cómo invocarlo —Señaló de nuevo la pantalla.

Santiago resopló y esta vez se puso en pie.

—Será mejor que no. De momento vamos a centrarnos en expulsar a este demonio del cuerpo de Jaime. —Los miró a todos—. Ya habéis visto lo fuerte que es, y solo se trata de un súbdito, imaginad ahora enfrentarse a un conde, un duque o un príncipe... sería imposible.

—Tenemos los sellos para encerrarlos —recordó Miguel.

Santiago enarcó una ceja hacia él y Aitor decidió intervenir.

—Santiago tiene razón... —admitió—, a duras penas podemos con un demonio que tan solo es un súbdito, así que fijo que no podríamos contra uno de mayor jerarquía o contra ese tal Glasya-Labolas. Necesitamos más práctica —comentó y miró a Santiago—. ¿Has realizado la lista de todos los poseídos que hay ahora mismo en estas tierras?

Santiago asintió y fue hacia la estantería del comedor. Abrió un cajón y extrajo una pequeña carpeta donde había guardado un listado.

—Aquí está —dijo pasándole la hoja.

Aitor parpadeó varias veces al observar todos los nombres.

—¿En serio? ¿Cuántos hay?

Anael intervino.

—Actualmente, solo en la provincia de Lugo, contamos con treinta y cinco.

—Piensa que llevamos meses exorcizando. Los que hemos liberado no están incluidos, solo los que están poseídos ahora mismo —explicó Santiago.

Aitor resopló y miró a sus compañeros que esperaban a que diese alguna orden.

—Está bien... mmm... —Miró a Santiago—, ¿son tan fuertes como el de Jaime?

Santiago negó.

—La mayoría tienen una fuerza similar a la del que poseyó a Andrés, aunque sí que es verdad que cada vez las posesiones son más fuertes y los demonios son de más relevancia.

Aitor suspiró y depositó la lista sobre la mesa, contempló a Santiago y le indicó con la mano.

—Está bien, ¿por cuál comenzamos?

Nerea cerró la puerta de su piso y fue hacia el comedor.

—Sí, la dirección es correcta —comentó.

Había acabado de trabajar a las nueve de la noche y acababa de llegar a casa. Aquella última semana había sido una locura, entre reponer, ordenar, planificar nuevos diseños de jardines para la semana siguiente..., no había parado ni un segundo, y si a eso le sumaba los nervios por lo sucedido con Rut y Aitor debía admitir que le había costado conciliar el sueño.

Desde que Rut se había incorporado de nuevo al puesto de trabajo no había querido preguntarle nada, solo un simple “¿cómo estás?”. Ella se limitaba a encogerse de hombros y a asentir. No quería insistirle a cada momento, comprendía que aquello era muy duro para ella y si durante las horas que estuviese allí podía olvidar un poco el tema mejor que mejor.

Ahora bien, ella no podía olvidarlo, sobre todo por Aitor. La última vez que había hablado con él le había dicho que le llamaría, y de eso hacía ya tres días, pero tras lo que Rut le había narrado... el solo hecho de marcar su teléfono la ponía de los nervios.

Debía meditar bien las cosas, dejar que el tiempo pasase y todo volvería a su lugar.

—De acuerdo —contestó Paula—, entonces voy el sábado a mediodía, ¿no?

—Sí —respondió Nerea—, puedes venir sobre la una y comer aquí, no hay problema.

—De acuerdo, perfecto —contestó risueña.

Su hermana se había encargado de llamar a la canguro para que ella pudiese estar más libre en su trabajo.

—De acuerdo, nos vemos pasado mañana —dijo Nerea.

—Allí estaré.

Al día siguiente por la tarde su hermana le dejaría a Xabier. Había pensado en pedir unas pizzas y ver alguna película infantil con él hasta que se durmiese. El sábado lo llevaría con ella al trabajo. Xabier siempre se entretenía allí, paseando entre las flores o intentando ayudarla. A mediodía iría a casa y comería con él y Paula en su casa y luego se marcharía al trabajo y dejaría a Xabier con la canguro hasta las diez de la noche. Tendría un fin de semana entretenido. Era lo que necesitaba para no darle vueltas a lo ocurrido.

Fue a su habitación y se puso ropa cómoda de estar por casa. Cenaría algo rápido, vería la televisión un poco y se iría a dormir.

La nevera estaba prácticamente vacía, necesitaba ir a comprar. Aquel fin de semana no tendría casi tiempo. No entendía cómo su hermana podía organizarse tan bien con el niño.

Miró los estantes de la nevera y suspiró. Intentaría ir al día siguiente a mediodía a comprar. Sacó un huevo y unas lonchas de queso y lo dejó todo sobre el mármol. Iba a agacharse para buscar la sartén donde hacerse la tortilla francesa cuando el sonido de su timbre la hizo ponerse erguida.

¿El timbre de su piso? Miró el reloj de su muñeca asombrada. Marcaba las diez menos diez. Dejó la sartén sobre el mármol y fue hacia la puerta. Además, no había sonado el interfono del portal, solo el timbre de la puerta de su piso.

Se acercó a la puerta y miró por la mirilla. Se quedó totalmente consternada y, durante unos segundos, no pudo reaccionar. ¿Aitor?

Aitor resopló mientras tachaba otro de los nombres de la lista del padre Santiago.

En los últimos tres días habían visitado a la mayoría de los poseídos de la lista, el último hacía escasas horas.

De los treinta y cinco que en esos momentos se encontraban poseídos diecinueve eran hombres y dieciséis mujeres. Tal y como había narrado el padre Santiago, las últimas cinco posesiones estaban siendo mucho más fuertes que las anteriores, sin duda, de demonios de más alta jerarquía o con más fuerza. Debían intentar cortar por lo sano, pues si las posesiones iban en aumento no quería ni imaginar lo fuertes que podían llegar a ser los próximos poseídos.

Cierto que el demonio más fuerte al que se habían enfrentado hasta el momento era Empusa, el demonio que había poseído a Jaime, así que si seguía habiendo más posesiones y estas eran cada vez más fuertes no quería ni pensar lo que podía pasar.

El resto de las posesiones que habían visitado eran mucho menos problemáticas, de hecho, habían logrado expulsar a cinco de los treinta que habían visitado y, por lo que Santiago decía, con el siguiente exorcismo podrían expulsar a muchos más.

Lo bueno era que la mayoría de los demonios habían reaccionado ante los sellos demoníacos, lo malo, que no había ninguno que predominase. Hasta ese momento, los que habían reaccionado eran un demonio llamado Abducus, un demonio que desarraigaba árboles enormes y aplastaba a los hombres con ellos y que pertenecía al sello del duque Agares, servido por treinta y una legiones, duque que ayudaba a los fugitivos a escapar y enseñaba expresiones inmorales. Ese demonio había poseído a una mujer de cincuenta años llamada Mercedes. Por suerte, aquel era uno de los demonios que habían podido expulsar y devolver al infierno.

Xacinta, una mujer de sesenta y cinco años, llevaba dentro a un demonio llamado Cheitan, un demonio nacido del humo y que era súbdito del marqués Leraje. Este poseía treinta legiones de demonios y provocaba grandes batallas. Además, poseía el poder de envolver las heridas de flecha de cangrena.

Gresil era el nombre del demonio de la impureza y se había instalado en el cuerpo de un hombre llamado Anxo, de cuarenta y siete años. Su sello era el del príncipe Seere que dominaba veintiséis legiones y podía viajar a cualquier lugar de la tierra en cuestión de segundos para cumplir la voluntad del invocador. Traía abundancias y ayudaba en el robo y la búsqueda de tesoros. Gresil también había vuelto al infierno tras el exorcismo.

Neves era una chica de tan solo veinticuatro años y, para él, justamente el exorcismo más difícil que habían hecho. Ver a aquella muchacha tan joven había puesto a todos de los nervios. El demonio Drugia, conocido comúnmente como “la Peste”, provocaba toda clase de enfermedad, conocida o no. Pertenecía al sello del duque Bathin que organizaba treinta legiones y conocía las virtudes de las piedras preciosas y de las hierbas. Además, poseía poder para llevar a personas de un lugar a otro en proyección astral. Este demonio se había quedado en el cuerpo de Neves y al día siguiente volverían a intentar otro exorcismo con ella, pues tal y como había dicho el padre Santiago, Drugia, el demonio que habitaba dentro de Neves, se había debilitado mucho tras el último exorcismo.

Isabó era el nombre del demonio que llevaba un chico de treinta y dos años llamado Eloy, un demonio inferior dotado de alas largas y puños robustos, pero que habían podido enviar de nuevo al infierno. Pertenecía al sello del marqués Naberius que dominaba sobre diecinueve legiones y que, además, era indicado como el marqués más valiente del infierno. Hacía que los hombres fuesen sabios en las artes de la retórica, restauraba la dignidad y los honores perdidos.

El exorcismo al que habían ido posteriormente era el de Xoán, que, junto a Neves, eran los más jóvenes. Tenía solo veintitrés años y estaba poseído por un demonio llamado Lilu, también

conocido como Lilla, que era capaz de sorber la sangre de un humano. Pertenecía al sello del marqués de Phenex que dominaba veinte legiones y enseñaba ciencias maravillosas y poesía. Por suerte, este demonio sí que había abandonado el cuerpo del joven y vuelto al infierno.

Finalmente, el último exorcismo que habían realizado hacía escasas horas era el de Goio, un hombre de setenta y dos años poseído por un demonio llamado Tetal, cuyo poder residía en tomar posesión y deteriorar las manos y brazos de los seres humanos. Tras averiguar cuál era el demonio lo habían comprendido todo, por esa razón Goio tenía los brazos y piernas negros, pero al conseguir que abandonase su cuerpo el color de sus extremidades se había restaurado. Este demonio pertenecía al sello del conde Bifrons, un conde muy bromista que se divertía cambiando los cadáveres de su tumba original y que conocía las virtudes de gemas, piedras y madera.

Aquellos últimos días habían sido una locura. El trabajo no lo llevaba mal, al contrario, agradecía estar ocupado, el problema era que echaba de menos a Nerea, muchísimo, más de lo que hubiese podido imaginar. No entendía por qué no le escribía, era como si no quisiese saber nada más de él. No había querido insistir más para no ser pesado, aunque realmente aquella situación lo estaba enloqueciendo. Nerea era un bálsamo, la persona que le daba tranquilidad en aquel mundo de locos y, ahora, no podía tenerla.

Aitor se pasó la mano por el cabello despeinándose mientras revisaba los apuntes buscando alguna conexión entre ellos cuando notó una presencia detrás de él. Se había refugiado en la oficina de su casa mientras el resto de sus compañeros que se encontraban allí, Miguel y Daniel, pasaban el tiempo en el gimnasio.

—¿Averiguas algo? —preguntó Miguel cruzándose de brazos.

Aitor suspiró y se apoyó contra la silla.

—Nada. No existe correlación ni relación alguna entre ellos, solo que son demonios legionarios. Tampoco hay mucha información por internet y en el CNI dudo que conste nada que nos pueda ayudar.

—Y mejor no decirle a Paco lo que estamos haciendo —bromeó Miguel.

Aitor cerró los ojos y se pasó la mano masajeándolos, agotado.

—Mejor que no —acabó admitiendo. Llevaba demasiadas horas frente al ordenador y los documentos sin hallar nada—. ¡Joder! —gritó—. Ni una puta pista, nada.

Miguel enarcó una ceja al escuchar a su jefe y colocó una mano en su hombro dando unas palmaditas.

—¿Por qué no te relajas un poco? —preguntó.

Aitor negó.

—Necesitamos encontrar algo —pronunció mirando los documentos—. Se está descontrolando —acabó con un gruñido—. Las puertas del infierno se abrirán... —susurró recordando las palabras.

Miguel observó a su jefe desde atrás. Llevaba los últimos días sin parar, cuando no estaban realizando un exorcismo Aitor se escondía en el despacho sin dejar de revisar la información que tenía, de escuchar las grabaciones de los exorcismos...

—Creo que necesitas un descanso —susurró.

—No podemos descansar.

—Claro que podemos descansar —comentó sentándose sobre algunos de los documentos que tenía sobre la mesa.

—¡Miguel! —gritó intentando apartarlo y sacar los documentos que tenía bajo su trasero—. Levántate, por favor.

—No —respondió y mostró una leve sonrisa a su jefe, aunque Aitor no le correspondió—.

Vamos... —pronunció con paciencia—, el resto del equipo tenemos nuestras horas para despejarnos. Es necesario desconectar. —Aitor cerró los ojos y suspiró. Miguel chasqueó la lengua—. ¿Por qué no quedas con tu amiga?

Aitor resopló.

—No puede —dijo cogiendo otros documentos que había esparcidos sobre la mesa. Conociendo a su compañero aún seguiría sentado sobre parte de los documentos—. Anda muy ocupada.

Miguel enarcó una ceja.

—¿Te ha dado calabazas? —preguntó directamente.

—No me ha dado calabazas —comentó con tono agrio. Suspiró y tragó saliva.

Lo cierto era que no sabía si le había dado calabazas o no. En principio le había dicho que lo avisaría para quedar, pero no había vuelto a saber nada de ella. ¿Cómo tomárselo? ¿Tenía razón Miguel?

—Ya... pero tendrá que cenar, ¿verdad? —insistió Miguel.

Aitor suspiró y lo miró contrariado.

—Habíamos quedado para cenar —se acabó sincerando—, pero me dijo que estaba cansada y que lo aplazábamos, que me enviaría un mensaje cuando pudiese. —Chasqueó la lengua—. De eso hace ya tres días.

—Ups... —comentó Miguel pensativo—, no pinta bien.

Aitor enarcó una ceja.

—¿A qué te refieres?

—¿No te ha enviado ni un triste mensaje de buenos días? Las chicas hacen mucho eso: buenos días, buenas noches..., ¿qué tal estás?

Aitor negó.

—Nada.

—Ups... —volvió a decir. Finalmente se levantó. Aitor resopló cuando vio que algunos de los documentos sobre los que Miguel se había sentado se habían arrugado.

Los cogió y los agrupó.

—¿Qué significa eso? —preguntó de mal humor.

—Pues que no pinta bien —repitió. Dio unos pasos rodeando la mesa, cruzado de brazos—. ¿Por qué no vas a verla? —Aitor se apoyó en la silla, pensativo—. Así al menos tendrás las cosas claras y dejarás de estar de mala leche, que llevas unos días que no hay quien te aguante.

Aitor lo miró y enarcó una ceja.

—Yo no estoy de mala leche.

Miguel rio incrédulo.

—Ya, vamos a analizar tu comportamiento de los últimos días...

—Mejor que no —susurró Aitor cerrando los ojos.

—Yo creo que te irá bien —bromeó y se sentó de nuevo sobre otros documentos. Aitor resopló y prefirió no decir nada. Lo mejor cuando Miguel quería hablar era dejar que soltase lo que quería decir: cuanto antes acabase antes se iría. Miguel elevó una mano hacia él y le indicó el número uno—. Llevas tres noches seguidas encargándote de las guardias y hoy te he tenido que insistir con que debías descansar, de hecho, casi te hemos traído a la fuerza...

—Eso no significa que esté de mala leche...

—Ya, déjame seguir... —le cortó y se cruzó de brazos—. ¿Tú recuerdas lo que ha pasado cuando te hemos dicho que debías descansar?

Aitor lo miró con cierta timidez. Sí, ahí tenía toda la razón.

Su mente voló unas horas atrás en el tiempo, a casa de Santiago tras el último exorcismo, cuando debían organizarse para los turnos.

—Bien —había pronunciado Aitor—, Miguel, Daniel y Marc podéis descansar esta noche. Lucas, Víctor y yo nos quedamos con el padre Santiago.

Sus compañeros se habían mirado de reojo.

Marc carraspeó.

—Oye, jefe... ¿qué tal si descansas tú esta noche? —preguntó de forma tranquila—. Yo ya descansé ayer, así que no me hace fal...

—No —le había cortado—. Tú a descansar —volvió a ordenar señalándolo.

—Ya... ummmh... —Miguel se había aproximado—, oye, no te quedes con la diversión para ti solo —había comenzado en un tono bromista—, con esta llevarás tres noches seguidas, deja un poco de diversión para los demás.

Aunque su tono había sonado a broma parecía que Aitor no lo había pillado.

—No hay nada que discutir...

—Oh... sí que hay que discutir —había insistido Miguel.

Aitor lo había fusilado con la mirada, parecía que estaba enfadado. Había quedado claro que quería estar entretenido, pero si quería hacer un buen trabajo debía descansar.

—No pienso ir a casa y... —Aitor resopló y se pasó la mano por la cabeza sin poder seguir.

—¿Ponerte a pensar en la chica de las flores? —había bromeado Daniel.

Sí, había sido una broma, todos lo habían tomado como tal, aunque claro estaba que Aitor no. Todos supieron que no había sido buena idea nombrarle a Nerea cuando Aitor fusiló con la mirada a Daniel.

—¡Zoaz pitukara! —le gritó Aitor.

Todos enarcaron la ceja sin comprender lo que significaba excepto Víctor que lo había entendido perfectamente.

—Cálmate, jefe —comentó alzando las manos hacia él.

Daniel los miró sin comprender.

—¿Qué dice? ¿Lo han poseído?

—Es euskera —comentó Víctor—, y no es muy bonito lo que ha dicho.

—Pero... —preguntó Daniel mirando a su jefe que no dejaba de murmurar. Se había levantado de la silla y caminaba sin rumbo por el comedor ante la atenta mirada de todos, hablando para sí mismo—, ¿se ha enfadado? —le preguntó a Víctor en un susurro—. Es que cuando habla euskera parece que esté enfadado siempre. —Lo miró y sonrió un poco nervioso—. Era una broma, jefe —comentó alzando un poco más la voz.

Aitor apretó los labios, se giró, los miró a todos y alzó los brazos hacia el cielo.

—¡Popatik hartzera! —Se giró y les dio la espalda—. Que se quede quien quiera —Dicho esto salió del comedor rumbo a la puerta. Abrió y dio un portazo tras él.

Santiago y Anael, al igual que el resto de la división, se miraban confundidos sin comprender aquel arrebato de furia por parte de Aitor.

Miguel rio tontamente.

—Me parece que no lo está pasando muy bien.

Anael lo miró sorprendida.

—¿Es por la chica de...?

—Creo que sí —comentó Miguel. Anael hizo un gesto preocupado. Miguel suspiró y miró a sus compañeros—. Bueno, ¿pues quién se queda? —Todos alzaron la mano—. Oh, ¡venga ya!

—Cualquiera aguanta al jefe esta noche —comentó Víctor aún con la mano alzada.

De acuerdo, sí, se había excedido, pero llevaba tres días aguantando. Jamás había sentido algo así por nadie y, ahora, de repente, sin saber por qué razón, ella desaparecía de su vida. Ni tan siquiera una explicación, nada, y más después de aquel beso ¿Significaba pues que ya no estaba interesada en él?

Miguel ladeó su cabeza.

—Aún no sé qué significa lo que has dicho.

—La primera vete a la mierda y la segunda estoy hasta los cojones —explicó sin mirarle, inmiscuido en sus pensamientos, como si aquello no tuviese importancia.

—Ya... —respondió Miguel—, con razón Víctor no quiso traducirlo. —Aitor se pasó la mano por la cara—. Oye, ve y habla con ella, no tienes nada que perder... sin embargo, nosotros sí —susurró a modo de broma—. Venga... no le digas nada, simplemente hazle una visita sorpresa, dile que tenías ganas de verla...

—No quiero ser pesado.

—¿Pesado? Llevas tres días esperando un mísero mensaje que nunca llega. Así al menos saldrás de dudas. —Se puso firme esta vez—. Vamos, nos enfrentamos a demonios y ¿ahora te acojonas delante de una mujer? —Aitor enarcó una ceja al escuchar aquello—. No te cuesta nada ir y decirle que tenías ganas de verla y preguntarle si le ocurre algo. ¿Qué puede pasar? ¿Que te diga que no quiere verte más? —Se encogió de hombros—. Pues entonces invocamos a uno de esos demonios y nos desahogamos con él —Y le guiñó un ojo en plan gracioso.

Ahí Miguel tenía toda la razón. Aunque no quisiera admitirlo no lo estaba llevando nada bien. Por su propio bien y el de sus compañeros sí sería bueno que le hiciese una visita.

Suspiró y se puso en pie.

—Parece mentira que vaya a hacerte caso —susurró.

Miguel sonrió.

—Eso es, tigre... digo..., jefe —rectificó al ver que Aitor lo miraba con una ceja enarcada—. Ve, habla con ella... desahógate —arrastró esas palabras mientras hacía un movimiento con el brazo.

Aitor puso los ojos en blanco y se dirigió al pasillo rumbo a las escaleras. Cuando bajó fue directo a su habitación y cogió una chaqueta, pero antes de salir se encontró con Miguel cortándole el paso.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó como si se le agotase la paciencia.

—¿Sabes? No está bien ir con las manos vacías.

Aitor empujó a su compañero y resopló mientras salía de la habitación.

—Ya lo había pensado.

No, no lo había pensado hasta ese momento, pero no iba a admitirlo.

—Muy bien jefe, ¡a por ella! —le gritó Miguel mientras se dirigía al garaje.

—¿Qué ocurre? —preguntó Daniel situándose a su lado.

Miguel lo miró con una sonrisa traviesa.

—Va a ver a la chica de las flores, a intentar aclarar la situación.

—Ahhhh —respondió Daniel observando cómo su jefe se dirigía a la puerta que lo llevaría al garaje, aunque este se detuvo cuando abrió la puerta y se giró hacia ellos.

—Por cierto... —comentó mirando a Daniel, como si lo recordase en aquel momento—, perdona por lo de antes.

—No pasa nada —respondió Daniel encogiéndose de hombros, aunque luego rio—. Ni siquiera sé lo que me has dicho.

—Yo sí —respondió Miguel girándose hacia él y mostrándole los dientes con una sonrisa

jocosa.

—Mmmm —continuó Aitor—, lo siento, no era mi intención —puntualizó antes de bajar las escaleras.

Suponía que Miguel no tardaría mucho en hacerle la traducción, pero él, ahora, debía centrarse en otras cosas.

Había tomado ya una decisión y no quería pensarlo mucho más o se echaría atrás. Aquello era lo mejor, de aquella forma se quitaría un peso de encima y podría esclarecer qué era lo que ocurría, pues algo le decía que había algo más que cansancio.

Tal y como le había insinuado Miguel, no estaba bien llegar con las manos vacías, así que se había pasado por el restaurante japonés que Nerea le había nombrado hacía unos días y había comprado sushi para llevar. Estaría bien presentarse con algo de cena teniendo en cuenta la hora que era.

Por suerte, no tardó en encontrar sitio para aparcar. Durante todo el trayecto y en la parada para comprar la cena se había sentido nervioso, incluso había pensado en dar la vuelta. Puede que se estuviese precipitando, pero si no iba seguiría con esa inquietud el resto de los días o bien hasta que ella le dijese algo.

Caminó con la bolsa de la compra y se detuvo ante el interfono del portal.

¿Cómo había llegado a eso? Siempre se había considerado un hombre ajeno a aquellos sentimientos, sin embargo, allí estaba, dudando en si llamar a ese interfono o no, pensando en la respuesta que ella le daría. Puede que solo estuviese cansada, pero después del beso que habían compartido y que él le insistiese para ir a cenar, ¿por qué ella no le había dicho nada? Allí pasaba algo. Nerea era una mujer alegre, parlanchina, y aquellos últimos días era como si hubiese deseado alejarse de él.

Reunió el valor necesario para pulsar aquel botón y estaba llevando su mano hasta él justo cuando una mujer abrió la puerta del portal. No desaprovechó aquella oportunidad y le sujetó la puerta amablemente.

—Gracias —comentó la mujer que llevaba una bolsa de basura en la mano.

—No hay de qué —respondió él.

Sin pensarlo, en cuanto la mujer salió del portal él entró.

No había subido nunca a su piso. Por suerte, en la base de datos que tenían del CNI disponía de toda la información sobre ella. Igualmente echó un vistazo a los buzones, asegurándose de que ella vivía en el segundo primera.

Subió las escaleras sin prisa, pensando en qué le diría. Miró su reloj de muñeca y vio que marcaba las diez menos diez. Sabía que a esa hora ella estaría ya en casa. De hecho, haría poco que habría llegado.

Se situó delante de la puerta y resopló. Aquello era lo más atrevido que había hecho nunca. Ni enfrentarse a vampiros, lobos, brujas o demonios podía competir con aquello.

Tragó saliva y, sin pensarlo más, llamó al timbre, pues si seguía dándole vueltas a la cabeza seguramente acabaría bajando aquellas dos plantas a toda prisa, subiéndose en su coche y mintiendo a sus compañeros sobre que no había podido hablar con ella porque no se encontraba en casa.

Notó que la respiración se le cortaba al escuchar los pasos tras la puerta. Supo el mismo momento en que ella lo observó por la mirilla.

Nerea notó cómo todo su cuerpo se helaba. ¿Aitor? Se puso firme y dio un paso hacia atrás ¿Él estaba allí? Apretó los labios mientras notaba cómo sus manos temblaban, aunque no por miedo, pese a que recordaba todo lo que Rut le había explicado, aquel temblor era por los nervios.

Instintivamente se llevó la mano al cabello colocándolo detrás de la oreja y se miró.

—Mierda —susurró. Se había puesto ropa cómoda para estar por casa.

Aitor enarcó una ceja al ver que no abría. Sabía que estaba detrás de la puerta. Volvió a llamar al timbre.

Nerea dio un brinco y suspiró. De acuerdo, no había otro remedio, seguramente desde afuera podía ver que estaba la luz encendida.

Abrió la puerta lentamente, con una mirada sorprendida.

Lo primero con lo que se topó fue con sus enormes ojos marrón claro, observándola de forma tímida.

—Aitor —susurró asombrada—. Hola... ¿qué... qué haces aquí?

Eso quería saber él. ¿Cómo podía haberse dejado enredar por su compañero?

Le ofreció una sonrisa tierna y se removió un poco inquieto.

—Hola. Perdona... —respondió—, Mmmm... quería asegurarme de que estabas bien.

Ella lo miró sin comprender, aunque supo a lo que se refería. No había querido escribirle aquellos días, necesitaba aclararse ella primero y valorar todo lo que Rut le había explicado antes de enfrentarse a él. ¿Qué iba a hacer? ¿Le iba a preguntar por ello?, ¿hacía como si nada? Aquellas preguntas no dejaban de rondar por su mente y eran, justamente, lo que le había mantenido alejada de él.

Ella sonrió nerviosa mientras se apoyaba contra la puerta.

—Estoy... bien —comentó aún con sorpresa en la voz.

Aitor la observó. Llevaba un pantalón corto, una camiseta de manga corta y unas zapatillas con la cara de un oso sonriente dibujada.

Elevó su mano y le mostró la bolsa.

—¿Has cenado? —Ella parpadeó sin saber cómo reaccionar—. He traído algo de cenar.

Ambos se quedaron mirándose unos segundos. Aitor nervioso por recibir su respuesta, Nerea sorprendida por verlo allí, sin saber cómo reaccionar. Finalmente sonrió.

—Pasa —dijo echándose a un lado para que él entrase.

Entró mientras ella se mantenía al lado de la puerta, incrédula porque él estuviese allí.

Aitor avanzó por el pequeño recibidor hasta el comedor con paso lento. Nerea cerró la puerta y se giró hacia él, mirándolo. Vestía unos tejanos y una camiseta de color azul claro. Era más atractivo incluso de lo que recordaba.

Avanzó hasta él mientras se llevaba la mano a la nuca y la masajeaba, nerviosa.

—He traído sushi —dijo entregándole la bolsa—. Me dijiste que te gustaba.

Ella asintió y esta vez le dedicó una sonrisa que a Aitor le llegó a lo más profundo de su corazón. Si no fuese por la situación que estaba viviendo seguramente la besaría de nuevo.

—Me gusta mucho —respondió cogiendo la bolsa—. Gracias. —Apretó los labios y dejó la bolsa sobre la mesa—. Perdona que no te haya dicho nada estos días... —Se giró hacia él—. He... he estado muy ocupada.

—Me tenías un poco preocupado —admitió.

—¿Preocupado? —preguntó sin comprender.

—Sí —Se mantuvo en silencio unos segundos—. Después de nuestro último encuentro...

—Ya —lo interrumpió ella y se sonrojó.

Comprendía lo que quería decir. Se habían besado, y no un beso cualquiera, un beso que los había dejado a los dos con ganas de más y, sin embargo, pese a que él había demostrado interés por ella queriendo invitarla a cenar, ella se había negado y no le había dicho nada durante los días posteriores. Así visto, parecía incluso una maleducada por pasar de él, pero no era su intención,

ni mucho menos, solo necesitaba aclararse y calmarse.

—Lo siento... —respondió cohibida—, no era mi intención preocuparte —admitió.

Se dio cuenta de que Aitor esperaba una respuesta o una justificación a su comportamiento hacia él. De hecho, se lo merecía, pero ella necesitaba saber y, para eso, debía preguntarle. Tragó saliva y cogió la bolsa, abriéndola. Había traído cena para los dos. Quizá había llegado el momento de preguntarle por lo ocurrido, de dejar que él se explicase, aunque aquello la asustaba. Sus manos temblaron mientras sacaba una de las bandejas de sushi y, de hecho, aquel temblor no pasó desapercibido para Aitor.

Se acercó y cogió su mano con delicadeza al ver que ella temblaba.

—¿Va todo bien? —preguntó preocupado. Ella apretó los labios y suspiró—. Nerea... —dijo haciendo que se girase hacia él—, ¿qué ocurre?

Ella lo miró y asintió. Puede que se estuviese precipitando, de hecho, ella no tenía derecho a saber todo lo que hacía él en su vida, no eran nada aún, pero lo que Rut le había explicado la asustaba.

Sí, quizá lo mejor sería dejar las cosas claras y quitarse ese peso de encima. Puede que la respuesta que le diese no le gustase, pero al menos ya sabría la verdad.

—Hay... hay algo que debo preguntarte.

Él le medio sonrió.

—No tengo mujer ni novia —respondió rápidamente intentando que ella se calmase.

Nerea le sonrió al detectar lo que hacía. Lo miró a los ojos intentado hallar el modo más correcto de explicar lo que ocurría. Sin soltar su mano lo miró a los ojos.

—El otro día hablé con Rut...

No pudo seguir, en ese momento supo que algo ocurría, pues la mirada de él cambió.

Aitor tragó saliva y soltó su mano lentamente. Sabía a lo que se refería. La miró, Nerea se había quedado callada y lo observaba con cierto temor.

Ella dio un paso hacia atrás.

—Me explicó unas cosas... —dijo esta vez con voz temblorosa.

Aitor la miró con intensidad. Había sido un iluso al no barajar aquella opción, pero mucho más al pensar que Rut no le diría nada. Ella era su amiga. Pero aquello no era lo peor, si Rut había hablado con Nerea podía haber hablado con alguien más, incluso Nerea se lo podía haber explicado a otras personas.

Aquello podía complicarse mucho si lo ocurrido en aquella casa comenzaba a circular entre la gente del pueblo. Necesitaba ponerle solución de inmediato.

Aitor la miró seriamente, ella permanecía en silencio.

—¿Se lo has dicho a alguien?

Pudo ver cómo Nerea abría los ojos como platos durante unos segundos. Obviamente no hacían falta más respuestas para confirmar lo que Rut le había explicado. Notó cómo el corazón se le paralizaba y retrocedió otro paso.

—Rut... Rut me explicó que... —gimoteó con temor.

Aitor se acercó cogiendo su mano de nuevo.

—Nerea... —pronunció con voz tranquila, pero a la vez con un matiz autoritario—, ¿le has explicado a alguien más lo que Rut te contó?

Ella retiró su mano de él y negó.

—No.

Aitor suspiró y puso sus manos en su cintura agachando su cabeza. Cerró los ojos e intentó calmarse para sobrellevar lo mejor que pudiese aquello.

—¿Sabes si Rut se lo ha explicado a alguien más? —preguntó.

Nerea no pudo evitar que su labio inferior temblase. ¿Qué significaba todo aquello? Rut le había explicado que su marido estaba poseído, que Aitor, junto a un sacerdote y su equipo, habían practicado un exorcismo, aunque... aquello no era lo que más le preocupaba. Su amiga le había dicho que él era extraño.

Negó débilmente.

—No creo —susurró—. Le costó mucho explicármelo... —Apretó los labios y lo miró fijamente—. Me dijo que le habías hecho prometer que no me explicaría nada.

—Y así debía ser —respondió directamente.

—Entonces... lo que... lo que me explicó... —comenzó a temblar.

Aitor avanzó de nuevo cogiendo su mano y, aunque ella intentó apartarla, él se la sujetó.

—Por eso mismo no quería que supieses nada, para protegerte.

—¿Para protegerme? —preguntó con la voz más estridente y, finalmente, logró separar su mano otra vez de la de él—. Rut me explicó que... que su marido está poseído. Que tú y tu equipo le practicasteis un exorcismo. —Aitor agachó la cabeza y resopló ante lo que escuchaba. Desde luego, su amiga Rut se había quedado a gusto—. Me dijo que tú eras diferente... —Aquella vez él elevó su mirada hacia ella lentamente—, que hacías cosas que una persona normal y corriente no puede. —Lo miró de la cabeza a los pies—. ¿Qué hay de cierto en todo lo que me dijo?

Aitor se quedó quieto, valorando la situación. Rut se lo había explicado absolutamente todo. De nada servía ocultar algo de lo ocurrido o quién era, pero ¿cómo explicar aquello sin asustarla más aún?

La desconfianza y el miedo era lo que la habían mantenido alejada de él, y él no quería eso. Lo que hacían era secreto, sus identidades nadie podía saberlas, aunque... siempre había excepciones, claro. De todas formas, Nerea ya lo sabía, estaba claro que había creído a su amiga a pies juntillas, ¿por qué si no iba a evitarlo? La pregunta que realmente le importaba era: ¿lo evitaría después de que le explicase todo?, ¿de que revelase quién era? Jamás se había visto en una situación como aquella.

—Nerea... —susurró—, hay cosas que nadie sabe.

—Soy consciente de ello —contestó intentando evitar que una lágrima brotase de sus ojos. Aitor apretó los labios y agachó su cabeza cerrando los ojos, intentado calmarse.

—Si... si te explico ciertas cosas... —Nerea elevó su mirada hacia él—, es posible que intentes alejarte de mí. —Ella lo miró con dolor—. Y no quiero eso.

Nerea tragó saliva.

—Yo... yo solo quiero saber la verdad. Si... —carraspeó, pues su voz temblaba demasiado—, si lo que Rut dice es cierto, y... y quieres que esté a tu lado, debo saberlo.

—No quiero que te asustes.

—Me asusta más el no saber —puntualizó ella con una voz cargada de fuerza.

Aitor inspiró con fuerza y finalmente asintió.

—Debes prometerme que lo que te voy a explicar no vas a decírselo a nadie. Nunca —enfaticó. Ella asintió—. No me sirve con un movimiento de cabeza, quiero oírtelo decir, solo así podré confiar en ti. Sé que tú no me mentirías.

Nerea lo miró de arriba abajo, nerviosa. Quería saberlo todo, aunque la verdad asustase. Quizá el saber todo lo que tenía que explicarle la calmaría. Estaba enamorada de él, no podía negárselo, y quería tener algo serio, pero no podía si sabía que le ocultaba cosas como las que le había explicado Rut.

—Te lo prometo —susurró ella seriamente.

Aitor se quedó pensativo, intentando hallar la forma más suave de decirlo.

—No soy policía —dijo al final.

Ella lo miró confundida.

—¿Eres exorcista?

—Tampoco —reaccionó rápidamente—. Trabajo para el CNI.

—¿Eres un espía?

—No, no... —dijo—. Trabajo para un departamento que se llama DAE. Es altamente secreto. Nadie sabe de su existencia excepto los que trabajamos para él. Significa División de Agentes Externos.

Ella se removió inquieta.

—Y... ¿y qué hacéis ahí? —preguntó con temor.

Aitor suspiró llenándose de valor.

—Luchamos contra... —Se quedó callado de nuevo, buscando la palabra adecuada—, entidades que no son humanas. —Acabó mirándola fijamente, esperando una reacción por su parte.

La reacción de ella no tardó en llegar.

—¿Qué? —Se removió inquieta—. ¿Espíritus?

—No precisamente, aunque a este paso vamos a tener que ampliar competencias —susurró más para él que para ella—. Seres que no son humanos —aclaró—. Vampiros...

—¿Vampiros? —preguntó esta vez sorprendida, aquello no se lo esperaba.

—Hombres lobo...

—¿Qué me estás diciendo? —preguntó esta vez con una sonrisa de incredulidad.

—Mi división fue enviada aquí por un aumento considerable de la brujería...

—Espera, espera... —lo interrumpió—, ¿me estás hablando en serio?

Él fijó su mirada en ella. No había ninguna sonrisa, nada, solo una mirada convencida.

—Jamás en toda mi vida he hablado más en serio. No es nada fácil para mí explicarte esto, de hecho, no debería hacerlo... —Dio un paso hacia ella—, pero tú me lo has pedido —comentó con dulzura. Ella lo miró nerviosa—. No tratamos con posesiones... —aclaró—, pero nos topamos

con Jaime aquel día en el monasterio y, desde entonces, ayudamos al padre Santiago en los exorcismos.

Nerea se pasó una mano por la frente intentando comprender lo que le decía. Aitor la miró preocupado, sabía que era mucha información de golpe.

—Sé que es difícil de asimilar... —comentó con voz calmada—, pero el mundo no es tan bonito como lo pintan. Por eso no quería decirte nada, sé que puede asustar.

Ella elevó la mirada hacia él.

—¿Y tú? —preguntó directamente, incluso con necesidad en la voz—. Rut me comentó que hacías cosas diferentes.

—Verás... —Se mojó los labios, pues los nervios estaban provocando que su boca se secase—, los seres que te he comentado tienen habilidades especiales, son muy rápidos, fuertes, incluso algunos de ellos, como las brujas, se regeneran más rápido que cualquier ser humano. Nosotros poseemos también esas habilidades. Por eso somos reclutados por el CNI para luchar contra...

Nerea comenzó a reír incrédula.

—¿Qué me estás diciendo? —preguntó—. Que tú... te mueves más rápido, te regeneras...

—Y tengo más fuerza que un humano normal —acabó la frase él.

En ese momento Nerea no lo miraba asustada, era más bien como si no creyese nada de lo que le decía. Se cruzó de brazos y ladeó su cuello.

—Demuéstralo.

Aquello lo sorprendió.

—¿Qué?

—Va, venga... —comentó como si fuese un reto—, demuéstalo —repitió.

Aitor se removió inquieto.

—No quiero asustarte.

—Ya, claro... —continuó ella sin creer lo que él decía—. ¿De verdad pretendes que me crea eso? Es la excusa más mala que he escuchado jamás. ¿No podías inventarte otra cosa?

—No es ninguna excusa —la cortó.

Ella lo miró fijamente y extendió los brazos hacia él.

—Pues venga... haz algo. —Aitor se quedó paralizado y ella resopló. Nerea puso los ojos en blanco e hizo un gesto como si espantase una mosca—. ¿De verdad pretendes que me crea eso? —preguntó de nuevo.

En realidad, Rut le había explicado que Aitor hacía cosas extrañas, pero ¿regenerarse? ¿Qué era? ¿Una estrella de mar? Aquello ya pasaba de castaño oscuro.

Lo miró y se cruzó de brazos esperando algo por su parte.

Aitor se quedó contemplándola. Sabía que una cosa era explicarlo y otra muy diferente verlo. En parte, se negaba a mostrarle sus habilidades, pues sabía que se asustaría. Por otro lado, ya se lo había explicado. Tal vez de aquella forma le creería del todo.

—Está bien —pronunció como si se rindiese, hecho que sorprendió a Nerea que enarcó una ceja—. Pero prométeme una cosa: que no te asustarás.

Nerea se removió nerviosa. Espera, ¿Aitor había aceptado? ¿De verdad iba a hacer algo extraño delante de ella para que le creyese?

Ella asintió nerviosa.

Aitor la miró y sonrió un poco tímido mientras ella observaba sin pestañear.

No supo cómo lo hizo, Aitor estaba a menos de un metro de ella y, de repente, no estaba allí.

—Estoy aquí —pronunció Aitor desde el otro lado del comedor.

Nerea abrió los ojos al máximo y giró su cuello lentamente para observarlo. Un tic nervioso

comenzó a apoderarse de uno de sus ojos al descubrirlo en la otra punta del comedor.

—Madre... mía... —susurró retrocediendo unos pasos, totalmente impresionada.

Aitor volvió a materializarse delante de ella en una fracción de segundo y le sonrió con timidez, nervioso por su reacción.

Nerea no pestañeaba, solo lo miraba con la mandíbula desencajada.

—No... no puede ser...

Aitor se pasó la mano por la nuca.

—Ya te lo he dicho... —Nerea se llevó la mano al corazón, asustada, y respiró con intensidad —, son habilidades.

—¿Habilidades? —gimió ella dando otro paso hacia atrás.

—Sí, me permiten ayudar a...

—Madre mía, madre mía... —exclamó llevándose la mano a la boca, aunque necesitó apoyarse en el marco de la puerta, pues notaba que sus piernas flaqueaban.

Aitor la observó de la cabeza a los pies.

Bueno, al menos no había salido huyendo ni había gritado, aunque claramente estaba conmocionada. ¿Cómo no estarlo? Se había movido en menos de un segundo de una punta a otra del comedor sin ser visto, y eso que no había hecho casi ningún esfuerzo.

—No puede ser —susurró sujetándose más fuerte a la puerta para mantenerse erguida.

Aitor enarcó una ceja y la miró preocupado. Su rostro se había vuelto blanquecino.

—¿Estás bien? —preguntó. La respuesta llegó de inmediato, aunque no como esperaba—. No, no... —gritó Aitor al ver que se precipitaba hacia el suelo sin sentido. La cogió por la cintura notando su peso muerto. Nerea quedó inconsciente por la impresión de lo que había presenciado —. Perfecto, no se ha asustado, se ha desmayado... —gruñó para sí mismo mientras se arrodillaba y palpaba su pulso para asegurarse de que estaba bien.

Se quedó contemplándola mientras chasqueaba la lengua.

Lo que le faltaba, le había provocado un estrés emocional que había acabado en desmayo. Desde luego, no empezaba con buen pie.

Los párpados le pesaban. Abrió los ojos lentamente mientras en sus oídos aún sonaba un pitido. Una niebla la envolvía, salteada de chispas azules. La niebla se fue disipando y pudo enfocar poco a poco. No sabía qué había pasado, pero una voz hizo que focalizase su mirada en aquellos enormes ojos marrón claro que la observaban desde arriba.

—Nerea... Nerea... —comentó Aitor palmeando levemente su mejilla.

Inspiró profundamente y se quedó embobada mirando aquellos ojos, intentando situarse. Aitor la tenía colocada sobre sus rodillas, medio tumbada sobre el parqué de su comedor. Notaba cómo su cerebro se reiniciaba ordenando los últimos acontecimientos.

El primer recuerdo de lo sucedido la dejó sin aliento. Aitor se movía de un lado a otro del comedor sin que ella pudiese verlo. Solo se materializaba en un punto y luego en otro sin poder ver lo que ocurría entre medias, en menos de una fracción de segundo.

Lo miró a los ojos durante unos segundos y entonces reaccionó.

—Ahhhhhh —gritó separándose de él.

—Nerea... —comentó él intentando que no se alejase. Nerea retrocedió por el suelo, impulsándose con sus piernas, con la mirada clavada en Aitor—, estate quieta, te acabas de desmayar —dijo intentando acercarse a ella mientras Nerea seguía retrocediendo.

—¡No te acerques! —le indicó con la mano la señal de que parase, pero Aitor hizo caso omiso.

—Te puedes volver a desmayar.

—¡Vade retro! —gritó ella.

Aitor enarcó una ceja y esta vez sí se quedó quieto, de rodillas en el suelo.

—Eso conmigo no sirve.

Nerea apoyó su espalda contra la pared con movimientos acelerados y asustados y buscó alrededor algo con lo que defenderse.

—Cálmate... —le instó él echando las manos hacia delante con un movimiento que transmitía tranquilidad.

—¿Que me calme?! —gritó nerviosa—. ¡Ni se te ocurra acercarte a mí! —Lo apuntó con el dedo.

Aitor cerró los ojos mientras echaba su cabeza hacia abajo y suspiraba.

—Ya sabía yo que esto no era una buena idea —susurró más para él que para ella. Resopló y elevó la mirada—. Nerea, por favor... —pronunció con paciencia mientras veía cómo intentaba levantarse, aunque aún estaba mareada y le costaba—. No te pongas en pie, te puedes caer —dijo intentando acercarse de nuevo.

—No, no, no... no te acerques —le advirtió, aunque esta vez su voz sonó con un gemido.

En ese momento Aitor se dio cuenta de que tenía los ojos llorosos.

—Jamás te haría daño... —pronunció mientras ella se ponía a duras penas en pie, sujetándose al marco de la puerta—. Por favor... —dijo tendiéndole la mano.

Ella observó la mano de Aitor y, contrariamente a lo que él esperaba, se giró, entró en el pasillo a toda prisa y se encerró en el aseo echando el pestillo.

—Nerea... noooo... —dijo Aitor armándose de paciencia, aunque resopló cuando escuchó el chirriar del pestillo en la puerta. ¿Se estaba escondiendo de él? Puso los ojos en blanco y fue a paso lento hacia el aseo.

Nerea se separó de la puerta, observándola asombrada. Su mente no le había pasado una mala jugada. Aquello había ocurrido. Su corazón latía a una velocidad incalculable. Debía calmarse o acabaría sufriendo un ataque de ansiedad.

—Madre mía... madre mía... —gimió desesperada dando pasos sin rumbo por el aseo.

Aitor se detuvo ante la puerta y escuchó. Podía escuchar sus pasos acelerados, su rápida respiración desde ahí.

Suspiró y se pasó la mano por el cabello, revolviéndolo.

—¿Por qué te encierras ahí? —preguntó.

Ella se giró de un brinco hacia la puerta.

—¡Márchate! —ordenó.

—Venga, hablemos...

—No, no quiero hablar —contestó rápidamente.

¡Ah, no! Después de haberle confesado lo que era y a qué se dedicaba no podía marcharse de allí sin más, además, Nerea le interesaba, no quería acabar así su relación con ella. Aquel comportamiento por parte de ella le enfurecía un poco, lo comprendía, pero él se había abierto, le había entregado todo lo que era y lo único que hacía Nerea era esconderse tras la puerta, una puerta, por cierto, con bisagras que no lo frenarían si quisiese entrar.

—¿Sabes? Podría echar la puerta abajo sin problema.

—Ahhhhh —gritó ella asustada—. Ni se te ocurra. Si... si haces algo así te juro que gritaré tan fuerte que me escucharán hasta en Quiroga —Lo amenazó.

En otra ocasión le hubiese dicho que entonces él mismo le tataría la boca, pero no creía que fuese el momento de soltar una perla así.

—Por favor... cálmate... y respira más despacio. Vas a hiperventilar otra vez, y como te desmayes de nuevo sí tendré que derribar la puerta.

Ella parpadeó varias veces, asombrada.

—Puedes... ¿puedes escuchar mi respiración desde ahí?

Suspiró y se apoyó contra la puerta.

—La pueden escuchar hasta los vecinos —exageró.

Aquello no estaba saliendo como él esperaba. Debía intentar calmarse y hacerla entrar en razón.

—Escucha —pronunció con un toque de súplica—, no tienes que temerme. Estas... estas habilidades que tengo... —Nerea se apartó de la puerta y se puso firme escuchando ante ella—, me permiten ayudar a la gente, salvarla. Jamás haría daño a nadie. Soy humano... como tú, solo que con unas habilidades especiales. —Suspiró—. Quizá hubiese sido mejor que no te hubiese dicho nada, pero no quería engañarte... tú... —Tragó saliva—, me importas mucho, Nerea. Más de lo que te puedas imaginar, y pensar que puedas rechazarme por lo que soy... —dejó la frase sin acabar. Cerró los ojos y apoyó la frente contra la puerta de madera—. Siento mucho si no soy lo que esperabas, pero así soy, así nací. —Se separó de la puerta y la observó—. Lo siento —acabó pronunciando—, no quería asustarte. Me marcharé para que estés tranquila.

Se quedó observando la puerta. No hubo respuesta por su parte, solo silencio. Quizá eso sería lo mejor, seguramente necesitaría procesar todo lo que le había dicho, hacerse a la idea. Le daría su espacio, estaba seguro de que era lo que necesitaba.

Fue hasta el comedor observando que el sushi que había traído aún permanecía sobre la mesa y cogió la chaqueta que había dejado sobre la silla.

Se dirigía hacia la puerta para salir cuando la puerta del aseo se abrió lentamente.

Aitor se giró. El pasillo estaba oscuro, iluminado por la luz que salía del aseo y del comedor. Nerea dio un paso al frente con su mano en el marco de la puerta, observándolo en silencio.

Ambos se miraron durante unos segundos. Aitor decidió no moverse y quedarse justo donde estaba, por el contrario, Nerea avanzó por el pasillo hasta atravesar la puerta que la separaba del comedor.

Tenía una mirada asustada, pero, al menos, estaba allí, ante él.

—Nunca te haría daño —acabó pronunciando.

Ella asintió apretando los labios. Estaba enamorada de él y lo que había dicho tras la puerta le había llegado a lo más profundo de su corazón, no solo aquellas palabras, sino el tono de súplica que había empleado. Por su mente habían pasado las veces que había quedado con él, cuando había ido a ayudarla para llevar las flores, la cena que habían compartido en la pizzería, el beso... Aitor era buena persona, lo sabía, pero era diferente a todo cuanto había conocido, algo nuevo a lo que tenía que acostumbrarse.

—Lo sé —pronunció ella. Suspiró y le sonrió levemente, más calmada. Parecía que el sincerarse con ella de aquella forma a través de la puerta había surtido efecto—. Pero es que...

—Ya... —pronunció dando a entender que la comprendía—, es extraño.

—Diferente —dijo ella.

Aitor sonrió al recibir aquella respuesta.

—No ha sido fácil para mí —continuó mientras dejaba la chaqueta, dispuesto a sincerarse del todo—. De pequeño era distinto a todos los niños. —Chasqueó la lengua—. Nadie quería estar cerca de mí... —Llevó una mano hasta la nuca en un claro movimiento que denotaba timidez—. Hasta que me reclutaron en el CNI a los trece años.

—¿Con trece años? —preguntó sorprendida y dio un paso más hacia él—. ¿Y tus padres?

—Creyeron que era lo más oportuno, que... de esta forma aprendería a controlar estas habilidades.

—Lo siento —pronunció con pena y, en ese momento, se sintió mal consigo misma.

Aitor le sonrió con ternura.

—Me fue bien. En el CNI conocí a personas con las mismas habilidades que yo. Ya... ya no era distinto al resto. Por primera vez me sentí realmente valorado. Así que, durante los sucesivos años, hasta los dieciocho aprendí a explotar mis habilidades, a luchar... y cuando cumplí la mayoría de edad me enviaron por primera vez a una misión.

Nerea parecía entusiasmada con lo que le relataba. Fue hasta la silla, frente a él, y se apoyó.

—¿En qué consistía?

—Me enviaron a México. Se trataba de un grupo de vampiros...

—¿En serio? —Esta vez su voz sonó emocionada, como a quien le explican una película y está deseando saber el final.

Aitor asintió y le sonrió.

—Sí. Debo confesar que la primera vez que los vi casi me cagué encima... —De repente apretó los labios al ser consciente de lo que había dicho, aunque al ver que ella lo miraba divertida le sonrió—. Luego me fui acostumbrando.

—Y... ¿luchaste contra ellos?

—Aquella primera vez no. La primera vez me dediqué a gritar y a huir de ellos —admitió con una sonrisa divertida—, pero con el tiempo me adapté. Fui... fui pasando por diferentes divisiones y por distintas misiones... —En ese momento Nerea se sentó en la silla y él aprovechó para hacer lo mismo—. Vampiros, hombres lobo, brujas... —Se encogió de hombros—. He estado en muchos países: México, Nicaragua, Escocia, Etiopía, Japón... y muchos más. —Ella lo miraba entusiasmada—. Hasta que finalmente decidieron organizar una división en España y me trasladaron aquí. Me hicieron el responsable de esta división.

Nerea prestaba atención, asimilando todo aquello.

—Y... tus compañeros, ¿hacen lo mismo que tú?

Él asintió.

—Sí. —Se echó hacia delante y con delicadeza colocó su mano sobre la de ella. Aunque notó que aún temblaba un poco, al menos, ella no la apartó—. Sinceramente, los exorcismos no son nuestra competencia, de eso se encarga la Iglesia. De hecho, durante mis años de formación nunca me impartieron clases de exorcismo... —bromeó—. Pero estamos para ayudar en todo lo que podamos y, en este momento, el padre Santiago necesita nuestra ayuda.

—Por... ¿por Jaime? —preguntó.

Aitor suspiró mientras acariciaba su mano.

—No solo por Jaime... últimamente el número de posesiones ha aumentado mucho.

—Ah, ¿sí? —preguntó preocupada.

Él asintió.

—Está ocurriendo algo que no logramos comprender, que escapa a nuestro conocimiento. Como ya te he dicho, ninguno de nosotros tiene formación en posesiones, exorcismos, espíritus y demás... y que un gran número de demonios diga que las puertas del infierno van a abrirse no es nada agradable. —Nerea abrió los ojos al máximo. En ese momento Aitor se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Le estaba explicando absolutamente todo, se estaba liberando totalmente con ella, pero quizá sería bueno no explicar tanto. Era demasiada información de golpe—. Perdona, si hay algo que no quieras saber solo tienes que...

—No, no... —lo cortó, y luego le sonrió tranquilizándolo—. Prefiero saberlo —admitió—. Sí que asusta un poco... —confesó—, pero prefiero saber realmente lo que hay. Me... me doy cuenta de que he vivido engañada mucho tiempo.

Aitor chasqueó la lengua.

—Por eso es estrictamente necesario no revelar al mundo esta verdad ni decir a nadie a qué nos dedicamos. —Acarició su mano—. Te estoy confiando uno de los mayores secretos que existen —bromeó.

Ella rio.

—Puedes estar tranquilo. Jamás se me ocurriría explicar algo así. —Aitor la miró agradecido—. Y... —dijo sentándose más al filo de la silla, acercándose—, entonces, ¿Jaime está poseído de verdad?

Él asintió.

—Sí, él y unos cuantos más. Estos últimos días hemos conseguido liberar a unos pocos y devolver los demonios al infierno, pero... —Chasqueó la lengua—, las posesiones son cada vez más fuertes y, en concreto, el demonio que ha poseído a Jaime es muy poderoso. No es fácil realizarle el exorcismo, el demonio se niega a abandonar su cuerpo y nosotros no tenemos la suficiente fuerza para combatirlo de momento. Ni siquiera el padre Santiago puede.

Nerea suspiró y miró a Aitor con interés.

—Rut me comentó que también había una monja y un médico, ¿no?

—Sí, según las normas del Vaticano, el facultativo médico siempre es necesario cuando se realiza un exorcismo. Él es quien decreta si se trata de una enfermedad mental o si realmente existe una posesión. Respecto a Anael, la monja... —continuó explicando—, ayuda al padre Santiago en los exorcismos.

—Debe de asustar mucho.

—No es agradable. De hecho... —comentó pensativo—, los poseídos tienen una fuerza impresionante. A veces tenemos que sujetarlos entre cuatro de nosotros, y eso que el padre Santiago nos dice que no son demonios importantes, que solo forman parte de la legión.

—¿Legión?

—Los demonios se ordenan de una forma militar... —explicó—, las legiones son un grupo de demonios que sirven a los demonios de más rango. —Luego parpadeó varias veces sorprendido consigo mismo—. Parece que las clases del padre Santiago funcionan.

Ella se apoyó contra el respaldo. En ese momento Aitor se percató de que no había ya sufrimiento ni miedo en su mirada, sino expectación.

—Y lo que has dicho antes... ¿lo de que las puertas del infierno se abrirán? ¿Qué significa?

—Es lo que intentamos averiguar —explicó pasando su pulgar sobre la palma de su mano con una caricia—. Todo esto es nuevo para nosotros.

Ella lo miró y finalmente le sonrió. Parecía que Aitor se estaba sincerando con ella totalmente, era como si lo necesitase.

—Gracias por explicarme todo esto —pronunció agradecida.

Aitor la miró con ternura.

—Gracias a ti por escucharme —susurró—. Es agradable compartir esto con alguien que no sea uno de mis compañeros.

Ella le sonrió y se quedó observándolo. Aún le asustaba, pero sabía que podía confiar en él. Había sido totalmente sincero con ella y parecía que no le había ocultado absolutamente nada. En ese momento se percató de la forma en que Aitor la observaba. Identificó aquella mirada, era la misma que había tenido segundos antes de besarla.

Sintió una fuerte conexión con él y, al parecer, él con ella, pues Aitor se acercó despacio en dirección a sus labios. Era lo que más deseaba en aquel momento. Había tenido miedo de perderla y, sin embargo, lo único que ocurría era que ella estaba asustada.

Llegó hasta sus labios y los besó con pausa, con miedo de que ella pudiese separarse. Por suerte no lo hizo, todo lo contrario, parecía que ella sentía la misma necesidad que él. Nerea alzó sus brazos rodeando su cuello de inmediato. Aitor no se hizo esperar y se puso en pie llevándola con él, juntando su cuerpo al de ella.

La sensación era totalmente placentera.

Nerea interrumpió el beso y se separó levemente para mirarlo. Era increíble cómo tras una explicación lo veía todo tan diferente. El temor iba desapareciendo poco a poco, dando rienda suelta a aquel sentimiento que había ocultado durante los últimos días.

Aitor la observó, jamás había sentido una conexión tan fuerte con nadie como con ella, más aún, aquella conexión aumentaba por el hecho de que Nerea no evitase sus caricias ni sus besos.

Se reclinó de nuevo, esta vez con más necesidad, capturando sus labios mientras situaba sus manos en la cintura para acercarla. Nerea se sujetó de nuevo a él. Ya habían postergado demasiado su encuentro, ahora ya no había excusa para dejarlo pasar más. Sí, Aitor era diferente a todas las personas que había conocido, pero eso lo hacía especial y, ante todo, confiaba en lo que le decía y sabía que sentía algo por ella.

La sensación de placer lo embargó por completo y llevó sus manos a la parte baja de su camiseta para quitársela por la cabeza. Puede que se precipitase, pero tras lo ocurrido necesitaba sentir la piel de ella sobre la suya.

Nerea no pudo evitar observar su pecho. Tenía un poco de vello en la parte superior de los pectorales, pero luego era totalmente liso. Acarició su pecho suavemente y pasó sus dedos sobre sus abdominales mientras sentía cómo su piel se erizaba. Pudo sentir el calor de su piel bajo las yemas de sus dedos.

Se unieron en un apasionado beso y Aitor la sujetó por la cintura apoyándola contra la mesa del comedor. Bajó sus manos hasta sus caderas y la elevó para sentarla sobre ella.

Nerea llevó sus manos hasta su cuello y paseó sus dedos entre su cabello corto mientras el beso se hacía más ardiente. La necesidad los invadía por completo y ambos sabían que no había marcha atrás, ya no podían frenar lo que habían iniciado.

Nerea llevó sus manos hasta su camiseta para quitársela ella misma. Aitor abandonó sus labios y la ayudó. La arrojó al suelo sin importarle cómo cayese y se reclinó hacia atrás mientras Aitor besaba su cuello, paseando su lengua suavemente, provocando que su piel se erizase ante aquel húmedo contacto.

Aitor no esperó más, llevó las manos hacia la espalda de ella y soltó su sujetador sin dificultad. Se lo quitó y comenzó a descender por su clavícula mientras notaba cómo los dedos de Nerea se internaban en su cabello y apretaban intentando contener el placer que le hacía sentir.

Llegó hasta su pecho y pasó la lengua sobre su pezón. El gemido inundó toda la estancia, aunque tuvo que controlarse y apretó los labios.

Jamás había sentido algo así. Aitor le había gustado desde la primera vez que lo había visto, poco a poco y tras sus quedadas se había ido adentrando en su corazón, lentamente, y ahora dudaba que pudiese sacarlo de él. Pese a los últimos acontecimientos y el sobresalto de aquella última hora, sus palabras la habían calmado, le habían hecho darse cuenta de que no tenía por qué temerle, al contrario, aquello era bueno, él podía ayudar a mucha gente gracias a sus dones, lo cual lo hacía aún más especial.

Aitor ascendió hasta sus labios y se unió a ellos sujetando a Nerea por la espalda, apretándola contra él. El sentir piel con piel volvió a enloquecerlo. Su piel parecía seda, suave al tacto, y Nerea reaccionaba con cada una de sus caricias.

Sintió cómo ella lo abrazaba mientras él se internaba entre sus piernas para una mayor

proximidad y apartó el cabello de su cuello para besarlo.

Se separó de ella y miró hacia los lados. Aquello iba a más, ambos lo sabían, y la mesa del comedor no era el lugar más idóneo para lo que iba a ocurrir.

Nerea se percató de que miraba hacia los lados y supo instintivamente lo que buscaba.

—Por el pasillo —pronunció provocando que él la mirase directamente a los ojos—. La segunda habitación a la derecha —susurró contra sus labios.

No hicieron falta más palabras. Aitor la cogió por las caderas y la aupó, elevándola, haciendo que Nerea rodease su cintura con sus piernas.

El beso no se detuvo mientras caminaba con ella en brazos rumbo a la habitación.

Abrió la puerta y fue directo a la cama. La habitación no era muy grande. En el centro había una cama para una persona. En el lateral había una cómoda sobre la que reposaba una lámpara y un joyero y, justo encima, al lado de la ventana, un espejo donde suponía que ella se arreglaba cada mañana. Al otro lado había un armario empotrado.

La habitación era pequeña comparada con la suya.

Se reclinó y dejó a Nerea sobre la cama. Ni siquiera encendió la luz, con la luz que les llegaba desde el comedor ya tenían bastante.

Se reclinó sobre ella y se besaron mientras dejaba caer su peso lentamente, apoyándose en los brazos para no cargarla.

La necesidad y el ansia por sentirse más cerca los consumía. Aitor se fundió con ella en un apasionado beso mientras ascendía su mano por su pierna. Llevaba un pantalón corto, lo que permitía que pudiese tocar su suave piel a lo largo de la pierna.

Se separó de ella poniéndose de rodillas sobre el colchón y le quitó los pantalones y la ropa interior. En otra ocasión se hubiese tomado más tiempo, hubiese disfrutado de cada caricia, pero llevaba muchos días esperando aquel contacto y sentía una necesidad enorme.

Nerea le ayudó con un movimiento de sus piernas a desvestirse y su ropa volvió a volar hasta el suelo. Luego iba a tener que ir buscando la ropa que se iban quitando por toda la casa.

La timidez de Nerea también se esfumó, obviamente ella también sentía esa necesidad. Se medio incorporó sobre el colchón y llevó sus manos hasta los botones del pantalón de él. En ese momento detectó que sus dedos no atinaban, pues temblaban, aunque en ese caso era por los nervios. Aitor fue consciente de ello y, tras unos segundos esperando a ver si ella lo conseguía, decidió actuar al escuchar su protesta.

—Joder —susurró ella al no poder desabrocharlos.

Aitor sonrió y llevó sus manos hacia el botón, desabrochándolo. Se quitó toda la ropa que le quedaba y finalmente se tumbó sobre ella.

La sensación que ambos experimentaron hizo que emitiesen un suspiro a la vez. La suavidad de la piel de ella, el notar cómo sus pechos se movían al unísono por una respiración acelerada fruto de la excitación del momento, el calor que desprendía el cuerpo de Aitor... hizo que el beso fuese agresivo, que no pudiesen contenerse más.

Nerea se abrazó a él juntando su cuerpo al de Aitor, desesperada por un mayor contacto. Ella era lo mejor que le había pasado, la única persona que le daba calma en aquel momento y que le hacía olvidar todo lo que había ocurrido. Ahora que Nerea sabía quién era él, se sentía unido a ella como a nadie.

Se incorporó entre sus piernas y entró suavemente en ella, intentando controlarse para no ser brusco ni ir demasiado rápido.

Apartó sus labios de los de ella y la observó. Nerea lo miraba con ternura, incluso se atrevería a decir que con amor. Si no fuese por ella no sabía qué haría en esos momentos. Aquellos últimos

días habían sido de locos y ella le proporcionaba una calma y un amor que no conocía en su mundo.

El gesto de Nerea le hizo mirarla intrigado.

—¿Ocurre algo?

Aunque le costó, intentó centrarse.

—Deberíamos usar...

—No hace falta —susurró contra sus labios.

—¿No? —preguntó sorprendida.

—No... —La besó—, después te lo explico.

Comenzó a moverse despacio, esta vez con toda la calma del mundo mientras sus respiraciones se acompañaban y sus latidos se sincronizaban.

Nerea se sujetó a su espalda, apretando cuando incrementaba levemente el ritmo. Pasó una mano por su mejilla atrayendo la mirada de él. Ambos se observaron durante unos segundos.

En ese momento Aitor tragó saliva.

—Estoy enamorado de ti —le confesó.

No hacía falta que dijese nada, ella ya lo sabía. La forma en que la miraba, cómo la besaba y sus caricias decían mucho más que unas simples palabras.

Ella le sonrió con ternura.

—Y yo de ti —admitió.

Aquellas palabras llenaron de felicidad a Aitor, aquello era lo único que necesitaba en aquel momento, sentirse querido, amado.

La besó con intensidad mientras aceleraba sus movimientos y cogía su mano situándola en la almohada. Ella, sin duda, era su bote salvavidas en medio de aquella tormenta.

—Entiendo —reaccionó pensativa—, pero ¿puedes tener hijos? —preguntó con curiosidad.

—Claro que puedo... es solo que supongo que al tener nuestras habilidades tenemos desarrollados otros sentidos —explicó—, cuando me uno a ti sé lo que sientes, si tienes dolor, si estás enferma... y puedo saber, entre otras cosas, si puedes quedarte embarazada.

Nerea parpadeó varias veces sorprendida.

—Es súper curioso... —rio—. Un poco raritos sí que sois, ¿eh? —bromeó, lo que provocó que Aitor besase su frente. Le gustaba la confianza que se estaba forjando entre ellos. Nerea suspiró y se apoyó de nuevo en su pecho, acariciándolo—. ¿Las personas poseídas se dan cuenta? —preguntó volviendo al tema principal que los ocupaba.

Aitor acarició su cabello y lo besó. Llevaban más de una hora hablando, tirados en la cama. Nerea se había apoyado en su pecho y él la rodeaba con un brazo.

—Andrés, uno de los chicos al que liberamos hace unos días, decía que era consciente de todo pero que no podía hacer nada. Era como si viese una película.

—Debe de ser horrible —comentó ella. Elevó su cabeza y apoyó su mejilla en la mano—. ¿Y no le vais a explicar a Paco lo que ocurre?

Aitor chasqueó la lengua y la miró con una leve sonrisa.

—Seguramente si Paco se entera nos echará una buena bronca. —Se encogió de hombros—. Por eso no hemos dicho nada. Lo preferimos así hasta que averigüemos realmente qué ocurre.

Ella suspiró y volvió a tumbarse sobre su hombro. Paseó su mano por su pecho hasta que se topó con la pequeña cruz de bronce. La sostuvo entre sus dedos y reclinó su cabeza para mirarlo.

—¿Eres cristiano?

—Nunca me lo había planteado —contestó con sinceridad—, pero después de lo que he vivido...

—Ya, te hace recapacitar, ¿no?

Aitor asintió y cogió la cruz de los dedos de Nerea.

—Nos la dio el sacerdote —explicó—. Todos los miembros de la división tenemos una. Por lo visto a los demonios no les gusta mucho el bronce y más cuando va acompañado de una imagen religiosa.

—¿Os protegen?

Aitor asintió.

—Sí, eso dice el padre Santiago.

—¿Y tú lo crees? —le preguntó.

—Sí. Después de enfrentarnos a varias posesiones he visto cómo rechazan los símbolos religiosos, incluso al colocar la cruz en su pecho o frente o tirarles agua bendita gritaban como si les quemase.

Nerea parpadeó varias veces.

—Qué horror.

—No es agradable —aclaró—. Pero... cuando liberamos a Andrés sentí que era una de las mejores cosas que había hecho en mi vida. —Ella lo miró y le sonrió con ternura—. Cuando nos enfrentamos a un ente paranormal, ya sea un lobo o un vampiro, es diferente. Son otras especies. Sin embargo... aquí la persona lo sufre en sus carnes.

—Entiendo —comentó acariciando su pecho—. Oye... —dijo con voz más animada—, ¿es cierto eso de que si te muerde un vampiro o un hombre lobo te conviertes?

Aquella pregunta hizo que Aitor riese.

—Un vampiro no. Los vampiros son una especie diferente. Se alimentan de la sangre humana, lo único que consiguen es matar a su víctima, esta no se convierte —explicó con calma—. Sin embargo, un hombre lobo es diferente... —Nerea escuchaba con atención—. Un hombre lobo sí puede convertirte con un simple rasguño.

—Vaya...

—Hay un antídoto, claro.

Aquello llamó la atención de Nerea que se incorporó.

—Ah, ¿sí?

Él asintió.

—Sí. Cuando un hombre lobo te hiere tienes unos minutos hasta la primera transformación. Si te inyectas el antídoto evitas que el virus del lobo se extienda por el organismo.

—¿Tienes ese antídoto?

Aitor negó.

—No. Son antídotos muy caros y difíciles de sintetizar. Se distribuyen a través del Pentágono que los envía al departamento del CNI. Allí guardan algunos. Si los necesitamos nos los envían.

—Pero...

—No hay hombres lobo en esta zona —explicó rápidamente—. Lo más cerca ha sido en los Pirineos franceses, y ya se encargó la división de allí. Si tenemos alguna sospecha de que puede haber algún lobo por la zona entonces sí los pedimos.

—¿Y te lo pondrás?

Él negó.

—Es un antídoto muy fuerte. Solo puede administrarse una vez el lobo te ha atacado y herido.

—Vaya... —susurró pensativa—. ¿Te has enfrentado a muchos?

Aitor sonrió. Nerea necesitaba saber y él la complacía con ganas.

—A vampiros más que a lobos —admitió—. Lobos solo me he enfrentado a unos cuantos en México. Sin embargo, contra vampiros he perdido la cuenta.

—¿Cómo son?

—¿Los vampiros? —Ella asintió—. Muy feos —bromeó él.

—No, en serio... —rio ella—, tengo curiosidad. Normalmente en las películas de vampiros suelen ser muy atractivos...

—Ni caso —comentó él divertido—. Son bastante altos y delgados. Con ojos negros y piel de un blanco azulado. No tienen ni un cabello en su cuerpo...

—Puajjjj...

—Y normalmente tienen los dedos muy largos y uñas fuertes. De hecho, siempre intentan cortarte con ellas.

—Vaya...

—Además, tienen mucha fuerza y se mueven prácticamente a la misma velocidad que nosotros —admitió—. Pero los lobos son peores... si un vampiro te muerde o te daña como mucho te encuentras mal unas horas, con mareos y ganas de vomitar, pero si un lobo te hiere...

—Ya, te transforma.

—Es más peligroso, sí —admitió él—. Lo único bueno es que un hombre lobo sí es consciente cuando se transforma, así que si es buena persona no tiene por qué dañar a nadie.

Ella volvió a recostarse sobre él.

—¿Y las brujas? Antes me has dicho que fuiste enviado aquí porque desde el CNI decían que había un aumento de la brujería. —Él asintió—. Yo... —apretó los labios—, durante las fiestas siempre visito alguna caseta... me echan las cartas del tarot.

Aitor comenzó a reír.

—No ese tipo de brujería —indicó—. Esas brujas, cuando no son un fraude, son brujas de nivel uno, y la mayoría practican la magia blanca.

—¿Nivel uno?

—Las clasificamos según su fuerza y peligrosidad —explicó—. Digamos que las de nivel uno son las inofensivas y las de nivel cuatro son las más peligrosas y, normalmente, están consagradas a la magia negra. Pueden hacer prácticamente de todo... —continuó explicando—, desde conjurar espíritus malignos hasta provocar un terremoto o muertes. Lo malo es que practicar la magia negra siempre exige un sacrificio y algún civil suele salir perjudicado.

—Entiendo —susurró ella asimilando toda aquella información. Se giró y miró hacia el techo—. Caray... jamás hubiese imaginado que algo así pudiese existir en realidad.

—Pues existe —comentó.

Nerea se quedó pensativa.

—El primer día que te vi detuviste a la meiga Borealis...

—Susana —recordó él.

Se giró de nuevo hacia él y lo interrogó con la mirada.

—¿Es mala?, ¿es peligrosa?

—No, no... Susana es la única bruja de verdad con la que nos hemos topado aquí.

Ella se giró con los ojos como platos.

—¿En serio?

—Bueno... —Chasqueó la lengua—. No es realmente una bruja, es espiritista. Puede hablar con los espíritus. Una vidente. Es buena persona. —De repente comenzó a reír—. De hecho, ella fue quien me animó a que hablase contigo. —Nerea enarcó una ceja en plan gracioso—. ¿Qué? —preguntó encogiéndose de hombros—. Me daba un poco de vergüenza acercarme, no sabía qué decirte.

—Ya... —rio ella.

Aitor se giró rodeándola con el brazo.

—De hecho... no tengo ningún jardín —admitió.

—No sé por qué, pero me lo suponía —continuó ella riendo.

—Se trata de una parcela muy pequeñita.

—Ajá... —comentó ella sonriente—. Entonces, mejor te quito de mi agenda...

—No, no... —Aitor se quedó pensativo—. De hecho, estoy pensando...

—Miedo me da —ironizó.

—En principio, como te he dicho, nuestras identidades son secretas, nadie puede saber quiénes somos o a qué nos dedicamos...

—Claro, puedes estar tranquilo —repitió ella—. No se lo diré a nadie.

—No, no... —continuó él con una sonrisa—. ¿Tienes libre la mañana?

Aquella pregunta la sorprendió y parpadeó varias veces.

—No, bueno... tengo que ir al almacén, pero soy la jefa, así que...

—Mañana tengo que estar a las siete de la mañana en casa. ¿Me acompañas?

—¿A tu casa? —preguntó asombrada.

Él asintió.

—Sí, y tomas medidas del jardín...

—Pero... —continuó ella pensativa—, estarán tus compañeros, ¿no?

—Solo dos de ellos y son unos pesados. Concretamente hay uno que no dejaba de insistirme en que viniese a verte... —Aquel comentario hizo gracia a Nerea—. Quiero ver la cara que ponen cuando vean que lo sabes.

Ella enarcó una ceja.

—¿No me has dicho que está prohibido que lo digáis? ¿No te meterás en un lio?

—Qué va... nos cubrimos las espaldas, además, yo también soy el jefe de la división, así que...

—¿Eres el jefe? —preguntó seria.

Él la miró sin comprender.

—Claro, ya te lo había dicho.

—Ahhhh... pensaba que era una forma de hablar.

—Pues no, soy el jefe. Nos llevamos muy bien, pero quiero ver las caras de Miguel y Daniel cuando te lleve allí y les explique. —Directamente comenzó a reír.

—Hummm... vale —respondió ella no muy segura, sin comprender muy bien la razón por la que él reía.

Nerea echó el freno de mano y miró la casa que tenía enfrente. Aitor le había indicado el camino para llegar a su casa. Apenas habían dormido unas pocas horas en toda la noche. Cuando se habían levantado se habían dado una ducha, habían tomado un café y se habían dirigido a casa de Aitor. Más tarde pediría a uno de sus compañeros que fuese a por el coche que había aparcado en la calle de Nerea.

Aitor se quitó el cinturón y la miró con una sonrisa.

—Aquí es —dijo mientras ella apagaba el motor.

La casa era grande y, en comparación con las del resto del pequeño poblado, estaba bien conservada.

—Nunca había venido a este pueblo —admitió ella.

—Vive poca gente. Tres personas —explicó él abriendo la puerta del vehículo—. Nos instalaron aquí por eso mismo.

—Es mejor pasar desapercibidos, ¿eh? —bromeó ella.

Aitor asintió y se giró hacia la puerta de la vivienda cuando escuchó que se abría. Miguel y Daniel salían de la casa y ambos se sorprendieron al verlo allí. La sorpresa fue aún mayor cuando vieron también a la muchacha que salía por la puerta del vehículo.

Miguel enarcó una ceja hacia su jefe y sonrió.

—A buenas horas... —ironizó él.

—Ya —contestó Aitor acercándose a ellos mientras se pasaba la mano por la nuca. Le hizo un gesto a Nerea para que se acercase—. Supongo que os acordáis de ella. Nerea —comentó, pues hasta ese momento no les había dicho su nombre.

Tanto Daniel como Miguel sonrieron hacia la muchacha, aunque no podían evitar su cara de sorpresa por verla allí.

—Sí, claro... —respondió Daniel—. Nos alegramos de verte.

—Y también nos alegramos de verte a ti, jefe —siguió Miguel colocando una mano en su espalda y dando una palmadita, gesto que comenzaba a convertirse en una tradición por parte de este.

—Ya —respondió Aitor—, seguro que sí —ironizó.

—Sí... —exageró Miguel—. Toda la noche fuera... —pronunció lentamente, exagerando sus palabras.

Aitor suspiró y se apartó de él, pues estaba seguro de que le daría otro golpe en la espalda si se quedaba allí quieto.

—Bueno... —dijo Aitor girándose hacia Nerea y señaló la pequeña parcela—, este es el jardín —bromeó.

—Esto no es un jardín... a duras penas es un trozo de tierra donde se pueden sembrar cuatro macetas —continuó ella divertida.

—Estoy seguro de que escogerás bien cuáles poner —continuó Aitor en tono bromista.

Miguel y Daniel se miraron de reojo, ¿de qué iba aquella conversación?

—Hummm... —comentó Daniel—, íbamos a ir ahora a... —Miró de reojo a Nerea—, ya sabes... —susurró mirando a su jefe.

—Sí, a casa del padre Santiago —concretó Aitor sin problema mientras Nerea analizaba asombrada la parcela de tierra, sin duda era más pequeña de lo que había imaginado.

Se giró hacia él medio riendo.

—De verdad, Aitor... qué excusa más mala —bromeó ella volviendo la mirada hacia la tierra de nuevo.

Aitor se encogió de hombros.

—Ya te lo dije.

De nuevo, sus compañeros se miraron de reojo.

—¿Vas a venir? —preguntó Miguel en un susurro hacia Aitor—, ¿o prefieres descansar? —acabó con un tono bravucón.

Aitor enarcó una ceja hacia él.

—Voy —ratificó. Miró de nuevo a Nerea sin prestar más atención a sus compañeros—. ¿Tienes que tomar medidas?

—¿Estás de broma? —preguntó ella colocándose a su lado.

De acuerdo, estaba claro que entre los dos había mucha complicidad, no solo por las cosas que decían, sino por el tono que empleaban. Sin duda, algo había sucedido entre ellos.

—Bueno, pues... ¿nos vamos? —preguntó Miguel sin saber qué decir. Se acercó a su jefe sigilosamente—. ¿Y ella? —le susurró.

—Ella se va ahora —comentó.

—Creo que ya sé qué flores puedes poner ahí —continuó Nerea.

—¿Sí? —preguntó Aitor.

—¿En serio? —intervino Miguel sin comprender de qué iba todo eso, asombrado porque su jefe realmente quisiese poner flores.

Aitor se giró y se encogió de hombros.

—No veo por qué no. Quedará mucho mejor que como está ahora —Señaló la tierra, lo que hizo que Miguel suspirase.

—Pues nada... pongamos flores —ironizó—. Pero te encargas tú de regarlas —comentó con los dientes apretados.

Aitor asintió y dio una palmada.

—¿Estáis listos? —Ambos asintieron—. ¿Llevas los sellos demoníacos? —preguntó.

Ambos abrieron los ojos de par de par, de hecho, a Miguel casi se le salieron de las cuencas cuando su jefe pronunció aquello.

—Aitooooorrr... —pronunció por lo bajo en un claro tono de advertencia ante la cercanía de Nerea.

Aitor señaló con un movimiento de cabeza a Nerea que se situaba ya a su lado.

—No pasa nada. Está enterada de todo —aclaró al fin.

Daniel y Miguel miraron a la muchacha que, en esta ocasión, les sonreía tímida.

Miguel se removió incómodo y colocó sus brazos en la cintura, en forma de jarra.

—¿Y se puede saber por qué? —preguntó con tensión en la mandíbula, luego miró a Nerea con una leve sonrisa—. No es por ti, ¿eh? Es por mi jefe y la enorme boca que tiene.

Aitor lo miró en plan jocoso.

—Da la casualidad de que Rut es amiga de Nerea y le explicó con pelos y señales lo ocurrido el día del exorcismo a su marido —explicó.

Daniel y Miguel miraron sorprendidos a Nerea.

—Ahhhhh —contestaron al unísono.

—Así que... —continuó Aitor—, he preferido explicarle todo.

—Ya... —intervino Daniel—, ¿todo?, ¿todo? —insistió.

—Todo —sentenció Aitor—. Sabe quiénes somos, a lo que nos dedicamos y nuestras habilidades innatas.

Nerea lo miró aún con timidez.

—Podéis estar tranquilos, no diré nada.

—Sí, sí... si nos fiamos de ti —comentó Miguel, aunque sin mirarla, observando por el contrario a su jefe—. ¿Cómo se te ocurre? —preguntó alzando la voz, sin importarle que la muchacha estuviese delante.

—¿Qué querías que hiciese? —preguntó Aitor—. Rut le explicó todo. ¿La engaño más? ¿Dejo que ella investigue y que lo comente con más personas?

Miguel resopló y se pasó la mano por la cara, agobiado.

—¿Sois pareja? —preguntó Daniel con voz tranquila, llamando la atención de todos.

Aitor miró de reojo a Nerea, aunque no lo habían hablado la situación estaba clara para los dos, sobre todo después de aquella noche.

—Sí.

—Eso no cambia nada... —comentó Miguel de los nervios—, en principio solo dejan revelarlo a la pareja después de dos años de matrimonio, ya lo sabes —Lo señaló.

—Oye... —Lo cortó Aitor—, ¿no eras tú el que me decías que me acercase a ella?

—Joder —comentó—, que te acercases, no que le explicases todo al detalle. —Resopló y volvió a mirar a la muchacha que se mantenía ahí callada—. En serio, no es por ti —volvió a decir.

—Claro, tranquilo —comentó ella con paciencia—, pero por mí no os preocupéis. Jamás revelaré vuestro secreto y, la verdad, después de lo que me explicó Rut me quedé mucho más tranquila cuando Aitor me dijo la verdad. —Se encogió de hombros—. De esta forma podré hablar con Rut con claridad y calmarla, además de asegurarme de que no vuelva a decir nada a nadie más.

Aquella respuesta dejó a Miguel con la palabra en la boca.

—Hummm... —comentó esta vez más tranquilo y algo avergonzado por su actitud—, sí, eso supongo que estaría bien.

Aitor miró a Miguel.

—Tanto Rut como ella trabajan de cara al público, y ya sabes lo que ocurre en un pueblo, las noticias vuelan. Nerea la controlará y la calmará cuando sea necesario, por lo visto está bastante asustada por lo que ocurrió.

Miguel asintió.

—Está bien... perdona —Y chasqueó la lengua—. ¿Qué será? —preguntó mirando a Aitor de nuevo—. ¿Nuestro topo?

Aitor casi explotó de la risa.

—No, nada de eso. Ella se mantendrá al margen de todo.

Miguel chasqueó la lengua.

—Vaya, pues... —Y la miró a ella—, sinceramente, ya que estás enterada de todo no nos iría mal que nos explicases rumores, cosas que dice la gente en el pueblo...

—Claro, lo tendré en cuenta —comentó ella animada—. Por mi tienda pasa mucha gente y me entero de muchas cosas.

—Pues ea... —comentó Miguel—, ya tenemos a nuestra topo. —Luego miró a Aitor que lo observaba con una ceja enarcada—. Ya que lo sabe... pues no nos irá mal —. Miró de nuevo a Nerea—. Te pondremos un nombre en clave. ¿Qué tal florecilla?

Nerea le sonrió y Aitor suspiró.

—Sí... —comentó Aitor girándose hacia ella—, supongo que no irá mal, aunque el nombre hay que pensarlo mejor —ironizó.

—Yo encantada de ayudaros —reaccionó Nerea.

Daniel colocó una mano en el hombro de la muchacha y dio una palmadita.

—Me alegro... —dijo divertido—, a nuestro jefe ya le iba a dar algo. —Aquellas palabras hicieron que Nerea sonriese y Aitor resoplase—. Supongo que estará bien poder desahogarse con alguien que no sea uno de nosotros. Bienvenida al club.

—Gracias —contestó ella risueña.

Daniel le sonrió y colocó una mano en la espalda de Miguel.

—¿Nos vamos? —le preguntó—. Te esperamos en el coche —dijo hacia Aitor.

—De acuerdo.

—Me alegro mucho de verte —comentó Daniel—. Supongo que nos iremos viendo más a menudo.

—Supongo —contestó ella.

Miguel alzó la mano.

—Hasta la próxima —respondió mientras sacaba las llaves del coche de su bolsillo.

En cuanto se quedaron solos Aitor se giró hacia ella, Nerea le sonreía divertida.

—A tu compañero Miguel casi le da un patatús —bromeó.

—Esa era la intención, aunque, sinceramente, pensaba que reaccionaría peor —acabó riendo.

Nerea miró el coche aparcado unos metros más adelante, donde Miguel y Daniel se subían.

—Parecen buenos chicos.

—Lo son. —Ladeó su cuello—. Supongo que ahora no habrá problema en que vengas algunas noches aquí.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Aquí?

—Tengo mi propia habitación individual, no dormimos todos juntos —aclaró.

—Ya, pero... no sé... —musitó dejando la frase sin acabar.

Aitor sonrió de soslayo y se inclinó un poco hacia ella.

—No habría problema, las paredes están insonorizadas —le susurró al oído provocando que ella riese.

—Ah, pues menos mal —bromeó ella. Suspiró y se giró un momento hacia el vehículo donde los dos compañeros de Aitor lo esperaban. Se giró de nuevo hacia él y lo observó, le parecía increíble todo lo que le estaba ocurriendo—. Esta noche me es imposible quedar —comentó ella —, viene mi sobrino a casa, pero mañana... —dijo aún con cierta timidez—, mi hermana ha contratado a una canguro, Paula, y se queda con mi sobrino hasta las diez de la noche. Si quieres

puedo pedirle que se quede un par de horas más y así podemos quedar para cenar.

Aitor asintió.

—Pero... tu sobrino...

—No pasa nada. Xabier es pequeño y se acuesta pronto, así que para cuando yo llegase a las diez ya estaría dormido... y a Paula no le importará quedarse unas horas más, además, me lo dijo mi hermana. No hay problema —señaló.

—De acuerdo, pues... ¿paso a buscarte mañana por la tienda?

—Mejor por casa, así veré a mi sobrino antes de irme.

Se agachó hacia ella y la besó en los labios. No esperaba que delante de sus compañeros tuviese esos gestos con ella.

Un pitido provino del vehículo, estaba claro que los habían visto. Tanto Nerea como Aitor rieron, pero este se giró al escuchar que Miguel bajaba la ventanilla del coche.

—Ehhhhh... ten un poco de piedad, que el resto estamos solteros —bromeó Miguel.

Aitor puso los ojos en blanco y se giró hacia ella.

—Nos vemos mañana. —Ella asintió—. Vamos hablando.

Nerea alzó una mano mientras se dirigía hacia su propio coche.

—Hasta mañana. Tened cuidado —dijo ya mirando a los tres.

Miguel sacó una mano del coche por la ventanilla.

—Los demonios son los que deben tener cuidado —bromeó bravucón.

Aquel comentario hizo gracia a Nerea que llegó hasta el coche y se despidió con un movimiento de mano.

Aitor se sentó en el asiento del copiloto y esperaron a que ella abandonase la carretera para que Miguel encendiese el coche.

—Vaya, vaya... jefe... así que... fue una buena noche, ¿eh? —comentó con tono pícaro alzando sus dos cejas.

Aitor asintió con una leve sonrisa mientras se ponía el cinturón.

—Sí.

—Y tanto que sí —continuó Miguel—, mira que sonrisilla.

—Sí, Aitor —intervino Daniel desde atrás—, ahora ya no nos gritarás más, ¿verdad?

—Ahora serás todo amor y buenas palabras —continuó Miguel con la broma.

Aitor resopló y los miró a los dos.

—No os penséis... ahora mismo os daría un par de hostias y algún que otro grito...

—Pero no lo harás... —comentó Daniel desde atrás.

Miguel puso primera y arrancó.

—No, no lo harás porque estás enamorado. Ahora vives en un mundo de arcoíris, de flores y mariposas...

—Cállate y conduce —gruñó Aitor.

—Oh, venga... va... si se te ve feliz —continuó con la broma Miguel— Me alegro mucho por ti.

—Y yo... —comentó Daniel desde atrás—. No solo por ti, sino por todos nosotros. Estos últimos días estabas inaguantable.

—¿Quién iba a decir que una noche con ella te cambiaría tanto el carácter? —volvió Miguel a la carga.

—Se está rifando una hostia... —advirtió Aitor de nuevo.

Miguel giró su cuello hacia él.

—Y tengo todas las papeletas, ¿verdad? —preguntó Miguel con ilusión—. ¡Qué emoción!

Aitor puso los ojos en blanco y negó con su cabeza mientras Miguel se internaba ya en la carretera principal en dirección a la vivienda del padre Santiago. Si había pensado que el confesarles que tenía una relación con Nerea iba a frenar las insinuaciones y las bromitas por parte de ellos iba muy equivocado.

Nerea se pasó el pintalabios por los labios y se miró en el espejo. Se había puesto un vestido de color rojo por encima de la rodilla acompañado de una fina chaqueta negra a conjunto con los zapatos. Se había alisado el cabello y maquillado. No acostumbraba a maquillarse mucho, lo justo para darse un mejor color, pero cuando lo hacía notaba la diferencia.

Salió del aseo justo cuando escuchó una llamada perdida en su móvil conforme que Aitor la esperaba abajo. Fue a la habitación donde su sobrino dormía hacía aproximadamente una hora. Cuando había llegado del trabajo, Paula lo había acostado un poco antes, por lo que ya estaba profundamente dormido.

Salió del aseo y fue hacia su dormitorio para coger el bolso. Se aseguró de que lo llevaba todo y se miró de nuevo en el espejo. Sí, estaba satisfecha con el resultado.

Se dirigió al comedor donde se encontraba Paula sentada en el sofá, viendo una película.

—Me marchó ya —comentó—. Muchas gracias por quedarte unas horas más.

Paula se levantó con una sonrisa.

—No pasa nada, yo encantada —contestó con sinceridad.

—Volveré sobre las doce —explicó Nerea—. Si tienes hambre en la nevera encontrarás de todo. Cualquier cosa que necesites llámame.

—Tranquila, disfruta de la noche —respondió ella acompañándola a la puerta—. No creo que se despierte ni que pase nada en poco más de dos horas —bromeó ella—, pero tranquila que cualquier cosa te aviso.

Aquella respuesta la dejó tranquila.

—Perfecto, pues hasta luego —se despidió Nerea cerrando la puerta.

Bajó las escaleras con cuidado, pues no acostumbraba a llevar tacones. Se abrochó la chaqueta mientras salía del portal justo cuando vio el todoterreno de Aitor aparcado a unos metros de su casa.

Aquel último día había tenido tiempo suficiente para hacerse a la idea de todo lo que le había explicado. Aún le parecía increíble, como si estuviese en un sueño, pero suponía que poco a poco se acostumbraría a la idea, sobre todo respecto a él y sus extrañas habilidades.

Aitor bajó del todoterreno. Vestía unos tejanos y una camisa negra. Rodeó el vehículo y fue hacia ella.

—Hola —la saludó con una sonrisa. No dio tiempo a que ella lo saludase. Se acercó y la besó, sintió cómo los músculos de Nerea se ponían en tensión durante un segundo, sobresaltada por el gesto, pero luego se relajaban. Se separó de ella y le sonrió—. Llevaba desde ayer esperando para hacer esto. —Nerea rio por sus palabras y chasqueó la lengua. Ella sentía lo mismo, aunque era más tímida que él para expresarlo—. ¿Te apetece sushi? —bromeó—. Al final no nos comimos el que llevé a tu casa, se quedó ahí, esperando...

Ella asintió.

—Claro —respondió.

—Sube —comentó señalándole con la cabeza el vehículo.

Nerea subió y se puso el cinturón.

—¿Qué tal con tu sobrino? —preguntó Aitor mientras la imitaba y arrancaba el vehículo.

—Muy bien —contestó risueña—. Xabier es un amor de niño. Es muy bueno. Mañana lo viene

a recoger mi hermana por la noche, cuando descansa un poco.

—¿Tiene guardia toda la noche?

Ella asintió mientras él se incorporaba a la carretera.

—Sí, acaba mañana a las ocho de la mañana. Así que dejo que descansa durante el día y luego por la tarde o noche viene a buscarlo —explicó—. ¿Sabes dónde está el restaurante?

—Claro, fui el otro día —respondió encogiéndose de hombros.

Nerea observó cómo giraba a la derecha. El restaurante estaba relativamente cerca, a unos minutos en coche de su casa.

—¿Y tú? ¿Qué tal? —preguntó. Se giró y lo miró intrigada—. ¿Muchos exorcismos?

Aitor sonrió al escuchar la pregunta. Sin duda, Nerea quería saber, parecía intrigada por su trabajo.

—Sí, hemos hecho unos cuantos, pero sobre todo hemos empleado tiempo en la investigación.

—¿Investigación?

—Sí, por lo que te comenté de las puertas del infierno —le recordó—. Interrogamos a los demonios...

—¿Eso podéis hacerlo?

—Por poder se puede —Se encogió de hombros—, otra cosa es que respondan —acabó ironizando—. No son muy dados a hablar y, cuando lo hacen, no dicen cosas muy agradables.

—Ya me imagino.

Torció a la izquierda y miró la calle.

—Es esta calle, ¿verdad?

—Sí, al final de esta —respondió. Aitor aminó la marcha para buscar aparcamiento—. ¿Sabes? La artemisa la usaban para alejar los malos espíritus...

—¿La artemisa?

—Es una planta —explicó Nerea—. Y el hinojo también. Todavía hoy en muchos pueblos casi abandonados tienen por costumbre colgar un ramito de hinojo en la puerta para alejar a los demonios.

Aitor enarcó una ceja.

—¿En serio? —preguntó sorprendido.

Ella asintió.

—Quizá alguna planta os sirva para fortalecer el exorcismo —sugirió ella.

—No está mal pensado —comentó—. ¿Conoces muchas plantas?

—Me dedico a ello, ¿tú que crees? —presumió. Él la miró de reojo—. Vale, solo tendría que informarme un poco más sobre qué plantas usaban en la antigüedad. Podría conseguir las fácilmente.

Aitor vio un sitio y puso el intermitente para aparcar.

—Podríamos probar.

—En la tienda tengo hinojo, ya te daré un poco para que experimentes —sonrió.

—Gracias —contestó en tono bromista—. Cualquier ayuda es buena.

Ella se encogió de hombros con una sonrisa.

—Bueno, ya sabes... soy vuestro topo —bromeó—. Florecilla —E inclinó una ceja hacia él.

Aitor carraspeó mientras frenaba para aparcar en un hueco que había encontrado.

—Ya, Miguel... no le hagas mucho caso.

—No, si no me importa... —continuó ella con un tono divertido—, pero me choca ese nombre...

Él se encogió de hombros mientras aparcaba.

—Bueno, saben que tienes un negocio de flores.

—¿Les habías hablado de mí? —preguntó intrigada, con ganas de saber.

Apagó el motor, la miró y sonrió un poco tímido.

—Más o menos... —se sinceró—, mis compañeros son muy persuasivos. Hasta el momento de la posesión de Jaime estábamos... bastante aburridos —acabó explicando—, así que se dedicaban a cotillear. Adivina quién era el objetivo de todos esos cotilleos...

Aquel comentario hizo que Nerea riese mientras se quitaba el cinturón.

—Y ahora estáis demasiado entretenidos...

—Demasiado —corroboró él mientras salía del vehículo. Había aparcado el todoterreno a una manzana del restaurante—. ¿Vamos? —preguntó rodeando el vehículo para ir a su encuentro.

Ella asintió y colocó el bolso en su hombro.

El restaurante era bastante amplio. El *sushi de Lemos* estaba especializado en sushi, aunque tenía muchas más recetas en la carta que parecían apetitosas. Las mesas con su mantel blanco se distribuían por todo el restaurante. Al final de este, en una pared, se dibujaba una ciudad japonesa que ambientaba el restaurante.

El camarero de origen asiático los acompañó a la mesa y les dio la carta.

—Vaya... —comentó Aitor—, hay mucha cosa.

—Es bufé libre, pero lo traen a la mesa. —Lo miró y sonrió mientras observaba la carta—. El sushi de aguacate es el que más me gusta. El de salmón con queso también está riquísimo. Y los *noodles* con ternera.

—¿Has venido muchas veces?

—Un par de veces con mi hermana y mi sobrino —explicó—. Solemos pedirlo para llevar y lo comemos en casa mientras vemos una película.

Aitor asintió.

—¿Qué me recomiendas?

Ella observó la carta y le sonrió abiertamente.

—¿Me dejas que pida? —preguntó entusiasmada. Él asintió—. De acuerdo.

En cuanto el camarero llegó para pedirles nota Nerea recitó los números de los platos que quería para comenzar.

—¿Y de beber? —preguntó el camarero.

—Yo quiero agua —respondió Nerea.

—Lo mismo —intervino Aitor.

El camarero tomó nota y se alejó para hacer el encargo en la cocina.

—No creo que nos quedemos con hambre, pero si es así podemos pedir más. —Cogió el bote de soja que reposaba sobre la mesa y se echó en un cuenco. Luego observó los palillos—. ¿Prefieres tenedores?

Aitor negó.

—No, probaré con los palillos —dijo abriendo el paquete de papel donde venían envueltos.

—Yo sí pediré cubiertos. No se me da muy bien —confesó. Suspiró y se apoyó contra la silla mientras lo observaba. Luego miró hacia los lados asegurándose de que nadie los escuchaba y volvió a apoyarse contra la mesa, acercándose a él por encima—. Hoy he hablado con Rut...

Aitor la interrogó con la mirada.

—¿Te ha dicho algo?

Tragó saliva.

—He ido a desayunar con ella. Sigue muy asustada.

—Es normal —pronunció con paciencia.

—Le he preguntado si lo había comentado con alguien más y me ha dicho que no, que ni loca. Que seguramente no la creerían.

—Es lo que suele ocurrir.

—Y... bueno...

Aitor enarcó una ceja.

—Dime.

—Me ha vuelto a preguntar por ti, ha estado un rato insistiéndome con que fuese con cuidado contigo...

Aitor carraspeó y sonrió.

—¿Y qué le has dicho?

—Que fuiste sincero conmigo y me lo explicaste todo, que ayudas a la gente... pero para que no cunda el pánico y poder ayudar mejor a Jaime es mejor mantenerlo en secreto, imagina qué ocurriría si esto saliese a la luz...

Aitor asintió y sonrió de una forma traviesa.

—Te agradezco lo que has dicho, pero no te preguntaba eso... —Ella lo miró sin comprender —, me refiero a lo que dice que de vayas con cuidado conmigo. ¿Qué opinas?

Ella lo estudió con la mirada.

—Creo que está claro, ¿no? —preguntó con una leve sonrisa—. Estoy cenando contigo. —Se apoyó contra la silla—. No me asusta lo que haces... —susurró—, me sorprende, me parece fascinante, pero ya no me asusta.

—Me alegro de que pienses así —comentó tranquilo.

Ambos se sonrieron justo cuando el camarero llegó con los primeros platos, depositándolos en el centro de la mesa.

—¿Puede traerme unos cubiertos, por favor?

Nerea había pedido una bandeja de sushi con aguacate y otra de salmón flameado.

—Ahora traerán más. Esto es para comenzar.

—Tiene buena pinta —comentó él cogiendo los palillos.

Una vez el camarero trajo los cubiertos a Nerea y esta pinchó el primer sushi él hizo lo mismo.

Nerea lo observó divertida.

—Se te dan bien los palillos. ¿Los has usado mucho? —preguntó mientras mojaba el sushi en la salsa de soja.

—No, es la primera vez.

—Vaya... —comentó asombrada, y se metió el sushi en la boca.

—Soy habilidoso con las manos —comentó con la mirada fija en ella, con una clara insinuación.

Sí, estaba claro lo que quería decir y, lo peor de todo, es que tenía toda la razón del mundo. Sí, era muy habilidoso tal y como le había demostrado la otra noche en su casa.

Ella intentó controlarse y miró de reojo hacia los lados.

Notó cómo una gota de salsa de soja resbalaba por su barbilla. Cogió y se limpió con la servilleta rápidamente. En ese momento se dio cuenta de que él la observaba con la mirada encendida de pasión.

—¿Me estás provocando? —preguntó con un tono divertido.

—No, no... la soja... —comentó como si nada, aunque luego coincidió con la mirada de él, pues sin querer provocarlo parecía que lo había conseguido. Si las miradas quemasen ahora mismo estaría convertida en cenizas. Aquella reacción por parte de él le hizo gracia y enarcó una ceja en su dirección mientras cogía otro sushi y lo mojaba en la salsa.

—Cuidado...

—¿Con qué? ¿Con el sushi? ¿Con la salsa de soja?... —le mostró los dientes con una sonrisa forzada—. ¿Contigo?

—Si vuelve a gotearte soja por el labio voy a tener que sacarte a rastras de este restaurante y aún tienen que traer muchos platos.

Lo sumergió lentamente en la salsa de soja, provocándolo. Aitor enarcó una ceja al ver lo que ella hacía.

—Ah, ¿sí? —bromeó ella llevándose el sushi a la boca.

Aitorladeó su cuello y observó cómo introducía el sushi en la boca.

—Estás jugando con fuego...

—¿Y me voy a quemar? —ironizó ella.

Aitor se apoyó contra la mesa, echando su cuerpo hacia delante para acercarse a ella. Nerea le aguantó la mirada. Le gustaba aquel jugueteo con él.

—En cuanto acabemos la cena, tenlo por seguro —prometió.

Nerea se quitó la camiseta arrojándola al asiento delantero.

La cena había sido más rápida de lo que esperaba, en menos de media hora habían pedido la cuenta y salido del restaurante rumbo al vehículo. Ni siquiera habían decidido mover el coche. Se habían metido en la parte trasera y besado con desesperación.

Nerea se sentó a horcajadas sobre él sin abandonar sus labios. Si lo que había sucedido entre ellos hacía dos noches había sido excitante aquello lo superaba con creces.

Sintió cómo las manos calientes de Aitor recorrían su cintura con suavidad y la inclinó hacia delante.

—Un momento —susurró contra sus labios.

Aitor se echó más hacia delante hasta llegar al salpicadero y pulsó un botón. Los cristales se tintaron impidiendo así que la luz de las farolas cercanas entrase con tanta facilidad en el interior del vehículo y permitiéndoles una mayor intimidad.

El cambio de luminosidad en el interior la desconcertó y miró alrededor.

—Si alguien pasa cerca del vehículo no nos verá.

—¿Están tintados? —preguntó sorprendida mientras él volvía a apoyar su espalda.

—Sí —respondió quitándose la camiseta—. De esta forma nos permite transportar vampiros sin que la luz del día los mate.

Ella lo miró asombrada y parpadeó varias veces.

—Ya me explicarás eso mejor en otro momento —dijo antes de volver a besar a Aitor.

No dejaba de sorprenderse, y más tarde ya le preguntaría por ello, pues quería saber, pero ahora tenía otra cosa entre manos mucho más interesante.

Con un movimiento de pies dejó caer sus zapatos mientras Aitor le levantaba la falda del vestido. Paseó sus manos sobre sus piernas con suavidad sin dejar de besarse. Nerea no solo despertaba la parte más tierna y protectora de él, sino también la bestia que llevaba dentro.

Se incorporó provocando que ella se levantase levemente para acabar de desnudarse y ella volvió a sentarse sobre él uniendo su pecho al de Aitor. La sensación era aún más placentera que la última vez, pues ambos buscaban impacientes aquel contacto.

Aitor descendió por su cuello mientras paseaba sus manos por su espalda y sentía cómo su piel se erizaba.

No esperaba acabar así con ella y mucho menos en uno de los todoterrenos que usaba la división. Aquella noche sabía que la casa de ella no estaba libre y ni loco iba a llevarla a su casa para encerrarse con ella en la habitación, pues sabía de buena tinta que sus compañeros se darían

cuenta de ello, así que, al menos, había tenido suerte y había cogido uno de los amplios todoterrenos. Hubiese sido mucho más difícil en uno de los deportivos que guardaban en el garaje que, aunque eran espaciosos, no lo eran tanto como este.

Nerea se incorporó sobre él elevándose y se dejó caer suavemente mientras él entraba en su interior.

Un gemido de placer salió despedido de los labios de ambos cuando Nerea comenzó a moverse lentamente sobre él. Aitor la sujetó por las caderas ayudándola en los movimientos. Sin duda, era la experiencia más excitante que habían tenido hasta ese momento.

Nerea comenzó a incrementar sus movimientos con la ayuda de él, sincronizando sus respiraciones. Se sujetó más fuerte a sus hombros mientras él la sujetaba por las caderas, ayudándola en unos movimientos cada vez más rápidos.

Sus labios se encontraron mientras ambos llegaban juntos al éxtasis, deleitándose con cada caricia y con cada suspiro.

Perdió la noción del tiempo, incluso de dónde se encontraba, y solo después de experimentar el placer más extremo y de caer en el pecho de él exhausta logró ubicarse de nuevo.

Aquella experiencia había sido increíble. Aquel no era el lugar más adecuado para lo que había ocurrido, pero no podía negar que así era mucho más excitante.

Apoyó su frente en la de él intentando calmar su respiración. A diferencia de ella, Aitor tenía una respiración tranquila. Se separó de Nerea y paseó una mano por su mejilla a modo de caricia. Se acercó a sus labios y los besó.

—Pues... —comentó él con una sonrisa—, muy bueno el postre. —Y elevó sus dos cejas a la vez.

El comentario hizo que ella riese mientras se incorporaba sobre él. Aitor acarició su espalda y sus brazos.

—Sí, no ha estado mal —contestó divertida.

Aitor enarcó una ceja.

—¿No ha estado mal? —preguntó con una leve sonrisa.

Nerea se situó a su lado y directamente buscó su ropa para vestirse. Aunque los cristales estaban tintados y estaba segura de que nadie podía verlos desde fuera no estaba del todo tranquila desnuda.

Cogió la ropa interior y se la puso mientras él hacía lo mismo.

—Hubiese sido mejor en mi piso —respondió.

Aitor se incorporó para ponerse los pantalones y se abrochó los botones.

—Pues a mí me ha gustado aquí. Tiene su morbo —rio.

—Eso no te lo voy a discutir —contestó ella mientras pasaba el vestido por su cabeza.

Aitor cogió la camiseta y la metió por los brazos y la cabeza.

—Ya, pero está tu sobrino... —contestó—. Y en mi casa están mis compañeros... —acabó diciendo—, que más o menos son lo mismo.

Nerea rio y lo miró intrigada mientras se ponía los zapatos.

—¿Te da vergüenza llevarme a tu casa?

—No me da vergüenza —contestó poniéndose los zapatos—. Ahora eres la novedad. No nos dejarían tranquilos y si nos encerrásemos en la habitación luego tendría que aguantar sus comentarios durante días. —La miró y le guiñó un ojo—. Más adelante, cuando se acostumbren un poco más a ti. —Se apoyó contra el respaldo y la observó. Se había vestido y se abrochaba los botones delanteros del vestido—. Si quieres pasado mañana podrías venirte a cenar.

—¿A tu casa?

—¿Por qué no? No estaremos todos. Separamos la división en dos grupos para turnarnos. —Se encogió de hombros—. Mañana por la noche me toca quedarme en casa del padre Santiago, pero pasado mañana estaré con Daniel y Miguel en casa. A ellos ya los conoces.

—No sé... —contestó tímida.

—Solo si quieres, pero podrías cenar con nosotros. Así te van conociendo.

La idea le gustó. Aitor la invitaba a su casa con sus compañeros, quería incluirla del todo en su vida, lo cual le encantaba, pero no podía evitar sentirse intimidada ante aquello.

Si la relación que habían comenzado iba bien, ella también tendría que presentárselo a su hermana. Estaba segura de que Joana estaría encantada.

—De acuerdo —dijo al final—. Y... —susurró apartando la mirada de él—, tú podrías venirte el fin de semana y te presento a mi hermana.

—Claro —contestó él con naturalidad.

—Mi hermana piensa que eres policía.

No pudo continuar hablando, pues la música del móvil de Aitor inundó el todoterreno.

Se llevó la mano al bolsillo y extrajo el móvil. Miró la pantalla preocupado.

—Víctor —susurró él.

—¿Problemas? —preguntó Nerea.

—No lo sé —contestó.

Descolgó y se llevó el teléfono a su oído.

—Hola, Víctor —dijo.

—Hola, perdona que te moleste... —comenzó. Estaba claro que sabía que estaba en una cita. Seguramente Daniel y Miguel se lo habrían dicho—. Deberías venir a casa del padre Santiago.

—¿Ahora? —preguntó preocupado—. ¿Qué ocurre?

De fondo pudo escuchar la voz del padre Santiago y de Anael.

—Rut está aquí. Hay... hay algo que debes ver —comentó.

Había dejado a Nerea en su casa y se había dirigido a casa del padre Santiago. Para sorpresa suya, cuando llegó había uno de sus deportivos aparcado a las afueras del pueblo. ¿Estaba el resto del equipo allí?

Bajó rápidamente del todoterreno y se dirigió a la vivienda del padre Santiago.

Aún sentía su corazón palpitar en su cuerpo por lo que había ocurrido con Nerea en la parte de atrás del vehículo. Le parecía un sueño estar con ella, ni siquiera el tener que ir a las doce de la noche a casa del padre Santiago por una llamada urgente conseguía borrar la sonrisa de sus labios, hasta que la puerta principal de la casa se abrió y una mirada preocupada lo sorprendió.

Aitor se detuvo ante Daniel que esperaba bajo el marco de la puerta con una mirada sombría. Sus nervios aumentaron y su sonrisa desapareció. Se detuvo ante él y lo analizó. Estaba claro que algo había ocurrido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó. Daniel se hizo a un lado y le indicó con un movimiento de cabeza que entrase—. ¿Ha ocurrido algo con Jaime? —preguntó acelerado mientras Daniel cerraba la puerta tras él.

Daniel negó y alentó a Aitor a que subiese a la primera planta.

Subió los escalones de dos en dos. Tal y como había intuido por el deportivo, la división al completo se encontraba allí junto al padre Santiago y Anael, pero su mirada voló hacia Rut que permanecía sentada a la mesa.

Las miradas de todos los asistentes cayeron sobre él.

—¿Qué ocurre? —preguntó de nuevo, con una voz pausada que exigía una respuesta.

Miguel se acercó a él y colocó sobre la mesa una bolsita de tela negra. Era circular, más pequeña que un puño y anudada por una fina cuerda deshilachada.

Aitor la miró sin comprender.

—¿Qué es esto?

Santiago se acercó y señaló a Rut.

—Rut la ha encontrado bajo la cama de matrimonio.

Aitor enarcó una ceja y miró a Rut esperando una explicación.

—Llevo varios días arreglando la casa. —Suspiró—. Jaime la destrozó. Cuando estaba colocando el colchón sobre el somier me di cuenta de que entre el colchón y el cubrecamas había un saliente. Lo abrí y encontré esta bolsa —explicó—. Yo no lo puse ahí. —Titubeó un poco—. Abrí la bolsita y... —Se quedó callada.

Miguel señaló la bolsa con un movimiento de cabeza y miró a su jefe.

—La bolsa contiene varios huesos de pájaro muerto, un corazón de murciélago disecado y hierbas secas.

—Se trata de adelfa —explicó Anael que permanecía sentada al lado de Rut—. Es una planta mortal. Si se ingiere puede provocar vómitos, diarreas, quemaduras en la boca, problemas cardíacos e incluso inducir el coma y la muerte.

Rut cerró los ojos intentando controlar el llanto.

—¿Y estaba bajo el colchón? —preguntó Aitor sorprendido.

Anael continuó con la explicación.

—Se trata de un hechizo de brujería —explicó con voz pausada mirando a Aitor.

En ese momento, Aitor puso su espalda firme y dio unos pasos hacia la mesa observando la bolsa.

—¿Brujería? —preguntó y miró asombrado a sus compañeros.

—También tiene unas implicaciones espirituales —continuó Anael atrayendo la mirada de Aitor—. Debilita el espíritu.

Aitor señaló la bolsa y miró a Santiago.

—¿La puedo abrir?

Él asintió y Aitor deshizo el nudo que habían hecho a la cuerda. La tela negra contenía en su interior todo lo que habían dicho, incluso desde allí olía mal. Miró a Rut.

—¿No notaste el olor?

Ella negó.

—No, la... la casa olía muy mal después de que os llevaseis a Jaime, tuve que ventilarla y, aun así, ha costado días que se fuese el olor a azufre —recalcó.

Aitor suspiró y observó de nuevo. Los huesos eran sumamente pequeños, de un pájaro, podía intuir el pequeño corazón de un murciélago, de color negro, parecido a una uva pasa de las que se echaban en la ensalada, y las hierbas se encontraban prácticamente trituradas.

Tragó saliva y miró a Anael.

—Si debilita el espíritu...

—Es más fácil de poseer —acabó la frase Anael. Se puso en pie y dio unos pasos en su dirección—. Normalmente para que un espíritu posea un cuerpo necesita que lo acepten, pues hay otro espíritu en su interior que le niega el paso, pero... si lo debilitas es mucho más fácil conseguir la posesión.

Aitor apretó los labios y asintió entendiendo lo que Anael explicaba.

—Hay una bruja —dedujo Aitor.

Miguel lo miró y asintió.

—Y está ayudando a que los demonios posean los cuerpos —acabó este.

Aitor se pasó la mano por la nuca angustiado y miró a Rut.

—¿Tienes idea de quién puede ser?

Rut negó mientras rompía a llorar.

—No... no lo sé —sollozó—. Mi marido es visitador médico y recibe muchas visitas, tenemos muchos amigos.

Aitor se quedó pensativo y miró a Santiago.

—En el resto de las posesiones, ¿se ha encontrado algo así?

Santiago se encogió de hombros.

—No lo sé. No limpiamos nosotros las habitaciones —explicó—. Pero de los que hemos liberado ninguno nos ha dicho nada...

—Lo que no implica que no estén ahí —continuó Miguel—. Hay una bruja...

—Y parece que sabe lo que hace —intervino Daniel, luego miró a Aitor cruzándose de brazos—. Quien sea se está tomando muchas molestias para que los demonios posean a la gente.

Sus compañeros tenían toda la razón. En una fracción de segundo todo se había complicado más aún, ya no estaban hablando solo de posesiones demoníacas, sino que una bruja estaba debilitando esos cuerpos y espíritus para que no pudiesen luchar y facilitar así la entrada de los demonios. La frase que Jaime repetía volvió a su mente: “Las puertas del infierno se abrirán”. ¿Quién haría algo así? ¿Quién se molestaría en dejar esos saquitos de magia para provocar las posesiones? Aquel pensamiento hizo que mirase intrigado hacia Anael, la cual se mantenía al lado de Rut cogiendo su mano e intentando calmarla.

—Eres una monja... —pronunció pensativo—, ¿cómo sabes todo esto? —preguntó intrigado.

—Me dedico a los exorcismos hace años, he visto de todo —le recordó.

Aitor la miró con suspicacia, aunque decidió dejar el tema. Al fin y al cabo, tenía razón, llevaban mucho más tiempo en el mundo de las posesiones que ellos y, además, vivían en la tierra de las meigas, Galicia. Normal que hubiesen visto de todo, y más dedicándose a las posesiones, pero no dejaba de ser curioso que dominase tanto del tema.

—Tenemos que encontrar a la bruja —comentó Aitor mirando a sus compañeros—. Tenemos que hablar con Susana, es posible que ella sepa algo sobre esto o sobre quién lo está haciendo —Se volvió de nuevo hacia Anael—. ¿Aún desprende magia? ¿Podemos cogerlo?

Ella asintió.

—La magia del saquito se desprende las doce horas siguientes a su creación. Ahora ya no es nada —explicó.

Aitor asintió y volvió a envolver el saquito con cara de repugnancia.

—Daniel —comentó entregándole la bolsa—, ve con algún compañero a hablar ahora con Susana.

—¿Ahora? Me va a mandar a freír espárragos, son casi las doce —dijo cogiendo la bolsita que Aitor le entregaba.

—Lo sé, pero es importante. —Miró al resto de compañeros—. No vayas solo.

—Te acompaño —comentó Lucas dando unos pasos hacia Daniel.

Aitor asintió.

—En cuanto sepáis algo llamadme y me informáis de...

Se calló cuando un golpe provino del pasillo.

De repente, se creó el silencio en la estancia y todos se volvieron para mirar hacia ese pasillo que conducía a la habitación donde se encontraba Jaime. Otro golpe hizo que Santiago diese unos pasos hacia delante, pero Aitor lo contuvo colocando la mano en su pecho.

—¿Dónde va? —le preguntó alterado.

El rugido que provino de la habitación de Jaime hizo que se les helase la sangre. Todos fueron conscientes de que Jaime había despertado, aunque no era él quien se encontraba en aquella habitación. Otro golpe, esta vez más fuerte, hizo que Rut se levantara de la silla asustada.

—¿Es Jaime? —sollozó.

Aitor se giró hacia sus compañeros.

—Daniel, Lucas... Llévala de aquí —ordenó con un movimiento de cabeza hacia Rut.

Ella se removió nerviosa.

—No, no... ¿es él? —preguntó al borde del llanto.

Daniel puso una mano en su hombro.

—Es mejor que nos vayamos.

El rugido de Jaime hizo que las paredes de la casa vibrasen.

—Esperad... ¿puedo verlo? —preguntó alterada mientras Daniel la cogía del brazo, aunque ella se removió para intentar soltarse—. Por favor... —imploró—, necesito verlo.

Aitor la contempló.

—No es Jaime —le recordó, provocando que el llanto de Rut se volviese más sonoro. Comenzó a removerse nerviosa intentando dar un paso hacia ese pasillo, pero Daniel la contuvo.

—Por favor... —gimió.

—Sácala de aquí —ordenó Aitor antes de girarse y observar hacia la puerta al final del pasillo.

Otro rugido hizo que los cristales de toda la casa vibrasen.

—Ven... —ordenó una voz grave—. Ven...

—¡Jaime! —gritó Rut mientras Daniel la cogía por la cintura alzándola y ella pataleaba. Lucas se situó a su lado conteniéndola con cuidado mientras avanzaban hacia la puerta de salida—. ¡Jaimeeeee! —Escucharon su sollozo antes de que la puerta de acceso a la vivienda se cerrase.

Los gritos agonizantes de la mujer aún llegaban al interior de la vivienda del padre Santiago desde la calle. Rut debía estar desesperada por recuperar a su marido. No quería ni imaginarse lo que debía ser estar en su situación, cuando te arrebataban a la persona que más querías y no sabías cómo recuperarla.

El sonido gutural que provino desde la habitación hizo que todos se pusiesen en guardia.

—¡Ven! —repitió aquella voz que distaba mucho de ser la de Jaime.

Aitor respiró hondo y miró a sus compañeros. Solo cuando escuchó el sonido del motor de uno de sus vehículos alejarse con Rut avanzó hacia el pasillo seguido de sus compañeros, del sacerdote y de Anael.

Se colocó frente a la puerta y, en ese momento, pudo escuchar cómo Jaime parecía estar rascando las paredes con las uñas. Aquel sonido le daba grima.

Se giró hacia sus compañeros asegurándose de que todos estaban detrás de él y miró la puerta.

—Abra, padre —ordenó Aitor al sacerdote.

Santiago se adelantó con la llave y abrió. Aitor lo apartó de la puerta de inmediato situándose él al frente. No sabía lo que se encontraría en el interior.

Abrió con cuidado y, justo en ese momento, el sonido de las uñas rascando la pared cesó para dar paso a un gruñido.

Abrió del todo y entró con paso lento, observando.

Jaime se encontraba al final de la habitación, en una esquina. Había estado rascando la pared ya que sus dedos sangraban. Seguramente se habría roto varias uñas.

Miguel, Víctor y Marc entraron tras él, después pasó a la habitación el sacerdote y, por último, Anael que cerró la puerta lentamente.

Aitor se fijó en sus compañeros que se situaban a su lado trazando una línea divisoria en la habitación, permaneciendo tras esta Santiago y Anael como medida de protección.

Jaime se giró hacia ellos y los observó. Su mirada, de nuevo, destilaba ira y rencor hacia todos ellos.

—¿Empusa? —preguntó Aitor dando un paso hacia él, recordando el nombre que había dado el demonio que habitaba el cuerpo de Jaime.

Jaime gruñó y caminó lentamente hacia el otro extremo de la habitación, mirándolos.

Todos esperaron en silencio mientras este avanzaba, como si los estudiase.

—¿Qué quieres? —insistió Aitor.

Jaime se detuvo en el otro extremo, paseando la mirada por cada uno de ellos.

—No sabes lo que estás haciendo —rugió.

Aitor enarcó una ceja y se giró hacia Santiago y Anael que observaban tras ellos. Lanzó una mirada dubitativa hacia Santiago que le devolvió el gesto sin comprender a qué se refería. Aitor volvió su atención hacia él.

—¿A qué te refieres?

—Déjanos en paz —dijo Jaime directamente.

Aitor puso su espalda recta y dio un paso hacia él, totalmente erguido.

—¿O qué? —lo retó.

—O sufrirás —susurró Jaime.

Aitor colocó las manos en su cintura, despreocupado.

—¿Crees que me das miedo? —le preguntó con asco. Dio otro paso más colocándose frente él —. Hemos encontrado la bolsa de brujería en la cama de Jaime. ¿Necesitabas debilitarlo para poseerlo?

Jaime esbozó una sonrisa maliciosa.

—No es necesario, pero es mucho más fácil y rápido —comentó.

—¿Quién os está ayudando? —preguntó directamente.

Jaime lo miró con desdén.

—No lo sé. Yo solo obedezco.

Miguel dio un paso al frente.

—Así que eres un *mandao*, ¿no? —preguntó provocando que Jaime se girase hacia él.

Estaba claro que aquella afirmación no le había gustado, aunque lo ignoró y volvió de nuevo su mirada siniestra hacia Aitor.

—Te lo vuelvo a advertir... déjanos en paz —insistió.

—Eso no va a pasar —respondió directamente.

Miguel se situó al lado de Aitor.

—¿Os estamos poniendo nerviosos? —preguntó con ironía y luego colocó una mano en el hombro de Aitor, apoyándose en él de forma despreocupada—. Fíjate, jefe, los tenemos nerviosos perdidos, eso es bueno, ¿no?

—¡No! —Se adelantó Jaime antes de que Aitor pudiese contestar—. Es solo una advertencia. Lo que tiene que suceder sucederá tanto si queréis como si no...

—Oh, no, ni hablar... —comentó Aitor—, tú no perteneces a este mundo. Aquí mandamos nosotros.

Jaime lo miró y comenzó a reír por las últimas palabras de Aitor, incrédulo ante lo que escuchaba.

—¿Eso crees? —lo retó—. ¿En serio crees que tienes algo que hacer contra mí o contra mis superiores?

—Está claro que sí —volvió a intervenir Miguel—. Hemos enviado a unos cuantos como tú de vuelta al infierno. El próximo serás tú.

Jaime se encogió de hombros.

—Yo no importo. Somos millones —explicó—. Quizá podáis contra uno como yo, pero no podréis contra cientos, y mucho menos contra mi superior.

Aitor ladeó la cabeza.

—Ya, tu superior es Glasya-Labolas, ¿verdad? Comanda treinta y seis legiones de demonios.

Supo que había dado en el clavo cuando Jaime lo miró fijamente. Su mirada oscura parecía querer leer su mente.

—Joder, ¿te das cuenta de que no pestañea? —le susurró Miguel—. ¡Eh! —le gritó—. ¡Pestañea un poco que se te van a irritar los ojos!

Aitor chasqueó la lengua ante la interrupción de su compañero, aunque de nuevo Jaime ignoró aquel comentario y no apartó la vista de él.

—Él vendrá...

—¿De vacaciones? —ironizó Aitor.

Jaime sonrió de soslayo, una sonrisa que causaba pavor.

—Tómalo a broma, riéte de ello, pero sufrirás... —sentenció él—. Muchos demonios están deseando conoceros —Y miró al resto de la división que permanecía unos pasos por detrás.

—¡Fíjate, parece que somos famosos en el infierno! —comentó Marc desde atrás con fingida alegría—. Es estupendo —se burló.

Aitor apretó los labios situándose a un palmo de él.

—Pues que venga —comentó—. Sabemos de quién se trata y podemos retenerlo gracias al sello. Dile que venga... —continuó con una sonrisa—, estoy deseando conocerlo. Pasaremos un buen rato charlando —lo retó.

—¿Crees que vas a poder retener a alguien como mi señor con ese sello? —espetó con agresividad—. Estás muy equivocado. No sabéis dónde os estáis metiendo —gritó hacia ellos.

—Algo estaremos haciendo bien cuando te mandan que nos digas eso —dijo Aitor.

Jaime enarcó una ceja.

—Creo que no lo estás entendiendo. Para él... no eres nada, eres un simple juego —comentó encogiéndose de hombros—. Y quizá, avisándote, se ponga más interesante la cosa. —Jaime se acercó a él—. Aitor... —susurró cerca de él—, podrás expulsarme a mí, a muchos de nosotros, pero no podrás hacer nada contra él. Es mejor apartarse de su camino.

—Pues yo seré la piedra que le haga tropezar en ese camino —sentenció Aitor—. Pero gracias por la advertencia, lo tendremos en cuenta... —Se giró directamente y miró a Santiago—. Padre, por favor —Lo señaló con la mano para que se acercase.

Santiago lo comprendió y dio unos pasos situándose al lado de él. Extrajo una pequeña botella con agua bendita de su bolsillo y se la arrojó a Jaime que al momento gritó.

Aitor se fijó en cómo Jaime caía al suelo y se retorció mientras el sacerdote lo rociaba con agua bendita.

—Es hora de que vuelvas a donde perteneces —comentó Aitor con los dientes apretados—. Dales recuerdos a todos.

Jaime, con la respiración agitada, se puso de rodillas sobre el suelo y lo miró con furia.

—No hará falta —rugió con ira—. Se los podrás dar tú mismo.

Santiago cogió la cruz de madera y la colocó sobre su frente.

—En nombre de Dios todopoderoso, Empusa, abandona este cuerpo —ordenó el sacerdote con fuerza.

Jaime gritó mientras extendía los brazos hacia los lados y ponía los ojos en blanco. Las cruces de las paredes comenzaron a temblar amenazando con caerse.

—Padre nuestro, que estás en los cielos... —comenzó a rezar el sacerdote sin apartar la cruz de la frente de Jaime, el cual empezó a convulsionar—, santificado sea tu nombre. Venga a nosotros tu reino...

Anael se acercó por detrás con aquella calma que la caracterizaba y acompañó al padre Santiago en la oración, recitándola a la vez.

—No nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal. Amén —pronunciaron.

Las paredes temblaron más aún cuando una sacudida hizo que Jaime saliese disparado contra la pared, impulsado con tal fuerza que no extrañaría que se hubiese roto alguna costilla. Durante unos segundos se quedó clavado en la pared, como si una fuerza lo comprimiese contra esta, suspendido en el aire. Puso los ojos en blanco y cayó inconsciente en el suelo, golpeándose con fuerza.

Aitor tragó saliva y corrió junto a Santiago hacia el cuerpo de Jaime.

Santiago fue el primero que pasó su mano por su mejilla y la golpeó suavemente.

—¿Ha abandonado el cuerpo? —preguntó Aitor agachándose a su lado.

—No lo sé, pero es posible...

Jaime abrió los ojos y lo primero que se encontró fue con los ojos del sacerdote. Lo miró desubicado.

—¿Jaime? —preguntó Santiago.

—¿Padre? —preguntó Jaime confundido.

Santiago cogió el pequeño bote de agua bendita, hundió sus dedos en él y luego trazó una cruz en la frente de Jaime. Suspiró aliviado cuando este no hizo ningún gesto de dolor.

Santiago miró a Aitor y sonrió.

—Se ha ido—susurró animado.

Jaime se incorporó de inmediato, aunque parecía estar muy débil. Con todo, tuvo las fuerzas suficientes para retroceder asustado sobre el suelo hasta colocar la espalda en la pared. Los miró a todos atemorizado.

—Él... él... —Ni siquiera lograba articular palabra.

—Eres libre —pronunció Santiago intentando calmarlo. Se giró hacia Anael extendiendo su brazo—. Una cruz, por favor.

Anael buscó en el bolsillo de su túnica blanca y extrajo una, entregándosela.

Santiago se puso en pie, la cogió y se acercó a Jaime que lo observaba con temor. Se arrodilló a su lado, ante un Jaime que parecía muy afectado, pues las lágrimas resbalaban por sus mejillas mientras su cuerpo entero no dejaba de temblar.

Santiago pasó el cordel de la cruz por su cabeza y la dejó caer sobre su pecho.

—Te protegerá —explicó.

Jaime apretó los labios y cogió entre sus dedos la cruz de cobre. La observó y los miró a todos agradecido.

—Gracias... —Miró a Santiago y suspiró—. Mi mujer...

Aitor se giró hacia Miguel.

—Llama a Daniel, díles que den media vuelta y que vengan. —Miró a Jaime—. Ahora viene Rut. —Mientras Miguel salía de la habitación, Aitor se acercó a Jaime y se agachó ante él. Sintió lástima por ese hombre. Aún tenía la piel seca, los labios cortados y múltiples heridas que el demonio le había hecho infligirse por todo el cuerpo—. Traed agua —comentó arrodillándose ante él. Lo miró preocupado—. ¿Sabes lo que ha ocurrido? —preguntó con delicadeza.

Jaime asintió lentamente.

—Lo escuchaba en mi cabeza —explicó. Luego miró a los integrantes de la división uno a uno—. Debéis tener cuidado. Escuchaba cómo Empusa hablaba con otros demonios.

—¿Sobre qué? —preguntó Aitor.

Jaime tragó saliva y miró a Aitor con temor.

—De vosotros —susurró—. Sois un problema para ellos.

Aitor enarcó una ceja y se giró para mirar a sus compañeros con una sonrisa forzada.

—No sé cómo tomarme eso —reconoció.

—Tened cuidado —continuó Jaime esta vez con la voz entrecortada. Se quedó pensativo, mirando un punto fijo de la habitación—. Irán a por vosotros. Quieren sacaros de en medio.

Aitor se levantó lentamente con la mirada clavada en Jaime y suspiró. Llevó su mano hasta su pecho, notando la cruz que el padre Santiago le había dado unos días antes.

—Con nosotros no podrán —aseveró convencido.

Jaime elevó su mirada hacia él, lentamente.

—Son mucho más poderosos que Empusa y cualquier demonio que hayáis conocido. No hay comparación —comentó con la voz entrecortada—. Los habéis enfadado. —Aitor apretó los labios y se quedó pensativo. Realmente, lo que habían visto hasta ese momento eran demonios de baja jerarquía, de la legión, y a duras penas habían podido con ellos. No quería ni imaginar lo que sería tratar con un demonio de más alto rango—. Él ya viene —susurró aterrorizado.

Aitor lo miró intrigado.

—¿Él? —preguntó.

Jaime tragó saliva y asintió.

—Su superior. Glasya-Labolas —Tembló—. Vendrá a por vosotros.

Aitor se giró hacia sus compañeros.

—¡Estaremos preparados! —exclamó.

—Podemos fabricar un sello para retenerlo. —Miró a Anael que permanecía atenta a lo que Jaime decía—. ¿Eso servirá?

Anael lo miró no muy segura.

—No lo sé. Es posible —titubeó—. El rey Salomón logró combatirlos con ese sello, de algo servirá.

—Algo hará —aventuró Aitor—. Miguel, ¿te encargas?

Miguel asintió justo cuando escucharon la puerta de la casa abrirse. El sonido de los pasos subiendo rápidamente las escaleras hizo que Aitor se pusiese en pie.

Rut apareció bajo el marco de la puerta, con lágrimas en los ojos, temblando de emoción. Su mirada coincidió directamente con la de su marido que permanecía aún tumbado en el suelo. Se levantó poco a poco, tembloroso, con la mirada clavada en su mujer que avanzaba lentamente hacia él, extendiendo sus brazos.

—¿Jaime? —preguntó Rut entre sollozos.

Jaime no pudo hablar de la emoción. Solo pudo asentir mientras rompía a llorar y se abrazaba a ella con todas sus fuerzas.

—Te he echado de menos —sollozó Rut colocando la mano en su mejilla.

Jaime tragó saliva y observó durante unos segundos a su mujer, sin contener las lágrimas.

—Y yo a ti —dijo abrazándola de nuevo.

Nerea dio una vuelta en la cama y abrió los ojos. Aitor la había dejado la noche anterior en casa y se había marchado. No había vuelto a hablar con él. Quería saber cómo le había ido y había estado a punto de enviarle un mensaje, pero no había querido molestar. Si por la tarde no le decía nada le escribiría para asegurarse de que se encontraba bien.

Gimió y se llevó la mano a la cabeza al notar aquel insoportable dolor. Se había tomado una pastilla, pero el dolor no remitía.

Resopló y se incorporó en la cama. Miró el reloj de su mesita de noche. Las siete y media de la mañana. Al menos, ese día no tenía que ir a trabajar. Sintió un escalofrío recorrer todo su cuerpo y decidió levantarse. De todas formas, con aquel martillo aporreando sus sienes le iba a ser imposible volver a dormirse.

No sufría mucho de migrañas, pero cuando le dolía la cabeza lo hacía con ganas.

Se levantó y cuando intentó ponerse en pie notó una debilidad extrema. Gimió aún sobre el colchón. ¿Estaba enfermando? ¿Había cogido un constipado en pleno agosto? Lo que le faltaba.

Resopló y se puso finalmente en pie notando cómo sus piernas amenazaban con echarla al suelo.

No se encontraba bien, nada bien. Caminó hacia el aseo cuando escuchó unos pasos por el pasillo. Lo reconoció al momento. Xabier se había levantado y seguramente se iría al comedor a encender la televisión y ver los dibujos animados.

Fue hacia el aseo y se apoyó en el lavamanos. Se observó en el espejo. Estaba pálida y una gota de sudor frío resbalaba por su mejilla. El dolor de cabeza era un fastidio, pero había más, aquella debilidad era diferente a todo cuanto había experimentado antes. No solía ponerse enferma, pero cuando había cogido la gripe había sentido algo parecido, aunque esta sensación era diferente, más fuerte.

Suspiró y cerró los ojos. Ni siquiera con los ojos cerrados lograba mitigar el dolor.

Abrió el grifo e hizo un cuenco con las manos acumulando agua. Se agachó y se humedeció la cara un par de veces.

Se secó la cara con la toalla y se miró en el espejo. Su corazón se paralizó y se le cortó la respiración cuando una figura fantasmagórica apareció tras ella. Parecía creada por humo, pero sus ojos rojos como rubíes brillaban.

—Déjame entrar —Escuchó que le susurraba.

Gritó y dio un brinco hacia atrás alejándose del espejo y golpeando su espalda con la puerta. En ese momento recuperó el aliento. Notó cómo sus piernas flaqueaban y cayó al suelo. Miró de un lado a otro encogiéndose, temblando. Aquella figura, ¿dónde estaba?

—Déjame entrar —Escuchó aquella grave voz de nuevo.

Se removió nerviosa en el suelo, mirando a ambos lados, aguantando la respiración.

¿Qué era todo aquello?

—¿Tita? —Escuchó.

Al principio no pudo reaccionar. Se quedó totalmente estática mientras observaba todo el aseo, sin poder pronunciar palabra alguna ni moverse un ápice.

¿Aquello había sido real? ¿Aquella figura de ojos rojos estaba allí?

Volvió a mirar asustada de un lado a otro hasta que la puerta del aseo se abrió. Aún permanecía

en el suelo asustada cuando su sobrino apareció tras la puerta, mirando preocupado a todos los lados hasta que coincidió la mirada con ella.

—¿Tita? —preguntó asustado al verla tirada en el suelo.

Nerea tragó saliva y centró la mirada en su sobrino. En ese momento reaccionó.

—Hola... —dijo poniéndose de rodillas—. Hola, cariño. —Acabó de ponerse en pie, pero tuvo que apoyarse en el lavamanos, pues sus piernas aún temblaban.

El niño la observó de la cabeza a los pies, su rostro transmitía preocupación.

—¿Estás bien, tita?

Nerea lo miró asustada y cogió la mano de su sobrino sacándolo directamente del aseo y llevándolo a la habitación.

—Sí, sí... —Logró controlar su voz y se giró hacia el aseo sin soltar la mano de Xabier. Miró de un lado a otro asustada, con el corazón a cien por hora.

—¿Por qué estabas en el suelo? —preguntó el niño con inocencia.

Nerea agachó su cabeza y tragó saliva. Ni siquiera sabía qué responder a aquello.

—Me he tropezado —comentó sin darle importancia. Inspiró intentando calmarse y posó su mirada en su sobrino—. ¿Quieres desayunar? —El niño asintió esta vez con una sonrisa—. Ve al comedor y pon la tele, ahora voy yo.

Xabier soltó su mano y se dirigió directamente al comedor con una sonrisa.

En cuanto se quedó sola de nuevo giró sobre sí misma intentando analizar lo que había ocurrido, aunque... ¿qué era lo que había que analizar? Le había parecido ver una figura de ojos rojos tras ella que le pedía permiso para dejarla entrar. Debía de haber sido una pesadilla, aún debía estar medio dormida.

Cerró los ojos y gimió mientras se llevaba la mano a su cabeza. El dolor se estaba volviendo insoportable por momentos.

Salió de la habitación justo cuando escuchó que Xabier encendía la televisión. Pasó por el comedor viendo a su sobrino sentado en el sofá y se dirigió a la cocina.

Debía intentar calmarse. Aquello debía de ser producto de su imaginación.

Cogió una pastilla para el dolor y la tomó con un vaso de agua. Fue hacia la nevera y la abrió. Intentaría olvidar aquello y centrarse en preparar el desayuno.

Fue a coger el bote de leche cuando la voz volvió a ella.

—Déjame entrar —susurraron en su oído.

Brincó de nuevo y giró sobre sí misma observando todo a su alrededor. El corazón parecía querer salirse de su pecho. Llevó la mano hasta él sintiendo cómo bombeaba.

Salió de la cocina y lo primero que hizo fue mirar la puerta de acceso a la vivienda. Seguía cerrada. Fue hacia el comedor y observó a su sobrino sonriendo hacia la pantalla.

—¿Lo has oído? —le preguntó directamente.

El niño giró su cuello hacia ella y la miró sin comprender.

—¿El qué? —Y directamente volvió a mirar la televisión—. ¿Tienes galletas de chocolate? —preguntó con emoción, aunque sin apartar la mirada de la televisión.

Nerea tragó saliva y de nuevo se quedó sin palabras. ¿Qué le estaba ocurriendo?

—Sí —respondió sin prestarle atención, inmersa en sus pensamientos.

—¿Puedo comerme tres? Mamá siempre me da tres galletas para desayunar.

—Claro —respondió intentando calmarse.

Se giró y miró hacia la cocina sin moverse. Aquello era realmente extraño, no comprendía nada, pero lo mejor sería no prestarle atención y no obsesionarse con ello.

—¿Luego puedo ir a jugar con Toni? —preguntó haciendo referencia al hijo de la vecina.

Nerea cerró los ojos intentando calmarse y respiró varias veces profundamente. Dio unos pasos hacia la cocina y observó. De nuevo, allí no había nadie.

—Claro —comentó entrando en la cocina para preparar el desayuno a su sobrino.

Nerea cerró los ojos con fuerza mientras escuchaba los tonos al otro lado de la línea, sentada frente a la mesa.

—Vamos, Aitor —susurró al escuchar el séptimo tono.

Colgó y dejó el móvil sobre la mesa. Miró de nuevo la nota que había escrito y se giró hacia su sobrino que la observaba asustado.

Sabía que hacía lo correcto. Si Aitor no le cogía el teléfono debía alertar a su sobrino. No era tonta, sabía lo que le estaba ocurriendo.

—Déjame entrar —cuchicheó aquella tétrica voz en su cabeza.

Gimió y apretó los dientes mientras su sobrino se acercaba para coger su mano.

—Tita —sollozó Xabier, pero Nerea apartó su mano mientras intentaba controlarse.

Estaba asustada, muy asustada, pero no quería transmitir aquel sentimiento a su sobrino.

—Toma —dijo tendiéndole la nota—. Es muy importante. Dásela a tu madre cuando llegue. — Xabier asintió y cogió la nota guardándola en su bolsillo—. Vamos —dijo poniéndose en pie, aunque tuvo que sujetarse a la mesa para aguantar el equilibrio.

Resopló y miró de reojo a su sobrino. Debía alejarlo de ella. No había querido molestar a Aitor en las primeras horas del día, pues su fiebre había subido y sabía que en algunas ocasiones cuando la fiebre era muy alta podían sufrirse alucinaciones, pero aquello no era ninguna alucinación.

—Ve, corre a ver a Pilar —dijo Nerea dando los primeros pasos.

Xabier fue hacia la puerta de casa y abrió. Nerea no pudo avanzar rápido, así que para cuando su sobrino había llegado a la puerta de enfrente de su vecina, ella justo se sujetaba al marco de su puerta.

Xabier llamó al timbre y esperó. Por suerte, Pilar no tardó en abrir. Su mirada fue de sorpresa, aunque luego sonrió hacia el pequeño.

—Hola, Xabier —dijo Pilar y elevó la mirada hacia Nerea que estaba al otro lado.

—Pilar, disculpa... —comentó a lo lejos—. No me encuentro muy bien, creo que estoy pillando un gripazo... —mintió—. Mi hermana vendrá en menos de una hora a por el niño, ¿puede quedarse contigo hasta entonces?

—Claro, claro... —Y miró a Nerea preocupada, realmente no hacía buena cara—. ¿Necesitas algo?

—No, solo echarme en la cama un poco, creo que me está subiendo la fiebre.

Pilar le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—No te preocupes. Toni estará encantado de jugar con Xabier.

—Muchas gracias, Pilar —respondió, luego la miró con timidez—. ¿Podrás encargarte de ver cuándo llega mi hermana?

—Claro, descansa. Los resfriados en esta época son muy malos.

Por suerte, tenía muy buena relación con su vecina. Desde que se había mudado a aquel piso hacía cinco años había hecho muy buenas migas con ella, incluso a veces había cuidado de Toni si sus padres habían tenido que salir.

—Gracias —respondió Nerea mientras observaba cómo Xabier entraba en el piso de su vecina.

No pudo evitar suspirar cuando cerró la puerta tras de sí. Una lágrima comenzó a resbalar por su mejilla por la impotencia que sentía. Aquello no podía estar ocurriéndole a ella.

Avanzó hacia el comedor a duras penas y volvió a observar el móvil. Aitor no respondía. Sabía que debía estar muy ocupado.

Volvió a coger el móvil y pulsó rellamada.

—Déjame entrar... —volvieron a susurrar en su oído.

Dio unos pasos hacia atrás asustada mientras negaba con su cabeza.

—No, no... —sollozó escuchando los tonos de la llamada.

Nada, no cogía el teléfono. Intentó escribir un mensaje, pero sus dedos temblaban tanto que le era imposible.

Resopló y se pasó las manos por la cara mientras rompía a llorar.

—Déjame entrar.

Nerea apretó los dientes mientras el dolor de su cabeza aumentaba.

—¡Basta! —gritó—. Noooo... no voy a dejarte entrar —dijo desquiciada.

—Déjame entrar—repitieron.

Necesitaba ayuda desesperadamente, pero Aitor no contestaba.

Cogió la chaqueta que había sobre la silla y se la puso con manos temblorosas. Solo conocía un lugar donde podía sentirse a salvo en ese momento, un lugar que la alejaría de aquella pesadilla.

Salió del piso y bajó las dos plantas sintiendo cómo sus fuerzas la abandonaban, luchando por cada paso que daba.

Ni siquiera el aire fresco de la noche hizo que el dolor cediese y que el calor que sentía en su interior desapareciese.

A lo lejos observó cómo unas nubes que amenazaban con tormenta se aproximaban.

No espero un segundo más y avanzó por la calle con la mirada fija en el suelo, concentrada solo en dar un paso delante de otro. El dolor era tan intenso que la desconcentraba incluso para caminar. Se abrazó a sí misma mientras caminaba por aquella oscura calle, iluminada únicamente por unas pocas farolas.

Giró la esquina y tuvo que detenerse apoyándose en el edificio para recuperar el aliento. Sollozó mientras una corriente de aire mecía sus cabellos rubios hacia atrás y aguantó la respiración cuando observó la iglesia al final de la calle. Allí estaría a salvo, allí la dejarían tranquila y podría recuperar la paz que tanto necesitaba en ese momento.

Caminó directa hacia la parroquia de Santa María de Régoa, un edificio blanco situado al final de la calle en una pequeña plaza donde había un par de árboles y algunos coches aparcados.

Caminó sujetándose a la pared del edificio situado a su izquierda, notando cómo sus piernas amenazaban con echarla al suelo.

—Déjame entrar —insistió aquella voz.

A medida que pasaban las horas el dolor y la debilidad se iban apoderando de su cuerpo y las peticiones para entrar aumentaban enloqueciéndola.

—¡No! —sentenció ella dando otro paso.

—Déjame entrar —reiteraron.

Ella apretó los dientes mientras reunía todas las fuerzas necesarias para llegar hasta la parroquia. Se detuvo antes de llegar a la pequeña plaza y miró a su izquierda. Ya no había pared de edificio y desde allí podía ver todo Monforte de Lemos iluminado.

¿Cómo podía estar ocurriéndole aquello? Solo deseaba que fuese una pesadilla.

—Ayúdame, Dios mío —sollozó mientras su labio temblaba.

Volvió a clavar la mirada en la parroquia y avanzó hasta ella situándose frente a la puerta verde de la entrada.

—Ayúdame —imploró mientras se abrazaba a sí misma.

Iba a llevar su mano hasta el pomo para abrir la puerta cuando se quedó paralizada. Notó cómo todos sus músculos se ponían en tensión y una fuerza se proyectaba sobre su estómago. Salió despedida por el aire varios metros hacia atrás hasta caer sobre el suelo y rodar.

El golpe fue fuerte y la dejó sin aliento.

—Ahí no te ayudarán —puntualizó aquella voz.

Nerea, aún tumbada sobre el suelo, alzó la mirada hacia la parroquia. Ni siquiera tenía fuerzas para levantarse.

—Ayuda —sollozó hacia aquella puerta verde.

—Nadie te escuchará —susurró aquella voz—. Déjame entrar.

Nerea cerró los ojos y apretó los dientes mientras el dolor de cabeza se intensificaba, atormentándola.

—Déjame entrar y yo te curaré. El dolor desaparecerá —prometió aquella voz.

—¡No! —vociferó ella con voz firme.

Apretó los dientes y se puso en pie, temblando, con la mirada clavada en aquella puerta. Dio otro paso hacia la parroquia cuando de nuevo sintió aquella presión en el estómago y volvieron a empujarla hacia atrás.

Cayó al suelo y notó cómo se rascaba las rodillas y el codo. Intentó recuperar la respiración.

—¡Basta! —ordenó ella.

—No encontrarás paz hasta que me dejes entrar.

En ese momento, unas gotas de lluvia cayeron sobre su cabeza. Alzó la mirada al cielo y observó que comenzaba a lloviznar sobre ella.

—Por favor, señor... —imploró desesperada, agonizando—, ayúdame.

—Él no te escucha. Jamás lo ha hecho —susurró esta vez amenazante.

Nerea se llevó las manos al pecho llorando desesperada y miró de nuevo hacia la parroquia. Por más que intentase acercarse, aquel ente, ser, espíritu o lo que fuese no la dejaba en paz. Tenía mucha fuerza, demasiada para poder luchar contra él en las condiciones en las que se encontraba.

Se giró hacia atrás observando la calle por la que había venido para llegar hasta allí. Al final se encontraba su piso.

—Puede que él no me escuche ahora —comentó Nerea—, pero otros me ayudarán.

Se puso en pie como pudo y se observó las manos. Se había rascado las palmas y tenía una herida en una de sus manos.

—Déjame entrar —repetía aquella insidiosa voz.

Nerea inspiró con fuerza y comenzó a avanzar hacia su piso. Era una tontería estar allí. No podía acceder a la parroquia y se exponía a que cualquier persona que pasase por allí la viese en aquellas condiciones.

Fue hasta su piso y cuando llegó estaba totalmente calada por la lluvia.

Abrió la puerta de su piso y, antes de cerrar, miró hacia la puerta de su vecina. Xabier estaba a salvo, era lo único que le importaba.

Cerró justo cuando aquella presión volvió a instalarse en su estómago haciéndola caer al suelo y arrastrándola por el pasillo hasta el comedor.

—¡Noooooo! —gritó ella moviendo los brazos y las piernas de un lado a otro, intentando defenderse.

Intentó ponerse en pie, pero antes de conseguirlo volvió a ser lanzada contra la pared con mucho ímpetu. Las fotos y las figuritas situadas sobre la estantería salieron despedidas hacia el suelo por el fuerte golpe y, justo cuando pensaba que la cosa no podía empeorar, sintió cómo se elevaba, cómo una mano invisible agarraba su cuello elevándola hacia arriba, asfixiándola.

Nerea intentó respirar sin éxito. Notaba cómo toda la sangre se acumulaba en su cabeza, cómo sus oídos comenzaban a pitar por la falta de oxígeno. Tal era la presión en su garganta que no le permitía decir nada, solo gemir y mover sus brazos de un lado a otro intentando deshacerse de aquella mano invisible que la comprimía contra la pared.

Iba a perder el conocimiento cuando cayó al suelo golpeándose de nuevo.

Inspiró con fuerza llenando sus pulmones y llevó su mano hasta el cuello donde aún notaba la fuerza de aquellos dedos. Tosió compulsivamente hasta que logró recuperar el aliento.

No iba a poder aguantar mucho más aquello, pues los ataques cada vez eran más fuertes.

Gritó asustada cuando observó cómo varios de los libros que tenía sobre la mesa, su móvil y el jarrón salían despedidos al suelo, sacudidos por una fuerza invisible.

Necesitaba ayuda de inmediato. Miró el móvil que había caído a pocos metros de ella y comenzó a arrastrarse por el suelo en su dirección, estirando su brazo para alcanzarlo.

Un sonido la dejó helada. Se quedó totalmente estática en el suelo y giró lentamente su cuello para observar que la puerta del pasillo y la de su habitación se abrían solas.

Gimió y volvió a girarse. Avanzó arrastrándose rápidamente hacia el móvil y, justo cuando sus dedos iban a rozarlo, notó cómo una fuerza rodeaba su tobillo arrastrándola a gran velocidad hacia atrás, atravesando el comedor y el pasillo en pocos segundos mientras un grito salía de lo más profundo de su ser.

Fue arrojada al interior de su habitación mientras los gritos de terror inundaban su dormitorio. En cuanto sintió que aquella fuerza liberaba su tobillo fue a ponerse en pie, pero se quedó paralizada de rodillas, temblando, cuando la puerta de su habitación comenzó a cerrarse para dejarla allí recluida.

No pudo hacer nada, el miedo se apoderó de ella cuando la puerta se cerró y varios de los focos que colgaban del techo explotaron dejando la habitación casi en penumbra, iluminada solo por la luz de la mesita de noche.

Sintió cómo esta vez el miedo la congelaba.

—Déjame entrar, déjame entrar, déjame entrar... —susurró de nuevo la malévola voz sin que ella pudiese replicar, pues ya ni siquiera la voz le salía.

Joana volvió a marcar el número de su hermana para avisarla de su llegada, pero ella seguía sin responder. Por suerte, encontró aparcamiento cerca de su piso.

Debía de estar muy entretenida con Xabier, pues el niño era un terremoto y cuando le apetecía jugar uno debía dejar todo lo que estuviese haciendo para atenderlo. No era un niño que se contentase con un muñeco, no.

Cerró el vehículo y caminó hasta el portal. Su alarma se encendió cuando llamó al timbre y tras unos segundos nadie contestó. Aquello ya era más extraño.

Volvió a llamar cuando a través del interfono contestó una voz.

—¿Sí? —preguntó.

Joana enarcó una ceja, esa no era la voz de su hermana.

—¿Nerea?

—No, no... —respondió rápidamente—. Soy Pilar, la vecina. Te abro, sube.

La puerta emitió un sonido y se abrió.

—¿No está Nerea en casa? —preguntó.

—Ahora te cuento —explicó Pilar—. Xabier está aquí conmigo. Sube —repitió.

Aquello le extraño. ¿Su hermana se había marchado y dejado a Xabier con la vecina? Conocía a Pilar y no le importaba, sabía que Xabier era muy amigo de Toni, el hijo de Pilar, y ambos pasaban largas horas jugando en el parque durante el verano. Lo que le extrañaba era que su hermana no le hubiese dicho nada, ni siquiera un mensaje avisándola de que tenía que marcharse.

Subió al ascensor y pulsó el botón de la segunda planta. Algo urgente debía de haber ocurrido, pero ¿un domingo? Ese día la tienda estaba cerrada.

Salió del ascensor y Pilar la esperaba en el rellano.

—Hola, Joana —saludó con una sonrisa.

—Hola —respondió sorprendida.

—Xabier está conmigo —explicó Pilar directamente antes de que Joana pudiese preguntar—.

Nerea me avisó hace como una hora aproximadamente de que no se encontraba bien.

Aquello sorprendió a Joana.

—¿No se encontraba bien?

—Sí, me ha dicho que estaba incubando una especie de gripe. De hecho, no hacía muy buena cara y se ha ido a descansar.

—Vaya... —Echó la vista al fondo de la estancia donde aparecía su niño con una sonrisa, llevaba un coche en la mano—. Hola, cariño.

—Hola, mami —dijo el niño corriendo hacia ella—. Mira. —Le mostró el coche de color rojo.

—¿Estás jugando con Toni? —preguntó con voz animada, el niño asintió—. ¿Lo estás pasando bien?

Pilar se adelantó un poco y colocó una mano en la cabeza del pequeño.

—Le he dado de cenar. Ha comido un poco de pasta.

—Macarrones con tomate —dijo con una gran sonrisa.

—¡Qué rico! —exclamó Joana agachándose para darle un beso. Luego miró a Pilar—. Muchas gracias, no sé qué haríamos sin ti.

Xabier cogió su mano y llamó su atención.

—¿Qué le pasa a la tita? —preguntó preocupado.

Joana chasqueó la lengua.

—No lo sé. Ahora iré a verla.

El niño se metió la mano en el bolsillo y extrajo un papel entregandoselo a su madre.

—¿Tienes llaves? —preguntó Pilar.

Joana asintió mientras observaba el papel.

—¿Qué es esto, cariño? —le preguntó a su hijo.

—Me lo ha dado la tita para que te lo dé —explicó con inocencia.

Joana desdobló la nota y leyó. Únicamente ponía una frase y un número de teléfono.

Urgente: llama a Aitor. Necesito que venga. Ayuda.

Debajo ponía un número de teléfono. Comenzó a preocuparse. Era realmente extraño que Nerea no le hubiese dicho nada, pero mucho más que le entregase una nota a su hijo pidiéndole que llamase a Aitor. Sabía a quién se refería. Aquel chico policía con el que parecía que mantenía una relación.

Guardó la nota en el bolsillo y se giró hacia la puerta del piso de su hermana. Se acercó mientras rebuscaba en el bolso las llaves y se giró para mirar a Pilar.

—Voy a ver cómo se encuentra.

—Tranquila —dijo Pilar—. Cuando acabes llámame. Ven Xabier —dijo Pilar tendiéndole la mano.

El pequeño se sujetó de su mano y volvió hacia el piso de Pilar, aunque cuando cruzó el umbral y antes de que Pilar cerrase la puerta llamó a su madre.

—Mami —dijo el pequeño.

Joana metió la llave en la cerradura y se giró para mirar a su hijo.

—Dime.

El pequeño tragó saliva e hizo un gesto nervioso que llamó la atención de la madre.

—La tita no está bien —susurró preocupado—. Ten cuidado.

Joana enarcó una ceja.

—¿Cuidado? —preguntó.

Él asintió y se giró para correr por el pasillo en busca de Toni y seguir con el juego.

Pilar chasqueó la lengua y luego sonrió a Joana intentando calmarla.

—Estos niños... Tómate el tiempo que necesites —comentó—. Cuando acabes aquí estará —Le guiñó un ojo con complicidad y cerró la puerta.

Joana suspiró y se giró de nuevo hacia la puerta. Realmente no entendía nada de lo que estaba ocurriendo.

Dio una vuelta a la llave y abrió.

El olor la echó hacia atrás durante unos segundos. ¿Qué estaba ocurriendo allí? Olía a quemado, a azufre.

Sacó la llave de la cerradura, la guardó en su bolsillo y cerró la puerta.

Tuvo que llevarse la mano a la nariz, pues el olor era muy fuerte.

—¿Nerea? —preguntó preocupada mientras avanzaba hacia el comedor. Se quedó totalmente estática cuando vio aquello y se le dispararon todas las alarmas. Los libros, fotografías y figuras de porcelana yacían en el suelo rotas, incluso su móvil descansaba en el suelo con la pantalla destrozada. ¿Habían entrado a robarle? ¿Y si le habían hecho daño? ¿Por eso le había pedido que llamase a Aitor? La desesperación se apoderó de ella—. ¡Nerea! —gritó asustada mirando a su alrededor.

Avanzó hacia el pasillo cuando se quedó totalmente estática. Se le heló la sangre y se le cortó

la respiración. ¿Qué era aquel sonido? Tragó saliva sin osar moverse.

De la habitación de Nerea venía un sonido gutural, similar a un gruñido de un animal rabioso.

Sintió cómo sus manos temblaban, aquello no le daba buena espina. Se armó de valor y dio un paso más hacia aquella habitación. Se colocó frente a ella mientras escuchaba aquel gruñido y la respiración grave se aceleraba y cobraba intensidad. ¿Aquello era un animal?

Tembló y volvió a tragar saliva mientras acercaba su oído a la puerta para escuchar. El sonido se intensificó más aún. Dio un paso atrás asustada. ¿Qué era aquello? Además, ¿de dónde venía aquel olor? ¿Dónde estaba su hermana?

Miró la puerta mientras notaba cómo su labio inferior temblaba.

—¿Nerea? —preguntó esta vez en un susurro.

Llevó la mano hasta el pomo de la puerta y lo giró. Abrió poco a poco, con cuidado. En ese momento el olor se hizo casi insoportable y el aire caliente, casi ardiendo, la echó hacia atrás. No sabía qué temperatura hacía en aquella habitación, pero parecía un horno. Lo primero en lo que se fijó fue que por el suelo había desperdigados cristales de los focos del techo, además había ropa de ella tirada sobre el parqué, como si hubiese abierto el armario y arrojado toda su ropa. La silla estaba tirada en el suelo junto a algunos libros. Parecía que un huracán hubiese entrado en aquella habitación.

Puso su espalda firme cuando escuchó aquel gruñido. Notó cómo el corazón le latía con fuerza en su pecho, cómo su mano, aún sujeta al pomo, temblaba. Inspiró con fuerza intentando no vomitar por aquel horrible olor, cargándose de fuerzas, y acabó de abrir la puerta.

Su mirada voló directamente hacia el cuerpo que permanecía agachado en una esquina de la habitación, con las rodillas flexionadas y mirando hacia la pared, dándole la espalda.

Joana dio un paso hacia delante elevando su mano hacia su hermana. Tenía el cabello suelto y un poco húmedo, aunque lo que más llamó su atención fue los cortes que tenía en antebrazos y manos.

Le costó encontrar su voz.

—Nerea... —susurró al final dando un paso hacia ella—, ¿estás bien?

Lo que vio a continuación le hizo gritar y dar un brinco hacia atrás. Cuando aquel cuerpo se giró de golpe y la observó supo que no era su hermana.

Su rostro estaba totalmente pálido, con algunos arañazos, aunque lo que más llamaba la atención era su piel reseca que comenzaba a arrugarse como si se tratase de una pasa.

Dio unos pasos hacia atrás, temblando, y estuvo a punto de caer al tropezar con uno de los libros, aunque pudo recuperar el equilibrio de inmediato.

—Nerea... —gimió mientras daba pasos lentos hacia la puerta, alejándose—, ¿qué... qué te ocurre?

Nerea la miró fijamente y sonrió de una forma maléfica que puso el vello de todo el cuerpo de Joana de punta.

—Nerea no está aquí —enfaticó una voz grave y masculina que salía por la boca de ella.

Se puso en pie de inmediato, echó los brazos hacia atrás extendiendo su espalda hacia delante como si fuese a darse impulso, pero lo único que hizo fue gritar. Un grito tan fuerte que obligó a Joana a llevarse las manos a los oídos y apretar los dientes mientras el grito se alargaba durante segundos, haciendo que los cristales de la habitación temblasen amenazando con romperse.

Joana sollozó, incrédula ante lo que veía, sin entender qué ocurría allí.

Cuando Nerea se calló la miró con tal ira que hizo que Joana se diese media vuelta y saliese corriendo de la habitación, huyendo de allí despavorida.

Resbaló en el comedor y cayó sobre el suelo clavándose un trozo de porcelana en la rodilla. El

dolor fue agudo, pero no le preocupó, lo único que la hizo reaccionar fue escuchar unos pasos. Se giró para observar que Nerea se asomaba al pasillo y se giraba hacia ella observándola, como si se preparase para atacarla. Su cabello rubio enganchado a su rostro, su piel blanquecina, sus labios cortados y las heridas por todo su cuerpo le hicieron ser consciente o, al menos, hacerse una idea de lo que allí ocurría. Aquella no era su hermana. Aquella imagen le recordó a Jaime. El día de la patrona Jaime se encontraba en el mismo estado y había realizado un grito similar hacia la iglesia.

Cuando Nerea dio unos pasos por el pasillo dirigiéndose hacia el comedor donde Joana aún permanecía tirada sobre el suelo, esta reaccionó y se puso en pie de inmediato.

Salió corriendo hacia la puerta y decidió no mirar atrás. Jamás había sentido tanto miedo como en aquel momento. El terror la invadía. Durante unos segundos la había paralizado, pero ahora su instinto de supervivencia la obligó a correr hacia la puerta, salir de allí y cerrar con un portazo.

Instintivamente buscó las llaves en su bolsillo. Sacó las llaves del piso de su hermana y miró cómo tintineaban entre sus dedos. Cogió la llave que amenazaba con caer de sus dedos temblorosos y la introdujo en la cerradura mientras escuchaba aquel gruñido cada vez acercarse más.

—Vamos, vamos... —gimió mientras lograba introducir la llave del todo y darle un par de vueltas para cerrar la puerta.

Extrajo la llave y dio un brinco hacia atrás justo cuando escuchó cómo su hermana golpeaba la puerta con el puño.

Retrocedió con la mirada clavada en aquella puerta donde sonaban los golpes, sin poder reaccionar, mientras las lágrimas bañaban su rostro y su corazón quería escapar de su pecho.

Aquello no era una gripe ni un constipado como había dicho Pilar, ni siquiera alcanzaba a comprender lo que había visto allí dentro.

Guardó las llaves en su bolsillo justo cuando notó la hoja de papel que Xabier le había entregado. La extrajo mientras brincaba con cada golpe de Nerea en la puerta y lo leyó otra vez.

Urgente: llama a Aitor. Necesito que venga. Ayuda.

Observó el teléfono que había escrito su hermana con letra temblorosa justo cuando los golpes cesaron y escuchó cómo aquella respiración y el rugido se alejaban, seguramente dirigiéndose de nuevo hacia la habitación.

Se removió nerviosa y buscó el móvil en su bolso. No sabía cómo actuar en aquella situación. Por su trabajo se desenvolvía con soltura en situaciones estresantes, pero aquello era superior a todo lo que había vivido. No estaba preparada para algo así, pero su hermana le había hecho llegar aquella nota por alguna razón, seguramente Aitor sabría cómo actuar y tenía más fuerza que ella.

Pulsó los botones y decidió descender las plantas del edificio y dirigirse a la calle. No quería que nadie escuchase lo que tenía que decir y sabía que Pilar podía estar tras la puerta.

Cuando salió a la calle la lluvia cayó sobre ella de inmediato, calándola de nuevo.

Se llevó el teléfono al oído e intentó calmar su respiración. Se removió mirando de un lado a otro. Por suerte, a aquella hora y con la tormenta que caía con fuerza no había nadie en la calle.

—¿Sí? —Escuchó una voz masculina al otro lado.

—¿Aitor? —preguntó Joana con voz trémula.

—Sí, ¿quién llama? —La voz de Aitor sonaba confundida.

—Soy Joana, la hermana de Nerea... —dijo sin poder controlar la voz—. Por favor, necesito que vengas. Nerea... Nerea está mal y no sé qué hacer. Me ha dejado una nota para que te avise

y...

—Espera, ¿Nerea está mal? ¿A qué te refieres? —preguntó.

Joana pudo detectar la preocupación en su voz.

—Ella no... —Tragó saliva sin saber cómo explicar aquello—, ella no es Nerea... estaba fuera de sí, con una mirada que daba miedo y muy agresiva —sollozó al final intentando describir lo que había vivido.

Aitor sujetó del brazo a Xacinta, una mujer de sesenta y cinco años con un demonio que se hacía llamar Cheitan. Por lo que habían descubierto era un demonio nacido del humo y servía al marqués Leraje, un demonio que provocaba grandes batallas y tenía la capacidad para hacer que las heridas de flecha se viesen envueltas por cangrena. Seguramente, aquella era la causa por la que Xacinta tenía las manos y los pies negros.

—¡Nooooooooo! —gritó la mujer mientras era sujeta por Daniel y Víctor.

Sin duda, aquel demonio era de una jerarquía inferior, pues no había mostrado una resistencia comparable a la de Jaime.

Santiago colocó la mano en su frente junto a la cruz.

—Dios todopoderoso, libera a tu sirva de las garras de este inmundo demonio y concédele la libertad y la paz que tanto ansía su espíritu.

—¡Jamás! —gritó revolviéndose.

Santiago miró a su derecha.

—Raúl, las constantes... —le apremió.

El facultativo médico se acercó con el estetoscopio en sus oídos y lo colocó en el pecho de la mujer.

—Tiene las pulsaciones por las nubes —comentó y miró a Aitor situado a su lado, el cual le protegía—. Unas ciento setenta pulsaciones por minuto —corroboró.

Santiago indicó a Anael que se acercase con el agua bendita. Cogió el hisopo y arrojó unas gotas sobre ella provocando que Xacinta intentase huir y que sus gritos se escuchasen en toda la casa.

No era la primera vez que la visitaban. Para Santiago ya era la cuarta vez y para la división la segunda, pero, tal y como estaba yendo la cosa, parecía que aquel demonio no resistiría mucho más.

—Jehová busco en ti mi refugio ¡Que no me confunda! —exclamó el sacerdote recitando salmos de la Biblia—. En tu justicia, sálvame y líbrame. ¡Inclina tu oído hacia mí, y ayúdame!

—¡Jamás! —le interrumpió Xacinta.

—Sé para mí una roca que me sirva de refugio, donde siempre puedo retirarme. Has resuelto salvarme porque tú eres mi roca y mi fortaleza. Dios mío, ¡líbrame de la mano de impíos!

Xacinta se removió intentando soltarse.

—¡Hu lo kann! —gritó ella.

Aitor miró de reojo a Santiago.

—Él no está aquí —le tradujo rápidamente. Miró de nuevo a Xacinta—. ¡Tú eres mi esperanza, oh, Señor Eterno! En ti confío mi juventud. Desde el vientre de mi madre me apoyo en ti.

Xacinta volvió su cabeza hacia Aitor y lo miró fijamente. De repente su respiración se volvió más lenta, su pecho comenzó a subir y a bajar más lentamente.

Raúl informó de nuevo.

—Ciento treinta pulsaciones —exclamó sorprendido.

Aitor lo miró confundido. Normalmente, por lo que había visto, las pulsaciones de los

poseídos aumentaban hasta que el demonio era expulsado (provocando que sus pulsaciones se normalizasen) o bien cuando el huésped iba a caer inconsciente sin abandonar el demonio su cuerpo.

—Hu rotseh lifefosh otekla —pronunció con un gruñido, sin apartar la mirada de Aitor.

Supo que se estaba dirigiendo a él, aunque no lo comprendiese, sobre todo por la mirada asombrada que Santiago le dedicó.

—¿Qué dice, padre? —preguntó.

Santiago tragó saliva y titubeó un poco antes de traducir.

—Él quiere conocerte —susurró pausado.

Aitor apretó los labios.

—¿Quién? —preguntó Aitor.

—¡El! —gritó Xacinta, sonrió y le dedicó una mirada cargada de intensidad y rabia—. Él... —dijo una voz masculina saliendo por la boca de Xacinta—, ya está aquí. Te ha encontrado.

Aquella afirmación lo dejó aturdido, igual que al resto de la división que se miraron nerviosos. Santiago volvió a coger el hisopo para rociar a Xacinta con agua bendita, ignorando aquel último comentario. Por su experiencia, sabía que los demonios pretendían aterrorizar a aquellos que intentaban expulsarlos de un cuerpo, que pretendían infundir temor para que se rindiesen.

—No lo escuches —pronunció Santiago mientras arrojaba agua bendita sobre ella.

—No lo hago —comentó Aitor acercándose más a ella.

Santiago asintió y volvió a arrojar agua bendita sobre ella.

—En el nombre de Dios, Cheitán, ¡abandona este cuerpo! ¡Vuelve a las llamas del infierno a donde perteneces!

—Ya está hecho —pronunció Xacinta sin apartar la mirada de él mientras rugía por la quemazón que producía el agua bendita en su cuerpo.

En ese momento echó su cabeza hacia atrás y gritó durante varios segundos, expulsando todo el aire que tenía en sus pulmones hasta que perdió el conocimiento y cayó con todo su peso hacia tras. Solo evitaron que se diese un golpe contra el suelo Daniel y Víctor que aún la sujetaban por los brazos. La tumbaron con cuidado y Raúl volvió a tomar sus constantes.

—¿Se ha ido? —preguntó Miguel que se encontraba por detrás de ellos, junto a Anael.

Raúl tragó saliva y luego cerró los ojos, suspirando.

—Sus pulsaciones se están calmando. Ciento diez por minuto.

—Eso es buena señal —señaló Víctor arrodillándose al lado de la mujer.

En ese momento Xacinta abrió los ojos y miró directamente a Santiago que se encontraba arrodillado a su lado.

—¿Padre? —preguntó ella al borde del llanto.

Aitor suspiró y se giró para observar a sus compañeros que observaban la escena.

Las últimas palabras que había pronunciado aquel demonio, Cheitan, lo habían dejado aturdido. Sabía que normalmente los demonios recurrían a las amenazas, al miedo, pero aquella vez sabía que había algo de cierto. El demonio de Jaime también se lo había mencionado. ¿Sería cierto y estaban enfadando realmente a las jerarquías superiores de los demonios? Estaba claro que el hecho de haber indagado y saber a qué legiones pertenecían y cuál era su superior jerárquico los había tenido que poner en alerta, además conocían los sellos para poder atraparlos, aunque aún no los hubiesen empleado. ¿Esa era la causa por la que estaban tan nerviosos?

Caminó hacia la puerta y salió de la habitación seguido por varios de sus compañeros mientras Santiago, Anael y Raúl atendían a Xacinta y la ponían al corriente de todo lo sucedido.

El resto de la división lo siguió y Marc fue quien cerró la puerta de la habitación para darles

un poco de intimidad mientras ella se recuperaba y Raúl le hacía la primera revisión tras haber vuelto en sí.

Se pasó la mano por una barba de varios días y miró a sus compañeros confundidos.

—¿Qué pensáis de lo que ha dicho? —preguntó hacia ellos.

Daniel fue el primero que contestó.

—Creo que nos quieren meter miedo, pero...

—¿Pero? —repitió Aitor.

—Por otro lado, creo que están un poco cabreados con nosotros —acabó la frase.

Lucas intervino.

—Está claro que nos tienen en el punto de mira. Estamos ayudando al sacerdote y podemos retenerlos mucho mejor facilitando el trabajo de Santiago. —Se encogió de hombros—. Estoy seguro de que no les caemos muy bien.

Aitor asintió y fue hacia la mesa donde habían depositado los maletines con todos los sellos imprimidos y abrió uno de ellos buscando su móvil.

—¿Lleváis todos puesta la cruz? —Todos asintieron—. No os la quitéis bajo ningún concepto —ordenó.

Miguel enarcó una ceja.

—¿De verdad crees que van a intentar poseer a alguno de nosotros?

—No me fio ni un pelo. Además —dijo sacando ya el móvil del maletín—, imagínate lo que podría hacer un demonio dentro de uno de nuestros cuerpos. Nosotros de por sí ya tenemos habilidades muy superiores a las de un civil, imagina si nos poseyesen y tuviesen el control de nuestro cuerpo... espectáculo garantizado, seguro.

Aquello los dejó pensativos. No habían caído en ello. Estaba claro que practicar un exorcismo a cualquiera de ellos sería mucho más difícil que a un civil normal.

Aitor parpadeó varias veces cuando vio varias llamadas de Nerea y una sonrisa brotó de sus labios. No había hablado con ella desde la noche anterior. Tenía ganas de hacerlo, de decirle que Jaime se encontraba bien y que el demonio que tenía dentro había sido devuelto al infierno, pero, para cuando lo habían logrado ya era muy tarde y aquella mañana, nada más levantarse a las siete y media, habían acudido a casa de Eloy, otro de los poseídos. Tras comer algo rápido habían ido a casa de Xacinta donde llevaban más de cuatro horas de exorcismo. Tal y como había dicho el padre Santiago, ese día iba a conseguir que Xacinta volviese. Había sido duro, no porque el demonio fuese fuerte, sino por el desgaste emocional y psicológico de enfrentarte a un demonio durante tantas horas, pero el resultado bien merecía el esfuerzo. Gracias a ellos, Xacinta podría recuperar su vida anterior, volver a ver a sus hijos y a sus nietos.

—Quizá podríamos buscar sellos protectores, seguro que hay —comentó Miguel.

Aitor elevó la mirada hacia él y volvió a centrarse en la conversación.

—¿Sellos protectores?

—No lo sé, me lo acabo de inventar —Se encogió de hombros—. Pero seguro que Susana puede decirnos algo sobre esto. Lo tuvo muy claro cuando vio la bolsita de huesos que habían puesto bajo la cama de Jaime. Nos dijo lo mismo que Anael, que servía para debilitar el cuerpo y el alma. Así que entiendo que si una bruja puede hacer ese tipo de conjuro también habrá conjuros protectores, ¿no?

Aitor asintió ante esa deducción.

—Sí, supongo. Buena idea —Lo señaló con el dedo—. ¿Puedes preguntarle?

Miguel chasqueó la lengua y asintió.

—Al final vamos a tener que ponerla en nómina —pronunció mientras buscaba su móvil y se

alejaba para realizar la llamada.

Aitor sonrió ante aquel comentario justo cuando Santiago abrió la puerta de la habitación con una sonrisa.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Aitor.

—Aturdida y débil, pero nada que no arregle una buena ducha, una comida, horas de sueño y una buena terapia psicológica —acabó bromeando.

Aitor sonrió ante aquel comentario.

—¿Hay algo más para hoy? —preguntó Lucas.

—¿Para hoy? —preguntó Santiago sorprendido—. Son las nueve y media, muchacho. Descansa un poco. Eso sí... —les indicó con la mano—, mañana había pensado volver a casa de Eloy por la mañana, creo que podemos conseguir que el demonio abandone su cuerpo con una sesión más. Por la tarde he pensado en visitar a...

Aitor se distanció cuando su móvil vibró en su mano. Miró quién era. Aquel número no lo conocía ni lo tenía guardado en su agenda.

Se distanció un poco más por el pasillo acercándose a la puerta.

—¿Sí? —preguntó llevándose el teléfono al oído.

—¿Aitor? —exclamó una voz femenina al otro lado, una voz temblorosa.

—Sí, ¿quién llama? —preguntó sin identificarla.

—Soy Joana, la hermana de Nerea... —Aquello extrañó a Aitor. ¿La hermana de Nerea?—. Por favor, necesito que vengas —comentó apresurada, sin darle opción a Aitor para preguntar—. Nerea... Nerea está mal y no sé qué hacer. Me ha dejado una nota para que te avise y...

Aquello hizo que sus músculos se pusiesen en tensión.

—Espera, ¿Nerea está mal? ¿A qué te refieres? —la interrumpió.

Los segundos que tardó Joana en responder le parecieron una eternidad.

—Ella no... —escuchó que titubeaba, como si buscase las palabras exactas—, ella no es Nerea... estaba fuera de sí, con una mirada que daba miedo y muy agresiva —comenzó a llorar.

Aquellas palabras lo pusieron en alerta. ¿Nerea no era Nerea? ¿Agresiva?

Las últimas palabras pronunciadas por aquel demonio volvieron a su mente.

“Él ya está aquí y quiere conocerte”, “Ya está hecho”.

Notó cómo su cuerpo comenzaba a temblar. ¿Era aquello posible? Estaba claro que algo serio ocurría, por lo que le decía Joana, Nerea le había entregado una nota para que lo avisase. No iba a esperar más para averiguarlo. Metió la mano en su bolsillo asegurándose de que llevaba las llaves del todoterreno y corrió por el pasillo hacia la puerta.

—¿Dónde estás? —preguntó mientras salía a la calle.

La lluvia cayó sobre él de inmediato. No era una tormenta muy intensa, pero sí lo suficiente como para que en el trayecto hasta llegar al todoterreno acabase empapado.

—En el piso de mi hermana. ¿Sabes dónde...?

—Sé dónde es —dijo abriendo el todoterreno.

En ese momento escuchó la voz de su compañero Miguel que lo llamaba desde la puerta con el teléfono móvil en la oreja, aún debía de estar hablando con Susana.

—¿Adónde vas? —le gritó extrañado por la actitud de su jefe.

Aitor no respondió. Subió al coche y arrancó.

—Estoy allí en quince minutos —comentó antes de colgar.

Hizo derrapar el coche con un giro y se incorporó a la carretera a toda prisa.

Aitor resopló cuando su móvil volvió a sonar. Estaba nervioso. La llamada de Joana, la hermana de Nerea, había puesto su piel de gallina. ¿Realmente lo habían hecho? ¿Habían poseído

a Nerea? Recordó las palabras de Empusa: “sufrirás”. Si había ocurrido habían dado en el clavo. Podían poseerlo a él, a cualquier persona, pero a Nerea... no, habían dado en su punto débil.

Pulsó el botón del salpicadero y resopló.

—Dime —dijo con voz seca mientras giraba la esquina.

—¿Adónde has ido? —preguntó Miguel.

—Me ha surgido una emergencia.

—¿Y la emergencia se llama Nerea, nombre en clave florecilla? —se burló—. Sí que estás desesperado, ¿no? —rio.

Aitor chasqueó la lengua.

—No estoy para bromas —pronunció seriamente.

Miguel captó su tono de voz y supo de inmediato que se trataba de algo serio.

—¿Qué ocurre?

—Aún no lo sé —contestó girando por otra de las calles—, pero es posible que necesite vuestra ayuda.

Aquellas palabras dejaron a Miguel sorprendido.

—¿Por qué? —preguntó directamente. Se notaba preocupación en su voz.

Aitor aminó la velocidad de su vehículo cuando se aproximó al portal de Nerea. Al momento identificó a su hermana que esperaba dentro del portal, abrazándose a sí misma.

—Te llamo en unos minutos —comentó antes de colgar, sin esperar a que Miguel respondiese.

La calle era bastante ancha, así que dejó el todoterreno en doble fila y salió del vehículo a toda prisa. Joana lo reconoció de inmediato y salió del portal corriendo hacia él mientras la lluvia caía sobre ambos.

—Aitor —pronunció ella nerviosa.

Llegó hasta ella y la cogió por los hombros.

—¿Dónde está? —preguntó directamente.

—En su piso —dijo removiéndose—. Me dejé una nota —Se la mostró.

Aitor la desdobló y leyó lo que ponía. Se sintió culpable de inmediato. Aquello era culpa suya. Si estaba en lo cierto, Nerea estaría sufriendo una posesión, de ahí que tuviese varias llamadas perdidas de ella en el móvil, seguramente las había hecho para pedirle ayuda.

Inspiró armándose de valor. Joana tenía los ojos llorosos y podía sentir cómo temblaba.

—¿Dónde está tu hijo? —preguntó separándose de ella.

—Con la vecina de enfrente de mi hermana —respondió.

—Ve con ella.

Joana le entregó la llave del piso de su hermana.

—La he encerrado —explicó—. Me... —Tragó saliva—, me he asustado. Ella...

—Lo imagino —comentó intentando calmarla.

—No puedes imaginártelo. No... —Comenzó a llorar de nuevo—, no es ella.

Aitor inspiró y colocó una mano en su hombro intentando calmarla.

—Tranquila, sé a qué te refieres. Le pondré solución —dijo dirigiéndose al portal. Aquellas palabras dejaron consternada a Joana que se giró para observarlo mientras la lluvia caía sobre ella—. No vayas al piso de Nerea escuches lo que escuches —pronunció antes de abrir el portal y acceder al interior.

Subió por las escaleras saltando los escalones de dos en dos hasta llegar a la segunda planta y se detuvo delante de la puerta. Se giró para mirar la puerta de enfrente, donde estaba el sobrino de Nerea y donde ahora iría Joana.

Introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta entrando rápidamente.

Supo que estaba en lo cierto en cuanto lo invadió el olor a azufre. No había duda. Los demonios se estaban vengando de él por no cejar en el empeño de ayudar al sacerdote. Aun así, no iba a dejar de ayudarlo. Lo único que iban a conseguir era que actuase aún con más contundencia, sin piedad. Era lo que pensaba hacer. Expulsaría a aquel demonio del cuerpo de Nerea a toda costa. Instintivamente buscó la cruz que llevaba colgada en su cuello y la sujetó entre sus dedos.

Avanzó unos pasos por el pasillo hasta llegar al comedor y observó el destrozo. Le recordó a la vivienda de Jaime. Aquel demonio debía de haberse enfadado bastante porque había arrojado al suelo las estanterías destrozando todo lo que había en ellas, los cojines del sofá habían sido rotos con un cuchillo y el relleno salía entre su tela abierta. Las cortinas habían sido desprendidas a tirones, pues la barra que las sujetaba se encontraba en el suelo.

Un gruñido le hizo girarse y observar hacia aquella puerta cerrada. Avanzó despacio hacia allí, sujetando entre sus dedos la cruz. El olor a azufre cada vez se hacía más insoportable. Ciertamente en todas las posesiones la habitación y parte del piso se impregnaban de aquel olor, pero allí era mucho más concentrado, casi sin dejar oxígeno para respirar.

Se situó frente a la puerta y escuchó durante unos segundos. Podía escuchar al otro lado la respiración acelerada y profunda de Nerea.

Abrió lentamente y sin dar un paso impulsó la puerta con la mano para que se abriese del todo, permitiéndole ver el interior de aquella habitación.

Unas noches atrás había hecho el amor con ella allí, ahora la cama estaba destrozada, incluso el espejo había sido arrojado al suelo rompiéndose en cientos de pedazos. Se fijó en la sangre que impregnaba algunos de esos cristales y en las huellas rojas sobre el parqué.

Se fijó en la esquina y clavó la mirada en la espalda de Nerea. Allí dentro hacía calor, mucho calor, parecía una sauna.

Dio un paso hacia delante cuando Nerea, de espaldas a él, elevó su mano y la estampó contra la pared clavando sus uñas, luego comenzó a bajarla creando un surco en la pared, rompiendo alguna de sus uñas.

Aitor se fijó en los cortes que tenía en los brazos y piernas.

—¡Basta! —dijo al ver que los dedos de Nerea sangraban.

Aquella palabra hizo que Nerea se detuviese y bajó su brazo. Giró su cuello para observarlo con una media sonrisa cargada de malicia. Aitor apretó los labios e intentó reprimir la rabia que sentía al ver lo que estaban haciendo. Su rostro estaba extremadamente pálido y unas ojeras negras comenzaban a aparecer bajo sus ojos. Sus labios estaban secos y cortados, al igual que su piel que comenzaba a descamarse por la frente y la mejilla.

Aitor dio un paso más al frente, observándola. La imagen lo conmocionó durante unos segundos, pero se repuso rápidamente, necesitaba expulsar a aquel demonio de Nerea de inmediato. El problema era que allí no contaba con una Biblia, ni siquiera con agua bendita con la que enfrentarse a él, solo contaba con la cruz de cobre que el padre Santiago le había entregado.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó.

Nerea se giró finalmente hacia él y dio unos pasos hacia un lado sin perder el contacto visual, dejando un reguero de sangre allá por donde pasaba. Seguramente aún tendría cristales clavados en los pies del espejo roto.

—Ya has oído hablar de mí —pronunció deteniéndose. Su voz sonaba extremadamente grave y profunda.

Aitor tragó saliva y dio un paso más, acercándose.

—¿Glasya-Labolas?

Nerea sonrió provocando que sus labios se agrietasen más.

—Acertaste.

Los músculos de Aitor se tensionaron. Sabía de quién se trataba. Habían buscado información sobre él. Era descrito como un gran presidente de los infiernos, con forma de perro y dos alas de grifo. Incitaba a los hombres al derramamiento de sangre y los inspiraba para realizar homicidios. Comandaba treinta y seis legiones de demonios. Se trataba de un demonio de jerarquía superior a aquellos con los que había tratado hasta entonces.

Dio un paso hacia delante colocándose frente a ella.

—Te ordeno que la liberes —pronunció Aitor.

Nerealadeó su cuello y lo miró con intensidad.

—¿O qué? —le desafió—. ¿Me pegarás una paliza? —lo provocó.

Aitor inspiró con fuerza. No podía hacer eso, aquel demonio sabía bien lo que hacía, pues él jamás haría algo que pudiese dañarla a ella. Por otro lado, no podía quedarse de brazos cruzados mientras un demonio se encontraba habitando el cuerpo de Nerea y provocaba que se hiciese cortes y heridas, con el firme propósito de hacerlo sufrir a él.

—Te advertí que sufrirías... —gruñó Nerea.

Aitor se puso firme y apretó los labios.

—Está bien, ¿qué quieres?, ¿me quieres a mí? —preguntó sacándose la cruz del cuello y sosteniéndola en su mano—. Ya me tienes.

Nerea sonrió de forma maquiavélica.

—Ya es demasiado tarde —susurró con un gruñido—. Si supieses cómo se resistió, cazador. —Aquellas palabras provocaron que la respiración de Aitor se acelerase—. Sí, se resistió mucho, una chica muy valiente —comentó y volvió a sonreírle provocando que los labios de Nerea se estirasen y sangrasen por la sequedad—, y aún lo hace —lo provocó.

Esas palabras desesperaron a Aitor. En un movimiento muy acelerado colocó la mano en su estómago y la empujó hacia la pared, llevándola con él. Aquel gesto solo provocó una sonrisa en Nerea.

Aitor colocó rápidamente la cruz en su frente provocando que Nerea gruñese.

—En el nombre del padre, del hijo y del Espíritu Santo, invoco a todos los ángeles y los santos y me dirijo a ti, bendita Virgen María, madre santísima, reina de toda la creación. Te pido tu bendición, tu protección y tu intersección... —Comenzó a recitar la oración de liberación que el padre Santiago les había hecho memorizar—. Invoco la protección y la ayuda de...

—De San Miguel, el arcángel, líder de los ejércitos celestiales —continuó Nerea sin que aquella oración le afectase lo más mínimo, incluso con una voz grave y solemne. Que Nerea pudiese recitar aquella oración sin inmutarse hizo que Aitor apretase los dientes, aquel demonio era mucho más fuerte de lo que imaginaba—. Me uno a la alabanza, adoración y gloria dada a nuestro señor padre, hijo y Espíritu Santo. —Miró a Aitor a escasos centímetros de sus ojos y lo empujó hacia atrás alejándolo de él—. Invoco en el nombre de Jesús la bendición... —continuó Glasya-Labolas extendiendo los brazos hacia él con cierta burla—, protección, la ayuda de todos los patriarcas, profetas, los confesores, vírgenes y mártires... —Comenzó a caminar hacia él lentamente, sin detenerse en la oración—, los discípulos de Jesús, los apóstoles, y de todos los Santos que han existido y que existen. En el nombre de Jesús entro en comunión con la Santa Iglesia de Cristo y ratifico mi fe en el santo nombre de Jesús y su preciosa sangre. —Rio mientras lo observaba—. En el nombre de Jesús renuncio al pecado, renuncio a Satanás y sus trabajos de maldad. Me entrego totalmente a Jesucristo para la gloria de Dios —acabó alzando los brazos hacia el techo y luego miró a Aitor mientras se inclinaba como si realizase una reverencia—. Esta oración no te servirá de nada —le espetó.

Antes de que Aitor pudiese reaccionar y se diese cuenta de que no era un gesto irónico de alabanza, sino una posición de ataque, Glasya-Labolas se abalanzó hacia él cogiéndolo del cuello. Atravesó toda la habitación y lo estrelló contra la pared elevándolo como si nada, como si se tratase de una muñeca de trapo.

Lo miró con tal furia que incluso Aitor se sintió consternado, consciente de que contra él no tenía nada que hacer. Se sujetó con fuerza al brazo de Nerea.

—No tienes nada que hacer contra mí —rugió con fuerza, apretando su cuello y provocándole la asfixia.

No quería hacerle daño, la mujer que tenía ante él era aquella a la que amaba, pero debía hacer algo o acabaría con su vida.

Miró a Nerea fijamente mientras esta lo asfixiaba.

—Lo siento —logró pronunciar con el poco aire que le quedaba en los pulmones.

Elevó su brazo con fuerza y golpeó el de ella provocando que lo soltase. Aquel movimiento cogió de improviso al demonio. Aitor se movió con rapidez y golpeó su estómago con fuerza provocando que Nerea volase hacia el otro extremo de la habitación y se golpease contra la pared.

Tal y como había pensado no tenía nada que hacer frente a él. Nerea se incorporó rápidamente para volver al ataque, pero Aitor, con una velocidad supersónica y solo perceptible a ojos de aquel demonio, salió de la habitación.

Cerró la puerta con un portazo y colgó rápidamente la cruz del pomo. El sacerdote siempre colocaba el rosario en la puerta y evitaba así que los demonios pudiesen salir de aquel espacio. Esperaba que aquella cruz hiciese la misma función, de hecho, cuando se la había puesto en la frente había gritado de dolor.

Supo que estaba en lo cierto cuando escuchó tras la puerta los pasos acelerados de Nerea y vio que el pomo se movía como si lo cogiese desde el otro lado. Escuchó un grito grave, debía de haberse quemado la mano. Cerró los ojos e inspiró con fuerza intentando calmarse. Debía actuar con rapidez o aquel demonio destrozaría su cuerpo.

Extrajo el móvil de su bolsillo y marcó el número de teléfono de Miguel mientras se pasaba la otra mano por el cuello. El demonio lo había sujetado con tanta fuerza que seguro que había dejado sus huellas marcadas. No había problema, gracias a su poder de regeneración sabía que en pocos minutos no tendría ni un rasguño.

—Dime, Aitor —contestó Miguel al otro lado de la línea.

Aitor se separó un poco de la puerta cuando escuchó cómo la golpeaban desde el otro lado amenazando con echarla abajo.

—Os voy a pasar la ubicación de donde necesito que vengáis con urgencia —comentó rápidamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó acelerado—. Hay que irse —exclamó hacia el resto de sus compañeros.

—Necesito que vengan también el padre Santiago, Anael y Raúl.

Miguel se giró hacia ellos y ordenó con un gesto que le siguiesen.

—Y que uno de vosotros vaya a coger los uniformes de trabajo a casa y los traiga.

De aquella forma, con aquellos trajes especiales estarían más protegidos, pues intuía que aquel exorcismo iba a ser mucho más duro que los que habían realizado en días anteriores.

Miguel abrió la puerta de la casa de Santiago y se dirigieron todos con rapidez al todoterreno.

—Daniel —comentó mientras se sentaba en el asiento del conductor y el resto en los asientos posteriores—. Ve a casa y coge los uniformes de trabajo. Ahora te envío la ubicación de adónde tienes que ir.

Daniel no preguntó, simplemente asintió y desapareció de su vista moviéndose a una velocidad impresionante hacia su casa para cogerlos. Sabía que, en pocos minutos, a aquella velocidad de vértigo se encontraría ya allí.

Miguel encendió el todoterreno y Marc se sentó de copiloto. En el asiento trasero se sentaron el padre Santiago, el facultativo médico y Anael y en los dos asientos posteriores Lucas y Víctor.

—Te acabo de enviar la ubicación —comentó Aitor frente a la puerta, escuchando los golpes y cómo esta rebotaba. Seguramente podría echarla de un golpe abajo, pero aquella cruz lo evitaba.

Miguel puso primera y tomó rumbo rápidamente a la carretera.

—Lo tengo —comentó—. Marc, ponlo en el GPS —le pidió a su compañero

Marc introdujo aquella ubicación.

—Llegamos en quince minutos —comentó Marc alzando un poco la voz para que su compañero lo escuchase.

Aitor tragó saliva mientras observaba aquella puerta tambalearse. No sabía si aguantaría lo suficiente.

—Intentad que sea menos —pronunció con urgencia.

Miguel resopló y aceleró más.

—¿Qué ocurre? —insistió, pues sabía que si su jefe les pedía que se dirigiesen a esa ubicación con tanta celeridad era porque ocurría algo serio.

Todos esperaron a que Aitor contestase.

—Glasy-Labolas está aquí —pronunció.

Aitor abrió la puerta del piso de Nerea y los instó a entrar rápidamente.

Cerró la puerta y los hizo acceder al comedor.

—¿Son los uniformes? —preguntó acelerado mientras Víctor los colocaba sobre la mesa.

Todos miraron alrededor, observando el destrozo.

—Huele muy fuerte a azufre —comentó Víctor asqueado, luego colocó la mano sobre las bolsas—. Sí, los uniformes tal y como pediste.

—Ponéoslos. ¡Ya! —ordenó quitándose directamente la camiseta y arrojándola sobre la mesa.

Ni siquiera reparó en que Anael lo miraba asombrada y luego se giraba dándole la espalda ante su desnudez. Anael caminó hacia la ventana del comedor para distraerse al ser consciente de que ya todos los miembros de la división se desnudaban como si no tuviesen pudor alguno.

—¿Glasya-Labolas? —preguntó Miguel—. ¿Cómo lo sabes? —Comenzó a enfundarse el uniforme de color negro, bastante arrapado y que consistía en una única pieza que se abrochaba con una cremallera por detrás, similar al traje de los buzos, y que en la cintura tenía un cinturón donde podían colocar todas sus armas.

—Me lo ha dicho él mismo —explicó Aitor mientras se acercaba a Santiago—. ¿Puede abrocharme, padre?

El sacerdote asintió y comenzó a subirle la cremallera.

—¿De quién es este piso? ¿Cómo has dado con él? —preguntó Marc.

Aitor cerró los ojos y suspiró. El hecho de que Aitor no contestase hizo que todos se detuviesen y lo mirasen fijamente esperando una respuesta.

—Se trata de Nerea —comentó con un hilo de voz.

Todos abrieron los ojos como platos.

—¿Florecilla? —preguntó Miguel asombrado.

Aitor chasqueó la lengua e hizo caso omiso a su pregunta.

—Me ha llamado su hermana. Había dejado una nota pidiendo ayuda. —Se pasó la mano por los ojos—. Esta tarde me ha llamado varias veces, y... —Tragó saliva visiblemente afectado—, con los exorcismos no lo he visto.

Todos comprendieron cómo debía sentirse.

—¿Es la chica de... de la que hablaste? —preguntó Anael girándose sobresaltada por lo que decía, aunque al ver que alguno de ellos aún permanecía con poca ropa volvió a girarse.

Aitor cerró los ojos con fuerza y asintió.

—Sí —susurró.

—Estabas ocupado, no lo sabías —intentó tranquilizarlo Marc y se acercó también a Santiago para que le abrochase—. La liberaremos.

Aitor asintió y se quedó pensativo.

—No tiene nada que ver con el demonio de Jaime. No he podido con él ni creo que entre todos podamos —explicó—. Es muy poderoso. Demasiado.

—¿Tanto? —preguntó Lucas sorprendido.

Santiago fue hacia Víctor sin que le dijese nada y le abrochó la cremallera.

—Lo mejor sería llevarla a mi casa —explicó mientras le subía la cremallera. Luego miró en dirección a Anael que se mantenía mirando por la ventana—. Anael... —Llamó su atención. En

ese momento todos se giraron hacia ella, conscientes de que se había alejado cuando se vestían—, ¿crees que sería buena idea encerrarlo en un sello?

Anael miró de reojo y al verlos ya vestidos se giró. Avanzó unos pasos justo cuando un rugido inundó toda la sala. Los golpes en la puerta volvieron a comenzar.

—¿Está en esa habitación? —preguntó Lucas mirando por el pasillo.

—He puesto la cruz en el pomo, pero no creo que la puerta aguante mucho más —explicó Aitor volviendo su atención a Anael, esperando una respuesta.

Anael suspiró y juntó sus manos por delante.

—Si es tan poderoso como Aitor dice... —comentó con voz pausada, sin elevarla lo más mínimo, con aquella paz y calma que tanto la caracterizaban—, estaría bien poder encerrarlo en el sello. De esa forma solo podría estar dentro de él, atrapado, no podría salir y sería mucho más fácil de manejar.

—Fuera del sello estaríamos a salvo de él, ¿verdad? —preguntó Miguel.

Ella asintió.

—Pero... —continuó de forma pausada—, en el momento en que el exorcismo tuviese efecto y se expulsase al demonio deberíamos romper rápidamente el sello para que fuese al infierno de vuelta.

Aitor valoró la idea, sin duda era mucho mejor tenerlo controlado. De aquella forma estarían más tranquilos y podrían actuar mejor.

—Necesitamos sacar a Nerea de aquí y llevarla a su casa —Señaló a Santiago—. No creo que aquí nos deje pintar un sello.

—Pero ¿cómo? —preguntó Lucas—. Dudo que se ofrezca a acompañarnos —lamentó.

Raúl soltó el maletín sobre la mesa ante la atenta mirada de todos y rebuscó en su interior.

Extrajo un par de ampollas y miró a Aitor con decisión.

—Puedo inyectarle midazolam —propuso mientras buscaba en su maletín una jeringa y una aguja de carga.

Aitor se acercó.

—¿Para qué sirve?

—Da somnolencia, pero con una dosis elevada induce a la sedación —explicó. Los miró a todos y se encogió de hombros—. Podría dejarla grogui.

Aitor apretó los labios.

—¿Cuánto dura el efecto?

—Depende de cada metabolismo, pero... con una buena dosis un par de horas seguro que dura.

Miguel se acercó y miró de reojo a Aitor.

—¿Cuánto tarda en hacer efecto desde que se administra?

—Poco tiempo, un minuto o dos como mucho.

Miguel miró a Aitor.

—¿Qué opinas?

Aitor parecía indeciso.

—¿Tiene alguna contraindicación? ¿Le puede afectar a ella de alguna forma?

Raúl chasqueó la lengua.

—¿Tiene problemas respiratorios, hepáticos o cardíacos?

—No lo sé, no he hablado con ella sobre eso —alegó Aitor—, pero no lo creo.

Raúl tragó saliva.

—¿Sabes si toma alcohol?

—Eso sí lo sé. No toma, cuando hemos quedado siempre ha pedido agua —bromeó.

Raúl se quedó pensativo y asintió mientras miraba la ampolla con el contenido. Aitor se giró y miró a Santiago y a Anael.

—¿Creéis que servirá?

Los golpes en la puerta hicieron que todos volviesen a girarse.

Santiago titubeó un poco.

—Nunca lo hemos probado. No hemos sedado a ningún poseído, no sé si logrará el efecto deseado...

Anael dio un paso hacia delante y le interrumpió.

—Cuando las personas poseídas pierden la consciencia el demonio no se manifiesta —comentó y se encogió de hombros—. Creo que puede ser una buena opción.

Aitor apretó los labios.

—¿Cuánto tiempo crees que puede mantenerse inconsciente con la dosis que le administres?

Raúl resopló y se quedó pensativo unos segundos, haciendo unos cálculos.

—En el mejor de los casos... creo que dos o tres horas como mucho.

Aitor suspiró. Aquello no le gustaba, pero era lo mejor para Nerea, al menos durante un tiempo aquel demonio no la lastimaría y, por otra parte, si funcionaba podrían trasladarla a casa de Santiago y encerrarla en el sello para poder practicar el exorcismo con más medidas de seguridad. Realmente no sabían a lo que se enfrentaban, en los días que llevaba con el padre Santiago no se había enfrentado a un demonio como aquel, de hecho, ni él ni nadie de los que se encontraban allí presentes.

—Está bien. Lo haremos, prepara la dosis —comentó.

Se giró y miró a sus compañeros.

—Lo más importante es sujetarla todo lo que podamos, pero... —Tragó saliva—, intentad no hacerle daño —pronunció con dolor. Todos asintieron y se giraron para observar cómo Raúl cargaba el contenido de la ampolla en la jeringa—. ¿Dónde debes inyectarlo?

—Lo mejor sería ponerle una vía intravenosa, pero dudo que se deje... —explicó—. En el brazo estará bien. —Aitor asintió—. Pero... —comentó antes de que Aitor se girase de nuevo—, si es un poco listo y sabe lo de los sellos, ¿no creéis que puede olerse algo? —preguntó nervioso.

Aquello hizo que Aitor enarcase la ceja. En eso tenía razón. La razón por la que el mismo Glasya-Labolas se encontraba allí era porque uno de los demonios que pertenecía a su legión y que había sido expulsado de un cuerpo había comentado en el infierno que un grupo de cazadores colaboraba con la Iglesia y que preguntaban por los sellos para encerrarlos.

—Tienes razón —admitió—. Lo haremos de otra forma.

Aquello, sin duda, era lo más difícil que iba a hacer en su vida hasta ese momento. Aquel demonio había tenido razón, le harían sufrir, no había nada que pudiese causarle un mayor sufrimiento que lo que estaba ocurriendo.

Se colocaron frente a la puerta y se giró para observar al resto de sus compañeros.

—¿Preparados? —preguntó.

Todos asintieron.

—Ponte la cruz —le recordó Santiago.

Aitor colocó la mano en el pomo y, por primera vez desde hacía años, sintió cómo esta temblaba al agarrarlo. Inspiró con fuerza y giró el pomo mientras con la otra mano sacaba el colgante y se lo ponía rápidamente en el cuello.

Abrió la puerta con determinación y, sin esperar un segundo, pues no sabía cuál sería la reacción del demonio, entró junto a sus compañeros. Raúl fue el último en entrar y cerró la puerta tras él.

Nerea se encontraba en la esquina de la habitación, de espaldas a ellos, tal y como la había encontrado la primera vez.

Aitor ordenó con un gesto a Santiago, Anael y Raúl que se situasen tras ellos en el otro extremo de la habitación mientras ellos trazaban con sus cuerpos una frontera en medio de la habitación impidiéndole el paso.

Aitor se fijó en ella. Durante aquellos minutos que había estado fuera se había hecho algún corte más.

—Qué agradable sorpresa —pronunció aquella voz masculina, grave y que retumbaba en las paredes.

Marc abrió los ojos como platos y los miró a todos sorprendido.

—Joder, ¿es ella? —preguntó haciendo referencia a aquella voz tan grave saliendo de un cuerpo femenino.

Aitor apretó los labios y le indicó al sacerdote que se acercase. En ese momento, como si el demonio lo detectase, se giró lentamente hacia él clavando la mirada en Santiago.

—¿Un sacerdote? —se mofó Nerea—. ¿Eso es todo lo que puedes hacer?

Santiago cogió la cruz entre sus dedos, la besó y miró a Nerea con intensidad mientras ella comenzaba a caminar lentamente de una punta a otra de la habitación, con la mirada clavada en él.

—Escúchame, oh, Señor, salva a esta sierva de las garras de este demonio...

—Glasya-Labolas —le recordó su nombre rápidamente el demonio con sorna.

Santiago arrojó agua bendita sobre él provocando que Nerea se detuviese y rugiese.

—Glorioso padre celestial, dame las fuerzas necesarias, como siervo tuyo, para expulsar a este demonio a...

—Veo que comienza el ritual —refunfuñó colocándose frente a él, sin verse alterado lo más mínimo por las palabras del sacerdote. Rugió hacia él mientras Santiago seguía implorando ayuda y giró su cabeza lentamente hacia Aitor—. Ella sigue luchando... —susurró con el claro propósito de provocarlo.

Aitor sintió cómo todos sus músculos se ponían en tensión y la rabia se apoderaba de él. Sabía que aquel demonio lo hacía a propósito, que no debía hacerle caso, pero aquellas palabras eran superiores a la fuerza de voluntad que pudiese tener. Apretó los labios y dio un paso hacia él, pero Miguel colocó una mano en su pecho y se situó justo enfrente para evitar el siguiente paso.

—No lo escuches —le comentó seriamente, intentando calmarlo.

—Claro, Aitor... no me escuches —sonrió Nerea mientras se distanciaba unos pasos de él. Caminó de nuevo de un lado a otro, evaluándolos a todos—. La chica es más fuerte de lo que pensaba, sigue resistiéndose... —comentó de nuevo. Miguel tuvo que frenarlo para que no fuese hacia él—. Tiene unos bonitos recuerdos en su mente —comentó Nerea sonriente—. Desayunando en un bar, cenando en un restaurante, paseando por el centro del pueblo... —Se giró y lo miró—, un ferviente y húmedo beso... —comentó con una sonrisa lasciva—, un lujurioso encuentro sexual en el todoterreno...

Miguel se giró hacia Nerea y enarcó una ceja, luego miró a su jefe y sonrió un poco tímido.

—¿En el todoterreno, jefe? —preguntó divertido, intentando desviar la atención de Aitor de aquel demonio, pues si seguía mucho más Aitor explotaría.

Aitor no respondió a esa pregunta, simplemente resopló y miró a Nerea seriamente, intentando controlar sus nervios.

—Déjala —exigió Aitor por encima de la voz de Santiago que seguía recitando oraciones.

—No voy a dejarla, Aitor... —rugió—. Nunca —sentenció.

Santiago dio un paso más hacia delante y arrojó agua bendita hacia Nerea que gritó y miró al

sacerdote con odio.

—¡Puto sacerdote de mierda! —gritó hacia él—. ¡Deja de arrojarme agua bendita o te la haré tragar con el hisopo y todo!

—Padre nuestro que estás en los cielos... —continuó Santiago—, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad aquí en la tierra como...

—Oh, sí... la voluntad de Dios... —Y miró a Aitor extendiendo los brazos hacia él—, que así sea —rio haciendo una reverencia hacia él.

Santiago volvió a arrojar agua bendita hacia él provocando que Nerea lo mirase con odio y rugiese con tal agresividad que se les erizó la piel.

—¿De verdad creéis que vais a poder expulsarme? —rio con una clara amenaza—. Intentadlo e iré debilitando el espíritu de Nerea hasta hacerlo desaparecer —rugió.

—No puedes hacer eso —lo interrumpió Santiago—. Tú no tienes el poder suficiente para hacer desaparecer un alma.

Nerea le mostró los dientes con las encías ensangrentadas.

—¿Apostamos algo? —lo retó.

Santiago se giró hacia Aitor, el cual parecía profundamente afectado por las palabras de este.

—Miente —le dijo—, juega con eso. Hay que realizar el exorcismo —apremió.

—Aquí estoy —los provocó extendiendo los brazos hacia ellos y miró a Aitor—. Despidete de ella.

Aitor apretó los labios. Santiago ya les había informado de que los demonios mentían para lograr su fin, para provocar el miedo en ellos y disuadirlos de realizar un exorcismo. Por mucho miedo que tuviese por ella, sabía que era lo que debía hacer.

Aitor apretó los labios.

—Voy a expulsarte de ese cuerpo, aunque sea lo último que haga. —Miró de reojo a sus compañeros—. ¡Ahora! —gritó dando la orden.

En ese momento Daniel, Miguel y Marc se echaron sobre Nerea. Nerea logró esquivar sin problema a Daniel echándose a un lado con un movimiento veloz que igualaba al de ellos, pero no logró esquivar ni a Miguel ni a Marc que intentaron cogerla de los brazos.

—¿Crees que vas a poder detenerme? —gritó hacia Aitor.

Desvió su mirada hacia los dos que intentaban sujetar sus manos y abrió los brazos creando una onda energética que los hizo volar en dirección contraria. No hizo prácticamente falta que abriese sus brazos, con un ligero movimiento los había expulsado al otro lado de la habitación. La fuerza que ejerció fue tal que todos, incluso Santiago, Anael y Raúl, salieron despedidos hacia atrás chocando con la pared.

Aitor no llegó a golpearse, pues hizo fuerza con sus piernas al igual que Víctor y Lucas que lograron contrarrestar aquella fuerza provocada por la onda.

—¿Estáis bien? —preguntó Aitor girándose hacia ellos de forma acelerada.

Esperaba que se resistiese, eso ya lo sabían, pero no que demostrase tal poder sin apenas moverse... y sabía que aquello no era lo difícil, lo más complicado sería expulsar a aquel demonio de ella.

Nerea giró su cuello buscando a Aitor, el cual captó su mirada.

Aitor apretó los labios y se movió rápidamente hacia él. No iba a permitir que lastimase más el cuerpo de Nerea solo por hacerle sufrir.

Glasya-Labolas supo el próximo movimiento de Aitor y se agachó para esquivar su brazo, evitando que pudiese cogerlo del cuello, aun así, no esperaba que Aitor, en un rápido movimiento, se agachase estirando su pierna y provocando que este tropezase y cayese. Fue a lanzarse sobre

ella para sujetarla, pero Nerea alzó sus piernas golpeándolo directamente en su estómago, provocando que Aitor, esta vez sí, saliese despedido hacia la pared chocando con fuerza. No había tocado el suelo cuando Miguel, Marc y Daniel volvieron a la carga intentando sujetarla mientras Víctor y Lucas ayudaban a Santiago, Anael y Raúl a ponerse en pie, quedándose a su lado para protegerlos.

Glasya-Labolas movía el cuerpo de Nerea a su antojo, con unos movimientos que podrían competir con los de ellos y que seguramente provocarían un gran dolor muscular a la joven. Se agachó de nuevo esquivando el brazo de Daniel y se movió de un lado a otro evitando ser atrapado por Marc y Miguel.

Se desplazó a la otra esquina de la habitación y los miró con una sonrisa de superioridad.

—Vamos, ¿no podéis hacer nada más? —los retó—. Esto es aburrido.

Nerea colocó sus manos hacia abajo cuando un sutil temblor comenzó a agitar el suelo de aquella habitación provocando que todos los muebles repiqueteasen sobre el parqué.

Tenía más poder del que imaginaban. Los vidrios comenzaron a vibrar con fuerza, lo que unido al sonido de los muebles al chocar a gran velocidad contra el suelo provocaba un ruido ensordecedor.

Miguel se situó a su lado.

—Es muy fuerte —le susurró sin apartar la mirada de ella.

Aitor tragó saliva.

—Nosotros también lo somos...

—Y somos más —comentó Víctor situándose al otro lado de Aitor.

Aitor lo miró y se giró hacia atrás observando a Santiago, Anael y Raúl al final de la estancia. Tanto Víctor como Lucas se habían situado junto a su jefe para ayudar en su cometido. Ellos eran los encargados de protegerlos, pero tras presenciar aquel poder sabían que necesitaban la máxima ayuda posible para retenerla. Buscó con la mirada a Santiago, el cual asintió hacia él dándole su visto bueno. En ese momento era más importante intentar detenerla que su propia protección, pues si dejaban que aquel demonio siguiese durante mucho más tiempo en el cuerpo de la muchacha acabaría matándola y, después, a saber lo siguiente que haría. Podía ir pasando de cuerpo en cuerpo destrozando todo lo que estuviese a su alcance. No, debían detenerlo como fuese, aunque eso representase quedarse desprotegidos.

Aitor se giró y miró a Nerea. Ella era la mujer que amaba, daría su vida por ella y, sin embargo, allí estaba, luchando por intentar recuperarla.

Nerea alzó los brazos justo cuando los vidrios explotaron y salieron despedidos en su dirección. Por suerte, aquellos trajes los protegían no solo de mordeduras de vampiros y arañazos de licántropos, sino de golpes y cortes.

Se protegieron la cabeza con los brazos mientras Lucas se situaba en una fracción de segundo frente a Santiago, Anael y Raúl para protegerlos a la vez que estos se agachaban.

Cuando los cristales cayeron sobre el parqué Aitor no esperó más, debían detenerlo lo antes posible.

Se movió a una velocidad sobrehumana hacia él, pero antes incluso de que se situase frente a él, Glasya-Labolas lo esperaba ya con el brazo hacia arriba para contrarrestar el golpe, chocando brazo contra brazo.

Aitor apretó los dientes y con el otro brazo intentó golpearlo en el estómago para echarlo hacia atrás, pero el demonio fue más rápido y lo empujó a él.

Nerea se pasó la mano por el cabello como si lo arreglase mientras Aitor rodaba por el suelo y de un salto se ponía en pie.

—Necio... —Escupió hacia él—, no tienes nada que hacer contra mí.

Nerea se desplazó a un lado para evitar la mano de Víctor que se había acercado, sin ningún esfuerzo, y luego dio un paso hacia delante para evitar a Miguel que había copiado a su compañero.

Aquel demonio evitaba sus golpes sin pestañear, sin esforzarse lo más mínimo, como si ellos se moviesen a cámara lenta. ¿Cómo era posible?

Miguel volvió a acercarse agachándose para golpear sus piernas, pero Nerea saltó por encima de él. Lo que no esperaba era que Víctor se lanzase a su espalda haciéndole perder el equilibrio. En ese momento, Lucas apareció a su lado sujetando su brazo y Daniel sujetó el otro.

Nerea los miró con furia y, sin ningún esfuerzo, elevó levemente sus brazos volviendo a expulsarlos con fuerza contra la pared, chocando y cayendo al suelo. Por suerte, se recuperaban rápidamente de los golpes, lo que les permitía volver a la lucha al momento.

Aitor volvió a atacar, aunque no como el demonio esperaba. Se situó frente a él y, en una fracción de segundo, desapareció de su vista apareciendo a su espalda y golpeándolo desde atrás.

Por primera vez, Nerea perdió el equilibrio al ser impulsada hacia delante, algo que aprovecharon todos rápidamente echándose encima. Aitor la cogió por las piernas provocando que cayese y antes de que pudiese mover sus brazos Daniel y Lucas los inmovilizaron con fuerza, apretándolos contra el suelo. Miguel y Víctor se situaron a su espalda mientras Nerea se removía nerviosa por lo que ocurría.

En ese momento, Raúl se puso en pie y extrajo de su bolsillo la jeringa con el contenido, situándose ante Nerea.

Ella lo observó y su atención se centró en aquella jeringa. Al momento sus labios sonrieron.

—¿Vas a inyectarme algo? —se burló.

Con un rápido movimiento se deshizo del brazo que sujetaba Lucas provocando que este saliese disparado hasta la pared. Miró hacia Raúl de nuevo y extendió su brazo hacia él justo cuando este se agachaba para inyectar la medicación.

Raúl alzó el brazo para inyectar el midazolam, pero se vio lanzado hacia la pared antes de que lograra su cometido. Lo que no esperaba Nerea era que Aitor hubiese recuperado la jeringa en un movimiento casi imperceptible y que ahora aprisionase su brazo con fuerza, inmovilizándolo. Aitor inoculó el contenido de la jeringa

—¡Noooo! ¡¡Tú noooo, maldito cazador!! —comentó Nerea al notar el líquido entrando en su cuerpo.

Nerea rugió y con un movimiento excesivamente violento, saltando sobre su propio cuerpo, echó a los lados a todos, haciendo que volasen hasta golpearse contra la pared y el suelo.

Nerea se puso de rodillas de un salto y se miró el brazo. Luego rugió hacia Aitor que aún permanecía tumbado en el suelo.

—¿Qué me has inyectado? —preguntó con una clara amenaza en su voz.

Aitor no dijo nada, simplemente se puso en pie al igual que el resto de los miembros de la división y se giró hacia Raúl. Anael y Santiago se habían arrodillado a su lado y lo ayudaban a incorporarse.

—¿Estás bien? —preguntó Aitor.

Raúl asintió mientras se llevaba una mano al costado con gesto de dolor.

El rugido que emitió Nerea hizo que volviese a prestarle atención. Se puso en pie y lo miró con furia. No parecía que le hiciese efecto, pero tal y como Raúl les había explicado puede que aún tardase unos segundos.

Para sorpresa de todos Nerea alzó el brazo contrario al que habían inoculado la medicación y

clavo las uñas donde Aitor había clavado la aguja, desgarrándose parte de la carne.

—¡Noooo! —gritó Aitor dirigiéndose hacia ella.

Intentó sujetarla, pero Nerea se movió de nuevo rápidamente y sujetó su brazo. En un movimiento acelerado lo acercó a él colocándolo justo enfrente, a pocos centímetros. Desde allí pudo sentir su respiración acelerada, el calor tan intenso que emanaba todo su cuerpo.

—Aitor... —rugió hacia él—, hazte a la idea. Ella es mía.

Aitor cogió su brazo sujetándose a él con fuerza. No intentó soltarse, sino que se acercó más a él.

—No —sentenció Aitor.

—Nada de lo que podáis hacerle a este cuerpo me afectará a mí —comentó.

Y justo en ese momento Aitor sintió cómo la mano de Nerea se relajaba, cómo perdía fuerza. Supo entonces que el medicamento estaba funcionando.

—A no ser que sedemos el cuerpo... —le comentó con una leve sonrisa—. Sin este cuerpo, tú no eres nadie —explicó Aitor amenazante.

Nerea cayó de rodillas sin soltarse de él, aún sujeta a su brazo y con la mirada clavada en él. Su mirada era de una ira incalculable, pero un segundo antes de perder el conocimiento pudo ver cómo sus facciones se relajaban y su mirada se modificaba, una mirada cargada de súplica, pidiendo ayuda...

—Nerea... —susurró él antes de que ella cayese inconsciente.

Sujetó sus hombros evitando que se golpease contra el suelo y la ayudó a tumbarse con delicadeza.

El resto de la división se quedó en silencio mientras Aitor la observaba. Acarició una de sus mejillas con suavidad. Aquello era culpa de él, debería haber ido con más cuidado. ¿Cómo no había pensado que algo así podía ocurrir?

Intentó reponerse y tragó saliva intentando hallar su voz. La desesperación se apoderó de él, pero intentó controlarse. No era momento para ello, debía actuar con celeridad.

—¿De cuánto tiempo disponemos? —preguntó sin apartar la mirada de ella.

Raúl contestó mientras se acercaba. Se arrodilló a su lado y colocó el fonendoscopio en su pecho.

—Sus pulsaciones van normalizándose. —Chasqueó la lengua y lo miró—. Con la dosis que le hemos puesto una persona normal estaría inconsciente unas tres horas más o menos, ahora bien... —dejó la frase sin acabar.

Aitor asintió y se puso en pie, con la mirada clavada en ella. Debían moverse con premura.

—De acuerdo —dijo. Miró de un lado a otro y fue hacia la mesita de noche. Se agachó y miró debajo de esta.

—¿Qué haces? —preguntó Miguel dando unos pasos hacia él.

Aitor se puso en pie y fue hacia la cama. El colchón estaba medio salido del somier.

—Andrés tenía una bolsa de brujería para debilitar su espíritu —les recordó. Le dio la vuelta al colchón sin esfuerzo y rugió cuando vio el saliente, tal y como había descrito Rut. Cogió una de las dagas que llevaba en el cinturón y rajó el cobertor del colchón. Ahí estaba, la bolsita con los huesos de un pájaro, el corazón de un murciélago y las hierbas que provocaban la pérdida de fuerza del cuerpo y el espíritu y favorecían la posesión.

La cogió en su mano y se la mostró a Santiago.

—Hijos de puta —susurró mientras se la entregaba. Tuvo deseos de gritar, pero se controló, no era momento para caer en la desesperación, debía mantener la mente fría y centrada—. Víctor, Lucas, acompañad al padre Santiago, a Anael y a Raúl a su casa. Llevaosla —pronunció con un

hilo de voz señalando a Nerea. Lucas asintió mientras se acercaba a ella junto a Víctor—. El resto... conmigo —ordenó.

Directamente, sujetando la bolsita en su mano y sin perder un segundo, fue por el pasillo seguido de sus compañeros que no decían nada.

Abrió la puerta y fue hacia la de su vecina. Esperó a que Lucas pasase con Nerea en brazos y los demás lo siguiesen escaleras abajo hacia el todoterreno. Cuando desaparecieron de su vista llamó al timbre y se giró para observar que el resto de sus compañeros esperaba a su espalda.

Cuando Joana abrió la puerta casi desencajó la mandíbula. Lo miró de la cabeza a los pies. Aitor ni siquiera había recordado que vestía el uniforme de trabajo.

—¿Qué...? —preguntó mirándolo impresionada—, ¿qué haces así ves...?

—Escucha —la interrumpió—. ¿Con quién se ha visto Nerea en las últimas veinticuatro horas?

Joana se extrañó por la pregunta.

—¿Cómo está ella?

—Joana —Llamó su atención colocando sus manos en sus hombros—, necesito que me respondas, ¿con quién se ha visto?

Joana intentó centrarse y balbuceó.

—No... no lo sé. Estuvo en el trabajo, a parte de los trabajadores y de la gente que va a comprar... —Se quedó pensativa—. Y bueno, sé que quedó contigo mientras yo hacía guardia. Paula, la canguro, estuvo cuidando de mi hijo —recordó.

Aitor pestañeó varias veces. ¿Cómo no había pensado en ello?

Miguel se acercó.

—Rut también nos explicó que la noche anterior había dejado a su hijo con la canguro... —recordó Miguel.

Estaba claro que todos pensaban lo mismo.

Aitor miró a Joana.

—¿Cómo se llama la canguro?

—Paula —contestó con inocencia—. Paula Sánchez, es buena chica, ¿por?

Esta vez fue Miguel quien la interrumpió.

—¿Sabe dónde vive?

Joana los miraba sin comprender.

—Sí, claro —respondió encogiéndose de hombros—. Vive cerca del mercado... —recordó.

—Necesitamos su dirección.

Ella asintió y alzó la mano.

—Un momento, la... la tengo apuntada junto a sus datos.

Joana desapareció de su vista y Aitor aprovechó para girarse hacia sus compañeros.

—¿Crees que puede ser ella? —preguntó Daniel.

—¿Acaso lo dudas? —respondió Miguel con ironía.

—Estoy seguro —continuó Aitor respondiendo a la pregunta de Daniel.

—¿Vamos a hacerle una visita? —intervino Marc.

—Por supuesto —sentenció Aitor—. Ahora mismo.

Joana apareció tras la puerta rebuscando en su bolso. Lo colgó de su hombro y sacó el monedero.

—¿Cómo está Nerea? —preguntó con voz temblorosa mientras rebuscaba en el apartado de los billetes.

—Se pondrá bien —respondió Aitor sin dar más explicaciones.

Joana apretó los labios intentando contener el llanto y extrajo el papel donde tenía apuntados

los datos de Paula. Se lo tendió a Aitor, pero no soltó el documento, sino que cuando Aitor iba a cogerlo ella hizo que la mirase.

—Ella... ella está... —Ni siquiera pudo acabar la frase.

Se notaba el terror en los ojos de Joana, la preocupación por su hermana. Joana no era tonta, sabía lo que ocurría, aunque no se atreviese a pronunciarlo.

—Ya lo sabes —respondió Aitor con voz pausada—, pero la ayudaremos.

Ella asintió y se abrazó a sí misma.

—¿Cómo lo vais a hacer? —preguntó.

Aitor miró la dirección y se la tendió a Daniel.

—La hemos sedado y la llevaremos a casa del padre Santiago. Allí estará bien —explicó. Joana apretó los labios intentando contener un puchero—. La salvaremos —pronunció con convicción. Joana asintió nerviosa. Aitor se giró hacia sus compañeros y les señaló para que se marchasen—. Te llamaré cuando todo se solucione.

Joana asintió mientras su cuerpo temblaba.

—Aitor —lo llamó antes de que él comenzase a bajar las escaleras. Él se giró hacia ella—. Tú... tú no eres policía, ¿verdad? —preguntó nerviosa.

Aitor inspiró lentamente y miró a Joana. Prefirió no contestar a ello. Cuando todo se solucionase sería su hermana quien le explicaría lo que creyese conveniente.

—Nerea te pondrá al corriente de todo, no te agobies.

Dicho esto, bajó los escalones rápidamente y salió a la calle donde en ese momento la lluvia caía con más intensidad.

—La casa está aquí cerca —informó Daniel mirando el papel que Joana les había entregado.

—Vamos —comentó Aitor dirigiéndose al todoterreno aparcado frente a ellos.

Los cuatro observaron la vivienda.

Miguel se encontraba en el asiento del conductor y Aitor en el del copiloto. Marc y Daniel estaban sentados en la parte de atrás, con la mirada fija en las ventanas de la casa.

—Ya hemos dibujado el sello en el suelo —comentó Lucas a través del manos libres del vehículo.

—¿Con qué? —preguntó Aitor.

—Santiago tenía pintura blanca —continuó explicando—, por recomendación de Anael le hemos echado un poco de vinagre y sal a la pintura.

Víctor intervino en la conversación.

—Le hemos destrozado el parqué al pobre hombre.

—Dile a Santiago que pagaremos los gastos —comentó Víctor.

—Ya se lo hemos dicho, pero dice que con un buen fregado de aguarrás conseguirá quitarlo —explicó Lucas.

Aitor se fijó en la casa que tenían al lado. Todas las luces estaban apagadas. No sabían si había alguien en el interior. Lo más lógico era que estuviesen durmiendo.

—¿Cómo está Nerea? —preguntó Aitor.

Lucas fue quien respondió.

—Inconsciente. Raúl nos ha dicho que si empieza a despertar puede volver a inyectarle un poco de midazolam. Va controlándola cada quince minutos. —Guardó unos segundos de silencio—. La hemos esposado a los barrotes de la cama para que no se mueva —comentó con un hilo de voz.

Aunque a Aitor no le gustó aquello sabía que era lo mejor para ella, pues el demonio podía intentar dañarla de nuevo.

—Está bien —pronunció pensativo.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó Lucas—. ¿Vais a entrar?

Aitor se giró hacia sus compañeros, observándolos, y asintió.

—Entraremos. Hay que dar con esa bruja —sentenció y llevó su mano hasta el salpicadero del coche—. Cualquier cosa comunicádmela con un mensaje.

—Así lo haremos.

Dicho esto, desconectó el manos libres. Aquello podía ser peligroso. La bruja, obviamente, tenía conocimientos sobre encantamientos y estos surtían efecto, así que, como mínimo, debían de estar tratando con una bruja de nivel tres.

—Preparaos —comentó—. ¿Tenemos sal?

Marc, sentado detrás, se giró para acceder al maletero. Bajo una trampilla guardaban toda la munición, que no era poca.

Cogió unos cuantos botes de sal y los echó hacia delante.

—Tomad —dijo tendiéndole primero uno a Aitor y otro a Miguel. Cogió otro y se lo dio a Daniel mientras él guardaba el suyo en el cinturón.

—De acuerdo —comentó Aitor girándose en el asiento hacia ellos—. ¿Os funcionan los micrófonos y el pinganillo? —preguntó señalando a la garganta y al oído. Aquellos trajes, además de protegerlos, tenían un pequeño micrófono en su cuello que les permitía mantener el contacto a

través de un pinganillo que ponían en su oído. Todos asintieron —. La quiero viva, hay que interrogarla. Esta bruja recibe órdenes de algún demonio —explicó—. Hay que saber quién la instruye y a cambio de qué. Pero, sobre todo, me interesa saber si ella puede realizar otro conjuro para liberar a Nerea.

—De acuerdo —contestaron todos a la vez.

—Cuando tengamos esa información... —pronunció abriendo la puerta—, ya veremos qué hacemos con ella —Y aquella vez su voz sonó a advertencia.

Los cuatro bajaron del vehículo y se aproximaron a la casa de dos plantas, rodeada por una valla que precedía a un pequeño jardín delantero.

Aitor se giró y señaló a Daniel y a Marc para que se dirigiesen a la planta alta, a Miguel lo instó a que le siguiese.

Dieron unos pasos más rápidos y saltaron la valla sin problema. Directamente, Marc y Daniel fueron a la parte trasera y se impulsaron hacia arriba para observar por las ventanas de la segunda planta. Aitor ordenó con un simple gesto a Miguel que rodease la casa por el otro lado.

Aitor comenzó a rodear por el lado izquierdo aquella vivienda. Era bastante grande. Una casa a cuatro vientos con un pequeño jardín en los laterales y un camino de piedra junto a la casa y césped. Las dos ventanas que había a ese lado estaban a oscuras, ni siquiera en la ventana que suponía que daría al comedor se observaba alguna luz conforme que la televisión estuviese encendida.

Llegó al final y observó el jardín. La parte trasera era más larga. Tenían una mesa de piedra en el centro rodeada por varios bancos también de piedra. En los laterales había césped y, en una esquina, una barbacoa.

Avanzó hacia el centro y vio aparecer a Miguel en la oscuridad. Se removió el cabello provocando que las gotas de lluvia saliesen disparadas.

—No hay ni una luz —susurró Miguel.

—Por este lado tampoco —respondió Aitor en el mismo tono.

Ambos alzaron la vista cuando vieron que, en el balcón de la segunda planta, su compañero Daniel movía su mano. Su voz les llegó a través del pinganillo.

—Las dos habitaciones que he visto están vacías.

—¿Marc? —preguntó Aitor en un susurro apretando el botón de su cuello para activar el micrófono.

—Nada —respondió su compañero—. Hay un despacho y dos aseos. Tampoco hay nadie.

Aitor se giró hacia Miguel enarcando una ceja.

—¿Crees que estará vacía? —preguntó.

—Es lo que parece —respondió Miguel—. ¿Entramos? —preguntó con emoción.

Aitor asintió y se encaminó hacia la puerta trasera. A través de una fina cortina podía observar la cocina.

—Bajad —ordenó Aitor—. Vamos a entrar.

Observó la cerradura de la puerta. Extrajo la daga e introdujo la punta en la cerradura justo cuando Marc y Daniel se situaron a su lado.

No tardó más que unos pocos segundos en que el clic sonase y la puerta cediese.

Entraron y Marc fue quien la cerró con cuidado. Cogieron sus linternas del cinturón e iluminaron hacia el suelo.

La cocina era bastante grande, cuadrada. En el centro había una mesa de madera donde seguramente desayunaría cada mañana. Sobre el mármol aún reposaban algunas sartenes secándose y platos.

Caminaron hacia la puerta que comunicaba con el comedor. No era muy grande, con forma de L. En la parte más estrecha había una mesa de madera y en la parte ancha dos sofás y una enorme televisión acompañada de unas estanterías que la rodeaban.

Aitor enfocó en todas direcciones observando cada centímetro del comedor. Por lo que sabía, Paula era joven, así que suponía que viviría con sus padres.

Daniel abrió la puerta que daba a un recibidor que comunicaba con unas escaleras para subir a la planta de arriba. Aitor asintió y subieron las escaleras lentamente, sin hacer ruido. Gracias a sus habilidades y al duro entrenamiento podían moverse sin ser vistos ni oídos.

En cuanto llegaron a la planta alta Aitor indicó a Miguel que echase un vistazo rápido en aquella planta.

Miguel no tardó en moverse y en un par de segundos estaba de nuevo a su lado. Con su velocidad podía inspeccionar la casa en pocos segundos.

—No hay nadie —dijo con calma, sin susurrar.

—¿Seguro? —preguntó Aitor.

—Pues claro que estoy seguro —protestó.

Aitor suspiró por su tono de voz y miró al resto de sus compañeros.

—De acuerdo, inspeccionad la casa en busca de cualquier símbolo u objeto de brujería. Hay que asegurarse de que es ella.

Comenzaron a distribuirse por toda la casa.

Aitor entró en la primera habitación a la izquierda. Se trataba de una habitación de matrimonio. Había una enorme cama en el centro. A un lado, una mesa redondeada con un butacón. Sobre la mesa había un par de novelas. Aitor se acercó y las observó, aunque al darse cuenta de que se trataba de novela rosa siguió mirando a su alrededor, enfocando con la linterna.

Fue hacia el armario empotrado y lo abrió. Había bastante ropa. Habían dividido el armario en dos partes, una claramente de la mujer donde colgaban faldas y vestidos y otra donde colgaba ropa de hombre.

Miró entre la ropa y por la parte baja buscando algo que llamase su atención, pero ahí no había nada. Cerró el armario con cuidado y se agachó para observar debajo de la cama. Identificó dos cajas de plástico, las extrajo y las abrió, pero se trataba de ropa de invierno.

Se puso en pie y fue al tocador situado frente a la cama. Abrió el primer cajón y observó un montón de maquillaje justo cuando la voz de Miguel sonó en su oído.

—Será mejor que vengáis —comentó en un susurro.

Aitor sintió cómo sus músculos se tensaban, por su tono de voz debía haber encontrado algo.

—¿Dónde estás? —preguntó Marc.

—Planta de arriba, segunda habitación —susurró Miguel.

El primero en llegar, ya que se encontraba en la habitación contigua, fue Aitor, aunque un segundo después Daniel y Marc se materializaron a su lado.

Miguel se encontraba en el otro extremo de la habitación. Sin duda, por la decoración era la habitación de Paula.

—¿Qué? —preguntó Aitor.

Miguel señaló la pared que tenía a su espalda.

—Mirad —Y tragó saliva, nervioso.

Los tres observaron la pared, pero al momento enarcaron la ceja.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó Marc.

—No estoy para bromas —sentenció Aitor rechinando los dientes mientras observaba el póster de Harry Potter colgado en la pared.

Miguel los miró sin comprender y se giró hacia atrás. Resopló al observar el póster y se pasó la mano por la cara, agobiado.

—Eso no... idiotas —susurró, y volvió a señalar hacia la pared, aunque más abajo.

Tras él había un escritorio de madera donde reposaban varios libros y documentos que no podía observar bien desde allí, aunque llamó su atención lo que señalaba Miguel.

Sobre el escritorio había un pequeño corcho blanco donde colgaban pequeños muñecos de trapo ensartados por una aguja.

Aitor supo lo que estaba viendo al acercarse.

—¿Vudú? —preguntó Marc enfocándolos con la linterna.

Aitor se situó ante ellos, observando. Había muchos. Se trataba de muñecos sencillos, rellenos seguramente de las hierbas que se necesitaban para practicar vudú. Su tela era negra, aterciopelada, y había dibujado con un rotulador azul los ojos y la nariz, la boca era de un rojo fuerte. Algunos de ellos llevaban el objeto de la persona a la que pretendía hacer vudú. Gruñó en cuanto observó que uno de esos muñecos llevaba cosido el nombre de Nerea y de su brazo colgaba un anillo que suponía que sería de ella. Debía de habérselo quitado la anterior noche cuando se había quedado con su sobrino.

—Hija de puta —susurró observando el muñeco. Tragó saliva sin saber qué hacer—. Supongo que el vudú también ayudará a debilitar los cuerpos y junto a la bolsita que coloca bajo la cama el cuerpo y el espíritu quedan totalmente expuestos para una posesión.

—Qué cabrona —susurró Daniel recorriendo con la linterna todos los muñecos que había colgado—. Pues no tiene pocos, no.

—¿Sabéis cómo detener el vudú? —preguntó nervioso. Si tenía el muñeco con el nombre de Nerea aún era posible que estuviese influyendo en la posesión.

—No tengo ni idea... —comentó Marc—, pero creo que si quitas el objeto de la persona sobre la que se realiza pierde su efecto.

Aitor se giró hacia él con una ligera esperanza.

—¿Sí?

Marc se removió un poco nervioso.

—No lo sé seguro, jefe, pero me suena algo así —recordó.

—¡Eh! Mirad... —exclamó Daniel que seguía recorriendo todos los muñecos que colgaban de aquel corcho—. Qué hija de puta... nos tiene a nosotros —pronunció sorprendido.

Todos se movieron rápidamente hacia él.

—¿En serio? —preguntó Aitor asombrado.

Entre todos los muñecos, había seis que estaban en una misma fila y en ellos había bordado los nombres de Lucas, Víctor, Miguel, Marc, Daniel y Aitor.

—Qué mono... —dijo Miguel descolgando el que llevaba su nombre—. Me lo quedo —Y lo colgó de su cinturón ante la ceja enarcada de su jefe.

—No tienen objeto personal —evidenció Marc—, así que aún no ha realizado el vudú sobre nosotros.

—¿Nos tenía fichados? —preguntó Daniel aún asombrado—. ¿Cómo es posible?

—Está claro que tiene contactos en el infierno —rugió Aitor.

En ese momento, escucharon cómo la puerta de la vivienda se abría. Apagaron las linternas y se quedaron estáticos.

Los pasos por la planta inferior les hizo ponerse en alerta. Escucharon cómo se movía por la planta baja y luego la luz de las escaleras se encendía.

Aitor extrajo la daga de su cinturón y fue hasta la puerta de la habitación colocándose contra la

pared. Se giró y observó a sus compañeros que habían adoptado la misma posición que él distribuidos por la habitación.

Si aquella bruja lograba hacer todo aquello debía de ser poderosa, además, estaba informada de la actuación de ellos, lo cual indicaba que tenía tratos con algún demonio poderoso del infierno.

Sujetó con fuerza la daga en su mano cuando la luz del pasillo se encendió y miró de nuevo a sus compañeros. Haría lo que fuese por liberar a Nerea y detener todo aquello. No solo por ella, muchos civiles corrían un riesgo inminente si no detenían lo que ocurría. “Las puertas del infierno se abrirán”, repitió en su mente. Aquello podía volverse realmente peligroso. Necesitaban detener todo aquello antes de que fuese imposible.

Paula caminó por el pasillo en dirección a su habitación mientras se quitaba la chaqueta. Ni siquiera tuvo tiempo de encender la luz, pues una mano cogió su brazo y la arrastró dentro de la habitación arrojándola al suelo con nula delicadeza.

Gritó al notar el tirón y se dio un fuerte golpe contra el suelo.

Aitor encendió la luz y la mirada de todos ellos se centró en aquella joven que permanecía en el suelo asustada, temblando, sin poder articular palabra alguna. Paula miró alrededor observando a los cuatro hombres que la rodeaban. Su mirada chocó directamente con aquellas dagas que sujetaban.

Se incorporó en el suelo y retrocedió temblando hasta la pared.

—¿Qué... qué queréis? —sollozó asustada.

Aquella reacción llamó la atención de todos. ¿No se trataba de una bruja poderosa? Debía usar sus poderes para contrarrestar sus ataques. Ninguno guardó su daga, preparados para atacar si era necesario.

—¿Eres Paula? —preguntó Aitor acercándose a ella.

La muchacha tembló y apretó la espalda contra la pared, totalmente aterrada.

—Coged lo que queráis... —comentó con la voz entrecortada, pensando que se trataba de ladrones.

—¿Eres Paula? —repitió Aitor con un tono de voz que exigía una respuesta.

Ella asintió mientras los miraba y una lágrima comenzaba a resbalar por su mejilla. Aitor miró a sus compañeros confundido por las reacciones de la joven.

—¿Eres una bruja? —preguntó Miguel. Ella lo observó y tragó saliva sin contestar. Al no recibir respuesta Miguel señaló el corcho con los muñecos—. Practicas vudú —indicó.

Paula tragó saliva nerviosa y miró hacia donde le indicaba Miguel.

—Eh —Llamó su atención Aitor—, responde. —Ella solo hacía que temblar—. ¿Lo eres?

Paula apretó los labios y se abrazó a sí misma. Finalmente negó.

—Lo... lo intento, pero...

—¿Lo intentas? —gritó Aitor de los nervios señalando los muñequitos que colgaban del corcho. Desde luego la muchacha no reaccionaba como una bruja. Miró a sus compañeros y la señaló con un movimiento de cabeza—. La sal. Rodeadla —ordenó.

Marc reaccionó rápidamente y trazó una media circunferencia rodeándola contra la pared. Ella ni siquiera se movió, no podía ni articular palabra, como si estuviese en shock.

—Sal fuera del círculo de sal —instó Aitor que recibió una mirada atemorizada de la joven—. ¡Hazlo! —ordenó con un grito.

De aquella forma, sabrían si se trataba de una bruja poderosa o no.

—¿Qué...? —logró balbucear Paula sin moverse.

Aitor dio un paso hacia ella colocándose enfrente con un claro movimiento amenazante.

—Hazlo —ordenó con un gruñido. Se le estaba acabando la paciencia.

Paula logró ponerse en pie apoyándose contra la pared, temblando, pues las piernas amenazaban con no soportar su peso y hacerla caer.

—Sal del círculo de sal —volvió a amenazarla apretando la daga en su mano.

Ella tragó saliva y, para sorpresa de todos, atravesó el círculo sin problema y se movió al otro lado de la habitación arrinconándose en la esquina, se abrazó a sí misma y volvió a dejarse caer en el suelo, sin fuerzas para mantenerse en pie.

Aquello los dejó confundidos a todos y descendieron sus dagas.

Miguel miró a Aitor sorprendido.

—Ha... ha salido del círculo...

Aitor la observó de la cabeza a los pies. La muchacha se había encogido y se sujetaba las piernas con los brazos llorando. Inspiró con fuerza armándose de paciencia y guardó la daga en el cinturón mientras miraba de reojo a sus compañeros que se encontraban igual de confundidos que él.

Ahí ocurría algo extraño, ¿cómo era posible que aquella muchacha hiciese vudú y, sin embargo, no tuviese problemas en atravesar el círculo de sal como si se tratase de un civil normal y corriente?

Señaló de nuevo hacia el corcho.

—¿Eso es tuyo? —preguntó Aitor. Ella no podía casi articular palabra, estaba totalmente aterrada—. Contéstame —exigió—. ¿El vudú lo realizas tú?

Ella apretó los labios y asintió débilmente.

—No entiendo nada —intervino Marc guardando la daga en su cinturón.

Aitor miró el corcho y luego el círculo de sal, aquello era realmente extraño.

—Una bruja no puede salir del círculo de sal... ¿por qué has podido tú?

Ella se puso de rodillas, aun abrazándose a sí misma, apoyada contra la pared. Las lágrimas bañaban su rostro.

—Yo... yo solo cumplo órdenes...

—¿Órdenes? —preguntó Daniel.

Ella asintió.

—Me... —Intentó humedecerse los labios, pues tenía la boca seca por los nervios—, me dijeron que primero tenía que cumplir unas órdenes para entrar a la banda.

Aitor los miró a todos sin comprender, sus compañeros tenían el mismo gesto en su rostro.

—¿Órdenes de quién? —preguntó Aitor.

—¿Y qué banda? —preguntó Marc.

Ella negó.

—No lo sé... Se... se hace llamar el Jefe.

Aitor extendió los brazos hacia ella y luego sujetó la empuñadura de la daga en un claro gesto amenazante.

—Explícate.

Ella asintió rápidamente.

—Hay... hay una banda que... que se dedica al culto a lo oscuro. Dicen que la persona que manda es un poderoso brujo, que... que sus elegidos tienen poderes, les enseña magia —comentó con un hilo de voz—. Quiero... quiero entrar a...

—A esa banda —intervino Daniel y chasqueó la lengua. Miró a sus compañeros comprendiendo la situación—. ¿No tienes amigos o qué? —la recriminó.

Ella lo miró con una chispa de vergüenza.

—¿En qué consiste? —preguntó Marc—. ¿Tienes que hacer unas pruebas para poder entrar? —preguntó señalando los muñequitos de vudú.

Ella asintió.

—El... el Jefe me envía unos mensajes dándome unas órdenes y yo... las cumplo. Si supero esta fase podré formar parte de su banda —informó.

—¡Es una mandada! —exclamó Miguel y se pasó la mano por el cabello, removiéndolo, luego miró el muñequito que colgaba de su cinturón—. ¿Los haces tú?

Ella asintió.

—Me da instrucciones.

Miguel cogió el muñequito y se lo mostró.

—Estos tienen nuestros nombres... —advirtió.

Ella los miró sorprendida y tembló más aún. Aquel dato la cogió desprevenida.

—Yo... yo no... no sé de quién se trata —explicó—. Él me dice los nombres que debo bordar y los objetos que debo coger. Yo... no... no sabía que...

—¿Te han dado clases de costura? —preguntó Miguel con ironía. Luego enarcó una ceja hacia ella—. ¿Puedo quedármelo?

Parpadeó sorprendida por la pregunta y asintió sin más.

—¿Sabes lo que estás ocasionando con esto? —preguntó Aitor con los dientes apretados.

—Yo... solo me dijeron que...

—No tiene ni idea —intervino Miguel colgando el muñequito en su cinturón.

Aitor resopló y se removió inquieto.

—Hay mucha gente pasándolo mal —aseveró—. Las personas a las que haces vudú son poseídas por demonios que...

Ella abrió los ojos como platos.

—Yo... yo solo quería...

—¿Cómo hacemos para que el vudú deje de tener efecto? —preguntó Aitor directamente.

Ella tragó saliva y miró los muñecos colgados del corcho.

—Yo... yo no...

—Dímelo o se acabará mi paciencia —rugió extrayendo la daga en un claro gesto de amenaza.

Ella tembló.

—Hay que quitar el objeto personal del muñeco —respondió rápidamente—. Pero... —Tragó saliva—, los efectos del vudú se dan en las primeras doce horas, luego ya es imposible pararlos.

Aitor fue directamente hacia los muñecos y comenzó a quitar los objetos que colgaban de ellos. El primero fue el de Nerea. Por lo que Anael y Paula le habían dicho, los efectos aparecían las primeras doce horas, luego ya no había nada que hacer. Igualmente, aunque a Nerea no fuese a servirle de mucho evitaría cualquier posible consecuencia más.

Arrancó los muñecos del corcho y miró a su compañero Marc.

—Cógelos. Nos los llevamos.

—¿La colección completa? —se mofó Marc.

Aitor no respondió a su comentario y se situó frente a Paula.

—Ese Jefe... ¿cómo se pone en contacto contigo?

—A través del móvil... me envía mensajes —explicó.

—¿Dónde lo tienes? —preguntó.

Ella señaló hacia el bolso que se encontraba tirado en el suelo.

Aitor fue hasta él, lo abrió y arrojó al suelo, sin cuidado, todo lo que había en el interior.

Cogió el móvil y lo miró.

—La clave de acceso —comentó. Ella tragó saliva—. ¡La clave! —exigió.

—Seis, seis, seis, seis —susurró.

Miguel suspiró y puso los ojos en blanco.

—Típico.

Aitor lo desbloqueó y abrió el *WhatsApp* de la joven. Tal y como le había comentado tenía un privado con el nombre de *Jefe*.

Se giró hacia Marc con el móvil en la mano.

—¿Crees que puedes hackearlo? —preguntó.

—Podría intentar localizar a ese tal Jefe si está conectado —explicó él.

Aitor se lo arrojó por el aire y Marc lo cogió al vuelo. Directamente, lo guardó en su cinturón.

Se giró hacia la muchacha que aún seguía tirada en el suelo, temblando.

—Vamos a vigilarte muy de cerca —pronunció con voz grave, amenazante—. Como vuelvas a hacer algo así atente a las consecuencias —dijo dando un paso hacia atrás—. Estás advertida.

Ella asintió temblando. No sabía si aquel efecto duraría mucho en ella, pero, por lo pronto, habían conseguido una valiosa información.

Miró al resto de sus compañeros y ordenó con un gesto que le siguiesen.

Salieron de la habitación sin pronunciar nada más. Aquella muchacha no era una bruja, pero sí una egoísta inconsciente. Esperaba que, al menos, de aquella forma, amenazándola de esa manera, se pensase mejor lo de seguir obedeciendo órdenes de aquel brujo.

Se dirigieron al todoterreno y subieron en él.

—A casa de Santiago —ordenó Aitor.

Miguel arrancó y se incorporó rápidamente a la carretera.

Supo que algo no iba bien en cuanto se acercaron a casa de Santiago.

Habían aparcado el todoterreno junto al otro, a la entrada del pueblo y caminado rápidamente hacia su vivienda.

Su alarma se disparó cuando vio a Víctor abrir la puerta a toda prisa.

—¡Iba a llamaros, pero os he visto llegar! —exclamó. En ese momento todos aceleraron el paso—. ¡Ha despertado!

Llegaron hasta la puerta y entraron a toda prisa. Corrieron por el pasillo justo cuando escucharon un intenso rugido que provenía de una de las habitaciones.

—¿No decía Raúl que podría dormirla de nuevo? —preguntó Aitor.

Víctor señaló hacia uno de los sofás del comedor. Raúl permanecía tumbado en él. Tenía una pequeña brecha en la frente tras haber recibido un golpe.

Aitor se colocó a su lado. Anael sujetaba una gasa con la que limpiaba la sangre que emanaba de la herida.

—¿Estás bien?

Raúl abrió los ojos y miró sorprendido a Aitor, no esperaba que estuviese allí.

—Lo siento —pronunció con dolor—. Ha despertado de golpe, he intentado dormirla, pero...

—No te preocupes —comentó. Miró a Anael—. ¿Se ha hecho algo más? —le preguntó al ver que Raúl volvía a cerrar los ojos, pues el golpe en la cabeza debía de dolerle bastante.

Ella negó.

—Nada más. —Aitor se giró para observar el pasillo de donde provenía el grave rugido—. Nerea ha despertado con muchas fuerzas. Parece que Glasya-Labolas está bastante enfadado por lo que hemos hecho.

—¿El sello ha funcionado? —preguntó.

—No lo sabemos aún —susurró ella mientras hundía la gasa en el plato de agua y la situaba sobre la herida.

Un fuerte golpe provino de la habitación. Aitor asintió y se dirigió a la habitación donde ya se encontraba toda la división.

Nerea permanecía atada, con los brazos en cruz sujetos a la cama por cuerdas. Tenía su cuerpo echado hacia delante, ejerciendo fuerza para intentar deshacerse de los amarres.

La cama se desplazó unos centímetros hacia delante y luego golpeó la pared con fuerza provocando otro fuerte sonido.

—Hágase tu voluntad aquí en la tierra como en el cielo... —continuó el sacerdote—. El pan nuestro de cada día dánoslo hoy, y perdona nuestra ofensa, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores...

Nerea se situó sobre sus rodillas.

—Tú perdonas —gritó al sacerdote—. Yo no. ¡Yo me cobro lo que es mío! —exclamó. Giró su cuello y sonrió de forma maliciosa a Aitor—. Aquí estás... —susurró como una serpiente.

Aitor avanzó hasta situarse frente a la cama.

—Sabemos quién te ayuda... —explicó. Nerea no dijo nada, ni siquiera se inmutó, como si aquel dato no le importase—. Sabemos lo del vudú y las bolsas para debilitar el cuerpo y el espíritu...

—¿Y? —preguntó sin darle importancia—. ¿Acaso cambia algo? —los retó.

—No, ahora no cambia nada, pero puede cambiarlo en un futuro.

—Oh, ya veo —respondió Nerea tirando de las cuerdas, ensangrentándose las muñecas—. ¿Crees que Paula es la única que nos ayuda?

—Sabemos sobre “el Jefe” —continuó, aunque Nerea comenzó a reír—. Acabaremos con él y con todas tus posibilidades en este mundo.

La risa grave que surgía del cuerpo de Nerea se hizo más potente.

—¿Mis posibilidades? —ironizó—. ¿De verdad crees que esto es cosa mía? ¡No sabéis nada! —gritó—. Estas órdenes vienen de mucho más arriba que yo —Y le mostró los dientes con una sonrisa diabólica—. Inútiles humanos, creéis que podéis luchar contra... ¡Ahhhhh! —gritó cuando Santiago arrojó agua bendita sobre él.

—Por supuesto que podemos luchar contra vosotros —intervino el sacerdote—. Y aquí está la prueba. —Volvió a rociarla con agua bendita provocando que Nerea se retorciese sobre el colchón—. Dios todopoderoso, ayuda a esta sierva en estos momentos. Danos la fuerza para...

—¿Para qué? —gritó Nerea—. ¡No sois nada! ¡Vosotros no sois nada, asquerosos humanos! Nacéis, retozáis y morís... ¡es lo único que hacéis en esta vida! —Su respiración se volvió agitada mientras apretaba los dientes y tiraba más de las cuerdas, intentado acercarse a ellos—. Y luego, cuando llegáis a vuestro fin... nos pertenecéis —sentenció. Miró a Aitor—. Igual que ella —pronunció con voz grave refiriéndose a Nerea—. Ella ahora es mía y ni tú ni nadie va a poder... Ahhhhhh... —gritó de nuevo cuando Santiago volvió a arrojarle agua bendita.

Aquella imagen y esas palabras destrozaron a Aitor. Cogió la cruz que colgaba de su cuello y la besó. Se acercó colocándose frente a la cama, ante la mirada asombrada de Santiago y los gritos de ella.

—Creo en Dios padre, todopoderoso, creador del cielo, de la tierra... —comenzó a decir con la mirada firme en ella—, creo en Jesucristo, su único hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo...

Nerea volvió su mirada hacia él.

—Sandeces, ¿por el Espíritu Santo? —se burló.

Aitor apretó los labios e hizo caso omiso a sus palabras.

—Nació de Santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato...

—Igual que ella —se rio—. Fue crucificado, muerto y sepultado —continuó con burla dándole a entender que aquellas oraciones de nada servían con él.

Aitor apretó más fuerte la cruz en sus dedos.

—¡Sal de ella! —ordenó a pleno pulmón.

—Me gusta estar dentro... igual que a ti —se rio.

En ese momento, Nerea dio un fuerte tirón rompiendo el barrote de madera de la cama donde habían amarrado su mano y arrojó el barrote hacia ellos, aunque pudieron esquivarlo. Llevó la mano hacia la otra cuerda y con un tirón la rompió mientras se ponía en pie en la cama y gritaba hacia el techo extendiendo los brazos hacia los lados.

El grito hizo vibrar los cristales de la habitación con tal intensidad que volvieron a estallar arrojando cientos de trozos por la habitación. Una corriente huracanada acompañada de lluvia comenzó a mojar el suelo de madera.

Nerea continuaba gritando mientras el suelo comenzó a vibrar como si se tratase de un terremoto.

Aitor elevó su brazo para protegerse del fuerte aire que entraba por la ventana y la observó. Se había doblado hacia atrás mientras seguía gritando, como si sus pulmones se hubiesen dilatado

para albergar tanto aire.

—¡Basta! —ordenó Santiago—. En el nombre de Jesús, te ordeno que abandones este cuerpo.

Volvió a arrojarle agua bendita mientras el resto de la división daba unos pasos hacia atrás, conmocionados todos ante la voz grave que salía del cuerpo de Nerea y la vibración del suelo. Varias de las cruces que se encontraban ancladas a la pared cayeron al suelo.

El grito cesó y Nerea cayó de rodillas sobre la cama. Aitor dio un paso al frente cuando ella elevó su mirada hacia él. Tomó impulso y saltó en su dirección para atacarlo, pero una barrera invisible la hizo chocar cayendo al suelo.

Aquello los descolocó, incluso el demonio miró sorprendido hacia el suelo, donde Anael había dibujado su sello.

—No puedes salir —comentó Aitor acercándose al dibujo, sin pisarlo.

Nerea se arrastró por el suelo sobre el símbolo pintado y, en ese momento, extendió la mano hacia Aitor.

—Aitor... —Esta vez fue la voz de Nerea la que escuchó—, ayúdame —sollozó.

A Aitor se le paralizó el corazón y le costó reaccionar.

—¿Nerea? —preguntó dando un paso hacia ella, pero Santiago se interpuso de inmediato.

—No —dijo—. No le escuches, es él.

—Aitor, por favor... —gimió—, por favor... ayúdame.

Aitor se detuvo y Anael fue hasta él también para contenerlo.

—Quiere hacerte daño, no dejes que te influya —insistió el sacerdote.

—Por favor... —sollozó Nerea de nuevo extendiendo la mano hacia él.

Aitor asintió hacia el padre sin apartar la mirada de ella. Le partía el corazón verla implorar ayuda, pero sabía que Santiago tenía razón, que Glasya-Labolas estaba jugando con él con la intención de enloquecerlo.

Miró a Nerea y con toda la fuerza que pudo se negó.

—No.

Aquella palabra hizo que Nerea se callase y lo mirase fijamente. Comenzó a levantarse lentamente mientras su cabello volaba hacia atrás y se humedecía por la corriente de aire acompañada de agua que entraba en la habitación a través de los cristales rotos.

Comenzó a reír como si le divirtiese el gesto de dolor que veía reflejado en el rostro de él.

—Tu sufrimiento es mi alimento —susurró.

Se agachó y cogió uno de los cristales que habían caído sobre el sello. Lo colocó en la mano y con un gesto rápido se cortó mientras reía.

—¡Nooooo! —gritó Aitor al ver que un reguero de sangre comenzaba a deslizarse por su mano y caía sobre el suelo.

Nerea le mostró el cristal y esta vez se cortó en el brazo mientras su risa se volvía más profunda.

Santiago arrojó agua bendita hacia ella provocando que Nerea se echase hacia atrás y gritase de nuevo. Anael aprovechó para empujar a Aitor, alejándolo.

Cogió su cara entre sus manos y lo obligó a mirarla.

—Aitor —pronunció Anael con firmeza—. No dejes que la desesperación se apodere de ti —le susurró intentando infundirle calma.

Aitor la miró con todos los músculos en tensión al ver que el demonio volvía a cortar la carne del brazo de Nerea otra vez.

—Ella es la mujer que amo.

—Y por eso debes mantenerte firme —instó ella.

Todos brincaron hacia atrás cuando Nerea comenzó a pasar su lengua por su brazo lamiendo la sangre que caía por él.

—Deliciosa —sonrió hacia Aitor.

Santiago resopló mientras arrojaba agua bendita de nuevo hacia ella. Se giró y cogió una Biblia, la abrió por una página y se la entregó a Aitor.

—Lee las respuestas —pronunció mientras se ponía frente a Nerea—. Situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas —susurró para él—. El resto, ¡de rodillas! —ordenó—. Y rezad todo lo que sepáis —pronunció volviendo la mirada hacia Nerea que lo observaba esperando que el sacerdote iniciase su oración de exorcismo.

—Ahora comienza el juego —rugió Nerea con una sonrisa diabólica.

Santiago hizo la señal de la cruz y cogió la cruz que colgaba de su cuello, besándola. Inspiró con fuerza y miró a Nerea.

—Glorioso príncipe del Espíritu Santo, San Miguel arcángel, defiéndonos ahora en este conflicto contra los reyes de este mundo del mal, contra los espíritus malignos en lugares altos...

Nerea comenzó a gritar como si aquellas palabras sí le afectasen.

Aitor intentaba seguir la letra de todo lo que Santiago recitaba cuando un relámpago atravesó el cielo iluminándolos a todos durante unos segundos.

—Ven al rescate de hombres que Dios creó a su semejanza y sálvanos de la tiranía de la maldad... —gritó Aitor mientras el aire intentaba mover las páginas de la Biblia que mantenía sujeta con fuerza.

Acabó la frase y se giró observando que todos permanecían en la posición que Santiago les había ordenado.

El sonido del trueno llegó como un estallido, acompañando al grito de Nerea que extendió los brazos hacia atrás doblando la espalda. Ni siquiera podían entender cómo mantenía el equilibrio en aquella posición.

El suelo comenzó a vibrar con fuerza provocando que la cama comenzase a repiquetear.

—¡Te expulso demonio! —gritó Santiago—. El señor está contigo.

—Y con tu Espíritu Santo —contestó Aitor.

Santiago arrojó agua bendita de nuevo hacia ella, lo que hizo que se colocase firme.

—Levántese Dios y que sean esparcidos sus enemigos, y que quien los aborrece —continuó Santiago intentando mantener el equilibrio, pues aquello parecía un terremoto—, y que quienes los aborrecen huyan de su presencia.

—Como si derritiera cera delante del fuego —contestó Aitor—, así perecen los impíos en la presencia de Dios.

Santiago comenzó a realizar gestos de la cruz elevando su mano, bajándola y conduciéndola de izquierda a derecha.

—In nomine domine Jesucristi, os espíritus inmundis... —dijo sacándose la cruz del cuello. Avanzó un paso entrando en el sello mientras Nerea continuaba con su espalda inclinada hacia atrás, gritando—. Ostic tu factum —gritó Santiago colocando la cruz en su pecho.

El grito de Nerea se hizo aún más grave y el temblor aumentó provocando que Aitor tuviese que sujetarse al suelo con las dos manos.

De repente, ella se incorporó frente a Santiago y de un golpe en el estómago lo expulsó del sello con un grito, haciendo que este volase unos metros hacia atrás. Víctor y Daniel lo cogieron al vuelo antes de que se estrellase contra la pared.

Nerea cayó hacia atrás sobre el colchón como si una fuerza también la empujase.

Durante unos segundos hubo silencio. Nadie se atrevía a moverse. Aitor observó cómo

Santiago se incorporaba con ayuda de sus compañeros. No sabía qué era lo que había realizado el sacerdote, pero era mucho más contundente que los anteriores rituales.

Su mirada volvió hacia Nerea cuando escuchó que los muelles del colchón sonaban. Nerea se incorporó y miró a todos.

—¿Qué... qué está pasando? —preguntó.

Aitor se giró hacia el sacerdote, sin saber cómo actuar en ese momento.

—¿Ya está? —preguntó acelerado—. ¿Se ha ido?

Santiago dio unos pasos hacia la cama, sin entrar en el sello esta vez, observando a Nerea.

—No. El demonio intenta ocultarse tras la personalidad de ella y confundirnos —dijo cogiendo el hisopo de nuevo. Tiró agua bendita provocando que volviese a retorcerse en la cama—. En nombre de Jesucristo, rechazamos y expulsamos este mal ante nosotros.

Se giró y miró a Aitor para que leyese lo que seguía en la Biblia. Aitor miró acelerado.

—Santo padre en el cielo, que sea tu voluntad —recitó.

Nerea empezó a rugir mientras se estiraba por el colchón, como si aquello sí hubiese debilitado realmente sus fuerzas.

—Dios te ordena marcharte —dijo Santiago—. Ahora —gritó lanzándole nuevamente agua bendita—. ¡Ahora! —Arrojó aún más agua—. ¡Ahora! —gritó por última vez.

Nerea volvió a gritar sobre la cama y finalmente se incorporó sobre los brazos.

—Detente —gritó Nerea.

Santiago sonrió por primera vez.

—¡No voy a detenerme! —le devolvió el grito.

—Maldito desgraciado —rugió ella.

Santiago cogió la cruz que había en el suelo y la sujetó entre sus dedos, mostrándosela.

—Por la autoridad que me ha concedido Dios, y en su Santo Nombre, te expulso demonio.

—No me obligues a matarla —susurró Nerea—. Se acabaría demasiado pronto la diversión.

—¡Silencio! —ordenó Santiago y ella rugió con rabia—. Te ordeno que te marches Glasya-Labolas—. Su voz sonó a orden mientras el estallido de otro trueno retumbaba en toda la habitación—. Ahora te expulso con la sangre de Cristo, la autoridad de esa sangre, te ordeno que abandones a esta sierva de Dios.

—¡Nooooo! —gritó Nerea, aunque esta vez su voz sonó agotada.

—Sabes que la amenaza es inminente y que tu fin está cerca. Desiste. ¡Te ordenamos que te marches!

Contrariamente a lo que esperaban, Nerea saltó sobre la cama colocándose de rodillas.

—Yo me iré... —gruñó hacia Santiago, y luego miró a Aitor—, pero ella se vendrá conmigo —rugió llevando el cristal que aún mantenía en su mano hacia la garganta.

—¡Nooooo! —gritó Aitor.

Su movimiento fue increíblemente rápido y se lanzó sobre ella apartando el cristal de su garganta. Al momento, los miembros de la división acudieron en su ayuda intentando contenerla, pues si en un principio pensaban que aquel ritual había desgastado al demonio, había sido solo durante unos minutos.

Aitor sujetó con fuerza el brazo de Nerea colocándolo sobre el colchón, pero aquel demonio dotaba a la muchacha de más fuerza de la que pensaban que tenía. Aunque Aitor ejercía toda la fuerza que podía sobre la mano de Nerea, esta se acercaba con el cristal hacia su garganta.

Miguel se unió a él sujetando su brazo mientras el resto intentaba contenerla.

—¡El cristal! —le gritó Aitor—. ¡Quítaselo!

Miguel iba a quitárselo, pero Nerea movió la mano cortándole a él.

—Maldito... —rugió Miguel que, pese al corte que había recibido en su brazo, seguía intentando contenerlo.

Aitor colocó su pierna sobre el hombro de ella tratando de inmovilizarla.

—¡Tiene demasiada fuerza! —gritó Daniel sujetando una de sus piernas, moviéndose de un lado a otro cuando ella las movía intentando librarse de ellos entre gritos.

Aitor logró coger su mano y cogió el cristal, aunque ella lo sujetaba con fuerza. Intentó quitárselo mientras notaba cómo él también se hería clavándose el cristal en su mano. No le importó, sabía que sanaría en pocos segundos y, aunque no fuese así, lo haría igualmente.

Gritó cuando logró arrancarle el cristal de la mano, se realizaba accidentalmente un corte y lo tiraba al fin fuera del sello.

—Padre... ¡Haga algo! —gritó hacia el sacerdote, el cual miraba conmocionado la escena.

Lo miró y titubeó.

—No... no...

En ese momento Aitor detectó el miedo en sus ojos, como si se hubiesen acabado sus posibilidades, como si no hubiese ya otra opción. No, él se negaba a ello, se negaba a perderla, más aún, sabía que si la soltaba aquel demonio acabaría con su vida. Rugió mientras intentaba mantenerla contra el colchón al igual que todos sus compañeros.

—¡Padre! —volvió a gritar.

Santiago permanecía en shock, sin saber qué hacer o cómo actuar en aquellas circunstancias.

—¿Qué hacemos? —volvió a preguntar Aitor con voz triste, ejerciendo toda la fuerza posible para que ella no escapase y acabase lastimándose más—. Si la soltamos la matará —gritó con dolor—. ¡Haga algo! —suplicó.

En ese momento, Anael llegó hasta el sacerdote y lo empujó hacia atrás. Santiago reaccionó y la miró asustado.

—Fuera —comentó.

—Anael...

—¡Fuera! —repitió. Santiago tragó saliva y miró a los miembros de la división—. Salid —les dijo, pero ninguno de ellos atendía. Se acercó pisando el sello y al primero que cogió fue a Miguel. Lo sujetó por el hombro y lo apartó de Nerea. Miguel la miró extrañado—. Fuera.

—¿Qué? —preguntó sorprendido.

Anael no contestó, se giró y cogió a Aitor por el hombro con fuerza, apartándolo de Nerea.

—¡Largo de la habitación! —gritó—. ¡Todos!

En ese momento sí captó la atención de ellos que se giraron para observarla.

—¿Por qué? —le devolvió el grito Aitor.

No recibió respuesta, simplemente comenzó a empujarlo con fuerza, una fuerza muy superior a la que él esperaba en una muchacha joven, conduciéndolo a trompicones hacia la puerta. Lo echó y se giró hacia el resto de los miembros de la división.

—Salid de la habitación. ¡Ya! —ordenó.

Santiago titubeó un poco, pero asintió y ordenó a todos con un movimiento de cabeza que le hiciesen caso.

—Si la soltamos... —comentó Daniel.

—No hará nada. Largo —insistió ella.

Santiago se giró bajo el marco de la puerta.

—Haced lo que os dice —susurró, aunque cuando se giró tuvo que contener a Aitor que quería volver a entrar en la habitación—. Aitor, Aitor... escucha. —Intentó calmarlo mientras el resto de la división empezaba a abandonar la habitación. Aitor miró a Nerea que daba gritos sobre la cama

y se incorporaba rugiendo de rodillas, observándolos a todos ellos—. Confía en Anael.

Aquellas palabras hicieron que Santiago se ganase toda su atención.

—¿Por qué? —preguntó con dolor—. El demonio la matará —Señaló hacia Nerea.

—Escucha... —continuó sujetándolo por los hombros—. Debes confiar en mí y en Anael.

Aitor tragó saliva y elevó su mirada hacia la joven monja que lo observaba desde dentro de la habitación. Su rostro transmitía una paz en aquel momento que no entendía.

—¿Quién es ella? —susurró sin apartar la mirada de Anael.

En ese momento, sin previo aviso, Anael elevó la mano y la puerta se cerró ante sus narices.

—¿Qué? —preguntó totalmente absorto—. No, no... —dijo apartando a Santiago de su lado. Intentó abrir, pero la puerta parecía atrancada—. ¿Qué está ocurriendo? —gritó haciendo fuerza contra la puerta—. ¡Anael, abre! —gritó—. ¡Nerea! —Se giró de nuevo hacia el sacerdote—. ¿Qué está pasando aquí? —volvió a preguntarle, pero Santiago apretó los labios y dio unos pasos hacia atrás sin contestar. Los nervios de Aitor se dispararon y comenzó a golpear la puerta con fuerza.

Anael, al otro lado de la puerta, observó cómo Aitor intentaba desesperado abrirla incluso con patadas y algunos miembros de la división como Marc y Miguel comenzaban a ayudar a su jefe para echar la puerta abajo.

Anael se giró hacia Nerea que permanecía arrodillada sobre la cama. Avanzó despacio hasta colocarse frente a la cama, ante la mirada furiosa de Nerea. Su respiración volvía a ser profunda y acelerada, acentuada por unos gruñidos y sonidos guturales que provenían del interior de aquel cuerpo, de aquel demonio que lo habitaba.

Anael llevó su mano con toda la calma del mundo hacia la cofia y se la quitó descubriendo su cabello rubio largo formado por unos tirabuzones que le llegaban hasta el pecho.

En ese momento captó la atención del demonio que la miró sorprendido.

—Anael —susurró el demonio—. No te había reconocido vestida así —susurró—. ¿Qué haces aquí?

Ella lo miró desafiante.

—Voy a expulsarte —sentenció.

Nerea retrocedió asustada, reptando sobre el colchón hasta el final de este.

—Tú no puedes hacer eso —le gritó—. ¡Está prohibido! —comentó apoyándose contra la pared, realmente asustado—. ¡No puedes! ¡No puedes!

—Claro que puedo —comentó ella con paciencia—. Y lo voy a hacer.

Nerea negó con fuerza y miró de un lado a otro buscando una salida. Estaba totalmente atrapado allí, sin escapatoria posible gracias al sello dibujado en el suelo. La miró con odio.

—Vendrán a por ti —la amenazó.

—No será la primera vez —recordó.

Sin decir nada más y sin esperar respuesta por parte de Glasya-Labolas extendió los brazos hacia los lados.

—¡Noooooo! —gritó una voz profunda desde el interior del cuerpo de Nerea.

Una luz blanca comenzó a emanar del pecho de Anael, cada vez con más intensidad, cubriendo con aquel destello todo lo que le rodeaba e iluminándolo también a él. La luz fue tan brillante que Nerea se obligó a cerrar los ojos. Era como si el mismo sol se hubiese instalado en aquella habitación.

Los reflejos de luz se filtraron por la ranura de la puerta, una luz tan blanca y pura que iluminó parte del pasillo a medida que la vibración del suelo aumentaba.

Aitor se separó de la puerta impresionado y miró de un lado a otro al notar el temblor. Miró

hacia el techo donde la lámpara que colgaba se movía de un lado a otro.

—¿Qué es todo esto? —preguntó al Sacerdote.

—Debes confiar —pronunció él mientras sujetaba la cruz entre sus dedos y la besaba.

—¿Confiar? —preguntó irónicamente mientras se tenía que apartar de la puerta, pues la intensidad de aquella luz hizo que todos retrocediesen. Ni siquiera podía mirar hacia la puerta, pues la luz que escapaba por los laterales era capaz de cegarle.

Colocó una mano en la pared para aguantar el equilibrio al igual que todos los miembros de la división que se encontraban igual de perdidos y asombrados que él.

Anael descendió los brazos a medida que la luz cesaba hasta que desapareció del todo.

Lo primero que hizo fue romper el sello raspando con la punta de su zapato. Sabía que si no lo rompía el demonio no podría volver al infierno adonde había sido expulsado y se quedaría atrapado allí, pudiendo poseer de nuevo el cuerpo de Nerea.

Vio cómo aquella niebla negra abandonaba el cuerpo de Nerea a gran velocidad y salía por la ventana.

Ya había tratado con más demonios anteriormente y no se fiaba nada. Pese a que había dado la orden para que regresase al infierno con una fuerza que ningún demonio era capaz de resistir, Glasya-Labolas era un demonio fuerte. Debía asegurarse de que volvía al infierno.

Se asomó a la ventana al observar cómo la niebla oscura salía por ella y se dirigía directa hacia el suelo.

Se giró y corrió hacia la puerta. Cuando la abrió lo primero que se encontró fue con Aitor a punto de golpear la puerta otra vez.

Sus miradas se encontraron.

—¿Qué es todo esto? —preguntó sin comprender nada.

—Atiende a Nerea, está muy débil. —Fue lo único que pronunció antes de apartarlo con celeridad y pasar entre todos los miembros de la división que la observaban asombrados. Corrió por el pasillo hasta la puerta y salió.

La lluvia y el viento hicieron que su cabello rubio volase hacia atrás.

Rodeó la casa en dirección a la parte donde se encontraba la ventana que daba a la habitación de Nerea justo cuando vio aquella niebla oscura entrar en el bosque.

—Ni hablar —pronunció corriendo tras él—. ¡Al infierno! —volvió a ordenar.

Pasó entre unos árboles, saltó por encima de un arbusto y se detuvo.

—Al infierno. ¡Ya! —ordenó de nuevo.

Pudo ver cómo, de repente, aquella niebla era precipitada hacia la tierra y desaparecía.

Fue hasta el sitio y comprobó que sobre la tierra aparecía la marca de que el demonio había llegado al infierno: un círculo más oscuro, como si se tratase de tierra quemada.

Cerró los ojos y suspiró. Sabía que lo que había hecho estaba prohibido, que seguramente le traería consecuencias, pero no había podido evitarlo.

Aitor y todos los miembros de la división se habían convertido en sus amigos, luchaban contra el mal. Eran buenas personas. ¿Iba a permitir que un demonio se llevase por delante la vida de una inocente delante de ella? No podía permitirlo. Aún estaba conmocionada por la mirada tan perdida y cargada de miedo de Aitor cuando había intentado tranquilizarlo y él había confesado que era la mujer que amaba. Se le había partido el corazón.

Se pasó la mano por los ojos, masajeándolos, y suspiró. Se giró y miró hacia la casa. Ahora ella estaba a salvo. No quería que ningún miembro de aquella división sufriese las consecuencias por ayudarles al padre Santiago y a ella.

Iba a volver hacia la casa cuando se detuvo al sentir una presencia. Sus músculos se tensaron y

notó que una electricidad recorría su columna. Se giró lentamente para observar cómo, a pocos metros de ella, se creaba una columna de niebla que provenía del interior de la tierra.

Aquella niebla comenzó a formar una silueta hasta que se disipó mostrando una figura masculina de espaldas a ella.

Sintió cómo su corazón se aceleraba y la rabia se apoderaba de ella.

Dio un paso hacia delante mientras sus manos se transformaban en puños.

—Tú... —comentó enfadada.

Supo el mismo momento en que aquel hombre se había visto sorprendido y, más aún, había reconocido su voz, ya que su espalda se puso firme de golpe, como si tuviese un resorte.

El hombre resopló y cerró los ojos unos segundos, armándose de paciencia. Luego se giró hacia ella con una leve sonrisa, intentando recomponerse.

—Anael... mi pedacito de cielo —ironizó mientras se colocaba la manga de la chaqueta de su traje correctamente.

—¿Qué estás haciendo aquí? —bramó ella acercándose.

Él la miró con una sonrisa de autosuficiencia y se colocó correctamente el cuello de la camisa.

—Podría preguntarte lo mismo —comentó. Luego enarcó una ceja en su dirección—. ¿De qué vas disfrazada? —se rio—. ¿De monja? —ironizó y negó con su cabeza—. Si algo me gustaba de ti era tu sentido del humor.

—Gadreel... —rugió ella armándose de paciencia.

Gadreel acabó de colocarse la chaqueta negra correctamente y ladeó su cuello.

—Glasy estaba bastante mosqueado —se refirió al demonio con confianza—, dice que... —Se quedó callado al comprender la situación—, ¿has sido tú? —preguntó divertido y comenzó a reír—. Vaya, vaya... siempre has tenido mucho genio.

Ella se acercó a él situándose justo enfrente, elevando su cabeza. Gadreel siempre había sido muy atractivo. Su cabello negro resaltaba sus ojos verde oliva. Su tez dorada por el sol resaltaba más con una barba reciente, bien recortada y cuidada.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Tienes algo que ver con lo que ha ocurrido? —preguntó Anael amenazante.

—Eh, eh... quieta, fiera —bromeó colocando las manos ante él como si intentase repeler un ataque. Descendió su mirada hacia ella con una sonrisa pícar—. Siempre has sido pequeñita pero matona...

—¡Gadreel! —lo cortó ella—. ¿Tienes algo que ver con lo que está ocurriendo o no? —volvió a preguntar.

Él la miró sin comprender.

—¿Qué está ocurriendo? —Extendió los brazos hacia los lados—. Glasy ha llegado hecho una furia, que si me han expulsado, que si patatín, que si patatán... Menudo escándalo está liando... y mira que siempre suele haber jaleo ahí abajo —Y subió sus cejas a la vez repetidas veces en un gesto cómico. Luego se encogió de hombros—. Solo he venido a ver qué ocurría...

—Ya, seguro... —comentó ella sin creer ni una palabra suya. Resopló y se giró para alejarse de él.

—Oh, venga... Anael, ¿cuándo te he mentado yo? —preguntó. Ella se giró y lo miró enfadada y sorprendida por sus palabras, lo que hizo que Gadreel borrara la sonrisa de sus labios—. En los últimos cien mil años —rectificó con un tono divertido.

Aquella respuesta desesperó a Anael, pero intentó controlarse. Apretó los labios y se removió nerviosa.

—Últimamente hay muchas posesiones, y en la mayoría de ellas se repite una frase: “Las

puertas del infierno se abrirán”. ¿Qué sabes sobre eso?

Gadreel la miró confundido.

—¿En serio?

Anael volvió a desesperarse.

—¿Esa es tu respuesta? —Extendió los brazos hacia él.

—Oye, tampoco paso tanto tiempo en el infierno. Me gusta ver mundo. —Se encogió de hombros—. En eso nos parecemos tú y yo.

—Tú y yo no nos parecemos en nada —respondió ella apretando los dientes—. Contesta.

Él resopló y puso los ojos en blanco.

—No sabía nada de eso —respondió arrastrando las palabras—. Pero es extraño... —Se quedó pensativo.

Ella resopló y le dio la espalda volviendo a alejarse. De nada servía hablar con él.

—Ya, y tengo que fiarme de lo que tú me digas —comentó con el tono un poco más alto mientras pasaba por encima de un arbusto—. ¿Sabes? Si algo me ha enseñado el tiempo es que no puedo confiar en ti ni... —Se giró, pero se quedó callada—. ¿Gadreel? —preguntó mirando de un lado a otro. Se había marchado dejándola con la palabra en la boca—. Típico de él —susurró molesta.

Se giró y avanzó entre los árboles rumbo a la casa del padre Santiago, aún con el corazón latiendo a gran velocidad. Lo único que tenía claro era que si Gadreel se encontraba allí algo gordo debía estar ocurriendo.

Aitor se asomó a la puerta y lo primero que vio fue a Nerea tumbada sobre la cama. Miraba de un lado a otro desubicada.

—Nerea —susurró Aitor acercándose lentamente.

Ella lo miró e hizo un puchero. Ni siquiera tenía fuerzas para moverse.

—Aitor... —sollozó.

El resto de la división esperó junto a la puerta dándoles su espacio.

Aitor se sentó sobre el colchón y la ayudó a incorporarse con cuidado, pues tenía bastantes heridas por su cuerpo. La abrazó mientras Nerea colocaba su frente en su hombro y comenzaba a llorar desconsolada.

Aitor pasó una mano por su cabello acariciándola con cariño, intentando calmarla.

—Gracias —gimió ella intentando abrazarlo, aunque estaba muy dolorida.

Se separó un poco de ella para observarla. Aún seguía pálida, sus labios estaban cortados, pero al menos las escamas de su piel por la sequedad estaban desapareciendo. Era increíble lo rápido que se transformaba el cuerpo humano.

La observó, aún lo miraba asustada. Sin importarle que los miembros de la división estuviesen presentes bajó su cabeza y la besó con cuidado en los labios. Se separó y pasó la mano por su mejilla.

—¿Cómo estás?

—Débil —contestó ella.

Santiago que entró en la habitación los miró a todos cohibido.

—Es normal —comentó mientras se colocaba frente a ella y pasaba un colgante con una cruz por su cuello—. No te la quites, te protegerá. —Cogió el agua bendita, mojó sus dedos y trazó una cruz en su frente.

Nerea cogió la cruz entre sus dedos y la observó mientras no podía controlar el llanto.

—Iremos a casa y te haré una transfusión de sangre. —Ella lo miró sin comprender—. Con nuestra sangre... —Señaló a los miembros de la división—, las heridas sanarán antes.

—¿Somos del mismo grupo sanguíneo? Soy A positivo —aclaró ella.

—Eso no importa —reveló él con suavidad. Luego miró a Santiago y lo escudriñó con la mirada—. ¿Va a explicarnos ya lo que ha ocurrido?

Santiago se removió nervioso y apretó los labios.

—Yo no soy el más indicado para hacerlo —contestó.

—¿Es una bruja? —preguntó directamente.

Santiago tardó un poco en responder.

—Solo puedo decir que tenéis suerte de que ella esté aquí —contestó de forma amable, pausada, dándole la espalda para salir de la habitación.

—Eso no es una respuesta, padre —contestó Aitor al ver que se marchaba. Obviamente no quería responder sus preguntas.

Estaba claro que Anael guardaba un secreto. Había realizado ella sola el exorcismo de un demonio de jerarquía mayor en pocos segundos. Además, estaba el tema del temblor y de aquella intensa luz que había emanado del interior de la habitación.

Se giró hacia Nerea que aún permanecía entre sus brazos.

—¿Qué recuerdas? —le preguntó.

Ella cerró los ojos con fuerza, como si los recuerdos la atormentasen.

—Todo —contestó—. He estado aquí todo este tiempo. Te he visto llegar, intentar ayudarme, he escuchado todos vuestros rezos... —dijo mirando a la división con lágrimas en los ojos—, y luego... aquella intensa luz.

—¿De dónde salía? —preguntó Miguel intrigado.

—La chica...

—¿Anael? —preguntó Aitor sorprendido.

Ella lo miró confundida, como si no encontrase lógica a lo que recordaba.

—Sabía que ella me salvaría...

—¿Por qué?

—Aquella luz... —sollozó emocionada—, no podía ser mala. Jamás había sentido una paz tan grande como cuando me ha envuelto esa luz —susurró.

Aitor pasó una mano por su mejilla, acariciándola.

—Perdona... sé... sé que estarás débil, pero... —continuó Miguel. Aitor enarcó una ceja hacia él. Lo había pasado francamente mal por ella y lo único que deseaba era abrazarla y besarla. ¿Es que no podían dejarle un poco de intimidad en ese momento? Nerea lo miró mientras se apoyaba en Aitor, aún sin fuerzas—, ¿recuerdas algo sobre lo de que iban a abrir las puertas del infierno?

Ella apretó los labios y negó con la cabeza.

—No... yo... Escuché que hablaba con alguien, pero solo lo escuchaba a él, no escuchaba la voz del que respondía. —Tragó saliva—. Lo único que decía era que debía destruirlos, que queríais truncar sus planes y que no se podía permitir fallarle.

—¿Fallarle? —preguntó Miguel sorprendido. Ella asintió. Miguel se giró hacia el resto—. ¿A quién? —Volvió a mirar Nerea esperando una respuesta.

Aitor intervino antes de que Miguel volviese a preguntar. Se puso en pie y elevó una mano hacia su compañero sugiriéndole que parase.

—Creo que Nerea necesita descansar... —propuso, lo que hizo que Miguel cerrase la boca y asintiese. La miró y sonrió—. ¿Puedes caminar?

Ella asintió, aunque necesitó que él la ayudase para ponerse en pie.

—Iremos a casa... —informó a sus compañeros—, ¿os podéis encargar de...?

—Nosotros nos encargamos de limpiar esto —intervino Daniel—. Llévala a casa y que descance.

Aitor asintió y miró a Miguel.

—¿Puedes acompañarnos?

Estaba claro que Aitor no quería conducir, quería ir junto a ella, vigilándola. Había perdido mucha sangre, estaba débil y prefería estar a su lado controlando sus constantes.

—Claro. Acercaré el coche —dijo saliendo por la puerta.

Aitor rodeó su cintura, aunque ella se quejó.

—En unas horas te encontrarás bien —la calmó Aitor.

Ella asintió y se dirigieron al comedor donde se encontraba el padre Santiago con Raúl, aunque su mirada voló directamente hacia Anael que se encontraba a su lado.

Ambos se miraron. En ese momento fue consciente de que ella no llevaba puesta la cofia. Su cabello rubio y rizado descendía hasta su pecho. Ella observó a Nerea y le sonrió con ternura.

—Gracias —susurró ella.

Anael asintió sin decir ni una palabra, ante la atenta mirada de Santiago.

Aitor se quedó observándola. Realmente no sabía quién era, solo sabía que aquella muchacha

había liberado a Nerea y por ello no tenía palabras suficientes para agradecer lo que había hecho, pero ¿quién era?, ¿podía confiar ella?

—Creo que tenemos que hablar.

Anael asintió.

—Sí, pero no ahora —lo cortó—. Ahora Nerea necesita descanso. Ya habrá otro momento.

Aitor estuvo tentado de volver a preguntar, pero, ciertamente, Anael tenía razón. Nerea necesitaba cuidados cuanto antes mejor. Aún no comprendía cómo podía mantenerse en pie con todos los cortes que había sufrido y la debilidad que sentía en su cuerpo.

Asintió y miró a Santiago.

—Los chicos se quedan un rato para ayudar a recoger —le informó—. ¿Cómo te encuentras? —preguntó a Raúl.

—Mejor —dijo mientras bebía un vaso de agua.

—Si necesitas que alguien te lleve a...

—No te preocupes —comentó Raúl—, tengo mi coche aquí. Estoy bien.

Aitor asintió mientras rodeaba a Nerea por la cintura con delicadeza y comenzaba a caminar con ella.

Santiago dio unos pasos hacia ellos.

—Os acompaño a la puerta —comentó.

Se adelantó y le abrió la puerta para que no tuviese que soltar a Nerea. Cuando pasó por su lado lo observó unos segundos.

—Tenemos que hablar de lo que ha ocurrido aquí —propuso Aitor.

Santiago asintió lentamente y suspiró.

—Lo haremos. —Miró a Nerea y le sonrió con ternura—. Mejórate.

—Nos vemos mañana, padre —dijo Aitor al ver que Miguel aparecía con el todoterreno, acercándolo a la casa para que Nerea no tuviese que caminar mucho.

El sacerdote no dijo nada más. Se quedó bajo el marco de la puerta observando a Nerea sentarse en la parte trasera del vehículo y a Aitor acompañarla, mientras Miguel se encontraba al volante en el asiento del conductor.

Aún estaba muy débil. Seguramente le costaría aceptar lo ocurrido y recuperarse psicológicamente de aquella experiencia, pero había demostrado ser una muchacha muy fuerte, mucho más de lo que hubiese imaginado en un principio. Aquella experiencia la marcaría para siempre, pero seguiría adelante, no tenía duda, y más con Aitor a su lado.

Hacían buena pareja. Se alegraba por ellos, aunque sabía que con lo que estaba por venir Nerea correría peligro estando a su lado. Cualquiera de los allí presentes y de los que pudiesen acercarse correrían un grave peligro.

Miró de reojo a Anael situarse a su lado para observar cómo el todoterreno abandonaba ya el camino de tierra dejando una nube de polvo a su paso.

—He visto a Gadreel —explicó ella sin mirarlo.

Aquel comentario hizo que el sacerdote se girase hacia ella asustado.

—¿Ga... Gadreel? Es ese del que me has hablado varias veces, ¿verdad? —Anael asintió con calma—. ¿Qué está haciendo aquí?

Ella chasqueó la lengua no muy segura.

—No lo sé.

—¿Está colaborando en esto? —preguntó absorto.

—Me ha dicho que no sabía nada de lo que estaba ocurriendo, que intentaría averiguar algo.

—¿Y crees que lo hará?

Ella resopló con gracia.

—Si hay alguien que pueda hacerlo ese es él. No he conocido a nadie más testarudo.

El sacerdote titubeó un poco.

—Y... ¿no es peligroso que él...?

—Hay que ir con cuidado con él, sí —lo cortó ella—. Pero eso es algo que ya tengo en cuenta —enfaticó.

Santiago suspiró y miró hacia el cielo. Aún estaba nublado, pero a lo lejos se veía un claro por donde se intuían algunas estrellas.

—¿Por qué no les has dicho quién eres? —preguntó sin mirarla.

Ella lo miró un segundo y volvió su vista al frente de nuevo.

—No están preparados.

—¿Preparados? —ironizó Santiago—. Han luchado contra demonios... —dejó la frase sin acabar.

Anael suspiró y, de nuevo, volvió a sonreír con ternura a su amigo. Santiago se había convertido en una persona muy importante para ella.

—Todo a su debido tiempo, Santi.

Santiago la miró y le devolvió una sonrisa cargada de ternura también. Asintió aceptando lo que ella le decía sin preguntar nada más al respecto. Como ella decía: todo llegaría a su debido tiempo.

Aitor volvió a abrir y cerrar la muñeca mientras su sangre avanzaba por la vía hasta el brazo de Nerea. Sabía que de aquella forma sanaría mucho antes, incluso era posible que en pocos días le hubiesen desaparecido todas las heridas. No sanaría tan rápido como él o cualquiera de sus compañeros, pero sí mucho más que un civil normal, además, recuperaría las fuerzas casi de inmediato.

Aquello era lo que más le había preocupado mientras se habían dirigido a casa, pues tal era el cansancio de Nerea que se había quedado dormida varias veces durante el trayecto, dando cabezadas, aunque despertaba rápidamente y asustada.

No había hecho ninguna referencia más a la posesión, pues sabía que Nerea podía quedar traumatizada. Lo más importante era sanar su maltrecho cuerpo, luego se encargaría de animarla. No quería ni imaginar lo sola y el miedo que debía haber pasado antes de la posesión o al escuchar aquella voz en su cabeza, el no poder controlar su cuerpo... aquella sensación debía de ser horrible, pero ella lo superaría. Su equipo y él personalmente se volcarían en que Nerea volviese a ser la misma chica alegre y dicharachera de siempre.

Se tumbó al lado de ella mientras observaba cómo su sangre llegaba a su brazo. Tenía los ojos entreabiertos. Tras beber agua sus labios no se veían ya tan secos, pero igualmente tenía cortes ensangrentados en ellos. Al día siguiente estaría mucho mejor.

—¿Has... has llamado a mi hermana? —preguntó en un susurró, con pocas fuerzas.

—Sí —respondió Aitor pasando un brazo por debajo de su cuello para acercarla. La hizo tumbarse sobre su pecho para estrecharla entre sus brazos—. Le he dicho que estabas bien y que te encontrabas descansando, que en cuanto despertases la llamarías.

—Puedo... —Tragó saliva con dificultad—, ¿puedo llamarla ahora? —Intentó incorporarse, pero le costaba demasiado.

—Descansa —dijo sin soltarla, conteniéndola contra él—. Debes dormir un poco. Piensa que con la transfusión cuando despiertes en un par de horas serás una mujer nueva.

Lo miró e intentó sonreír, aunque abandonó la idea al notar la tirantez de sus labios.

—¿Tendré... poderes? —preguntó emocionada.

Aitor rio.

—¿Poderes?

Ella asintió.

—Sí, ya sabes... —susurró—. Moverme rápida como vosotros, regenerarme, superfuerza...

Aitor acarició su hombro mientras sonreía.

—No, lo siento, pero no.

—Lástima —susurró ella con fingida ilusión.

—Pero tendrás las heridas cicatrizadas y, además, te encontrarás muy bien, muy despierta, como si hubieses tomado veinte cafés bien cargados—explicó.

—¿Tantos?

Él se encogió de hombros y le sonrió.

—Quizá tantos no...

—¿Así es como te sientes tú? ¿Con mucha adrenalina?

Él chasqueó la lengua.

—No, ni mucho menos —explicó—. Yo estoy adaptado a mi sangre, pero si una persona sin estas habilidades la recibe...

—Ya, entiendo, produce un efecto en ella.

Ambos miraron hacia la puerta cuando Miguel abrió con cuidado, los observó y entró depositando sobre la mesita de noche otra botella de agua.

—Aquí la tienes, ¿necesitáis algo más? —Miró a Nerea directamente—. ¿Tienes hambre?

Nerea negó y le sonrió agradecida.

—Ahora mismo no podría comer nada, pero gracias.

—Quizá en un rato —comentó Aitor.

—Bien, pues... —Miguel los miró, les mostró los dientes con una sonrisa forzada y les dio la espalda dirigiéndose a la puerta—, cualquier cosa que necesitéis pedídmela, pareja... estaré un rato en el salón viendo la tele —comentó—. Por cierto, te... —Miró a Nerea con timidez—, te he cogido las llaves de tu piso del bolso. Cuando los compañeros acaben en casa de Santiago iremos a tu piso para intentar arreglarlo un poco.

Ella lo miró sorprendida por aquel detalle.

—Gracias —susurró ella con una leve sonrisa.

En cuanto se quedaron solos, Aitor se giró totalmente hacia ella rodeándole la cintura con el otro brazo, con cuidado de no enredar la vía, y observó a Nerea. Su rostro transmitía cansancio, aun así, le pareció la mujer más hermosa que había visto en su vida. Después de haber estado a punto de perderla se había dado cuenta de lo importante que era para él. Jamás permitiría que algo así volviese a ocurrirle, ahora, más que nunca, se daba cuenta de que ella era la mujer que había estado esperando siempre.

Acarició su mejilla mientras ella le ofrecía una débil sonrisa.

—Tenía tanto miedo de perderte —se sinceró.

Ella lo miró con amor y, aunque aún era un esfuerzo para ella, elevó su mano hasta la de él, situada en su mejilla para acariciarla.

—Y yo tenía miedo de no poder volver a... —susurró. Tragó saliva y, en ese momento, Aitor se dio cuenta de que sus ojos se humedecían—. En esos momentos se me pasaron tantas cosas por la cabeza... mi hermana, mi sobrino... tú —susurró hacia él—. Me dio miedo no poder volver a ser yo y dejar tantas cosas a medias...

—¿Como qué? —preguntó con curiosidad.

Ella le sonrió con tristeza.

—Dejaría a mi hermana sola, ella no tiene ayuda de casi nadie y trabaja mucho. Mi... mi sobrino... —Tragó saliva intentando contener el llanto—, no lo vería crecer ni podría volver a abrazarlo. —Pasó su mano hasta la mejilla de él—. Tú... —Y lo miró con amor—, no te podría decir todo lo que significas para mí, lo importante que te has vuelto en mi vida, lo... lo que me haces sentir —se sinceró—. Estar ahí, viéndote sufrir, luchando porque volviese y yo no poder hacer nada, sin poder decirte que estaba ahí, que te veía, que te escuchaba... aquello me consumía más incluso que la sensación de estar poseída. Era... como si me hubiesen echado a un lado y no pudiese hacer nada.

Aitor se acercó y besó su frente.

—He estado en varios exorcismos... sé lo que siente un poseído. Sabía que estabas ahí —explicó—. Sabía que podías verme y escucharme, y esperaba que eso te tranquilizase. —Apretó los labios y la miró con pena—. Siento no haber cogido el teléfono...

—No, no... —lo cortó ella al ver por dónde iba. ¿Era posible que se sintiese culpable? Seguramente sí.

—Si hubiese contestado podríamos haber evitado todo esto.

—Eh... shhhh... —intentó consolarlo, pues realmente se le veía afectado por el tema—. Ahora ya está, estoy bien gracias a ti...

—Bueno, más bien gracias a Anael —comentó. Luego la miró fijamente—. ¿Qué fue lo que hizo ahí dentro? ¿Sabes si... pronunció un conjuro?

Ella lo miró no muy segura.

—Esa es la parte que recuerdo más borrosa. El demonio que tenía dentro entró en un estado de nervios tan grande que... prácticamente me suprimió. —Se quedó pensativa—. Recuerdo ver a Anael quitarse la cofia y que el demonio la reconociese. —Guardó unos segundos de silencio—. Recuerdo que pensó: “¿qué hace ella aquí?”. —Se quedó pensativa y miró a Aitor—. Luego se volvió todo borroso hasta que una luz me envolvió y, de repente, estaba en paz... tranquila... —Tragó saliva—. En ese momento decidí abrir los ojos y me di cuenta de que era por decisión mía, yo volvía a ser dueña de mi cuerpo... estaba sola, aquel demonio se había ido. Fue cuando noté la extrema debilidad y el dolor de los cortes que me había infligido Glasya-Labolas. —Miró a Aitor dudosa—. ¿Sabías que ella era especial?

Aitor negó.

—No, ni yo ni nadie...

—¿Es una bruja poderosa? Recuerdo que... que me dijiste que luchabas contra brujas, ¿no?

Aitor asintió.

—También hay brujas buenas, brujas blancas.

Ella se quedó pensativa y lo miró desconcertada, no muy segura de las palabras que él había pronunciado.

—Ya, pero... ella no era una bruja —susurró.

—Ah, ¿no?

—¿Una bruja transmite tanto amor? —preguntó sin saber.

—No, que yo sepa... —Aitor se quedó pensativo, dándole vueltas a aquellas últimas palabras—. Tengo que averiguar quién es.

—¿Por qué?

—Porque es mi trabajo —respondió—. Debo asegurarme de que no es peligrosa.

—¿Peligrosa? —contestó incrédula—. Me ha salvado.

—Nerea —explicó con calma—, no es eso. Está claro que Anael tiene un poder y una fuerza increíble y por eso mismo debemos asegurarnos de que con ese poder y esa fuerza que tiene no se

pase al lado oscuro.

Nerea se quedó pensativa y asintió.

—Entiendo —susurró—, aunque yo no me preocuparía mucho por eso.

—¿Por? —preguntó intrigado.

Nerea se encogió de hombros.

—Es una monja, ¿no? —contestó ella como si fuese obvio.

Aitor asintió y volvió a tumbar la espalda sobre el colchón, acomodando a Nerea en su pecho.

—Lamento que la primera vez que te traigo a mi habitación sea en estas circunstancias —susurró.

Ella le sonrió con mirada triste y se apoyó en su hombro mientras acariciaba su pecho.

—Es una habitación muy bonita, no me la imaginaba así —susurró.

Aitor besó su cabello.

—Mañana, cuando estés mejor, te enseñaré la casa. Ahora, descansa. Ya verás como en pocas horas estarás bien.

Ella cerró los ojos, había estado aguantando despierta para poder hablar con él, pero sabía que en cualquier momento caería profundamente dormida.

—No te moverás de aquí, ¿verdad?

—Me quedaré aquí todo el rato —le susurró.

Pudo sentir cómo el cuerpo de Nerea se relajaba entre sus brazos.

Suponía que debía de estar realmente asustada, aunque el cansancio podía más que ella. Al menos, con su sangre se recuperaría en pocas horas. Aquello le daba cierto consuelo, se sentía culpable por lo que le había ocurrido. Sabía que aquella experiencia la marcaría de por vida, pero con su ayuda lo superaría. Durante los primeros días no la dejaría sola, estaría a su lado permanentemente para que se sintiese protegida y, poco a poco, a medida que pasaran los días y las semanas, ella iría recobrando la normalidad y volviendo a su rutina.

Sabía que lo superaría, pero ahora sabía que algo más grande estaba por llegar.

“Las puertas del infierno se abrirán”, repitió en su mente, había mucho por hacer, por investigar, pero no había nada que no pudiesen detener o, al menos, eso creía hasta el momento.

Quince días después.

Aitor se cruzó de brazos y se apoyó en la mesa mientras Susana dibujaba en la pizarra un círculo con varias rayas por el medio. Entre las rallas hizo varias cruces y unos triángulos. Cerró el rotulador y se giró hacia todos los miembros de la división que la observaban atentos.

—Y así nos protegemos de un hechizo de mal de ojo —les sonrió a todos que la miraban con una ceja enarcada. Se cruzó de brazos y borró la sonrisa de su rostro—. ¿Algún problema?

—No, no... —negaron casi todos a la vez.

—Si no os interesa esto podéis decírmelo —protestó—. Y también podríais ser un poco más agradecidos... —les riñó como una madre a sus hijos—, vosotros me pedisteis unas clases.

—Y lo estamos... —reaccionó rápidamente Aitor—, es solo que... es mucha información de golpe —Y los miró a todos con cara de circunstancias—. Quizá... ¿un descanso? —les preguntó y se giró hacia ella con una sonrisa—. Ya son las diez.

Ella resopló y elevó los brazos como si estuviese desquiciada.

—Está bien —pronunció resignada—. Como siempre, en media hora aquí — Miró su reloj de muñeca—. A las diez y media —dijo mientras depositaba el rotulador negro sobre la mesa—. A las doce tengo que irme a preparar las sesiones de esta tarde.

—Claro —respondió Aitor—. No hay problema.

Susana se giró y fue directa a la puerta.

—¿Puedo hacerme un café? —preguntó saliendo de la oficina.

—Como si estuvieses en tu casa —pronunció Aitor antes de verla desaparecer. Se giró hacia sus compañeros y suspiró—. Por favor, Susana nos está haciendo un gran favor...

Marc se puso en pie mientras cerraba la libreta donde iba tomando notas.

—Agradezco lo que Susana está haciendo, no te confundas —dijo poniéndose en pie—. Pero esto no nos va a ayudar a combatir a los demonios. Necesitamos los conjuros y los sellos de protección fuertes.

Aitor se pasó la mano por la frente.

—Ya lo sé, pero dijo que primero necesitábamos saber unas nociones básicas.

—Llevamos ya una semana de nociones básicas —recordó Miguel poniéndose también en pie—. Hay que pedirle que vaya más deprisa.

—Quizá si mostraseis más entusiasmo... —arrastró las palabras mientras cogía su móvil. Pasó la mano por su nuca y se cruzó de brazos—. ¿Cómo lleváis el tema de Paula?

Víctor se acercó a ellos.

—La estuvimos vigilando ayer —Señaló a Lucas—. No parece que esté haciendo nada fuera de lo normal.

—Sus padres han vuelto de vacaciones y se ha convertido en la misma niña estudiosa y buena de siempre —bromeó.

—¿Y el móvil? —Miró a Marc—. ¿Has conseguido sacar algo?

Marc negó con su cabeza.

—Se trataba de una tarjeta de prepago, además no está en activo desde que Paula no colabora con ese tal “Jefe”. Imposible de rastrear —acabó diciendo.

—Igualmente —Aitor se cruzó de brazos—, visto lo visto, creo que es mejor prepararnos más con Susana antes de ir a por él.

—Estoy de acuerdo —prosiguió Marc—, pero no va mal ir investigando. —Enarcó una ceja hacia él—. Quizá deberíamos hacer una visita a Paula.

—Dijo que no sabía nada —recordó Miguel.

Marc se encogió de hombros.

—Siempre saben más de lo que dicen —intervino Víctor.

Aitor asintió y se pasó la mano por los ojos, agobiado.

—Hagamos un café —comentó dirigiéndose a la puerta.

Salió del despacho y se dirigió por las escaleras a la planta inferior.

Se quedó bajo el marco de la puerta y se apoyó en el cruzándose de brazos, observando a Nerea sentada en un asiento, con las piernas encogidas y un libro sobre sus rodillas.

Aitor se acercó, observándola. Nerea alzó la mirada y sonrió hacia él.

—¿Leyendo? —preguntó mientras se sentaba a su lado—. Pensaba que estarías en la cama aún —susurró.

Ella negó risueña.

—Me he levantado unos minutos después que tú. —Miró a los compañeros de división y sonrió hacia ellos—. ¿Cómo van las clases?

Aitor asintió mientras pasaba un brazo por encima de sus hombros.

—Bastante bien, estamos aprendiendo cosas interesantes...

Ella cerró el libro y lo miró intrigada.

—¿Crees que Susana podría enseñarme algunas cosillas?

Aitor enarcó una ceja.

—¿Cosillas como qué?

Ella se encogió de hombros mientras se apoyaba en él con confianza. Desde el día que la había llevado allí tras el exorcismo había pasado todas las noches con él. Los primeros días habían sido duros. Muchas pesadillas, ataques de ansiedad, cada vez que escuchaba un golpe brincaba asustada... aunque poco a poco había ido recuperando su vida. Sus heridas, tal y como había explicado Aitor, no estaban cuando había despertado, de hecho, todas habían cicatrizado. Gracias a la transfusión de sangre al día siguiente se encontraba perfectamente, al menos, en lo que tenía que ver con lo físico, lo psicológico ya era más difícil, pero debía confesar que el estar en aquella casa le hacía sentirse protegida, además, todos la habían recibido con los brazos abiertos y la trataban como a una más de la división.

—Florezilla, ¿un café? —preguntó Miguel mientras se dirigía a la cocina.

—Sí, gracias —respondió Nerea. Miró a Aitor y suspiró—. Escudos de protección... cositas así. Me sentiría más segura.

—Se lo diré —respondió mientras se acercaba para besar su frente.

Ella le sonrió y cogió su mano.

—Creo que... ya es hora de que vuelva a mi piso...

—Nooo —suplicó.

—Aitor... —susurró ella—, tengo que volver. Tampoco es justo que esté aquí, tus compañeros querrán intimidad y...

—A ellos les da igual —respondió directamente—. ¿Acaso no estás bien aquí?

—Claro que estoy bien, pero no quiero abusar...

Aitor suspiró y la miró.

—Está bien, pero supongo que podrás venirte algunas noches aquí.

—O tú a mi piso —comentó Nerea divertida.

—Eso, quizá, sea aún mejor —propuso con una sonrisa.

Miguel pasó por su lado tendiéndole la taza de café.

—A mí no me importa que estés aquí... —dijo sin mirarla.

Aitor puso los ojos en blanco y miró a Miguel de reojo, obviamente había estado escuchando la conversación.

Miguel llevaba una taza de café en la mano y se alejó de ellos en dirección a la ventana. El resto de la división permanecía en la cocina y se había sentado junto a Susana para tomar una taza de café.

—¿Cuándo quieres volver a tu piso? —preguntó Aitor, aunque sin estar de acuerdo con ella. Estaba muy cómodo y feliz con ella allí.

—Esta noche.

—Entonces... —comentó él acercándose más a Nerea—, esta noche... ¿en tu piso? —preguntó y subió sus dos cejas a la vez con vis cómica.

Ella asintió mientras lo miraba a los ojos. Aitor tenía una mirada cargada de deseo.

—Está bien —consintió ella.

Nerea no quería abusar de su confianza, no quería dormir más noches en casa de Aitor, aunque, bien mirado, ¿qué problema había en que este fuese a dormir a su piso?

—Guauuuu —Escucharon que decía Miguel tras ellos.

Aitor y Nerea se giraron hacia él. De nuevo, el muy cotilla, había escuchado toda la conversación, aunque al girarse lo vieron observando por la ventana, ajeno a todo lo que decían, mirando concentrado a saber qué.

—¿Qué ocurre? —preguntó Aitor.

Miguel se giró como si despertarse de un sueño. Entonces, reaccionó y se encogió de hombros.

—Nada —respondió dando un sorbo a su café.

Volvió a mirar por la ventana de nuevo y, sin decir nada más, se alejó de allí en dirección a sus compañeros.

Aitor y Nerea se miraron consternados.

Se levantaron y fueron hacia la ventana, consumidos por la curiosidad. No supieron cómo reaccionar ante aquello. Esperaban otra cosa, no encontrar a una chica descargando cajas en la casa en diagonal a ellos. Desde ahí no podían verla bien, pero llevaba el cabello castaño sujeto por una cola alta y les pareció ver que tenía los ojos claros.

—Me parece que Miguel ha visto a esa chica —se burló Nerea—. Le debe de haber gustado.

Aitor volvió a colocar su brazo sobre los hombros de ella.

—A Miguel le gustan prácticamente todas las mujeres —ironizó. Le dio un beso en la frente a Nerea y se giró hacia sus compañeros—. Vamos a tomar el café con ellos.

Le hizo gracia ver que Miguel se giraba hacia la ventana de vez en cuando para observar a aquella muchacha, desde luego, su amigo no tenía remedio.

Sabían que vendrían tiempos muy difíciles de afrontar en los que deberían luchar muy duro, pero confiaban en poder dar con la clave para ponerlos a todos a salvo y evitar que el caos que pretendían los demonios traer a este mundo pudiese extenderse. Iba a ser difícil, pues ni siquiera habían podido hacer frente a un demonio de un nivel apenas más alto que el de las legiones demoníacas, así que no querían ni saber lo que sería enfrentarse a un demonio con mayúsculas, uno poderoso de verdad. La situación podía tornarse muy complicada, pero esperaban, gracias a Susana, estar más preparados para las próximas batallas, cuando la llamada de la oscuridad acechase.

Miró a Nerea sonreír hacia sus compañeros y no pudo evitar que una sonrisa se apoderase también de su rostro. Lo había pasado mal, muy mal, y aunque sabía que el mal seguía al acecho, esperaba poder ponerle remedio muy pronto por el bien de todos.

Aitor se sentía dichoso de estar con ella y daba gracias porque todo hubiese salido bien. Ella era la luz que guiaba sus pasos en aquel mundo de sombras, ella lograba dar color y alegría a su propia existencia.

FIN

Agradecimientos

No quiero dejar pasar esta ocasión para agradecer, como siempre, a las personas que me han ayudado durante la escritura de esta novela.

A mis lectoras cero: Katherine Fernández, María Sánchez, Ana Sánchez y Nerea Álvarez (toda una experiencia escribir una novela con el nombre de una amiga como protagonista femenina... créeme que hubo momentos en que me partía de la risa, sobre todo cuando comentaba contigo lo que iba a hacerte a continuación, ja, ja, ja). Muchas gracias a las cuatro, de corazón. Muchísimas gracias por estar siempre ahí y por ayudarme.

A mi pareja Raúl Díaz-Peñalver, por sugerirme ideas y ayudarme con los aspectos médicos de la novela.

A Marien Fernández, de nuevo, miles de gracias por esa portada tan bonita y por las maquetaciones que haces. Es un placer trabajar contigo.

Y, por último y no menos importante, millones de gracias a tod@s l@s lector@s que, de una forma u otra, me han animado a escribir esta serie y que siempre confían en mis novelas para evadirse de lo cotidiano y pasar un rato entretenido.

Un saludo.
Mariah.